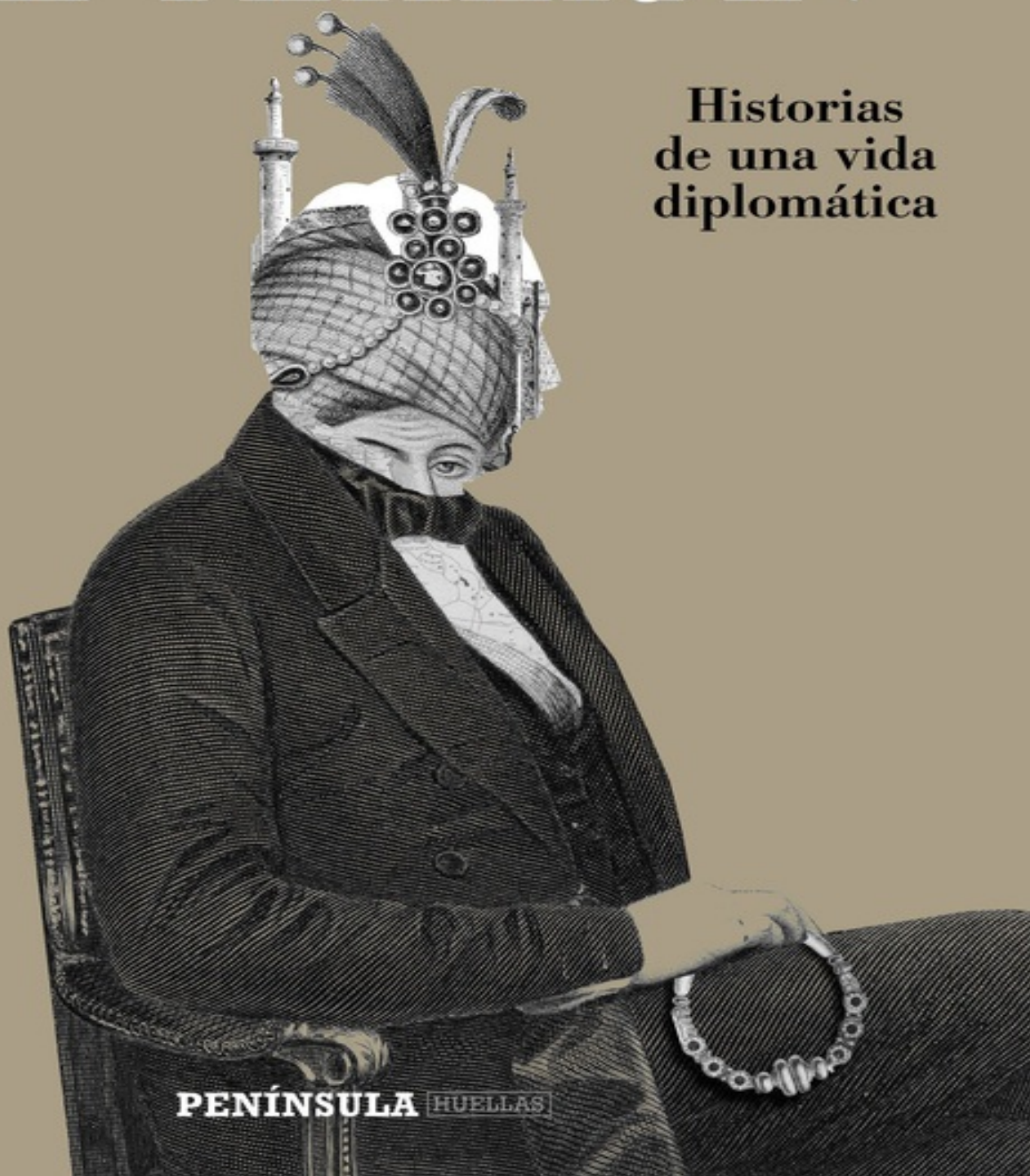


JORGE DEZCALLAR

EL ANTICUARIO DE TEHERÁN

Historias
de una vida
diplomática



PENÍNSULA HUELLAS

Índice

PORTADA

SINOPSIS

PORTADILLA

DEDICATORIA

CITAS

PRÓLOGO

PRIMERA PARTE. UN MUNDO CRUEL

1. EL ANTICUARIO DE TEHERÁN
2. EL HOMBRE DESNUDO
3. LLÉVATELA, ASÍ COMERÁ
4. NO DEJARLES LEER NI ESCRIBIR
5. CHECKPOINT CHARLIE
6. DESCONSUELO

SEGUNDA PARTE. VA DE ESPÍAS

7. MIS AMIGOS ESPÍAS
8. DE ESPÍAS EN POLONIA
9. DETECTIVE DE ARTE
10. LA RADIO DE TEHERÁN
11. MAFIOSOS
12. A VUELTAS CON LOS NAZIS

TERCERA PARTE. DIPLOMACIA MULTILATERAL

13. MIS MINISTROS DE EXTERIORES
14. TODOS CON KUWAIT
15. LA CONFERENCIA DE DAYTON
16. CON FELIPE GONZÁLEZ EN BELGRADO
17. UN ERROR CON CUBA
18. LA CONFERENCIA EUROMEDITERRÁNEA

CUARTA PARTE. ENTRE VIEJOS AMIGOS

19. EMBAJADOR EN MARRUECOS
20. EL MORABITO DE BENI ARÓS
21. EL PESCADOR QUE LLORABA
22. LA PATRIA NO PAGA A TRAIADORES
23. BODAS MARROQUÍES
24. INFORMALIDAD
25. LA PESADILLA DE GUINEA ECUATORIAL

QUINTA PARTE. UNA MIRADA AL PASADO

26. LA MALLORCA DE AYER
27. EL MEJOR REGALO
28. LA MUJER DIABLO
29. UN VIAJE EN EL TIEMPO
30. FASCINACIÓN POR EL MUNDO JUDÍO
31. LOS MORISCOS
32. SUSTO EN LA NOCHE
33. ESPAÑOLES EN LAS TRECE COLONIAS

SEXTA PARTE. TERNURA Y SURREALISMO

34. UN CERDO EN LA CATEDRAL
35. EN GUERRA CON RUSIA
36. MERNISSI Y LOS YENÚN
37. LA BODA POLACA
38. MOMENTOS MÁGICOS
39. LAS MIL Y UNA NOCHES
40. FÚTBOL Y CRÍQUET
41. MUJERES AGUERRIDAS
42. UN MINISTRO EN CENTRAL PARK
43. CRITICALLY DEAD
44. SONRÍA, POR FAVOR
45. ¿HAY ALGUIEN AHÍ?

SÉPTIMA PARTE. DIPLOMACIA VIVA

46. ISLAMISTAS EN ARGELIA
47. YEMEN: DOS PAÍSES EN UNO... POR AHORA
48. LIBIA. ENTRE IDEALISMO, REALPOLITIK Y CAOS
49. DIPLOMACIA EN CHIPRE
50. UNA NEGOCIACIÓN SOBRE ARENAS MOVEDIZAS
51. EN ÁFRICA AUSTRAL

OCTAVA PARTE. LOS ECOS DEL FANATISMO

52. ¡NO SE CASE EN IRÁN!
53. SALMAN RUSHDIE
54. LA CIRUJANA Y EL VICEMINISTRO IRANÍ
55. LA JUSTICIA ISLÁMICA
56. PERSONA NON GRATA
57. CASUÍSTICA PARA FANÁTICOS
58. MOMIAS Y MONJES

NOVENA PARTE. ENTRE DIPLOMÁTICOS

59. GATO NEGRO, GATO BLANCO
60. EL PASAPORTE, LA OREJA Y EL PENE

61. QUIEN MANDA, MANDA
62. PROTOCOLO
63. CULTURA, CROQUETAS Y CHAPAS
64. ATARDECERES ROMANOS

DÉCIMA PARTE. ANCHO MUNDO

65. CONTRASTES NEOYORQUINOS
66. GASTRONOMÍAS EXÓTICAS
67. SUSTOS EN EL MAR
68. CUCARACHAS EN ADÉN
69. TROTAMUNDOS
70. DIPLOMA DE TAIL HOOKER
71. EN SALSA AGRIDULCE

UNDÉCIMA PARTE. ALGUNOS PROTAGONISTAS

72. TESTAS CORONADAS
73. LA CASA BLANCA
74. ALGUNOS PROTAGONISTAS DEL CONFLICTO DE ORIENTE MEDIO
75. EL VATICANO
76. MIS PRESIDENTES DEL GOBIERNO

EPÍLOGO

LÁMINAS

NOTAS

CRÉDITOS

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre
una
nueva forma de disfrutar de la lectura

**¡Regístrate y accede a contenidos
exclusivos!**

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

SINOPSIS

Jorge Dezcallar de Mazarredo quiso ser diplomático desde que, de pequeño, escuchaba fascinado las historias que le contaba su tío, el embajador Guillermo Nadal. Una vez que sus sueños se hicieron realidad, su carrera le llevó a Polonia, Nueva York, Uruguay, Marruecos —fue embajador ante Hasán II y Mohamed VI—, Roma —ocupaba la embajada del Vaticano cuando murió Juan Pablo II y el cónclave eligió a Benedicto XVI — y Washington, donde de nuevo vivió de cerca la historia con la victoria electoral de Barack Obama. La familia real, seis presidentes españoles, ministros de todos los colores, personajes como Gadafi, Carter, Sharon, Chávez o Arafat... A todos conoció y trató Jorge Dezcallar, y de todos tiene una anécdota o un hecho relevante que arroja luz sobre sus personalidades, algunas de las más destacadas del siglo XXI.

El anticuario de Teherán

Jorge Dezcallar

Historias de una vida diplomática

ediciones península

*Para Teresa, que es mi presente.
Y para Pilita, Catalina, León y Tristán, que son mi futuro.*

El pasado no pasa nunca.

WILLIAM FAULKNER

Time present and time past
are both perhaps present in time future
and time future contained in time past.*

T. S. ELIOT, *Four Quartets*

Creo que siempre hay buenas personas,
incluso en los peores momentos.

ÁGNES HELLER

PRÓLOGO

No me gusta el béisbol, probablemente porque no lo entiendo aunque han intentado explicármelo varias veces. Me aburre. Y sin embargo, cuando veo a multitudes que aplauden un *home run* o que se levantan de sus asientos y gritan con excitación ante un lance del juego, siento que me pierdo algo y que soy yo el que se equivoca y no los que disfrutan a mi alrededor. Es algo de lo que estoy convencido, que aplico en general a mi vida y que me hace tener una actitud de constante curiosidad por el mundo que me rodea. Procupro disfrutar cuanto puedo sin desechar nada de antemano y consciente de que si no me gustan los caracoles, pongo por caso, pues peor para mí. Es una modesta filosofía vital que creo que se refleja en las páginas de este libro, donde recojo distintos momentos que he vivido en el curso de una vida errante y dedicada a la profesión diplomática.

Soy de los que lleva la casa a cuestras, con todas sus ventajas e inconvenientes, pues dice la sabiduría popular que tres mudanzas son como un incendio y yo he hecho muchas a lo largo de una vida. Siempre he pensado que no me gustaría vivir en el mismo lugar; comprendo que el sedentarismo tiene sus ventajas y respeto a los que lo prefieren, a los que en toda su vida apenas se han movido del lugar donde nacieron; los respeto pero no los entiendo porque pienso que es mucho lo que se pierden, y desde luego no es mi estilo. Mis primeras lecturas y las conversaciones que tenía en casa de mis padres despertaron en mí a edad muy temprana una gran curiosidad por el mundo que me rodeaba, que veía lleno de aventuras y de costumbres exóticas. Una de mis primeras colecciones de cromos a los siete u ocho años fue sobre las banderas del mundo. Supongo que quizás intuía lo que luego Enrico Letta ha explicado con claridad en su libro *Hacer Europa y no la guerra* (Península, 2017) al

decir que «frente al mundo, nuestra Europa no se divide en países grandes y pequeños, sino en países pequeños y países que todavía no se han enterado de que lo son». No puedo estar más de acuerdo.

Pienso que ser hijo de marino, hombres que por definición tienen horizontes abiertos, y el hecho de vivir en un puerto de mar debió de contribuir a excitar mi imaginación infantil. En aquellos años, los buques de la VI Flota norteamericana recalaban con frecuencia en el puerto de Palma, y en una visita a un portaviones recuerdo un cartel que llamó mi atención en el que aparecía un marino con un barco al fondo y un letrero que decía «*Join the Navy and know the world*» (únete a la Armada y conoce el mundo). Alguien me lo debió de traducir, y yo lo miraba con envidia pensando en los países tan diferentes que debían de visitar en cada singladura. Y sentía envidia, anclado como estaba en aquella Palma tranquila y provinciana donde todavía no había llegado el turismo de masas que hoy atosiga a la isla. Años más tarde vi que los árabes interpretaban libre y ominosamente esta frase como «visita Estados Unidos antes de que ellos te visiten a ti».

El caso es que desde pequeño tenía claro que no quería quedarme anclado en tierra, que quería viajar y conocer el mundo, pero no me interesaba ni estaba a mi alcance unirme a la Marina de Estados Unidos y la nuestra apenas tenía dinero para sacar a navegar a sus viejos barcos, que se pasaban la mayor parte del tiempo amarrados al muelle mientras la herrumbre los corroía. En aquella época viajar era complicado y estaba al alcance de muy pocos, no como hoy, que el mundo de la empresa o de la cooperación internacional abre perspectivas que entonces simplemente no existían. De modo que a los doce años me propuse hacerme diplomático; me puse a estudiar idiomas, hice la carrera de Derecho como tantos otros españoles y al cabo de los años acabé ganando la oposición de ingreso en la carrera diplomática. Eso me ha permitido pasarme la vida viajando de un lugar a otro y vivir durante años en países diferentes, lo cual es muy distinto que hacerlo como turista, ya que cobras en lugar de pagar y además te permite conocerlos por dentro, tratar a fondo a sus pueblos y ampliar el horizonte vital, pues ya Cervantes advertía que «el andar tierras y comunicar con diversas gentes hace a los hombres discretos», y él, otro culo inquieto, sabía de lo que hablaba. A condición, claro está, de hacerlo con mente abierta porque «nunca mejora su

estado quien muda solamente de lugar y no de vida y costumbres», como decía don Francisco de Quevedo, que había vivido en Italia, donde se vio envuelto en peligrosas aventuras de espionaje y que también sabía de lo que hablaba.

Durante esos viajes y esas largas estancias en el extranjero he contemplado paisajes maravillosos, he conocido a gentes interesantes, me he abonado a periódicos en lenguas extrañas, he entrado en contacto con costumbres diferentes, he visto cosas curiosas y, en definitiva, he vivido experiencias y me he encontrado en situaciones que pienso que puede tener interés dar a conocer. También he participado en gestiones y negociaciones diplomáticas con la pretensión de hacer del mundo un lugar un poco más habitable para todos. Y como consecuencia de todo ello, creo haber aprendido a ser tolerante, a contrastar mis puntos de vista con otros y a aceptar que por encima del barniz de razas, religiones y lenguas, los seres humanos somos esencialmente iguales y buscamos las mismas cosas por caminos distintos.

Y de eso trata este libro, que recoge momentos que he vivido como consecuencia de la profesión que he elegido y que me hacía ir a trabajar cada día con la ilusión de ver lo que la jornada me depararía. No concibo suerte mayor, y por eso, si algún consejo me permito dar a los jóvenes que ahora comienzan en un mercado laboral muy difícil, es el de que sigan su vocación y dediquen su vida a hacer lo que les gusta y no piensen solo en ganar dinero, que con tener suficiente sobra, solo se vive una vez y la vida pasa demasiado deprisa.

Claro que toda vida nómada exige un anclaje, y yo presumo de haber tenido no uno sino cuatro: una profesión que me ha llenado, dos mujeres excepcionales que me han hecho el regalo de aceptar compartir conmigo sus vidas, unos hijos estupendos y la referencia a veces lejana pero siempre presente de mi Mallorca natal a la que he regresado tras jubilarme para recuperar unas raíces nunca olvidadas.

David Cornwell, alias John le Carré, se pregunta en su estupendo libro autobiográfico *The Pigeon Tunnel* (Viking, 2016) qué es la verdad y qué es la memoria para un escritor, y si alguna vez ha existido la «memoria pura», para concluir que esta es tan resbaladiza como una pastilla de jabón húmedo. Me gusta esa comparación, pues con el paso del tiempo los recuerdos se difuminan y se deforman, aunque solo sea porque nuestro cerebro da

preferencia a los aspectos agradables y tiende a obviar los negativos, que relegamos a una esquina oscura de forma irreflexiva y espontánea en lo que en el fondo imagino que es un mecanismo de autoprotección. Sin ir más lejos, yo mismo tiendo inconscientemente a olvidar las faenas que me han hecho y no creo que sea por bondad sino por egoísmo, pues se vive mucho mejor sin hacerse mala sangre. A esas personas simplemente las borro de mi vida. Y logro que desaparezcan. En lo demás hago mía la sentencia de Marco Aurelio en sus *Meditaciones* cuando dice que «si pruebas un pepino amargo, tíralo. Si hay zarzas en el camino, evítalas. Basta con eso; no te preguntes por qué existen cosas así en el mundo». Un tipo listo, Marco Aurelio Antonino Augusto.

Reconozco que a veces lo imaginado acaba siendo más real que lo vivido, y eso, que quizás sea una ayuda para un escritor de ficción como Le Carré, puede hacer que mis recuerdos se vean algo distorsionados por el paso del tiempo, y que incluso puedan quedar en ocasiones algo adornados sin pretenderlo yo. No lo descarto. Pero quiero dejar claro que lo que no hago en ningún caso es falsificar voluntariamente lo que aquí refiero y que lo que cuento es lo que ocurrió o, al menos, lo que yo recuerdo honradamente que pasó, porque he visto más cosas de las que recuerdo y no descarto que me acuerde de más cosas de las que he visto, sin que tampoco sea preciso recordarlo todo. A fin de cuentas, uno no debe olvidar la fecha del cumpleaños de una mujer sin necesidad alguna de recordar su edad, y quizás sea eso lo que Héctor Abad Faciolince tenía en mente cuando dijo que «la memoria es importante pero el exceso de memoria es muy tóxico».

Las historias que recojo en este libro las he vivido todas en primera persona y eso me ha exigido dejar de lado otras muy interesantes o divertidas que me han sido referidas por colegas; no quería hacer un libro de anécdotas diplomáticas desternillantes al estilo de los de Lawrence Durrell (*Esprit de Corps. Sketches of Diplomatic Life, Stiff Upper Lip*) o, más recientemente, de Matthew Parris (*The Spanish Ambassador's Suitcase*). Este es un estilo que dominan los británicos con su peculiar sentido del humor. No, lo mío es distinto. No rechazo el humor porque creo que contribuye a hacer a la gente más cercana y la vida mucho más soportable, pero soy más ambicioso, y si el lector se anima, encontrará en las páginas que siguen historias propias de la

labor diplomática junto con otras que son entrañables, divertidas, muy tristes o simplemente surrealistas. Hay de todo. He visitado el Despacho Oval de la Casa Blanca y el del Papa en el Vaticano; he estado en cárceles en Irán y en campamentos de refugiados en Jordania o Mauritania; he participado en operaciones diplomáticas que han terminado bien y en otras que han terminado mal; he llorado con desconsuelo en Auschwitz y también he reído siempre que he podido porque desconfío de los tipos serios y aburridos; he comido caviar y he comido gusanos; he estado con los poderosos, con los que nada tienen, con intelectuales vanidosos y con artistas de Hollywood aterrorizados por el envejecimiento; he dormido en palacios y también entre cucarachas... Y lo que he procurado con toda mi alma es no ser nunca un pesado porque el mundo está lleno de tipos pelmazos e «importanciosos», y porque creo que aburrir al prójimo debería figurar en el Código Penal con artículo propio y con agravantes. Espero cumplirlo también en este libro.

PRIMERA PARTE

UN MUNDO CRUEL

La diferencia entre la guerra y la paz es la siguiente: en la guerra, los pobres son los primeros a los que matan; en la paz, los pobres son los primeros en morir. Para nosotras, las mujeres, hay otra diferencia: en la guerra, somos violadas por quien no conocemos.

MIA COUTO

EL ANTICUARIO DE TEHERÁN

La calle Manucheri de Teherán reúne a los anticuarios de la ciudad, igual que sucede con la Rua de São Bento en Lisboa o la Via dei Coronari en Roma. Durante una época de mi vida tuve que viajar mucho a la República Islámica de Irán por motivos de trabajo y aprovechaba ratos libres para pasar por Manucheri y visitar sus tiendas, que por lo general estaban vacías, pues en aquella época posterior a la revolución de Jomeini los extranjeros eran muy pocos y los turistas no existían. No lograba explicarme cómo aquellos anticuarios podían sobrevivir, pues no oculto que la situación favorecía el regateo, aunque no fuera esa una técnica que entonces dominara como hago (o creo hacer) después de haber pasado cuatro años en Marruecos. Todo se aprende. En una de esas tiendas compré un día una maravillosa puerta persa de dos hojas pintadas con figuras humanas vestidas con lujosos ropajes y con escenas de cazadores a caballo que procedían de un palacio de Isfahán, según me explicó el vendedor. ¡Vaya usted a saber! También me dijo que eran de finales del siglo XVIII o principios del XIX y lo creí porque, además, en aquellos años no se hacían falsificaciones en Irán aunque solo fuera porque no había compradores a los que engañar. Sea como fuere, lo cierto es que eran preciosas y que se encontraban en muy buen estado de conservación. No eran unas puertas baratas y tuve que hacer tres visitas a la tienda, en viajes sucesivos, para regatear y obtener un precio aceptable. Durante esa larga negociación, regada con abundantes tazas de té, trabé cierta amistad con el anticuario, un viejo judío llamado Raphaël, al que seguí viendo en viajes posteriores.

Debo de tener cara de bueno, y espero serlo, aunque a veces me gustaría que se me notara menos (como cuando juego al mus) porque en uno de esos viajes, y sabedor de que regresaba a España al día siguiente por algún comentario mío, el anciano Raphaël me pidió que lo acompañara al fondo de la tienda, donde levantó una cortina hecha con una alfombra vieja y polvorienta y me hizo pasar a la trastienda de su establecimiento, un lugar que hasta entonces nunca había visitado, apenas iluminado y repleto de objetos antiguos recubiertos de polvo. Solos allí los dos, me preguntó en voz muy baja si le podría hacer un favor muy personal. Hablábamos en francés. Asentí con cautela y sin comprometerme, pues la República Islámica de Irán no es un lugar donde uno pueda fiarse de nadie, y esperé a ver qué me pedía. Entonces sacó del fondo de un cajón un pequeño paquete envuelto en papel de periódico, que desdobló con mucho cuidado y con una cierta reverencia, descubriendo ante mis ojos un collar que me pareció antiguo y que era de oro, coral y aguamarinas. Según me dijo mientras me miraba con ojos acuosos, era un collar que había pertenecido a su esposa, fallecida algunos años antes. Raphaël quería que me llevara el collar y que desde España se lo hiciera llegar a su hija, que se iba a casar en California un par de meses más tarde. Dadas las pésimas relaciones entre el régimen del ayatolá Jomeini y los norteamericanos, humillados y sin relaciones diplomáticas desde el asalto de la embajada en Teherán y la toma de rehenes, ni unos ni otros le dejaban viajar a Estados Unidos para asistir a la boda de su hija y tampoco podía hacer el envío por correo desde Teherán.

Me miraba con ojos muy tristes y suplicantes pero con una lucecilla de esperanza bajo el temblor mortecino de una vieja lámpara de mesa que apenas alumbraba la escena. Yo dudaba, pues temí que fuera una trampa, pero cedí cuando su mano huesuda y gastada por los años apretó mi brazo y me suplicó con los ojos húmedos: «Lléveselo, señor, así su madre y yo estaremos de alguna forma con ella en ese día tan importante de su vida. Se lo pido desde el fondo de mi corazón».

De forma que ni supe, ni pude, ni quise negarme y le dije que sí, que lo haría con la condición de que hiciera delante de mí el paquete que quería que yo llevara; junto al collar introdujo una nota apresuradamente garrapateada en

farsi. Luego, en otro papel que yo guardé en mi billetera, escribió con caracteres latinos el nombre de su hija y sus señas en Los Ángeles.

Me despidió con mucho agradecimiento en la puerta de su tienda. Al llegar a Madrid, envié el paquete por correo certificado a Los Ángeles y algún tiempo más tarde recibí una carta de gratitud con una foto de una joven atractiva, morena y menuda, vestida con un traje largo y brillante, de seda, satén o algo parecido, y una bonita sonrisa sobre un cuello adornado por el collar que yo le había hecho llegar. Me emocionó pensar lo que había detrás de esa foto y la felicidad de aquella novia que llevaba sobre su corazón el calor de la madre muerta y el abrazo del padre lejano pero feliz al saber que ella lo era. Y que de alguna forma la acompañaban en Los Ángeles el día de su boda.

Nunca más volví a ver a mi amigo Raphaël, pues su tienda de antigüedades había cerrado en un posterior viaje mío a Teherán y solo encontré respuestas vagas en los comerciantes vecinos. Las puertas persas que le había comprado me las trajo a España años más tarde el embajador José María Sierra, y hoy me recuerdan, cada vez que las veo, al anciano anticuario judío de Teherán con su mirada suplicante y esperanzada a la vez, mientras ponía en mis manos aquel collar que había sido de su mujer para que lo luciera su hija el día de su boda en un país lejano.

EL HOMBRE DESNUDO

Fue en Etiopía, a finales de la década de 1980. Yo era director general de Política Exterior para África y viajé a Adís Abeba por cuestiones que tenían que ver con nuestras relaciones bilaterales con aquel país. Como entonces teníamos también la presidencia rotatoria semestral de la Comunidad Europea, mis colegas de Bruselas me pidieron que aprovechara la visita para hacer una gestión en favor de algunos familiares del exemperador Haile Selassie, el *León de Judá*, que habían sido detenidos por el régimen marxista del coronel Mengistu Haile Mariam y que languidecían en las cárceles etíopes.

Hice la gestión, incluso me permitieron ver en una prisión a dos viejecitas vestidas de negro riguroso, que me recordaron a las que uno encontraba en cualquier pueblo de España y que, por cierto, fueron puestas en libertad algún tiempo más tarde. Me gusta pensar que mi gestión, junto con muchas otras que con seguridad se harían, pudo haber contribuido a ello.

Este Mengistu, conocido a veces como el Negus Rojo, presidía la Junta Militar que se hizo con el poder tras el derrocamiento del emperador en 1974. Luego, cuando yo lo visité, ya se había hecho presidente de la República Democrática y Popular de Etiopía, un país envuelto en colectivizaciones forzosas, represión y guerras con Eritrea (que alcanzaría la independencia en 1993) y con la vecina Somalia. Una época muy dura y triste. Al final, los propios etíopes, hartos de él, lo echaron y luego lo juzgaron *in absentia* y lo condenaron a muerte por genocidio. Afortunadamente para él, otro dictador africano, Robert Mugabe, lo acogió en Zimbabue (ya se sabe, hoy por ti y mañana por mí...), en donde vivió desde entonces. No se qué le ocurrirá ahora

que Mugabe ha sido obligado a dimitir tras 37 años en los que se ha esforzado con ahínco por arruinar el rico país que heredó de la descolonización. Y tampoco me importa.

Adís Abeba era una gran ciudad para los estándares africanos de la época, con un par de buenas avenidas asfaltadas que corrían en paralelo y que estaban entrelazadas por multitud de callejuelas estrechas y polvorientas. Por todos sitios había efigies del nuevo líder flanqueadas por hoces y martillos sobre fondo rojo y negro, mientras estructuras de madera a modo de arcos triunfales o simples lienzos sujetos de las farolas sobrevolaban las calles con lemas revolucionarios. Nuestros embajadores eran Amador Martínez Morcillo y Carmen de la Peña, que tuvieron la amabilidad de acogerme en su residencia, en la parte norte de la ciudad, en la misma ladera del monte N'Toto recorrida a diario por mujeres encorvadas que bajaban a la ciudad enormes fardos de leña cargados sobre los hombros. La deforestación era terrible, y cada vez tenían que subir más arriba en busca de las ramas que necesitaban para encender el fuego.

La embajada era una bonita casa de estilo colonial, y por las noches desde mi dormitorio oía aullar a las hienas. En la cima del monte hay una iglesia cristiana cubierta de pinturas con ese aire levemente románico del arte copto, y junto a ella se encuentra el palacio del rey Menelik, muy descuidado y por cuyos salones y patios circulaban cerdos y gallinas con total libertad. Imagino que exactamente igual debía de ocurrir en vida de aquel rey porque todo parecía allí bastante cutre, como muestra, el trono imperial que se conserva junto al polvoriento esqueleto original de Lucy, el primer homínido, en el museo de Adís Abeba. Nada que ver con el Trono del Pavo Real de los emperadores persas, que otro día pude ver en Teherán junto con otros increíbles tesoros que se guardan en los sótanos del Banco Central de Irán. Y eso a pesar de que los monarcas etíopes eran los herederos del mítico reino del Preste Juan, un imperio cristiano en el corazón de África que traza sus orígenes en una historia de amor bíblica entre el rey judío Salomón y la yemenita reina de Saba. En la Europa medieval se contaban muchas historias a su respecto y se le buscaba con ahínco pues suponían que podría contarse con su ayuda para atacar a los turcos por la espalda. Un padre jesuita castellano aunque formado en Coimbra, Pedro Páez, llegó a Etiopía tras muchas

peripecias, pues en su primer intento desde Goa fue secuestrado por piratas omaníes y estuvo en cautividad siete años, que aprovechó para aprender árabe. Aquella gente tenía otro temple, porque volvió a intentarlo cuando fue rescatado, y esta vez llegó a Etiopía, se ganó la voluntad del emperador con sus conocimientos de astronomía, arquitectura y botánica y dejó un importante libro (*Historia de Etiopía*) sobre los etíopes, su historia y sus costumbres. A su muerte, sus compañeros jesuitas fueron masacrados por los curas coptos, celosos de su influencia en la corte, y es que no hay cuña como la de la misma madera. Los ingleses Burton y Speke, que llegaron a los lagos Victoria y Tanganica, se atribuyeron el «descubrimiento» de las fuentes del Nilo Azul, pero la realidad es que lo «descubrió» trescientos años antes el padre Páez, como él mismo cuenta en su libro. Cuando mi hermano Rafael fue embajador en Etiopía, años más tarde, colocó en el lugar donde nace el río una placa que deja las cosas en su lugar.

El caso es que mientras estaba en Adís Abeba hice una visita a la sede de la Unión Africana (UA) para mantener algunos contactos con países con los que teníamos relaciones pero no embajadores residentes en sus capitales, al igual que tampoco ellos los tenían en Madrid. En esas visitas me acompañaba el embajador Martínez Morcillo, y las hacíamos en el vehículo oficial de la embajada, que llevaba una pequeña bandera de España sobre el guardabarros. Una vez, al subir al coche frente a la sede de la UA para regresar a la embajada, surgió de repente como de la nada un hombre completamente desnudo que se agarró al mástil del banderín mientras gritaba algo que no comprendí. Aún hoy lo estoy viendo. Era un individuo alto y delgado, con pelo largo y enmarañado y barba descuidada, de una edad que no sabría determinar aunque debía de andar por los cincuenta años, pues tenía el pelo y la barba con muchos mechones grises. No llevaba puesto absolutamente nada encima, iba completamente desnudo, ni un pequeño taparrabos, nada. Parecía uno de esos santones con los que uno se cruza a veces en la India. Le pedí al chófer que detuviera el coche, pero este, en lugar de hacerlo, aceleró con fuerza, de forma que el hombre, que seguía agarrado a la bandera, fue arrastrado unos metros, hasta que la soltó y cayó rodando al suelo. Desde mi asiento me volví y lo vi levantarse, aparentemente ileso, entre una nube de polvo. Al recriminarle al conductor su temeraria reacción, me contestó que esas cosas

ocurrían con relativa frecuencia, que se trataba de un mendigo y que si nos hubiéramos detenido, en lugar de uno habrían aparecido en torno al coche una docena de hombres igualmente desnudos y con las manos extendidas.

He visto miseria en muchos lugares, como en los campos de refugiados en Mauritania o en los de palestinos sin esperanza en Jordania; la he visto en el Sahel y también en el Bowery neoyorquino, pero creo que ninguna de esas imágenes terribles se me ha grabado con tanta fuerza como la de aquel etíope, que lo único que tenía en la vida era hambre. Solo eso. Cuando ese mismo día me llevaron a almorzar junto a la piscina del hotel Hilton, un oasis de opulencia para extranjeros en el corazón de la polvorienta Adís Abeba, sentí que algo muy obscuro ocurría en el mundo para que dos universos tan diferentes estuvieran separados únicamente por la endeble y para muchos infranqueable tapia de un hotel.

LLÉVATELA, ASÍ COMERÁ

Las visitas a campos de refugiados me producen siempre una impresión profunda, pues se enfrenta uno a una realidad muy dura, en la que la gente con frecuencia está desprovista de todo menos de dignidad; gente que todo lo ha perdido como consecuencia de guerras o catástrofes naturales, tan implacables como incomprensibles. Es lo que revela la mirada perdida y extenuada de los refugiados sirios que avanzan con dificultad entre el barro y la nieve de carreteras europeas, o se detienen ante las verjas y los muros que levantan el egoísmo y el miedo. O la mirada temerosa de los que se embarcan como pueden para tratar de cruzar el Mediterráneo —algunos ven entonces el mar por vez primera— y con insufrible frecuencia no lo consiguen. Y se equivoca quien piensa que se trata de algo lejano que no nos puede afectar a nosotros, instalados en la comodidad del primer mundo. Aún no hace ochenta años que los soldados republicanos vencidos en nuestra guerra incivil se arrastraban por gélidas rutas de los Pirineos camino de campos de concentración en Francia, para luego ser enviados a Alemania como mano de obra esclava, o a África para tender líneas férreas y alistarlos en la Legión Extranjera. Menos tiempo hace de las tragedias y hambrunas de los millones de desplazados que provocó la Segunda Guerra Mundial, y mucho menos aún del genocidio cometido en Yugoslavia, en el corazón de la supuestamente civilizada Europa, donde las limpiezas étnicas expulsaron a poblaciones enteras. Como los kosovares expulsados por los serbios, los serbios expulsados de Krajina por Croacia o los musulmanes bosnios expulsados y masacrados en todos sitios. Recuerdo una mezquita en la Bosnia croata que había sido arrasada como hicieron los nazis con el gueto de Varsovia o imagino que debió hacer Escipión el Africano con Cartago. No quedaba de ella ni rastro, apenas unos

pocos cascotes, y en su lugar había una plaza. Son cosas que no han ocurrido en Ruanda sino en Europa hace muy pocos años. Para vergüenza nuestra. Y es que, como dice Viet Thanh Nguyen, refugiado vietnamita en Estados Unidos, «los refugiados son encarnaciones vivas de una posibilidad verdaderamente inquietante: que todos nuestros privilegios como seres humanos son en realidad bastante precarios y que nuestros hogares, nuestras familias, y nuestros países se encuentran a tan solo una catástrofe de distancia de quedar completamente arrasados». Que se lo pregunten a los rohinyás que huyen de Myanmar mientras escribo estas líneas o a los damnificados en el verano de 2017 por los terribles huracanes que han recorrido el mar Caribe.

No sé si el hombre es o no un lobo para el hombre y ni siquiera estoy seguro de que ese comentario sea peyorativo, pues también los lobos exhiben virtudes positivas: son solidarios entre sí, actúan en grupo, aceptan el liderazgo del jefe de la manada, y se reparten las tareas para sobrevivir. Supongo que su mala imagen actual tiene mucho que ver con la iconografía de Disney. Pero creo como Kissinger que de la historia se pueden extraer analogías proyectables con cautela sobre el presente, y pienso que estas muestran que la raza humana, ese depredador triunfante que se ha adueñado del planeta gracias a su capacidad de cooperar imaginativamente en grandes números, como dice Yuval Noah Harari, ha sido siempre implacable con los semejantes que se interponían en su camino, y lava luego su mala conciencia cuidando lo imprescindible a los sobrevivientes.

Eso es lo que me viene a la mente en los campos de refugiados que he visitado en África y en Oriente Medio, donde multitudes conviven entre cascotes, tiendas prefabricadas o edificios ruinosos, sin trabajo ni diversiones y dependientes para todo de la caridad ajena. Y sin esperanza, que es lo más duro. En los polvorientos campos palestinos de Jordania, amasijos de callejas con casas sin revocar y ocupadas desde hace cincuenta años, me ha impresionado la resignación de los viejos ante la amarga suerte deparada por el destino (*maktoub*) en forma de ocupación israelí de sus casas y olivares, y la rabia y el odio que abiertamente expresaban los jóvenes, ya nacidos en el campo de refugiados, ante la vida carente de esperanza que se les ofrecía. Si las cárceles son lugares de radicalización y escuela de delincuentes, esos campamentos son un criadero de nihilistas desesperados, de jóvenes sin nada

que perder entre los que no es difícil encontrar voluntarios para ataques terroristas sin retorno, pues en el fondo, para el que nada tiene y nada espera, dar la vida por una causa es una forma de darle sentido, de integrarse en un grupo, de sublimar frustraciones, de ganarse respeto, de mejorar económicamente la vida de familiares e, incluso, de abrirse las puertas del paraíso con su recompensa de jardines (ellos, que no han visto ninguno), ríos de miel y bellas huríes.

Por contra, en los descampados africanos atestados de cabañas y de tiendas de facturas diferentes no he constatado ni esa resignación ni ese odio, sino niños que corretean y ríen entre los ojos infinitamente tristes de los adultos que miran sin ver —y no solo por el glaucoma— con una inacabable incompreensión ante una realidad que parece escapárseles; un cierto agradecimiento por la seguridad que el mismo campo ofrece frente a las experiencias terribles que acababan de vivir y a las que temen ser devueltos; un intento de reorganizar su vida familiar en ese mundo tan artificial y un indisimulado desinterés ante el visitante extranjero que deambula entre el polvo mientras recibe con cara compungida explicaciones de los responsables del lugar, sabiendo que su capacidad de respuesta es limitada aunque siempre se puede hacer algo.

En Mauritania llueve poco, y, cuando lo hace, los pueblos (y barrios enteros de la misma capital, Nuakchot) apestan, pues carecen de desagües o colectores, y falta el sol, que evapora las aguas y reseca las carnes de los animales muertos, lo que evita los malos olores. Cuando hay grandes sequías mueren los ganados, y cuando llueve mucho, el suelo endurecido produce riadas e inundaciones. En 1980-1981 hubo una sequía terrible que mató a muchos camellos y ovejas, y llevó a cientos de nómadas arruinados a liberar a sus esclavos —la esclavitud estuvo permitida hasta 1982—; estos eran tratados algo así como miembros pobres de la familia a los que se mantenía a cambio de trabajo. Ello los obligó a buscar refugio en las ciudades, donde los que podían se instalaban en casa de amigos o parientes, forzados a recibirlos por las exigentes leyes de hospitalidad que rigen en el desierto, y que se explican por la dureza misma de la vida en latitudes que la arrebatan a quien es dejado a la intemperie. Un amigo, M'Bá Racine, de raza negra pero islamizado y por ello considerado *beidan* (blanco) en un país dominado por

los moros, diplomático mauritano, me contaba cómo de la noche a la mañana se le presentaron en casa 40 parientes que lo habían perdido todo con la sequía y se instalaron en jaimas que levantaron en su patio. Sin siquiera pedir permiso, como la cosa más natural del mundo, pues sabían que su pariente, por lejano que fuera, estaba obligado a darles cobijo. Tras un mes de darles de comer y beber, mi amigo no tuvo otra solución que inventarse un viaje a las islas Canarias con su mujer e hijos para tener una excusa para abandonar su casa. Cuando los parientes dejaron de comer gratis, se mudaron a casa de otro primo, y M'Bá pudo regresar a su hogar sin miedo a arruinarse él también.

Pero si la falta de agua era mala, su exceso ocasionaba riadas repentinas que se llevaban por delante cuanto encontraban. Siendo yo embajador en Marruecos, mi colega de Finlandia y su mujer fueron arrastrados con su todoterreno por el agua desbordada que les sorprendió mientras cruzaban el lecho seco de un *oued* (río) en la región de Taroudant, al pie de la cordillera del Atlas. Ambos fallecieron. Varios años antes, una de esas riadas inundó buena parte de la ciudad de Adrar, en el oasis de Atar, en el norte de Mauritania. Yo era entonces subdirector general para los países del Magreb en el Ministerio de Exteriores y me trasladé al lugar con un avión Hércules de la Fuerza Aérea lleno de ayuda humanitaria (mantas, tiendas, ropa, medicinas, agua potable, etc.) que envió España. Allí también el *oued* local se había desbordado y el agua había deshecho buena parte de las frágiles construcciones de adobe de una sola planta que formaban el poblado.

Atardecía cuando acababa de visitar la zona donde se habían reubicado los que lo habían perdido todo. Las nubes de polvo me habían dejado la garganta reseca y los ojos irritados, y era imposible distinguir el verdadero color de mis zapatos. Tras un día de calor agobiante, la camisa dejaba sentir el fresco que acompaña las noches en el desierto y que llega tan deprisa como estas. Me disponía a salir de allí cuando se me acercó un hombre vestido con el turbante y la amplia y elegante vestimenta azul de las gentes del desierto. Su rostro era muy oscuro, tizado también de azul y marcado con las huellas y arrugas propias de una vida al aire libre en el duro clima de aquellas latitudes. Su cara era de viejo pero su porte y la forma de moverse denotaban menor edad, por lo que supongo que andaría por la cuarentena. De la mano arrastraba a una niña de once o doce años, cubierta por la vaporosa *mefla* local de vivos

colores y con los ojos fijos en el suelo. No se los pude ver. Él se plantó frente a mí y, cerrándome el paso, me dijo en buen español: «Toma, señor, llévatela contigo porque así comerá». Yo tenía entonces una preciosa niña algo más pequeña que la que con gesto tan firme me ofrecían y me quedé tan impresionado de que un padre pudiera hacer un sacrificio semejante — desprenderse así de una hija para asegurarse de que viviría—, que todavía hoy veo la escena frente a mí cuando cierro los ojos. Y eso a pesar de que las niñas sean vistas como una carga porque hay que darles una dote para poder casarlas. Por eso, con los años y algo más de cinismo encima, me pregunto si me hubiera ofrecido igual a un hijo varón, y me temo que la respuesta es que no.

No somos conscientes de lo cerca que está todavía la muerte de muchos millones de seres humanos que forman parte de un paisaje terrible que no tienen más remedio que aceptar con resignación. Y supongo que con mucha rabia. Como esas madres africanas que paren gemelos y deben tomar la terrible decisión de elegir el que vivirá y el que será abandonado pues no tienen leche para ambos. Aunque no siempre, porque también la resignación se puede revestir de cinismo, como me sucedió cuando di el pésame en Malabo a un ministro ecuatoguineano que había perdido a su mujer y seis hijos en un terrible accidente. Su respuesta me dejó helado. «No se preocupe —me dijo—, tengo otros.»

NO DEJARLES LEER NI ESCRIBIR

Mi puerta de entrada en el Tercer Mundo fue la República de El Salvador, adonde fui en 1980 desde Nueva York escapando del frío para pasar unas Navidades tropicales en casa de un amigo que trabajaba para el Banco Santander. Allí imperaba entonces un clima de preguerra civil con tensiones muy fuertes, zonas del país vedadas al turismo y con tantas pintadas por las paredes como en Oyarzun, «territorio apache» según la Policía, durante la peor época de ETA. Empezaba entonces una terrible guerra civil que duró desde 1979 hasta 1992; causó 75.000 muertos y envió a Estados Unidos a toda una generación de jóvenes que regresó años más tarde para fundar las temibles Mara Salvatrucha, Barrio 18... que se involucrarían en el narcotráfico y convertirían el país en el infierno que es hoy, cuando su capital solo cede ante Caracas y San Pedro Sula (Honduras) en la lista de las ciudades más inseguras del planeta. El Salvador era entonces una tierra violenta, donde todo el mundo iba armado con machetes y los capataces de las fincas llevaban revólver al cinto. Me sorprendía mucho constatar en el periódico la cantidad de muertos que producían las riñas favorecidas por el alcohol todos los fines de semana. También los ricos, en cuyo ambiente vivían los amigos que me habían invitado, iban armados o llevaban armas en la guantera del coche y las tenían también en casa, que se cerraba como un fortín con rejas y vigilantes privados. Por descontado que allí todos los ricos iban con guardaespaldas porque los atentados y los secuestros estaban a la orden del día.

La noche de Fin de Año nos invitaron a mi mujer y a mí a cenar en el Club Campestre, situado en la falda del volcán El Boquerón, desde donde se disfruta de una espectacular vista sobre la capital, San Salvador. Aquella cena tenía mucho de Buñuel y de *western* americano, pues mientras los ricos

cenaban con sus pistolas sobre la mesa, o bailaban en la pista, sus escoltas se encontraban rodeando el salón, de pie, con la espalda apoyada contra la pared y dejando ver las pistolas que portaban al cinto. Era surrealista. Allí estaba la aristocracia local, lo que se conocía como las Catorce Familias, que tradicionalmente ha sido considerada como la dueña de todo el país. En plena cena estalló un incendio en la ciudad, y desde donde estábamos las llamas se veían con nitidez. El encargado del bar me comentó que la radio decía que la guerrilla lo había provocado «para amenizar la fiesta de fin de año de los ricos del Club Campestre».

Una de aquellas noches me invitó a cenar uno de esos ricos de San Salvador —cuando eran ricos, eran muy muy ricos—, un hombre que al parecer poseía todo el cemento del país y cuya casa estaba rodeada de altos muros y protegida por soldados con casco y metralleta metidos en garitas. Estábamos en el aperitivo cuando se me ocurrió comentar que durante una excursión a una pirámide maya, aquella misma tarde, había visto muchas pintadas en los muros de las casas de los pueblos por donde había pasado. Entonces mi anfitrión inquirió secamente: «¿Y qué dicen esas pintadas?». Le respondí que lo habitual, que pedían la tierra para el que la trabaja, reforma agraria y cosas por el estilo. Entonces dio un puñetazo sobre la mesa de cristal que tenía delante diciendo con gran violencia «eso pasa porque están aprendiendo a leer y escribir, ¡ya he dicho mil veces que no hay que dejarles que aprendan a leer y a escribir!». Una copa rodó al suelo y se hizo mil pedazos, en medio de un estremecedor silencio de los presentes. Me quedé atónito y escandalizado a la vez. No estábamos en el siglo XVI sino a finales del XX. Pero no lo parecía.

Otro día me mostraron en una plantación de algodón el lecho de un torrente sobre el que habían tendido unos troncos en los que se apoyaban unas precarias construcciones donde se alojaban los peones que la trabajaban. Al preguntar yo ingenuamente si cuando llovía no les entraba agua y se mojaban, o incluso si una crecida no podía llevarse por delante aquellas frágiles cabañas, me respondieron sin ningún recato y con toda naturalidad que, efectivamente, eso podía suceder y ocurría en ocasiones. Al insistir yo en que podía ser más seguro construir sus viviendas en tierra firme, me respondieron

que tenía mucha razón y que, de hecho, así habían estado en el pasado, pero que al instalarlos sobre el torrente habían ganado unas hectáreas para el cultivo.

En un viaje a Guatemala me contaron que allí era práctica corriente que un grupo de matones reclutados por un terrateniente rodeara un poblado de indígenas, metiera en camiones a todos los varones que encontraba y se los llevara a trabajar en una plantación de algodón de su propiedad a cientos de kilómetros de distancia. Con frecuencia era el mismo ejército el que se ocupaba de la tarea. Los indígenas eran liberados cuando acababan la zafra, y tenían que regresar al poblado por sus propios medios. No me dijeron que les pagaran por su trabajo y no sé si las cosas habrán cambiado mucho hoy.

Larry Massana era el nombre artístico de un catalán al que traté en Nueva York y que en su juventud había tocado con el grupo musical de Los Cinco Latinos. Era un personaje interesante, casado con una guapa presentadora de la televisión latina de Estados Unidos, y nos hicimos amigos. Larry me contó que en los años cincuenta trabajó algún tiempo en San Salvador y que los jóvenes de las llamadas Catorce Familias salían de madrugada de la sala de fiestas donde él tocaba, borrachos como cubas, y se divertían disparando con revólver a los campesinos que iban al trabajo. Larry añadía que era una trampa para el coche para apuntar mejor o usar un rifle.

Con estas cosas comprende uno mucho de lo que luego ocurre en algunos lugares. Apenas un año después, nuestra embajada en Guatemala fue asaltada por la policía tras una ocupación por un grupo de campesinos que denunciaban su situación. En el asalto murieron una veintena de indígenas y mi amigo Jaime Ruiz del Árbol, secretario de la embajada, que había alojado en su casa a mi mujer y mis hijos un año antes, cuando una nevada inesperada cerró el aeropuerto Kennedy de Nueva York mientras su avión hacía una escala en Ciudad de Guatemala. En aquella ocasión, Jaime y Lola, su mujer, los sacaron del avión y los tuvieron un par de días en su casa hasta que pasó el temporal de nieve en la costa Este de Estados Unidos. Durante el brutal ataque a nuestra embajada también resultó malherido con graves quemaduras el embajador Máximo Cajal, gran amigo mío, sobre quien entonces se echó encima cierta prensa reaccionaria en España acusándolo de comunista. Máximo, un testigo incómodo a quien los salvadoreños quisieron rematar en el hospital y que

salvó la vida por segunda vez gracias a que el embajador norteamericano lo sacó de allí y le dio refugio en su residencia, ha escrito un terrible relato de aquel drama en su libro *Saber quién puso fuego ahí*. Fue una brutal violación de los derechos humanos y de las más elementales normas diplomáticas y, como consecuencia, España cortó durante un tiempo sus relaciones con Guatemala.

En aquel viaje a la República de El Salvador de me di cuenta de lo difícil que tenía que ser vivir en aquel mundo y no tomar partido ante las injusticias que se veían y sufrían a diario. Y también del valor que se necesitaba para hacerlo. Hablé de ello años más tarde cuando Yago Pico de Coaña me invitó a almorzar en Madrid con el padre José Ignacio Ellacuría, de la Compañía de Jesús, poco antes de que lo asesinaran en San Salvador junto a otros compañeros jesuitas, precisamente por ponerse del lado del Evangelio y de los más débiles. Igual que asesinaron a monseñor Romero al pie del altar donde oficiaba la misa.

Muchos años más tarde regresé a El Salvador cuando estaba al frente del Centro Nacional de Inteligencia. Mi objetivo era intentar ayudarles a transformar lo que era una policía política en un moderno servicio de inteligencia, que respetara los derechos humanos y no interviniera en la política interna. Vana pretensión, pues me pareció que ni lo entendían ni tenían el más mínimo interés en entender lo que les decía. Y mucho menos en ponerlo en práctica. En aquel viaje, el presidente Francisco Flores me cedió su helicóptero personal para sobrevolar el país, de gran belleza, y visitar ciertas zonas que quería que conociera por razones de seguridad. También el jefe del servicio secreto salvadoreño me invitó a comer en su casa, que se encontraba en la ladera del mismo volcán El Boquerón donde años antes había pasado aquella inolvidable Nochevieja. Como muestra de amistad y confianza, insistió en llevarme en su coche particular, que él mismo conducía, y lo primero que hizo al sentarse al volante fue sacar un enorme pistolón de la guantera y colocarlo entre ambos. Por si no fueran suficientes los coches cargados de agentes armados hasta los dientes que nos precedían y seguían. Hay cosas que no cambian o que lo hacen muy despacio. Demasiado despacio.

CHECKPOINT CHARLIE

Cuando uno piensa hoy en el Checkpoint Charlie, sobrevienen imágenes de la Guerra Fría, de la famosa fotografía del soldado con casco que salta una alambrada todavía incipiente para entrar en el sector francés al tiempo que arroja su fusil; de Kennedy gritando «*Ich bin ein Berliner*» junto a la puerta de Brandemburgo; de John le Carré y del espía que volvió del frío; de Walter Ulbricht besando a Gorbachov, y del infamante muro saltando en pedazos una noche de noviembre de 1989 en medio del jolgorio popular.

Mucho antes, a finales de 1973, cuando yo era un joven secretario de embajada destinado en la Representación Consular y Comercial de España en Varsovia (no había embajada porque los regímenes de Franco y de Gierek no se reconocían diplomáticamente), hice un viaje a Berlín con Pilita, mi mujer, y unos colegas de la embajada de Italia con los que habíamos congeniado muy bien: Rosella y Carlo Calia.

Nuestra intención era ir a Berlín occidental para escapar durante un fin de semana del paraíso comunista y visitar museos, ir de tiendas y cenar en buenos restaurantes. Un fin de semana desvergonzadamente capitalista que aprovechamos muy bien instalados en el hotel Adlon, en Unter den Linden, junto a la puerta de Brandemburgo. De ese viaje recuerdo tres cosas por encima de todo: los museos, la dureza del comunismo de la República Democrática Alemana (RDA) y el paso de la frontera desde Berlín oriental al occidental.

De los museos, me impresionó sobre todo el de Pérgamo, en el sector oriental, con el friso de los arqueros y las puertas de Ishtar que se llevaron de Babilonia. Años más tarde visité la verdadera Babilonia, en Irak, que solo puede exhibir reproducciones de los originales. Uno tiende a no simpatizar

con expolios coloniales de obras de arte, pero a la vista de las barbaridades hechas por el Estado Islámico en Palmira, acabo pensando que se encuentran más seguras en Alemania. Al menos por ahora.

El comunismo de la RDA me pareció terrible, mucho más duro que el que había conocido en Polonia, y supongo que también más estricto que el ruso. No he conocido el comunismo cubano más que indirectamente a través de sus diplomáticos, todos inteligentes, simpáticos y bastante cínicos, pero estoy convencido de que está lejísimo de la seriedad con la que se vivía en Alemania en aquella época. El propio comunismo polaco era mucho más relajado. Los alemanes tienen poco sentido del humor y cuando hacen algo, lo hacen a conciencia, independientemente de que sea algo bueno o algo malo, y como consecuencia habían puesto en pie un régimen opresor como pocos. *Mutatis mutandis*, lo mismo hicieron los nazis cuando tuvieron la oportunidad. A los alemanes es mejor mantenerlos entretenidos con algo que canalice sus energías, que son muchas, en sentido positivo.

Lo más impresionante del viaje fue la experiencia que vivimos en el Checkpoint Charlie. El avión de las líneas aéreas polacas, LOT, nos había dejado en Tempelhof, el aeropuerto del sector oriental de Berlín y, allí mismo, pasados los trámites de frontera y de aduanas para los que poseer un pasaporte diplomático marcaba toda la diferencia, nos recogió un pequeño autobús que debía llevarnos al sector occidental de la ciudad. En él íbamos una docena de personas. El puesto de control militar que permitía el paso al Sector Americano de Berlín, al que nos dirigíamos, estaba en Friedrichstrasse, una calle ancha y recta bordeada de alambradas y de edificios grises, con barreras levadizas y obstáculos que obligaban al vehículo a detenerse continuamente y a conducir muy despacio. Allí subieron unos policías de la RDA, *vopos*, y pidieron revisar de nuevo los pasaportes que acabábamos de mostrar en el aeropuerto. Creo que iban vestidos de negro, o al menos así los recuerdo ahora, aunque no descarto que sea el subconsciente el que me hace verlos así. Algo debía de estar mal, porque empezaron a discutir con una chica joven, de veintipocos años, morena, polaca, a la que debía de faltar algún papel. La discusión subió de tono, llegaron más policías, empezaron a forcejear con la muchacha, que se negaba a bajar y se agarraba a los asientos mientras los policías tiraban de ella para sacarla del autobús. Los otros diez u once

pasajeros nos quedamos helados, sin que nuestras débiles protestas sirvieran para otra cosa que para meter más prisa a quienes forcejeaban para bajar a la chica, que a estas alturas lloraba y se resistía como podía. Al final la bajaron en volandas, se cerró la puerta de golpe y el autobús arrancó para adentrarse en el zigzag del camino que llevaba hacia el mundo libre, acompañado del silencio atronador —y que nos sabía a culpable— de cuantos logramos cruzar el muro. Confieso que llegamos con el corazón encogido a un Berlín occidental que estaba vacío de coches, pues nuestra visita coincidió con el boicot petrolero árabe tras la guerra de ese año con Israel. Un boicot del que en España no nos enteramos porque Sadam Husein (sí, él) se ocupó de que no nos faltara petróleo por aquello de «la tradicional amistad hispano-árabe», que al menos para eso sí que sirvió. En Berlín no tenían «amistad germano-árabe» que valiera y por eso aquellos días mucha gente se movía en bicicleta e incluso a caballo junto a una puerta de Brandemburgo que entonces atravesaba el Muro de la Vergüenza.

Parece una historia de otra época y sin embargo es ahora cuando, para vergüenza nuestra, Europa vuelve a llenarse de muros y de barreras, tanto físicas como burocráticas, para cerrar la puerta a los refugiados que huyen del terror de la guerra de Siria. Como si no hubiéramos aprendido nada.

DESCONSUELO

Nunca he llorado tanto en mi vida como aquella tarde en Cracovia. Hacía poco tiempo que había llegado a Varsovia en mi primer destino como diplomático. Tenía veintiséis años, nula experiencia y ganas de comerme el mundo. La Universidad de Cracovia me había invitado a dar una charla sobre España, ese país que los polacos imaginan soleado, alegre, exótico, católico y por el que sienten una extraña afinidad. Dicen de sí mismos que son «los latinos del mundo eslavo», y es verdad que junto a la tristeza visceral de los checos y la seriedad de los prusianos, los polacos son mucho más alegres y extrovertidos. Debe de ser a eso a lo que se refieren con lo de «latinos».

Cracovia es una preciosa ciudad al pie de los Cárpatos con un centro medieval muy bonito y bien conservado. Le pasa como a Palma de Mallorca, que nunca ha sido destruida (o por lo menos no lo ha sido en los últimos ocho siglos), y si en nuestro caso se explica por la insularidad, en Cracovia resulta bastante incomprensible dada la cantidad de invasiones y guerras que ha sufrido Polonia o las veces que le han pasado simplemente por encima. De hecho, los tártaros la conquistaron nada menos que tres veces en el siglo XIII y la arrasaron, pero los polacos, tozudamente persistentes, la reconstruían cada vez. En una de las torres de su preciosa catedral suena cada mediodía un toque de trompeta que se interrumpe bruscamente y que recuerda a un vigía cuya garganta fue atravesada por una flecha cuando daba la alarma. Siempre he pensado que debió de ver al enemigo cuando ya lo tenía encima.

Al finalizar mi charla en la universidad, subió al estrado una rubia guapa que me dio un ramo de flores. Tengo una foto con ella en la que se me ve sonriente y muy cortado, pues nunca nadie me había regalado antes un ramo y menos en un escenario; los toreros eran los únicos hombres que recibían flores

en aquella España llena de telarañas. A la conferencia la siguió una noche divertida de copas por la ciudad con un grupo de estudiantes, entre los que estaba la rubia de las flores, que se llamaba Romana y que era presidenta de la asociación que me había invitado; y otra chica llamada Krystina, muy guapa, que era de origen judío y que me preguntó si conocía el campo nazi de exterminio de Auschwitz (los polacos le llaman Oświęcim) situado a una treintena de kilómetros de Cracovia. Acababa de llegar a Polonia, era mi primera visita a la capital y le contesté que no, que aún no lo había ido a ver pero que era algo que me gustaría hacer. Acepté, pues, su invitación y allí fuimos al día siguiente los tres, un día nublado y triste, típico de aquellas latitudes, con poca luz, muy frío y con una llovizna helada que no paraba y te calaba los huesos. Recuerdo bien el portón de la entrada con su cínico letrero «*Arbeit macht frei*» (el trabajo os hace libres), las filas de barracones de ladrillo y de madera con plataformas para dormir, las omnipresentes vallas electrificadas, unas vitrinas con pelo humano, otras repletas de viejas maletas de cartón o de cuero y de carteras de piel, o con millares de zapatos usados y rotos, los hornos crematorios, las terribles fotos de esqueletos vivientes en las paredes, personas con unos ojos que te penetraban desde las calaveras en que se habían convertido sus caras... Krystina, cuyos abuelos y otros familiares habían sido asesinados allí entre otro millón de seres humanos, me explicaba en voz baja y aséptica todos los siniestros detalles de aquella eficiente fábrica de matar.

Cuando regresé al hotel, ya solo, me senté sobre la cama de mi habitación y de repente, sin previo aviso, me entró una llorera como nunca más me ha ocurrido en mi vida. Lágrimas saladas y abundantes que parecían querer limpiarme de la condición humana, sí, humana, que compartía con quienes idearon aquella monstruosidad; la maldad organizada en estado puro que, como diría Hannah Arendt refiriéndose a Adolf Eichmann, acababa siendo banalizada por gentes que la cometían sin motivo y sin reflexión, gentes a las que probablemente parecía hasta natural lo que hacían. Gentes que, como el ingeniero Kurt Prüfer, de la empresa Topf und Söhne, se enorgullecían de haber logrado unos hornos triples que lograban quemar cincuenta y tres cuerpos por hora, por encima de las previsiones. Y es que, como ha dicho Christopher Browning, historiador del Holocausto, «nunca ha fracasado un

genocidio por falta de voluntarios para matar», como hemos comprobado años más tarde en Ruanda y en Bosnia-Herzegovina. Nunca más en mi vida he vuelto a llorar con el desconsuelo de aquella tarde en Cracovia.

También es sobrecogedor el mausoleo de Yad Vashem en Jerusalén, que es visita obligada para toda delegación extranjera que llega a Israel y que en mi opinión es una forma inteligente que tiene la diplomacia israelí de colocar a todos los visitantes en la posición de deudores —al menos en el plano moral— antes de empezar a hablar de lo que sea. Pero lo más estremecedor es el pabellón dedicado a los niños asesinados por los nazis. Se trata de una amplia cámara oscura que desde dentro parece una esfera que uno atraviesa por una pasarela mientras alrededor, arriba en la cúpula y abajo en el suelo, a izquierda y derecha, se encienden y apagan minúsculas lucecillas y una voz monótona y grave recita los nombres de las pobres criaturas. Pone los pelos de punta.

Pero Yad Vashem no me hizo llorar como Auschwitz. Después de aquello no quise visitar ningún otro campo de concentración en Polonia ni en ningún otro lugar. Tampoco voy a museos dedicados al Holocausto. Aquella tarde en Cracovia lloré por toda una vida.

SEGUNDA PARTE
VA DE ESPÍAS

MIS AMIGOS ESPÍAS

Durante una etapa de mi vida, cuando dirigía el Centro Nacional de Inteligencia (CNI), tuve relación con muchos colegas de otros servicios, tanto amigos como menos amigos y simples conocidos. Y los había de todos los pelajes. Con algunos de los buenos sigo en contacto años más tarde.

Entre los primeros, recuerdo a mi colega británico, que dirigía el MI6 y respondía al sugestivo nombre de sir Richard Dearlove, a quien le llevaban los diablos cuando me contaba lo rematadamente mal que a su juicio lo estaban haciendo los norteamericanos en Irak a raíz de la invasión de 2003, cuando le rompieron al país la columna vertebral al desmembrar a su ejército, a sus servicios de Inteligencia y al mismo partido Baaz. De estos errores nació el posterior caos y la incapacidad de encontrar interlocutores con los que gestionar la ocupación y pactar la retirada, igual que de las filas de esas instituciones se nutriría años más tarde toda la plana mayor del Estado Islámico. Los americanos «no escuchan a nadie», me decía, «se creen que lo saben todo y de Irak sabemos mucho más nosotros, que por algo hemos sido allí potencia colonial durante treinta años». En mi opinión tenía mucha razón, y yo también, más modestamente, pasé un mensaje parecido a George Tenet, director de la CIA, con la misma falta de éxito porque no escuchaban. Tras cesar en el MI6, los ingleses le agradecieron los servicios prestados nombrándole rector del colegio de Saint Anthony en Oxford. Creo que es un cargo vitalicio.

Y eso que Tenet me contaba en su despacho de Langley, señalando un fax en una esquina, que «todo lo que a mí me llega lo comparto con el MI6», para darme a entender que eran uña y carne con los británicos, y nosotros, unos amigos apreciados gracias a José María Aznar pero definitivamente a otro

nivel. Era cuando Aznar se había hecho la famosa foto de las Azores con Bush, Blair y Durão Barroso. Pero nosotros no estábamos en la Red Echelon, conocida también como la Liga de los Cinco Ojos, que une a los servicios de Inteligencia anglosajones (Estados Unidos, Reino Unido, Canadá, Australia y Nueva Zelanda) en una especie de sanedrín de informaciones clasificadas. Este Tenet es el que aparece en segundo término, detrás del secretario de Estado Colin Powell, en la famosa reunión del Consejo de Seguridad de 2003 en la que este afirmó con fotos y planos que Sadam Husein tenía armas de destrucción masiva. Fotos y planos que le habían dado la CIA y la National Security Agency (NSA). Esas armas nunca se encontraron y Powell se disculpó luego por lo que ha considerado «una mancha» en su carrera.

En cierta ocasión le pedí consejo a George Tenet, que no era nada simpático, sobre cómo abrir un poco el Centro Nacional de Inteligencia a la opinión pública para que nos pudieran conocer mejor y acabar con viejos fantasmas de conspiraciones que nada tenían que ver con la realidad. Su respuesta me dejó claro que no era mucho lo que se podía hacer: «Mira —me dijo—, en Washington hay tres mil periodistas y yo solo me fío de uno... y no todo el tiempo. Ellos quieren publicar, y el nuestro es un mundo de sombras y secretos». También de verdades, añadido yo a toro pasado. La última vez que me encontré con él fue en Nueva York, donde trabajaba para un importante bufete de abogados.

El jefe de la NSA era el general Mike Hayden, que más tarde dirigiría también la CIA. La NSA cogía todo lo que circulaba por las redes telefónicas o de internet, como ha demostrado Edward Snowden años más tarde, y como no tienen capacidad para escucharlo todo, cuando pasa algo que les interesa, rebobinan, buscan y suelen encontrar. Como cuando pusieron colorados a los soviéticos que negaban haber derribado un avión surcoreano sobre la península de Kamchatka y los obligaron a oír en plena reunión del Consejo de Seguridad de la ONU las cintas en las que se escuchaba perfectamente al mando militar soviético dando la orden de disparar. Durante el tiempo en que dirigí el CNI, la NSA colocó por vez primera sus antenas sobre los terroristas de ETA, algo que le pedí durante una cena en Casa Lucio. El asunto lo debió de filtrar alguien intencionadamente porque acabó saliendo en la prensa (y por

eso lo puedo contar) y puso de los nervios a los etarras, que en su ignorancia se creían filmados por los americanos ¡hasta dentro de las *herriko tabernas*! Era divertido escuchar sus paranoicas conversaciones...

En una ocasión en que visité a Mike Hayden en el cuartel general de su agencia en Washington, me metió en un helicóptero para acompañarme a una base que la NSA tenía en los montes Apalaches, donde me impresionaron dos cosas: la primera fue ver en directo el rescate de los tripulantes de un helicóptero abatido en Afganistán. Mientras desde un helicóptero a mayor cota se filmaba la escena, como en una película, otro se aproximaba al derribado para recuperar a los tripulantes heridos y un tercero ametrallaba un puesto talibán algo alejado, desde donde se disparaba contra los caídos. Muy cinematográfico todo; impresionaban los medios que tenían para poder hacerlo y el hecho de que lo que veía estaba ocurriendo en aquel mismo momento, en tiempo real, como suele decirse. No era un truco para visitantes. La otra cosa que me impresionó fue lo alejados que están muchos militares norteamericanos del resto de sus compatriotas. Allí vivían varios cientos de personas con sus casas, colegios, boleras, restaurantes, cines y supermercados sin necesidad alguna de salir por la estrecha carretera de montaña que serpenteaba durante varios kilómetros hasta un pueblo vecino, que probablemente tenía servicios mucho peores. Es verdad que aquella base era algo especial y secreta, pero luego he visto en aquel país muchas otras bases donde los militares viven en un mundo muy suyo y muy aislado. Quizás por eso el voto a Donald Trump ha sido mayoritario entre «nuestros hombres y mujeres de uniforme», como por allí dicen. No critico, solo describo, pues al fin y al cabo, también los afroamericanos habían votado mayoritariamente a Barack Obama unos años antes. Pero es algo que me impresiona.

El Servicio Federal de Seguridad (FSB, en sus siglas en ruso) es el sucesor del KGB y tan agresivo como su predecesor, como bien sabe Donald Trump. Junto con el Departamento Central de Inteligencia (GRU), aún más agresivo, nos daba problemas con cierta frecuencia. Visité a su director, Nikolái Pátrushev, en la sede actual del FSB, que ya no está en la vieja plaza Félix Dzerzhinski de Moscú. O al menos no me recibió allí. Muchos años atrás, en otro viaje que hice a Moscú como joven diplomático, al preguntar yo intencionadamente a mi guía de quién era la estatua que presidía la plaza y que

yo sabía que era la del fundador del KGB, ella me respondió, impertérrita, que era la de un famoso cuentista de historias infantiles. Así se escribe la historia o, al menos, algunas historias, y hay gente (e incluso países) que se especializan en estas cosas.

El 23 de octubre de 2002, una cincuentena de terroristas chechenos atacaron el teatro Dubrovka de Moscú y tomaron como rehenes a 850 espectadores. Fue una situación que se prolongó durante casi tres días, durante los cuales los terroristas mataron a algunos rehenes para tratar de obligar a las autoridades a ceder a sus demandas. Era una situación angustiosa que para mí no deseaba y por eso telefoneé a Nikolái para decirle que estaba muy lejos y probablemente nada podía hacer para ayudarle, pero que sentía lo que ocurría, que tenía mi solidaridad y apoyo moral y que le deseaba una pronta y feliz resolución del secuestro, con esa pizca de suerte que siempre hace falta en estos casos. Creo que me agradeció el gesto. Al día siguiente, tras introducir unos gases por los conductos de ventilación, el FSB y fuerzas especiales tomaron el teatro por asalto, mataron a todos los terroristas y, de paso, a nada menos que 130 rehenes. Una auténtica barbaridad. Años más tarde mataron también a Shamil Basáyev, un checheno que siempre fue considerado el cerebro de este ataque terrorista. Pero lo que más me asombró fue que nadie pidiera explicaciones por aquella masacre, ni entonces ni después; que no hubiera ninguna comisión parlamentaria de investigación y que, en definitiva, no ocurriera nada. Nada más que lo ya ocurrido, que no era poco. No cabe duda de que los rusos gustan de liderazgos fuertes porque no han vivido nunca otra cosa, pero esto, ya desaparecida la URSS, me pareció demasiado. Cuando escribo estas líneas en 2017, Nikolái Pátrushev es el presidente del Consejo de Seguridad de la Federación Rusa.

Tenía estupendas relaciones con los colegas italianos, los generales Nicolò Pollari y Mario Mori. El primero acabó procesado por el rapto en Milán, en 2003, del egipcio Abu Amar en una operación chapucera e ilegal de la CIA, y el segundo me decía que los policías que persiguen a los mafiosos acaban pareciéndose mucho a ellos. Y me contó la historia, ocurrida en Nápoles, de dos agentes que detuvieron su vehículo policial en un bar para tomar un café a media mañana. Estando en la cafetería, unos ladrones les sustrajeron el coche, y ellos, en lugar de denunciarlo, robaron por su cuenta

otro parecido, lo pintaron, lo camuflaron con luces y letreros y lo utilizaron durante dos años. El asunto solo se descubrió al constatar en una revisión rutinaria que los números de motor y bastidor no coincidían. «Son como ellos», repetía Mori.

Con los numerosos colegas franceses de la Direction Générale de la Sécurité Extérieure (DGSE) y de otras agencias como la DST y RG, tuve siempre excelentes relaciones, sobre todo por la ayuda que nos daban en la lucha contra ETA durante los años que dirigí el CNI y que estuvieron marcados por la inmisericorde ofensiva que les hizo el Gobierno de José María Aznar, que a mi juicio resultó decisiva para su derrota final. Los franceses tardaron años en ayudarnos como debían, pero cuando lo hicieron se notó mucho. Quede constancia de mi agradecimiento, aunque la ley me impida entrar en detalles concretos de las múltiples operaciones conjuntas que hicimos contra ETA y que tanto perjudicaron a la banda... y que pase por alto alguna trastada que otra que nos hicieron.

Los portugueses también nos apoyaron mucho, impidiendo que algunos miembros de la banda se instalaran en Portugal cuando la cooperación hispanofrancesa hizo que el aliento en el cogote comenzara a ser demasiado intenso en el sur de Francia y *Txeroki* decidió desplazar el aparato logístico hacia nuestro vecino occidental. Los etarras llegaron a tener una casa en Óbidos, a apenas una hora de coche al norte de Lisboa. Pero no les duró nada y no pasaron de ahí gracias a la ayuda que nos brindaron nuestros colegas portugueses, que desde el primer momento los detectaron entrando y saliendo por la frontera entre Ayamonte y Vila Real de Santo Antonio e hicieron algunas detenciones. Su apoyo fue siempre total y generoso. El servicio portugués lo dirigía entonces José António Teles Pereira, magistrado lisboeta de gran capacidad y de una extraordinaria simpatía personal con el que me entendí siempre particularmente bien. Lo conocí en Londres, en la sede del MI5 muy pocos días después de los atentados del 11 de septiembre en Estados Unidos, cuando los ingleses invitaron a un grupo de servicios europeos integrados en el Club de Berna para escuchar lo que John McLaughlin, director adjunto de la CIA, podía decirnos sobre lo que entonces se sabía de aquellos atentados y pedirnos nuestra cooperación. Tiempo más tarde y en agradecimiento por su ayuda, pedí para él la Gran Cruz al Mérito Militar, que le fue concedida, y

tenía previsto desplazarme a Lisboa el 12 de marzo de 2014 para imponérsela personalmente en una ceremonia en nuestra embajada del palacio de Palhavã, cuando ocurrieron los terribles atentados terroristas del 11-M en Madrid, y naturalmente no viajé ni a Lisboa ni a ningún otro lugar. La medalla se la impuso meses más tarde mi sucesor —que por cierto se equivocó en las palabras que pronunció y en las que aludió repetidamente a Italia y no a Portugal, no sé si para consternación o regocijo de los asistentes—. Algo parecido, pero con mayor insistencia, a la famosa metedura de pata del ministro Federico Trillo cuando gritó «viva Honduras» en la República de El Salvador. Tras su cese al frente del Serviço de Informações de Segurança (SIS), Teles Pereira ha sido nombrado juez del Tribunal Constitucional por votación del Parlamento portugués, lo que indica su prestigio personal.

Igual de buena fue siempre la cooperación con los servicios marroquíes, país con el que no faltaron problemas durante mi gestión desde la crisis de Perejil en 2002 hasta los atentados de Casablanca en 2003, y la participación de terroristas de origen marroquí en la tragedia del 11-M, un año más tarde. Tuve una magnífica relación personal con el general Abdelhak Kadiri, que estaba al frente de la Direction Générale des Études et de la Documentation (DGED) cuando yo era embajador en Rabat. No hay mucha gente en Marruecos con la que se pudiera hablar a calzón quitado sobre el problema del Sahara. De hecho era algo que solo se podía hacer con el rey y con él. Al final, era un hombre tan poderoso y seguro de sí mismo que el rey Mohamed VI se lo tuvo que quitar de encima.

Cuando detectamos una bandera marroquí en el islote de Perejil en la mañana del 11 de julio de 2002, yo ya no era embajador en Marruecos y telefoneé desde mi despacho del Centro Nacional de Inteligencia a su sucesor, el general Ahmed El Harchi, con quien también había establecido (por la cuenta que me traía) una buena relación personal y profesional, y me sorprendió que los servicios secretos marroquíes no hubieran sido puestos al corriente de una operación concebida y diseñada entre el rey Mohamed VI y un grupito de asesores íntimos. La ocupación del islote se había podido mantener en la mayor discreción porque tan solo había movilizó a una pequeña embarcación que había ido costeando para colocar a media docena de hombres sobre la roca. Aun habiendo sido embajador en Marruecos y

conociendo las formas de hacer allí las cosas, me impresionó que ni el Gobierno ni el jefe de la DGED estuvieran al corriente de algo que sin duda se podía imaginar que iba a crear un serio problema con España. Aquí creo importante destacar que nunca, ni siquiera en mitad de las peores crisis bilaterales, se rompió la relación fluida entre los servicios de Inteligencia españoles y marroquíes; que siempre se mantuvieron abiertos los canales de diálogo cuando más necesarios eran y cuando los políticos no se dirigían la palabra. Pero mientras que El Harchi era un hombre encantador, no puedo decir lo mismo del general Hamidu Laanigri, jefe del servicio interior, muy en la línea de terror de sus predecesores, Mohamed Ufqir y Ahmed Dlimi, ejecutado por el rey Hasán el primero cuando se descubrió que conspiraba en su contra, y muerto el segundo en un oscuro accidente de tráfico. Laanigri pertenece por derecho propio a ese grupo de personas que no me gustaría que me interrogara.

Como tampoco me hubiera gustado que lo hiciera un individuo siniestro que dirigía el servicio secreto militar/polición política de Bashar al-Ásad, con cuya hermana, Bushra, estaba casado. Me refiero a Assef Shawkat, un tipo de buena planta que iba por la vida de guaperas moreno y bigotudo. Un hombre siniestro que seguramente recibió su merecido cuando fue asesinado en julio de 2012 por el recién nacido Ejército Libre de Siria tras estallar en Aleppo las primeras revueltas contra la dictadura de su cuñado. Los sirios querían democracia y alumbraron un emirato islámico que se apoderó de la revuelta, dio aire al régimen alauita apoyado por rusos e iraníes, e hizo que demasiados países con agendas muy diferentes intervinieran en una contienda que ha provocado millares de muertos y millones de refugiados. Conocí a Shawkat en Damasco y aún se me ponen los pelos de punta al recordarlo rodeado de sus *muhabarats*, la temible policía política siria, los mismos tipos siniestros que me habían escoltado años atrás cuando había viajado por carretera desde Damasco a Beirut para averiguar lo ocurrido y traer a España el cadáver del embajador Perico de Arístegui, muerto por un bombazo durante la guerra civil libanesa. Acabó con su vida un mortero disparado por los sirios que impactó en nuestra embajada, aunque probablemente sin premeditación.

Mi colega argelino era el general Rachid Lalali, y su poder era enorme aunque dependía de otro general, Mohamed Mediene, alias *Tawfik*, que era el gran patrón de la Inteligencia argelina y, sin duda, durante muchos años, el hombre más poderoso del país hasta que una revuelta palaciega en torno a la sucesión de un declinante presidente Bourguiba lo apartó del poder en 2014. Lalali se ocupaba de la Inteligencia Exterior y era duro en el fondo, como buen argelino, pero amable en las formas, lo que le distinguía de casi todos sus compatriotas, que han quedado tan tocados con la colonización francesa y la posterior lucha de independencia que parece que lo primero que tienen que dejarle claro a su interlocutor del momento es que ellos no son menos que nadie, cosa que por otra parte nadie pretende insinuar. Eso hace que los argelinos sean gentes hoscas y desagradables. Con Lalali hablaba mucho de Marruecos (los dos países magrebíes tienen una difícil relación bilateral y las fronteras cerradas) y del Sahara, pues Argelia es el principal sostenedor del Frente Polisario, que utiliza como una baza de su lucha con Rabat por la hegemonía regional. Por lo que yo pude ver, la causa del Polisario no es particularmente popular en Argelia sino algo sostenido por sus Fuerzas Armadas (y servicios de Inteligencia) por otras razones. Tras la crisis de Perejil, Lalali me dijo que nuestra intervención militar introducía una variable estratégica nueva en la sensible zona del estrecho de Gibraltar, pues mostraba que había aparecido otro país con la capacidad y la voluntad política de proyectarse militarmente al exterior en defensa de sus intereses, algo que hasta ese momento solo Francia había sido capaz de hacer. Interesante reflexión que, me temo, duró lo que el mandato presidencial de José María Aznar.

El 11 de septiembre de 2001 me pilló en Tigre, junto a Buenos Aires, a bordo de un barco de la Armada argentina donde celebraba una reunión con mis colegas del Cono Sur para hablar de problemas como el foco de indeseables de toda laya que se reunía en la llamada Triple Frontera entre Argentina, Brasil y Paraguay, desde donde irradiaban maldades a todo el mundo. La primera noticia del atentado nos llegó al poco de subir a bordo por la mañana temprano, y al ver las imágenes pensamos que se trataba de un terrible accidente. Muy pocos minutos después vimos en directo por televisión el segundo avión sobre la otra torre, y de inmediato se suspendió la reunión y volvimos todos apresuradamente a la ciudad a buscar pasajes de avión que

nos permitieran regresar aquella misma noche a nuestros países respectivos. Ese día, que también vive en la infamia, como el de Pearl Harbor, cambió el mundo, así como la forma de actuar y las prioridades de los servicios de Inteligencia. Aun así, de ese viaje recuerdo la cordialidad con la que el día anterior nos había recibido el presidente radical Fernando de la Rúa, que dimitiría apenas tres meses más tarde en medio de protestas sociales... y recuerdo también la enorme cantidad de dinero que manejaba sin ningún control mi colega argentino, que además presumía de ello. Así iban las cosas por aquellos pagos, al menos hace unos pocos años.

Con el Mossad israelí y su director, Efraim Halevy, tuve una relación intensa y buena a pesar de nuestras diferencias tanto sobre política (palestinos, Irán, etc.) como sobre métodos, pues el Mossad hace cosas que nosotros ni debemos, ni queremos, ni podemos hacer y, en consecuencia, no hacemos. Aun así, cooperamos bien en algunos asuntos que no tengo más remedio que dejar en el tintero. Era un hombre muy duro, pero su inteligencia hacía que se pudiera hablar con él de todo. Me acompañó a una complicada visita que hice en Jerusalén al entonces primer ministro Ariel Sharón y también él vino algunas veces a Madrid. En Jerusalén coincidí con la segunda intifada, y la situación era muy inestable desde el punto de vista de la seguridad, con frecuentes atentados terroristas palestinos. Como consecuencia, Efraim se negó a quitarme los escoltas israelíes y eso imposibilitó que en aquella ocasión pudiera visitar el Monte del Templo (el Haram al-Sharif de los musulmanes) donde están las mezquitas de Al-Aqsa y el maravilloso Domo de la Roca (construido sobre el lugar desde donde el profeta Mahoma subió al cielo), porque hubiera sido una afrenta para los palestinos pretender hacerlo en su compañía y porque, además, España no reconoce la anexión del este de Jerusalén por Israel, diga lo que diga el presidente Trump. Tampoco me dejó ir al Santo Sepulcro, en el barrio cristiano, alegando de nuevo razones de seguridad. Como única alternativa me ofreció acompañarme, para hacer tiempo hasta la audiencia con Sharón, a la Universidad Hebrea sobre el monte Scopus, desde donde se disfruta de una bonita vista sobre esa ciudad tan llena de historia en sus piedras y de plegarias en sus cielos. La ironía es que muy poco después de tomar juntos allí una taza de té, hubo un atentado con bomba que destruyó el lugar. Halevy me estaba muy agradecido por algunas cosas. Lo

he encontrado recientemente en Tel Aviv muy decepcionado en privado, y también en público, y por eso lo cuento, con la política ultraderechista de Bibi Netanyahu, que fue quien lo situó al frente del Mossad, y en particular con la postura israelí sobre Irán, que está dominada por consideraciones de política doméstica que poco tienen que ver con el grado de peligro potencial que sin duda representa para Israel.

Y puestos en Oriente Medio, también establecí una buena relación personal con el general Omar Suleiman, al que recuerdo como un hombre delgado y alto, calvo, con poblado bigote y porte elegante. Dirigía el servicio egipcio EGID, era la mano derecha (y quizás también la izquierda) del presidente Mubarak, y su influencia no tenía límites. Al final de Mubarak, ocupó unos meses la vicepresidencia del país y la revista *Foreign Policy* lo llegó a considerar «el más poderoso jefe de Inteligencia de Oriente Medio, por delante del jefe del Mossad». Yo no me atrevería a establecer preeminencias, pero coincido en que ambos, Halevy y Suleiman, eran personas muy influyentes en la política nacional de sus respectivos países y en la de la región en su conjunto, que conocían muy bien, del derecho y del revés, y con quienes era un placer intercambiar información. Me temo que hoy la influencia regional de Egipto es mucho menor.

Suleiman me invitó en cierta ocasión a un intercambio de ideas e información en El Cairo y me alojó en uno de esos lujosos hoteles sobre el Nilo, donde puso a mi disposición lo que debía de ser la *suite* presidencial, o real o imperial, no sé bien, porque era más grande que el piso que yo tenía entonces en Madrid. Allí dentro uno se perdía y, lo que es peor, me daba la impresión de que si no era ordenado con mis cosas me iba a dejar olvidada la mitad de mi equipaje por aquellos salones. Al querer salir de la habitación me encontré con dos tipos como armarios, colocados a derecha e izquierda de la puerta como en las películas de mafiosos, que me rogaron que no lo hiciera «por razones de seguridad». Me quedé sorprendido y les dije que había llegado con la impresión de ser un huésped y no un rehén y que debía salir, pues tenía una cita concertada en el *hall* del hotel. De mala gana, pero siempre muy correctos, me acompañaron, y doy fe de que llenaban el ascensor, que no era pequeño y en el que no dejaron entrar a nadie más. En el *hall* había quedado con los miembros del CNI que me acompañaban en ese viaje y con

otros que integraban nuestra terminal (antena) en El Cairo. Allí me rodearon otros seis gigantones calvos y bigotudos, todos cortados por el mismo patrón, que, tras tratar de persuadirnos de que no abandonáramos el hotel y no conseguirlo, se resignaron a acompañarnos a un paseo nocturno por el típico barrio de Jan el-Jalili. Me destrozaron la visita porque se colocaron dos delante, dos detrás y cuatro a ambos lados formando una especie de muralla humana a mi alrededor que apenas me dejaba ver nada y con la que casi no se podía transitar por aquellas callejuelas. Una estupidez, además, porque acababa uno llamando mucho más la atención, cuando a nosotros solos nadie nos hubiera mirado. Pero les encanta montar estos numeritos. Cuando cayó Mubarak fue Omar Suleiman, en calidad de vicepresidente de Egipto, quien protagonizó una esperada comparecencia televisiva que comenzaba: «En esta situación complicada que vive el país, el presidente Muhammad Hosni Mubarak ha decidido renunciar a su cargo de presidente de la República y ha encargado al Consejo Supremo de las Fuerzas Armadas gestionar los asuntos del país». Empezaba una nueva época que ha acabado por ahora con otros militares en la presidencia. Para ese viaje no hacían falta alforjas.

Cuando uno dirigía el CNI también se encontraba profesionalmente con gente bastante menos respetable. Como el jefe de un servicio de Inteligencia árabe (no diré de qué país) que me pidió que le proporcionara un sofisticado explosivo particularmente potente para volar una casa donde sabía que se iba a reunir la cúpula de un movimiento de guerrilla que les daba muchos quebraderos de cabeza. Cuando le sugerí que los detuviera a todos, ya que conocía la fecha y el lugar del previsto encuentro, me contestó que para qué tomarse tanta molestia de ir a buscarlos y tener que juzgarlos después cuando en todo caso ya se sabía que iban a acabar todos en el paredón. Más rápido y económico hacerlos saltar por los aires y sepultarlos luego bajo un montón de escombros. Como es natural, no les dimos el artefacto que pedían.

Me ha sorprendido enterarme en el libro del exsubdirector de la CIA Michael Morell (*The Great War of Our Time*) de que el jefe de Inteligencia de Gadafi, Musa Kusa, casado con una hermana del líder, una persona a la que conocí y tuve que tratar con cierta frecuencia cuando dirigía el CNI, rechazó las ofertas americanas para cambiar de bando durante la intervención militar de la OTAN en Libia y permaneció fiel a Gadafi hasta el final. Lo recuerdo

como un hombre alto, delgado, simpático, de maneras corteses y diplomáticas pero muy falso, que tenía fama de despiadado. Al parecer Musa Kusa sigue hoy en una cárcel libia después de haber solicitado asilo político en el Reino Unido, que le fue comprensiblemente denegado.

En un país africano nos encontramos en cierta ocasión con toda la información sobre un golpe de Estado en gestación por parte de mercenarios extranjeros y cantamañanas locales. Ese conocimiento nos colocaba en la situación imposible de tener que decidir si denunciarlo y contribuir a mantener una dictadura corrupta o dejarlo seguir su curso y propiciar así la implantación de otra decidida a esquilmar los recursos naturales del país. En cualquiera de los dos casos, la masacre estaba asegurada, y nosotros no queríamos de ninguna manera vernos envueltos en aquella aventura disparatada. En ese país no había servicio de Inteligencia digno de ese nombre, sino una eficaz policía política al servicio del dictador de turno que abortó a tiempo y con bastante limpieza aquel descerebrado complot.

El jefe del servicio secreto de un país excomunista de Europa del Este era un generalote de descomunal tamaño y muy bruto, que todavía «olía» a comunista y que trató de emborracharme con un licor muy potente, especialidad local, que sirven en botellas dentro de las cuales se han hecho crecer manzanas. Al parecer se colocan las botellas en las ramas del manzano, de forma que las frutas crezcan en su interior y luego se añade el alcohol y se deja fermentar. El resultado es bastante fuerte. No logró emborracharme porque no suelo hacerlo y porque además me di cuenta de sus intenciones, y allí el único que acabó como una cuba fue él. Cuando me despedía se levantó con mucha dificultad, y dándome un abrazo de oso que me dejó maltrecho me dijo, mientras me guiñaba el ojo y con la mano hacía como si se segara el gaznate: «Y ya sabes, amigo, si alguien te molesta, ¡me lo dices y nosotros nos ocupamos de eliminarlo!». Como suena. Me avergüenza confesar que alguna vez le he echado de menos.

Más amables e incompetentes fueron los responsables de la policía política de un país centroamericano, cuyo presidente le había pedido a Aznar que le ayudara a convertir aquel engendro en un servicio de Inteligencia de verdad. No fue posible porque aquellos militares no quisieron nunca entender lo que yo les explicaba y porque simplemente eso era algo que en el fondo a

nadie le interesaba en aquel país, salvo quizás al propio presidente... y tampoco estoy seguro. Al terminar las frustrantes reuniones y para evitar que regresáramos a España con las manos vacías y mal sabor de boca por el tiempo y el esfuerzo perdidos, aquellos militares me organizaron una fiesta de despedida a base de una copiosa cena local con mucho ron, mucho *whisky*, buenos cigarros puros y señoritas de algún burdel local que aparecieron en los postres con mucho bullicio. No debía de ser la primera vez y seguro que tampoco fue la última. Entonces me retiré de allí dignamente con mi gente y estoy seguro de que, a pesar de su aparente desilusión y de sus quejas por nuestra marcha, en el fondo se alegraron mucho de quedarse con toda la fiesta para ellos solos... porque desde la calle oí subir la música en cuanto salimos.

DE ESPÍAS EN POLONIA

Mi primer contacto con el mundo de los espías se produjo cuando, al poco tiempo de ingresar en la carrera diplomática, en 1971, mis superiores en el Ministerio de Asuntos Exteriores me destinaron a Varsovia, en Polonia, que era un país con el que aún no teníamos relaciones diplomáticas y donde solo había una Representación Consular y Comercial de España. Era mi primer destino como diplomático recién salido del cascarón. Las relaciones eran cualquier cosa menos cordiales entre nosotros. Franco vivía, el comunismo también, la URSS estaba pujante, la Guerra Fría era un hecho y Europa estaba dividida por un Telón de Acero que resulta difícil de explicar hoy a la generación de las becas Erasmus. Los diplomáticos occidentales en Polonia estábamos obsesionados con la seguridad, y no era para menos. El único consejo que me dieron en el ministerio antes de incorporarme a mi destino fue que «tuviera cuidado». Y eso fue todo. Parece mentira que no se nos diera una mínima formación en temas de seguridad a los jóvenes diplomáticos imberbes que íbamos destinados a la órbita soviética, pero así eran las cosas en aquella época.

Lo que pasa es que en cuanto ponías allí los pies te dabas cuenta de que eras observado, escuchado y a veces seguido, probablemente porque a los servicios polacos de seguridad no les importaba que te dieras cuenta o porque incluso querían que lo supieras sin ninguna duda. Cuando llegué a Varsovia me pasé seis meses viviendo en el hotel Bristol, un establecimiento de toda la vida que se había salvado de la destrucción durante la guerra porque había sido la sede del Alto Mando alemán durante la ocupación. Y esa fue la razón por la que a los nazis, cuando destruyeron la ciudad, no les dio tiempo a volarlo, pues tuvieron que salir en estampida ante la llegada de las tropas

soviéticas, que ya no se fueron en mucho tiempo e integraron al país en el Pacto de Varsovia sin preguntarles a los polacos su opinión, y después de haber masacrado convenientemente a su inteligencia y a su oficialidad en el bosque de Katyn. Tanto tiempo en un hotel se explica porque en Polonia no había entonces mercado libre de pisos, y los extranjeros solo podían alquilar por intermedio de una agencia estatal llamada PUMA, que tenía el monopolio de toda la oferta inmobiliaria de la ciudad. Cuando iba a verles me decían que lo sentían, pero que no tenían ninguna casa disponible, hasta que un colega me explicó que debía regalar una caja de *whisky* a su director. Tardé tiempo en hacerlo porque me parecía algo muy burdo y temía que el hombre se molestara y fuera peor el remedio que la enfermedad, pero pasaban los meses, yo seguía metido en el hotel y al final me decidí. Parece mentira pero fue mano de santo, al día siguiente tenía varias casas para elegir. El caso es que mientras residí en el hotel Bristol cambié varias veces de habitación por causa de viajes, y cuando regresaba siempre me daban cuartos cuyo número terminaba en uno o en dos, aunque estuvieran en pisos diferentes: 301, 402, 101, etc. La razón era que la línea de escucha en español solo pasaba por esas habitaciones, que eran las que invariablemente daban a los hispanohablantes, como confirmé en otros casos. Lo que pasa es que conociendo a los polacos, no estoy nada seguro de que luego escucharan aquellas grabaciones. Por cierto, todas las noches cuando estabas a punto de dormir, una señorita compinchada con los porteros y ascensoristas del hotel (y con permiso de los servicios secretos) tocaba a la puerta de las habitaciones con los nudillos mientras con voz suave y fuerte acento decía «*c'est l'amour qui passe*». Todas las noches.

Otra cosa que hacían los agentes polacos de contrainteligencia era seguir descaradamente mi coche cada cierto tiempo, con el agravante de que el auto perseguidor se repetía y lo conocía tan bien que era objeto de comentarios con colegas de otras embajadas que tenían también los suyos. En casa de Manuel Pinto, diplomático de la embajada argentina, se descubrió un micrófono que estaba embutido en la pared detrás de un sofá porque se estropeó y comenzó a emitir un pitido agudo. Yo no llegué a oírlo, pero sí que vi el micrófono y el agujero que había quedado en la pared cuando lo encontraron. En la embajada de Francia, un estupendo edificio recién terminado entonces, fue mucho peor porque tuvieron que tirar abajo no sé cuántos tabiques cuando encontraron una

red de micrófonos enterrados en la pared, con el recochineo de que estaban numerados y los franceses hallaron los que iban del 1 al 20 y del 42 al 76, pongo por caso, pero no los intermedios, con lo que no sabían si existían o si los polacos los habían numerado así a propósito, para fastidiar aún más en el supuesto de que fueran descubiertos. Para más inri, la embajada había sido construida por obreros venidos de Francia. La visité durante la búsqueda de micrófonos y parecía que allí había caído una bomba, de tantos tabiques como se echaron abajo. El embajador francés presentó una protesta formal al ministro polaco de Exteriores, que le respondió con una sonrisa de circunstancias como diciendo que esas son cosas que pasan... y más en la Guerra Fría. Pues si eso ocurría en un edificio construido por los propios franceses, ¿qué no había de pasar en nuestras oficinas compuestas entonces por tres apartamentos alquilados en un edificio de pisos y separados entre sí? (Había una cocina en cada uno.) Por eso, cuando había que hablar de cosas importantes recurríamos a hacerlo en una clave más o menos macarrónica con la esperanza de no ser comprendidos o, incluso, a ir a pasear por un parque próximo. Algunos de nuestros visitantes de aquella época, como Juan Arenas o Juan Badosa, del Ministerio de Comercio, se tomaban estas normas con particular seriedad e insistían siempre en despachar paseando por la calle o por un bosquecillo cercano a nuestra representación diplomática. No sé si en Comercio les daban esas instrucciones.

Mucho peor fue lo que le ocurrió a un embajador que conocí bien; era muy conservador, no podía ver a los comunistas y además no le gustaba Polonia, y lo hacía notar en cuanto podía y mejor aún si era delante de polacos, lo que creaba no pocas situaciones incómodas porque podía ser muy impertinente, al igual que su mujer. Lo que no me explico es cómo había aceptado ser enviado a Varsovia, donde se pasó tres años viviendo en una *suite* del hotel Europejski porque decía que no había en la ciudad ninguna casa digna de él, aunque a lo mejor es que nadie le dio el soplo y no sabía que tenía que sobornar con una caja de *whisky* para conseguir una. Se entretenía escribiendo libros de historia, y tanto él como su mujer tenían gran admiración por las *Memorias* del Duque de Saint Simon, cuyas salidas de tono impertinentes y agudas procuraban emular sin darse cuenta de que no eran aristócratas de la corte de Luis XIV y a ellos no había que reírles las gracias.

Como en Varsovia en invierno anochece a las tres, hace un frío pelón y las tardes se pueden hacer eternas, nuestro hombre desarrolló una pasión por la fotografía en general y por una modalidad muy especial que ponía en práctica cuando su mujer se iba a pasar temporadas a su país para huir del frío. En realidad se fotografiaba a sí mismo con señoritas ligeras de ropa y luego revelaba los carretes de fotos en Viena, que era una ciudad que actuaba un poco como Miami hoy para los países centroamericanos; el lugar donde cambiar de aires o ir de compras, a cenar bien o acudir al médico. También a cambiar dinero, pues si en el mercado oficial el *zloty* (la moneda polaca) se cambiaba a razón de 22 por dólar, en el café Mozart de Viena te daban hasta 80. Viena era entonces la meca de espías y trapisondistas de todos los colores, en la línea de *El tercer hombre*, la película de Carol Reed basada en la estupenda novela de Graham Greene. El caso es que el embajador en cuestión se fue confiando poco a poco, y en lugar de revelar sus fotos comprometedoras en Viena, acabó llevando sus carretes a un laboratorio en Varsovia. Como precaución extra había instalado en la puerta de su despacho una luz roja que indicaba que estaba ocupado y no quería que se le molestase, y que solo encendía cuando le visitaba el de la tienda de revelado... o el consejero comercial, al que detestaba. Yo nunca vi esas fotos pero conozco a quien sí lo hizo, y me merece confianza; me ha contado cómo eran.

Naturalmente el servicio polaco de Inteligencia se enteró enseguida de estas dos aficiones, las señoritas y las fotos que con ellas se hacía, y un día que el embajador paseaba por Nowy Swiat, en pleno centro de Varsovia, una calle que tiene forma de creciente lunar como la londinense Regent Street, lo empujaron dentro de un portal, le enseñaron las copias que tenían de sus fotos más comprometedoras y le exigieron que colaborara con ellos si no quería que se montase un escándalo que terminara al mismo tiempo con su matrimonio y con su carrera. Él, desconcertado, tuvo la presencia de ánimo de pedir veinticuatro horas para pensarlo, y al día siguiente, cuando volvió a encontrarse con los agentes polacos, firmó con bolígrafo un compromiso de colaboración sobre una hoja de cuaderno y lo hizo apretando fuerte, lo que le permitió luego sacar una copia de lo escrito en la siguiente hoja por el simple procedimiento de pasar un lápiz por encima. Con ese papel viajó unos días más tarde a su país, donde explicó que los polacos le habían montado una

trampa con montajes y con fotografías falsas. Tuvo suerte porque tenía amigos, porque en su ministerio le creyeron o hicieron como que le creían, lo apoyaron, le sacaron inmediatamente de Varsovia y nunca más volvió a poner los pies en Polonia. Hasta donde yo sé, el asunto terminó ahí, y los servicios polacos, que yo creo que lo que querían era librarse de él porque estaban hartos de sus críticas y de sus impertinencias, no siguieron más adelante con el asunto.

DETECTIVE DE ARTE

Durante los años en que fui consejero cultural en Nueva York, la pintura me ocupó bastante tiempo, lo cual no era un sacrificio porque siempre me ha gustado mucho. Además era normal que así ocurriera, porque en el Museum of Modern Art (MoMA) estaba nada menos que el *Guernica* de Picasso, que era un cuadro polémico y con gran carga política que a unos gustaba y a otros no pero que a nadie dejaba indiferente y que la inmensa mayoría —y yo entre ellos— queríamos recuperar para España. Entre los que no se dejaron impresionar estaba Luis Buñuel, que en sus memorias ha escrito que «lo único que puedo decir es que el *Guernica* no me gusta nada, a pesar de que ayudé a colgarlo. De él me desagrada todo, tanto la factura grandilocuente de la obra como la politización a toda costa de la pintura. Comparto esta aversión con Alberti y José Bergamín, cosa que he descubierto hace poco. A los tres nos gustaría volar el *Guernica* pero ya estamos muy viejos para andar poniendo bombas». Disiento de esta opinión, reconozco que a mí me gusta el cuadro de Picasso y fueron muchas las tardes que al regresar a casa me daba una vuelta por el MoMA solo para mirarlo durante un rato y decirle en voz baja «te llevaremos a España, ya lo verás».

En cuanto murió Franco, todos los políticos españoles que pasaban por Nueva York —fueran del partido que fueran— exigían que se incluyera en su programa la posibilidad de acercarse a ver el *Guernica* con objeto de hacerse una foto que poder publicar luego en la prensa española, muchas veces de provincias, en una especie de compensación por el sofoco que se llevaban algunos cuando veían que su llegada a la Gran Manzana era ignorada por la prensa neoyorquina. Era como una peregrinación obligatoria que nos divertía contemplar a los que vivíamos allí. El más «peligroso» fue Francisco

Fernández Ordóñez, a la sazón ministro de Hacienda, y en cuyo equipo trabajaría luego ocho años como director general cuando él fue colocado al frente de la cartera de Exteriores. Tengo por él un enorme cariño y un gran respeto, pero en este asunto patinó porque, a diferencia de los que solo se conformaban con la foto, él me pidió que le consiguiera una cita para ir a ver al director del MoMA, y cuál no sería mi sorpresa cuando le espetó a un sorprendido Bill Rubin que «cuánto quería por el cuadro». O, mejor, «qué quería», que pidiera por esa boca. Así, sin anestesia ni preparación previa, pues de habérmelo dicho antes yo hubiera tratado de disuadirle, como es lógico. Como Rubin no salía de su asombro, Fernández Ordóñez ¡le ofreció un Velázquez a cambio del *Guernica*! Rubin no se podía creer lo que estaba viendo y oyendo, y supongo que se daba pellizcos para confirmar que aquello no era un sueño. Pero no lo era. Paco quería el cuadro cuanto antes en España por su valor simbólico, no estaba dispuesto a esperar y no le importaba el precio... a pesar de ser entonces ministro de Hacienda. A mí me tocó ir luego por detrás, un par de días más tarde, con la ingrata tarea de decirle al director del MoMA que todo eso había sido un pronto del señor ministro y que desde luego no estábamos dispuestos a pagar nada por lo que considerábamos legítimamente nuestro. Un papelón.

El cuadro era la joya de la corona del museo neoyorquino, pues calculé que le dejaba unos dos millones de dólares al año entre visitantes y venta de reproducciones, lo que era un dineral en aquella época. No era de extrañar que su director no tuviera el menor interés en dejarlo marchar, al margen de otras consideraciones artísticas de mayor peso. Hablé muchas veces del tema con el director Rubin y alguna vez también con el *maître* Roland Dumas, que era abogado de la familia Picasso y que luego fue ministro de Asuntos Extranjeros de Francia con Mitterrand. En fecha aún tan temprana como el 11 de abril de 1977, antes de las elecciones de ese año y desde luego antes de la Constitución, el periódico *Daily News* escribía que, aunque en el consulado no habíamos recibido instrucciones de Madrid al respecto, mi opinión personal era que «el cuadro debería volver a España» y que «el momento de embarcarse en una ofensiva para su recuperación había llegado de sobra». No era esta la opinión de la portavoz del MoMA, Elizabeth Shaw, para quien había que respetar la voluntad de Picasso de retener el cuadro hasta que se

restaurara en España «una auténtica República» y añadía que, en todo caso, el museo «consultaría con la viuda de Picasso, Jacqueline, y actuaría conforme a sus deseos». En el número 191 de *Reportage*, una publicación en inglés de la Oficina de Información Diplomática, correspondiente al mes de abril del año siguiente, 1978, se me citaba nuevamente diciendo que «era fundamental que los pasos diplomáticos y jurídicos que habría que dar estuviesen respaldados al máximo por todos los cuerpos que constituyen la democracia española, desde los partidos políticos a las Cortes y todas las instituciones públicas a las que concierne el asunto».

No fui yo, ciertamente, el único que trabajó para devolver el *Guernica* a España, ni el más importante, ni desde luego el que más hizo, pero estoy convencido de que hice más que algunos que luego han presumido mucho y se han colgado medallas. Como pasa siempre. El 14 de septiembre de 1991, con motivo del décimo aniversario del regreso a España del cuadro, Luis Oz publicó un artículo en el diario *El Mundo* de Madrid donde decía que Íñigo Cavero, ministro de Cultura en 1981, había hecho unas declaraciones con motivo de la efeméride donde se refirió a personas que habían trabajado para recuperar el *Guernica*, y añadía que «nadie se acordó de un diplomático que, como vicedónsul en Nueva York en los años setenta, se dejó la piel en contactos y conversaciones. Se llama Jorge Dezcallar». No tengo el gusto de conocer a Luis Oz pero le agradezco su recuerdo porque es verdad.

No fue el *Guernica* el único cuadro en cuya recuperación tuve ocasión de participar, siquiera fuera modestamente, porque en este campo pueden no actuar de buena fe ni quienes deberían dar ejemplo. Durante mis años como agregado cultural en Nueva York viví dos casos que ilustran lo que digo.

El primer caso afectaba a una pequeña *Asunción* del Greco que había sido robada a la familia asturiana Selgas durante la Guerra Civil. El cuadro se hallaba en su finca El Pito al comenzar el conflicto y, con intención de protegerlo, habían sacado el lienzo del marco, lo habían enrollado y lo habían escondido sobre un armario que estaba en uno de los cuartos de servicio. Pensaron que de esa forma pasaría desapercibido hasta que llegaran tiempos más seguros, pero se equivocaron. Debió de haber un soplo desde el interior de la casa porque los milicianos fueron derechos y sin dudar hasta su escondite sobre el armario, lo bajaron y se lo llevaron sin dar más

explicaciones. Estas cosas pasaban, pues también de la casa madrileña de mi tío Antonio robaron durante la guerra un cuadro de don José de Mazarredo, pintado por Goya, que al parecer fue a México y del que nunca más se ha vuelto a saber. He crecido con una copia de ese cuadro colgado en el salón de la casa de mis padres donde el almirante aparece vestido de uniforme y con un galeón al fondo. El caso es que, tras su desaparición, el cuadro de los Selgas siguió una peripecia realmente novelesca que fue documentada por detectives privados contratados por la familia para tratar de localizarlo. Así, se creía que la *Asunción* salió de España también rumbo a México a finales de la guerra y que, tras un tiempo allí, pasó a Estados Unidos, donde se acreditó que alguien se lo había jugado y perdido en el póker en San Francisco. Volvió a aparecer algún tiempo más tarde en Las Vegas, donde hubo un homicidio que tuvo que ver con el cuadro y después se perdió su pista definitivamente; se suponía que se encontraría en alguna colección particular cuyo dueño podría ignorar su curiosa peripecia y el mismo hecho de que había sido robado en España.

Supe de él porque una amiga mía especialista en el Cinquecento italiano que trabajaba en el Metropolitan Museum me comentó que entre los fondos de pintura almacenada en el sótano, esos cuadros que tienen todos los museos guardados y que son mucho más numerosos que los expuestos al público, se encontraba lo que parecía ser una bonita *Asunción* del Greco que le recordaba sospechosamente a la desaparecida en España cuarenta años antes. Cuando me enteré, fui con una foto sacada por mi amiga a ver a mi jefe, el cónsul general Alberto López-Herce, quien contactó entonces a la familia Selgas, a la que conocía de antiguo, y esta aportó toda la documentación necesaria sobre la propiedad del cuadro, su desaparición, la denuncia interpuesta, la búsqueda por la Interpol y cuanto sabían de su peripecia posterior. Cuando me presenté con todos esos papeles, el museo no planteó ninguna batalla y nos entregó el cuadro sin rechistar, de forma que pudimos enviarlo a España poco después. ¿Cómo y cuándo había llegado aquel pequeño Greco hasta allí? No lo sé ni quiero insinuar nada, pero también me cuesta creer que nadie en el museo tuviera —o al menos hubiera tenido— algunas dudas sobre su origen y, sin embargo, allí abajo estaba dejando pasar el tiempo hasta que fue descubierto gracias a una empleada honrada que me comentó sus sospechas.

Son cosas que deben de suceder con cierta frecuencia porque, en 2017, el fiscal de Manhattan confiscó una cratera de 2.377 años de antigüedad que se exhibía en el mismo Metropolitan Museum con preciosos dibujos de Dioniso, dios de la vendimia, sobre un carro arrastrado por un fauno. Al parecer es obra de Python, uno de los más famosos pintores griegos de aquellos años (siglo IV antes de Cristo). El museo la había adquirido en 1989 por 90.000 dólares en una subasta de Sotheby's, ignorando que había sido robada en los años setenta de una tumba italiana y luego puesta en circulación en el mercado por Giacomo Medici, un conocido traficante de obras de arte que fue condenado por esta actividad en 2004. Su origen ilegal lo descubrió un arqueólogo llamado Tsirogiannis, quien publicó su hallazgo en 2014 en la revista *The Journal of Art Crime* al mismo tiempo que informaba al museo. Según Tsirogiannis, la falta de respuesta del Metropolitan le hizo poner el asunto en manos de la fiscalía, que actuó con rapidez para confiscar la vasija y devolverla a Italia.

El segundo caso en el que me vi envuelto fue mucho más peliculero: estaba un día en mi despacho neoyorquino cuando me anunciaron que un señor que afirmaba ser marchante de arte deseaba verme. No tenía cita, pero lo recibí y me encontré con un hombre con buena pinta que dijo llamarse Robert Roozmond y trabajar para un consorcio holandés con sede en Panamá dedicado al comercio de obras de arte. Me mostró unas fotos en color de un tríptico en madera, aparentemente gótico, de preciosa policromía y de gran tamaño —225 cm de alto por 160 cm de ancho— diciendo que se trataba de una pintura que había sido robada de una iglesia de los Pirineos durante la Guerra Civil española y que él había llevado a Estados Unidos con intención de subastarla, pero antes de hacerlo deseaba ofrecerla de forma preferente al Gobierno español por si deseábamos comprarla para devolverla a nuestro país.

Le agradecí su deferencia, le pedí que me dejara las fotos y que me diera un poco de tiempo para consultar a las autoridades españolas, cosa que hice enviando las fotografías por valija diplomática a Xavier de Salas, a quien conocía y que era a la sazón director del museo del Prado. Apenas recibió las fotos me llamó muy excitado diciéndome que se trataba de un asunto que podría ser muy importante si el cuadro resultaba ser auténtico, pues creía

encontrarse ante un retablo de Pere Serra, el menor de los cuatro hermanos pintores del mismo apellido, hijos de un sastre barcelonés y muy activos en el Reino de Aragón en el siglo XIV. Este retablo no había sido robado durante la Guerra Civil, sino hacía apenas seis años, en 1972, de la pequeña iglesia románica de Abella de la Conca, en plenos Pirineos catalanes, donde había estado expuesto a los fieles desde el siglo XV y donde su grado de protección era prácticamente inexistente. Era muy importante el dato de que el robo fuera tan reciente, pues ello implicaba que el delito no había prescrito como pudieran pensar los vendedores. Xavier de Salas me pidió también que entretuviera al marchante holandés hasta que llegara un equipo de España, al que me rogaba que prestara todo mi apoyo. El equipo llegó pocos días más tarde y estaba integrado por dos policías muy amables del servicio de recuperación de obras de arte de la Dirección General de la Policía, que se presentaron con la cobertura de expertos del Ministerio de Cultura pero que tenían una imponente pinta de «maderos».

Lo primero que había que hacer era averiguar si efectivamente el retablo era auténtico o no. Para ello fui una fría y desapacible mañana de invierno a un almacén de muebles en la Primera Avenida de Manhattan con el señor Roozmond, los dos policías llegados de Madrid, un colega suyo norteamericano grande como un armario que les hacía de traductor (porque, como es natural, no hablaban inglés), y con una chica rubia, alta y muy atractiva que pretendía ser fotógrafa pero que en realidad trabajaba para el FBI. Como en las películas. El equipo se completaba con la amiga que trabajaba en el Metropolitan Museum y que ya me había ayudado en el caso de la *Asunción* del Greco al que antes me he referido. Lo que yo pretendía de ella era que me confirmara si el retablo era auténtico o una falsificación, que también podría suceder, y ella me decía que haría lo posible pero que no debía olvidar que lo suyo era la Italia del Cinquecento y no Cataluña. A pesar de sus nervios por la responsabilidad que ponía sobre sus hombros, confieso que me fiaba más de su criterio que de los conocimientos de pintura de nuestros «expertos del Ministerio de Cultura».

Cuando llegamos al guardamuebles llovía y hacía mucho frío, como con frecuencia sucede en Nueva York en invierno. Desembalaron el tríptico y yo al menos me quedé con la boca abierta de tan maravilloso como me pareció.

Había sido muy bien restaurado, y la pintura resplandecía con fuerza en aquel ambiente triste, gris e improbable, lleno de polvo, de lonas, de bultos y de cajones. Representaba con rasgos a la vez medievales y renacentistas escenas de la vida de la Virgen como la anunciación, el nacimiento de Jesús, la adoración de los Reyes Magos, la ascensión y su coronación como reina del cielo y de la Tierra. Mientras la rubia del FBI hacía fotos, mi amiga experta empezó a «cogérsela con papel de fumar» y a explicarme que claro, que ella de lo que en realidad sabía era de Italia y esto era España y que, además, lo suyo era el 1400 y esto era 1300. La paré en seco y le dije en mi mejor castizo: «No te enrolles, ¿es bueno o no?». «Desde luego que es de época, de eso no hay duda», contestó a lo que realmente me interesaba, pues lo que no quería es que nos dieran gato por liebre y nos lleváramos a casa una falsificación hecha en Suiza un par de días antes. Me explicó también que el retablo había sido cortado en varios trozos pero muy bien restaurado. Esto de aserrar los retablos grandes es, según los policías que me acompañaban, una práctica común para facilitar su transporte a lomos de mula por zonas montañosas. Todo encajaba con las sospechas de Xavier de Salas.

Determinada la autenticidad del tríptico, el siguiente paso que debía dar era conseguir que el holandés me pidiera por él una cantidad concreta de dinero, y que la oferta se hiciera en territorio norteamericano para poder detenerle con la acusación de tratar de vender en Estados Unidos una propiedad robada. Sin ello nada podía hacer el FBI, según me decía la fotógrafa rubia. A mí esto me daba un poco de apuro porque el señor Roozmond me había parecido buena persona, pues era en definitiva quien nos había ofrecido el cuadro y me daba la impresión de que podía actuar de buena fe e ignorar que había sido robado tan solo unos años antes. Pero los norteamericanos fueron inflexibles, pues me aseguraban que no podían intervenir de otra manera, y yo tuve que aceptar sus condiciones si quería que el retablo volviera a España.

De modo que, desde el mismo almacén, me llevé al señor Roozmond a desayunar en una cafetería de la Primera Avenida mientras seguía lloviendo aquel día triste, de color gris plomizo que contrastaba violentamente con los colores que acabábamos de desvelar en el guardamuebles. Antes pedí a la agente del FBI que me ahorrara el espectáculo de detenerle delante de mí y

ella accedió, quedando en que si yo lograba una oferta en firme por el tríptico, con un precio concreto, saldría de la cafetería el primero y me sonaría la nariz con un pañuelo al pisar la calle. Esto del pañuelo se me ocurrió a mí, supongo que lo habría visto en alguna película, que es lo que en realidad me parecía que estaba viviendo. Así que hablé con el holandés de dinero en torno a un desayuno típico neoyorquino a base de huevos revueltos con tocino frito y tostadas, acompañado de esa agua oscura que los americanos llaman café y que beben a litros. Le dije que el tríptico nos interesaba y que quería saber cuánto pedía por él. Tras un cierto regateo para darle más verosimilitud a la negociación, acabamos en millón y medio de dólares, uno en el momento de la firma del contrato de compraventa y el medio millón a los treinta días de la entrega del cuadro, que era una suma muy importante en aquellos años. Luego, pretextando un compromiso urgente salí de la cafetería, me detuve brevemente en la puerta, me soné y desaparecí en la lluvia lo antes que pude. Me contaron que justo después de mi marcha entraron los del FBI y detuvieron al holandés con la espectacularidad con la que se hacen estas cosas en Estados Unidos y que las películas de Hollywood se limitan a reflejar.

Supe que un par de días más tarde, alguien pagó al contado la fianza impuesta por el juez al señor Roozmond, y pudo salir de la cárcel. Confieso que me alegré porque siempre me pareció buena persona, al igual que me alegré cuando supe que había llegado a un acuerdo con el fiscal del Estado por el que se retiraban los cargos contra él a cambio de su colaboración y de una renuncia a toda reclamación posterior sobre el retablo, lo que aceleró la resolución del caso. Nunca más volví a verle.

Unas semanas más tarde, el nuevo cónsul general, Rafael de los Casares, se dirigió a la sede neoyorquina del FBI, donde primero recibió y luego entregó formalmente el retablo de Pere Serra al abogado Joan Piqué, representante legal de la diócesis de la Seu d'Urgell, en cuyo museo creo que se encuentra desde entonces. Yo tuve ocasión de verlo en el Prado, donde se expuso temporalmente en toda su espectacular belleza antes de su definitivo regreso a Cataluña. Fue un momento emocionante reencontrarme con el retablo en Madrid, de vuelta en casa, y verlo con buena iluminación y no en la fría penumbra de aquel guardamuebles de Nueva York.

LA RADIO DE TEHERÁN

Desde pequeño tengo simpatía por los contrabandistas, quizás porque me he criado en Mallorca, donde abundaban antes de la llegada del turismo de masas que nos agobia. No me refiero a los tipos repugnantes que negocian con drogas y armas o que trafican con seres humanos, sino al tipo más modesto, algo romántico y propio de aquellos años que desembarcaba tabaco, medias de nailon o pequeñas radios de transistores (con las que sintonizábamos Radio España Independiente, también conocida como La Pirenaica) en calas solo habitadas entonces por los pinos y algunos, pocos, pescadores.

Los contrabandistas me parecían muy buena gente desde que mi madre salvó la vida gracias a ellos. Sucedió que enfermó gravemente al poco de nacer yo de algo que no recuerdo pero que era grave; la infección y la fiebre no bajaban y los médicos dijeron que la única solución era administrarle penicilina, que en la isla de la posguerra simplemente no existía. Entonces mi abuelo, a la sazón alcalde de Palma de Mallorca, recurrió a un contrabandista de tabaco de la zona de Santanyí que conocía de su juventud, pues había pasado largas temporadas de verano en la finca Sa Vall, que tenía un buen trozo de costa. El viejo contrabandista, cuyo nombre lamento no conocer, no solo le trajo las dosis necesarias de penicilina en un tiempo récord, sino que se negó a cobrarle nada por el encargo. Mi madre se repuso y siempre lo contaba emocionada porque efectivamente debía la vida a aquel hombre. Yo confieso que nunca tuve esos escrúpulos, y cuando estudiaba en Madrid y regresaba en barco vía Valencia, al final de los largos veraneos en la isla de aquella época, siempre llevaba en mi maleta varios cartones de cigarrillos Chesterfield que compraba a una conocida contrabandista palmesana, conocida como La Ibicenca, que tenía su centro de operaciones junto al cine

Actualidades. Cuando la visitabas —y ya te conocía—, te pasaba a un cuarto trasero donde almacenaba la mercancía más delicada dentro del colchón. Luego yo vendía esos pocos cartones de Chester en un bar de la Gran Vía madrileña, con una pequeña ganancia que me ayudaba durante unas semanas en las estrecheces propias tanto de la época como de mi condición estudiantil. Años más tarde tendría que expulsar de España a un diplomático africano que hacía cosas parecidas aunque en bastante mayor escala...

A finales de 1985, el Gobierno del presidente Felipe González decidió que había que poner fin a la anomalía histórica que era que España e Israel no tuvieran relaciones diplomáticas a pesar del rico pasado común de Sefarad y de ser dos países plenamente democráticos situados en los dos extremos del Mediterráneo. Creó una comisión que presidía su jefe de gabinete, Roberto Dorado, para estudiar las implicaciones de seguridad que aquella decisión podía tener, al mismo tiempo que otro grupo que dirigían Juan Antonio Yáñez-Barnuevo, en la Moncloa, y Máximo Cajal, en Santa Cruz, estudiaba las implicaciones políticas. En lenguaje diplomático denominamos a esa operación el ERDEI, un acrónimo por Establecimiento de Relaciones Diplomáticas entre España e Israel. Yo era entonces el perejil de todas las salsas pues era director general para África y Oriente Medio en Exteriores, participaba en las dos comisiones y trabajaba a las órdenes de los tres.

Fue una operación compleja. Desde un punto de vista político había que preparar las declaraciones que se harían enfatizando el carácter histórico de la decisión y el contexto político-diplomático en el que se enmarcaba, sin olvidar nuestros compromisos con los palestinos y posibles boicots comerciales a nuestro país por parte de los árabes. Al grupo de Seguridad le preocupaban las reacciones violentas que podían desencadenarse contra nuestros intereses y, concretamente, contra nuestras embajadas, consulados, oficinas de Iberia... o, incluso, contra las vidas de ciudadanos israelíes prominentes que residían en España.

Este grupo no reforzó —porque antes no existían— sino que ordenó la adopción de medidas de seguridad como puertas blindadas, arcos detectores de metales, ventanas de seguridad y el envío de policías y geos a nuestras sedes diplomáticas. Uno de esos agentes fue secuestrado en Beirut el mismo día en que firmamos en La Haya el establecimiento de relaciones

diplomáticas, aunque fue un caso fortuito que nada tuvo que ver con Israel y que estaba motivado por el deseo de liberar a un par de miembros de la milicia chiita Amal, que estaban detenidos en España. Como parte de las medidas de seguridad entonces adoptadas, también se evacuó de algunas embajadas a los familiares y al personal no imprescindible, se trasladaron y pusieron a salvo archivos consulares y protocolos notariales y se hicieron cosas por el estilo, como revisar las instalaciones existentes para garantizar las comunicaciones de las embajadas con el ministerio.

Entonces pensábamos que los países teóricamente más hostiles y los más complicados podían ser la Libia del coronel Gadafi y la República Islámica de Irán del ayatolá Jomeini, tanto por los precedentes que había de asaltos a sedes diplomáticas en Trípoli y Teherán como porque en esos países no era descabellado pensar que los manifestantes podrían contar con la complicidad e, incluso, con el impulso de las propias autoridades locales, como bien sabían los norteamericanos, cuya embajada en Teherán había sido asaltada tras la revolución y muchos de sus funcionarios convertidos durante largo tiempo en rehenes, algo que le costó la presidencia a Jimmy Carter.

Pero cuando pedimos permiso para instalar una emisora en nuestra embajada de Teherán se nos dijo que no, que de ninguna manera. Y como no queríamos dejar aislados a nuestros diplomáticos, el grupo que presidía Roberto Dorado tomó la decisión de meter la radio de matute en el país, lo que no era una tarea fácil porque Irán estaba en guerra con Irak y porque se trataba de un armatoste enorme, ya que las ventajas de la miniaturización no estaban entonces tan extendidas como ahora.

Se encargó el trabajo al Centro Superior de Información de la Defensa (CESID), que entonces dirigía el general Emilio Alonso Manglano, cuyos servicios estudiaron el tema y llegaron a la conclusión de que la radio podría introducirse de contrabando en Irán desde Turquía, usando una ruta de montaña poco transitada. La llamamos «Operación Gaugamela»; se preparó todo, se metió el armatoste en un camión y se encaminó el vehículo, acompañado por dos agentes del servicio de Inteligencia, hacia un puesto fronterizo aislado en la frontera turco-iraní cuyos vigilantes habían sido previamente sobornados para que mirasen hacia otro lado. Desde Madrid, la Célula de Seguridad del ERDEI seguía paso a paso el progreso del camión por tierras turcas. Todo iba

bien hasta que lo agreste de aquellos caminos de tierra hizo que el vehículo avanzara más lentamente de lo previsto y las cosas se complicaron aún más cuando se pinchó una rueda. El asunto tenía arreglo, bastaba con cambiarla por otra, pero el problema era que el tiempo pasaba, los guardas fronterizos terminaban su turno y sus reemplazantes no estaban en el ajo, no estaban «untados» y nos iban a desbaratar la operación. La tensión en la oficina de Madrid, donde yo estaba y desde donde seguíamos el operativo al minuto, era máxima, e imagino que los dos agentes que acompañaban el camión aún debían de estar pasándolo peor aunque estuvieran entrenados para esas lides.

Al final llegaron a la frontera por los pelos, justo antes del cambio de guardia, y todo funcionó como estaba previsto; el camión entró en territorio de la República Islámica y dejó la radio instalada y funcionando en la embajada en Teherán, donde debió de morir de puro obsoleta años más tarde. Al regresar a España, los agentes tuvieron el detalle de traer varias latas de caviar iraní del Caspio, que es estupendo, a los miembros del grupo que habíamos seguido su peripecia con el corazón en un puño. Se lo agradecemos mucho porque fue una excelente manera de celebrar el éxito de la operación. El 17 de enero de 1986, el Reino de España y el Estado de Israel establecieron relaciones diplomáticas en una ceremonia celebrada en La Haya, y aunque los iraníes retiraron a su embajador de Madrid durante algún tiempo para mostrar su desagrado, la sangre no llegó al río. Pero ya se sabe que es mejor prevenir que curar, y ni que decir tiene que las comunicaciones con nuestra sede diplomática en Teherán fueron más fluidas que nunca antes.

MAFIOSOS

Es imposible vivir en Roma y no toparse con la mafia, aunque sea de soslayo. Años atrás me había encontrado con frecuencia en reuniones comunitarias en Bruselas con el ministro de Exteriores italiano, Giulio Andreotti, que es una de las personas más inteligentes que nunca he visto (decía con mucha razón que a la política española le «*manca finezza*», le falta finura) y un hombre que lo fue todo en la política italiana. Lo recuerdo sentado a la mesa, encorvado, frotándose las manos suavemente mientras hablaba con la mirada baja, fija sobre la mesa, y apuntando con voz suave y apenas audible una solución para un problema que los demás ministros llevaban toda la mañana discutiendo. Él fue quien dijo que «el poder desgasta, sobre todo al que no lo tiene», una frase que se ha repetido luego hasta la saciedad. Yo era entonces muy joven, lo admiraba, lo miraba y pensaba en todas las historias que se contaban de su relación con la mafia y que nunca se probaron, pues fue absuelto de todas las acusaciones; sin embargo, cuando el río suena... y en su caso lo hacía con mucha fuerza. Él mismo decía con cierto cinismo que «excepto de las guerras Púnicas, para las que era muy joven, se me ha culpado de casi todo». Quizás por eso añadía que estaba rodeado de «amigos íntimos, amigos, conocidos, adversarios enemigos, enemigos mortales... y compañeros de partido». Era un lujo verle pensar.

El general Mario Mori era el director del Servizio per le Informazioni e la Sicurezza Democratica (SISDE), y buen amigo desde mi época al frente del CNI. Cuando fui destinado a Roma como embajador ante la Santa Sede reanudamos nuestra vieja relación, cimentada en una buena colaboración entre nuestros respectivos servicios. Si yo habitaba en el Palazzo di Spagna, su residencia oficial era otro precioso palacio romano que albergaba, me dijo, el

fantasma de Nerón. No hay palacio romano que se precie que no tenga su propio fantasma, y Paloma Gómez Borrero escribió un libro sobre ellos. El nuestro era fray Piccolo, un fraile que al parecer tuvo un lío de faldas con la esposa del embajador, allá por el siglo XVII, y este, muy calderoniano en cuestiones de honra, lo emparedó vivo entre los muros de aquel caserón. Eso dicen, y otras personas, siempre mujeres, afirman haberlo visto regordete, sonriente —aunque no se explique uno la razón— y vestido de estameña marrón. Confieso haber recorrido solo por las noches los salones de aquel enorme palacio llamándolo a gritos, sin ningún éxito, pero ya se sabe que lo que le gustaban eran las señoras. Una de aquellas noches, regresando solo de una cena con alguna copa de más, a eso de la medianoche, lo llamaba a gritos mientras iba apagando las luces, una tras otra, de los salones solitarios que cruzaba camino de mi dormitorio. En el Salón de Cardenales, alguien había puesto sin advertirme una placa junto al interruptor de la luz, de esas que advierten que usted está aquí y si hay un incendio tiene que escapar por allí. El caso es que al ir a apagar la luz llamando a gritos a fray Piccolo en plan siete machos, un reflejo de mi mano en el cristal de aquella placa me hizo pegar un respingo que aún hoy recuerdo. Repuesto del susto, continué callado hacia mi dormitorio en una esquina de aquel caserón con la mayor dignidad que fui capaz de reunir y nunca más volví a requerir a gritos la presencia del fantasma.

Un día que cené en su casa, el general Mori me invitó a asistir a una reunión no de fantasmas sino de mafiosos. Era una opción mucho más tentadora. Me contó que tres bandas mafiosas rivales se reunían con cierta periodicidad con el SISDE en un restaurante de las afueras de Nápoles, en la zona de confluencia de los espacios controlados por cada una de ellas. Allí, en ese ambiente neutral y con presencia de los espías, solucionaban amistosamente sus diferencias y sometían al arbitraje del servicio de Inteligencia los desacuerdos que no lograban superar. No me lo podía creer, aquello era Italia en su mejor versión. ¡Los mafiosos sometiendo sus diferencias al arbitraje del SISDE! La tentación era grande, pero también me pareció que un embajador de España no debía ser visto en aquella compañía.

Así que, con mucha pena y con la excusa de una visita inoportuna a España, dejé escapar aquella ocasión única en mi vida de asistir a una reunión de capos mafiosos. Sigo lamentándolo hoy.

El Instituto Cervantes deseaba instalarse en Sicilia pero quería hacerlo a su manera, o sea gratis, y había descubierto que la Obra Pía disponía en Palermo de una preciosa iglesia desafectada, Santa Eulalia de los Catalanes, que podía servir perfectamente a sus propósitos. Cuando la visité, descubrimos sobre el estuco de una pared un dibujo de mi paisano Miquel Barceló que no tengo la menor idea de cómo llegó hasta allí.

La Obra Pía es una institución benéfica de origen medieval que cuenta hoy con unos 400 pisos, casi todos en Roma, y otros edificios, como iglesias, residencias religiosas y locales comerciales, que fueron legados en otras épocas por gentes piadosas a cambio de rezos e indulgencias, con el objetivo de atender a enfermos y peregrinos, dotar a doncellas y enterrar a los muertos. No somos el único país con una institución semejante, pues también Polonia y Francia las tienen. Yo era el gobernador de la Obra Pía en mi calidad de embajador ante la Santa Sede porque esta se puso bajo la protección de la embajada en 1870 para evitar que con la Unificación Italiana y la consiguiente desaparición de los Estados Pontificios, el Estado italiano se quedara con todos aquellos inmuebles, como pretendía. Lo mismo hicieron franceses y polacos.

Cuando César Antonio Molina, director del Cervantes, se puso en contacto conmigo para hablarme de la posible cesión gratuita de la iglesia, el asunto me interesó porque estaba en un estado tal que me hacía temer que cualquier día se cayera una cornisa encima de alguien o que se me llenara de okupas con los consiguientes problemas. Pero eso no me hacía animarme a que la Obra Pía pagase las obras necesarias, que eran muy caras, y el Cervantes decía que en ningún caso podía afrontar su coste. Se nos ocurrió entonces «venderle» la idea al alcalde de Palermo con el gancho de que la rehabilitación del edificio y la instalación en él del Instituto Cervantes ayudaría a recuperar el barrio de la Buccheria, donde se encontraba, que estaba tan deteriorado que aún quedaban en él huellas de los bombardeos aliados durante la Segunda Guerra Mundial. Casas convertidas en montones de

escombros y porquería por doquier. La idea era, salvando todas las distancias, que funcionara como el museo Guggenheim había hecho para recuperar el barrio de la ría en Bilbao.

El caso es que fui a Palermo a ver al alcalde; le gustó la idea y empezamos con entusiasmo con el papeleo previo a cualquier empresa de este tipo. Para ello me puse en contacto con el abogado Lococo, un señor muy mayor que se ocupaba de los asuntos de mi embajada en Sicilia. Mientras cenábamos juntos en Palermo me dijo como quien no quiere la cosa que suponía que la mafia estaría de acuerdo. Dejó muy claro que nada, «absolutamente nada» se movía en Sicilia sin la aquiescencia de la mafia, aunque añadió que en este caso no creía que fuera a haber problemas dado que se trataba de algo que no buscaba ganar dinero y que beneficiaría a la comunidad. Suponía que desde la alcaldía ya se les habría adelantado la idea a los capos mafiosos competentes y que, en todo caso, si el barrio mejoraba y se rehabilitaban casas allí, habría otras fuentes de negocio para ellos. Lococo, que era un señor íntegro, era también palermitano y sabía bien de lo que hablaba. No lo decía ni con pena ni con rabia, sino con la mayor naturalidad del mundo.

Con la misma naturalidad, una mañana bajé desde Roma a Nápoles para visitar las ruinas de Herculano, la compañera de tragedia de Pompeya y, como ella misma, destruida por las cenizas candentes del Vesubio (en este caso fueron los flujos piroclásticos debido a su mayor cercanía del volcán), y antes de entrar en las ruinas me detuve a tomar un café en un bar situado justo frente a su entrada principal. Había muy poca gente en el modesto local y yo estaba apoyado en la barra cuando llegó un individuo joven que se colocó a mi lado y puso sobre el mostrador una bolsa blanca de plástico de esas que aún dan en los colmados. No le di ninguna importancia pues pensé que llevaría dentro algo que no deseaba dejar en el suelo mientras se tomaba algo, aunque hubiera preferido que no la dejara tan cerca de mi café, ya que estaba bastante sucia. Pero el recién llegado no pidió nada ni dijo una palabra, y el dueño del local, con un significativo suspiro mientras me miraba y sin decir tampoco esta boca es mía, metió unos billetes en la bolsa, que, al abrirla, y como estaba justo a mi lado, pude ver que estaba llena de billetes arrugados. Rebosaba. Tan pronto como hizo su contribución el mesonero, el otro cogió la bolsa y siempre sin

decir una palabra dio media vuelta y se fue. Todo el mundo sabe que estas cosas ocurren por allí y que este pago asegura que el negocio podrá prosperar sin problemas que no sean los estrictamente propios de la actividad empresarial. Lo que me llamó la atención fue el desparpajo y la naturalidad con la que el recaudador y el contribuyente se comportaron, a la vista de quien fuera, como la cosa más normal. Y sin duda, para ellos, lo era.

El Instituto Cervantes de Palermo se inauguró formalmente un par de años más tarde en la iglesia de Santa Eulalia de los Catalanes, en presencia del príncipe de Asturias, cuando yo ya no era embajador ante la Santa Sede, y mi sucesor, Paco Vázquez, tuvo el detalle de invitarme reconociendo así mi participación en el proyecto. Lo cuento con agradecimiento porque gestos de este tipo no son frecuentes en la Administración española.

A VUELTAS CON LOS NAZIS

La película *Woman in Gold*, dirigida por Simon Curtis en 2015, narra la peripecia que sufrió el retrato de Adele Bloch-Bauer pintado en 1907 por Gustav Klimt, desde que fue robado por los nazis en Viena hasta su recuperación por Maria Altmann (interpretada por Helen Mirren) tras una larga batalla legal contra Austria y el museo de Belvedere, que no querían desprenderse del cuadro. Perdieron, y hoy cuelga en la Neue Galerie de Nueva York. Esta historia recuerda, una vez más, la tragedia que el nazismo supuso para el mundo y, en particular, para millones de judíos exterminados por su barbarie. Se asesinaba a las personas y se robaban sus propiedades, que pasaban a manos de los jefes nazis o eran destruidas como «arte decadente». Sospecho que en muchos casos se debió de asesinar para robar. El hecho es que con la guerra desaparecieron muchas obras de arte y algunas han aparecido años más tarde en los sótanos del museo Hermitage de Moscú (más de ochocientas) o en colecciones particulares. Se calcula que hasta unas cien mil siguen todavía en paradero desconocido; como prueba, que hace poco se descubrió que un alemán, Cornelius Gurlitt, guardaba en su apartamento de Múnich nada menos que 1.500 cuadros (Chagall, Liebermann, Monet, Picasso...) que había «coleccionado» su padre durante el nazismo. José Carlos Llop ha contado en su libro *Paris: suite 1940* cómo César González Ruano, corresponsal del diario *ABC* en aquella ciudad durante la ocupación alemana, trapicheaba con este tráfico teñido de tragedia. Y en Polonia se habla todavía hoy de un tren nazi enterrado y lleno de tesoros que la gente sigue buscando.

Estos robos han sido habituales en todas las guerras, pues ya los romanos se llevaron obeliscos de Egipto, igual que hizo Napoleón, y siempre he criticado el expolio colonial y lo que lord Elgin hizo con los frisos del

Partenón. Hoy ya no roban (aunque también lo hacen para traficar); los fanáticos tratan de borrar de la memoria todo el pasado anterior a la llegada del Islam por el expeditivo procedimiento de destruir cuanto hallan a su paso en la mejor tradición de otros fanatismos que les precedieron en la historia, como el vandalismo contra las estatuas del faraón hereje Akenatón, los destrozos de los iconoclastas bizantinos, la destrucción de los ídolos aztecas tras la Conquista, la furia de la Reforma protestante contra la imaginería religiosa católica, la quema de libros por la Inquisición, por Hitler o por los Jemeres Rojos, el saqueo de reliquias históricas por la Revolución Cultural de Mao, la reciente destrucción de mezquitas en Bosnia o en Tombuctú... Es una historia tan triste como interminable.

He tenido la inmensa fortuna de visitar Nimrud y Jatra, al norte de Irak, como también visité Ur y Babilonia, al sur. Irak y Siria son dos países de gran riqueza histórica, artística y arqueológica y la cuna de la civilización, pues allí nacieron las ciudades y la escritura entre mil otras cosas. Junto al zigurat de Ur, ciudad sumeria y patria de Abraham, sobre el Éufrates, tuve que hacer acopio de toda mi honradez para no coger una de las muchas tablillas de arcilla escritas con caracteres cuneiformes que estaban tiradas por el suelo sin que nadie pareciera vigilar el lugar. Destruir piezas únicas, manuscritos milenarios, estatuas que hoy son puro arte —pues han perdido el sentimiento religioso que un día pudieron despertar y que por eso no cabe considerar heréticas—, ciudades, palacios, templos... esos toros alados en granito, ladrillo o azulejos propios de la gran civilización asiria... todo eso me produce una tristeza inmensa, como me la produce que se hayan dinamitado los enormes Budas de Bamiyan o el templo de Baal en Palmira, por antipático que me resulte ese dios que exigía el sacrificio en el fuego de niños recién nacidos. Una de las fuentes de financiación del Estado Islámico ha sido la venta de objetos de arte robados, y si venden es porque hay quien compra. Son casos que parecen pedir a gritos la creación de una brigada similar a la de la película *The Monuments Men*, dirigida y producida por George Clooney en 2014, y basada en un libro del mismo nombre.

Viene esto a cuento del cuadro de Camille Pissarro *Rue SaintHonoré por la tarde. Efecto de lluvia* que se exhibe en la colección Thyssen-Bornemisza de Madrid. Este cuadro perteneció a Lilly Cassirer Neubauer, que era una

mujer judía que tuvo que dejárselo a los nazis por solo 360 marcos alemanes y un visado que le permitiera huir de un país que en aquella época enviaba a los judíos a las cámaras de gas. Es muy probable que si no hubiera vendido, habría acabado en una de ellas. Gracias a eso, Lilly sobrevivió, y tras la guerra reclamó judicialmente la obra. El Gobierno alemán reconoció su propiedad y le concedió una indemnización de 120.000 marcos, aunque nadie sabía dónde estaba entonces el cuadro, que fue comprado en Nueva York muchos años más tarde, en 1976, por el barón Hans Heinrich Thyssen-Bornemisza.

Un nieto de Lilly, el fotógrafo Claude Cassirer, descubrió en 2005 que el cuadro estaba expuesto al público en el museo Thyssen de Madrid y recurrió ante los tribunales de California para exigir su devolución. Cuando él falleció en 2010, sus herederos continuaron la batalla legal en Estados Unidos, y sobre este cuadro me presionaban sin disimulo senadores y congresistas californianos cuando yo era embajador ante Estados Unidos. Me convocaban para exigir su entrega a la familia, que vivía en Los Ángeles, y en ocasiones me amenazaban con montar un escándalo en los medios de comunicación, siempre sensibles a este tipo de asuntos que tienen que ver con los nazis y los judíos y en los que muchas veces la condena pública llega mucho antes que la eventual exoneración judicial. En una ocasión, un congresista hasta me pidió permiso para filmar nuestro encuentro en vídeo, supongo que para mostrar a la familia cómo se interesaba por el caso ante el mismo embajador de España, pues imagino que la comunidad judía de Los Ángeles debía de ser una fuente nada despreciable de financiación para él. Y no era el único, ni mucho menos. Feo asunto.

El museo madrileño alegaba que el cuadro había sido adquirido de buena fe muchos años después de su robo por los nazis e ignorando totalmente este hecho. Por su parte, el Reino de España invocaba su soberanía y consiguiente inmunidad de jurisdicción. Estos sólidos argumentos fueron aceptados por el Tribunal Central del Distrito de California, que rechazó la demanda de la familia Cassirer al tiempo que animaba a nuestra pinacoteca a considerar hacer «lo que sería justo con víctimas de la persecución nazi». Pero los descendientes de Lilly siguieron peleando y apelando, y ahora, cuando escribo en 2017 y ya no soy embajador en Estados Unidos, me entero de que el

Tribunal de Apelaciones del Noveno Circuito, con sede en San Francisco, ha estimado una nueva demanda que se basa en que el museo Thyssen no ha probado legalmente que no tuviera conocimiento de que el lienzo fuera robado, y que afirma que los Cassirer tienen derecho a que se juzgue si son los dueños legales del cuadro o no lo son, lo que significa que se reabrirá el caso y la batalla legal se augura encarnizada.

TERCERA PARTE

DIPLOMACIA MULTILATERAL

La diplomacia es importante porque, cuando fracasa, las cosas se suelen poner bastante peor de lo que estaban, y entonces es mejor que te pille lejos.

MIS MINISTROS DE EXTERIORES

Mi dilatada carrera profesional de cuarenta años se ha extendido bajo nada menos que quince ministros de Asuntos Exteriores. De los seis primeros, Gregorio López-Bravo, Laureano López-Rodó, Pedro Cortina, José María de Areilza, Marcelino Oreja y José Pedro Pérez-Llorca apenas guardo recuerdo, pues o yo era el último mono del ministerio o hacía mis primeros destinos en el extranjero, en Polonia, Estados Unidos y Uruguay, donde seguía estando muy abajo en el escalafón simiesco y no los conocí o solo los vi de lejos alguna vez, sin que recuerde haberles hablado o tener una mínima relación personal con ellos, por bien que me caigan algunos a los que traté socialmente más adelante, como Marcelino o José Pedro. Simplemente yo era aquellos años un funcionario de muy bajo nivel que no tenía acceso a los altos cargos del ministerio. Así de fácil. A López-Bravo le estábamos todos muy agradecidos porque mejoró mucho nuestras condiciones de trabajo; a Pedro Cortina, siempre malhumorado, lo recuerdo entrando en la sede de la ONU en Turtle Bay entre manifestantes que lo insultaban por las últimas ejecuciones del franquismo en 1975; y con Marcelino Oreja tengo una anécdota entrañable de cuando recibió en Nueva York a miembros de la colonia española que allí residían. Yo le presenté entonces a don José López, presidente de la Casa de Galicia y, volviéndome hacia este, añadí: «Sin duda, señor López, no necesito presentarle a don Marcelino Oreja, ministro de Asuntos Exteriores de España». Entonces López me apartó con el brazo y mirando fijamente a Marcelino le dijo: «¿Cómo ha dicho usted que se llama?». Y el ministro, muy correcto: «Marcelino Oreja»: «¡Pues no las tiene usted muy grandes!», replicó López. Y cuando yo traté de intervenir atropelladamente para evitar el desastre explicando que la Casa de Galicia tenía no-sé cuántos socios, el señor López

volvió a apartarme con un gesto seco e imperativo y concluyó, mirando a los ojos del ministro: «Claro que en su caso lo importante no son las orejas sino el cerebro». Y se tocaba, satisfecho, la sien. Lo juro. Yo estaba a punto de soltar la carcajada pero vi la cara del ministro, pensé en el escalafón y cambié de idea. Mis recuerdos comienzan de verdad con Fernando Morán.

Fernando Morán (1982-1985). Fernando Morán era un hombre entrañable con quien no tuve una relación intensa aunque sintiera por él admiración y afecto. Él era ministro de Asuntos Exteriores y yo un simple subdirector general, recién nombrado, que pocas veces se cruzaba con su jefe.

Lo veo desaliñado, con cejas hirsutas, despeinadas y pelos asomándole por las orejas, con un cigarrillo en los labios y la ceniza invariablemente blanqueando las solapas de la chaqueta, lo que le daba a mis ojos un aire de tertuliano galdosiano. Porque era un gran conversador y era un placer oírle debatir sobre temas africanos y, en especial, sobre el conflicto del Sahara, que conocía como nadie, pues había sido director general de política exterior para África y Oriente Medio, como sería también yo años más tarde. Morán no vio o no quiso ver que había llegado el momento de establecer relaciones diplomáticas con Israel (cuya ausencia él mismo consideraba una anomalía histórica) y quería ponerle a Tel Aviv unas condiciones que no eran realistas con objeto de preservar nuestras «tradicionales relaciones de amistad con el mundo árabe». Felipe González no se entendía bien con él, yo creo que desde el Congreso de Suresnes, el cambio programático en el Partido Socialista Obrero Español (PSOE) y la posterior deriva del propio Morán con Tierno Galván hacia el Partido Socialista Popular (PSP), tras cuyo fracaso regresó al PSOE con el rabo entre las piernas. El caso es que sus discusiones a gritos se oían en media Moncloa; yo creo que él era más de izquierdas que Felipe o, mejor, más ingenuamente puro, y al final lo reemplazó sin contemplaciones con Francisco Fernández Ordóñez, lo que permitió ir adelante con Israel, país con el que, como he contado, normalizamos nuestras relaciones en enero de 1986, medio año después de su cese. Cuando acababa de dejar de ser ministro, me lo encontré un día en la cafetería Liana, muy cercana a la plaza Mayor de Madrid y lo invité a un café. Me contó entonces con toda naturalidad que ganaba más

escribiendo artículos en prensa y revistas que como ministro de Asuntos Exteriores de España, lo cual no me extrañó nada, y entonces se paró y me miró fijamente mientras se sacaba del bolsillo uno de los voluminosos teléfonos móviles de la época y me dijo: «Pero ¿sabes?, esto ya no suena, nadie me llama ahora». Lo dicho, un hombre bueno, idealista y entrañable.

Francisco Fernández Ordóñez (1985-1992). Trabajé a sus órdenes siete años como director general de Política Exterior para África y Oriente Medio, pues me llamó al ser nombrado él ministro y seguí en el cargo un año más después de su fallecimiento. Yo creo que habría continuado si hubiera vivido más tiempo. Nos habíamos conocido cuando era ministro de Hacienda y pasó por Nueva York, donde yo estaba destinado, y quiso llevarse el *Guernica* a España casi a cualquier precio, como antes he contado. Pero no creo que eso tuviera nada que ver, o quizás sí. El caso es que alguien del ministerio debió de contarle de mí, que era entonces subdirector general para los países de África del Norte, y me pidió que trabajara con él; unos días más tarde aterricé con un pequeño avión en Santa Pola, donde él veraneaba (era julio avanzado), camino de Marruecos, donde quiso hacer su primera visita oficial como ministro, siguiendo así la tradición de Exteriores. En la embajada de Rabat tomé posesión de mi cargo como director general, integrándome en un grupo de profesionales elegidos por el ministro por su valía y no por su adscripción a una opción ideológica como había hecho Fernando Morán, por cierto, con pésimos resultados.

Fueron años intensos y apasionantes junto a un hombre muy inteligente que había dirigido el Instituto Nacional de Industria (INI) con Franco, había sido ministro de Justicia (ley del divorcio) y de Hacienda (reforma del IRPF) con Suárez; había fundado un pequeño partido socialdemócrata que ese integró en Unión de Centro Democrático (UCD), y a quien Felipe nombró al frente de Exteriores. Decía que no era él quien cambiaba sino el entorno, que se movía a velocidad de vértigo aquellos años. Supongo que tenía parte de razón. La verdad es que me entendí muy bien con él, pues como digo era muy inteligente, se fiaba de mí, me daba mucho margen de maniobra y luego me exigía resultados pero sin interferir en mi trabajo. Una vez me llamó a su despacho

porque había ocurrido algo y me pidió una reacción inmediata, a lo que respondí a bote pronto que se podría hacer esto, con estos inconvenientes y estas ventajas; o esto otro con estas otras, y él, tras escucharme, me dijo: «Me gustas porque dudas». Como estaba seguro de sí mismo, no tenía los celos que son tan típicos en otros ministros ante cualquier aparición de sus subordinados en prensa o radio, y me dejaba participar en debates televisivos o hacer entrevistas y escribir artículos de prensa. Con él aprendí mucho y siempre he pensado que su muerte prematura, que veíamos cuantos lo rodeábamos pero que él, que las cogía al vuelo, no quería ver llegar, nos privó de un excelente presidente del Gobierno.

Era un hombre rápido e intuitivo. No leía los papeles que le enviábamos sus colaboradores, sino que prefería despachar oralmente los temas, que se aprendía con rapidez, y eso a veces me irritaba porque de las cosas que no le importaban solo tenía un ligero barniz que desaparecía en cuanto su interlocutor le presionaba un poco. Pero tenía personalidad y entonces se volvía con naturalidad y me daba la palabra para que afinara la respuesta o que la contestara yo directamente. Los asuntos de mi dirección general (África y Oriente Medio) le interesaban poco, con tres excepciones que le ponían nervioso porque sabía que era de donde le podían venir los problemas: Marruecos, Guinea Ecuatorial e Israel. Marruecos por razones obvias, porque lo tenemos al lado y, cuando se constipa, estornudamos; Guinea porque no tiene solución, y de allí sales trasquilado hagas lo que hagas; y, finalmente, porque solía comentar que no conocía a ningún político que se metiera con Israel y al que le fuera bien. Pero aun así, lo dejaba todo en mis manos (y yo le consultaba siempre en esos asuntos) pues él era hombre para Europa y Estados Unidos, que eran mundos que dominaba y en los que se sentía a gusto. Muy diferente de Fernando Morán, que disfrutaba con los temas africanos, que conocía al dedillo.

Tras un viaje que le obligué a hacer a Malabo y a Nuakchot, Fernández Ordóñez acuñó una expresión que hizo fortuna en el ministerio de aquellos tiempos: hablaba de «viajes Dezcallar» para referirse a aquellos que no tenía más remedio que hacer a lugares que no le gustaban nada. En 1986 viajamos con los reyes a Harare, y a punto de aterrizar me llamó el rey, que conversaba con el ministro y, como no se ponían de acuerdo, deseaba que zanjara su

debate: «¿Harare era Salisbury y Zimbabue era Rhodesia?». Ambos habían estudiado con libros de otra época, anteriores a la emancipación de las colonias africanas. Les confirmé su apreciación, se quedaron tranquilos y, tras aquella pregunta, no me quedó ya duda alguna de que ninguno de los dos se había leído el grueso informe que les había preparado.

En cierta ocasión hubo una reunión euro-árabe de ministros de Exteriores en París, y le hice decir a Fernández Ordóñez algo que no gustó a su colega iraquí. Cuando, en un receso, Tarek Aziz vino a quejarse en privado, el ministro me dijo: «Mira, Jorge, vamos a dejar las cosas claras, yo digo cosas que guste oír y luego vas tú por detrás explicando la realidad». Aprendí la lección, y continuó durante siete años diciendo «no exactamente lo mismo» en Rabat y Argel sobre el Sahara, un asunto muy delicado y espinoso. Y lo mismo hacía con palestinos e israelíes. Yo pensaba que ese juego podría mantenerlo un máximo de dos años hasta que sus interlocutores lo pillaran en un renuncio. Me equivoqué porque sin faltar a nuestra posición de fondo sobre el problema, a ambos les venía a decir con medias palabras e insinuaciones algo parecido a lo que deseaban oír y con eso los dejaba contentos durante un año. Podría haber dado lecciones de cintura y flexibilidad a José María Aznar, que carece de ambas en grado sumo. Un día, Shlomo Ben Ami, que era embajador de Israel, vino a verme para protestar por unas palabras de Fernández Ordóñez en un seminario de las Naciones Unidas sobre «los derechos inalienables del pueblo palestino» que le había preparado yo. Shlomo estaba furioso. Le contesté con firmeza, como debía, y entonces él me confesó que «Fernández Ordóñez nos desconcierta, pues tiene un doble lenguaje». Triple, me entraron ganas de contestarle, pues era un auténtico virtuoso de insinuar y dar a entender —más que decir— lo que creía que su interlocutor deseaba oír. Y así sucedió en la visita del ministro israelí de Exteriores, Levy, unos días más tarde, que debió de regresar a su país con la impresión de que decíamos unas cosas en público para contentar a los árabes, pero que en el fondo el tema palestino nos importaba muy poco y estábamos de parte de Israel, y ninguna de las dos cosas eran ciertas. Eso me ponía furioso, pues yo le preparaba siempre el mismo papel con nuestra posición de fondo sobre el problema y luego él le

metía pluma mental, quitando o añadiendo, según el interlocutor, de manera que yo tenía que ir matizando por detrás... que es exactamente lo que él quería que yo hiciera.

Otra cosa que hacía era filtrar papeles a la prensa y luego lo negaba. Filtró mi informe sobre el asesinato en Líbano del embajador Perico de Arístegui y luego me lo negaba con convicción; también filtró, que recuerde ahora, otra nota mía en junio de 1991 sobre qué debíamos hacer en la ONU acerca del contencioso del Sahara. Lo pillé por casualidad en la cafetería Los Galayos, de la plaza Mayor, con Ignacio Cembrero (*El País*) y Alberto Míguez (*ABC*), que fueron quienes la publicaron al día siguiente mientras él seguía negándome ser el autor de la filtración. Con Fernández Ordóñez había que saber que cualquier papel que le dieras podía acabar en manos de un periodista, y había que escribirlo en consecuencia. Era algo que formaba parte de una cuidadosa relación con los medios, que en justa correspondencia siempre lo trataron bien. Yo te ayudo y tú me ayudas, ya se sabe.

En una época en la que ETA asesinaba con horrible frecuencia, me decía proféticamente que el verdadero problema de España no era el encaje del País Vasco sino el de Cataluña, «que tiene una lengua que la gente habla y una Renaixença», y se reconocía «monárquico funcional», pues decía: «No creo que este país (Cataluña, Galicia, País Vasco...) pudiera funcionar con una república». También comentaba que, dijeran los catalanes lo que dijeran, si había una región española con personalidad diferente y arrolladora, esa era Andalucía con sus toros, su flamenco, su fino y su pescaíto frito. Y yo estoy de acuerdo.

Como digo, era un hombre muy inteligente, que las veía venir de lejos, y trabajé muy a gusto con él a pesar de sus marrullerías, con las que acababas encariñándote. Teníamos asientos cercanos en el Bernabéu, nos veíamos en los descansos, y los domingos por la noche a veces me llamaba para comentar las jugadas de Butragueño o criticar la alineación. Muy enfermo ya, me dijo un día que se pasaba el tiempo frente al televisor y que «sabía más de deportes que Butanito». Poco antes de morir me confesó que reconocía haberme engañado con la promesa de hacerme embajador en Marruecos, pero que también yo debía reconocer que me había divertido trabajando a su lado durante siete

largos años. Las dos cosas eran ciertas. Su capilla ardiente se instaló en un patio del palacio de Santa Cruz y yo hice el turno de vela de las seis de la mañana.

Javier Solana (1992-1995). Sin duda el español con más relevancia internacional tras su paso por la secretaría general de la OTAN y de haber sido luego Mr. PESC (acrónimo de Política Exterior y de Seguridad Común). Trabajé con él muy a gusto durante tres años aunque no era hombre fácil. Le había conocido anteriormente, cuando era ministro de Cultura y clausuró un seminario hispanoitaliano sobre el Magreb que se celebró en Venecia y al que yo asistía. Estuvo encantador, y según Pilita, mi mujer (a quien le dijo «te conozco desde que eras así» porque era compañero de sus hermanos en el colegio del Pilar), se le notaba ya entonces mucho que quería ser ministro de Asuntos Exteriores, cosa que logró cuando falleció Fernández Ordóñez. Solana me permitió dejar la dirección general de África y Oriente Medio, en la que llevaba doce años entre unas cosas y otras, para ofrecermela de Asuntos Políticos, un cargo de nueva creación que nos exigía nuestra pertenencia a la Comunidad Económica Europea y que se ocupaba, entre otras cosas, de contribuir a la formación de una inalcanzable Política Exterior, de Seguridad y Defensa Común. Era un trabajo muy interesante y muy vinculado a hacer esa Europa fuerte con la que muchos entonces soñábamos. Además me permitía cambiar de aires después de siete años de brega con marroquíes, ecuatoguineanos e israelíes. Lo necesitaba.

Solana no se parecía en nada a Fernández Ordóñez, salvo en que también mostraba una clara preferencia por el Primer Mundo, pero era más desconfiado, no dejaba los mismos márgenes de libertad en el trabajo, quería controlarlo todo y era celoso de nuestras apariciones en los medios de comunicación, que no le gustaban nada. A mi juicio, y en contra de la imagen que da, Solana es un hombre inseguro en el fondo. O así me lo parecía. Si me llamaba Ordóñez de repente para decirme «ha pasado esto, ¿qué hago?», yo le decía a bote pronto: «Se me ocurren dos o tres posibilidades», y a continuación desgranaba sobre la marcha y como hablando conmigo mismo las ventajas e inconvenientes de cada opción. Con Solana hacer eso era provocar

una tempestad, había que responder sin vacilar: «Hay que hacer esto» y luego cruzar los dedos para que aquella fuera la respuesta correcta o que al menos hubiera tiempo para rectificar con una propuesta mejor. Lo que no fuera eso, le sacaba de quicio. Mario Trinidad me contaba un día que cuando Solana era ministro de Cultura y él subsecretario del mismo departamento, se hacían dos resúmenes de la prensa diaria: uno para todo el personal del ministerio y otro para exclusivo conocimiento del ministro. De este último se habían eliminado todas las noticias malas. Claro que a lo mejor esta es una habladuría de Mario, que tenía mucho sentido del humor.

Mi impresión es que Solana es un idealista al que nunca le ha interesado el dinero y que solo ha buscado el poder como instrumento para cambiar el mundo y hacerlo mejor. Un hombre que ha vivido por y para la política, pues nada le interesaba fuera de ella y eso le hacía un poco aburrido en ocasiones, porque no era fácil hablar con él de otras cuestiones. Era un trabajador descomunal, un *workaholic*, que te llamaba a su habitación del hotel a las dos de la mañana, porque apenas dormía, para tratar cualquier asunto (siempre de política); un hombre que quería contribuir a transformar el mundo de acuerdo con sus convicciones y eso lo llevaba a tener una pobre opinión de los funcionarios, meros tecnócratas y ejecutores sin esa visión transformadora... que él no tuvo luego reparo en adaptar a lo largo del extenso examen al que le sometió Warren Christopher, secretario de Estado norteamericano, antes de darle la luz verde para convertirse en secretario general de la OTAN, donde hizo un estupendo trabajo. Luego fue también un extraordinario Mr. PESC, ministro de Exteriores de la Unión Europea, dotado de un activismo incansable que lograba la proeza de poner a Europa en la primera fila de la política internacional. ¡Cuántas veces le echamos luego de menos en la época de Catherine Ashton! Hubiera podido volver a ser ministro de Exteriores en 2004, cuando ganó las elecciones José Luis Rodríguez Zapatero, y de hecho parece que dio batalla aunque sin éxito porque el presidente prefirió a Moratinos. Yo creo que debió de pensar que con Solana él no iba a tocar pelota.

Carlos Westendorp (diciembre de 1995-mayo de 1996). Un hombre encantador, inteligente y con mucho sentido del humor. Sucedió a Solana sabiendo que iba a ser ministro solo unos meses, durante los cuales viajé mucho con él a Bruselas para asistir a reuniones comunitarias, en jornadas agotadoras que comenzaban al alba y terminaban pasada la medianoche. Era un auténtico experto en temas europeos, y trabajar con él en ese mundo era un lujo. Nos encontrábamos a las siete de la mañana en la base de Torrejón todos medio dormidos, pero Carlos llegaba en condiciones habitualmente peores que los demás porque acababa de ser padre y Lucas le daba malas noches. Todos nos metíamos con él haciéndole bromas sobre sus ojeras y él aceptaba las chanzas con resignación. Hice con él un viaje a Bangkok para asistir a una Cumbre Euroasiática (ASEM) y como Felipe González no pudo asistir porque estaba a punto de perder las elecciones de 1996, Carlos se puso el gorro de presidente, y yo, que era el director político, me puse el gorro de ministro. Fueron unos días que me desmitificaron, si falta hacía, las reuniones de los ministros de Exteriores. Yo pensaba que en ellas y en sus cenas «íntimas» hablaban de cosas trascendentales, y nada de eso, solo intercambiaban consejos y recetas para combatir el *jet lag* que les producían sus constantes viajes. El más original era el japonés, que recomendaba una combinación de pastillas, antifaz y música que, decía, lo dejaba nuevo. Desde Bangkok nos fuimos a Hanói y a la India, donde nos enteramos del triunfo electoral de José María Aznar. Como decía Carlos, en España nadie nos echa hoy de menos.

Volví a tratarle cuando me nombraron embajador en Estados Unidos, donde lo reemplacé en 2008. Allí había vivido unos años difíciles profesionalmente porque la enemistad personal entre George W. Bush y José Luis Rodríguez Zapatero le había cerrado todas las puertas de Washington. Cuando fuimos mi mujer y yo «a ver la casa» antes de mudarnos, Amaya y él no pudieron estar más encantadores, a pesar de estar con todos los líos de su traslado a España.

Abel Matutes (1996-2000). Balear como yo (él es ibicenco), lo primero que hizo tras ser nombrado ministro de Asuntos Exteriores fue destituirme como director político. No por culpa suya, sino porque alguno de los genios del

nuevo equipo del Partido Popular (PP) que se hizo cargo del ministerio al suceder al PSOE desempolvó un viejo organigrama, que tenían preparado desde quién sabe cuándo para el día en que llegaran al poder, y en el que, simplemente, no constaba mi cargo, que había sido creado tres años antes por una exigencia de la Comunidad Europea. A alguien se le había olvidado actualizarlo antes de publicarlo. Cuando se lo hice notar al nuevo subsecretario, el ministro me llamó a su despacho y me dijo que lo sentía, pero que el asunto no tenía arreglo porque era impensable crear una nueva dirección general una vez que ya se había aprobado el organigrama nuevo. Así se hacen las cosas en España, con prisas y sin pensar. Como consecuencia, yo dejaba de ser director general de Asuntos Políticos, un *primus inter pares* entre los demás directores generales del ministerio, para pasar a ser un embajador en misión especial a cargo de la Política Exterior y de Seguridad Común, con rango de subdirector general. El mismo trabajo pero con peor sueldo y peores condiciones. Le dije al ministro que así no me interesaba continuar, y días después me llamó el subsecretario José (Manín) Carvajal y me ofreció la embajada en Dublín. Le pregunté si esa era mi única opción y me dijo con una sequedad que me dolió que así era. Insistí preguntándole con ironía si me estaba dando a elegir únicamente entre Irlanda y Dublín y me contestó que lo había entendido perfectamente. Carvajal nunca ha tenido mucho sentido del humor. Yo no me veía para nada en una embajada para la que ninguna preparación previa tenía y así se lo comenté a mi amigo Chenchó Arias, que era director general de la Oficina de Información Diplomática y verdadera mano derecha del ministro. Al poco tiempo volvió a llamarme Matutes a su despacho y me ofreció un trato: si me quedaba un par de años con él ejerciendo mis funciones de director político (pero con rango de subdirector), al cabo de ese período me nombraría en la que posiblemente es la embajada más sensible (como dice Felipe González) que tiene España. La idea de ir a Marruecos me gustó desde el principio, pues era un país que conocía bien tras mis siete años ocupándome de África con Paco Fernández Ordóñez y otros tres antes como subdirector general de África del Norte, pero no me corté un pelo y le contesté: «Me gusta la idea, pero esa embajada no la da el ministro de Exteriores sino el presidente del Gobierno, tras despacharlo con el rey». Se quedó algo desconcertado, pero reaccionó rápido admitiendo

que yo tenía razón, y me dijo: «Es cierto, y yo me comprometo a defender tu candidatura, si eso te basta». Y sobre esa base de confianza acepté su propuesta, que luego cumplió enviándome como embajador a Rabat en 1997.

No fueron años fáciles, pues la mayoría de mis colegas europeos tenían rango de subsecretario, yo lo tenía de subdirector general y encima me encontré en Madrid con algún compañero director general que no perdió ocasión de recordarme que yo ya no lo era. Pero gente mezquina ha habido siempre. Por lo demás, la relación con Matutes fue fácil pues es hombre inteligente y abierto, con la experiencia que le daba haber sido comisario en Bruselas y gran empresario (y gran cacique) de Ibiza, en cuya catedral me impresionó ver un día un gran cartel de esos de «caídos por Dios y por España» encabezado por el nombre de Abel Matutes (padre del ministro) en letras mucho más grandes y luego, debajo y por orden alfabético, la relación de los otros isleños fallecidos del bando nacional, en letras más pequeñas. Supongo que habría pagado él la lápida. Matutes es un hombre cordial y generoso. En cierta ocasión, tras haber yo negociado con mis colegas del Comité Político el nombramiento de Miguel Ángel Moratinos como Enviado Especial de la Unión Europea para Oriente Medio, cogió el teléfono en Bruselas para darle la noticia al presidente Aznar diciéndole que el mérito no era suyo sino mío. Eso no es habitual entre nuestros políticos, que siempre se quieren apuntar todos los tantos, sean propios o ajenos, y mejor si son ajenos. También es un hombre relajado y sin pretensiones al que le gusta navegar por el Mediterráneo en su precioso barco y contar chistes, con preferencia por los subidos de tono. Guardo de él un cariñoso recuerdo.

Josep Piqué (2000-2003). Ha sido, a mi juicio, un gran ministro de Asuntos Exteriores. Inteligente, sensato, equilibrado, que supo rodearse de un buen equipo de diplomáticos a los que hacía caso, y con ideas claras sobre nuestras prioridades y nuestro papel en el mundo, que no es poco. Ignora el sectarismo tan frecuente entre la clase política, que siempre se debate entre «los míos» y los que no lo son. No se puede pedir mucho más. Fue un lujo poder trabajar con él aunque apenas coincidimos, pues yo estaba destinado en Marruecos como embajador o en la carretera de La Coruña como director del Centro

Nacional de Inteligencia durante el tiempo que desempeñó la cartera. Pero lo vi, naturalmente, durante los varios viajes que tuvo que hacer a Rabat y que tan nerviosos ponían siempre a todos, desde el rey hacia abajo, fueran presidentes del Gobierno o ministros de Exteriores, pues nunca se sabía por dónde iba a salir el rey Hasán y qué asuntos iba a poner encima de la mesa. Por no saber, se ignoraba si el rey iba a recibir al ministro y, en caso positivo, cuándo o en qué momento del día lo haría, lo que ponía al embajador en una situación muy difícil porque algunos de los visitantes descargaban sobre él sus propios nervios e inseguridades. No era el caso de Piqué, que comprendía perfectamente las reglas de juego en Marruecos, y eso siempre lo agradecí como embajador. Mi relación posterior con él, cuando me nombraron al frente del CNI fue siempre fácil, muy cordial y exenta de suspicacias, y por eso durante esos años se intensificaron mucho las relaciones del ministerio con la Casa de la carretera de La Coruña, algo que nos fue útil a ambos, aunque no llegáramos, ni mucho menos, al grado de complicidad que existe en el Reino Unido entre el Foreign Office y el MI6. Lo admiro, y si algo siento es no haber tenido un contacto más estrecho con él.

Ana Palacio (julio de 2003-abril de 2004). Fue ministra menos de un año y tengo entendido que su destino inicial iba a ser el Ministerio de Justicia, una cartera para la que parecía en principio bien preparada por su formación jurídica, pero el destino caprichoso y José María Aznar la colocaron en Exteriores en una época muy complicada, pues se estrenó con la crisis de Perejil y luego tuvo que lidiar con la invasión americana de Irak. Una auténtica corrida de miuras, que ella vivió desde Exteriores y yo desde el CNI. Tiempos difíciles. Yo le aconsejaba que se fiara de sus colaboradores en Exteriores, que hacían un magnífico equipo: «No tienes un Rolls Royce —le dije en cierta ocasión en su despacho— pero sí un Volkswagen Golf que funciona de maravilla», pero me daba la impresión de que ella no se lo acababa de creer. También me parecía que ponía un «exceso de celo» en cuanto emprendía, que es exactamente lo contrario de lo que aconseja ese maestro de diplomáticos que es Talleyrand. Cuando se produjo la invasión americana de Irak hizo un discurso ante el Consejo de Seguridad cuyo belicismo y confusión contrastó

dolorosamente con la brillantez, aquel día, del francés Dominique de Villepin. Al parecer, estuvo retocando hasta el último minuto el borrador que le habían preparado, y al final el texto quedó tan irreconocible que le resultó difícil entender lo que ella misma había escrito. Al menos así me lo contó un colaborador suyo, que estaba muy molesto con lo ocurrido aquel día. Y un año después pidió al mismo Consejo de Seguridad que condenara el atentado del 11-M como obra de ETA a las pocas horas de producirse (exactamente a las 13.30 del día 11), cuando la investigación no había hecho más que comenzar. Lo dicho, exceso de celo, aunque hay que reconocer que le tocó una época especialmente complicada y conflictiva durante los pocos meses que estuvo al frente del Palacio de Santa Cruz.

Miguel Ángel Moratinos (2004-2010). «Curro» para sus amigos, lo es mío. Lo conocí cuando yo era subdirector para África del Norte en el ministerio y él estaba destinado en la embajada en Marruecos. Fue un «amor a primera vista», por así decir. En cuanto Fernández Ordóñez me ofreció la dirección general, lo llamé para pedirle que se viniera a trabajar conmigo en la subdirección que yo dejaba vacante. Desde entonces seguimos carreras paralelas hasta que me dejó a mí muy atrás cuando fue nombrado ministro.

Juntos recorrimos el Magreb varias veces de punta a punta y negociamos mano a mano en Rabat el vigente Tratado bilateral de Amistad, Buena Vecindad y Cooperación. Me sucedió como director general de África y Oriente Medio cuando yo fui nombrado director político y desde esta función le ayudé cuanto pude cuando llevó todo el peso de la organización de la Conferencia Euromediterránea de Barcelona. Luego él se fue como embajador a Israel, y de allí lo saqué cuando negocié en el comité político, siguiendo instrucciones del Gobierno, su nombramiento como enviado especial de la Unión Europea en Oriente Medio. Me invitó a cenar para celebrarlo.

Después de dejarse el pellejo en esa misión, Aznar no le ofreció nada, a pesar de que yo le pedí varias veces que lo aprovechara en alguna tarea adecuada a su nivel y a su experiencia, porque no hacerlo era un desperdicio. Yo era entonces director del Centro Nacional de Inteligencia y despachaba a menudo con el presidente. Aznar no me hizo caso, y entonces una noche me

invitó a cenar Alfredo Pérez Rubalcaba para pedirme que intercediera con Curro para que aceptara la invitación de José Luis Rodríguez Zapatero de integrarse en un comité de sabios, que estaba creando en 2003 con vistas a las elecciones del año siguiente y en las que por aquel entonces nadie daba un duro por las posibilidades del PSOE. Le contesté que, por amigo que yo fuera de Moratinos, no podía hacer lo que me pedía porque yo era secretario de Estado en un gobierno del PP y le debía lealtad a Aznar. Rubalcaba lo comprendió y no insistió conmigo, pero debió de convencerle por otro lado porque al poco tiempo vi en la prensa que Curro había entrado en aquel comité. Era muy temprano aún cuando sonó el teléfono de mi despacho y reconocí la inconfundible voz del presidente Aznar que me dijo escuetamente: «¿Has visto a tu amiguito?». Literal. Apenas tuve tiempo de decirle: «Acabo de leer el periódico, pero no lo ha ganado el PSOE, lo ha perdido el PP», y en ese momento me colgó bruscamente el teléfono sin darme tiempo a terminar mi frase: «Porque le habéis ignorado desde que cesó como enviado europeo en el Medio Oriente». Pero ya digo que esto último no me dio tiempo a decírselo.

Cuando cesé en el CNI al llegar al Gobierno Rodríguez Zapatero, Moratinos me ofreció la embajada en la Santa Sede, que acepté tras dudarle mucho porque sabía que la había peleado y porque me parecía que debía volver a una embajada tras haber dejado la de Rabat cuando me fui al CNI. Que nadie dijera que me aprovechaba de mi paso por la carretera de La Coruña. Bono me dijo un día que la idea de la Santa Sede había sido suya porque yo «dejaba de ser secretario de Estado en el Ministerio de Defensa y allí no hay ejército». Tiene razón, aunque se le pasó que el Vaticano tiene un servicio de Inteligencia muy eficaz, de hecho uno de los mejor informados del mundo. Lo que no hizo Moratinos fue nombrarme años más tarde embajador en Estados Unidos, como algunos piensan, porque ese nombramiento me llegó de otras manos.

Durante el tiempo que estuve en el Vaticano, primero, y en Estados Unidos, después, fue un placer tener como jefe directo a un hombre muy trabajador con quien me unía una gran amistad y confianza, aunque disintiera de él en la importancia y tiempo que dedicaba al Tercer Mundo y en particular a Oriente Medio, que es lo que mejor conocía, en detrimento del Primer Mundo (Europa y Estados Unidos), donde nos jugamos mucho más. Aun así,

seguí desde Washington muy de cerca sus esfuerzos en favor de los disidentes cubanos y de la normalización de relaciones entre la isla y Estados Unidos que el cardenal de La Habana, Jaime Ortega, me agradeció efusivamente en una visita que hizo a Washington, donde me pidió que lo invitara a comer discretamente en la embajada para hablar del tema.

Moratinos suplía con esfuerzo y entusiasmo el poco apoyo que recibía de un presidente desbordado por la crisis económica y al que la política exterior apenas interesaba. Es un lujo ser su amigo.

Trinidad Jiménez (2010-2011). Al igual que Ana Palacio, desempeñó la cartera de Exteriores durante muy poco tiempo, cuando Rodríguez Zapatero cesó por sorpresa a Moratinos, que había sido ministro seis años, apenas a un año de las elecciones que perdería frente a Mariano Rajoy. Había estado casada con un compañero diplomático y por eso conocía por dentro algo del ministerio. Como amigo suyo asistí a la presentación de su candidatura a la alcaldía de Madrid, en el Club Siglo XXI, cuando yo estaba al frente del CNI y el día siguiente me llamó a su despacho Federico Trillo, que era ministro de Defensa y de quien yo dependía orgánicamente como secretario de Estado, para reprenderme en tono amistoso y decirme que no debería haber asistido a un acto público de la oposición. Le contesté que yo no era del PP, que mi independencia era sagrada para mí y que si mi cargo me impedía estar con quien yo quería, le presentaba allí mismo mi dimisión. La cosa no pasó de ahí.

Trini era una ministra en la que Rodríguez Zapatero había puesto su confianza, pues antes le había dado la cartera de Sanidad. En mi modesta opinión, Exteriores le venía algo grande, pero ella intentó compensarlo con dedicación y entusiasmo. La traté poco porque entonces yo no estaba en Madrid sino que era embajador en Washington, pero recuerdo con agrado cómo se las tuvo tiasas con John Kerry, que era presidente del poderoso Comité de Asuntos Exteriores del Senado y, muy especialmente, con el senador Bob Menéndez, que daba voz a las demandas más absurdas y extremistas de la oposición cubana de Miami. Trini no se achantó y defendió con firmeza nuestra posición sobre Cuba, que además era la buena. O así me

lo parecía a mí. Me gustó porque he visto a demasiados políticos españoles que se arrugan cuando llegan a la capital del imperio, y Trini no lo hizo. ¡Chapó!

TODOS CON KUWAIT

Irak es un país con una historia larga y apasionante de la que todos somos deudores y que no se merece cuanto le está ocurriendo, aunque también haya puesto para ello bastante de su parte. Gracias a las fércas vegas regadas por los ríos Tigris y Éufrates allí se produjo la revolución neolítica antes que en otros lugares, unos diez mil años antes de Cristo, revolución que nos trajo la agricultura y el sedentarismo y que sin duda condujo a que los antiguos ubicaran allí el Paraíso terrenal. Por allí anduvieron los sumerios, que nos dejaron la escritura con sus tablillas cuneiformes; los babilonios, que dividieron el tiempo en fracciones en torno al número seis que hoy todavía usamos, y también los asirios de toros alados y poderosos ejércitos que proyectaban desde su capital en Nínive. El islam enraizó con fuerza en el país, que acogió el califato abasí con sede en la Bagdad de Harún al-Rachid y de las mil y una noches después de arrebatárselo a los omeyas de Damasco, marcando el principio de una vieja enemistad que no ha hecho más que crecer desde entonces, como tampoco fueron buenas sus relaciones con el Imperio persa, que ya les había dominado en la época de Ciro el Grande. Vencidos los persas por los árabes en la batalla de Al-Qadisiyya en el 637 e islamizado el país tras la desaparición del imperio sasánida, las disputas surgidas en torno a la sucesión del Profeta hicieron que los persas y buena parte de los iraquíes tomaran partido por su yerno Alí, que fue asesinado y enterrado en Najaf, mientras su hijo Hussein, nieto de Mahoma, era finalmente derrotado en Kerbala (ambas ciudades en territorio iraquí), marcando así para los siglos de los siglos el victimismo chiita que tan hondas raíces ha dejado en Irán y en todo el suroeste iraquí.

Luego aparecieron los mongoles, que destruyeron con saña Bagdad, y también los turcos, que se adueñaron del país durante 400 años hasta que, tras el Acuerdo Sykes-Picot, los ingleses decidieron unir en un solo país lo que en el Imperio otomano eran tres provincias diferentes —Bagdad, Erbil y Basora— que agrupaban respectivamente a sunitas, kurdos y chiitas, convertirlo en una monarquía que entregaron a la familia hachemí de La Meca, y luego segregarle Kuwait para que no tuviera todo el petróleo y controlarlo mejor. Así eran entonces las cosas y luego pasaba lo que pasaba, y lo que aquí sucedió fue que, en 1958, Faysal II y los demás miembros de la familia real (hasta un total de 19) fueron brutalmente asesinados en una revuelta dirigida por el coronel Kasem, en medio de las turbulencias nacionalistas que siguieron al fallido intento franco-británico de ocupar Port Said para impedir la nacionalización del canal de Suez por Nasser en 1956. Mi compañero Ramón Villanueva, que andaba por Irak en aquellos complicados momentos, me contaba un día con un escalofrío cómo gentes ebrias de sangre arrojaban trozos de los cuerpos de la realeza asesinada por las ventanillas de los coches de los diplomáticos que se atrevían a circular por el centro de la ciudad.

Kasem nacionalizó el petróleo en 1961 (como en 1952 había hecho Mosaddeq en Irán) y rechazó la independencia de Kuwait afirmando que era una mera provincia iraquí. Sadam Husein repetiría la idea en una carta abierta dirigida al presidente Bush el 17 de agosto de 1990 para tratar de justificar su invasión, escribiendo que «los kuwaitíes son iraquíes desde la noche de los tiempos». Esta actitud irredentista obligó a los británicos a desplegar a sus paracaidistas en 1961 para proteger al nuevo Estado que con tan malos auspicios veía la luz, mientras Kasem instauraba una dictadura contra la que luchó desde el principio el partido Baaz, creado por Michel Aflaq. Este partido era un original conglomerado de carácter nacionalista y panarabista con elementos socializantes y fascistoides en cuyas filas aparece por vez primera Sadam Husein, un hombre de carácter turbulento que participó en un atentado fallido contra la vida de Kasem y tuvo que huir del país. En 1963, el coronel Kasem fue al fin depuesto y ejecutado, y el Baaz se adueñó de la situación con Hasan al-Bakr como nuevo hombre fuerte, bajo cuya sombra Sadam comenzó a escalar puestos que le permitieron hacerse con el poder real y acabar desbancando a su mentor en 1979, curiosamente el mismo año que el

ayatolá Jomeini regresaba a Irán tras un corto Gobierno de transición presidido por Shapur Bajtiar, que había seguido al destronamiento del sha un año antes. Sus relaciones iban a ser muy turbulentas.

El «reinado» de Sadam Husein iba a ser todo menos pacífico. Sunita enemistado con los kurdos, desconfiando de los chiitas mayoritarios en su propio país, y pensando que el Irán revolucionario sería un enemigo fácil de abatir, denunció públicamente los acuerdos de Argel de 1975 que otorgaban ciertas cesiones territoriales a Irán a cambio de que este dejara en su apoyo a los secesionistas kurdos iraquíes, y se lanzó a una larga y cruenta guerra contra el régimen teocrático de los ayatolás que duró nada menos que ocho años y que dejó exhaustos a los dos países, desangrados y con enormes deudas externas, muy difíciles de gestionar. Más de un país debió de ver con satisfacción esta mutua anulación entre dos potencias con voluntad hegemónica en una región del mundo tan particularmente volátil. En esta guerra, Irak utilizó armas químicas, y este hecho, confirmado con las horribles evidencias de Halabiya, iba a ser determinante en años posteriores para dar credibilidad a las aseveraciones de que Sadam disponía de amplios arsenales de armas de destrucción masiva, sin que él tuviera especial interés en colaborar con los inspectores de la ONU para desmentir su existencia por razones de política interna. El problema de las dictaduras es que necesitan del miedo de sus súbditos —que no ciudadanos— para mantenerse en el poder.

Visité Irak en 1987, en plena guerra con la República Islámica de Irán. Bagdad estaba llena de sacos terreros delante de los edificios que se deseaba proteger, y recuerdo que me enseñaron el agujero, de tamaño considerable, dejado la noche anterior por un misil que cayó junto a un puente que cruza el Tigris y en torno al cual había una gran cantidad de gente que gesticulaba y elevaba el puño hacia el cielo en tono amenazador. Claro que nuestro embajador en Teherán en las mismas fechas, José María Sierra, dormía con la cama rodeada de sacos terreros, que también tapaban la ventana de su dormitorio, y había sufrido bombardeos en su oficina. Para que luego digan algunos que los diplomáticos solo van a recepciones. De hecho, todos los edificios importantes de Bagdad y de Teherán estaban protegidos por sacos

terreros y delante de los bancos había garitas con soldados haciendo guardia. También había algunos cañones, que no me parecieron de ninguna utilidad en aquella ubicación.

Irak es un país de gran belleza, de espectaculares monumentos y de gentes difíciles. Era embajador José Antonio de Yturriaga, por cierto casado con una iraní, y secretario de la embajada Fernando Villalonga. Con ambos aproveché un fin de semana islámico (jueves por la tarde y viernes) un poco alargado para conocer lugares tan maravillosos como los restos de Assur, patria de Abraham; Babilonia, con sus espectaculares frisos de extraños animales hechos con simples ladrillos cocidos y cuyas enormes puertas son reproducciones porque las originales se las llevaron los alemanes; la gran mezquita de Samarra, con su descomunal zigurat, que hace pensar en la torre de Babel; y los templos de Jatra, donde la armonía griega se descontrola en las magnitudes asiáticas. Allí, entre aquellas ruinas, están en definitiva buena parte de las raíces últimas de nuestra cultura. Con mi colega iraquí, Al-Ghailani, director general para Asuntos Europeos, que procedía de una de las estirpes distinguidas de la ciudad, pude visitar la mezquita que lleva su nombre y que está vinculada a su familia desde el siglo XIII, aunque ignoro si hoy sigue en pie. Espero que sí porque me mostró en su biblioteca libros maravillosos: todavía recuerdo con un ligero temblor el momento en que puso entre mis manos un tratado de astronomía del siglo VIII lleno de dibujos y gráficos con planetas y estrellas. Es el libro más antiguo que he tocado y es emocionante pensar que lo que hoy somos se lo debemos a gentes como el autor de aquel manuscrito, que avanzaban a tientas por los caminos de la ciencia enfrentando no pocos peligros por el camino.

Me gusta de las mezquitas que están concebidas como un lugar para orar, ciertamente, pero también para estar, para pasar el rato, charlar e incluso dormir, pues muchas ofrecen un modesto alojamiento y comida caliente a peregrinos o mendigos, a la vez que funcionan como una especie de ambulatorios sociales que dan atención y ayuda a los más desfavorecidos en países que carecen de seguridad social, lo que también las convierte en la base de poder e influencia de los islamistas. Allí va la gente a echar el día y no es infrecuente ver tertulias de mujeres en el patio mientras los niños juegan en derredor y los hombres hablan de negocios o de política.

Me advirtieron de que la mezquita de Academyya, la más importante de Bagdad, estaba «fuera de límites» porque, a diferencia de otras en el país, su visita estaba prohibida a los no musulmanes. Pero como yo no quería quedarme sin verla, pues me habían comentado elogiosamente su magnificencia, seguí la imprudente sugerencia de mi subdirector para Oriente Medio, Andrés Collado, de visitarla argumentando, si alguien nos preguntaba, que éramos musulmanes yugoslavos, pues se veía a la legua que no éramos indígenas al carecer ambos del bigote «tipo Sadam Husein» que es de ordenanza en Irak. Así que nos *disfrazamos* de yugoslavos por el simple procedimiento de quitarnos la corbata y allá nos fuimos, muy satisfechos porque nadie nos detuvo a la entrada ni nos preguntó nada mientras nos quitábamos los zapatos en su patio para acceder a su interior, silenciosos y ya descalzos como se debe. De hecho, nadie nos hacía el menor caso y eso nos permitió verla a placer y nos confirmó que la visita bien valía la pena... hasta que empezamos a oír a lo lejos una algarabía difusa que, a medida que se aproximaba —y lo hacía muy deprisa—, se transformaba en un griterío desaforado, cuyo significado se nos escapaba pero que ponía los pelos de punta. Intentamos salir pero estábamos todavía en el interior, junto a la puerta de entrada, cuando llegó una multitud enfebrecida que portaba en volandas y enrollados en lo que parecían alfombras cuatro cadáveres de personas que acababan de fallecer víctimas de un misil iraní. No entraron, sino que se pusieron a dar vueltas alrededor de la mezquita. Aquella multitud estaba fuera de sí, los hombres gritaban como energúmenos con el puño en alto mientras las mujeres, de negro riguroso y con el cabello cubierto por el chador, se arañaban la cara, y más que llorar aullaban su dolor con chillidos agudos y desgarradores. Salimos prudentemente del interior del templo solo para vernos aplastados contra su muro externo, mientras la multitud continuaba dando vueltas una y otra vez en derredor, sin darnos posibilidad de hendir aquella masa compacta para atravesarla y salir al mundo exterior. Confieso que pasé miedo, porque tengo la suficiente imaginación como para calcular lo que podría habernos pasado si aquella masa histérica y descontrolada hubiera llegado a darse cuenta de que dos cristianos, dos infieles, se habían metido en su *sancta sanctorum* en aquel momento de excitación colectiva. Picadillo rápido, si teníamos suerte. Menos mal que somos tipos mediterráneos, ninguno

de los dos somos rubios y sonrosados, y en ningún momento llamamos la atención de aquellas gentes «piadosas». No me avergüenza reconocer que respiré aliviado cuando al final pude salir de allí. Pero tardamos un buen rato que no deseo a nadie.

Digo que Irak es un país fascinante y lleno de historia, pero sus gentes, con alguna excepción como la del antes citado Al-Ghailani, me parecieron poco atractivas. Gente adusta y muy poco abierta, aunque hay que admitir que el régimen policial bajo el cual vivían tampoco daba para tirar cohetes. Puede que sea una impresión superficial, pero es como lo siento y lo he confirmado en otros viajes, de manera que así como me parecen simpáticos los egipcios, jordanos, marroquíes u omaníes, pongo por caso, no me lo parecen, en cambio, los argelinos, los sirios o los saudíes. Y tampoco los iraquíes. ¡Qué le vamos a hacer! Un ejemplo: un día viajé en avión desde Damasco a Bagdad vía Amán porque no había comunicaciones aéreas entre Siria e Irak, dos países que se llevaban fatal por desencuentros entre las dos ramas gobernantes del partido Baaz, y cuando iba a embarcar en el aeropuerto de Damasco, mi colega sirio, un general que luego fue embajador en Alemania y que había tenido la amabilidad de ir a despedirme, me dijo que yo iba a volar junto con una delegación iraquí que regresaba a Bagdad tras mantener unas reuniones en Siria que habían ido bastante bien y que suponía que contribuirían a una mejora de las difíciles relaciones entre ambos países. Y efectivamente, al cabo de un rato entró en la sala de autoridades del aeropuerto, donde yo estaba, un grupo de media docena de personas vestidas con uniforme verde oliva y todos con el mismo bigote que Sadam Husein hizo luego famoso en el mundo entero. Lo juro, todos. Y no es que fuera parecido, no, era idéntico, y todos igualitos, lo que nos permitió alguna broma a mi colega sirio y a mí sobre los bigotes iraquíes. Mi avión despegó de Damasco —«el corazón del mundo árabe»— y tuvo que hacer una escala de varias horas en Amán a la espera de la conexión aérea, pues no había vuelos directos entre Damasco y Bagdad, tiempo que yo aproveché para visitar a nuestro embajador en Jordania. Luego regresé al aeropuerto para continuar viaje hacia Bagdad en compañía de la misma delegación oficial iraquí. Pues bien, una vez en la capital de Irak, me llevaron a cenar a un restaurante con no menos de una

docena de funcionarios del Ministerio de Asuntos Exteriores, todos de riguroso uniforme, todos de riguroso bigote y todos con pistola al cinto. Me pareció que lo del arma debía de ser bastante incómodo para ir a la oficina o para salir a cenar y lo comenté, pero me explicaron que la portaban todo el rato porque estaban en guerra con Irán, y me lo decían como si fueran a desenfundar y a saltar al frente de combate entre el segundo plato y el postre. El ambiente en el restaurante era frío, allí nadie parecía querer iniciar la conversación, y yo, para romper el hielo, pregunté con toda *inocencia* cómo iban las cosas con Siria. Silencio total, como si no me hubieran oído, nadie comentó nada, de modo que solo se oía el ruido de las cucharas y el sorber sonoramente la sopa de los menos finos, que también los había. Entonces comenté, ya con mala uva, que había hecho todo el viaje desde Damasco con una delegación iraquí y que los propios sirios me habían hablado positivamente del asunto. Más ruido de cucharas y más sorbos de sopa hasta que el viceministro que me ofrecía la cena me preguntó muy amablemente si me gustaba aquel caldo, que al parecer era típico de su región natal. Aquella cena me causó una penosa impresión, pues parecían todos asustados y recelosos los unos de los otros, y yo salí de ella convencido de que eran gentes con miedo. Con mucho miedo.

Al día siguiente, ya en las conversaciones formales de delegaciones, les reproché con vehemencia el uso de armas químicas, del que teníamos pruebas fehacientes en España, pues algunos iraníes heridos habían sido tratados de terribles quemaduras en el hospital Gómez Ulla de Madrid, y porque uno de los principales expertos de la ONU en este ámbito era un militar español y nos había dado detalles estremecedores al respecto. Negaron con énfasis la evidencia sin que se les moviera un solo pelo de aquellos bigotes idénticos. De hecho, la ciudad estaba cuajada de enormes retratos de varios pisos de altura de Sadam Husein en las actitudes y vestimentas más dispares que imaginarse pueda: de paisano con sombrero, empuñando una escopeta y arengando a la multitud que le aplaude; vestido de héroe medieval vencedor de los persas en la batalla de Al-Qadisiyya, sable en ristre a lomos de un soberbio alazán blanco y encabritado; como Nabucodonosor, el monarca babilonio que conquistó Siria y Palestina; como piloto de avión supersónico con casco y gafas incluidos; como obrero de la industria petrolífera con fondo

de pozos humeantes... hasta vestido de solícito pastor de un numeroso rebaño de ovejas blancas que, lo juro, parecían llevar todas el mismo bigote que Sadam.

Al final de la guerra con Irán, la deuda iraquí ascendía a casi 100.000 millones de dólares, y a Sadam se le ocurrió la infeliz idea —¿se la sugeriría alguien?— de que los ricos países del Golfo debían ayudarle a sufragarla, pues, en definitiva, él había actuado como escudo protector del mundo árabe-sunita frente a la amenaza persa-chiita. Pero no logró que las ricas monarquías petrolíferas se dieran por aludidas. El príncipe Hasán, hermano del rey Husein de Jordania, me dijo en mayo de 1990, varios meses antes de la descabellada iniciativa de Sadam Husein, que Israel aprovecharía la desaparición de la URSS para crear un nuevo espantajo y convertir en un nuevo enemigo a Irak, país en el que veía una amenaza potencial a sus intereses. Lo dejó ahí. La política de precios bajos de la Organización de Países Exportadores de Petróleo (OPEP), que el 21 de julio de 1990 fijó el precio del barril en veintiún dólares, iba en contra de los intereses iraquíes. Además, la exigencia de Sadam de subir los precios como mecanismo de ayuda para sufragar deudas entraba en contradicción con la inoportuna, y quizás provocativa, puesta en funcionamiento de los pozos de Rumailah por parte de Kuwait, que el dictador iraquí percibió como una afrenta personal, pues se hallan en una zona particularmente disputada y sobre la que había habido ya antes varios conflictos diplomáticos entre ambos países. Sin contar con que el aumento de la producción contribuía a bajar los precios y eso le costaba a Irak una pérdida estimada de unos 7.000 millones de dólares que necesitaba desesperadamente para hacer frente a sus numerosos problemas.

A partir de aquí todo se complicó, y Sadam añadió una exigencia tras otra: que Kuwait detuviera la explotación de petróleo en Rumailah y que respetara los cupos de producción fijados por la OPEP; que le pagara una compensación económica por la guerra con Irán; que le condonara la deuda bilateral de 8.000 millones de dólares; y, mezclando churras con merinas en beneficio propio, que de paso le alquilara las islas de Bubiyan y Warbah, que necesitaba para garantizar su salida al mar, gravemente comprometida tras los repetidos bombardeos iraníes sobre el puerto de Basora, donde se habían hundido barcos que hacían difícil su adecuada utilización. Todo un catálogo de

exigencias que los kuwaitíes rechazaron desdeñosamente, y estos ricos emiratos del Golfo saben ser muy desdeñosos cuando se lo proponen. Este fracaso llevó a Sadam a acumular hasta 100.000 soldados en su frontera como «elemento de presión diplomática», mientras aseguraba al mundo que no tenía la menor intención de invadir Kuwait y mantenía una ambigua entrevista con la embajadora de Estados Unidos en Bagdad, April Glaspie, donde esta al parecer le dijo: «Estados Unidos no tiene una opinión sobre los conflictos entre Estados árabes, como su disputa fronteriza con Kuwait», una afirmación en la que algunos han querido ver un maquiavélico designio de empujarle a cometer otro de los errores que tan frecuentes fueron en su vida política y que acabaron llevándole a la horca. Aunque también pudo ser una equivocación de la embajadora, que no se enteró de lo que estaba pasando delante de sus mismas narices.

En definitiva, pues, el final de la guerra entre Irak e Irán desembocó en un conflicto entre Bagdad y Kuwait, que Sadam Husein basaba en al menos cuatro razones:

- Históricas, pues Irak nunca había reconocido la independencia del Emirato, que consideraba una creación artificial producto del colonialismo británico. Siempre había existido un irredentismo iraquí sobre Kuwait, muy similar al que existe por parte de Siria con respecto de Líbano, un territorio que le fue desgajado por los colonizadores franceses con objeto de dar una patria a los cristianos maronitas.
- Económicas: disputas sobre la explotación de los yacimientos petrolíferos de la zona de Rumailah, unidas a una diferente concepción de lo que debía ser la política de precios del crudo y al problema del dinero que Kuwait había prestado durante la guerra, que ahora reclamaba y que Bagdad se resistía a pagar con el argumento de que lo había gastado en defensa de los hermanos árabes sunitas frente al enemigo común.
- Estratégicas, pues la guerra con Irán había inutilizado la salida al mar de Shatt al-Arab, e Irak necesitaba un puerto amplio, profundo y protegido. De ahí su ambición por apoderarse de la isla de Bubián sin esperar a que un acuerdo con Teherán hiciera posible la limpieza de las minas y el drenado de Shatt al-Arab.

- Políticas, porque Sadam Husein aspiraba a la hegemonía regional, para lo que disponía de un poderoso ejército, de ambición, y de una filosofía política adecuada: el baathismo aglutinador de un nacionalismo panarabista que se había visto frustrado en su mismo origen por los pactos coloniales entre Sykes y Picot en 1916, que habían construido en el Medio Oriente un equilibrio westfaliano ajeno a la región. Desaparecido Nasser y neutralizado Irán, la ambición de Sadam Husein era convertirse en el nuevo líder indiscutible del mundo árabe, heredero de las glorias abasíes.

El caso es que, el 2 de agosto de 1990, las divisiones iraquíes Hammurabi, Alá y Medina atravesaron la línea fronteriza y ocuparon el rico emirato en cuestión de horas, con la incertidumbre de si se pararían o continuarían adelante para incautarse también de los pozos de Arabia Saudí. Si lo hacían, Irak, que con la ocupación de Kuwait ya controlaba el 20 por ciento, pasaría a controlar el 75 por ciento del mercado de crudo, cosa que nadie en su sano juicio hubiera aceptado nunca.

Yo era director general de Política Exterior para África y Oriente Medio cuando Sadam Husein decidió invadir y anexionar Kuwait en una operación no muy diferente de la más reciente anexión de Crimea por parte de Rusia... aunque la reacción internacional no haya sido ni de lejos la misma, porque ni Rusia es Irak ni Crimea nada en petróleo.

La invasión cogió al mundo por sorpresa y la ocupación militar se hizo muy deprisa, pues apenas hubo resistencia y algunos tiros en Kuwait City. La diferencia de fuerzas era abrumadora, en apenas dos días habían terminado las operaciones militares, y el cuarto día Bagdad decretó la anexión del emirato, pasando Kuwait a convertirse en una provincia más de Irak. El mundo entero se rebeló ante tamaña violación del derecho internacional y ante el matonismo barriobajero del régimen iraquí, que había convertido en rehenes a todos los extranjeros en Irak y en Kuwait en un vano intento de enfrentar a sus gobiernos con sus opiniones públicas. Por eso la condena de la anexión fue tan unánime y rápida. La resolución 661 del Consejo de Seguridad exigió la inmediata retirada de Irak, la restauración del Gobierno legítimo de Kuwait, la liberación de todos los rehenes, y estableció un embargo comercial, global y

obligatorio sobre Irak. Más adelante, la resolución 665 elevó el embargo a bloqueo, y la 678 permitió el uso de «todos los medios necesarios» para lograr la retirada de Irak de Kuwait. España condenó la agresión por un comunicado del Gobierno del día 2 de agosto, unas horas después de la invasión, mientras que también los Doce acordaban en Roma el día 4, reunión a la que yo asistí, la congelación de activos iraquíes y kuwaitíes en el exterior (estos últimos para que no los robaran), el embargo de la importación de petróleo iraquí, el de la venta de armas, y el fin de toda cooperación en el ámbito militar, cultural y científico, así como la supresión del régimen comercial preferencial a Irak.

A España, que importaba el 32 por ciento de su petróleo de la región del Golfo, la situación creada no le era en absoluto indiferente, pues aparte de importantes cuestiones de principio, el precio del barril subió en pocos días a veintiocho dólares y llegó a los cuarenta dólares en septiembre, casi el doble de lo que costaba antes de la crisis. Un auténtico palo para una economía tan dependiente de las importaciones de energía. Además, nuestra pertenencia a la ONU y a la Comunidad Europea nos exigía incorporar a nuestra legislación y aplicar las sanciones decididas en esos foros. Para ello se convocó en la Moncloa el Comité de Crisis en el que yo participaba junto con representantes de todos los demás ministerios afectados y del Tesoro. Eran reuniones muy útiles pues el embargo de importaciones de petróleo iraquí nos obligó a tener que desviar barcos que se encontraban en ruta hacia Irak para cargar combustible, y la congelación de activos iraquíes y kuwaitíes nos exigía someter cualquier transferencia al exterior a autorización previa del Ministerio de Economía y Hacienda.

También debíamos suspender toda la cooperación que tuviéramos con Irak, cualquiera que fuera la instancia (estatal, autonómica o privada) de la que dependiera. Allí, en aquellas reuniones del Comité de Crisis se coordinaba y decidía lo que cada ministerio debía hacer. Nos reuníamos en una sala subterránea llena de mapas, relojes con la hora en diversas partes del mundo, teléfonos y faxes. Como en las películas. No era la primera vez que iba, y reconozco que en esta ocasión cambié de opinión sobre él, ya que, hasta entonces, en mi experiencia, lo único que hacían los de Crisis de la Moncloa —como les llamábamos— era duplicar nuestro trabajo, pues cada vez que

pasaba algo había que ir a contárselo sin que por su parte nos aportaran ninguna ayuda para resolver el problema. El que en la sala donde nos reuníamos no hubiera ventanas no me impedía pensar que estábamos a principios del mes de agosto y yo estaba encerrado entre cuatro paredes y un teléfono, mientras veía a George H. W. Bush jugando al golf en su residencia de verano de Kennebunkport (Maine), a pesar de que tenía responsabilidades mucho más importantes que las mías. Así es la vida.

Tras el ataque y anexión de Kuwait, los saudíes se asustaron, pues temían que los iraquíes, ya puestos, continuaran hacia su territorio, y el rey Fahd pidió entonces a Washington que no les dejaran solos. Fue la Operación Escudo del Desierto (*Desert Shield*) bajo el mando del general Norman Schwarzkopf. Al amparo del párrafo 3 de la resolución 678 del Consejo de Seguridad de la ONU, España autorizó el paso a muchos aviones americanos camino de Arabia Saudí donde arreciaron las críticas al despliegue de «soldados judíos» (y también de mujeres) en el suelo sagrado que alberga dos de las tres ciudades más santas del islam: La Meca y Medina, pues la tercera es Jerusalén. Fue entonces, con ese escándalo, cuando comenzó la radicalización de Osama bin Laden, que tan graves consecuencias acabaría teniendo.

A los pocos días, el 9 de agosto, acompañé al ministro Fernández Ordóñez a Bruselas para asistir a una reunión del Consejo Atlántico de la OTAN y a una entrevista con el secretario de Estado norteamericano, Jim Baker. En ese encuentro, Fernández Ordóñez le expresó su preocupación por la suerte de los rehenes extranjeros en Irak y Kuwait y le insistió en la necesidad de involucrar a los árabes en lo que se hiciera contra Irak para evitar la imagen de que nos embarcábamos en una «cruzada occidental», pues el mal recuerdo de las Cruzadas sigue muy vivo en la mente musulmana pese a los siglos transcurridos, como ha mostrado la posterior jerga propagandística del Estado Islámico. También le recordó la ayuda que les dábamos al permitirles el uso de la base naval de Rota y de las aéreas de Torrejón y de Morón, pues al final de la crisis, el 80 por ciento de los aviones americanos desplegados hacia el Golfo habían pasado por nuestras bases. Son cosas que conviene recordarles a los americanos. Baker estaba muy agradecido. El día 12 fui a París acompañando a los ministros de Exteriores (Fernández

Ordóñez) y Defensa (Narcís Serra) para participar en una reunión de la Unión Europea Occidental (UEO) en la que se acordó que España enviaría la fragata *Numancia* y las corbetas *Infanta Cristina* y *Diana* al Golfo para imponer el embargo de las Naciones Unidas y siempre dentro del marco onusiano (resoluciones 661 y 665 del Consejo de Seguridad), una decisión contestada por una parte provinciana y paleta de nuestra opinión pública que o creía (y se equivocaba) que todo el mundo es bueno, o ignoraba y no tenía conciencia de que para que el mundo funcione en beneficio de todos hacen falta reglas y que hacerlas cumplir es una responsabilidad compartida de la que nadie debe sustraerse. Una de dos, o buenismo ingenuo o frescura. Tantos años de aislamiento habían producido esta mentalidad que ya era hora de sacudirnos de encima. Recuerdo ver por televisión entonces en el puerto de Cartagena a marinos que partían hacia el Golfo abrazándose con familiares que les despedían entre lágrimas, y me dio vergüenza porque vi en ellos la imagen de un país al que años de aislamiento internacional habían reducido a un medroso provincianismo. No solo aquellos marinos no iban «a la guerra», sino que su misión de vigilancia se iba a situar a mil kilómetros del conflicto, como mínimo. Una muchacha llevaba un enorme bolso con la leyenda «no a la guerra» escrita con letras grandes que exhibía frente a las cámaras. Le hubiera recomendado que se buscara un novio que no fuera militar porque la misión de los militares es precisamente la de actuar cuando hay una guerra. Por mucho que nadie las desee. En último caso, hubiera entendido que la leyenda dijera «no a *esta* guerra». Y en mi mente comparaba esta actitud con la de las muchachas que se quitaban las blusas en el puerto de Liverpool para despedir con cánticos y a pecho descubierto a los marinos británicos que, esos sí, iban a combatir en la última guerra colonial, la de las Malvinas. Afortunadamente eso ha cambiado hoy y son muchas las misiones de paz auspiciadas por la ONU en las que nuestros militares participan con brillantez y sin histerias innecesarias.

También ofrecimos a la operación onusiana aviones Hércules C-130, y facilidades sanitarias y logísticas en nuestro territorio. Mi obsesión entonces era que todo lo que hiciéramos tuviera un claro respaldo de las Naciones Unidas, algo que no existió cuando se produjo la invasión de Irak de 2003.

Mientras tanto se acababa el plazo dado por Bagdad para cerrar las embajadas en Kuwait, cosa que no queríamos hacer porque sería un paso hacia el reconocimiento de la anexión, y porque había allí un grupo de españoles a los que continuar protegiendo. La crisis había pillado de vacaciones a nuestro embajador, Jaime Arbolí, que no pudo ya regresar a su puesto, y había quedado al frente de la embajada un joven y brillante diplomático, Juan José Buitrago, que había sido padre tan solo cinco días antes y que hizo un estupendo trabajo. Irak decidió entonces trasladar a Bagdad a todos los rehenes retenidos en Kuwait, calificados por Sadam con cierto humor negro de «invitados del pueblo iraquí», y amenazaba con colocarlos como escudos humanos en puentes, aeropuertos y otras estructuras vitales. El embajador en Irak era mi cuñado, Juan López de Chicheri, que acogió a once españoles en su propia casa. Una mañana le oí contestar en una radio a un periodista que se puso muy pesado preguntándole qué haría si los iraquíes le encadenaban al techo de la torre de la televisión mientras los americanos bombardeaban la ciudad y además no le daban agua y no sé qué otras memeces, y Juan, siempre flemático e irónico, repuso simplemente: «Rezaría».

Ante la invasión de Kuwait, los países árabes estaban divididos, como mostró la reunión que la Liga Árabe celebró en El Cairo el día 10 de agosto. En realidad estaban desorientados, porque Sadam, con mucha habilidad, hizo un llamamiento a la «guerra santa» para utilizar en beneficio propio el drama palestino, y no le salió mal, porque la idea caló en las masas árabes y las distanció de sus dirigentes. Entonces Fernández Ordóñez me envió a hacer una gira por las cinco capitales del Magreb para explicar nuestra postura, captar el ambiente y preparar otra visita suya unos días más tarde. Es interesante que en el informe que entonces presenté al ministro me refiero a un aumento del islamismo radical y al peligro de atentados terroristas «como consecuencia de la sublimación de las frustraciones». Lo mismo me dijo unos meses más tarde el comandante Jalloud, compañero de Gadafi en su golpe de Estado contra el rey Idris y uno de los hombres fuertes de Libia, durante una discreta cena que tuvimos en Madrid.

La gira magrebí del ministro se hizo los días 2 y 3 de septiembre, con la tensión subiendo cada día más. Fernández Ordóñez quería convencer a nuestros vecinos árabes de que no estaban ante una ofensiva occidental, ni

menos aún ante una «cruzada cristiana» contra un «hermano árabe», pues abundaban las críticas por el doble rasero que permitía a Israel desoír las resoluciones de Naciones Unidas mientras se amenazaba con todas las sanciones imaginables a Irak por no cumplir una sola de ellas y no retirarse de Kuwait. La tensión era muy alta. Es lo que nos dijo en Túnez Klibi, secretario general de la Liga Árabe, que nos advirtió de una profunda división en la familia árabe, añadiendo que un ataque contra Irak «haría retroceder veinte años al mundo árabe y provocaría un foso de incomprensión con Occidente». Luego volamos a Alejandría, cuya decadente «Corniche» me hacía pensar en Justine, Balthazar, Mountolive y Clea, los personajes del famoso *El cuarteto de Alejandría* de Durrell. Allí, en el hotel Palestine, construido en la que había sido una de las residencias del rey Faruk, el ministro presidió una reunión con todos nuestros embajadores en Oriente Medio (salvo Irak y Kuwait, que por razones obvias no pudieron asistir) para analizar la situación creada por la anexión de Sadam, y luego fue recibido por el presidente Hosni Mubarak en la terraza de un palacio situado en el extremo oriental de la bahía de Alejandría. Era un día bonito; y las vistas, maravillosas. Mubarak, al que vi en otras ocasiones, siempre me pareció un generalote algo tosco pero listo cuando y con quien quería; rápido en sus respuestas y alguien, en definitiva, que nunca decepcionaba. Aquel día estuvo particularmente cordial con nosotros y hecho una furia contra Sadam Husein. Creía que este «no se retirará de Kuwait y solo caben dos soluciones: el embargo o un golpe de Estado. Trabajamos en ello (*we're working on it!*)». Todo esto entre cafés muy cargados y con la bahía de Alejandría como fondo. Entrecerraba los ojos, deslumbrado por el fulgor mediterráneo bajo el inclemente sol de aquellas latitudes y la mente se me iba de nuevo hacia Durrell...

Luego pasamos por Argelia, donde encontramos al ministro de Exteriores, Ghozali, muy frío, muy contrario a cualquier tipo de intervención internacional para devolver a Kuwait su soberanía y sin ocultar sus simpatías por Sadam. Finalmente, ya en Túnez, vimos a Yasir Arafat, sobre cuyo liderazgo Mubarak acababa de expresarnos desconfianza. Recuerdo a Arafat vestido con un uniforme verde que parecía recién planchado y recuerdo también que me regaló una pequeña Biblia con cubiertas de nácar. Fue un encuentro fascinante, una brillante y agresiva esgrima entre él y Fernández

Ordóñez sin que faltara nunca la cordialidad, a pesar de las posiciones divergentes, pues Arafat se agarraba puerilmente a la oferta, descarada, tardía e interesada, de Sadam Husein de vincular su retirada de Kuwait a la de Israel de los Territorios Ocupados en la guerra de 1967, lo que los americanos llamaban *linkage* (ligazón) y que nadie podía aceptar por colocar en un mismo plano dos situaciones jurídicamente muy diferentes. Fernández Ordóñez le dijo que Sadam los engañaba, pues solo se había acordado de los palestinos cuando le había convenido, doce días después de la invasión, que los estaba utilizando descaradamente y que los palestinos no podían arriesgarse a ponerse del lado perdedor porque, si había algo que estaba cantado, era que Sadam iba a perder este envite. «Está usted apostando por el caballo perdedor y eso en política se paga. Lo pagará usted y se lo hará pagar a su pueblo.» Y Arafat, igualmente apasionado, le contestaba que su pueblo ya había elegido, y él no podía ir contra su decisión soberana. «Se equivoca usted —le respondió Fernández Ordóñez—, la responsabilidad de un líder no es ir detrás de su pueblo sino delante, dirigiéndolo», una frase que me suena a ingenua hoy, cuando uno ve que los gobernantes dirigen a golpe de encuesta. Fue una discusión muy bonita, mientras los guardias palestinos no paraban de entrar con bandejas llenas de vasos de té hirviendo y pasteles que se entrechocaban con las metralletas que les colgaban del cuello. Pero no me derramaron encima ningún vaso, como yo temía.

Mientras, la tensión seguía aumentando. El día 9 de septiembre, Bagdad decretó el cierre de todas las embajadas extranjeras en Kuwait, conminándonos a que cerráramos la nuestra, pues según ellos ya no estaba en un país independiente. Naturalmente nos negamos, no hicimos caso y entonces, unos días más tarde, el 17, las tropas iraquíes rodearon nuestra embajada en el Emirato al mismo tiempo que yo invitaba a cenar en Madrid a Al-Ahmar, vicesecretario general del partido Baaz sirio, que me reprochó lo que habíamos tardado los europeos en darnos cuenta de «la verdadera naturaleza de Sadam Husein». ¡Qué gente más cínica! El día 18, soldados iraquíes dieron un paso más y entraron en la embajada de Francia en Kuwait, una clamorosa violación de los Convenios de La Haya que rigen las relaciones diplomáticas entre los Estados. Los Doce habíamos decidido expulsar de Europa a los agregados militares de Irak (la medida no nos afectaba porque en España no lo

había), pero Sadam replicó entonces expulsando a los nuestros y a sus adjuntos, a todos los europeos, y como nosotros teníamos agregado militar en Bagdad, nos vimos forzados a expulsar por reciprocidad a un par de diplomáticos de Madrid, precisamente cuando más falta hacían interlocutores porque las cosas empeoraban día a día. Por eso nunca he sido partidario de expulsar a diplomáticos cuando hay una crisis. Pero decidimos retrasar la medida una semana para dar tiempo a Juanjo Buitrago a llegar desde Kuwait a Bagdad y al embajador Juan López de Chicheri para recoger una valija diplomática llena de comida que le enviamos desde Amán, pues en Bagdad escaseaba y él había llenado la casa de refugiados españoles para que estuvieran más protegidos, a pesar de que no siempre fueron huéspedes fáciles por el estado de nervios que algunos tenían.

En plena crisis acompañé a un joven príncipe de Asturias en un viaje por Marruecos donde le recibió el rey Hasán en el palacio de Sjjrat, y naturalmente en la audiencia real se habló de Irak. El rey aprovechó para soltarnos, aunque atribuyéndola «a otros», la teoría de que estábamos ante un «complot anglosajón» que primero había noqueado a Irán y ahora había puesto a Sadam la «trampa del corderillo de Kuwait» para acabar también con Irak. Según Hasán, Sadam era «un hombre tranquilo que ahora ha perdido el juicio» y negó toda posibilidad de un compromiso o solución intermedia. «Solo cabe la retirada de Irak y el respeto de la legalidad internacional, pero Sadam Husein no ofrece ningún motivo para el optimismo.» Él, Hasán, había tratado de mediar, pero nos dijo que no había encontrado ningún margen de maniobra y luego añadió que, en su opinión, mucha parte de la culpa de lo ocurrido recaía sobre la familia gobernante de Kuwait, que «son comerciantes avaros». Me dio la impresión de que Hasán trataba de contraponer una monarquía seria, como la suya, con la mascarada de las monarquías del Golfo. La guinda fue su comentario de que el activismo francés en la crisis se debía al deseo de París de recuperar influencia en una zona donde la había perdido en beneficio de los británicos, primero, y de los americanos, después. Hasán estuvo en esa entrevista mostrando su mejor imagen de gobernante muy inteligente, que es lo que también era. En cambio, el ministro mauritano Ould Sidi, al que vi pocos días después en Nuakchot (y que tenía buenas relaciones con Bagdad, pues Irak le suministraba armas para su conflicto con Senegal), me dijo que el

problema era que Sadam pensaba que le iban a atacar hiciera lo que hiciera, incluso si se retiraba de Kuwait, y que había que darle garantías. Le contesté que se equivocaba completamente y que las garantías no le hacían ninguna falta porque, si se retiraba, nuestras propias opiniones públicas harían imposible un ataque. Pero eso es algo que a un dictador le cuesta comprender.

El reloj seguía corriendo y, el 29 de septiembre, el Consejo de Seguridad adoptó la resolución 678, que aprobaba el uso de la fuerza para obligar a Irak a retirarse de Kuwait y le daba de plazo para hacerlo hasta el 15 de enero. Todo legal, pues según el derecho internacional es precisamente el Consejo de Seguridad el que tiene el monopolio del uso de la fuerza al amparo del Capítulo VII de la Carta de la Organización. Nadie más. La cuenta atrás comenzaba y en Israel, objeto de explícitas amenazas iraquíes para movilizar a la opinión árabe, se empezaron a distribuir máscaras de gas a la población. Israel se sentía amenazado y con ganas de responder, pero todos le decíamos que no reaccionaran militarmente porque entonces echarían al mundo árabe en brazos de Sadam Husein. E Israel aguantó los cohetes iraquíes con estoicismo y sin moverse.

A todo esto, habíamos logrado sacar a 148 rehenes españoles de Bagdad, pero había 15 que se habían enquistado y la diplomacia se veía impotente para repatriarlos. Juan, mi cuñado, metió en la embajada a siete de ellos. Fue entonces cuando una misión no gubernamental de Cristina Almeida y Gustavo Villapalos fue a Bagdad, hablaron con unos y con otros, se dejaron hacer fotos para uso del régimen y lograron traérselos a todos a España. Lo mismo hicieron otras misiones dirigidas por Kurt Waldheim, Edward Heath, Willy Brandt y Jesse Jackson. Un éxito que no sentó bien en la Moncloa pero que a mí personalmente me pareció estupendo (aunque no lo dijera en voz alta) porque les ponía a salvo, eliminaba un problema serio que hacía posible el chantaje permanente de Sadam, y además nos permitía reducir el personal de la embajada al mínimo imprescindible. Los rehenes de otros países que aún seguían en Irak no serían liberados hasta el 6 de diciembre por decisión expresa de Sadam Husein.

El día 25 de diciembre acompañé a Fernández Ordóñez a la sede madrileña de la ONCE, en la calle del Prado, a ver una *preview* de la entrevista que Luis Mariñas le había hecho a Sadam Husein y que Telecinco

tenía previsto emitir al día siguiente. La cadena tenía dudas y buscaba algún tipo de respaldo del ministro para su emisión, y no les faltaban razones porque la entrevista me pareció un prodigio de tergiversación por parte del líder iraquí, que redujo el problema a una disputa con Estados Unidos e Israel y que se pasó el rato hablando de Palestina y no de Kuwait. Dijo que, si era atacado, respondería bombardeando Israel, con independencia de lo que este país hiciera. Fernández Ordóñez era un zorro demasiado viejo como para involucrarse de ninguna manera en aquella operación, y se limitó a aconsejar algún tipo de presentación que pusiera la entrevista en su contexto con objeto de evitar engañar a incautos y de que Sadam proyectara la imagen heroica que pretendía.

El 4 de enero viajé a Luxemburgo a una ministerial de la Cooperación Política Europea con Fernández Ordóñez, que todavía creía posible encontrar una salida no bélica al problema. Yo era más pesimista porque pensaba que con cada día que pasaba el problema era menos la anexión de Kuwait —que también— y más el deseo de bajar los humos y poner en su sitio al régimen iraquí, arrogante, armado hasta los dientes y aglutinador de un nacionalismo panarabista que se quería convertir en la potencia regional hegemónica. Y que además amenazaba con bombardear Israel. En la reunión se decidió que la troika comunitaria vería a Tarek Aziz (ministro iraquí de Exteriores) en Luxemburgo el domingo, solo después de que este se encontrase con Baker en Ginebra. Allí quedó patente la posición británica, secundada por los holandeses, de no permitir otra postura a Europa que la de actuar en estricta sumisión ante Washington en esta crisis, algo que iba a irritar mucho a los franceses y a tener consecuencias negativas. De hecho, unos días más tarde, Roland Dumas se quejó amargamente ante Fernández Ordóñez por la incapacidad europea para desarrollar «una política independiente» de Washington y abogó «por hacer algo a tres, entre Francia, Alemania y España».

El día 7 de enero volé con Fernández Ordóñez a Londres para una entrevista con Jim Baker, secretario de Estado de Estados Unidos. En la reunión éramos solo cuatro personas: Baker y su director para Oriente Medio, Edward Djerejian, Fernández Ordóñez y yo mismo. Fernández Ordóñez le pidió que usara su encuentro con Tarek Aziz, previsto para dos días más tarde,

para darle garantías de que no habría ataque si se retiraba de Kuwait, algo para lo que ya les quedaba muy poco tiempo, pues la resolución 678 del Consejo de Seguridad le daba a Sadam un plazo para hacerlo, que terminaba apenas ocho días más tarde, el 15 de enero. Baker estuvo a la vez muy cordial con nosotros y muy duro en el fondo y nos dijo que efectivamente pretendía aclararle a Aziz que Irak sería sin ninguna duda atacado si no se retiraba rápidamente, y que para convencerle le iba a mostrar «información militar muy sensible» sobre los objetivos que Estados Unidos se aprestaba a destruir. Dicho esto, nos mostró una pila de fotografías de satélite, algunas muy nítidas, en blanco y negro, sobre el despliegue iraquí en Kuwait, rampas de lanzamiento de misiles y otros objetivos militares, añadiendo que iban muy en serio («*we're meaning business*»). Confieso que algunas fotos eran muy claras y que en otras muchas me creí lo que el secretario de Estado decía sobre baterías antiaéreas, rampas, cohetes y otras cosas que allí no se distinguían, a menos, supongo, que fuera uno un experto en interpretar ese tipo de fotografías. Años más tarde acabé familiarizándome algo con esa técnica cuando dirigía el CNI y mi gente me mostraba las imágenes que obtenían nuestros propios satélites y que precisamente volvían a tener que ver con Irak.

Baker terminó agradeciendo mucho el envío de barcos españoles al Golfo, así como nuestro apoyo al despliegue militar norteamericano hacia el Medio Oriente. También le pidió a Fernández Ordóñez una gestión con los mauritanos, que tenían buena relación con Bagdad, para hacerle llegar a Sadam Husein (por otra vía que la de Aziz) la información de que Washington iba en serio, que el ataque se produciría si no se retiraba ya, que el tiempo se le estaba acabando y que toda la responsabilidad sería suya por lo que sucediera luego. Esa petición me llevó otra vez a Nuakchot, donde vi al presidente Maaouya Taya, le hablé de las fotos que Baker nos había enseñado en Londres y él accedió a ir a Bagdad para hacer la gestión. Cuando volvió me dijo que Sadam estaba fuera de la realidad y que ninguno de sus asesores —ni siquiera Tarek Aziz— se atrevía a decirle la verdad.

Nosotros aprovechamos que estábamos en Londres para ir al Foreign Office a ver a Douglas Hurd. Hurd era un tipo que se sentaba siempre en posturas raras que llamaban la atención, pues se estiraba en la silla como si fuera a bostezar, o se dejaba caer lánguidamente sobre la mesa o el respaldo

de su butaca, como desmadejado y con los brazos colgando. Fernández Ordóñez, siempre guasón, me dijo en cierta ocasión que se lo imaginaba en plan masoquista atado a la cama y con una bolsa de plástico en la cabeza, y yo confieso que desde entonces, cada vez que lo veía recordaba aquel comentario y me entraba la risa. Así aliviábamos tensión aquellos días. Si el Foreign Office es un feo edificio de estilo victoriano, el ministro tenía en su despacho un precioso cuadro —bastante grande, de un joven maharajá indio— sobre la chimenea encendida y junto a un bonito arreglo de flores secas. Hurd estuvo muy duro, igual que había estado Baker, con el añadido de mostrar gran desconfianza hacia los franceses y lo que pudieran tratar de hacer por su cuenta. No se equivocaba. Los europeos siempre tan unidos.

De regreso a Madrid, convencidos de que se iba a armar la gorda, seguí en el despacho Verde de Santa Cruz, junto al del ministro, la rueda de prensa que dieron Baker y Aziz tras su encuentro de Ginebra, en la tarde del día 9. Estaban también Fernando Perpiñá-Robert, Rafael Spottorno, Juan Leña y Luis Jessen. Como es bien sabido, no hubo acuerdo, que es lo que todos nos temíamos, pero ambos estuvieron más duros de lo que era necesario y eso era muy mala señal. Según Guido Brunner, embajador de Alemania en España, lo que ocurría era que «cuando Baker decía que estaba molesto, quería decir que estaba a punto de bombardear Irak, y cuando Aziz afirmaba que Estados Unidos se iba a ahogar en ríos de sangre, quería decir que estaba molesto». El diálogo no fue posible y la guerra se mascaba en el ambiente, pues solo quedaban seis días para que venciera el ultimátum de la ONU y el margen de maniobra era casi inexistente. Esa misma noche di instrucciones a mi cuñado Juan para que abandonase Bagdad tras cerrar nuestra embajada, como ya habían hecho Alemania, Reino Unido, Holanda y Grecia. Los daneses y los norteamericanos las cerrarían al día siguiente. El cierre de embajadas es algo que coordinamos hasta cierto punto entre los socios comunitarios.

Todo estaba color de hormiga tras doce resoluciones del Consejo de Seguridad que habían sido ignoradas por Irak. Revisando algunas notas que conservo de aquellos días veo que yo todavía pensaba que Sadam Husein tenía que estar buscando una salida que le permitiera salvar la cara antes de que se la rompieran, y se me ocurría que una iniciativa de algunos países árabes pidiéndole el «sacrificio» de abandonar Kuwait y diciéndole que ello podría

ayudar a la causa palestina, a la que tan cínicamente se había ligado últimamente, podría ayudar sin llegar al *linkage* que todos rechazábamos. Mientras, los franceses estaban nerviosísimos y moviendo el rabo como si de verdad pudieran hacer algo, sin darse cuenta de que su activismo le enviaba a Sadam una señal de desunión entre los aliados que le animaba a no hacer lo que el sentido común debía pedirle, si es que aún le quedaba algo.

El día 11 viajé con Fernández Ordóñez a Ginebra para una reunión de los Doce de ministros de Exteriores y a un posterior encuentro con el secretario general de la ONU, Pérez de Cuéllar, que iba camino de Bagdad y que era la última esperanza para evitar la guerra. El problema es que no tenía buenas cartas en la mano. Si nuestro mensaje no era idéntico, era comprensible que los iraquíes no nos hicieran caso, y los franceses, que estaban hartos y deseosos de protagonismo, dijeron entonces que París se reservaba total libertad de acción, lo que era un torpedo en la línea de flotación de la naciente Cooperación Política Europea. En realidad, Francia jugó sucio aquellos últimos días antes de la guerra, cuando Dumas envió un mensaje a Bagdad diciendo que París «y otros» (y nos metía a nosotros en el paquete sin habernos consultado antes) aceptaríamos la convocatoria de una Conferencia Internacional para tratar de «todos» los problemas de Oriente Medio en 1991. Esto era muy grave porque Sadam lo podía considerar como una victoria y vincularlo con la cuestión palestina, porque destrozaba la timorata cohesión comunitaria, rompía nuestra solidaridad con Estados Unidos y garantizaba el fracaso de la misión de Pérez de Cuéllar a Irak, encorsetado como estaba por las resoluciones de la ONU y sin ningún conejo en la chistera. Por si todo esto fuera poco, los franceses ofrecían a los iraquíes algo que solo podían dar los americanos y quizás los israelíes y, como resumen, enviaba un mensaje equívoco que podía aumentar la intransigencia de Sadam Husein.

Con su iniciativa, Francia devolvía la faena de Washington que, al proponer los buenos oficios de Pérez de Cuéllar tras el fracaso de la reunión dos días antes de Baker con Aziz, pretendía centrar lo que aún quedaba de actividad diplomática en la ONU y cortar la hierba bajo los pies de unos franceses con hambre de protagonismo. Al terminar la reunión, Genscher se acercó a Dumas, Fernández Ordóñez y De Michellis diciéndoles que había que

estar muy en contacto durante las próximas horas, e insinuando que quizás algo se pudiera intentar a cuatro. De la cohesión comunitaria ya no quedaba ni rastro a esas alturas.

Estuve con Pérez de Cuéllar unos meses más tarde, cuando ya su cese estaba próximo, y lo encontré muy «quemado» con los norteamericanos, que le habían «ninguneado» durante esa crisis. Me dijo entonces que «Estados Unidos no tiene contrapeso y por eso es importante la construcción de Europa en torno a la Comunidad Europea. Ahora dependemos de la cordura de Estados Unidos, que hacen y deshacen a su antojo. Bush es moderado y tiene experiencia, pero ¿qué sucedería si vuelve otro derechista tonto como Reagan [sic]? Mucho dependerá de cómo mi sucesor [Boutros-Ghali] logre frenar a los norteamericanos, que ahora hacen lo que quieren». Palabras proféticas de una situación que se repitió entre George W. Bush y Kofi Annan, y da miedo pensar lo que puede ocurrir con la llegada de Trump a la Casa Blanca, que además no oculta su desprecio por la ONU. Difícil tarea, la que espera a António Guterres.

Al regresar a Madrid, el mismo día que dimitía el vicepresidente Alfonso Guerra por sus desavenencias con el presidente, me llamó el embajador de Libia porque Gadafi quería hablar esa noche con Felipe González. Tras consultarlo con Juan Antonio Yáñez-Barnuevo, asesor internacional del presidente, le di un teléfono de la Moncloa y la hora (20.30) que le convenía al presidente para que se hiciera la llamada. Y a continuación, Fernández Ordóñez me pidió que lo acompañara para estar presente en la conversación. Pero tras un buen rato de espera con el presidente, Gadafi nos dio un soberbio plantón y no llamó ni se disculpó. Supongo que así son los modales del desierto. Al final le enviaría una carta veinticuatro horas más tarde. El que sí acudió la mañana siguiente a Madrid fue el «ministro» de Exteriores de la Organización para la Liberación de Palestina (OLP), Faruk Kaddoumi, con un plan delirante que consistía en lograr primero la retirada israelí de los territorios ocupados en la guerra de 1967, ponerlos en manos de la ONU, desplegar en ellos cascos azules, y a continuación convocar una Conferencia Internacional donde, de paso, hablar también de Kuwait (!). Según él, Sadam estaría de acuerdo... No le hicimos ningún caso.

Volví a viajar el día 14 a Bruselas con Fernández Ordóñez y me encontré con un ambiente que no podía ser más desesperanzado y triste. El ministro luxemburgués Poos nos contó que Pérez de Cuéllar había vuelto de Bagdad «deprimido», sin soluciones y pensando que Sadam Husein tiene una «tranquilidad irresponsable», a la que quizás le hubieran inducido los emisarios franceses que durante el fin de semana le habían llevado varias propuestas de solución. Esa misma noche, ya de regreso a Madrid, me llamó mi colega francés para pedirnos apoyo a ideas que pretendían presentar aquella misma madrugada en el Consejo de Seguridad, ofreciendo a Sadam Husein un compromiso de no ser atacado si se retiraba de Kuwait ya. Era un intento desesperado de la hora veinticinco para evitar el ataque y no me pareció mal, sobre todo cuando me dijo que los americanos y los mismos iraquíes las veían bien. Tras pedir instrucciones al ministro, acabé dándoles nuestro acuerdo. Más no se podía hacer, pero no era cierto que los americanos estuvieran de acuerdo con esta iniciativa de París, sino al contrario, y los gritos de cabreo del séptimo piso del Departamento de Estado, donde está el despacho de Jim Baker, se oían en medio mundo. La máquina militar americana ya se había puesto en marcha y era imposible detenerla. Y para colmo, Sadam Husein ni se dignó responder a los franceses.

Y así, divididos y tristes, constatamos el fracaso de la diplomacia al vencerse el día 15 el plazo dado por la ONU para restaurar la integridad territorial y la soberanía de Kuwait. Sadam seguía inamovible o por insensato, o por alejado de la realidad, o porque no creía que lo fueran a atacar. O porque había optado por el martirio. En aquellos momentos todos (menos, quizás, los norteamericanos) nos habríamos agarrado al mínimo gesto que hubiera hecho, con objeto de evitar el conflicto. Ese mismo día, la revista *Cambio 16* les dio el premio Popular del Año a mi cuñado Juan, embajador en Irak, a Juan José Buitrago, encargado de negocios en Kuwait, y a Manuel Luna, embajador en Liberia, que acababa de capitanear una intrépida evacuación de nuestra colonia de una Liberia en plena guerra civil. Los tres lo merecían, pues habían dado prestigio a España y a la profesión diplomática con sus respectivos comportamientos.

La Operación Tormenta del Desierto comenzó a las 12.40 de la madrugada española del día 17 de enero de 1991. Me llamó Juan Leña desde la Oficina de Información Diplomática (OID) para informarme. Yo creo que el presidente Bush (padre) sintió algo parecido a lo que dicen que había sentido Reagan en Vietnam, un cierto «síndrome de Múnich», en el sentido de no repetir el error de Chamberlain y Daladier con Hitler sobre Checoslovaquia, y no dejar pasar la grave violación del derecho internacional cometida por Sadam Husein con objeto de evitar males mayores en el futuro. Lo que en una colosal metedura de pata Felipe González había llamado «conflicto regional» (Viena, 2-8-90) y que me obligó —por instrucciones del ministro— a llamar aquella noche al encargado de negocios de Estados Unidos en España para explicarle que donde Felipe dijo digo quería en realidad decir Diego, se había transformado en guerra abierta entre Irak y una fuerza multinacional dirigida por Washington e integrada por 28 países (entre ellos, muchos árabes), con el respaldo de doce resoluciones del Consejo de Seguridad. Una operación militar que acabó en muy poco tiempo con el ejército iraquí, mientras sus aviones buscaban refugio para evitar su destrucción en lugares tan distantes como Irán (el viejo enemigo) y Mauritania. Una guerra provocada por la intransigencia y alejamiento de la realidad de un megalómano dispuesto a entrar en la historia al precio de una hecatombe y que, en mi opinión, no hubiera estallado nunca en el mundo bipolar que había terminado un año antes con la caída del muro de Berlín, pues una URSS en plena forma nunca hubiera dado luz verde al aventurerismo de Sadam Husein en Kuwait.

Ese día viajé a París, donde se celebraban reuniones de la UEO y de la Cooperación Política Europea con participación de los ministros de Exteriores y de Defensa. Sentía tristeza y frustración por el fracaso de la política, al constatar que la hora de los diplomáticos había pasado y había llegado la de los soldados. La preocupación ahora era evitar la extensión del conflicto y mantener unida a la variopinta coalición internacional. De entrada, Irak envió una oleada de misiles Scud sobre Israel en un intento de arrastrarlo a la guerra y desconcertar a los hermanos árabes de la coalición. Aunque Israel estaba protegido por una «cúpula de hierro» de misiles Patriot basados en el monte Carmelo de Haifa, hasta 39 cohetes Scud cayeron sobre Tel Aviv obligando al embajador Perico López de Aguirrebengoa, a mi hermano Rafael

(secretario de la embajada y amablemente acogido en su residencia) y a otros funcionarios a ocultarse en el refugio de la embajada que sellaban cuidadosamente por si los misiles diseminaban productos químicos o bacteriológicos, algo que nadie descartaba que pudiera suceder. Todos los israelíes tenían a mano máscaras antigás por si las moscas y también las había en nuestra embajada. Con Sadam uno no podía fiarse nunca y no era tranquilizador el mensaje que personalmente me dio el embajador de Irak en España, Tawfik Ismail, un fanfarrón, cuando me anunció que lo peor estaba por venir pues «Irak tiene armas químicas y la bomba atómica». Como suena. Lo de las armas químicas lo sabíamos, pues las había utilizado en su guerra contra Irán; lo de la bomba atómica era un bluf y no me lo tomé en serio. En una de las carreras al refugio de Tel Aviv, Perico trastabilló y se dio un golpe que lo tuvo un tiempo fastidiado. Me metía con él en broma diciéndole que si el conflicto se prolongaba se iba a matar él solo sin dar opciones a los iraquíes de hacerlo ellos.

Un poco de autocrítica en este punto es necesaria. Si se había llegado a la guerra es porque de una u otra forma todos habíamos fallado. Sadam, por no querer ver la realidad y conducir a su país al abismo, desgraciadamente no por última vez; los árabes, por su desunión e incapacidad de enviar a Bagdad un mensaje de firmeza; los norteamericanos, porque su política de apoyo acrítico a Israel humilla a los árabes, que no ven imparcialidad en su postura; los europeos, porque no supimos encontrar una posición unida y diferente pero coordinada con Washington; y la propia ONU, porque no logró que sus resoluciones fueran obedecidas y acabó teniendo que bendecir la guerra. Pero que todos los demás hubiéramos fallado no quita que el único culpable último de lo ocurrido fuera Sadam Husein.

A medida que las operaciones militares avanzaban, crecía el malestar en el mundo árabe, que mostraba una clara división entre los dirigentes que las apoyaban, y los pueblos, que rechazaban lo que veían como resultado del «doble rasero occidental», que aplicaba diferentes varas de medir a Irak y a Israel. En el fondo, las masas veían la guerra como una profunda humillación del pueblo árabe. En Argel, por ejemplo, hubo el día 20 más de 200.000 manifestantes en apoyo a Irak. Fue entonces cuando Fernández Ordóñez

decidió que yo debía darme otra vuelta por el Magreb, donde la tensión política era muy alta, para palpar el ambiente y explicar bien la postura española.

Viajé a Marruecos con mi subdirector para el Magreb, Miguel Ángel Curro Moratinos, el domingo 27, el día antes de una huelga general en el país magrebí en protesta no por la anexión iraquí de Kuwait, sino por el desencadenamiento de la Operación Tormenta del Desierto. El tema era complicado para el Gobierno porque, como me decía el embajador Joaquín Ortega, la calle estaba claramente con Sadam y la oposición, nacionalistas de Istiqlal y socialistas de la Unión Socialista de Fuerzas Populares (USFP), aprovechaban el clima para presionar al Gobierno y obtener una reforma constitucional que ofreciera mayor participación política. Al final, el propio Gobierno se sumó a la marcha con claro sentido oportunista. El día de la huelga, Rabat era una ciudad fantasma, todo estaba cerrado y una imponente manifestación apoyaba a Sadam Husein en Casablanca. Me entrevisté con el secretario de Estado Cherkaoui y otros altos cargos de Exteriores y me sorprendieron su amargura y el tono vehementemente antinorteamericano y proiraquí (que no pro-Sadam) que encontré en ellos. El impacto económico no era pequeño para Marruecos, que importaba de Irak y Kuwait el 70 por ciento del petróleo que consumía.

Al día siguiente continuamos viaje hacia Argel, donde encontré mejor análisis y mayor dureza que en Rabat, haciéndome patente una fuerte decepción con Europa «por su incapacidad de moderar la belicosidad norteamericana» y porque, pensaban, la invasión había desbordado los límites marcados por la resolución 678 del Consejo de Seguridad de la ONU y buscaba «la destrucción de Irak», lo que yo negué enfáticamente. Su postura, en resumen, era «no condenar la agresión a Kuwait, pero oponerse a la agresión norteamericana».

El gran peligro en Argelia en aquel momento era el islamismo, que estaba en auge, a punto de ganar las elecciones, y la efervescencia popular contra Occidente como consecuencia de la guerra jugaba a su favor. Por eso el embajador Javier Conde me pidió que fuera a ver a Abbassi Madani, líder del Frente Islámico de Salvación, cosa que hice tras recibir autorización del ministro. Fue un encuentro muy interesante que cuento en otro lugar de este

mismo libro. En relación con el problema que entonces nos ocupaba, su conclusión era muy sencilla: «Irak es un pez que se ha tragado el anzuelo que le ha puesto Estados Unidos». Es curioso que su análisis no fuera diferente del que le había hecho el rey Hasán al príncipe de Asturias en septiembre del año anterior cuando le recibió en Sjirat. También en las calles argelinas había manifestaciones multitudinarias a favor de Irak.

Un par de días más tarde viajé a Trípoli, tras un rápido paso por Madrid para recibir al ministro senegalés Omar Sy, que le dijo a un periodista que en la Operación Tormenta del Desierto participaban quinientos soldados de su país «que están allí para lo que están los soldados, luchar si hace falta». Me dio envidia esta afirmación, que ningún político se atrevería a hacer en público en España. En Libia vi al ministro de Exteriores Ibrahim al-Bishari, un pájaro de cuenta, pues alternaba este cargo con el de jefe del servicio de Inteligencia, que no dudaba en recurrir a actividades terroristas. Al-Bishari evitó conmigo todo tema conflictivo como podría haber sido el uso de la base sevillana de Morón por los aviones B-52 americanos en misiones de combate hacia Irak, pues aún estaba reciente el bombardeo americano de Trípoli en 1986, aunque en aquel caso no les dimos a los norteamericanos autorización para sobrevolar nuestro espacio aéreo. La impresión que tuve fue la de que Libia volvía a ser la excepción y que lo que estaba pasando en Kuwait le afectaba muy poco. Allí todo estaba bajo el control de una férrea dictadura, nada de manifestaciones, y Trípoli trataba de sacar tajada de la situación tanto en el plano económico (precio del petróleo) como político (mejoría de su relación con Estados Unidos y eventual levantamiento del embargo). De esa visita a Trípoli me ha quedado el recuerdo de un estupendo *mechui* al que me invitó el ministro Al-Bishari en un restaurante junto al puerto que tenía un chef gordo, con pinta de libanés y chaqueta blanca llena de lamparones, y una estupenda excursión a las maravillosas ruinas romanas de Leptis Magna con el embajador Ricardo Peydró aprovechando un viernes festivo en el que nada más se podía hacer en Trípoli. Son los restos romanos más bonitos y espectaculares que conozco, no había un alma porque ni los tiempos ni el país estaban para turismo, había llovido y cuando asomó el sol un momento, las piedras cogieron un precioso color dorado que contrastaba con los negros nubarrones que nos cubrían y con el azul profundo del Mediterráneo.

De Trípoli, mi gira continuó en coche durante 800 kilómetros por la carretera costera hacia Túnez, ya que con la guerra se habían suprimido muchos vuelos y era imposible encontrar un pasaje de avión. El cruce de la frontera nos demoró bastante tiempo a pesar de que nuestros pasaportes diplomáticos nos permitieron saltar una larguísima cola de vehículos. Paré a ver la mezquita de Kairuán, una de las más santas en el norte de África, y un viandante me comentó que éramos los primeros europeos que veía en un mes porque el turismo se había parado completamente, como era natural en aquella coyuntura bélica, lo cual era una tragedia en un país muy dependiente de esta fuente de ingresos. En Túnez vi a los palestinos (Abu Jaffar y Al Fahoum) muy deprimidos y descolocados por lo que estaba ocurriendo y por haberse puesto del lado de Sadam. ¡No sería por no haberles advertido! El secretario de Estado tunecino, Ben Yahia, me criticó en privado que permitiéramos a los norteamericanos el uso de las bases españolas, aunque se cuidó mucho de hacerlo en las declaraciones públicas. Su tesis era que Estados Unidos se había pasado con «una respuesta desproporcionada» para destruir Irak por el peligro que representaba para Israel. Esto era algo que me decían muchos líderes árabes y que respondía a un sentimiento muy extendido pues, en su opinión, Sadam se había portado mal, sin duda, pero la respuesta era desproporcionada y nada tenía que ver con lo que se le permitía a Israel, que llevaba desde 1967 haciendo caso omiso de las resoluciones 242 y 338 del mismo Consejo de Seguridad que le ordenaban evacuar los territorios palestinos entonces ocupados. La embajada de Estados Unidos en Túnez estaba rodeada de soldados que la protegían y las calles que daban a ella estaban cerradas al tráfico, mientras en los semáforos cercanos nos dieron cromos y pegatinas de Sadam Husein en plan héroe de tira cómica.

Fue una gira muy interesante que tuvo un enorme eco mediático en España (de hecho fue la única vez que vi a Fernández Ordóñez algo celosillo en los siete años que trabajé con él), pero en contra de lo que afirmaba nuestra prensa, siempre tan alarmista, ni el Magreb «estaba en llamas» ni los gobiernos habían «perdido el control», pues les quedaban aún muchos recursos sin emplear, ni los españoles habíamos pasado a «ser odiados» en la región por nuestro apoyo logístico a Estados Unidos. Los canales con nosotros se mantuvieron abiertos en todo momento y los países del Magreb apreciaron

nuestro interés por intensificar el diálogo con ellos en los momentos más difíciles. Lo que sí encontré fue una gran simpatía entre las masas por Irak y por Sadam Husein, cuyo retrato llenaba escaparates y zocos, convertido en el nuevo líder popular del mundo árabe, mientras que los gobiernos matizaban más y distinguían entre su simpatía por el país, Irak, y las críticas a sus dirigentes. El rechazo a la coalición internacional y a la Operación Tormenta del Desierto era generalizado porque se les acusaba de connivencia con Israel y de haber sobrepasado el mandato de las Naciones Unidas, también desacreditadas por su doble rasero e incapacidad para evitar el conflicto. Tampoco Europa salía bien parada, pues se la acusaba de ceder ante la hegemonía americana. En cambio, no encontré ninguna simpatía por Kuwait. En ningún sitio. Las burlas al emir de Kuwait y a su familia y su descrédito eran grandes en las cuatro capitales visitadas. La iniciativa era de la calle, el antiamericanismo estaba a flor de piel y su presión alcanzaba a los gobiernos, que lo que deseaban era que el conflicto acabara lo antes posible, no se extendiera y no se les pudiera acusar a ellos de connivencia con Occidente. Por eso, todos insistían en la necesidad de convocar cuanto antes una gran Conferencia Internacional que tratara del «conjunto de los problemas de la región» y, muy en particular, del conflicto palestinoisraelí. Fue precisamente la restauración de la soberanía de Kuwait la que abrió la «ventana de oportunidad» que permitió convocar, a finales de aquel mismo año, la Conferencia de Paz sobre Oriente Medio, que se celebró en Madrid porque la postura que España había mantenido durante este conflicto fue apreciada por todas las partes y en ese sentido representó un gran éxito diplomático para nosotros.

Tras mi gira, que le había preparado el terreno, Fernández Ordóñez hizo a su vez otro rápido desplazamiento a las capitales magrebíes entre los días 13 y 18 de febrero para ver a Hasán II, Chadli Bendjedid, Gadafi y Maaouya Ould Taya (presidente de Mauritania). No le pudo recibir Ben Ali porque aquel día había habido un atentado islamista en Túnez, y todo se complicó. No hubo novedades con respecto a lo que ya me habían dicho, pero ahora nos lo confirmaron al más alto nivel. Todos los interlocutores mostraban amargura por la división árabe y la destrucción de Irak por una coalición que «desborda los límites marcados por la ONU», y decían que no podían desoír a una

opinión pública creciente en sus países, muy antioccidental y que se calentaba progresivamente a medida que el conflicto se prolongaba. Por eso, lo que más deseaban era que aquello acabara cuanto antes. Luego había matices entre unos y otros. Hasán, listo como el hambre, le dijo a Fernández Ordóñez que había que buscar una fórmula que le permitiera a Sadam «bajar la escalera» con un «equivoco aceptable», de forma que una tregua con retirada pudiera ser presentada como una tregua con negociación. Chadli Bendjedid no ocultó su preocupación por el crecimiento del islamismo en Argelia (en lo que no le faltaba razón a juzgar por lo que ocurrió muy pronto) y fue muy crítico con Europa por no ser capaz de moderar a Estados Unidos. La entrevista con Gadafi fue memorable. Tras hacernos esperar tres horas en un hotel de Bengasi, nos recibió en un cuartel rodeado de guardaespaldas femeninas, unas mujeronas grandes, melnudas y con pinta de necesitar un buen baño (Juan Leña comentaba que se bajaban las medias a patadas) que debían dejar asombrados a los montaraces bereberes de los oasis del inmenso desierto libio. Gadafi me pareció flipado, iba maquillado, estaba acartonado y en pose permanente; vestía la típica manta libia de estameña sobre un jersey a cuadros y se cubría con un bonete negro. ¡Debía de creerse el no va más de la elegancia! Saludó a Fernández Ordóñez diciéndole que el elemento verdaderamente desestabilizador en la región era Israel y que había que destruirlo. «Está de acuerdo, ¿verdad, ministro?» Y a Ordóñez se le dispararon de golpe todos sus tics faciales, que eran muchos. Nada que ver la radicalidad del líder con la moderación mostrada por su siniestro ministro Al-Bishari. El presidente mauritano Maaouya Ould Taya era muy proiraquí y muy antiamericano, no se molestaba en ocultarlo y nos decía cosas como que «a Sadam Husein solo le queda la dignidad y ahora hasta eso le quieren quitar», o que «los americanos no comprenden que se pueda morir por dignidad». Pero no es cierto, lo de Sadam Husein fue como lo de Talleyrand cuando decía que el asesinato del duque de Enghien había sido «peor que un crimen, un error» y aquí había ocurrido lo mismo, pues al margen de cometer el crimen de una grave violación del derecho internacional, Sadam había incurrido en dos errores monumentales: el primero, no prever la reacción de la comunidad internacional en un contexto en el que el Consejo de Seguridad no estaba bloqueado tras el comienzo de la implosión soviética; y el segundo, no

aprovechar las ocasiones que tuvo para retirarse de Kuwait mientras tenía tiempo y se le permitía salvar la cara, de modo que al final tuvo que aceptar, el 12 de abril, las duras condiciones impuestas por la resolución 687 del Consejo de Seguridad de la ONU y salir del emirato... pero con el rabo entre las piernas.

Escribí entonces un artículo que publicó *El País* el 26 febrero donde decía que al final resultó imposible «resolver el nudo gordiano entre quien quería salvar la cara y quienes precisamente no querían que la salvara», y añadía que «la discusión no estaba ya centrada en si Irak salía de Kuwait, la duda era si lo hacía con las manos en alto y de uno en uno —como quería Bush— o en formación, con banderas desplegadas y al redoble de tambores, como pretendía Sadam».

Del conflicto salieron victoriosos los norteamericanos, Kuwait, Israel (que había aguantado estoicamente una lluvia de misiles), y el Grupo de los Ocho (los cinco restantes del Consejo de Cooperación del Golfo, Siria, Egipto y Libia) que habían apoyado la Operación Tormenta del Desierto. Esto significaba un realineamiento novedoso que dejaba atrás el reparto de países entre pronorteamericanos y prosoviéticos propio de la Guerra Fría y creaba una nueva realidad geopolítica en Oriente Medio. Entre los perdedores había que situar al mundo árabe en su conjunto, que salía de la confrontación con el espinazo partido, la inoperante Liga Árabe, la OLP, que había apostado a caballo perdedor pese a todas las advertencias, el Consejo de Seguridad, visto por muchos como un instrumento de las grandes potencias, y la propia Cooperación Política Europea, que no había resistido unida su primera gran crisis internacional.

Volví a Rabat el día 27 a una reunión sobre el Enlace Fijo a través del estrecho de Gibraltar y me pilló allí la derrota de Irak, lo que me permitió constatar *in situ* el «alivio» del Gobierno por el fin del conflicto y el desencanto del pueblo por el bluf de Sadam Husein, que se había deshinchado como un globo tras muchas amenazas que se quedaron en nada. Y muy pocos días después, volé con Fernández Ordóñez a Estados Unidos, donde la base de Andrews nos recibió con una terrible tormenta y uno de los peores aterrizajes de mi vida, mientras el recibimiento de los americanos no pudo ser más cálido, pues nos estaban muy agradecidos por nuestro apoyo durante la crisis.

Fernández Ordóñez pasó de ser «*minister*» a ser simplemente «Paco» para su amigo «Jim» (Baker), y estaba eufórico. También le recibió el presidente Bush y la foto se publicó en toda España, lo que le venía muy bien con vistas a la crisis ministerial que se anunciaba y que finalmente se produjo el 13 de marzo y en la que fue confirmado como ministro de Asuntos Exteriores.

Allí, en Estados Unidos, vi con toda claridad que Fernández Ordóñez era un hombre del primer mundo y que se sentía mucho más a gusto en Washington que entre «mis» árabes y «mis» israelíes. No hablemos ya del África subsahariana, que también formaba parte de mis competencias. Entonces comprendí el gran margen de maniobra que me daba y que me hacía divertirme tanto con mi trabajo. También aprendí a apreciar el esfuerzo que hacía cuando visitaba alguno de «mis países».

De regreso a Madrid recibí una llamada de José María Rodríguez Colorado, director general de la Policía, pidiéndome que acudiera a la calle Miguel Ángel, porque se había presentado el embajador de Irak, Tawfik Ismail, pidiendo asilo político. Era un individuo que nunca me cayó simpático, pues era chulo, putero, de trato desagradable y bravucón. En más de una ocasión tuve que llamarle la atención durante la guerra por su defensa acérrima de la postura iraquí, algo comprensible en un embajador que hacía su trabajo pero que resultaba totalmente inaceptable y fuera de lugar cuando aderezaba esta defensa con fuertes críticas a España, que era el país ante el que estaba acreditado. Pero confieso que cuando lo vi en aquella comisaría me dio pena, pues era un hombre derrumbado, acobardado y acabado. Creo que al final se fue a vivir a Arabia Saudí.

Vista con la perspectiva que dan los años, la guerra para la liberación de Kuwait deja muchas sombras, ya que si bien es cierto que Sadam Husein abandonó sus sueños de hegemonía regional y dejó de ser un peligro para sus vecinos, no lo es menos que radicalizó a Bin Laden y condujo, en último término, a los ataques terroristas del 11 de septiembre en Estados Unidos. Y la guerra con Irak no acabó con la liberación de Kuwait, aunque el presidente George H. W. Bush la detuviera con el fin de no romper la coalición internacional y provocar que los países árabes la abandonaran después del enorme trabajo que había costado ponerla en pie. El conflicto se mantuvo latente, y las Naciones Unidas tuvieron que establecer una Zona de No

Sobrevuelo (ZNS) para proteger a los kurdos, esfuerzo en el que España también participó enviando 159 millones de ecus y fuerzas del Ejército de Tierra en misión humanitaria, al amparo de la resolución 688 del Consejo de Seguridad. Esa ZNS limitaba efectivamente el control de Sadam sobre su propio territorio, que quedó sometido a esporádicos bombardeos hasta que el conflicto se recrudeció nuevamente años más tarde con el presidente George W. Bush y la subsiguiente invasión de Irak en 2003, con el pretexto de que disponía de armas de destrucción masiva, que luego nunca se encontraron. Parece mentira que Sadam tropezara dos veces con la misma piedra y bien caro que lo pagó.

O lo pagamos todos, porque solo un año más tarde de la invasión norteamericana, Al Zarqawi, discípulo de Bin Laden, creaba Al Qaeda de Irak, que es la raíz de la que luego ha surgido el Estado Islámico. De aquellos polvos, estos lodos.

LA CONFERENCIA DE DAYTON

Tras ocho años como director general para África y Oriente Medio, en 1993 me llamó Javier Solana a su despacho para darme a elegir entre la embajada en Marruecos o la dirección general de Asuntos Políticos, que se iba a crear con la misión de coordinar todos los asuntos de naturaleza política que se trataran en el ministerio y que tuvieran que ver con la Cooperación Política Europea, que iba a nacer apenas un mes más tarde con el Tratado de Maastricht. El director político es una figura muy importante en todos los ministerios europeos de Exteriores, está muy «pegado» al ministro, asiste en Bruselas a las reuniones casi semanales del Comité Político y prepara las de los ministros de Exteriores, así como el temario de política exterior que se trata en los Consejos Europeos, donde se reúne a los jefes de Estado y de Gobierno de los Estados miembros. También coordina a los demás directores generales y se asegura de que la línea política de su ministerio sea convergente con la de Bruselas y con los demás socios en un frustrante intento, al menos hasta la fecha, de acabar teniendo una política exterior común. Ser director político significaba, de hecho, en aquel momento ser el número tres en la línea política del ministerio, detrás del propio ministro y del secretario general.

El caso es que acepté el ofrecimiento de Solana y escogí quedarme en Madrid pensando que estaba loco, que dejaba pasar la embajada en Rabat, que sin duda es la más bonita profesionalmente y que nunca más volvería a estar a mi alcance. Pero tras ocho años ocupándome de África y Oriente Medio necesitaba cambiar de aires y, por otra parte, también las edades de mis hijos, colegios, universidades, etc., nos aconsejaban a mi mujer y a mí quedarnos unos años más en España. Presumo de tener claras mis prioridades, y mi

familia es lo primero: he visto demasiados hijos de diplomáticos con problemas de adaptación a pesar de conocer mucho mundo y tener varios idiomas auestas; no quería que a los míos les ocurriera nada parecido. Los prefería menos cosmopolitas pero más integrados en su país.

Así que, el 10 de septiembre de 1993, el Consejo de Ministros creó la dirección general de Asuntos Políticos, y Javier Solana me nombró a su frente abriendo una nueva etapa de mi vida profesional. Me pareció de buen agüero que fuera precisamente aquel mismo día cuando se produjo el reconocimiento recíproco entre el Estado de Israel y la Organización para la Liberación de Palestina, con lo que incluso me parecía que cambiaba de aires en el momento oportuno. Con igual precisión, llegaba a ocuparme de asuntos europeos pocos días antes del Consejo Europeo de Maastricht, los días 28 y 29 de octubre de 1993, que iba a dar a luz el Tratado de la Unión Europea (TUE) que creaba la Política Exterior y de Seguridad Común a la que con tanto entusiasmo me dedicaría en los años sucesivos, muy eficazmente secundado por mis compañeros José Eugenio Salarich, en calidad de Corresponsal Europeo, y de Curro Elías de Tejada. Juntos hemos trabajado horas y más horas, compartido más risas de las que caben en este libro, recorrido el mundo de uno a otro confín y particularmente hemos conocido a la carrera, en sentido literal, todos los aeropuertos imaginables para no perder conexiones cogidas con alfileres. Nos convertimos en auténticos obreros del punto de Iberia Plus y de otras compañías. José Eugenio fue un estupendo compañero de andanzas durante los cuatro años que duré en el cargo.

Como director político celebré mi cincuenta cumpleaños en la base aérea Wright-Patterson, en Dayton, Ohio, donde nunca se me había ocurrido que podría estar en tan señalada fecha y adonde me llevó el hecho de desempeñar España la presidencia de la Unión Europea. Mi trabajo era acompañar y asesorar a Carl Bildt, que luego sería primer ministro de Suecia pero que entonces representaba a la Unión Europea, y a quien también acompañaba un diplomático inglés que tenía toda la pinta de ser del MI6. El viaje en compañía de ambos desde Luxemburgo a Dayton, con escala en Chicago, se me hizo interminable tanto por su duración como porque Bildt era cualquier cosa menos un compañero de viaje entretenido.

La reunión había sido convocada por los norteamericanos para ver qué se hacía con Bosnia-Herzegovina, una vez que quedó claro que el mundo no aceptaría el reparto puro y simple del territorio entre Serbia y Croacia tal como había propuesto, informalmente pero en serio, el presidente Tuchman con un rápido trazo de bolígrafo sobre la servilleta de un restaurante. Bildt es sin duda inteligente pero no un tipo especialmente simpático; tiene un ego tan grande como el que tenía el negociador norteamericano en Dayton, Richard Holbrooke, que era el ego más grande que yo he visto en mi vida, y por eso ambos se llevaban fatal. De Holbrooke se decía en el Departamento de Estado que «afortunadamente no debe de haber hoy nada importante en el mundo, porque Dick está con nosotros». Ambos me hacían pensar en que si Dios descansó el séptimo día de la creación es porque ninguno de los dos estaba disponible, aunque dentro de nuestra piel de toro también se me ocurren otro par de ejemplos que les harían dura competencia. Bildt no tenía ninguna gana de que yo le acompañara a ningún sitio y yo tampoco lo hubiera elegido a él como compañero de viaje, pero aquí no se trataba de gustar o no, sino de que a España le tocaba presidir a los europeos aquel semestre, y los europeos tenían que estar en las negociaciones sobre el futuro de Bosnia-Herzegovina, siquiera fuera como comparsas de los norteamericanos una vez que había quedado claro que no teníamos la capacidad de resolver solos los asuntos de nuestro continente.

Wright-Patterson es una de las bases aéreas más importantes de Estados Unidos y desde luego la más grande, pues allí trabajaban 23.000 personas. Un pueblo de buen tamaño. También era sede del Comando de Material de la United States Air Force (USAF) y alberga un impresionante museo que exhibe desde el primer avión de los hermanos Wright (1903) a los modelos monoplane de las guerras mundiales, los gigantescos bombarderos B-52, o el entonces ultramoderno *Stealth*, casi invisible a la detección del radar y que había sido diseñado allí mismo. La base tenía la ventaja de estar aislada y fuertemente protegida, pues con lo exagerados que son los norteamericanos para estas cosas, estábamos metidos en un recinto de seguridad máxima dentro de una base ya superprotegida, con barreras internas y controles por todos lados, de forma que solo se podía ir desde la habitación hasta las salas de reuniones o al restaurante. Era como los ejercicios espirituales de mi juventud

pero con alambradas y militares en lugar de capillas y curas. Nada que ver con el ambiente de diversión que dicen que reinaba durante el Congreso de Viena de 1815 que puso fin a las locuras de Napoleón en Europa y que dio lugar a un modelo geopolítico conservador del orden preexistente que iba a durar cien años, hasta que la Primera Guerra Mundial se lo llevara por delante junto con los imperios zarista, otomano, alemán y austrohúngaro. Casi nada. Viena es un claro ejemplo de cómo trabajo y diversión no tienen por qué estar reñidos, aunque esto mucha gente no lo entiende. Como director de orquesta estaba en Dayton el secretario de Estado, Warren Christopher, que nos dejó a todos muy claro el primer día que de allí no saldría nadie hasta que los presidentes de Serbia (Milosevic), Croacia (Tudjman) y BosniaHerzegovina (Izetbegovic) se pusieran de acuerdo en qué hacer con Bosnia-Herzegovina. El resultado fue un ejercicio de arquitectura político-diplomática-constitucional que todavía hoy se tiene en pie con alfileres. Pura filigrana.

Me asignaron una austera habitación cuartelera en la base y allí me pasé unos cuantos días asistiendo a reuniones internas de los europeos y también con los norteamericanos, que eran los que de verdad cortaban el bacalao. Dick Holbrooke quería resultados rápidos e imponía a las partes una frenética y avasallante *shuttle diplomacy* (diplomacia de ida y vuelta) consistente en arrancar una concesión a uno y luego exigir al otro, que estaba en una habitación separada porque no se hablaban entre sí, que la aceptara. Dick moriría años más tarde, siendo yo ya embajador en Washington, cuando se le paró el corazón en mitad de una reunión sobre Irán en el Departamento de Estado. No me extrañó nada, dada su vehemencia y lo a pecho que se tomaba cuanto hacía. Asistí a su funeral, que presidió el propio presidente Obama, pues al margen de su egocentrismo fue un trabajador infatigable y magnífico profesional respaldado por el poder del imperio, que es lo que marca la diferencia. Entre los europeos, eran los directores políticos del Reino Unido y de Alemania los que más opinaban, con los franceses tirando a unos y a otros de la chaqueta para que les escucharan. Y finalmente estaban los rusos, representados por el ministro de Exteriores, Ígor Ivanov, que habla español como un nativo y que era buen amigo mío desde que había sido embajador en Madrid. Nosotros, los españoles, no pintábamos nada, a qué engañarse, y eso se debía a que nuestros políticos veían el problema de Bosnia-Herzegovina

como algo lejano y no teníamos una postura clara sobre lo que queríamos para los bosnios mientras no los mataran, que es lo que de verdad con mayor o menor éxito intentaban hacer serbios y croatas. Nunca me dio nadie ninguna instrucción desde Madrid sobre la política que debía defender o me sugirió alguna propuesta que pudiera presentar, de modo que las instrucciones me las tenía que inventar yo cuando me preguntaban, que no era con frecuencia. Aun así, y por pura vergüenza torera, a veces pedía la palabra, y quizás alguna coma del texto constitucional sea mía. En todo caso, nuestro papel teórico como miembros del llamado Grupo de Contacto era procurar enganchar a las partes en *proximity talks* (conversaciones a través de intermediarios) porque no se podían ver ni en pintura.

Como digo, los americanos nos hacían poquísimo caso tanto a los europeos como a los rusos, y la triste realidad es que no les faltaba razón porque allí los que de verdad tenían la sartén por el mango eran ellos, para vergüenza nuestra, que éramos incapaces de resolver los problemas de nuestra vecindad inmediata, algo que no sucedería con una mayor integración que nos dotara de políticas comunes en los ámbitos Exterior y de Defensa. Desafortunadamente, seguimos sin tenerlas veinticinco años más tarde, y las perspectivas siguen sin ser buenas aunque la elección de Macron en Francia y la renovación del mandato como canciller de Merkel, en Alemania, pueden hacer cambiar las cosas, en cuyo caso también se abrirían posibilidades para que España e Italia contribuyan al nuevo diseño europeo. Ojalá, aunque no lo veo claro, porque mientras escribo estas líneas me parece que en España carecemos de las tres condiciones mínimas para hacer una política exterior seria: estabilidad institucional, solidez económica y voluntad política. La crisis económica de 2008 y el desafío separatista catalán nos han dejado muy tocados, aunque la buena noticia es que su solución solo depende de nosotros.

Los almuerzos y las cenas en Dayton se hacían en el *mess* o club de oficiales de la base, una especie de cantina que servía hamburguesas y perritos calientes y donde mis horarios españoles y algo más tardíos que la media coincidían con los del presidente serbio, Slobodan Milosevic, que luego sería juzgado por crímenes de guerra por el Tribunal Internacional de La Haya. Como lo cortés no quita lo valiente, no tengo inconveniente en recordar a Milosevic como un militarote tosco y simpático que se tuteaba con las

camareras, a las que a partir de los primeros días conocía y llamaba por su nombre de pila. Y que cuando podía les daba una palmada en el culo. Lo vería nuevamente cuando acompañé a Felipe González a Belgrado en una misión de la Organización para la Seguridad y la Cooperación en Europa (OSCE), como cuento más adelante.

Los tres presidentes reunidos a la fuerza en Dayton tenían objetivos diferentes y muy claros: Izetbegovic quería un país, Milosevic no quería renunciar a la Gran Serbia pero exigía que le levantaran las sanciones por las barbaridades que había cometido, y Tudjman se quería quedar con Eslavonia oriental. Y todos los asuntos estaban ligados entre sí, de forma que Serbia no quería comprometerse a nada en Eslavonia antes de saber cómo iba a quedar Bosnia-Herzegovina, y esta quería garantías de que la federación con la República Srpska iba a funcionar, que era lo que los croatas no querían que sucediera. Las peloterías entre ellos eran inevitables, sobre todo entre el serbio y el bosnio, que no admitía —con razón— tratamientos equidistantes entre el agresor y el agredido. El presidente croata, que me parecía un cínico redomado, intervenía con frecuencia como pacificador entre los otros dos.

Recuerdo que durante la última reunión plenaria de delegaciones a la que asistí, me senté en una silla que aún tenía el cartel de Tudjman, e Igor Ivanov lo hizo en la silla adyacente, que llevaba el letrero de Izetbegovic; recuerdo que ambos comentábamos, más aburridos que otra cosa, que si de nosotros dependiera, ya habríamos hecho un acuerdo y se lo habríamos impuesto por las bravas a aquella panda de exyugoslavos impresentables que nos tenían allí encerrados. Estábamos hartos... y frustrados porque ni él ni yo pintábamos allí nada.

Después de mucho tira y afloja, el 21 de noviembre de 1995 se firmaron unos acuerdos cogidos con alfileres porque ni serbios ni croatas querían ver nacer junto a sus fronteras a un Estado musulmán, que si sigue en pie veinte años más tarde es porque los europeos hemos puesto mucho esfuerzo en mantenerlo vivo, materializado tanto en hombres como en dinero. En Dayton surgieron dos entidades políticas diferentes integradas en un único Estado de Bosnia-Herzegovina: la Federación croato-musulmana y la República Srpska. No, no es una errata, se dice así. Los ciudadanos de esta república son serbios que quieren unirse a Serbia pero no les dejan, y están de mal humor por ello,

un malhumor que les llevaba a cometer conjuntamente crímenes contra los musulmanes y que hace que sus principales dirigentes se hallen procesados por la justicia a pesar del amplio apoyo popular con el que cuentan entre sus conciudadanos. Me refiero a tipos como Milosevic, Mladic, Hadzic o Karadzic. No eran los únicos, pues también ha habido croatas condenados por crímenes contra la humanidad, como aquel general Praljak, que se suicidó con cianuro tras oír la sentencia a veinte años que le imponía el Tribunal de La Haya. Tanto la Federación como la República comparten instituciones comunes, como una presidencia colegial y rotatoria en la que se alternan un croata, un serbio y un musulmán, y un Parlamento que está compuesto por dos cámaras, la de Representantes (que reúne a 28 croatas y musulmanes y a 14 serbios) y la de los Pueblos, cuyos integrantes son designados por los parlamentos de cada una de las dos entidades. Además se preveían dos ciudadanías, tres ejércitos y todo así... Estas instituciones funcionan (o no lo hacen) con las dificultades que cabría esperar de tamaño dislate constitucional, a las que hay que añadir además las derivadas de la mala fe de los musulmanes, serbios y croatas que se ven obligados a vivir juntos en contra de su voluntad. El éxito es que al menos han dejado de matarse entre sí, que no es poco.

Tantos eran los problemas que la comunidad internacional tuvo que nombrar en 1997 un Alto Representante con capacidad para imponerse en aquellos asuntos en los que las partes no se ponían de acuerdo y que eran tantos y tan variados como la moneda, el pasaporte o la matrícula de los coches. En realidad no se ponían de acuerdo en casi nada. El primero de esos altos representantes fue mi compañero alemán del Comité Político, Wolfgang Ischinger, y otro, años más tarde, mi compatriota, amigo y compañero diplomático Carlos Westendorp, que también fue un fugaz ministro de Asuntos Exteriores y mi predecesor como embajador en Washington. Gracias a los esfuerzos de gente como ellos, Bosnia-Herzegovina sigue hoy unida y en paz, a lo que también contribuye de forma muy destacada el dineral que la Unión Europea se gasta en ella (y también otros países como Irán, no tan sorprendentemente como a primera vista pudiera parecer), y por la presencia al principio de tropas internacionales (60.000 hombres de la IFOR de la OTAN), que se ocupaban de evitar que las partes se mataran entre sí. Más

cerca de nuestro tiempo, los problemas no han terminado, como demuestra el hecho de que la independencia de Montenegro en 2006 haya reavivado las pretensiones de la República Srpska de integrarse en la madre Serbia, algo que continúa sin lograr.

Años más tarde estallaría en la vecindad otro conflicto, el de Kosovo, que motivaría la intervención de la OTAN para defender a los kosovares musulmanes de un nuevo intento de limpieza étnica a cargo de los serbios, que desde el siglo XIV consideran que su cuna nacional está en ese territorio, donde libraron la batalla de Los Mirlos contra los turcos. Se trata de otra malhadada herencia del multiseccular choque de imperios y culturas que se ha producido en los Balcanes y que tan bien ha relatado Ivo Andric en su precioso libro *Un puente sobre el Drina*. Si me refiero aquí a este conflicto es porque, como director político del país que ejercía la presidencia, recibí un día de 1995 en Bruselas, en el edificio Charlemagne, a Ibrahim Rugova, líder de la Liga Democrática de Kosovo e infatigable luchador por la independencia, que se me presentó como «presidente de la República de Kosovo» que era algo que entonces aún nadie reconocía. Era un hombre menudo que llegó con su inseparable bufanda, parte integral de su imagen rebelde, y que me hizo unas peticiones absolutamente desorbitadas que me hicieron pensar que no vivía en la realidad. Es lo que ocurre con los soñadores. Y sin embargo, después de mucho sufrimiento, de limpiezas étnicas serbias y de bombardeos de la OTAN, Rugova llegó a ser presidente de Kosovo, que es un país al que España, Rusia y algunos otros países nos seguimos negando a reconocer diplomáticamente, lo cual molesta mucho a los norteamericanos, que no perdían ocasión de recordármelo cuando yo era embajador en Washington. Pero aunque no reconocemos la independencia de Kosovo, España envió tropas para asegurar la paz con Serbia dentro de una operación europea, lo que no deja de ser algo curioso. La retirada de estas tropas en 2009 de la noche a la mañana, sin previo aviso y sin anestesia, produjo una seria crisis en las relaciones bilaterales con Estados Unidos, que vieron en esa decisión una repetición de la retirada unilateral de Irak en 2004, que nos etiquetó a sus ojos como aliados poco fiables por la precipitación con la que se hizo, y que complicó extraordinariamente nuestra relación bilateral

hasta la llegada de Barack Obama a la presidencia. Todavía recuerdo los gritos que me pegaban en el departamento de Estado, como he contado con detalle en mi libro *Valió la pena*.

Nunca hablé de estos asuntos de Bosnia-Herzegovina con mi amigo Juan Goytisolo porque conocía su dolida parcialidad a favor de los musulmanes, que se basaba en duras experiencias vividas sobre el terreno y porque la verdad es que los musulmanes son quienes más han sufrido en esta guerra por el simple hecho de ser los más débiles. Sarajevo, su capital, fue una ciudad martirizada por los bombardeos serbios y sus gentes fueron masacradas en Bania Luka o en Srebrenica ante la pasividad de los cascos azules holandeses, cubiertos de vergüenza en aquellas infames jornadas en las que la ONU demostró no estar preparada para operaciones de *peace enforcing* (imposición de la paz). Srebrenica es como Dachau, Sabra y Chatila, Aleppo y Darfur, lugares muy diferentes entre sí pero que figuran por derecho propio en la lista universal de la infamia.

Visité Mostar en un par de ocasiones, la ciudad del simbólico puente medieval, el Stari Most, construido en el siglo XVI sobre el río Neretva y destruido en 1993 por orden del general croata Slobodan Praljak antes citado. Un puente precioso que fue derribado precisamente porque era un símbolo que unía dos riberas ocupadas, respectivamente, por musulmanes y croatas. Algunos no querían unir sino desunir y quebrar la forzada coexistencia — nunca convivencia— entre los variopintos herederos del Imperio austrohúngaro, testimonios del secular flujo y reflujo de ese choque cósmico que durante siglos enfrentó en tierras de los Balcanes a esos gigantes que fueron los Imperios otomano y austrohúngaro. Sus periódicos avances y retrocesos, sus poblamientos y guarniciones han dejado el área balcánica regada de comunidades de diversos orígenes étnicos y religiosos que han acabado saltando por los aires al desaparecer primero ambos imperios y luego la argamasa dictatorial (Tito) que los mantuvo artificialmente unidos mientras existió Yugoslavia. Acabada la guerra, el viejo puente de Mostar ha sido reconstruido con cariño por los bosnios con ayuda de la UNESCO. Se inauguró en 2004.

En Mostar, en el corazón de Bosnia-Herzegovina, los españoles teníamos un destacamento de soldados e incluso un administrador civil. Una vez visitaba una aldea vecina (zona dominada por los croatas), cuando vi una hilera de casas construidas sobre cuatro pilotes de hormigón caídas todas hacia atrás, como consecuencia de haber sido volados con dinamita los dos sustentos posteriores de cada una.

Asombrado, pregunté al alcalde a quién pertenecían aquellas viviendas y me contestó que eran propiedad de serbios. Entonces pregunté que dónde estaban los serbios y me contestó que habían huido al comienzo de la guerra. Mi siguiente pregunta era obligatoria: si las casas eran de serbios y estos habían huido al comienzo de las hostilidades, ¿para qué destruirlas? La respuesta fue escueta: «Para que no vuelvan nunca».

Un oficial español me contó haber visto en una aldea musulmana un partido de fútbol jugado con la cabeza de un serbio envuelta en tela de saco. Ese mismo oficial me dijo que en su experiencia allí no había buenos ni malos, y que la diferencia era que en unos sitios los fuertes eran unos y en otros lugares eran otros. Y los fuertes siempre maltrataban a los débiles. Este salvajismo me parecía a mí bastante deprimente porque con nuestro etnocentrismo teñido de superioridad moral aceptamos que este tipo de barbaridades se hagan en otros lugares, desde la Ruanda de los hutus a la Camboya de los jemeres rojos, pero nos extraña que se produzcan en el corazón de la «civilizada» Europa. No deja de ser una reacción racista que parece pretender olvidar convenientemente que fue la vieja Europa la que hace apenas setenta años asombró al mundo con sus civilizados métodos para asesinar a judíos. ¿No aprenderemos nunca?

CON FELIPE GONZÁLEZ EN BELGRADO

En diciembre de 1996, Flavio Cotti, presidente en ejercicio de la OSCE, le encargó a Felipe González que como representante personal suyo dirigiera una misión de la OSCE a Belgrado tras recibir denuncias de un fraude que se habría producido en las elecciones locales serbias celebradas un mes antes, el 17 de noviembre, que según todos los indicios había ganado la oposición y cuyos resultados el Gobierno se había negado a reconocer. La labor de esta misión era averiguar lo realmente ocurrido.

Como consecuencia de ello, el día 17 de diciembre me llamó el ministro Abel Matutes y me pidió que preparara con toda urgencia un dossier sobre la complicada y multifacética crisis de Yugoslavia para el expresidente González. Telefoneé entonces al despacho que este tenía en una sede del PSOE, situada en la calle de Gobelias en Madrid para saber exactamente lo que necesitaba, y hablé con Piluca Navarro, la secretaria de toda la vida de Felipe González y buena amiga mía, pues además tenía una casa en Alaró, Mallorca, cerca de la mía de Valldemosa, donde solía veranear y donde nos veíamos todos los años. Ella me pasó entonces al expresidente, que estuvo más encantador que nunca, derrochando esa simpatía que le sobra y dándome la impresión de que no tenía nada más importante que hacer en la vida que charlar conmigo.

Al día siguiente, tras leer el dossier, González y Matutes decidieron pedirme que acompañara a la misión de la OSCE en calidad de secretario de esta y de asistente personal de Felipe González. Así me lo dijo el ministro, que fue muy confuso en cuanto a los detalles del trabajo: mandato, mensaje, composición de la delegación, etc. Me dijo que fuera a ver a González y que él me lo aclararía todo. El día 19 me reuní con el expresidente en su oficina del

edificio de Gobelias («debería ser rojo y ni siquiera es rosa», me dijo Felipe) y allí me explicó con detalle el objetivo de la misión y pasamos juntos revista al trabajo que nos esperaba y que tenía riesgos, pero que nos parecía a ambos muy interesante. Fue entonces cuando Felipe González, con sorna, me contó que Matutes, al proponerle mi nombre, le había dicho que «no te quejarás porque te envió a Jorge, que es muy tuyo», a lo que él le había respondido que yo «era más bien del Estado». A mí no me importó porque estoy acostumbrado a que ir por la vida de independiente haga que nadie te considere «suyo», y eso es así, guste o no guste, para lo bueno y para lo malo... porque también te dejan muy solo cuando vienen mal dadas. Y sé muy bien de lo que hablo. En todo caso, la anécdota en aquel momento me dejó muy claro que el Partido Popular, que había ganado las últimas elecciones, me veía «contaminado» tras doce años como director general con varios gobiernos socialistas. Así son las cosas por estos pagos, o eres de los míos o estás contra mí. O blanco o negro, el maniqueísmo es total y a mí me apena ver cómo mucha gente inteligente pierde los infinitos matices de gris que hay en la vida y que la hacen más rica. Y que como resultado también se desaprovecha mucho talento.

Tras esa reunión almorzamos ambos, Felipe y yo, con Max Kampelman, designado representante norteamericano en la delegación y que se había trasladado a Madrid con toda urgencia con la intención de explicarnos lo que Washington esperaba de nosotros. Típico de los norteamericanos, que pretendían ponernos desde el minuto cero al servicio de sus objetivos en Serbia. Así es como funciona el imperio. Pero no conocía a González, que con mucha habilidad lo llevó a nuestro terreno. Allí mismo se le dejó muy claro que haríamos las cosas a nuestra manera y sin dejarnos influir por unos o por otros, y me satisface recordar que al terminar la misión, se recibió en Exteriores un telegrama de nuestra embajada en Washington en el que se decía que en el Departamento de Estado se aplaudía sin reservas la forma en la que González había hecho su trabajo.

Al día siguiente, viernes 20, salimos de Madrid a las siete de la mañana rumbo a Belgrado en un pequeño avión que puso a nuestra disposición la presidencia suiza de la OSCE. La misión resultó fascinante, dos días sin parar con muy pocas horas de sueño y con constantes entrevistas con medios del Gobierno, del Tribunal Supremo, con líderes de la Oposición (Djindjic, Pesic

y Dráskovic), con autoridades locales y hasta con estudiantes. Vimos a todo el mundo y Felipe González estuvo brillante. Lo primero que hizo fue meterse en el bolsillo a una delegación variopinta de doce diplomáticos y expertos de países tan diversos como Rusia, Polonia, Italia, Suiza, Países Bajos, Estados Unidos e Irlanda, donde cada uno tenía su propia agenda no siempre coincidente con la de los demás. Al principio aquello me parecía como la cuadriga de *BenHur* pero no con cuatro sino con doce caballos tirando en direcciones diferentes. Y González los dominó desde el primer momento, dejando a todos muy claro que las conclusiones no serían consensuadas, como deseaban los rusos, sino responsabilidad suya como presidente y que, además, en las reuniones que tuviéramos no hablarían todos, como pretendían, sino solo él en nombre de toda la delegación, ya que en otro caso la situación habría sido inmanejable. También les explicó que a la entrevista con el presidente Milosevic solo entraríamos él y yo. Esto último no les gustó ni a rusos ni a norteamericanos pero se tuvieron que aguantar. Luego les habló a los serbios, a todos, con claridad, con firmeza y con calor humano al mismo tiempo, aprovechando su experiencia personal y su don de gentes, que lo tiene y mucho, para salpicar de simpatía y de anécdotas personales su discurso.

Tras todos los encuentros que mantuvimos a lo largo de estos dos días en Belgrado no nos quedaron dudas de que había habido una manipulación de los resultados electorales, aunque no fue generalizada sino limitada a catorce municipios. Eso arrojaba serias dudas sobre el carácter democrático de los comicios en su conjunto, pues aunque el fraude no supusiera una alteración sustancial en la relación de fuerzas existentes en el país, el rechazo de los resultados por las autoridades descalificaba las reglas de juego existentes como poco democráticas y dificultaba la normalización de relaciones entre Serbia y la comunidad internacional. Y con esa misma claridad se lo dijo Felipe al presidente Slobodan Milosevic cuando se reunió con él.

Fue un encuentro fascinante. A Milosevic lo acompañaba su ministro de Exteriores, Milan Milutinović, y González estuvo acompañado por nuestro embajador en Belgrado, Joaquín Pérez Gómez, y por mí mismo, que había tenido ya ocasión de conocer a Milosevic durante la Conferencia de Dayton. El resto de la delegación no entró, se quedó fuera esperando a que termináramos la conversación. Fue una decisión inteligente, pues de otra forma

no se hubiera podido hablar con la claridad e inmediatez con que se hizo. Milosevic decía que deseaba superar el aislamiento de su país, integrar a Serbia en la OSCE y establecer relaciones normales con las instituciones políticas y financieras de Europa y del mundo. González le respondió que era un estupendo objetivo y que la mejor manera de lograrlo era democratizar su país... comenzando por reconocer los resultados electorales, que es lo que había motivado nuestro viaje y nos había reunido ese día con él. Milosevic respondía que no podía democratizar Serbia de golpe porque el cambio se lo llevaría a él antes por delante, y González reconocía que eso podía suceder pero que lo que importaba era Serbia y no el presidente Milosevic, algo que supongo que no era excesivamente tranquilizador para el serbio. Añadía que el paso de una dictadura a una democracia era algo factible, como demostraba la propia experiencia española: «Yo lo hice —decía— y usted también puede hacerlo si quiere, es cuestión de atreverse». Fue una conversación directa, a calzón quitado y muy clara. Al final Milosevic puso su interés personal por delante del de su país y el resultado es conocido, malo para ambos.

Apenas después de Navidad, el 27 de diciembre, volé con González a Ginebra en otro avión de la Fuerza Aérea suiza. Allí entregamos las conclusiones y recomendaciones de nuestra visita a Belgrado a los ministros de Exteriores de Suiza y de Dinamarca, Cotti y Petersen, que eran los dos países que ostentaban la presidencia actual y futura de la OSCE, que cambiaba de manos apenas tres días más tarde, el 1 de enero de 1997. Antes de la rueda de prensa, Cotti telefoneó a Milosevic para darle cuenta del contenido del Informe González y este se enfadó mucho, aunque supongo que de cara a la galería, porque yo ya le había adelantado por teléfono el resultado a su ministro de Exteriores, Milutinović, desde Madrid el día antes, y no le dejé ninguna duda sobre nuestras conclusiones y del hecho de que no les eran precisamente favorables. En esencia, el Informe pedía a las autoridades serbias que reconocieran el fraude electoral del 17 de noviembre y que actuasen en consecuencia, sin que nos valiese una repetición de los comicios con la ley electoral vigente porque no era democrática. Así de claro. Las cosas había que hacerlas bien.

El día 3 de enero volví a viajar a Viena, esta vez ya solo, para presentar formalmente el «Informe González» (que había redactado yo de la A a la Z y que Felipe González tuvo la amabilidad de aceptar tal cual se lo entregué, sin cambiar una coma) ante el Consejo Permanente de la OSCE, que se había reunido de forma extraordinaria en la capital austríaca para recibirlo. En Viena había nevado y hacía un frío pelón, con el termómetro a varios grados bajo cero. Leí el Informe en público y el Consejo lo endosó allí mismo. Había mucha expectación y mucha prensa que procuré esquivar (salvo a la agencia EFE, a la que me limité a decirle que el Consejo había aprobado el Informe González y que entonces solo quedaba esperar que los serbios lo acataran), porque no quería apuntarme ningún éxito que pudiera crearme enemigos y envidias en Exteriores cuando estaba esperando ser nombrado embajador en Marruecos. El PP acababa de llegar al Gobierno, a mí muchos me veían como «filosocialista», colaborador del PSOE tras muchos años como director general con varios ministros diferentes, y convenía dejar que se calmaran los ardores y sectarismos iniciales, pues había mucho macartista suelto por Madrid. Recordaba no solo el comentario de Matutes a González sobre mí, sino las palabras con las que me despedían los compañeros del ministerio cuando comenzó la misión, diciéndome con sorna «que tengáis éxito... pero no demasiado». Es lo que había.

El asunto no terminó aquí porque a Milosevic no le gustó nada que le dijera en público que las denuncias de fraude hechas por la oposición eran ciertas, deseaba salvar la cara y llamó a Felipe. Por eso González me llamó el 12 de enero un par de veces desde Sevilla para decirme que si Milosevic se atrevía a poner en marcha un proceso de transición en Serbia, él estaría dispuesto a asesorarlo y que se lo dijera a Matutes y a la OSCE. Me dio la impresión de que eso era algo que le hubiera gustado hacer, pero le contesté que mucho me temía que lo que los serbios iban a ofrecernos sería demasiado poco y demasiado tarde. No le dije, aunque lo pensé, que tampoco creía que a Moncloa fuera a gustarle la idea.

Un par de días después, para agitar el tablero, Felipe González haría pública una declaración (que yo le preparé) recordando las exigencias de la OSCE, y horas más tarde los serbios me llamaron para pedir que recibiéramos al ministro de Exteriores Milutinovic en Madrid. Vino al día siguiente, yo le

recibí en Barajas y desde allí fuimos al Palacio de Viana, donde lo esperaban Felipe González y Abel Matutes. Lo que Milutinovic pretendía era que aceptáramos su propuesta de reconocer el fraude en diez municipios y de repetir las elecciones en otros cuatro, incluida la ciudad de Belgrado, donde no podían aceptar a Djindjic como alcalde. También nos dijo que pensaban que las manifestaciones estudiantiles estaban manipuladas y financiadas desde el exterior y que entre la violación de la ley por su parte o el «aislamiento en la miseria» no dudarían en escoger este último. Eso no dejaba de resultar irónico cuando estaban aislados y violando la ley al mismo tiempo. Con ello el Gobierno serbio trataba de chantajearnos al hacernos responsables de una posible desestabilización regional. Aquello no era de recibo y así se lo dijimos a Milutinovic, porque la estabilidad regional pasaba necesariamente por la democracia y porque al no ser democrático el régimen serbio, una repetición electoral con la misma ley no tendría legitimidad ni credibilidad y, en consecuencia, tampoco sería aceptada ni por la oposición ni por la comunidad internacional.

Entonces Matutes intervino con mucha habilidad para decirle a Milutinovic que su problema no era jurídico sino político y que si había voluntad política sería posible encontrar los mecanismos legales necesarios. Pero que si no lo hacían, la discusión que entonces aún se centraba en unos pocos votos municipales se extendería a poner en duda la legitimidad del conjunto del sistema. En concreto, Matutes entonces le propuso a Milutinovic:

- Afirmar que Serbia acepta las conclusiones del Informe González y que está dispuesta a aplicarlas.
- Pedir una reunión con la oposición para encontrar juntos los procedimientos adecuados para su puesta en práctica.
- A partir de ahí, acordar juntos las condiciones para una ulterior democratización del país.

Estas ideas no implicaban una negociación sobre el fondo del problema sino sobre el procedimiento, y fueron inmediatamente respaldadas por González porque, además, encontraban encaje en nuestro propio Informe (párrafo 7E). Milutinovic contestó entonces que tendría que consultar con el

presidente Slobodan Milosevic pero que sería muy útil si González volvía a Belgrado y lo «ayudaba a convencerle». González se mostró dispuesto a ello, y yo me temo por cosas que oí aquellos días que ese nuevo proyecto de viaje no gustó nada ni en la Moncloa ni en Exteriores. Me lo estaba temiendo porque había celos y desconfianza en el PP, poca simpatía entre Aznar y Felipe González, y el propio Abel no paraba de hablar de «la iniciativa Matutes» y no deseaba otros protagonismos. Aznar desconfiado; González, un zorro; Matutes, ansioso de gloria, y yo en medio, con la clara impresión de que en el ministerio me dejaría plumas tanto si las cosas salían bien como si salían mal, aunque a medida que pasaban los días cada vez me parecía que eran más los que deseaban un fracaso antes que un éxito. En todo caso, el nuevo e inexperto presidente danés de la OSCE, el ministro Petersen, no vio clara la conveniencia de un nuevo viaje de González a Belgrado; debía de pensar que era meterse en un jardín desconocido tras el éxito ya obtenido; le dio miedo y no lo autorizó, a pesar de que el proyecto había recibido luz verde tanto desde Washington como desde Berlín.

Entonces se me ocurrió la idea de invitar a la oposición serbia a venir a España, y esto gustó a Matutes. Como consecuencia, el 25 de febrero vinieron a Madrid Dráskovic, Pesic y Djindjic, flamante nuevo alcalde de Belgrado. Tras un almuerzo en el Palacio de Viana con los líderes de los grupos parlamentarios del Congreso, hubo una reunión de trabajo a la que asistió también Felipe González y en la que les aconsejó tomar la iniciativa y constituir una plataforma que le pidiera a Milosevic la puesta en marcha de un proceso que pasaría por:

- Libertad e igualdad de acceso a los medios públicos.
- Libertad de prensa e información.
- Reforma electoral.
- Jurisdicción electoral *ad hoc*.
- Elecciones.

En esta hoja de ruta diseñada por Felipe González quedaba intencionadamente la reforma constitucional para más adelante, con objeto de que pudiera ser abordada por el Parlamento que surgiera de unas futuras

elecciones libres. Recuerdo muy bien a los tres opositores tomando notas como escolares mientras González hablaba.

Y ahí acabó nuestro intento de contribuir a la democratización de Serbia. Milosevic no se dejó convencer, tuvo miedo y acabó pocos años más tarde, en 2001, acusado de crímenes de guerra, crímenes contra la Humanidad y genocidio ante el Tribunal Penal Internacional para la antigua Yugoslavia. Falleció sin gloria alguna en 2006 en su celda de Scheveningen (Holanda). Como dice el refrán latino «*audentes fortuna iuvat*» (la suerte sonríe a los audaces). Y yo estoy muy de acuerdo. A Milosevic le faltó valor en un momento decisivo, dejó pasar la oportunidad, y él y su país lo han pagado muy caro.

UN ERROR CON CUBA

Cuando cambia el signo político del Gobierno de la Nación, el presidente que llega intenta diferenciarse del anterior todo lo que puede, y esto se aplica también al ámbito de la política exterior, lo cual no es siempre fácil porque son habas contadas y porque, en los países serios, se trata de un mundo regido por el consenso sobre la base sólida de que los intereses del país no tienen por qué cambiar cuando lo hace el inquilino de la Moncloa, aunque muchas veces este suele ser el último en querer enterarse. Y como no hay mucho de donde rascar, los objetivos de los cambios, o más bien modulaciones, son siempre los mismos: Cuba, el Sahara, Gibraltar... y poco más.

El caso es que la relación con la Cuba de Castro se había mantenido, incluso durante el franquismo, y que España siempre se opuso a los embargos decretados sobre la isla por el Congreso de Estados Unidos, a pesar del triste balance del régimen cubano en materia de libertades políticas o de derechos humanos y de su nula capacidad para dar de comer dignamente a su población, tan próxima a nosotros por razones múltiples.

No conozco Cuba y bien que lo siento. Mi hermano Rafael, también diplomático, estuvo destinado en La Habana y me insistía para que fuera a visitarle. Contaba que en un par de ocasiones, estando circunstancialmente al frente de la embajada, se le presentó en su casa Fidel Castro a medianoche para charlar con algún visitante español de paso por la isla. Entonces, gran conversador como era, se quedaba hasta las tantas de la madrugada después de trasegarse varias copas de Pacharán, que al parecer le gustaba mucho, y por eso mi hermano siempre tenía una botella en reserva para las visitas repentinas del comandante. Por si acaso. Pero yo nunca viajé a Cuba porque durante los doce años que fui director general en Exteriores, el ministro de

turno siempre pensaba que los cubanos interpretarían en clave política mi viaje, y como siempre había algún problema, nunca encontramos el momento oportuno. Como tampoco lo hubo, años más tarde, cuando estuve al frente del Centro Nacional de Inteligencia y tenía serias diferencias con mi colega cubano por la libertad con la que dejaban moverse a los etarras acogidos en la isla, que estos aprovechaban para hacer maldades en Venezuela y otros lugares. El cubano, que era un general muy simpático como todos sus compatriotas, me invitaba, y yo le decía que solo iría a Cuba con ciertas condiciones y si me daba algunas garantías en relación con aquellos etarras. Él me decía que sí pero luego no me las daba porque no le dejaban, y como consecuencia de ello nunca puse los pies en La Habana. Y bien que lo siento.

El día 10 de julio de 1996 vino a Madrid Stuart Eizenstat, embajador especial del presidente Bill Clinton, para tratar de embarcarnos en una especie de cruzada anticubana que les permitiera salir airosos del pozo en el que se habían metido ellos solos al aprobar cuatro meses antes The Cuban Liberty and Democratic Solidarity Act, también conocida como Ley Helms-Burton, por los nombres de los dos senadores que la habían patrocinado. Esta norma fue consecuencia de la enorme indignación que suscitó en Washington el derribo por la Fuerza Aérea cubana de dos aviones privados (y desarmados) operados por exiliados cubanos de Miami (lo que los castristas llaman despectivamente «la gusanera»), que se dedicaban a espiar, a hacer contrabando o simplemente a incordiar. El objetivo de esta ley era reforzar el embargo norteamericano y ampliarlo a cualquier compañía de cualquier país del mundo que hiciera negocios con Cuba, que por esa sola razón se exponía a ser objeto de represalias en Estados Unidos. De forma muy particular perseguía el tráfico con propiedades de ciudadanos norteamericanos o de exiliados cubanos que hubieran sido confiscadas por el Gobierno de La Habana. A los directivos de las compañías que transgredieran esta disposición también se los castigaría y, además, no se les permitiría la entrada en Estados Unidos. El mundo entero vio esta norma como un intento inadmisibles por parte de Washington de querer imponer a los demás países su política con Cuba, que era, a su vez, consecuencia de su complicada relación doméstica con el exilio de Miami. Impresentable, se mire como se mire.

Eizenstat se encontró en Madrid con un rocoso Abel Matutes (no hay que olvidar que el ibicenco era también un exitoso empresario hotelero) que se estrenaba como ministro de Asuntos Exteriores y que le contestó, muy serio, que mientras esa ley mantuviera la cooperación con Estados Unidos sobre Cuba sería imposible. Asistí a aquella reunión como director político y pude ver cómo Matutes también se negó en redondo a que España liderara una toma de posición europea favorable a la Ley Helms-Burton, como pretendían ingenuamente los norteamericanos que hiciéramos. Eizenstat se volvió a Washington con el rabo entre las piernas y supongo que bastante cabreado. Así quedaron las cosas en julio. Lo que pasa es que el nuevo secretario de Estado para Iberoamérica, Fernando Villalonga, mantenía sobre Cuba posturas más duras que el ministro y tenía el respaldo de la Moncloa. O simplemente estaba en este asunto más en sintonía con el presidente que el propio ministro. Fernando era y es buen amigo mío, pues había trabajado anteriormente en mi dirección general y luego hemos coincidido cuando yo era embajador en Estados Unidos, y él cónsul general en Nueva York. Pero en este asunto no estuvimos de acuerdo.

El momento clave llegó en noviembre tras una reunión aparentemente tormentosa entre Aznar y Castro que tuvo lugar en Santiago de Chile, durante una Cumbre Iberoamericana, aunque es posible que no lo fuera tanto como entonces se trasladó a la prensa y esto probablemente no fue por casualidad. Lo cierto es que el dictador cubano no le tenía ninguna simpatía a Aznar, le llamaba cosas tan pintorescas como «führercito con bigotico», y Aznar le respondía con un seco «no toca» cuando el rey insinuaba su deseo de visitar la isla. Por su parte, miles de cubanos reunidos en «manifestaciones espontáneas» de apoyo al régimen gritaban «Aznar, marioneta, a Cuba se la respeta» y es que no hay como las izquierdas para organizar manifestaciones. El caso es que los cubanos habían hecho otra de las suyas a costa de los derechos humanos de sus compatriotas y Villalonga me telefoneó desde Santiago para decirme que se había decidido que nuestra política con Cuba debía cambiar hacia una mayor dureza y que yo, como director político, debía impulsar un cambio en el mismo sentido de la posición europea. Se pretendía condicionar a partir de ese momento toda cooperación con Cuba a la mejora de los derechos humanos en la isla. Me sonó a excusa. No hacía falta ser muy

listo para intuir que era probable que los norteamericanos estuvieran detrás de este giro, con el que yo modestamente no estaba de acuerdo, y así se lo dije a mi interlocutor. Y no lo estaba no por simpatía por Cuba, que reconozco tenerla, ni por simpatía por su régimen, que nunca la he tenido, sino por la simple y práctica razón de que en aquella época, en Bruselas se hacía lo que nosotros queríamos con Iberoamérica. En cualquier discusión en que saliera un tema latinoamericano, los 14 miembros restantes del Comité Político me miraban a mí antes de decidir... y normalmente apoyaban la postura que yo defendía. E igualmente ocurría en cuanto a ministros y jefes de Gobierno. Casi siempre se hacía lo que nosotros decíamos, salvo en algunas situaciones de interés muy especial para algún socio, que no eran frecuentes. Y en esos casos casi se disculpaban y nos pedían perdón.

Tenía ante mí tres opciones: cumplir las instrucciones recibidas, intentar que la superioridad las cambiase explicándoles mis argumentos, o dimitir en disconformidad con la orden recibida. Opté por la segunda. Yo interpretaba que si ahora hacíamos aprobar en Bruselas una Posición Común, que habría que negociar con cuidado y adoptar luego por unanimidad, el mismo consenso sería luego necesario para modificarla con el resultado de que nos íbamos a atar nosotros solos las manos sin ninguna necesidad. Y así se lo dije por teléfono a Villalonga sin que mi argumentación surtiese ningún efecto. Entonces pedí hablar con el ministro Matutes, también en Chile, pero no lo conseguí porque estaba indispuesto, y el presidente Aznar no estaba simplemente al alcance de un modesto director general. Me debí de poner un poco pesado porque Fernando me acabó recordando con amabilidad y firmeza que lo que él me había transmitido eran instrucciones expresas del presidente del Gobierno. Donde manda capitán... y además siempre he tenido muy claro que los diplomáticos tenemos la misión de ejecutar con lealtad la política exterior que marca el Gobierno, que no es poco, pero no somos nosotros quienes la hacemos, y este era un caso de libro. Mis colaboradores en la dirección de Asuntos Políticos, Eugenio Salarich y Curro Elías de Tejada, saben bien que me obligaban a hacer lo que yo consideraba un error en nuestra política exterior.

Una vez recibidas las instrucciones de Chile, no perdí el tiempo en acatarlas porque al día siguiente, 14 de noviembre, se celebraba en Dublín una reunión del Comité Político (COPO) donde sorprendí a mis 14 colegas planteándoles sin anestesia previa una propuesta de endurecimiento de la política comunitaria con Cuba. El procedimiento no era normal porque cuando hay una iniciativa de este tipo se suele comunicar antes por la red COREU de comunicaciones cifradas entre los 15, con el fin de que cada uno pueda estudiar el asunto antes de viajar a Bruselas y no encontrarse inesperadamente con la pistola en el pecho al comenzar la reunión. Más aún, una vez presentada la propuesta, lo normal no es que vaya directamente al Comité Político, sino que sea objeto de previa discusión en el correspondiente Grupo de Trabajo de la PESC, en este caso, el Grupo de América Latina. Como consecuencia, la reunión del COPO no fue fácil, sino bastante dura porque no se esperaban nuestra propuesta; no se fiaban de nuestras razones, no les habíamos dado tiempo para analizar los pros y contras, y no veían claras nuestras prisas pues, dado el revuelo mediático que había con Cuba en España, temían que les quisiéramos exportar un problema propio, y no les faltaba razón. Al final, después de un día agotador de típica negociación multilateral, logré mi objetivo de que aceptaran hablar del tema tras mucha «diplomacia de pasillo» y mucho trabajo entre bastidores que me obligó a suavizar bastante el texto excesivamente duro que me habían remitido desde Viña del Mar. Me ayudó bastante hacer una presentación gradualista y «en positivo» que destacara el objetivo de perseguir una mejoría de los derechos humanos en la isla.

En esa reunión conseguí, con el inestimable apoyo de José Eugenio Salarich, que los socios aceptaran la idea de elaborar una Posición Común sobre Cuba, que no era poco, y que aceptaran el texto español suavizado como base de partida, lo que era muy importante, con mi compromiso de incorporar sus comentarios y sugerencias. Eso dejaba en mis manos la redacción del proyecto definitivo, que era algo esencial para mí como cualquier negociador sabe, pues la discusión posterior se haría sobre mi propuesta y supongo que eso es algo que está en la primera lección de cualquier manual para negociadores. O debería estarlo. De acuerdo con el Tratado de Maastricht, una Posición Común obliga a los países miembros a adaptar a ella sus políticas nacionales y sirve así como instrumento en el largo camino hacia esa Política

Exterior y de Seguridad Común que nunca hemos alcanzado y que tanta falta nos hace en Europa. Pero en contra de las presiones y urgencias que yo recibía de mis superiores, los socios no querían precipitarse, se oponían a aislar al régimen cubano o a romper el diálogo con él, por muy *crítico* que este fuera, y sobre todo no querían establecer ninguna vinculación entre lo que estábamos haciendo y la Ley Helms-Burton. Yo estaba de acuerdo con todo eso, y en las notas manuscritas que conservo de ese mismo día y en las que ahora me apoyo escribí que «el COPO ha sido duro... he sacado lo que quería tras trabajarlo mucho en las bambalinas. Y eso que no creo en ello y que me parece que el Gobierno se equivoca con este enfoque. Pero no me hicieron caso».

Al regresar de Dublín a Madrid rehízo con José Eugenio el texto que proponíamos, incorporando en una labor de corta y pega algunas sugerencias de los socios, y se lo reenvió a todos por la red COREU para que lo fueran estudiando. Luego el Grupo de Trabajo de América Latina, que reunía a los expertos ministeriales en asuntos de ese continente, examinaría ese texto y lo volvería a elevar al COPO añadiendo las sugerencias que estimaran oportunas. Mientras, en Madrid, en especial en el ministerio, todo eran nervios y prisas, y Chenchó Arias, director general de la OID, me contó que el asunto había hecho daño a la imagen del ministro Matutes, que se quejaba de que la Moncloa le había metido este «gol por la escuadra» cuando estaba con una inoportuna gripe. Para colmo, el Papa recibió esos días a Fidel Castro, que aprovechó la tribuna mediática que le ofrecía el Vaticano para decir que Franco tuvo con Cuba más dignidad que Aznar, lo que fue jaleado por la oposición socialista y buena parte de la prensa en España, donde la idea de endurecer la política comunitaria con Cuba no era nada popular. Como prueba de lo que digo, el jueves 21 de noviembre, el resumen de prensa española que elaboraba a diario la OID dedicaba nada menos que dieciocho páginas a comentarios periodísticos sobre esa cuestión, con el consiguiente nerviosismo de la cúpula de Santa Cruz. Ignoro cuáles eran los ánimos en la Moncloa, que ya digo que no estaba entonces a mi alcance. El caso es que, de repente, todos en Madrid parecían dispuestos a aceptar el texto de Posición Común que yo les llevara, fuera cual fuere, con tal de que lo hiciera cuanto antes y se dejara de hablar del asunto. Se habían metido en un buen atolladero y no es porque no les hubiera prevenido.

El día 22 de noviembre hablé por teléfono con todos los colegas europeos, uno por uno, y descubrí algunas otras de sus preocupaciones y líneas rojas, y con sus comentarios y los previos recibidos por COREU, me encerré con Salarich y con mi compañero Eduardo Gutiérrez y juntos elaboramos un texto que ofrecimos a la presidencia irlandesa y que pensamos que podría ser objeto de consenso. No nos equivocamos. El acuerdo por fin se logró en la reunión del Comité Político del día 25, donde aprobamos una Posición Común sobre Cuba en términos positivos, un «compromiso constructivo», sin medidas coercitivas y pidiendo a las autoridades cubanas que favorecieran «el proceso de transición hacia una democracia pluralista y el respeto de los derechos humanos y de las libertades fundamentales». También se les pedía que suprimieran los delitos políticos y excarcelaran a los opositores políticos. Imposible estar en desacuerdo con estos nobles propósitos. Lo importante del texto, su núcleo (con el que yo seguía en profundo desacuerdo) era que se supeditaba la cooperación europea con Cuba al inicio de reformas «que conduzcan a una democracia pluralista» en la isla. Casi nada. Y la prueba es que veinte años más tarde eso sigue siendo un sueño para muchos cubanos y un deseo para los que seguimos el proceso desde fuera.

En lo que a mí concernía, batí el récord de tiempo en la aprobación de una Posición Común, pues la logré en tan solo cinco semanas cuando lo habitual eran tres meses como mínimo. *Ovidio* publicó en su columna «ZIGZAG» del *ABC* un comentario elogioso días más tarde diciendo que lo había hecho en «un tiempo récord de dos semanas», lo que es una exageración. En el plano puramente personal, creo que esa negociación ayudó a mejorar la opinión que el ministro Matutes tenía de mí, que se inició llena de desconfianza por haber trabajado tantos años como director general con gobiernos socialistas en el pasado... y al mismo tiempo noté que aumentaba la que por mí sentían algunos de los nuevos mandamases del ministerio, que me veían más en longitud de onda con la oposición. Es lo que tiene decir lo que uno piensa.

Visto con la perspectiva que dan los años, el resultado último de la Posición Común ha sido un enroque del régimen cubano que no ha abierto la mano para mejorar las condiciones de vida de sus ciudadanos, y veinte años en los que nuestra libertad de acción sobre Cuba se ha visto limitada por este

texto, de obligado cumplimiento, y cuya reforma era casi imposible requerir para modificarlo con el mismo consenso que había existido cuando se adoptó. Durante estos años hemos sido rehenes del socio más duro en su relación con La Habana, aspecto en el que destacaron los países de Europa del Este cuando entraron en el club europeo porque habían vivido en su propia carne las «delicias» de los regímenes comunistas, sus privaciones de libertad y de derechos humanos, y querían para los cubanos los mismos derechos que ellos habían conseguido. Así que al castrismo, ni agua. Con el agravante de que hicieron falta quince votos para adoptar la Posición Común, pero con cada ampliación comunitaria aumentaba el número de voluntades que había que reunir para modificarla.

De los norteamericanos decía Winston Churchill que siempre acaban tomando la decisión correcta pero únicamente después de haber probado todas las demás alternativas. Pues lo mismo ocurrió en este caso. Al final, Federica Mogherini, Alta Representante de la Unión Europea para la Política Exterior, pudo anunciar en noviembre de 2016 la derogación por unanimidad de la Posición Común sobre Cuba, que tan trabajosamente me tocó a mí negociar en contra de mi opinión veinte años antes, y que desgraciadamente no contribuyó a mejorar los derechos humanos en la isla. Descanse en paz.

LA CONFERENCIA EUROMEDITERRÁNEA DE BARCELONA

Desde que entramos en la Comunidad Europea, el 1 de enero de 1986, tuvimos el objetivo de acercar Europa al mundo mediterráneo y a Iberoamérica, pues teníamos claro que con ello conseguiríamos a un tiempo el doble objetivo de reforzar nuestras zonas prioritarias de acción exterior y de aumentar nuestro peso en Bruselas como portavoces de estas, aunque fuera oficioso, de sus aspiraciones y sus necesidades. No era muy difícil, pues había entonces más funcionarios europeos en la República de Benín que en toda Latinoamérica, y la atención que se prestaba al flanco sur de nuestro continente era mínima en comparación con la que se daba a Europa oriental. Años más tarde podemos constatar con satisfacción que la apuesta salió bien y que, como resultado, nuestro papel en los foros de decisión comunitarios también ha ganado peso y profundidad estratégica.

En el caso del Mediterráneo, nuestra intención era reunir a los ministros de Asuntos Exteriores europeos y de la ribera suroriental de ese mar en una gran conferencia en la que se pudiera hablar de todo aquello que preocupaba a unos y a otros, conscientes como éramos de que a los del norte nos interesaba suscitar cuestiones ligadas a la seguridad, la inmigración, los tráfico ilegales y los derechos humanos, mientras que los países del sur querían poner el acento en cuestiones económicas, flujos comerciales, monetarios y de cooperación. Cada uno a lo suyo, como debe ser, pero sin perder tampoco de vista las preocupaciones ajenas.

Para lograrlo había que vencer tres problemas iniciales: atraer la atención de los socios europeos hacia una zona que no veían como prioritaria para sus intereses; vencer los celos y la desconfianza de Francia hacia una

iniciativa en la que consideraba su zona de influencia; y, la tercera, manejar con mucha habilidad y paciencia la presencia de Israel, pues sabíamos que los árabes pondrían muchos obstáculos antes de sentarse a la misma mesa con los representantes de Tel Aviv. No eran problemas menores.

El primer paso lo dimos en la Cumbre Europea de Essen, poblado industrial y feo cercano a Düsseldorf, entre el 8 y el 10 de diciembre de 1994. Recuerdo de esa reunión que el tiempo era triste y frío, el lugar del encuentro (Essen Messe), desangelado a más no poder, y que los alemanes nos dieron una comida malísima que parecía un rancho cuartelario. Pero lo importante es que aunque allí se habló sobre todo de la Conferencia Intergubernamental de 1996 sobre el futuro de la Comunidad Europea, entonces en fase de preparación, Felipe González convenció a sus colegas de la conveniencia de prestar más atención al flanco sur, y con su prestigio logró la convocatoria de una Conferencia Euromediterránea (COMED, en nuestro argot) que celebrar durante nuestra presidencia comunitaria en la segunda mitad de 1995. Naturalmente, para que esto pudiera ocurrir había habido mucho trabajo previo por parte de directores políticos y ministros de Asuntos Exteriores. Y como nosotros éramos los padres de la criatura, en Essen también se nos confió su preparación. Yo era entonces director político, y eso significaba, en teoría, bastante trabajo, aunque, en realidad, de todos los preparativos se ocupó a partir de entonces en cuerpo y alma mi colega Miguel Ángel Curro Moratinos, que me había sucedido un año antes como director general de África y Medio Oriente. Curro tuvo la ayuda de un estupendo equipo formado por Gaby Busquets, Álvaro Iranzo, Javier Sancho y Alfonso Lucini. Todos se dejaron literalmente la piel en la tarea.

El segundo problema era convencer a los franceses, que en realidad no vieron nunca con buenos ojos el proyecto, ni antes, ni durante, ni después. Cuatro años antes de la Cumbre de Essen, en septiembre 1990, viajé todavía como director general de África y Medio Oriente a Palma de Mallorca, mi tierra, donde el ministro Francisco Fernández Ordóñez y su colega italiano Gianni de Michelis presentaron en público un proyecto que pretendía extender al área mediterránea lo mismo que hacía para Europa Central la OSCE. La idea no prosperó porque estábamos verdes por falta de experiencia tras muchos años de aislamiento franquista, porque a nuestros colegas italianos a

veces no se los toma muy en serio en Europa, porque el momento elegido fue pésimo al ser poco después de que Irak invadiera Kuwait, y porque no la habíamos consultado previamente ni con los norteamericanos ni con los franceses, que no vieron suficientemente claras nuestras intenciones y se cargaron la iniciativa antes de que naciera. Ahí aprendimos mucho sobre cómo no se debían hacer las cosas y es que se aprende más con los fracasos que con los éxitos, a poco atento que esté uno.

En realidad, a París no le gustaba que a otros mediterráneos se nos ocurrieran cosas en lo que consideraban «*leur terrain de chasse gardée*», su coto privado, y porque, además, durante mucho tiempo los franceses nos han mirado con un poco de condescendencia, por encima del hombro, como no queriendo dejar que los niños jueguen con cosas serias. Francia ha tardado en aceptar una España madura, plenamente democrática y con capacidad de influencia en su entorno, quizás porque temía que eso redundara en una disminución de su propia influencia... como efectivamente ha sucedido. Los últimos coletazos de esta forma prepotente de pensar los sufrimos durante la crisis de Perejil con Marruecos, en julio de 2002. Pero nos ha costado lo nuestro lograrlo. Cuando yo era embajador en Marruecos, el ministro de Exteriores, Mohamed Benaissa, me confesó sin ambages que la ambición de Chirac había sido «que un día el espíritu de Marsella reemplace al de Barcelona» y que así se lo había dicho al rey Hasán II. Estos celos habían sido también muy evidentes cuando se reunió en Madrid la Conferencia de Paz de Oriente Medio. Cuando los medios franceses reprocharon al Gobierno que hubiera dejado escapar una cita tan importante, Mitterrand confesó que «no todo puede tener lugar aquí y, a fin de cuentas, Madrid no está tan lejos de París» (o algo muy parecido). El caso es que al final pudimos celebrar «nuestra» Conferencia en Barcelona, pero los franceses no pararon hasta que se la apropiaron un poco, le cambiaron el nombre en Marsella por el de «Proceso de Barcelona: Unión por el Mediterráneo», y celebraron en París una Cumbre por el Mediterráneo en 2008 con la asistencia de los jefes de Estado y de Gobierno de los países de la cuenca. Los franceses hacen muy bien esas reuniones. Bienvenido sea cuanto sume.

El tercer problema, sentar juntos a árabes e israelíes, fue el más complicado, y se extendió hasta el último momento, cuando los delegados ya habían llegado a Barcelona. De hecho la «contaminación» del conflicto palestino-israelí llegó hasta el mismo día de la clausura, con discusiones encendidas sobre temas tan irresolubles en ese contexto como la diferenciación entre terrorismo y lucha contra la ocupación extranjera, la no firma por Israel del Tratado de No Proliferación Nuclear, el derecho palestino a la autodeterminación, o la inclusión en el documento final del principio «tierra por paz». Barcelona no era el lugar donde tratar asuntos que llevaban décadas sin resolverse y el solo hecho de plantearlos allí revelaba mala fe por parte de unos y otros porque era la forma más segura de cargarse la reunión. Las negociaciones fueron frenéticas hasta el último momento y cuando escribo «último» quiero decirlo en sentido literal, porque hubo que aplazar tres horas la ceremonia de clausura. Aquella mañana me tocó a mí ir al aeropuerto de El Prat a esperar sucesivamente a Carl Bildt, a Yasir Arafat y al propio presidente González, al que acompañé a una habitación de hotel para hacer tiempo mientras los delegados continuaban discutiendo. Al final, González pudo cerrar formalmente los trabajos aquel mismo día aunque con algunas horas de retraso.

Javier Solana, que entonces era ministro de Asuntos Exteriores, hizo un estupendo papel, en particular durante aquella última mañana, manejando bien el Plenario y metiendo mucha presión sobre los más reticentes, que eran Siria, Líbano, Israel, Egipto o los mismos palestinos. De esta forma logró evitar tanto el fracaso de la Conferencia (que hubiera sido un tremendo ridículo diplomático para nosotros) como un texto final ilegible e inútil, lleno de corchetes y de reservas. E igual mérito cabe atribuir a Moratinos y a su equipo, que no paraban de ir y volver con propuestas y sugerencias entre las delegaciones presentes, en un brillante despliegue de presión y de diplomacia multilateral. Los recuerdo en cuclillas tras las mesas de los delegados llevando propuestas y contrapropuestas de mesa en mesa. Gran trabajo. Esa era la época en la que Solana era considerado seriamente por los norteamericanos como un posible candidato para ocupar la secretaría general de la OTAN. Yo viajaba mucho con él y nos ocurría todas las semanas llegar a algún aeropuerto y encontrarnos con una llamada del secretario de Estado,

Warren Christopher, que quería hablarle con urgencia. En broma le decíamos que los norteamericanos le estaban examinando por entregas, y debía de ser verdad. Mi impresión personal es que Javier Solana dio un paso de gigante en la apreciación de Estados Unidos por la habilidad y la persistencia con la que logró rescatar un acuerdo final cuando la Conferencia Euromediterránea de Barcelona se encontraba al borde mismo del precipicio.

De aquella reunión surgió el Proceso de Barcelona con el objetivo confesado y altruista (pero no utópico como el «Diálogo de Civilizaciones» de años posteriores) de convertir la región mediterránea en una zona de paz, prosperidad, estabilidad y cooperación, y para ello adoptó el modelo de «tres cestos» ya experimentado con éxito por la OSCE en Europa Central: asociación política y de seguridad para los temas de democracia, terrorismo, drogas o derechos humanos; asociación económica y financiera para crear un área de prosperidad compartida que aumentara el bienestar y diera lugar a una posible futura zona de libre comercio en la cuenca mediterránea; y asociación social, cultural y humanitaria que preveía diálogo, intercambios culturales y religiosos o lucha contra la inmigración irregular, entre otras cosas. Para ello preveíamos reuniones periódicas de los ministros competentes en las diferentes áreas, y así, tras casi quince años de andadura muy complicada por la constante contaminación del conflicto irresuelto entre palestinos e israelíes, el Proceso de Barcelona se convirtió en la Unión para el Mediterráneo y fue dotado con una Secretaría General que se ubicó en el palacio de Pedralbes.

En mi opinión, el Proceso ha logrado atraer hacia el sur y el Mediterráneo la atención de la Unión Europea, que estaba excesivamente desequilibrada hacia la Europa central y oriental, y eso es un éxito para nuestros intereses. Por otra parte, el estallido de la llamada Primavera Árabe, que fue recibida con tanta ilusión antes de derivar en mustio invierno, fue consecuencia de las condiciones de dictadura, de injusticia económica y de corrupción política que vivían muchos de los países mediterráneos, algo que precisamente el Proceso de Barcelona previó con quince años de adelanto y que pretendió atajar creando condiciones de mayor desarrollo y justicia social, que era uno de sus objetivos declarados. La misma crisis de los refugiados que la guerra de Siria ha acabado arrojando sobre nuestras costas, y que los europeos hemos manejado tan mal, había sido prevista entre las

preocupaciones que nos llevaron a Barcelona en 1995. Y eso demuestra que nuestro diagnóstico era correcto en ese ejercicio de diplomacia preventiva, aunque los medios a su disposición fueran insuficientes y tampoco hayan ayudado las condiciones políticas prevalecientes en la región durante estos años. Yo sigo convencido de que a España le interesa —como objetivo permanente de su política exterior— mantener e impulsar esta dimensión mediterránea de la política europea que pusimos en marcha en Barcelona en 1995. Solo tiene ventajas para nosotros.

CUARTA PARTE
ENTRE VIEJOS AMIGOS

EMBAJADOR EN MARRUECOS

El Consejo de Ministros me nombró embajador en Marruecos el 13 de junio de 1997. Años antes, Felipe González me había comentado que quizás Rabat no sea nuestra embajada más importante, porque esa es Washington, pero que sin duda es la más sensible, y yo estoy de acuerdo con esa inteligente definición. Para empezar, a diferencia de lo que ocurre con las embajadas europeas en las que el embajador está mediatizado por las continuas reuniones entre ministros y directores políticos de todos los países miembros, y como consecuencia tiene la sensación de que la esencia última de la relación bilateral no pasa por sus manos —porque en realidad ya no lo hace—, eso no ocurre ni en Washington ni en Rabat, donde el grueso de la relación pasa por la mesa del embajador. Y mientras que todo lo que sucede en Washington afecta al mundo en su conjunto, y por lo tanto también a España, lo que ocurre en Marruecos nos afecta a nosotros de manera muy directa: Ceuta y Melilla, Peñones, conflicto del Sahara, delimitación de aguas frente a Canarias o a nuestras plazas de soberanía, inmigración ilegal, tráfico de drogas, inversiones, comercio, pesca y tomates, prospecciones petrolíferas, relaciones de vecindad... todo era importante y nada nos dejaba indiferentes. Y si en Washington había 180 embajadores —entre los cuales, los que de verdad importaban en mi época eran los de China, Rusia, Israel o Afganistán—, en Rabat había menos embajadores, pero los que en realidad contaban eran tres: el de Francia, el de Estados Unidos y el de España, y no necesariamente por este orden. En Washington, yo era uno más entre muchos y no me resultaba nada fácil acceder no digamos al presidente, que estaba fuera de mis límites, sino ni siquiera a la secretaria de Estado, Hillary Clinton, pues mi nivel habitual de relación eran los secretarios de Estado adjuntos. Por contra, en

Rabat yo era el representante de una gran potencia, me encontraba a veces con el rey, veía cuando hacía falta al primer ministro y me tuteaba con todos los ministros, que venían con frecuencia a cenar a mi casa y cuyos teléfonos móviles tenía y usaba en momentos de necesidad o apuro, que no eran escasos. Alguna vez también he ido discretamente a tomar un café a la casa del primer ministro o de un consejero real cuando algún asunto se enquistaba más de la cuenta y no lo podía solucionar como ministro. He sido embajador en ambos lugares, y si tengo que elegir, como profesional, me quedo con Marruecos.

Marruecos es un gran desconocido para España, y eso no es justo ni tampoco inteligente por nuestra parte. Lo prueba el hecho de que cuando me nombraron embajador había gente que casi me daba el pésame y se preguntaba qué habría hecho yo mal para que me destinaran a Rabat. Pura ignorancia. Es además un país apasionante. Nuestras relaciones tienen forma de dientes de sierra, suben y bajan constantemente, empeoran y luego mejoran sin que a veces haya razones que lo expliquen porque son más pasionales que racionales, y prisioneras, en muchos casos, de la política interna marroquí. Igual que Franco utilizaba Gibraltar para distraernos de otras cuestiones cuando le convenía, en Marruecos se saca cuando conviene la reivindicación sobre Ceuta y Melilla o el problema no resuelto del Sahara para distraer al respetable. También es verdad que a medida que Marruecos se democratiza y desarrolla, la relación tiende a ser más estable.

Cuando era director general para África y Medio Oriente elaboré con mi subdirector, Curro Moratinos, la que entonces llamamos «teoría del colchón de intereses», que consistía en desarrollar nuestras relaciones todo lo posible para que los intereses compartidos fueran tan importantes que disuadieran de aquellas acciones que pudieran ponerlos en peligro. Hoy somos el primer socio comercial de Marruecos (con gran irritación de Francia) y el primer o el segundo inversor extranjero, según los años. Por eso, por lo mismo que es una estupidez escupir hacia arriba, decía Hasán II que «no hay que insultar al futuro» porque ambos países somos vecinos y lo compartiremos, queramos o no, y porque a ambos nos irá mejor si al otro le va bien. Aun así, todavía hace poco tiempo de la provocación marroquí de Perejil, que el Gobierno de José

María Aznar se vio obligado a repeler para «evitar que los marroquíes se equivoquen de nuevo y con más graves consecuencias en un futuro próximo», como yo le decía.

En la embajada de Rabat no había tiempo para aburrirse y cada día era distinto del anterior. Lo primero que hice al llegar fue reunirme con los directivos del excelente equipo de profesionales allí destinados, una veintena de diplomáticos, militares y representantes de muchos otros ministerios, entre el centenar y medio de personas que allí trabajábamos y que se completaban con un par de institutos Cervantes en Tánger y Rabat, diez colegios de enseñanza media, donde estudiaban tres mil alumnos marroquíes (yo decía que los hijos de los ministros marroquíes todavía iban al liceo francés pero que sus sobrinos ya venían al colegio español), y un par de hospitales que aún funcionaban en Tánger y en Tetuán como herencia de la época del Protectorado. Hacía con todos mis colaboradores reuniones semanales que coordinaba con mucha eficacia el ministro consejero Juan Ramón Martínez Salazar. Es un sistema que he repetido en todas mis embajadas, en las que me he esforzado en crear equipos, en dar confianza, delegar responsabilidades y en exigir luego resultados, y esa es una fórmula que estimula a la gente y que siempre me ha funcionado muy bien. En ese equipo cada uno estaba a cargo de su área (Defensa, Trabajo, Interior, Pesca, Educación, Comercio...) pero al mismo tiempo también estaba al corriente en líneas generales de lo que hacían los demás, y este «hacer equipo» se completaba luego, fuera ya de las horas de oficina, con mi apoyo a iniciativas lúdicas como el «Campeonato Mundial de Mus de Rabat» (que organizaban los de Interior), la Feria de Sevilla de Marruecos (un montaje de los militares), sin descartar frecuentes reuniones en mi casa con la excusa de algún partido de fútbol transmitido por televisión, que era invariablemente seguido por una paella y una partida de mus. Son cosas que contribuían a fortalecer el espíritu de equipo, y lo cierto es que al cabo del tiempo salimos todos de Rabat habiendo hecho un buen trabajo, con muy buenos recuerdos y mejores amigos.

Al margen de los temas económicos y comerciales —a los que dediqué mucho tiempo porque siempre he pensado que una tarea importante de cualquier embajador es contribuir a crear empleo en España, que buena falta nos hace, y que nada mejor para ello que apoyar a nuestros empresarios—, los

asuntos que más tiempo me ocuparon y que procuraba llevar yo muy en mano eran la reivindicación marroquí sobre Ceuta y Melilla, el problema del Sahara y la negociación de un nuevo convenio de pesca. A estos asuntos voy a dedicar las líneas que siguen porque fueron muy importantes durante los cuatro años, día por día, que duró mi misión en Marruecos. De hecho, cuando Mohamed VI recibió en 2001 al ministro portugués de Exteriores, Jaime Gama, el rey no paró de hablarle de España, que era evidente que le preocupaba, hasta el punto de decirle: «Mire, aparte del asunto de la pesca, de la delimitación de aguas con Canarias y del problema de Ceuta y Melilla, aparte de eso, todo va bien con España». Me lo contaba, entre sorprendido y divertido, el embajador de Portugal, mi buen amigo António Valente.

Sobre Ceuta y Melilla, poco puedo decir porque, como dicen los americanos, «estaba muy por encima de mi nivel de sueldo». El irredentismo marroquí sobre ambas ciudades no es algo artificial sino genuino y tiende a ser como el Guadiana, que tan pronto aflora como desaparece sin que sepamos muy bien por qué, aunque no es infrecuente que aparezca a veces asociado a problemas de política interna de Marruecos como elemento de distracción. Pero no siempre. Ambos reyes, Hasán II y Mohamed VI, piensan que el tiempo juega a su favor en la medida en que cada vez hay más habitantes en ambas ciudades con origen marroquí, y creen que con el paso del tiempo estas gravitarán hacia Marruecos de igual forma que Gibraltar lo hará hacia España. Es cierto que cada vez hay más ciudadanos de origen marroquí y de religión musulmana en nuestras ciudades, pero se equivocan si piensan que esos marroquíes de origen quieren vivir como los tetuaníes o tangerinos. Nada más lejos de la realidad, igual que los gibraltareños no quieren vivir como los ciudadanos de Algeciras porque su nivel de vida es más alto y porque el privilegio es ser «llanito» y tener casa en Sotogrande. En mi opinión, la solución que desean los marroquíes solo podrá llegar, si llega, cuando en Tetuán se viva mejor que en Ceuta, y eso es también aplicable a Gibraltar, por más que el *brexít* haya reforzado nuestra posición como nunca antes y nos haya dado bazas negociadoras con las que no soñábamos y que pueden dar un vuelco a la situación. En contra de las bobadas que sobre Gibraltar decía el ministro García-Margallo, yo me quedo con el chiste que Máximo publicó

hace muchos años en *El País* y donde aparecía el perfil de un mapa de España con pequeños letreros de «vendido» a lo largo de toda la costa y debajo la leyenda «Gibraltar Español».

Durante los años que yo fui embajador en Marruecos (1997 a 2001), Hasán II fue más reivindicativo pues había sacado de no sé dónde que habíamos aceptado constituir una «célula de reflexión» para hablar sobre el problema de la soberanía, y eso dio lugar a un serio enfrentamiento entre él y el presidente Aznar en la entrevista más dura a la que yo he asistido nunca, el 27 de abril de 1998, en la que la demanda del monarca marroquí «cuando hay polvo no se puede esconder debajo de la alfombra» y «no tengo prisa pero tampoco puedo aceptar que no nos movamos» se estrelló contra el tancredismo del madrileño. «Estuvimos a punto del incidente... por su actitud totalmente cerrada», me decían, y es que don de gentes no tiene pero hay que reconocerle que defiende con firmeza (y, como he dicho, muy poca cintura) los intereses de su país, mientras otros dejan caer medias palabras que permiten a todos salvar la cara a corto plazo y crean serios problemas más tarde.

Mohamed VI, que tenía por delante treinta años de reinado, siempre me pareció más relajado al respecto. No porque renuncie a ambas ciudades — algo que ningún marroquí hará nunca—, sino porque piensa que caerán un día en sus manos con el paso del tiempo y en la medida en que su propio país se desarrolle y se democratice. No renuncia a la reivindicación pero no tiene prisa porque piensa que el tiempo juega a su favor, y él es joven. No es esa la postura de España, que no tiene ninguna duda sobre la españolidad de Ceuta y Melilla. Y luego están los peñones de Alhucemas y de Vélez de la Gomera, que tuvieron su razón de ser pero que hoy han perdido utilidad y, a mi juicio, se han convertido en carne de incidente. En todo caso, también creo que Mohamed VI se dejó muchas plumas en el incidente de Perejil, donde cometió un grave error de cálculo, y eso también ha debido de contribuir a calmar sus ardores, sobre todo porque la intervención militar española ha introducido una nueva variable estratégica en la zona que no puede ignorar.

Sobre el Sahara en aquellos años se hablaba del Plan de Arreglo o Plan Baker, que debía conducir al referéndum de autodeterminación que las Naciones Unidas propugnan desde el Plan Rydbeck de 1975. Mi estancia en Marruecos me convenció de que nunca se celebrará ese referéndum porque

Rabat no lo permitirá si no tiene la certeza absoluta de ganarlo, y eso la ONU no se lo puede garantizar de antemano. Así de claro. Incluso algunos pocos, muy pocos, se atrevían a criticar al rey Hasán II por haberlo aceptado, como me dijo un día en su casa Ahmed Osman, su cuñado, que estuvo al frente de la Marcha Verde de 1975. Osman se atrevía a hablar así porque era quien era, pues cualquier otro habría acabado con sus huesos en la cárcel, como le ocurrió al opositor, Abraham Serfaty. Osman pensaba, y así me lo dijo, que el referéndum «no hacía maldita falta» y que el rey se había «equivocado» al aceptarlo porque el pueblo marroquí ya había liberado el Sahara «con su sangre» y no había vuelta atrás. A nadie más le he oído nunca decir nada parecido, y es que de ese asunto los marroquíes no se atreven a hablar.

A partir de ahí se comprenden mejor las pegas y retrasos que sufre el proceso, porque el régimen marroquí puede vivir enfrentado a la comunidad internacional si hace falta (siempre tuvo la comprensión de Francia) pero no podría subsistir si pierde el referéndum, y lo sabe. Por eso, para ralentizar el proceso, se presentaron hasta 80.000 recursos contra la primera lista de saharauis identificados por las Naciones Unidas, aunque Mohamed VI asegurara que su intención era solo garantizar que en el referéndum «participen todos y cada uno de los saharauis». Luego, en otra maniobra de distracción, se aceptaron conversaciones directas en Londres entre polisarios y marroquíes bajo auspicios de James Baker y con presencia de mauritanos y argelinos que solo sirvieron para ganar tiempo y engañar a los primeros. Más tarde se prometieron «elecciones libres y transparentes» en el Sahara, se canalizaron inversiones millonarias hacia el territorio, se creó una Comisión Real para Asuntos del Sahara que trataba de revitalizar el viejo Consejo Consultivo, e incluso se empezó a tantear por Rabat la posibilidad de una tercera vía (ni independencia ni integración) alternativa al Plan de Arreglo, que apuntaba hacia una fórmula de autonomía nunca bien definida y difícil de aplicar en un régimen tan centralizado y autoritario. Como reconoció públicamente el propio monarca en el discurso que hizo en noviembre de 1999 para conmemorar la Marcha Verde, lo que pretendía Marruecos con esta ceremonia de confusión era mantener «la perennidad del objetivo y la renovación de los métodos». Más claro, agua. En el fondo todas estas iniciativas no eran más que maniobras para marear la perdiz mientras pasaba

el tiempo y se consolidaba el dominio y la colonización del territorio por gentes procedentes del norte y atraídas por una política de estímulos económicos, fiscales y de todo tipo.

Su punto débil es que la oferta de la autonomía exige que se cumplan al menos dos condiciones: que el Polisario se convenza de que eso, una autonomía aguada, es lo máximo que puede obtener, y que a Marruecos le resulte inasumible el coste de seguir oponiéndose al referéndum de autodeterminación contra viento y marea. Nada de eso ocurre hoy por hoy y, sin embargo y a pesar de todos los pesares, la autonomía es la vía que en mi opinión resulta más viable y realista en un contexto internacional inseguro, sobre todo tras el estallido (y nunca mejor dicho) de la Primavera Árabe y de la llegada de un Donald Trump proteccionista y aislacionista a la Casa Blanca.

Argelia, la otra pata de esta ecuación, tenía aquellos años otros problemas más acuciantes, y aunque no estaba dispuesta a abandonar a los polisarios y a su demanda de un referéndum de autodeterminación bajo los auspicios de la ONU, tampoco podía permitirse darles vía libre para embarcarse en aventuras militares que sin su apoyo son ilusorias, como acaba de verse en la reciente crisis de Guerguerat en 2017. Si algo ha cambiado desde que yo era embajador en Marruecos hasta hoy es que la situación relativa de Argelia no ha mejorado, sino que ha empeorado al menos por tres razones: su debilidad institucional con un presidente (Buteflika) viejo y enfermo, y la lucha abierta por su sucesión; la caída del precio del petróleo, que disminuye drásticamente los recursos disponibles y obliga a recortes y ahorros; y el éxito diplomático que para Marruecos ha supuesto su regreso a la Unión Africana, que había abandonado en 1976 como protesta por la admisión de la República Árabe Saharaui Democrática (RASD). En el fondo, el problema de los polisarios es que tanto marroquíes como argelinos, enfrentados por la hegemonía en el Magreb, están relativamente cómodos con la situación actual, no tienen urgencia alguna en cambiarla y no les preocupa si mientras tanto millares de saharauis comen arena en Tinduf. Esa es la dura realidad.

Para nosotros todo esto es muy incómodo y lo que deseamos de verdad es que el asunto se solucione de una vez, los saharauis de Tinduf reciban justicia y Marruecos pueda dedicar todas sus energías al desarrollo económico, social

y político del país. Lo que pasa es que nadie está contento con nuestra postura... que es la única sensata. Los marroquíes nos echaban en cara que no les apoyáramos con la misma contundencia con la que lo hace Francia, sin querer ver que lo que para Francia es un asunto de política exterior para nosotros es también un problema de política doméstica, y confunden interesadamente nuestra prudencia y bajo perfil con el ambiente claramente favorable al Frente Polisario de nuestra opinión pública. Pero ese ambiente, como yo les explicaba, se debía a varios factores que tenían que ver con la Marcha Verde y la irritación que había producido tanto en nuestra derecha (el honor militar) como en nuestra izquierda (el «abandono» de los polisarios); con lo atractiva que la petición de un referéndum resultaba para un país que salía del franquismo y de la falta de urnas durante cuarenta años; y con el hecho de que los marroquíes, orgullosos y altaneros, se negaban a arremangarse para discutir con los polisarios en tertulias universitarias o televisivas en España, con el resultado de que durante muchos años han dejado el campo libre a las tesis de Tinduf, que les eran desfavorables y que han calado en la opinión pública de nuestro país. Por eso, nuestra posición más segura es mantenernos dentro del apoyo a lo que las partes acuerden y que las Naciones Unidas bendigan, respaldando las iniciativas de la ONU y a la vez «escondiéndonos» debajo de ellas. Y de ahí nadie nos saca, pues cualquier alternativa es peor para nuestros intereses porque significa meternos en la boca del lobo, ya que, como he indicado más arriba, el Sahara sigue siendo para España no solo un problema de política exterior sino también de política interior, y eso limita mucho nuestro margen de maniobra. Salvando todas las distancias, que no son pocas, algo parecido les ocurre a los norteamericanos con Cuba y con la influencia que tiene el *lobby* de Miami en el Congreso de Estados Unidos.

El tercer asunto que me ocupó mucho tiempo como embajador en Rabat fue la pesca y los incidentes de nuestros pesqueros con la Marina Real de Marruecos, que fueron constantes durante los cuatro años que allí pasé. Además, sobre el problema incidía el hecho de tener que distinguir entre el norte y el sur del cabo Noun, que marca la frontera entre Marruecos propiamente dicho y el territorio del Sahara, que está administrado por Marruecos pero sobre el que no tiene soberanía, según afirman tanto el

derecho internacional como las sentencias del Tribunal Internacional de Justicia de La Haya, para gran irritación de los marroquíes, que no lo quieren ni ver ni aceptar y que tampoco lo quieren oír. Y sin embargo, esa distinción es muy importante porque afecta a las exportaciones desde ese territorio (el Sahara) y sus aguas adyacentes y nos obliga aún hoy a hacer encaje de bolillos. Esto es algo que acaba de reiterar una sentencia del Tribunal de Justicia Europeo el 21 de diciembre de 2016 para renovada irritación de Marruecos. Algo parecido sucede con los territorios ocupados por Israel desde 1967, aunque esos nos pillen algo más lejos.

El tema pesquero no me resultaba completamente desconocido, pues como director general de África había tenido muchos problemas con nuestros pescadores tanto en el Atlántico como en el Índico, y como director político me había tocado lidiar con la «guerra del fletán» con Canadá, en interminables reuniones con mi colega Gaëtan Lavertu. En Marruecos me estrené a los pocos días de llegar como embajador con la detención en Agadir del buque *Albor I* por pescar en aguas libres, según su patrón, y en aguas marroquíes, según la patrullera que lo detuvo. Entonces me desplazé inmediatamente a aquella ciudad para ver a mi consejero de Agricultura y Pesca, Fernando Miranda de Larra, con el fin de negociar su liberación. Hasta aquí todo normal. El asunto se complicó cuando a nuestro cónsul general en Agadir, Juan Fernández Trigo, se le ocurrió utilizar el caso para escribir un artículo en el diario *El País* de Madrid diciendo que el buque faenaba en aguas internacionales y que en Marruecos no había seguridad jurídica, lo que era bastante cierto aunque no fuera precisamente él el más indicado para decirlo. Lo llamé por teléfono para meterle una bronca en cuanto leí el artículo, la misma mañana de su publicación, y salí disparado hacia el Ministerio de Exteriores para pedir excusas y decir que ya había tomado medidas contra el ingenuo del cónsul. Pero más ingenuo fui yo, que creí que con eso había parado el golpe y que la sangre no llegaría al río. Me equivocaba, y aunque visité también a los ministros de Pesca (Sahel) y Justicia (Azziman) para ganarme su apoyo, al final se impuso la tesis de los militares de que el cónsul había «mancillado el honor militar» con sus afirmaciones y que, como consecuencia, «la ofensa alcanzaba a Su Majestad el rey en su calidad de jefe supremo de las Fuerzas Armadas», como me explicó Taieb Fassi-Fihri, que entonces era secretario de

Estado de Asuntos Exteriores, cuando me convocó a su despacho. Cuando las cosas se ponen en ese tono pasional y poco reflexivo, y sobre todo cuando se coloca en medio la figura del propio rey, no hay nada que hacer, y el resultado fue que me dieron una semana para sacar a Fernández Trigo del país so pena de expulsarlo como *persona non grata*. Los marroquíes habían desorbitado el problema y no hubo más remedio que retirar al cónsul. Mientras, el *Albor I* pagó la multa que le impuso el coronel Berrada y fue liberado. Así me estrené yo con el mundo pesquero en Marruecos, con una bofetada en la cara. Por fortuna no hubo más bofetadas y los demás apresamientos de pesqueros, que fueron frecuentes, se resolvieron con normalidad ante los tribunales tras pagar la multa correspondiente o logramos su liberación por medios diplomáticos, que de todo hubo.

Lo que más tiempo y esfuerzo me llevó fue el frustrado intento de negociar un nuevo Acuerdo de Pesca entre la Comunidad Europea y Marruecos que permitiera a nuestras flotas artesanales y de altura seguir pescando en aquel caladero. El acuerdo firmado en 1995 estaba vigente cuando yo me hice cargo de la embajada y terminaba el 30 de noviembre de 1999, con lo que, si no se lograba su renovación, nuestros barcos se verían obligados al amarre forzoso, con las graves consecuencias económicas que ello acarrearía, en especial para las flotas artesanales de Barbate y de Canarias, cuya reducida autonomía no les permitía pescar en otras aguas. Los marroquíes no querían otro acuerdo, pues afirmaban que ya el anterior lo habíamos sacado con fórceps y que solo lo habían firmado para hacerle un favor al presidente Santer, que les decía que necesitaba cuatro años para reestructurar la flota europea. Añadían que el caladero estaba sobreexplotado y que las capturas estaban bajando mucho por agotamiento del recurso, en particular de las sardinas (es verdad que las plantas envasadoras de Safi estaban casi vacías) y de los cefalópodos, aunque en este último caso la culpa en mi opinión era más de las «pulperas», que daban de comer a 25.000 familias saharauis, y que por eso eran intocables para los marroquíes, que bastantes problemas tenían ya con el Sahara y que, como es natural, no querían más.

Yo no intervenía en la negociación, que llevaban directamente el comisario europeo de Agricultura y Pesca, Franz Fischler, y el ministro delegado para temas pesqueros, El Khyari, un tipo difícil, nacionalista y próximo al Partido Istiqlal, que quería ponerse medallas a nuestra costa y con el que tuve algunas peloterías bastante fuertes porque estaba en manos del *lobby* más intransigente. Más de una vez acabamos a gritos en su despacho, como bien sabe el consejero de Agricultura y Pesca, Fernando Miranda de Larra, que me acompañaba a aquellos encuentros, y eso que yo soy bastante tranquilo. Mi papel no era negociar, sino dar a Madrid información de primera mano sobre lo que de verdad querían los marroquíes; cuáles eran sus líneas rojas y pasar mensajes con propuestas nuestras informales, de tanteo, normalmente a través de Fadel Benyaich, que era buen amigo mío e íntimo del rey Mohamed VI, con quien había compartido pupitre en el colegio. Muchas veces me iba discretamente, a eso de la medianoche, a su casa a tomarme una copa mientras él se fumaba un puro y analizábamos juntos la situación o le pasaba ideas que quería que le llegaran al rey, porque yo tenía la fundada impresión de que el ministro Khyari tenía su propia agenda, estaba muy influido por el *lobby* pesquero y no siempre le contaba todo a su monarca.

La negociación era una discusión muy técnica y complicada aunque en el fondo se redujera a cuántos barcos, cuánto pescado (por especies), cuánto tiempo y cuánto dinero. Así de sencillo. En Marruecos había tres sensibilidades y teníamos un enemigo formidable. Las sensibilidades eran la posibilista (primer ministro y ministros de Exteriores y Economía, que querían preservar una buena relación con España); la furibundamente opuesta (ministro delegado de Pesca y el Partido Istiqlal, que defendían posturas nacionalistas extremas); y la intermedia, de los que preferían no mojarse hasta ver por dónde iban los tiros (ministro de Agricultura, mi buen amigo Habib El Malki). El rey Hasán solo había dicho que no quería otro acuerdo «igual» al de 1995, que caducaba, y que había que mantener la buena relación con España. Los enemigos poderosos eran los armadores y empresarios del sector, especialmente los cefalopoderos, que no querían un acuerdo porque deseaban pescar ellos, vendernos luego directamente el pescado y embolsarse los beneficios. Era gente con mucha influencia, vinculada a palacio, al ejército y al *makhzén* (el entorno de palacio). Por nuestra parte, nosotros, los españoles,

lo teníamos muy claro: queríamos un acuerdo que nos permitiera seguir pescando en Marruecos, que los marroquíes salvaran la cara y que la factura la pagara la Comunidad Europea.

A medida que pasaba el tiempo, y los marroquíes son maestros en el arte de marear la perdiz, pues el tiempo tiene allí un valor diferente del que nosotros le damos, yo era cada vez más consciente de que sería muy difícil conseguir otro acuerdo porque había quienes, con mucha habilidad, trabajaban con fuertes complicidades para que el asunto se convirtiera cada día más en un problema de soberanía nacional y de recuperación por Marruecos de sus recursos naturales expoliados por los colonialistas de siempre. O algo muy parecido. Así lo presentaba su prensa, convenientemente espoleada por los armadores. Y en esto recibían en voz baja el apoyo de Francia, feliz de crearnos dificultades porque estábamos sobrepasándoles en Marruecos como inversores y socios comerciales. Hasta que en una ocasión, el embajador francés se pasó al declarar a la TV marroquí que «Francia no toleraría presiones intolerables sobre Marruecos en el ámbito de la pesca». Toda la prensa recogió en titulares al día siguiente sus declaraciones con indisimulada satisfacción. Entonces fui a ver mi colega Michel de Bonnecorse para protestar y decirle claramente que estaba muy molesto con sus declaraciones, que eso no se le hacía a un amigo y que teníamos derecho a esperar más solidaridad de un socio en la Comunidad Europea. Me contestó lo de siempre, que habían desvirtuado sus palabras y que en realidad lo esencial era el adjetivo «intolerable», que con seguridad no se nos podía aplicar porque nunca haríamos presiones de ese tipo, etc. Era el mismo juego que años después Chirac utilizaría cuando la crisis de Perejil. Y ambos casos, en mi opinión, eran la consecuencia de un ataque agudo de cuernos.

A todo esto no paraba de haber reuniones entre europeos y marroquíes (con los españoles azuzando por detrás) en todos lados y de cruces de propuestas y contrapropuestas que insistían en cosas muy parecidas como conservación de *stocks*, creación de empleo y modernización del sector (por parte europea); y nueva relación, desarrollo del sector, e inserción en el nuevo Plan de Desarrollo Económico y Social (por parte marroquí). Pero siempre en términos vagos por parte de Rabat, términos que no permitían avanzar a pesar de que los reyes don Juan Carlos y doña Sofía viajaron a Marruecos en julio

de 1999 para el cumpleaños de Hasán, como explicaré con detalle en otro capítulo, y le recalcaron una vez más la importancia que la pesca tenía para España y la urgencia de llegar a un nuevo acuerdo. Su gestión podría haber resultado si no hubiera sido porque Hasán murió repentinamente tan solo diez días más tarde y ascendió al trono Mohamed VI, con un talante diferente y una comprensible inseguridad inicial.

Pero los contactos nunca se detuvieron. Unos meses más tarde, en marzo de 2000, Mohamed VI vino a Madrid en un viaje privado en el que se habló de pesca, igual que ocurrió cuando Miguel Arias Cañete, ministro de Agricultura y Pesca, fue a Rabat en mayo (le recuerdo a él y a su homólogo El Malki dando vueltas mano a mano alrededor de la piscina, tras un almuerzo en mi casa; descubrieron que en ambos países se hacían procesiones para pedir lluvia y yo les animé a hacer también rogativas para la pesca). Se preparaba así el terreno para que finalmente Fischler hiciera una oferta concreta que los marroquíes rechazaron de plano. Fassi-Fihri, secretario de Estado de Asuntos Exteriores y hombre próximo al nacionalismo del Istiqlal, me la describió sin ambages como «insultante en el fondo, ni diplomáticamente aceptable, ni tentadora desde el punto de vista económico», con un lenguaje que no dejaba dudas sobre el ambiente que se respiraba en Rabat. En julio le escribí una carta al nuevo ministro de Exteriores, Josep Piqué, en la que le decía que «estoy cada día más convencido de que los marroquíes no quieren un acuerdo de pesca con la Unión Europea y que solo acabaremos teniéndolo si se lo arrancamos con fórceps». Pues no lo logramos, porque en octubre le escribía otra carta donde le decía que «está clarísimo que Marruecos ni renovará ni prorrogará el acuerdo en vigor, de forma que el 30 de noviembre nuestros barcos deberán abandonar este caladero. Me parece que es algo que no tiene vuelta de hoja».

Por presiones de la opinión pública, Marruecos necesitaba salvar la cara, demostrar que las cosas habían cambiado y que recuperaba su soberanía sobre sus riquezas naturales, aunque la realidad era que con el acuerdo anterior se beneficiaba al Tesoro y, como le escribía yo al ministro Piqué, «lo que Khyari quiere ahora no es tanto dar la pesca a los marroquíes sino a unos cuantos armadores marroquíes que tienen nombres y apellidos y que seguirán sin pagar impuestos y sin invertir aquí sus beneficios, con lo que el principal

perjudicado será el pueblo marroquí». Y eso fue lo que ocurrió. La ruptura final se confirmó en Luxemburgo en abril de 2001. Marruecos era como una finca particular en la que el Tesoro dejaba de ingresar los setenta millones de euros ofrecidos por la Unión Europea, y al mismo tiempo un grupo de empresarios aumentaban en cuarenta millones su exportaciones de pescado. Porque la falta de acuerdo no quería decir que no fuéramos a seguir pescando en aquellas aguas, sino que lo haríamos de otra manera con acuerdos privados, abanderamientos, sociedades mixtas, transbordos, desembarques del pescado en Marruecos, etc. Por otra parte, y porque siempre me gusta ver el vaso medio lleno, a nosotros el fracaso de la negociación nos abría la posibilidad de sanear un sector sobredimensionado y sobreprotegido. Y es que, a fin de cuentas, no hay mal que por bien no venga.

Apenas tres meses más tarde, en julio de 2001, cesé como embajador en Marruecos cuando Aznar me llamó para hacerme cargo del entonces CESID.

EL MORABITO DE BENI ARÓS

Un refrán norteafricano dice que el tunecino es una mujer; el argelino, un hombre y el marroquí, un león. No hay que ser un lince para imaginar que su origen está en Marruecos y, más concretamente en el Rif, región que estuvo sometida al régimen de protectorado español y que fue testigo de crueles guerras coloniales en el primer cuarto del siglo XX.

Al oeste del Rif está el país Yebala, donde habita la tribu bereber de los Beni Arós. Los bereberes son los habitantes originarios del África noroccidental y tienen bien ganada la fama de ser fieros guardianes de sus tradiciones y de su independencia, como han podido comprobar cuantos han intentado conquistarlos, desde los romanos hasta los españoles, pasando por los bizantinos, vándalos y árabes. Caudillos bereberes con Tacfarinas como jefe y la reina Kahena, que murieron defendiendo sus tierras al frente de sus tropas y luchando respectivamente contra los romanos y los árabes; o el mismo Abd el-Krim, que mantuvo durante un tiempo en jaque a los soldados españoles y les causó terribles pérdidas. La propia islamización fue dificultosa, lenta e impuesta por la fuerza por los conquistadores árabes de Oqba y Tariq, hasta el punto de que creo que era Ibn Jaldún quien decía que entre Kairuán y Tánger «apostataron doce veces» y aún hoy el islam convive con viejas tradiciones animistas fuertemente enraizadas en la mentalidad bereber.

El propio islam malequita, que es la escuela doctrinal dominante en Marruecos, reconoce la existencia de intermediarios entre Dios y el hombre, en contraposición a la radical unicidad divina que predica la escuela wahabita, que es la dominante en Arabia Saudí. Esos intermediarios son santones a los que se atribuyen poderes taumatúrgicos, igual que ocurre con

los santos de la tradición católica, y de la misma manera que ocurre entre nosotros, uno se especializa en hacer fértiles a las mujeres mientras otros consiguen buenas cosechas, aseguran la fidelidad de los maridos o protegen del mal de ojo, en una rentable especialización milagrera. Un morabito en Salé tiene fama de devolver la razón a los locos y es impresionante visitar su santuario en ciertos días del año, cuando está literalmente tomado por familias que llevan allí a sus dementes con la esperanza de que recuperen la razón. Es un espectáculo trágico, entre medieval y escalofriante. No hace falta que el santón esté vivo para beneficiarse de su influencia benigna, pues basta acercarse a los lugares donde esos santos varones vivieron o están enterrados porque esos sitios han quedado santificados por su misma presencia. Uno de ellos es el patrón de la tribu Beni Arós, cuya sepultura, por extensión también conocida como morabito, se encuentra en el centro de sus tierras sobre una montaña de mediana altura. Cada año se celebra en ese lugar un *mussem* o romería popular que congrega a varios cientos de personas que oran, se acercan a recoger con unción tierra cercana a la sepultura o incluso hojas caídas de árboles próximos, objetos con los que luego se harán amuletos protectores y se los colgarán del cuello. Durante el *mussem* también se celebra una feria donde se compran y venden objetos en un ambiente de fiesta que reúne a familias y amigos para comer, socializar y pasarlo bien.

Movido por mi afición por las joyas bereberes y pensando que ese *mussem* podría ser un lugar donde quizás encontraría alguna pieza interesante para mi colección, decidí visitar el morabito de Beni Arós el día de su fiesta anual. Yo era entonces embajador en Marruecos, y me parece que pocos cristianos lo habrán hecho antes.

La tumba del santón se encuentra en la cima pelada de la montaña, y está bordeada por algunos árboles. Dejé el coche abajo, y con la sola compañía de mi cámara de fotos subí hacia la cumbre como uno más entre las muchas personas que también lo hacían en medio de un ambiente festivo. Era el único europeo pero nadie me prestaba la más mínima atención, más allá de alguna mirada curiosa como preguntándose qué rayos haría allí aquel extranjero. En ningún momento me sentí incómodo ni tampoco me dio la impresión de que mi presencia pudiera incomodar a nadie. Solo fui amablemente reconvenido cuando, al tomar una foto y buscando el ángulo adecuado, pisé sin querer una

esquina del recinto sagrado de la tumba, cuyos límites no eran físicos en el sentido de ser claramente visibles, aunque allí todos parecían saber dónde se encontraban. Todos menos yo. Me explicaron amablemente que como yo no era musulmán, no podía franquearlos y me disculpé por no haber sabido reconocerlos. Ahí quedó todo. Hice algunas fotografías más y descendí a la zona ferial, cubierta de tenderetes y mantas en el suelo, con la esperanza de comprar algo, aunque al final no vi nada que me interesara.

En esas estaba, pensando en regresar a Rabat, cuando vi venir hacia mí una delegación con pinta solemne, gentes que destacaban por su porte y vestimenta entre los centenares de aldeanos que me rodeaban. El conductor de mi automóvil, que había quedado estacionado a bastante distancia y que también era bereber, les debía de haber informado que era el embajador de España quien les visitaba de incógnito. La delegación me pidió con mucha formalidad que aceptara la invitación de almorzar con ellos en una casa no lejana, al pie mismo de la montaña. Lo hice con la misma solemnidad (no tenía otra salida) después de tratar de excusarme diciendo que en modo alguno quería molestarles, y tras asegurarme de que también Heddi, mi conductor, sería atendido. Y allá nos fuimos. La casa era una construcción de apariencia modesta, y cuando entré me encontré con una decena de hombres que, me explicaron, eran los notables de la tribu, entre los que se encontraba un descendiente directo del mismo morabito. Estos *chorfa* o aristócratas de origen religioso gozan de gran predicamento en la sociedad bereber y no es infrecuente solucionar con ellos problemas que se atascan entre los vericuetos de la lenta administración marroquí.

Tras las presentaciones, siempre ceremoniosas en ese mundo, me senté con quienes estaban reclinados sobre cojines en el suelo y allí comenzamos a conversar en castellano, que muchos hablaban, o en francés, mientras nos servían té con dátiles. El tiempo pasaba con lentitud mientras sacaban más dátiles y más té y yo no sabía qué esperaba aquella buena gente para empezar a comer porque se hacía tarde y el hambre comenzaba a notarse. Hasta que de repente se oyeron gritos procedentes del exterior, aquella asamblea cobró vida y alguien me explicó que «ya llega, ya llega». Ante mi gesto de incompreensión, mi vecino añadió «el mensajero real». Salimos todos a la puerta a tiempo de ver descender de un coche polvoriento a un hombre vestido con corbata,

chaqueta y pantalón negros, también cubiertos de polvo porque debía de venir con la ventanilla abierta, que traía en la mano una gran bolsa de plástico como las que te pueden dar en cualquier colmado barato. Tras él llegaba una furgoneta de la que unos hombres bajaron un gran cordero blanco de imponente aspecto, vello impoluto y respetable cornamenta. Tras observar con atención la operación y asegurarse de que el animal era entregado sin desperfecto alguno, el que decían que era el enviado de Su Majestad entró con nosotros en la casa, y con gesto teatral arrojó sobre una mesa la bolsa que traía, de la que se desparramó un montón de billetes de banco arrugados y con pinta de pringosos. Su gesto fue recibido con muestras expresivas de alegría y de agradecimiento por parte de los asistentes, mientras por fin se abría la puerta de la cocina y sobre la misma mesa baja se apartaban los billetes y se colocaba un delicioso *mechuí* (cordero asado), que debía de estar asándose desde hacía tiempo. Ese cordero reemplazaba al que acababa de llegar como regalo de Su Majestad. También salieron de la cocina varios platos de cuscús sobre los que todos los presentes nos abalanzamos con hambre y con los dedos de la mano derecha (la izquierda es impura) como único cubierto.

Entonces me explicaron que la verdadera fiesta no podía comenzar hasta que llegara el enviado de palacio con el regalo del rey, que pagaba simbólicamente aquella romería y renovaba de esta forma la profunda relación que existe en Marruecos entre el rey y su pueblo, una relación personal y tribal que es fuente de estabilidad política y que se manifiesta en hechos como el que yo acababa de presenciar o como en la anual ceremonia palaciega de la Bay'a (juramento de fidelidad al monarca), tan medieval como brillante.

En otra ocasión, un amigo muy próximo al palacio real de Rabat me invitó a la ceremonia familiar de «bautismo» de su hijo mayor. También allí hubo que esperar un par de horas, pues ya digo que el sentido del tiempo es aproximado en Marruecos, hasta que de nuevo llegó un enviado del rey que traía el nombre que había que imponer al recién nacido, un nombre que había elegido el propio rey, junto con otro enorme cordero blanco y de grandes cuernos. El cordero fue degollado allí, en el mismo jardín, delante de los pocos convidados, y con su sangre se untó la frente y los pies del niño. Me

impresionó esta nueva muestra de la estrecha relación que existe entre el monarca y sus súbditos, o al menos algunos de ellos. No es en los ministerios de Rabat donde se comprenden estas cosas.

EL PESCADOR QUE LLORABA

Un viernes por la mañana, cuando era embajador en Marruecos, estaba en mi despacho de Rabat cuando entró mi secretaria, muy agitada, para decirme que había llegado un señor mayor, español, que gemía sin parar y que quería verme. Me quedé estupefacto porque no esperaba a nadie y menos llorando, pero pensé que algo grave debía de ocurrirle y lo hice pasar.

Era un hombre de unos cincuenta y tantos o sesenta años que efectivamente lloraba con desconsuelo. Tanto, que no podía hablar. Le di un vaso de agua y conseguí que poco a poco se fuera calmando. Cuando consiguió articular palabra me contó una historia increíble, aunque no tanto porque estábamos en Marruecos y allí estas cosas pasan más que en otros lugares. Según me dijo, hacía un par de años había tenido la mala ocurrencia de constituir con un vecino de Agadir una sociedad dedicada a la pesca en aguas marroquíes al amparo del Convenio de Pesca entre la Comunidad Económica Europea y el Reino de Marruecos. Hasta aquí, todo normal. Pero los problemas comenzaron pronto y ahora el socio marroquí estaba a punto de robarle los cuatro barcos que constituían toda su fortuna con la ayuda de unos documentos groseramente falsificados (aducía certificados de un grafólogo parisino que así lo afirmaba) y, sobre todo, con la connivencia de un juez corrupto con quien su socio pensaba repartir parte del botín. Era viernes y el juicio donde se iba a formalizar el expolio estaba fijado para el lunes siguiente, apenas tres días más tarde. Logró contarme todo esto con cierto sosiego, diciéndome que yo era su última y débil esperanza, pero en cuanto terminó, se echó a llorar de nuevo todavía con mayor desconsuelo que a su llegada.

Me quedé perplejo, pues era fin de semana y apenas había tiempo para hacer nada. Entonces no se me ocurrió nada mejor que llamar a Omar Azziman, buen amigo y a la sazón ministro de Justicia de Hasán II tras una carrera distinguida como abogado y defensor de los Derechos Humanos en el reino. Afortunadamente tenía su móvil personal porque eso es parte del trabajo de un embajador, que exige mucha vida social, muchos almuerzos y cenas para hacer amigos influyentes que te den su teléfono móvil y a los que poder recurrir en momentos de necesidad. Eso es algo que no saben los memos que critican la que es con seguridad la parte más pesada del quehacer diplomático, la de los cócteles, porque suelen tener lugar después de una jornada de trabajo igual de larga que la que tienen los demás mortales, que sin embargo luego pueden regresar a casa para cenar y ver la televisión con su pareja.

El viernes es día medio festivo en Marruecos y pillé al ministro cuando entraba en la mezquita, según me dijo, para cumplir con sus obligaciones religiosas como buen musulmán. No quise entretenerle y le conté muy deprisa lo que mi visitante me acababa de referir y, con él aún en mi despacho, añadí que «no sé si lo que este señor me ha contado es cierto o no, pero si solo es verdad la mitad de lo que dice, creo que tienes un caso muy serio entre las manos». Omar me dijo que se lo enviara al ministerio a las tres de la tarde de aquel mismo día.

No sé cómo fue la entrevista del empresario y el ministro, pues no asistí a ella y nadie me la contó más tarde, pero sí sé que el juez fue detenido el mismo domingo y que mi compatriota salvó sus barcos y su fortuna. Nunca supe si le ocurrió algo al socio sinvergüenza, pero como estábamos en Marruecos, supongo que eso dependería de lo importante que fuera y de las conexiones que tuviera... A este respecto recuerdo que cuando le conté a un ministro, con cierto escándalo, que la prensa marroquí había publicado un informe con pruebas y fotografías de que otro ministro había robado un millón de dólares, me contestó con sorna que no iría a pensar que todo un señor ministro va a la cárcel en Marruecos por un mísero millón de dólares...

Unos meses más tarde de la visita del pescador compungido, había viajado con mi mujer a Madrid para pasar la Navidad con mis hijos mayores que allí estudiaban, cuando a eso de las siete de la tarde del día 24 de diciembre sonó el timbre de casa y un par de propios dejaron en el rellano de

la escalera una caja de madera de descomunal tamaño, un cubo que debía de tener casi un metro de lado y que apenas podíamos mover. De hecho, apenas pasaba por la puerta. Ninguna identificación externa de contenido ni de remitente. Entre todos entramos a empujones aquel armatoste en casa y al abrirlo vimos que estaba lleno de lenguados congelados y apretados, apelmazados unos contra otros. También había algunas merluzas y lubinas, pero menos. ¿Qué hacer con tantos lenguados, que no cabían en ningún congelador de una casa normal? ¡Y en plena noche de Navidad, a punto de vestirnos para la cena familiar de rigor! Afortunadamente mi mujer tomó las riendas de una situación ante la que yo me sentía desbordado y metió lo que pudo en nuestro congelador, al tiempo que daba instrucciones a los chicos para hacer paquetes similares y repartirlos entre todos los vecinos que encontraran. Vivíamos entonces en una de esas casas de Puerta de Hierro que tienen un jardín común y ¡54 vecinos! que se vieron agradablemente sorprendidos por aquella inesperada lluvia de lenguados, merluzas y lubinas. Con la misión cumplida y apestando a pescado, un olor que no se acabó de ir a pesar de firmes friegas en la ducha, nos fuimos luego a nuestra cena navideña... con otro paquete de lenguados bajo el brazo.

Nunca lo supe a ciencia cierta, pero supongo que aquel cajón debió de enviármelo aquel señor que unos meses antes había entrado llorando en mi despacho de Rabat y cuyo nombre no recuerdo.

LA PATRIA NO PAGA A TRAIDORES

Eran poco más de las nueve de la mañana de un día de enero de 2001; yo era embajador en Marruecos y estaba en el aeropuerto de Casablanca a punto de embarcar hacia Madrid cuando recibí una llamada de Juan Ramón Martínez Salazar, que era ministro consejero en la embajada (mi número dos), para decirme que ocho personas (dos hombres, tres mujeres y tres menores) habían entrado por la fuerza en la sede de nuestra cancillería de Rabat, desbordando a los policías nacionales que custodiaban su puerta y que debían de estar bastante distraídos. Eran saharauis que pedían asilo político en España.

Hice sacar mi maleta del vientre del avión donde ya se encontraba y regresé rápidamente a Rabat, que está a una hora de carretera de Casablanca. Al llegar me encontré la embajada literalmente rodeada por las Fuerzas de Seguridad marroquíes y por numerosos periodistas, que habían instalado sus cámaras de fotos y de televisión frente a la puerta de entrada. Al parecer los propios refugiados los habían convocado por móvil, y aunque los retiramos en cuanto nos dimos cuenta, ya era tarde y la noticia de su entrada por la fuerza en la embajada había saltado a los medios de comunicación, que era lo que ellos buscaban.

Tras informarme rápidamente de lo ocurrido por unos policías nacionales bastante corridos y con razón, me entrevisté con los «okupas» que habían sido conducidos a un par de dependencias aisladas en la parte trasera de la cancillería frente a cuyo acceso, ahora sí, vigilaban miembros del Cuerpo Nacional de Policía (CNP). Cuando llegué, ya les habían dado de desayunar, y luego, a lo largo del día, les daríamos también de comer y de cenar. El líder del grupo, un tal Ennabt Lakhlifa Ould Ahmed Raibas, era el portavoz y me contó que había sido miembro del Frente Polisario y que había desempeñado

el puesto de director de Correos de la autodenominada RASD. Añadió que había huido de Tinduf después de haber pasado ocho años (de 1980 a 1988) en la cárcel polisaria de Errachid, un lugar al parecer bastante siniestro a juzgar por las descripciones que me hacía de torturas y de maltratos. Lo que no conseguí averiguar entonces fueron las razones por las que había dado con sus huesos en esa cárcel y sigo sin saberlo hoy, aunque supongo que quizás pudo ser por querer desertar, algo que por fin había logrado, si es que no había sido por otro motivo también inconfesable. En todo caso, algo habría hecho. Ennabt Raibas quería denunciar ante el mundo la existencia de esta prisión donde decía que el Frente Polisario torturaba a sus víctimas. Añadía que la RASD negaba su existencia y que en su lugar mostraba a los visitantes la cárcel de Dhibi, donde las condiciones de detención eran mucho mejores. Lo decía muy excitado. A continuación añadió que tanto él como sus acompañantes habían llegado a Marruecos con la intención de acogerse al llamamiento real «la patria es clemente» y que los marroquíes, después de tratarlos como héroes durante un par de meses y de alojarlos en un hotel de Rabat (e, imagino, que después de sacarles toda la información posible) ahora los querían enviar a El Aayún, en el territorio del Sahara, cosa que no deseaban, y eso a mí no me extrañaba porque serían muchos allí los que los verían como traidores al Frente Polisario... que en realidad es lo que eran.

Confieso que en sus explicaciones había algo que no me encajaba, desde el primer momento «olí una rata» (como dicen los anglosajones cuando algo les suena mal) y no me convenció lo que Ennabt Raibas me contaba. Tras hablar con el ministerio en Madrid y recibir las instrucciones pertinentes, le expliqué que no podía darles asilo en España, aunque me ofrecí a hablar con la representación diplomática de las Naciones Unidas en Marruecos, cuyo embajador, Semou Diouf, me contestó que él tampoco podía hacer nada, pues por lo que le contaba y por lo que ellos mismos decían, se trataba de ciudadanos marroquíes y no saharauis.

Entonces fui a ver al secretario general del ministerio marroquí de Asuntos Exteriores, mi amigo Mohamed Bouhlal, para contarle lo que pasaba (con tantos policías en mi puerta debía de saberlo ya), para explicarle que España no les iba a dar asilo político y para pedirle garantías de que los ocho refugiados en la embajada no serían molestados cuando la abandonaran, pues

esta era una condición inexcusable para hacerles salir. Todas estas cosas del Sahara Occidental son muy delicadas en Marruecos, donde nadie se atreve a tomar una decisión sin consultar «más arriba». Y cuando digo más arriba quiero decir el Palacio Real. De modo que Bouhlal me pidió tiempo, y tras hacer las oportunas averiguaciones, me contestó por teléfono, un par de horas más tarde, que aquellas personas «eran ciudadanos marroquíes como los demás», que no había nada contra ellos y que si salían o si se quedaban dentro de la embajada para siempre, hasta el mismo día del Juicio Final, les tenía completamente sin cuidado pues no era asunto que preocupara a su país. De manera que de una tacada se llamaba a andana, se quitaba de en medio y me dejaba a mí el muerto, aunque me había dado las garantías que yo necesitaba de que no serían molestados si ponían el pie en la calle.

Pero a pesar de estas garantías, los okupas no se fiaban y no querían salir, y entonces se me ocurrió ponerles en contacto telefónico con la Asociación Marroquí de Derechos Humanos, que desplazó a la embajada a uno de sus funcionarios para entrevistarse con ellos. Al salir, este me dijo que había tratado sin éxito de convencerles para que depusieran su actitud. Mientras esto sucedía, cada vez había más cadenas de televisión apostadas frente a la puerta de la embajada.

Para mayor seguridad, y como no podía arriesgarme a que algo saliera mal, fui a ver al director general, Mohamed Dryeff, hombre fuerte del ministerio del Interior, con quien tenía una fluida relación personal, quien me dijo literalmente «y entre amigos» lo que yo ya me venía maliciando, esto es, que mis huéspedes involuntarios eran unos *escrocs* (sinvergüenzas), unos tipos «moralmente despreciables» (sic) por los que Marruecos no tenía el menor interés y sobre los que me aconsejaba que yo tampoco me interesara. Y que, desde luego, podían salir de la embajada con garantías de que no serían molestados por las Fuerzas de Seguridad. Que me daba su palabra. Entonces, cogiéndome por el brazo, me dijo en plan confidencial que él pensaba que podían pertenecer a la Asociación por el Sahara Marroquí, un grupo radical que había sido creado por gentes próximas a Palacio algún tiempo antes pero que últimamente «se había descontrolado». Unos ultras, en definitiva. Me di cuenta entonces de que me encontraba ante un ejemplo clásico de aquello de que «Roma no paga a traidores».

De forma que, de regreso a la embajada y una vez garantizada plenamente su seguridad, volví a insistir a Enbabt Raibas y compañía para que abandonaran la cancillería, y ellos se negaron de nuevo. A todo esto ya eran casi las ocho de la tarde, era de noche, di órdenes para que el personal apagara las luces y se fuera a casa a descansar y yo salí también en mi coche de forma que los periodistas me vieran bien, y al poco rato también ellos se fueron, dejando la plaza vacía, pues debieron de pensar que allí ya nada iba a acontecer hasta el día siguiente. Eso era exactamente lo que yo esperaba. Dentro de la cancillería quedaron los okupas con el teniente coronel Castañeda, de la Guardia Civil, el comandante de Caballería Perico Rey y Jorge X, un sargento de la Guardia Civil, que al filo de la medianoche los sacaron a la calle «sin violencia pero con mucha firmeza», y los llevaron al cercano hotel Balima, donde les habíamos reservado habitaciones para una noche. Los periodistas se frustraron cuando al día siguiente vieron que todo había terminado sin el desalojo violento que supongo que algunos deseaban filmar.

En días sucesivos pude confirmar con las autoridades marroquíes que efectivamente se trataba de un desertor del Frente Polisario y de sus familiares que, una vez exprimidos de cuanta información poseían, habían perdido interés para Rabat. La consecuencia es que los desertores estaban decepcionados y se sentían engañados porque la patria no había sido con ellos tan «clemente y misericordiosa» como esperaban. De esa decepción se habían aprovechado entonces los ultras de la Asociación El Sahara Marroquí para animarles a entrar en nuestra embajada y denunciar el «maltrato, el trato inhumano y amenazas» que habían recibido por parte del Departamento de Asuntos Saharaui del Ministerio del Interior. Así decía un comunicado de este grupo hecho público el 21 de enero, que añadía que «por tales conductas se queja un gran número de nuestros paisanos de las provincias del sur».

O sea, que se trató de un problema interno entre marroquíes en el que nos metieron con objeto de ganar publicidad para su causa a favor de la marroquinidad del Sahara. Los tuve como huéspedes indeseados durante catorce largas horas y confirmé también que no fueron molestados por las Fuerzas de Seguridad de Marruecos tras abandonar nuestra embajada. Luego los perdí de vista para siempre.

BODAS MARROQUÍES

Las bodas en Marruecos son tan pintorescas como largas y tediosas, con novias que no paran de cambiarse de vestido mientras la concurrencia come dátiles y bebe té, la orquesta toca una música «andalusí» que acaba haciéndose insoportable, el tiempo parece haberse detenido y los minutos se viven como horas. Pero hay excepciones, como la de una boda en el Rif donde no daban alcohol pero servían pastelillos aderezados con hachís u otra droga, al estilo bereber, a la que asistí cerca de Rabat, en la que el novio entró en el jardín sobre un bonito caballo blanco y «raptó» a la novia delante de todos los invitados, escapando luego al trote. Pero no era lo habitual. Lo habitual solía ser bastante rollo. Aun así, hay dos bodas que recuerdo de forma especial.

Un día me encontré por la calle con un buen amigo de Casablanca, empresario adinerado, hombre de mundo y con dominio de varios idiomas al que saludé efusivamente con el típico «¡hombre, Fulano!, ¿cómo estás?», sin caer en la cuenta de que al hacerlo corres el riesgo de que te lo cuenten. Y este aprovechó para hacerlo, confesándome muy apesadumbrado que tenía un problema horrible porque su hija mayor, que estudiaba nada menos que en Harvard, le había informado de su deseo de casarse con un compañero de clase que... era griego.

Le contesté entre sorprendido y sarcástico que no comprendía su pesadumbre, que hay muchos griegos buenos, que personalmente conocía a algunos y que, en todo caso, un griego con un título de Harvard parecía ofrecer ciertas garantías de principio... «No entiendes nada —me espetó—, ¿no te das cuenta?, ¡no es musulmán!» Me quedé de una pieza, y como tenía confianza con él, se lo dije: «Pero hombre, ¿qué me estás diciendo? No me puedo creer que un hombre sofisticado y viajado como tú me venga ahora con estas... Además

de que algo de este estilo podrías haber maliciado que podía ocurrir al enviar a tu hija, con esta edad, a estudiar a Estados Unidos». «Ya, ya lo sé —me contestó— pero el problema no soy yo, a mí me parece bien que se case con el hombre del que se ha enamorado, ni mi mujer ni yo queremos imponerle a Anissa (así se llamaba la chica) un marido, como es habitual aún en Marruecos, pero... ¡que haya elegido a un no musulmán!, ¡no puedes imaginar cómo me calientan la cabeza mi madre, mi suegra, mis tías y media familia! No lo pueden aceptar y yo estoy desesperado», terminó diciéndome muy abatido mientras yo me despedía sin saber muy bien si debía darle la enhorabuena, como me pedía el cuerpo, o el pésame, como él parecía desear.

Al cabo de un tiempo recibí en casa un sobre enorme que contenía una recargada invitación para la boda de Anissa, que iba a durar tres días y que se celebraba en Casablanca. Y allí nos fuimos mi mujer y yo para participar en el festejo, al menos durante una noche. Inimaginable. Un fiestón espectacular en el que la novia, que era una cría preciosa, se cambiaba todo el tiempo de caftán, cada cual más espectacular y lujoso que el anterior; a los trepecientos invitados que éramos, una legión de criados vestidos como el coro turco de una ópera nos servían sin parar comida y bebidas, y el novio era paseado sobre los hombros de sus amigos, o lo que fueran, sentado en una especie de gigantesca bandeja y con aspecto bastante achispado porque las bebidas alcohólicas circulaban aquella noche con generosidad, lo que no es frecuente en Marruecos. Mi amigo estaba radiante, al igual que su mujer, como corresponde a los padres que casan a una hija. Cuando me acerqué para darles la enhorabuena y meterme un poco con él al recordarle sus anteriores preocupaciones, me cogió por el brazo y me dijo: «Sigues sin entender nada, ¡se ha convertido al islam!». Me limité a felicitarles por la habilidosa solución de un problema que tanto les preocupaba, confiando que al novio le perdonarían la circuncisión... aunque confieso no haberme atrevido a preguntarlo. Aún me pica la curiosidad.

Pero, con seguridad, la boda más espectacular a la que nunca he asistido fue la de la hija del señor M'rini, que era el Jefe de Protocolo de la Casa Real en tiempos de Hasán II. Contaban en Marruecos que cuando se jubiló tras muchos años en el cargo, el rey le regaló la recaudación de una semana de los peajes de la autopista que une Rabat con Casablanca, pero tengo muchas dudas

de que sea verdad y me temo estar ante un bulo como tantos otros como por allí corren en torno a Palacio, cuyos hábitos se prestan a estos cuentos de hadas. La boda se celebró en una jaima descomunal, como no he visto otra en mi vida. Baste decir que dentro de ella habían instalado 150 mesas para diez comensales cada una, colocadas en dos filas paralelas de 75 mesas. Las conté. El suelo estaba recubierto de alfombras y enormes arañas de cristal colgaban del techo. Supongo que cosas así se debían de ver también en la Bagdad de Harún al-Rachid. En un determinado momento, por el fondo de la jaima entró un desfile de 150 camareros, en formación de dos en fondo, cada uno llevando en alto una bandeja de plata con un *mechuí* (cordero asado). Parecía una película de Walt Disney, ¡solo faltaban los elefantes tocando la trompa a guisa de corneta para anunciarlo! No puedo ni imaginar cómo debían de ser los hornos o fogatas que se precisaron para asar al mismo tiempo a tan gran número de animales. Y debo decir que el que llegó a nuestra mesa estaba caliente y delicioso.

Frente a mí se sentaba una marroquí joven y muy guapa, natural de Tánger y casada con un saudí bastante mayor que ella, que también nos acompañaba y que entre otras cosas era propietario de pozos de petróleo y de una cadena de televisión, según nos dijo. Me contó que tenía una casa en Marbella y me tiré luego un par de semanas rechazando tanto sus invitaciones para pasar un fin de semana con ellos como el avión privado que decían que nos enviaban para recogernos a mi mujer y a mí. ¡Lo último que me apetecía era aparecer en *Hola* mezclado con ese mundo! En cambio, para no agraviarle, y después de mucha insistencia, acepté una invitación para pasar la noche de un fin de semana en otro palacio que tenía en Tánger, con vistas espectaculares sobre el estrecho y donde lo que más raro me pareció fue que su hijo pequeño tuviera una enorme boa, gorda y gigantesca, en un terrario de su cuarto de jugar. Me contaron que era su mascota. Durante la cena de la boda, la guapa tangerina hacía fotos a sus compañeros de mesa con una pequeña cámara Sony que llamó mi atención por su color, y le pedí que me la dejara ver. Era de oro y pesaba una barbaridad, al parecer formaba parte de una edición limitada a 50 ejemplares hecha con motivo de no sé qué aniversario. Todo allí era disparatado. Lo más curioso fue que, durante la cena, se acordó el matrimonio entre los hijos de dos de los asistentes que estaban sentados a nuestra misma

mesa. El novio era de una familia de Rabat ligada al *makhzén*, y la novia pertenecía a una familia de empresarios de Fez. La «negociación» se hizo en francés, delante de mí, sin ningún pudor, y pude darme cuenta de que los novios no se conocían entre ellos. Unos meses más tarde, mi mujer y yo fuimos invitados al enlace, que se celebró en Fez y al que asistimos por pura curiosidad. Otra boda espectacular que no acababa nunca. Los novios tenían el aspecto normal de jóvenes de la alta burguesía que empezaban sus vidas profesionales, parecían estar encantados el uno con la otra y viceversa, y nada me hubiera hecho pensar que la boda había sido amañada por sus familias delante de mis propias narices y que no era «por amor». Quiero pensar que han sido muy felices, pues como me decía un guía muy simpático que tuve una vez en un viaje a la India, él era muy feliz con la mujer que le habían buscado sus padres, y también lo eran muchas otras parejas similares que conocía. Son bodas que salen mejor que las que se hacen por amor, añadía, porque en ellas «nadie espera tonterías». Lo decía muy convencido.

INFORMALIDAD

Informalidad por decirlo finamente porque, según mi experiencia, los marroquíes son a la vez simpáticos y poco fiables. Para empezar son poco formales; cuando daba una cena en la embajada nunca sabía quiénes o cuántos acudirían, pues no solían responder a los cartones de invitación que yo enviaba. Tan pronto podían venir todos, o solo algunos o incluso más de los invitados, si alguno de ellos aparecía con algún amigo al que había que hacer lugar en la mesa como fuera, complicando el protocolo, y ya se sabe que estas cuestiones de precedencia parecen una bobada pero pueden dar lugar a incidentes desagradables cuando alguien «importancioso» se siente preterido.

Negociar con ellos es un ejercicio de paciencia similar al que uno necesita para comprar una alfombra en un zoco. Reabren temas que uno creía cerrados, vuelven atrás sobre lo ya discutido y acordado, y nunca sabe uno cuándo va a poder terminar la dichosa negociación o regateo. Yo lo viví en primera persona cuando, como director general de África, negocié en compañía de mi entonces subdirector para África del Norte, Miguel Ángel Moratinos, el vigente Tratado Hispano-Marroquí de Amistad, Buena Vecindad y Cooperación, que luego firmó Felipe González en Rabat, en presencia de los reyes don Juan Carlos I y Hasán II, ocasión en la que llegamos con los coches circulando sobre alfombras por las calles y con jóvenes muchachas echando pétalos de rosa sobre nuestras cabezas. Lo juro. Negociar con los marroquíes es un ejercicio que también requiere tiempo, hablar de la familia, tomar innumerables vasos de té a la menta (una bebida muy rica pero que dificulta el sueño), y no dar nunca sensación de prisa pues nada comprenden menos los marroquíes que el que no se dé el debido tiempo a algo que nos importa.

Recuerdo una negociación muy importante, de muchos millones de euros, que se perdió porque el CEO español llegó a Casablanca con ínfulas de superioridad y pensando que aquello sería un mete-saca que podría despachar con un almuerzo. Se lo advertí por activa y por pasiva, tienes que venir el día antes, cenar y dar tiempo para conoceros hablando del tiempo, de la familia y de deportes o de lo que sea y luego, al día siguiente, después de comentar lo buena que fue la velada de la noche anterior, explicar el motivo de tu viaje e intentar cerrar el contrato. No me hizo caso y se volvió a Madrid cabreado y con las manos vacías. Así son las cosas allí, aunque al cabo de un tiempo regresó, hizo como le había aconsejado y acabó firmando el trato.

Y aun así, te engañan también. Un hotelero de mi tierra, Mallorca, compró una enorme extensión de terreno salvaje en la costa mediterránea de Marruecos, con objeto de hacer un complejo turístico con campo de golf incluido; despertó al día siguiente con la visita del alcalde del lugar, que quería «ver cómo se podía solucionar» el «pequeño detalle» de que una carretera cruzara por mitad del terreno recién adquirido. Naturalmente, la carretera había sido dibujada la noche anterior, tras la compra. El alcalde quería un dinero para borrarla. Otras veces ocurre que, aunque tiene uno todos los papeles, se eterniza la concesión de la licencia que permite servir bebidas alcohólicas, sin las cuales no hay hotel de vacaciones posible. Todo en busca de la «mordida». Por eso, en Marruecos es muy importante encontrar un socio adecuado en los negocios para no ser desplumado luego con la connivencia, si hace falta, de un juez corrupto, que también los hay, como he contado en el capítulo «El pescador que lloraba».

El golf despierta mucha afición entre la clase política y empresarial de Marruecos, donde hay campos extraordinarios y de gran belleza para su práctica. Tanto es así que durante la fallida negociación de pesca entre Marruecos y la Unión Europea para que nuestra flota pudiera faenar en su caladero, una discusión a veces muy desabrida, me inventé un «Premio Embajada de España» de golf para que la prensa hablara de vez en cuando de nosotros en tono positivo, «para crear un espacio de distensión», decía yo entonces con algo de cursilería, porque los medios se cebaban con nosotros. Nuestro premio de golf, a cuya organización se dedicó con entusiasmo mi compañero Hansi Escobar, contó con el apoyo de nuestras cámaras de

Comercio de Casablanca y de Tánger y con el patrocinio de numerosas empresas, que nos cubrieron literalmente de regalos. Como consecuencia de ello, todos los participantes se llevaban algo, desde bolas, gorras o camisetas con el logo que nos habíamos inventado, hasta palos de golf, teléfonos móviles o viajes a España. Los periódicos nos dedicaban páginas enteras y también conseguíamos mucho espacio en la televisión, que utilizábamos para hablar de España en términos positivos, que buena falta nos hacía. Tan grande fue su éxito que tuvimos que limitar la inscripción para no bloquear el campo, pues venían a jugarlo desde miembros de la Casa Real hasta ministros del Gobierno y los mayores empresarios del país. Aun así, tuvimos problemas en algún caso con gente de muy alto nivel que hacía trampas en el juego y nos entregaba tarjetas con menos golpes que los dados en realidad... El ministro de Interior, Driss Basri, aficionado al golf y el hombre más poderoso de Marruecos después del rey, venía todos los años a mi residencia para entregar los premios en una fiesta donde corría el vino y el jamón mientras amenizaba la noche un tablao flamenco venido de Ceuta. Basri, el responsable de los «años de plomo» de Hasán, era un hombre de reputación siniestra. Yo procuraba evitar su presencia pero era inútil, allí se presentaba año tras año sin recibir invitación, lo cual probaba el éxito de mi iniciativa. El Premio Embajada de España se mantuvo después de mi salida de Rabat durante diez años hasta que lo dejó caer un sucesor mío que no debía de ser golfista y que se quejaba del trabajo que daba organizarlo. Es cierto, pero también te daba acceso a mucha gente importante del país, de esa que te puede ayudar a resolver un problema sobre la marcha.

Peor fue cuando Santiago Luna, un excelente profesional español y gran persona, ganó el premio al «Hoyo en un solo golpe» del Trofeo Hasán II, que se jugaba en el magnífico campo de Dar es-Salam de Rabat con los mejores profesionales del mundo, desde Montgomerie y Westwood a Faldo y Ballesteros. El premio estaba dotado con un coche Peugeot colocado junto al hoyo 17, un par tres, que se llevaría quien metiera la bola en aquel agujero de un solo golpe, como anunciaba un enorme letrero. Santi tuvo la fortuna de conseguirlo, y cuando fue a pedir su premio, le contestaron que había habido un error, que lo lamentaban mucho pero que en realidad el hoyo que había que hacer en un solo golpe no era el 17 sino el 9 (donde nadie lo había hecho) y

que se habían equivocado al poner allí el coche y el cartel. Luna tenía toda la razón del mundo para estar indignado, y cuando los responsables del torneo se negaron a escucharle, yo me fui a ver a Driss Basri, que como antes he dicho era presidente de la Federación de Golf, además de ministro de Interior. Confieso que me costó tres visitas convencerle de que Marruecos iba a quedar muy mal si hacían una trampa tan gorda y a la vista de los mejores golfistas del mundo, que apoyaban todos a Santi Luna y que tampoco ocultaban su indignación. Al final lo conseguí, pero estoy seguro de que habría perdido el coche si no hubiera intervenido el embajador con la vehemencia con la que lo hice. Otro año, el mismo Santi ganó el Trofeo Hasán II, y recibió una goma de oro como premio. Como temía meterla en la maleta y que se la robaran, o que no le dejaran subir al avión con ella y se la quedara un aduanero, Santi me pidió que desde la embajada habláramos con el comandante de Iberia para que se hiciera cargo de ella hasta llegar a Madrid. Tras la anterior experiencia era mejor no fiarse demasiado.

LA PESADILLA DE GUINEA ECUATORIAL

Todos los países tienen alguna pesadilla, y Guinea ha sido la nuestra durante mucho tiempo. Fernández Ordóñez, a quien no le gustaba nada el Tercer Mundo, me dio una única instrucción cuando me hice cargo de la dirección general de Política Exterior para África y Medio Oriente: «Haz lo que te parezca más oportuno pero que Guinea Ecuatorial no me dé problemas». Intenté cumplir sus instrucciones, aunque confieso que no siempre lo conseguí. Enrique Viguera, que fue durante varios años subdirector general conmigo para el África subsahariana, me recordaba que también yo le daba a él mucho margen de maniobra excepto con Guinea Ecuatorial, pues me reservaba la decisión de cuanto concernía a ese país. Le teníamos miedo y no sin razón.

Es difícil alumbrar un país democrático cuando no se es una democracia, y eso le pasó a España al descolonizar Guinea en 1968, cuando quisimos dar a los nativos derechos políticos que aún se negaban a los españoles. Para acabar de arreglarlo, Presidencia y Exteriores no se entendieron por culpa del almirante Carrero Blanco, que descartó al candidato de Castiella, Atanasio Ndong, por considerarlo «rojo» y «subversivo». El resultado fue la dictadura del loco sanguinario Francisco Macías, la expulsión del embajador Juan Durán, y once años de terror hasta que su sobrino, Teodoro Obiang, lo destituyó en 1979 con un golpe de Estado que llamó «el Golpe de Libertad». Luego lo ejecutó. El país cambiaba de amo pero seguía siendo una dictadura corrupta en manos del clan de Mongomo de la tribu fang, y a diferencia de Francia, que tenía muchos dictadores en África y estaba habituada a sus excesos, que toleraba, nosotros insistíamos como pardillos en querer hacer una democracia en nuestra única excolonia.

Mi primer viaje a Guinea Ecuatorial, que es un país bellísimo, tuvo lugar cuando, al poco tiempo de ser nombrado, reuní a los dieciocho embajadores que España tenía en el África subsahariana para celebrar una reunión en la que revisar y fijar nuestra política hacia el subcontinente y luego someter la propuesta a la aprobación del ministro. Yo llegaba lleno de bríos, de ideas nuevas, de ganas de hacer cosas y de sacudir viejas inercias. Pero no quería meter la pata y nada mejor que hablarlo todo antes con quienes estaban ya sobre el terreno, tenían experiencia acumulada y, en definitiva, sabían del tema más que yo. Nos reunimos en el Club de Madereros de Bata, y yo me alojé solo en una casa aislada junto al mar. El lugar era precioso. Por la noche la vigilaba un *uachimán* (voz local derivada del vocablo inglés *watchman*, vigilante) armado con arco y flechas y otro con una lanza. Ambos tenían también linternas. Me levantaba al amanecer y bajaba a una playa cercana donde a esa hora el océano estaba aún fresco porque a mediodía el agua se recalentaba y se ponía como un caldo muy poco apetecible. Allí, en aquella espléndida soledad, veía salir el sol y era muy impresionante porque aquella playa estaba literalmente cubierta por millones de cangrejos grandes como un puño y del mismo color dorado de la arena, que se apartaban a medida que yo avanzaba formando un círculo que se cerraba detrás de mí. Nunca me hubiera arriesgado, de no decirme el *uachimán* que me acompañaba que eran inofensivos, y aun así confieso que jamás me senté o tumbé en la arena; tampoco las tenía todas conmigo al meterme en el mar porque me imaginaba el suelo también cubierto de aquellos cangrejos, que podían saltar dentro del agua. Pero valía la pena porque se sentía uno en un mundo virgen y alejado de todo y de todos. Y es que, realmente, el mayor lujo de esta época tan masificada es la soledad, poder escapar de las multitudes que todo lo invaden.

Al terminar nuestros trabajos nos trasladamos todos a Malabo, adonde llegó el ministro Fernández Ordóñez para clausurar el encuentro, escuchar nuestras conclusiones y ser recibido por el presidente Teodoro Obiang, a quien conocí en esa ocasión. Todo salió muy bien, el obispo dijo en nuestro honor una misa en la catedral acompañada con preciosos cantos y bailes locales; al salir, me impresionó mucho que se nos acercaran gentes para pedirnos que regresáramos a Guinea... ¡como potencia colonial! No me lo invento, lo juro. «Volved», nos decían. Y no uno ni dos.

Al principio, las relaciones con Guinea estuvieron tranquilas y no regresé allí hasta tres años más tarde, en 1989, tras la reelección de Obiang en unas elecciones muy sospechosas y para asistir a los actos conmemorativos del X Aniversario de su Golpe de Estado de Libertad acompañando al JEMAD (jefe del Estado Mayor de la Defensa) general, Gonzalo Puigcerver, un señor encantador que había sido designado por el Gobierno para representarle en esta ocasión. Los actos comenzaron con la ceremonia de investidura del presidente en la plaza de la catedral, en medio de una tremenda algarabía debido a los muchos grupos folclóricos que allí actuaban. No es que cantaran mal, el problema es que en lugar de cantar uno detrás del otro, insistían en hacerlo todos al mismo tiempo. La cosa habría podido funcionar si se hubieran puesto de acuerdo para entonar la misma canción, lo que no era el caso. Entonces, para solucionar el problema, cada uno trataba de cantar más alto que los demás con un resultado difícilmente imaginable. Es como cuando en el golf das un «buen» golpe, pero con dirección equivocada... El resultado es catastrófico.

Hacía mucho calor y humedad y olía a humanidad africana, que no digo que sea mejor ni peor, pero que huele de una forma diferente que la humanidad europea. Luego nos recibió Teodoro Obiang, era la segunda vez que le veía, y no pudo estar más simpático y proespañol. Nos extendió una invitación para que Felipe González visitara Guinea, una visita que —entonces no lo sabíamos— nos iba a traer muchos problemas porque aumentaría nuestra presión a favor de una democratización a la que Obiang no estaba en absoluto dispuesto aunque en público dijera desearla. El presidente ecuatoguineano nos habló con mucha ingenuidad, contento consigo mismo y con su reelección, diciendo cosas como «me estoy haciendo un carisma» (sic) o «yo no sospechaba dónde he llegado». Esto tampoco me lo invento. Luego nos invitó a cenar en el Palacio del Pueblo, donde me senté junto al ministro Eloy Eló, que me hizo un canto del franquismo, mientras un cuñado de Obiang cantaba algo que había compuesto sobre la reelección y el golpe de Estado de 1979, que hizo las delicias del público asistente. Obiang se levantó para darle una flor como muestra de agradecimiento, y mi vecino me mesa, Eló, le metió varios billetes de banco arrugados en el bolsillo superior de la chaqueta.

Tras dormir en la residencia de nuestros embajadores, Cristina y *Mane* Alabart, que no pudieron ser unos anfitriones más encantadores, las celebraciones culminaron el día siguiente con un gran desfile cívico-militar en el que participaron gentes tan dispares como las mujeres del mercado, los brujos de las tribus, los oficios (pescadores, carpinteros, mecánicos, agricultores...) con sus instrumentos de trabajo, y también soldados vestidos con uniformes españoles. Los de Infantería de Marina llevaban la corona real en la gorra. Obiang estaba literalmente en olor de multitudes, nunca mejor dicho. El desfile fue interminable porque una vez rebasada la tribuna donde estaban el presidente y sus invitados, la gente daba una vuelta por calles traseras para volver a desfilar frente a su líder. Recuerdo a una joven con un llamativo vestido amarillo de grandes lunares negros que por lo menos pasó cuatro o cinco veces gritando con un entusiasmo que no disminuía.

Tras un aplazamiento que sentó fatal en Malabo (tuve que emplearme a fondo con nuestro nuevo embajador Arturo Avello para evitar que nos enviaran una Nota Verbal diciendo que el retraso era «poco amistoso»), el viaje oficial del presidente Felipe González a Guinea Ecuatorial tuvo por fin lugar en noviembre de 1991. Viagé con él en el Falcon 900, y la llegada a Malabo, en la isla de Bioko, fue inenarrable: el aeropuerto rebosaba de gente que enarbolaba banderitas de ambos países y llevaba camisetas impresas con la efigies de Felipe y de Teodoro acompañadas de la leyenda «Viva la amistad hispano-guineana», mientras los *baleles* cantaban letras alusivas al momento, entre las que recuerdo bien una que no tenía desperdicio y que decía:

Viva España,
viva la amistad sincera y amable.
Si somos responsables,
España nos ayudará.

Nos alojamos en el Palacio de la Amistad, sobre el paseo marítimo tras el edificio colonial de la catedral, con bonitas vistas sobre la bahía; yo no participé en el encuentro privado de González y Obiang, que tuvo lugar aquella misma tarde y en el que se acordó una misión de asesoramiento a cargo del expresidente Adolfo Suárez, que nos daría muchos problemas en el futuro, aunque en aquel momento nadie me informó de esa iniciativa. Por la

noche hubo una cena oficial con los discursos de rigor, Felipe animando a la democratización y Teodoro contestando que el multipartidismo era ajeno a Guinea Ecuatorial. Lo de siempre. Al día siguiente, en medio de una tormenta tropical y un calor húmedo que nos hacía sudar a todos como pollos, González dijo algo así como «Guinea, con el esfuerzo de su gente y su buen clima...», que me hizo sonreír al apreciar la humorada, pues no veía por ningún lado ni el esfuerzo ni el buen clima. Solo la gente se salvaba.

Después de la tormenta cogimos un avión para ir a un aserradero de madera en Bata, en el continente, por una carretera sin asfaltar, cuyas nubes de polvo se mezclaron con el sudor hasta hacerme sentir como un *simba* de Namibia, esa tribu que se unta el cuerpo con grasa de buey y tierra para defenderse de la picadura de los mosquitos y los tábanos. Apestan. La cena en el Palacio de África estuvo amenizada por un contorsionista que se metía el dedo entre el ojo y el párpado y daba bastante grima; una niña que recitaba poesías sobre la yuca, y un mimo que imitaba a una mujer haciendo estriptís y acababa desenroscándose las tetas... Inigualable.

Al día siguiente acompañé a Máximo Cajal, que era el secretario general de Política Exterior, a ver algunos proyectos de nuestra cooperación en el continente, como el Centro Cultural, la televisión, un colegio salesiano de formación profesional y Radio 2000. También fuimos a ver el hotel Ureka, que nos ofrecían a buen precio y que yo quería comprar como posible club social para nuestros cooperantes, que no tenían otra diversión que la playa o que pasear por la carretera del aeropuerto. Esta era una situación que había motivado un informe mío tres años antes pero que no había producido resultados. Me decían en el ministerio que una pista de tenis y un bar con mesas donde poder jugar a las cartas o al ping-pong eran lujos, y yo contestaba que se fueran a pasar un mes a Guinea y verían si eran lujos o no. Pero no me hicieron caso. A la vista de ello, cuando aquella noche me tocó sentarme en la cena oficial junto al alcalde de la ciudad y me dijo que «le quitaba el sueño» el problema de la recogida de basuras, le contesté que no perdiera el tiempo y que buscara la cooperación de alguna comunidad autónoma o ayuntamiento porque tenían bastante más dinero que nosotros, y le puse el ejemplo de cómo el de Barcelona había resuelto la recogida de basuras en Maputo.

En una rueda de prensa conjunta de González y Obiang, mientras el primero daba garantías de mantener nuestra cooperación, el segundo se lio de forma tremenda en las respuestas ante las preguntas que le hicieron los periodistas, y llegó a definirse a sí mismo como «una cosa cultural e histórica» y «un líder carismático». También confesó paladinamente que tenía una guardia de seguridad marroquí «porque no se fiaba» de los suyos, «y menos ahora, que hay un proceso de democratización que a muchos no gusta nada». Era difícil elegir la mejor respuesta.

Cuando quisimos regresar a Malabo, una tremenda tormenta tropical impidió aterrizar al Hércules que llevaba el séquito entre el que yo me encontraba. Había negros nubarrones sobre la preciosa isla de Bioko, de la que solo asomaba la punta del Pico, su monte más alto. Tras 90 minutos para un vuelo que normalmente tarda 40, el comandante decidió dar la vuelta y aterrizar en Douala, en Camerún, donde una huelga general había vaciado el aeropuerto y parecía una ciudad fantasma. Igual que el escenario de *It*, una novela de terror de Stephen King que yo estaba leyendo aquellos mismos días y que ahora se ha convertido en película taquillera. No había nadie y tampoco nada que comer. Tras recorrer aquellos inmensos espacios desiertos, Jesús Silva, diplomático destinado en el servicio de Protocolo de la Moncloa y hombre de recursos, se las ingenió para reaparecer con unas bandejas de comida de sospechoso aspecto y que no sé de dónde sacó. Como era el único del grupo con algo de experiencia africana, les previne a todos contra unas ensaladas que formaban parte del menú y que recomendé evitar a toda costa. Algunos no me hicieron caso y el viaje de regreso a España, cuando al final pudimos llegar a Malabo para coger el 707 de nuestra Fuerza Aérea, se hizo entre fuertes diarreas de buena parte del cuerpo expedicionario monclovita.

Apenas seis meses más tarde estallaba la crisis con Guinea Ecuatorial, la que Fernández Ordóñez me había pedido evitar por encima de todo. Pero no fue culpa de Exteriores sino de la Moncloa. Arturo Avello, nuestro embajador en Malabo, me informó entonces de que Felipe González había convencido a Obiang para que aceptara a Adolfo Suárez como «asesor para la democratización», y que se lo había ocultado a Fernández Ordóñez. Según oí decir entonces, la razón era que el ministro «lo cuenta todo y además ha creado escuela en Santa Cruz». Inaudito, pero cierto. También se comentaba

que González estaba dispuesto a ir hasta el fondo para ayudar a Obiang a democratizar el país y que no se descartaba sustituir a la guardia pretoriana marroquí por la Guardia Civil (?). Ignoro si es verdad, me costó creerlo entonces y me sigue costando ahora, pero es lo que me contaron, y debo decir que me pareció una locura sin pies ni cabeza que, de ser cierta, revelaría un escaso conocimiento de la realidad ecuatoguineana. En cualquier caso, esta pretensión democratizadora, a la vez ingenua y bien intencionada, ponía los nervios del Gobierno guineano a flor de piel. Como muestra, el líder opositor, Severo Moto, que siempre me pareció un cantamañanas, decía que Obiang quería «eliminarlo», y nos pedía asilo en la embajada mientras era jaleado por un sector del PP un día sí y otro también. Otro que quiso asilarse fue el número dos de la Agencia EFE en Malabo, acusado de espiar a favor de España y de querer envenenar a su jefa, que había sido denunciada por la oposición como confidente del secretario de Estado de Seguridad, con quien al parecer estaba liada. Todo un folletín. La realidad era que la visita de Felipe y la posterior «asesoría» de Suárez habían puesto en marcha unas fuerzas que escapaban al control de Teodoro Obiang y que le ponían muy nervioso. Veía enemigos por doquier y, como consecuencia de ello, rechazó los buenos oficios de España para democratizar el país y dejar regresar a los exiliados; nos hizo saber que no quería volver a ver a Adolfo Suárez ni en pintura.

A estas alturas, Solana, que había sustituido a Fernández Ordóñez al frente de Santa Cruz, me llamó para preguntarme lo que pensaba de todo aquello y le contesté honradamente que no sabía apenas nada, pues se trataba de un asunto que llevaba la Moncloa a espaldas de Exteriores y que eso solo ya me parecía una barbaridad. Aun así, le dije que en mi opinión cabían dos líneas de acción: abandonar los buenos oficios de Suárez y los deseos de democratizar Guinea con la consiguiente pérdida de imagen y de prestigio para España así como de bienestar para los ecuatoguineanos, o seguir adelante pero con prudencia y solo a condición de ser conscientes de dónde nos metíamos, de estar dispuestos a llegar hasta el final si era preciso y de asumir todas sus consecuencias. Y añadí que ese final podía complicársenos mucho porque Obiang no se iba a ir sin pelear, y ahí estaríamos solos pues los franceses, que eran la potencia regional, nos habían dejado claro que no veían razón para esta presión internacional en un país donde no había «violaciones masivas de

derechos humanos», lo que era a mi parecer una excusa para dejar que nos desgastáramos nosotros solos. Finalmente le dije que, en mi opinión, la iniciativa de la Moncloa exigía una reflexión seria, que hasta entonces no se había hecho, porque nos colocaba en rumbo de colisión con Malabo, ya que no tenía absolutamente ninguna confianza en la voluntad democratizadora del presidente Obiang. Solana se quedó muy preocupado.

En estas estábamos cuando encarcelaron a dos españoles en la cárcel de Bata, un lugar muy poco apetecible, tras acusarles de querer dar un golpe de Estado por haber importado para su explotación maderera un lote de camiones, picos, palas y uniformes de faena desechados por el ejército holandés. Fue un montaje que mostraba la paranoia de Obiang y de cuantos lo rodeaban, pues convirtieron el material de desecho en «material de guerra» y sometieron a nuestros compatriotas Santiago Hanna y Salvador Vilarrasa a un consejo de guerra que los condenó a treinta años de cárcel y al pago de 250 millones de Francos CFA (unos dos millones de dólares) a cada uno. Una locura lo primero y una barbaridad lo segundo, porque todo era una farsa, ya que ni siquiera dejaron entrar en el país al abogado, Juan María Bandrés, encargado de su defensa, en una decisión que el Gobierno español calificó de gesto inamistoso. La crisis bilateral estaba servida.

Solana decidió entonces que era el momento de que Exteriores recuperara competencias y me envió a Guinea para tratar de solucionar el problema con una carta del presidente González para Obiang. Y allí me fui a finales de noviembre de 1992. Nada más llegar, en reuniones con empresarios españoles y con funcionarios ecuatoguineanos me quedó claro que el problema de Hanna y Vilarrasa era un ajuste de cuentas entre empresarios (uno de los españoles había cometido el doble error de hacerse socio del mismo Obiang y de pelearse luego con él), y que el incidente había sido luego utilizado para dinamitar la relación bilateral por sectores contrarios a la democratización que nosotros impulsábamos. Así de simple.

En cuanto llegué a Malabo, pedí audiencia con el presidente Obiang y me dieron largas, por lo que aproveché el domingo para ir a cazar morenas en un cayuco con unos pescadores locales que se zambullían y las ensartaban con sus arpones (simples hierros afilados), en torno a los cuales los animales se enroscaban mientras los mordían con furia al ser subidos a la superficie. Era

un espectáculo bastante impresionante por el tamaño y los dientes de aquellos bichos. Una vez a bordo, mientras se revolvían, ensangrentadas, por el fondo del estrecho cayuco y yo no sabía cómo poner mis pies a salvo, les daban un fuerte golpe con un mazo en la cabeza. Todo chorreaba sangre, por lo que también yo acabé en el agua. Además pescamos un enorme pez cofre y otras especies, con buena parte de las cuales se quedaron los policías del puerto cuando desembarcamos. Era la «mordida» habitual, según confesaron mis acompañantes locales, y al parecer así ocurría siempre, sin que aquellos policías se cortaran un pelo ante la presencia de un blanco desconocido en el cayuco.

El lunes, mientras seguía esperando que me recibiera Obiang, pude ver al ministro de Asuntos Exteriores, Benjamín Mbá, ante quien protesté formalmente por el desaguisado que estaban cometiendo con nuestros dos compatriotas, y quizás esa protesta sirvió de algo pues, durante la cena en la embajada, nos llegó la noticia, todavía confusa, de una reducción de la pena. Era una decisión hábil, ya que el presidente se adelantaba a mi petición y evitaba así dar la impresión de que cedía ante nuestra presión.

Teodoro Obiang me recibió por fin el martes en una larga audiencia de casi dos horas que se desarrolló en términos cordiales. Me acompañó el embajador Arturo Avello, mientras el presidente estaba flanqueado por su ministro de Exteriores, Benjamín Mbá, y el ministro de Estado encargado de Misiones, Alejandro Evuna. Le entregué entonces la carta del presidente Felipe González, que presenté como un «mensaje de amistad», lo que no dejaba de ser un sobreentendido por mi parte, pues lo que hacía era amenazarle con cortar algunos programas de cooperación si no ponía en libertad a los dos españoles. Obiang leyó detenidamente la carta comentando que «estaba muy clara» y pasó luego a soltarme una larga y confusa perorata sobre sus muchos esfuerzos para traer la democracia a Guinea «sin caer en la violencia como ha ocurrido en Camerún». A continuación descalificó sin rodeos las que consideró «extravagantes exigencias» de la oposición, como la liberación de presos políticos, la presencia de observadores internacionales en las elecciones, la convocatoria de una mesa redonda Gobierno-oposición, etc., para centrarse en una fuerte diatriba contra la gestión del presidente Adolfo Suárez («no quiero volver a verlo en Guinea») porque, a su juicio,

había desbordado su condición de asesor para convertirse primero en mediador y ponerse finalmente del lado de la oposición, «haciendo informes sesgados». Estaba muy irritado con Suárez. Yo le respondía diciéndole que necesitaba ayuda para democratizar el país y que poder recibirla de alguien con tanta experiencia como Adolfo Suárez era un auténtico lujo al alcance de muy pocos. Luego lo animé a no desfallecer en el camino de una transición pacífica hacia la democracia, que es lo único que le pedía España, diciéndole cosas como que «aunque el parto pueda ser doloroso, luego el niño crece sano y fuerte» (sic). Continué diciendo que lo ideal sería consensuar el proceso con los partidos de la oposición, «que no son sus enemigos sino sus rivales, pues es mucho más lo que les une que lo que les separa» y otros comentarios de este tenor, para terminar señalando que Guinea Ecuatorial «no podía quedarse al margen de los vientos de libertad que soplan en África, donde de un total de 47 países, 41 tienen pluripartidismo» y, en un guiño para tranquilizarle, añadí que «solo en cinco de ellos ha ganado la oposición las elecciones». Aquello era surrealista. Terminé insistiendo en que lo más importante era evitar malentendidos y tener un diálogo franco y abierto entre nosotros, empezando por la puesta en libertad de mis compatriotas detenidos «por un equívoco lamentable».

Al día siguiente de este encuentro, el 2 de diciembre, Salvador Vilarrasa y Santiago Hanna abandonaban la cárcel Modelo de Bata y eran puestos en libertad por decisión del presidente Obiang, aunque su salida del país todavía se veía condicionada por el pago de una multa pecuniaria de cien millones de pesetas cada uno, que luego logramos ir reduciendo progresivamente. Bandrés calificó esta liberación como «un éxito tanto del Gobierno, que se ha portado con una firmeza y eficacia admirables, como del Ministerio de Asuntos Exteriores, con Javier Solana a la cabeza». El mismo día, un editorial de *Diario 16* titulado «Trabajo bien hecho» decía: «Hay que felicitar a los responsables del Ministerio de Asuntos Exteriores español —concretamente al ministro Solana y al director general Dezcallar— por el final feliz... de la odisea vivida por dos empresarios españoles en Guinea Ecuatorial».

Pero no acababan aquí los problemas. La carta de Felipe González y mi visita le habían torcido el brazo a Obiang, que se había quedado bastante cabreado y que no estaba dispuesto a ir adelante con el proceso de

democratización. Y eso se tradujo en una serie de incidentes en las semanas siguientes, como la brutal represión de una manifestación de profesores y estudiantes en una operación policial que se saldó con numerosas detenciones. Aprovechando la oportunidad, el clan de Mongomo —al que pertenecía el presidente— detuvo también a 60 militantes de la oposición, que fueron torturados. Me contaron que desde el Centro Cultural Español se oían los gritos. Ordené entonces al encargado de Negocios, José María Ridaio, buscar el apoyo de Estados Unidos, Francia, la Comisión Europea y el Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD) para hacer una gestión conjunta ante el primer ministro, pero este se negó a recibirlos. Desde Madrid hicimos un comunicado condenando lo ocurrido, reclamando la libertad de los detenidos, exigiendo respetar los derechos humanos, etc., bajo pena de revisar nuestra cooperación bilateral. En Bruselas, Manolo Marín, comisario europeo, proponía a su vez revisar los programas europeos de cooperación... algo que Francia se ocupó de impedir alegando que antes había que hablar con Obiang. ¡Como si no lo hiciéramos! El caso es que la cuerda se tensaba cada vez más y, a fin de año, el Gobierno de Malabo prohibió volar a nuestros aviocares destacados en Guinea Ecuatorial e, incluso, impidió que los pilotos se acercaran a los aparatos.

Convoqué entonces a mi despacho al embajador, Bruno Esono, pesado como un plantígrado y aún más lento de mente, para presentarle una protesta formal, y me respondió que la razón del bloqueo era que estábamos en Navidades y «los pilotos beben y deseamos evitar otro accidente como el de 1987, en el que el piloto había bebido». Me indigné y le dije que no le aceptaba el argumento por ser falso e injurioso a nuestra Fuerza Aérea, que llevaba trece años volando en aeropuertos de Guinea que no reunían las condiciones mínimas de seguridad, y que solo habían tenido aquel trágico accidente. En cierta ocasión, iba a Malabo en un aviocar y el piloto tuvo que sobrevolar la casa del encargado de la torre de control para que este se montara en una bicicleta y nos abriera el aeropuerto. Cuando, ya dispuestos para aterrizar, preguntó por el viento que hacía, la respuesta de la torre fue «sopla». Lo juro, yo lo oí. El caso es que le exigí al embajador Esono una solución inmediata y él me contestó pidiéndome becas en España para sus hijos... Así eran las cosas con los guineanos. Tras un par de días de

normalidad durante los que se reanudaron los vuelos, los volvieron a prohibir el 31 de diciembre, y esta vez Esono me pidió que le pagara las facturas del agua y la luz de la embajada, que se las habían cortado por falta de pago, e igual ocurría con el teléfono. Era surrealista porque para hablar con él tenía que llamar a la embajada de la República Sudafricana, que ocupaba otro piso en el mismo edificio. La explicación de lo que ocurría con nuestros aviocares nos la dio un tremendo discurso de Obiang ese mismo día, donde nos ponía a caldo sin nombrarnos, al acusarnos de intervenir en los asuntos internos de su país y de fomentar la violencia por medio de una oposición traidora y vendida «a los intereses de potencias extranjeras» que actúan a través de sus agentes diplomáticos. Era la contestación a la carta de Felipe González que yo le había entregado un mes antes. Para no dejar dudas sobre su opinión acerca de la democratización, la policía volvió a asaltar la sede del Partido del Progreso de Severo Moto. La crisis estaba servida y se agravaba no solo por la diferencia de opiniones entre la Moncloa y Exteriores sobre la política que había que seguir con Guinea, sino por la falta de coordinación entre ambos, pues seguía habiendo iniciativas de la Moncloa que no conocíamos. Eso se debía de percibir desde fuera y ponía a Obiang aún más nervioso.

A mediados de enero de 1993, las autoridades impulsaron la organización de una manifestación multitudinaria contra la embajada que preocupó a nuestros diplomáticos en Malabo. Desde Madrid llamé al ministro de Exteriores, Benjamín Mbá, y le dije que, respetando la libertad de expresión y manifestación, le recordaba el Convenio de Viena, que obliga al país receptor a velar por la seguridad de las embajadas en su suelo, añadiendo que le haríamos personalmente responsable de cuanto pudiera ocurrir. Se asustó, habló con Obiang, y media hora más tarde se disolvía pacíficamente la «marcha espontánea». En la Moncloa eran partidarios de una respuesta dura. Yo mantuve la tesis de que había que dar otra oportunidad al diálogo aunque acompañando la oferta de un golpe sobre la mesa; por ejemplo, cancelando las 18 becas de cooperación militar o el apoyo a la televisión local. Algo simbólico pero que se notara. Mi tesis era que no estábamos ante una crisis bilateral sino motivada por la resistencia del régimen a evolucionar gradualmente hacia un sistema más participativo.

Pero todo fue inútil porque Obiang quería un escándalo, y lo consiguió al detener una valija diplomática española enviada por la Moncloa cuyo contenido desconozco. Interceptar una valija va contra los usos diplomáticos y es una gravísima violación de la Convención de Viena sobre Relaciones Diplomáticas. Cuando el embajador Avello exigió una solución inmediata al ministro Mbá, se le acercó Tito, un mulato hijo de guardia civil y yerno de Obiang, que le dijo al ministro «que no estaba autorizado a hablar con ese embajador hasta el lunes» (era sábado). En Madrid, logré localizar al embajador, Bruno Esono; le expliqué que lo que habían hecho era muy grave y le pedí que llamara de inmediato a su presidente y solucionara el problema antes de que las cosas fueran a más y nos encontráramos ante una crisis bilateral muy seria. Mi advertencia no sirvió para nada y la valija siguió bloqueada (aunque no llegaron a abrirla), por lo que el subsecretario Máximo Cajal y yo mismo tomamos el avión rumbo a Malabo para coger el toro por los cuernos y tratar de solucionar la crisis. Tras entrevistarnos con medio Gobierno (Oyono, Evuna, Mbá, Nsé y otros más), nos recibió el presidente en el Palacio del Pueblo. Max estuvo muy claro y muy duro. Le dijo a Obiang que si no quería nuestra cooperación era mejor que nos lo dijera claramente y haríamos las maletas. Pero que si la crisis venía motivada por nuestra oferta de ayudarle a democratizar el país, debía saber que su credibilidad era cero debido a las «sistemáticas» (esta palabra le molestó mucho a Obiang) violaciones de derechos humanos que se producían en Guinea y que debían terminar de inmediato con el castigo de los culpables. Cuando Obiang preguntó: «¿Qué son para ustedes elecciones creíbles?», Max le respondió «Son las que se celebran en condiciones en las que la oposición le pueda ganar a usted, señor presidente». Cajal estuvo brillante, y Obiang se quedó de «terracota», como diría el propio Máximo.

Algún tiempo después invité a almorzar en Madrid al primer ministro, Miguel Oyono, de paso por España, quien me reconoció que la retirada de algunos proyectos de nuestra cooperación «fue un mazazo». Pero no por eso dejaban de atacarnos y de hacernos acusaciones cada vez más descabelladas, como que planeábamos la invasión de la isla de Annobón o que habíamos encargado a ETA que matara a Obiang. En serio.

Mientras nosotros nos desgastábamos intentando que los guineanos hicieran lo que no deseaban, los franceses nos segaban la hierba bajo los pies con el objeto aparente de reemplazarnos como influencia dominante en Guinea Ecuatorial, y le ponían a Obiang alfombra roja en París, donde fue recibido por Mitterrand y por Balladur. Y no contentos con eso, se desmarcaban luego del acuerdo de los cinco donantes (España, Estados Unidos, Francia, Comisión y PNUD) exigiendo a Obiang unas condiciones y garantías mínimas para participar y financiar las elecciones de 1993. En unas declaraciones a *Diario de Mallorca* (20-8-93) yo decía que esas elecciones «ofrecen dudas... por el sistema electoral, la ausencia de un censo real y la falta de igualdad de oportunidades para todos los partidos políticos».

Debía de estar poniéndome muy pesado y molesto para algunos porque fue entonces cuando estalló una bomba bajo mis pies que nunca logré saber quién puso. Alfonso Rojo publicó en *El Mundo*, con honores de portada, una serie de documentos con el membrete de la dirección general de Política Exterior para África y Medio Oriente, que yo dirigía, algunos de los cuales eran auténticos y otros falsificaciones de arriba abajo aunque también llevaban «mi firma» o la de mi compañero Joaquín Pérez Gómez, que se ocupaba directamente y conmigo de las relaciones con Guinea. Llamé al periodista para pedirle que me enseñara los documentos que tenía en su poder, ofreciéndome a aclararle cuáles eran auténticos y cuáles no, pero no mostró ningún interés en saberlo, y los documentos siguieron publicándose. Se diría que de lo que se trataba era de vender periódicos. Algunos de ellos eran auténticos, como ya he dicho, como que yo proponía mantener con Guinea Ecuatorial una política «de palo y zanahoria», mientras que había otros que eran radicalmente falsos, de arriba abajo, como el que afirmaba en un titular «España y Estados Unidos, de acuerdo en ayudar a Severo Moto a ser presidente de Guinea». También era falso otro documento que afirmaba que España había decidido «volcar mayoritariamente» su financiación sobre el partido del Progreso (el de Severo Moto). Esto era grave porque, a la vista de cómo se las gastaban en Malabo, podía poner en peligro vidas humanas. El propio Moto declaraba entonces a *Diario 16*: «Decir que soy el favorito de España, estando yo en Malabo, suena a que quieren mi cabeza» (2-9-93).

Por eso, al día siguiente, la Oficina de Información Diplomática lamentaba la filtración a la prensa de ciertos documentos oficiales y denunciaba la falsedad de otros, concretamente los «fechados los días 7 y 21 de abril de 1993, sobre los que el diario *El Mundo* basa buena parte de la información que ha publicado los días 1 y 2 de septiembre». Y añadía que «la elaboración de estos documentos falsos resulta gravemente lesiva para los intereses de España y de su política exterior». El comunicado de la OID, que yo había escrito, finalizaba reiterando lo obvio, que «la política de España no es la de apoyar a ningún partido o candidato, sino la de promover el proceso democrático en Guinea Ecuatorial».

Nunca supe quién había sido el autor de la filtración aunque tengo mis sospechas, que no he podido probar. Emilio Alonso Manglano, director general del CESID, que investigó lo ocurrido, me dijo entonces que se trató de «una operación muy maligna», que no creía que fuera dirigida contra mí sino que «simplemente me pilló en medio». Y no volví a saber más del tema. En mi opinión, los guineanos solos no hubieran podido falsificar aquellos documentos, por lo que debió de haber intervención de terceros, y sobre quiénes fueron esos terceros cabe especular.

Aun así, la gravedad de lo ocurrido y el hecho de que algunos de los documentos publicados procedieran de mi dirección general hicieron que ofreciera al ministro Javier Solana mi dimisión, que no aceptó, aunque unas semanas más tarde me ofreciera la Dirección General de Asuntos Políticos. Me apetecía cambiar de aires, y acepté con agrado su propuesta.

En cuanto al fondo, no me cabe duda de que la falta de adecuada coordinación entre la Moncloa y Santa Cruz sobre la forma de llevar nuestras relaciones con Guinea Ecuatorial restaron eficacia a nuestro ingenuo deseo de llevar la democracia a un país que no la quería. No tengo más remedio que admitir que Francia conocía África mejor que nosotros. Mucho mejor. Y también que usa un cinismo que nosotros no tenemos. Escribo estas líneas veinticinco años después de estos acontecimientos; Teodoro Obiang sigue siendo presidente tras abortar un golpe de Estado inspirado desde Londres por comerciantes libaneses que querían quedarse con las riquezas del país a cambio de poner a un ingenuo nativo como presidente-títere del país. Mercenarios sudafricanos fueron detenidos tras llegar a Guinea, otros lo

fueron en Zimbabue antes de volar, y también fue arrestado un hijo de la propia Margaret Thatcher. Muy parecido a la novela *The Dogs of War* de Frederick Forsyth, llevada al cine por John Irvin. Y, desde luego, Guinea Ecuatorial sigue sin ser una democracia. Lo único que ha cambiado es que han encontrado petróleo, y su embajada en Madrid ya paga las facturas del teléfono y de la luz, aunque el pueblo ecuatoguineano siga sumido en la miseria y en la falta de libertad.

QUINTA PARTE
UNA MIRADA AL PASADO

Poder disfrutar de los recuerdos de la vida es vivir dos veces.

MARCIAL

LA MALLORCA DE AYER

Miguel Villalonga era un mallorquín falangista —y por eso postergado hoy a pesar de ser un buen escritor— que escribió un delicioso relato de ambiente local en clave de humor titulado *Miss Giacomini*, donde cuenta la historia de un señor palmesano que se enamoró de una cupletista que llegó a Palma para actuar en el Teatro Lírico, que hoy ya no existe, y de las aventuras que le ocurrieron como consecuencia de esos amoríos.

He conocido en mi infancia una historia similar que no me resisto a esbozar ahora brevemente y que le ocurrió a un tío mío, que no había pegado nunca un palo al agua, y que vivía en uno de esos caserones palaciales de Palma con su padre, un viejo general ya jubilado que lucía grandes patillas y una enorme barba blanca que le llegaba al pecho y terminaba no en una punta sino en dos. Tenía un aspecto imponente. Lo recuerdo sentado junto a la chimenea del salón rojo, gigantesco espacio de altas paredes donde unos cuadros muy oscuros se alineaban al estilo mallorquín en hileras horizontales y superpuestas a varias alturas hasta llegar al mismo techo. Son pinturas ennegrecidas por el paso de los años y porque nunca se ha molestado nadie en limpiarlas, al igual que desde hacía muchos años nadie se había cuidado de reponer el raído terciopelo de los brazos de las butacas o el damasco que recubría las paredes. Era un mundo sin duda aún desahogado pero que había conocido tiempos mejores, con todo el drama y todo el encanto de la decadencia. El general se hacía unos artilugios para espantar las moscas a base de finas tiras de papel de periódico que recortaba pacientemente y que unía a una corta caña que manejaba con suave elegancia, siempre sentado en

su sillón junto a una enorme chimenea. Con el paso del tiempo he visto en África instrumentos similares con refinados mangos de marfil o madera tallada, que utilizaban imponentes jefes de tribu.

A la izquierda de la chimenea había pegado con cuatro chinchetas, sobre el damasco rojo de la pared, un calendario con un Sagrado Corazón de Jesús que se daba de bofetadas con los muebles, con los cuadros y con todo el resto de aquel caserón, y en ese calendario tenía marcada con estilizados dibujos hechos por él la ropa que le tocaba cambiarse cada día, desde los calcetines a las camisetas que, por lo que se ve, no debía de mudarse con tanta frecuencia, siguiendo así ancestrales costumbres reñidas con la ducha diaria y otras modernidades. La vida seguía inmóvil en aquel caserón mientras comenzaban a llegar a la isla los primeros turistas que quitarían las telarañas de ese mundo provinciano, algo de lo que los moradores de aquella casa no parecían darse cuenta. Tampoco les importaba.

A su mujer la tengo más desdibujada, pero la recuerdo vestida siempre de negro, como convenía en la época a una dama de su clase y de su edad, sentada en un sofá en verano y ante una mesa camilla, en invierno, donde todas las tardes recibía visitas de otras señoras muy parecidas a ella que celebraban la tertulia en torno a una taza de té, de limonada o de chocolate, según fuera la estación y la temperatura ambiente. Allí estaban tan ricamente mientras pasaban inmisericorde revista a todo lo que en la ciudad y en la isla había acontecido en las últimas horas. Lo que sucedía fuera de esos límites no les interesaba en lo más mínimo haciendo bueno el dicho mallorquín de que el mundo se divide en «*Mallorca, fora Mallorca i terra de moros*». En el otro extremo del salón, junto a un mirador que daba sobre una calle estrecha y los jardines de un espléndido caserón vecino, tenía su mesa camilla mi tía X, que es uno de los seres más buenos y entrañables que he conocido. Yo la adoraba entonces y la recuerdo hoy con inmenso cariño. Lo de la camilla era necesario porque en esas casas palmesanas hace un frío y una humedad muy desagradables. Igual ocurre en Sevilla, donde una vieja con la que me crucé una mañana temprano junto a la misma Giralda me dijo: «Chiquillo, ¡hoy hace frío hasta en la calle!». Yo he dormido muchas veces, ya adolescente, en la gran cama con baldaquino del dormitorio adyacente al salón amarillo de aquella casa, y como llegaba tarde, no me beneficiaba de los calentadores de

cobre rellenos de brasas con los que mis tíos hacían restregar las sábanas para secarlas y templarlas un poco antes de acostarse, lo cual hacía que nunca tuviera ganas de regresar y andaba siempre pidiendo a mis amigos ir a tomar otra copa, la última. Pero no era por beber, era por no meterme en aquella cama gélida de sábanas húmedas, para llegar a la cual debía cruzar un montón de salones cuyos interruptores de la luz eran de aquellos antiguos de pellizco y giro, de cordón retorcido y deshilachado fijado a la pared con alcayatas, sobre el mismo damasco que las recubría y que era anterior a la llegada de la electricidad, inevitablemente colocados en los extremos opuestos al sentido de la marcha, de forma que había que recorrer toda la habitación a oscuras alumbrándose con la luz de la anterior, para encender la del nuevo salón y entonces volver atrás para apagar la que habías dejado encendida antes. Cuando había que cruzar cuatro salones de grandes dimensiones, aquello se hacía pesadísimo. Y más cuando llevaba uno un par de copas encima. Otra cosa que recuerdo es que aquel enorme caserón solo tenía un cuarto de baño, aparte del que había en el dormitorio principal, y ese lavabo estaba lejísimo de todo y aún más lejos cuanto más prisa tenía uno por llegar. Por eso había orinales bajo las camas de sedas y baldaquinos.

Mi tía X era de piel muy blanca, tenía anchas caderas, piernas finas de rodilla para abajo, y llevaba siempre tacones altos, trajes de colores claros y alegres, con flores o lunares, y una sonrisa permanente pese a que no se había casado para dedicar su vida al cuidado de sus padres y hermanos. La sonrisa aumentaba porque o se ponía mal el lápiz de labios o se le corría por alguna razón que desconozco, pero el caso es que siempre tenía la boca bordeada de churretes rojos. El pelo era rubio blanquecino mal teñido y rizado con una permanente. Siempre tenía en la boca un cigarrillo que sujetaba en una larga boquilla de nácar manchada de carmín. En conjunto parecía la imagen estereotipada de una amable madama de casa de citas, que es lo más opuesto a lo que era en realidad. Se pasaba la vida rodeada de gente joven, pues recibía a todos sus sobrinos y nos invitaba a *whisky* y a cigarrillos de tabaco negro, Ducados eran los que ella prefería. Todo ello a espaldas de nuestros padres y cuando por edad —teníamos catorce o quince años— todavía no se nos permitía ni beber ni fumar. También tenía las puertas de su casa abiertas a la novieta o noviete de turno, y con frecuencia aprovechábamos su hospitalidad

cuando no teníamos dinero para ir por ahí por nuestra cuenta, que era casi siempre. Su conversación era alegre, se ponía a nuestro nivel y estaba al corriente de las películas que veíamos y de la música que nos gustaba. Todos la queríamos mucho. Además tenía sobre una mesa un viejo armatoste del siglo XIX, un visor enorme de imágenes estereoscópicas, que ella llamaba «las Vistas» y que nos permitía ver en relieve escalofriantes escenas del infierno en las que los demonios aparecían como esqueletos con ojos de carbones encendidos que sometían a crueles torturas a las almas condenadas. De pequeños, esas «Vistas» nos atraían y asustaban al mismo tiempo y la prueba es lo bien que aún hoy las recuerdo. X era una señora encantadora, muy divertida y llena de vida. Yo la quería mucho.

Mi tía tenía dos hermanos, el tío Y y el tío Z, que eran dos personajes de novela cada uno por sus propios méritos. El tío Y, el mayor de ambos, me debía de querer bastante; siempre he oído decir que no era muy inteligente aunque sí habilidoso. Recuerdo que una vez me regaló un enorme hidroavión de madera que había hecho con sus propias manos, pintado de gris militar y con los colores de España. Debió de tardar bastante en hacerlo. Yo tendría entonces cinco o seis años, y aquel «aeroplano», como él lo llamaba, era casi tan grande como yo. Más tarde he sabido que tenía mucho tiempo libre, de hecho le sobraba, pero esto no le quita mérito alguno a su regalo. Resulta que al estilo del protagonista de *Miss Giacomini*, mi tío Y se enamoró perdidamente de una señorita que vino a Palma a actuar en el mismo Teatro Lírico de la novela. No sé muy bien lo que hacía en concreto, si era la cantante principal, una trapecista o simple corista. Tampoco sé si era una belleza, aunque supongo que al menos sería una mujer atractiva y divertida. Ese era un tema del que no se hablaba en casa, o por lo menos no se hablaba delante de los niños, y lo que yo captaba eran palabras aisladas que excitaban aún más mi curiosidad y por eso lo que aquí cuento puede no ser exacto pero es lo que yo entonces creí entender y luego no he querido preguntar. Prefiero quedarme con mis recuerdos infantiles. El caso es que mi tío se fugó con ella... y con las joyas de su mujer.

Cabe imaginar el escándalo que eso supuso en la mojigata sociedad provinciana de la Palma de entonces, cuando las cosas no eran como ahora y todavía había escándalos, porque lo que años más tarde presuntamente ha

ocurrido entre una señora de la aristocracia palmesana y el señor obispo ha sido recibido con una carcajada en el conjunto del archipiélago. En esto coincido con André Breton cuando decía, apenado, que el escándalo había desaparecido. El caso es que mi tío y la corista se fueron a Barcelona y allí vivieron lo que imagino que debió de ser a sus ojos un ardiente romance, que terminó cuando se acabó el dinero obtenido con la venta de las joyas de su mujer, que no debía de ser tanto. Como era de esperar, tras lo ocurrido, mi tío tuvo vergüenza de volver a Mallorca y se puso a trabajar de taxista en la ciudad Condal, que debía de parecerle una ocupación distinguida, pues era en definitiva la que habían adoptado muchos aristócratas rusos en París cuando escaparon de la revolución bolchevique. Pero la profesión de taxista seguramente era dura y a la que ciertamente no estaba acostumbrado, pues nunca antes había trabajado, y al cabo de un tiempo regresó a Palma con el rabo entre las piernas, nunca mejor dicho, y le pidió perdón a su mujer. Mi tía lo perdonó pero solo a medias porque lo mandó a dormir a un *estudi*, que es como se llaman en Mallorca a unos apartamentos que se encuentran en la escalinata de acceso a la planta noble del caserón. Allí vivía melancólico, con poco dinero en el bolsillo y sin nada que hacer, salvo mi hidroavión de madera. Un tipo simpático, tontorrón y tarambana.

Su hermano, mi tío Z, era otra cosa, padecía de hidropesía, enfermedad que le hacía estar sentado todo el día con una enorme barriga colgándole entre las piernas mientras catalogaba su colección de vitolas de puros, que según he oído decir era magnífica. Dicen que era un hombre encantador, listo y de desbordante simpatía, aunque yo no me acercaba mucho a él porque era pequeño y me daba miedo. Además sabía que no debía mirarle a la barriga por educación y porque me lo habían advertido en casa, pero no podía evitar hacerlo, así que procuraba mantenerme lejos y mirarlo con disimulo. En la piscina del Club Natación Palma apostaba a que tres hombres no eran capaces de hundirlo cuando se bañaba, y ganaba siempre, pues su enorme corpachón era como una gran boya flotante. Al parecer los médicos le dieron tres años de vida y él, ni corto ni perezoso, decidió vivirlos a lo grande; se compró un cochazo y un yate, todo con pago aplazado a cuatro años. Mi padre se maravillaba de que a nadie en aquella casa se le ocurriera pararse a pensar de dónde salía el dinero para el coche, el chófer y el barco cuando el tío Z

tampoco había pegado nunca un palo al agua, cosa que no era en absoluto excepcional en el mundo en que se desenvolvía. Quiso su mala suerte que no viviese solo tres años, como le habían pronosticado los galenos, sino cinco, y que al cabo del cuarto le cayesen encima los acreedores, como era de prever, amargándole así sus últimos meses de vida, pues aunque su padre, el viejo general, se hizo cargo de las deudas, faltaría más, también se enfadó muchísimo con él.

Cuando falleció mi tía X, se extinguió la familia, pues ninguno de los hermanos tuvo descendencia. No eran casos únicos en su clase pero me parecen muy representativos (con cierta exageración) de un mundo que se acababa delante de mis ojos, barrido por la resaca de la Guerra Civil y los aires nuevos de la apertura al exterior que, gracias al turismo, iba a cambiar, en muy pocos años, una estructura social y económica que había permanecido inmutable desde tiempos de la conquista en aquellas islas olvidadas. Es el mundo que Lorenzo Villalonga, hermano de Miguel, retrató con maestría en su novela *Bearn*, un personaje muy parecido al *Gatopardo* del siciliano Lampedusa que Visconti llevó al cine con Burt Lancaster, Claudia Cardinale y Alain Delon. Un día fui a ver a Villalonga a una finca que tenía junto al pueblo de Binissalem y tuve la osadía juvenil de preguntarle sobre esta semejanza y él me aseguró que no conocía el *Gatopardo* cuando escribió su libro, lo que respalda la tesis algo marxista de que el sofocante ambiente endogámico de dos islas varadas en el Mediterráneo puede dar lugar a productos culturales análogos, aun sin contactos estrechos entre ellas. Ya puestos, también me atreví entonces a criticarle su personaje principal, don Toni de Bearn, como excesivamente culto para ser un verdadero aristócrata mallorquín de la época, pues me recordaba más a su propia biografía como médico ilustrado y viajado por el extranjero. Creo que sonrió halagado.

Me parece lógica la desaparición de ese mundo que había perdido toda relación con la realidad, y al mismo tiempo confieso que lo recuerdo con cariño. Si siento nostalgia no es de él sino de mi infancia provinciana.

EL MEJOR REGALO

El mejor regalo que he tenido me lo hizo mi abuelo materno, el abuelo Paco, al que conocí poco, pues murió cuando yo solo tenía seis años y vivía en Palma, a la que él apenas iba porque tenía su casa en Madrid. De modo que solo coincidíamos las pocas veces que me llevaban a la capital. Nicolás Cotoner, marqués de Mondéjar y amigo de mi abuelo, me dijo un día que «Paquito Villora era muy simpático y trasnochador». También era alto y delgado, castizo, llevaba siempre sombrero, tenía un coche inglés muy grande (o así me lo parecía a mí, que era muy pequeño) con el que me llevaba por una ciudad que recuerdo asombrosamente atestada de coches, pues en Palma había muy pocos, y cuando mi padre se compró uno y me fue a buscar al colegio de San Francisco, todos los niños de la clase se asomaron a la ventana para verlo. El abuelo Paco me llevaba a la Casa de Fieras del Retiro, de la que recuerdo bien las jaulas con los leones, que me impresionaron, aunque luego se indignaba porque, al parecer, lo que más me gustaban eran los patos, aunque eso ya no lo recuerdo y forma parte de la leyenda familiar. A él le encantaban los toros y seguía por toda España a Belmonte, de quien además era amigo. Por lo visto tenía amigos en todas partes y una vez heredó una barrera en las Ventas que le dejó como legado su limpiabotas habitual.

El caso es que pocos días antes de morir, el 23 de abril, festividad de san Jorge, cuando yo tenía seis años y estaba enfermo de escarlatina, llamaron a la campana de la puerta de nuestra casa en Palma (en vez de timbre teníamos una campana con una cadena dorada de barras rígidas y una argolla grande al final) y el cartero me trajo una caja de cartón que a mí me pareció enorme. Al lo mejor no era tan grande, pero como yo era menudo, y como todo es relativo, a mí me lo pareció, que es lo importante. Era el último regalo de mi abuelo

moribundo, aunque yo eso entonces no lo sabía. Al abrirla encontré todo lo que se podía encontrar en un puesto de pipas: pipas, por supuesto, con sal y sin sal; altramuces; caramelos; petardos de diferentes tamaños, incluyendo uñas rojas sobre papel de estraza que estallaban al rascarlas, y aquellos pedernales pintados de rojo que chispeaban al golpear el suelo; había un yoyó y esas ranas de lata que chasqueaban al apretar la parte inferior; cromos de futbolistas; varios barcos pequeños, cruceros y acorazados, pintados de gris que debían de ser de baquelita; regaliz duro y blando; unos recortables de soldados de papel; y también había algunas bombas fétidas, que en casa no me dejaban comprar y que me encantaban. Las guardábamos para el cine dominical, El Progreso, que se llenaba de niños gritones y traviesos y en el que asistir a una proyección debía de ser una auténtica tortura para los adultos. Allí mi primo, Pedro Massanet, que luego se hizo jesuita y acabó como misionero en la India, soltó un gato con latas atadas al rabo que logró interrumpir momentáneamente la sesión antes de que lo expulsaran de la sala de forma indigna entre el regocijo general.

Yo creo que el abuelo Paco debió de decirle a Braulia, su cocinera, que saliera y comprara a la primera pipera con la que se encontrara toda la mercancía que tuviera en su humilde puesto (menos los cigarrillos) y eso fue lo que me envió, metido en una caja de cartón y a mi nombre, un detalle muy importante, pues ya había aprendido a leer y es lo primero que recuerdo que me trajo el cartero en toda mi vida. ¡A mi nombre!

Yo entonces ni siquiera sabía que estaba enfermo porque a los niños no nos decían esas cosas. Murió al cabo de pocas semanas, y me han contado que lo último que hizo, después de recibir la extremaunción, fue pedir que se diera una copa de jerez a todos los presentes. Fue un señor, con todas las virtudes y todos los defectos que eso implica. Y fue la persona que, mientras se moría, supo acordarse del santo de su nieto mayor y hacerme el regalo que más ilusión me ha hecho en toda mi vida.

LA MUJER DIABLO

A mediados del siglo XIX, concretamente en 1838, Frédéric Chopin decidió pasar tres meses en Mallorca con la excusa de que el clima de montaña de Valldemosa, en plena sierra de Tramuntana, mejoraría la tisis, que acabó llevándole a la tumba en 1849, a la temprana edad de treinta y nueve años y en plena madurez creadora. No entiendo bien cómo llegó a elegir un lugar tan frío y húmedo para curarse, pues era pleno invierno en una isla perdida en el Mediterráneo, cuando en Europa abundaban balnearios lujosos con buenos médicos, donde sin duda hubiera recibido mejor trato que en un monasterio que la Desamortización de 1835, apenas tres años antes, acababa de dejar abandonado sin los monjes que lo habían habitado desde 1399. Debía de tratarse de un lugar bastante desapacible, pues en Valldemosa no es infrecuente la nieve durante el invierno, y por eso me resulta una elección extraña que solo explico por el afán de originalidad de su amante.

La Cartuja, conocida localmente como Sa Cartoixa, había sido residencia del rey Sancho I de Mallorca, que reinó entre 1311 y 1324. Puede que lo que Chopin buscara allí fuera tranquilidad y discreción, aunque no sea lo normal a los veintiocho años. El caso es que llegó a Palma en barco desde Barcelona en compañía de un piano y de su amante, Aurore Lucile Dupin, baronesa de Dudevant, una francesa que escribía con el seudónimo varonil de George Sand y que hacía gala de avanzadas costumbres para la época. Su romance debió de ser apasionado y volcánico; duró desde 1837 hasta 1847, cuando se separaron con un Chopin ya muy enfermo de la tuberculosis que le llevaría muy pronto a la tumba. Sand encontró a los mallorquines provincianos, atrasados y aburridos, en lo que debía de tener bastante razón, y estos se escandalizaron con ella, pues París no podía estar más alejada del ambiente conservador e

incluso reaccionario de la sociedad palmesana de la época. La Inquisición, abolida definitivamente apenas cuatro años antes, todavía influía mucho en aquellas conciencias pacatas y provincianas.

Tras unos días en Palma, donde asistieron a algunas reuniones sociales que les parecieron aburridas, la pareja se trasladó a Valldemosa, un pueblo muy pintoresco a apenas diecisiete kilómetros de mala carretera y muy diferente tanto de París como de Zelazowa Wola, donde se encuentra la casa natal de Chopin, que tuve ocasión de visitar durante los años en que trabajé como diplomático en Polonia. Allí pasaron como pudieron el invierno componiendo música, con frío y humedad, y supongo que haciendo el amor y paseando por los maravillosos alrededores que pocos años más tarde encandilarían al archiduque Luis Salvador de Austria. El archiduque se enamoraría de Mallorca y de una payesa, Catalina Homar, fijaría su residencia muy cerca de Valldemosa en la finca de S'Estaca, que luego compraría el actor Michael Douglas, y escribió una obra monumental y en varios tomos (*Die Balearen in Wort und Bild*) sobre las islas y sus habitantes, que analiza con el interés de un entomólogo profesional.

Durante su estancia en Mallorca, Chopin compuso algunos de sus Preludios, una Polonesa, su segunda Balada y su tercer Scherzo. «Todo lo que el poeta y el pintor pueden soñar, la naturaleza lo ha creado en este lugar», decía Aurore sobre Valldemosa, que es un pueblo realmente precioso. Pero a la parisina sofisticada que era George Sand, a quien sin duda gustaba escandalizar, le causaron una profunda impresión los lugareños que no solo nunca habían salido de su isla, sino que tampoco tenían el menor interés por hacerlo y que mostraban enorme indiferencia por cuanto acontecía más allá de sus costas, algo que en mi opinión no ha cambiado demasiado con el paso de los años.

El caso es que Sand escribió entonces su libro *Un hiver à Majorque*, donde pone literalmente a caldo a los mallorquines como gente bárbara y atrasada. Lo que no se sabe es que ella también produjo una pésima impresión en los nativos y que esa impresión ha sobrevivido al paso del tiempo.

Cuando tenía diecisiete años, fui con unos amigos de Palma a la verbena del pueblo de Caimari, en las estribaciones del macizo de Lluc, en el centro de la isla de Mallorca. Finalizada la fiesta de madrugada con algo de vino en el

cuerpo, sin vehículo propio, sin autobús y sin dinero en el bolsillo para coger un taxi, no tuvimos otra opción que comenzar a caminar hacia Inca, a escasos siete kilómetros, donde los padres de mi primo Xim Fuster tenían una finca y donde pensamos que nos dejarían ducharnos y nos darían un buen desayuno. La carretera a aquella hora, poco antes del amanecer, estaba solitaria y oscura, hacía fresco, no pasaba nadie y pronto perdimos la esperanza de hacer autostop y que alguien nos recogiera, cuando apareció un carro con un payés viejo que llevaba nuestro camino y que accedió a llevarnos unos kilómetros, después de recriminarnos que fuéramos solos de noche por un «bosque peligroso». Al preguntarle nosotros la razón de tal peligro, contestó muy serio que en ese bosque habitaba «*es dimoni*». Nos miramos entre nosotros, divertidos, y decidimos tomarle el pelo preguntándole, entre escépticos y burlones, si él había visto a ese diablo. Nos contestó honestamente que no, pero que su padre sí lo había visto una vez y le había hablado de su existencia. Al insistir nosotros para que nos contase más y nos dijera qué aspecto tenía, nos explicó con la mayor seriedad que el diablo se aparecía con aspecto de mujer morena que llevaba el pelo largo y suelto, usaba pantalones y fumaba puros. Estoy convencido de que es la imagen que los lugareños habían conservado de la Sand después de haber sido debidamente escandalizados por ella.

Hoy el pueblo de Valldemosa se ve diariamente asaltado por autocares repletos de turistas que visitan la celda que Chopin y George Sand compartieron en la Cartuja (hay dos que se disputan el honor) donde se guardan muchos recuerdos reales de la pareja de gran valor histórico como cartas, fotos, partituras, dibujos... así como un par de pianos que se presentan como si fueran de Chopin cuando probablemente el que realmente utilizó fue quemado tan pronto como dejó el pueblo junto con los demás enseres que utilizó: cama, mesa, sábanas, manteles... pues ese era el tratamiento que se daba habitualmente en la época a los objetos que habían tocado los tuberculosos. Y mientras tanto, los comerciantes del pueblo venden con entusiasmo el libro de Sand, traducido a todos los idiomas imaginables, que los pone a caldo y que no estoy seguro de que todos hayan leído.

UN VIAJE EN EL TIEMPO

Una visita al monte Athos, que los griegos llaman la montaña Sagrada (Agion Oros) es un viaje en el tiempo. Si la medina de Fez nos retrotrae al siglo XV, el monte Athos nos devuelve al esplendor, la espiritualidad e incluso el fanatismo religioso del imperio de Bizancio. O sea, de los siglos VIII al XIII.

Tuve ocasión de visitarlo en el año 2000, en la inmejorable compañía de un viejo amigo, el embajador griego Nassas Kodellas, y el archimandrita Máximo, una alta autoridad de la iglesia ortodoxa griega. Entre ambos nos aseguraron una recepción muy calurosa por parte de los monjes de los ocho monasterios que visitamos. Completaba el grupo el embajador Felipe de la Morena, en quien reconozco a uno de mis maestros en la profesión diplomática. La península tiene unos 60 kilómetros de largo y 8 de ancho por término medio, y en su extremo se encuentra el monte Athos propiamente dicho, que alcanza una espectacular altura de 2.500 metros junto al borde mismo del mar. Es un lugar con espesa vegetación, bordeado por acantilados agrestes y playas vírgenes que no han cambiado de aspecto desde que la propia virgen María lo visitara y, entusiasmada ante tanta belleza, lo pidiera a su Hijo como regalo. Eso cuentan allí. Desde entonces, y en un homenaje a la Madre de Jesús que no deja de parecerme muy extraño, a ninguna mujer le es permitido poner un pie en la península.

Es un mundo muy peculiar que alberga a una veintena de monasterios donde oran y trabajan unos tres mil monjes en tres regímenes bien diferenciados: los que se han acogido a la vida cenobítica y viven, rezan y laboran en común; los que oran y comen juntos pero trabajan y se albergan por su cuenta y riesgo en cuevas o cabañas; y aquellos que hacen vida de anacoretas, aislados durante muchos años (veinte años es una media

aceptable) en algún risco inaccesible al que llegan a ser físicamente descolgados en una canasta que también se usa para hacerles llegar alimentos. Algo muy medieval pero que sigue existiendo hoy. Tuve ocasión, gracias a mis acompañantes, de visitar a dos de estos eremitas que habían escogido la soledad en medio del mundo monástico del monte Athos, gentes que buscaban a Dios por medio del aislamiento y de la renuncia a las comodidades maltratando el cuerpo para alimentar el espíritu. El primero, el monje Teóclito, un teólogo famoso y muy respetado entre los suyos, tenía entonces ochenta y tres años y vivía en una humilde casucha de madera sobre una roca cercana al espectacular monasterio de Dionysios, que cuelga literalmente sobre el mar en la costa sudoccidental de la península. Junto a la puerta de su cabaña tenía una higuera y... ¡agua corriente!, que manaba libremente de un grifo medio abierto conectado al monasterio vecino por una larga, larguísima manguera. Algo que no me esperaba en medio de aquel ambiente, pero no cabe duda de que los tiempos también cambian para los anacoretas. Es posible también que el respeto de que gozaba Teóclito por su edad, su sabiduría y sus escritos explicara este régimen especial e inesperado.

Su morada tenía tres habitaciones: una entrada donde había una mesa con un infiernillo para cocinar, varias herramientas y restos de comida, todo revuelto en medio de un gran desorden y, por qué no decirlo, de mugre; luego había un pequeño dormitorio casi desnudo con un rudo camastro hecho con cuatro tablas y un colchón; y finalmente un despacho con tres paredes recubiertas de libros, notas y papeles distribuidos en una tosca estructura de madera, a modo de estantería, y una cuarta pared con un amplio y rústico ventanal que ofrecía una vista maravillosa sobre pinos verdes, el monasterio vecino, los acantilados sobre los que este se asienta y un mar azul, oscuro y tranquilo. La vista desde aquel cuartucho era impresionantemente bonita. Hubiera deseado poder conversar con el *yerontas* (fórmula respetuosa para dirigirse a un anciano) Teóclito pero él se enfrascó en animada conversación con mis acompañantes griegos y me ignoró olímpicamente, quizás por mi estigma de español, ergo católico, que es algo muy mal visto en todo el monte Athos. Me entretuve mirando por la ventana y conversando en voz baja con Felipe de la Morena, igualmente estigmatizado con la ignorancia del anacoreta, y la vista era tan bonita que el tiempo que allí pasamos no se nos

hizo largo aunque recuerdo que hacía un calor horrible, pues ya se sabe que a los viejos les gusta el calor porque tienen los huesos fríos. De alguna forma, la sensualidad de aquel mar dificultaba sentir que «tu muerte está cerca» como recomiendan las *Sentencias de los Padres del Desierto* recopiladas por los diáconos Juan y Pelagio para guía de anacoretas, pues las escribieron pensando en los que buscaban la perfección en las áridas tierras de Judea o del Sinaí. No es lo mismo, como tampoco puede ser igual el comunismo en Rusia y en Cuba. Athos no puede remediar vivir junto a un Mediterráneo que impone su ley, una ley más proclive al disfrute sensual de la vida que a la áspera contemplación de la muerte. Al menos así me lo parece a mí, que soy mallorquín.

El otro eremita que tuvimos ocasión de visitar era un viejo conocido del archimandrita Máximo que nos acompañaba, un hombre que había dejado hacía poco la vida civil de la cosmopolita Atenas para acogerse a la contemplativa y solitaria del monte Athos. Le encontramos trabajando en la construcción de su choza en un cerro sobre la costa oriental de la península. Todo sucio y desordenado otra vez. Da la impresión de que Oriente Medio ha dejado una huella profunda en Grecia, que es muy oriental en muchas cosas, pues en algunos lugares parece que la porquería no les molesta o es que no la ven. Yo creo que es más bien esto último, y la misma impresión tengo cuando voy a Siria o a Irak. De cuarenta años de edad, según me dijo, aparentaba unos veinte más (y eso que acababa de llegar), y la dureza de la vida que había elegido no iba a mejorar su aspecto. Al despedirme me dio unos higos de delicioso sabor que cogió sobre la marcha de un árbol cercano y que degusté mientras admiraba otra soberbia panorámica sobre el Mediterráneo, solo estropeada por un montón de tablones y otro material de construcción colocado de cualquier manera precisamente en el lugar donde más estorbaba para disfrutar del paisaje. ¿Es que estos monjes no tienen sensibilidad? Y, sin embargo, son griegos, el pueblo del Partenón, que ha dado al mundo el canon de belleza desde Policleto. Es probable que, una vez puesta su atención en el otro mundo, desprecien las cosas de este, aunque debo confesar que nada de esta mugre anacoreta se traslucía en los monasterios que visité, que estaban como los chorros del oro.

Las visitas al monte están restringidas a números reducidos de peregrinos cada año, de modo que hay que solicitar permiso y luego esperar a que le den a uno fecha. El ir bien acompañado, como era nuestro caso, obvió este enojoso trámite. El servicio de guardacostas griego impide que ningún barco se acerque a menos de trescientos metros de la costa, preservando así la inviolabilidad de la península, que está separada de la Macedonia continental por una alambrada. Del gobierno de los aspectos espirituales de aquel mundo tan cerrado sobre sí mismo se ocupa el Protos, un alto funcionario elegido anualmente por los veinte priores de los monasterios. De los aspectos temporales se hace cargo un gobernador que depende del Ministerio de Asuntos Exteriores de Atenas, donde reside. La Constitución griega consagra y protege esta autonomía de la república de los monjes, cuya capital está en la localidad de Karyes, en el centro mismo de la península. La misma Unión Europea reconoce su especificidad y no le aplica las normas existentes sobre libertad de circulación.

Cada monasterio tiene su *ergómenos* o prior, elegido con carácter vitalicio por todos los monjes con derecho a voto, que no son todos, ni mucho menos. En principio han de pasar unos seis años desde que un aspirante llega al monasterio hasta que se le reconoce como monje, pero esto es algo meramente indicativo y el director espiritual del neófito tiene la última palabra. Hay quien pasa veinte años sin lograr subir un solo escalón, y solo una minoría de los monjes —en torno al 10 por ciento— llegan al sacerdocio. Pobreza, castidad y obediencia absolutas son las alforjas que el monje utiliza para hallar el cielo en la Tierra, situación que solo acaba con la muerte. Como símbolo de esta metamorfosis hay una capilla en la cima del monte Athos, a más de dos mil metros de altura, dedicada a la transfiguración del monte Tabor, a ese estado de beatitud que es la aspiración de todo monje antes de su dormición, que es como llaman a la muerte.

Los *ergómenos* imprimen su sello al monasterio y suelen tener tiempo para hacerlo, pues su cargo es vitalicio. Su autoridad, su rigor o su bonhomía se reflejan en la vida diaria y eso explica parte de las diferencias que se observan entre unos monasterios y otros. Mi impresión durante los días que permanecí en el monte Athos es que no faltaban tensiones entre los monasterios sino que más bien sobaban, algunas con un origen histórico que

se pierde en la noche de los tiempos, otras por disputas entre vecinos, otras por razones de dogma (estas, las más enconadas) y algunas, más recientes, debidas a la personalidad y los piques entre sus abades. Entre los monasterios hay un orden jerárquico que encabeza el Gran Lavra de San Atanasio y entre ellos se observan también marcadas diferencias tanto por la extracción social de los monjes (en Vatopedi me parecieron más cultos y refinados) como por razones de teología. Por ejemplo, me aconsejaron no acercarme al monasterio de Esphigmenou, donde los monjes son zelotas intransigentes que hubieran considerado una auténtica provocación que un papista pusiera allí el pie. De hecho, me advirtieron que si me acercaba y me descubrían como católico, podrían echarme a pedradas, y confieso que no quise correr el riesgo. En Philotheou me dejaron pasar a regañadientes y después de hacerme saber sin rodeos, aunque sin pasar de ahí, lo poco grata que les resultaba la presencia de Felipe de la Morena y la mía propia. Pero eso son excepciones, lo normal es un recibimiento cordial y más aún si va uno acompañado por un archimandrita ortodoxo y escoltado por un embajador griego.

Los monjes tienen obligación de dar comida y alojamiento, aunque solo por una noche, a cuantos visitantes llegan a sus puertas mientras están abiertas, esto es, desde el amanecer hasta la puesta de sol. La comida es frugal pero no escasa. No se come carne pero sí huevos y queso. El menú es vegetariano y el pescado se sirve los días de fiesta (me contaron que en un monasterio habían dado nombre de pez a los jabalíes, abundantes en la zona, para así poder comerlos, pero no confirmé lo que podía ser una insidia de un monasterio rival). El menú típico, porque se repetía los días que allí estuve, se componía de lentejas, o pasta o patatas arrugadas como plato principal, con acompañamiento de tomates, pepinos, ajos, queso feta, y melón, sandía u otra fruta de la huerta como postre. Agua cristalina, vino local y aceite también estaban sobre la mesa, pero cuando eché sal sobre mis patatas fui amablemente reconvenido: la sal hace más agradable los alimentos y está sobre la mesa para tentarnos pero es bueno privarse de ella. Del vino no me dijeron que estuviera allí para tentarme y yo aproveché ese silencio; era tinto, de cosecha local, fuerte y agradable. Las comidas se hacían sin mediar palabra en amplios refectorios sobre macizas mesas de mármol desgastadas por el uso de siglos y rodeadas de extraordinarios frescos murales de los siglos XII, XIII y

XIV bastante bien conservados con escenas del Juicio Final, del Apocalipsis... mientras un monje de guardia «amenizaba» la ingesta leyendo desde un púlpito textos piadosos con voz monocorde y rodeado de un silencio solo quebrado por el tintineo de los cubiertos en los platos. Siempre disfruté de esos almuerzos sobrios, solemnes y sin embargo alegres en aquellos refectorios monumentales, alguno de cuyos frescos había sido dañado en el pasado por turcos que se habían entretenido en rascar la pintura de los ojos de cuantos rostros había. El refectorio del monasterio de Dionysios presumía de ser el restaurante más antiguo de Europa, y uno lo sentía cuando entraba.

Tras la cena solía haber un rato de expansión y los monjes paseaban por los patios conversando entre ellos. Era el momento que aprovechábamos los visitantes para hablar con ellos y me sorprendió la fuerte militancia anti-Roma, contra el Papa y contra los católicos de todos mis interlocutores sin excepción. Ignoro la opinión que puedan tener los cartujos sobre el mundo ortodoxo, pero dudo mucho que sientan el mismo antagonismo y aversión de estos, lo que daba la impresión de anacronismo, de algo tan fuera del tiempo como el propio monte Athos. Es comprensible que al pasar el poder político de Roma a Bizancio desde el siglo V de nuestra era, la nueva capital tuviera dificultades para aceptar que aquella pretendiera seguir siendo el centro espiritual del mundo. Lo que me sorprendió fue la firmeza con la que se me rebatía —a mí, que nada había dicho— el Primado de Pedro. Supongo que al conocerme hacían un paralelismo mental entre español y papista. Lo que se llama «el peso de la Historia». Según los monjes de Athos, Jesús nunca le dijo a Pedro aquello de «tú eres piedra y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia». La consecuencia es que no admiten ni la preeminencia ni la infalibilidad del papa de Roma. La otra gran diferencia teológica está en la Filioque del Credo. La Iglesia ortodoxa rechaza que el Espíritu Santo proceda del Padre «y del Hijo» porque entienden que eso rebaja a la tercera persona de la Santísima Trinidad, que debe estar en absoluta igualdad con las otras dos. Son dos graves obstáculos para la reconciliación entre católicos y ortodoxos. Al escuchar estos argumentos, expuestos con sorprendente vehemencia y agresividad, yo pensaba en Arrio, en los debates sobre las naturalezas y las esencias, en el concilio de Nicea, en los bandos Verdes y Azules violentamente enfrentados en Bizancio sobre estos asuntos (y también, de

forma más comprensible hoy, sobre las carreras de cuadrigas) que son disquisiciones teológicas que nada tienen que ver con el mundo actual. Lo que con propiedad se llaman «discusiones bizantinas», como es el debatir el sexo de los ángeles, que despertaron violentas pasiones en el pasado pero resultan difíciles de entender en el siglo XXI. Como resulta difícil entender que el mismo mar Mediterráneo albergue a su vez y a poca distancia mundos tan diferentes entre sí como el monte Athos y Miconos o Ibiza. Sospecho que hay poderosos intereses económicos detrás de estas disquisiciones, pero aun así me impresionó la combatividad con la que los monjes defendían sus puntos de vista ante un rival nada combativo, como yo era, en lo que me parecía otro viaje en el tiempo dentro de la cápsula que ya de por sí constituye el monte Athos.

Los ascetas empezaron a llegar a la península en el siglo VII con las primeras persecuciones en Palestina, Egipto y, en general, en todo Oriente Medio, a cargo de los musulmanes que arrasaban con cuanto encontraban a su paso, enardecidos por la todavía reciente predicación del profeta Mahoma. Esas persecuciones provocaron la huida masiva de ermitaños y otros hombres piadosos en busca del refugio y la protección que ofrecía el monte Athos. Inicialmente vivieron aislados, aunque poco a poco se fueron agrupando en modestos cenobios que crecieron cuando los emperadores de Bizancio les dieron protección y apoyo. San Atanasio puso de moda la vida monástica en Constantinopla cuando fundó el primer monasterio, el Gran Lavra, que atrajo a muchos jóvenes de la alta sociedad seducidos por la santidad y prestigio del fundador. Con ellos llegaron dinero e influencia y se construyeron otros monasterios que hubo que fortificar para defenderlos de las incursiones de los piratas. Grandes murallas, barbacanas, torres de homenaje que encierran gigantescos perímetros cuyo centro ocupa la iglesia o *katholikón*, mientras las celdas monásticas, refectorio, biblioteca y otras dependencias se extienden en varios pisos a lo largo de la cara interna de los altos muros o en otros edificios protegidos por ellos. El esplendor de Bizancio, la piedad y la generosidad de sus emperadores y clases dirigentes acumuló enormes riquezas en el monte Athos: pinturas murales, iconos, relieves, estatuas, vestimentas, objetos de culto, libros y pergaminos, joyas... En una tierra donde las mujeres están proscritas resulta llamativa la gran abundancia de iconos de la virgen

María, muchos de ellos con reputación milagrosa, que están recubiertos de alhajas, exvotos, monedas... y hasta relojes de pulsera que les han ofrecido generaciones de fieles a lo largo de los siglos. Particularmente milagrosos y venerados son los iconos de las vírgenes de los monasterios de Gran Lavra, Iviron y Koutloumoussiou. La riqueza allí acumulada le deja a uno con la boca abierta y es admirable que el Imperio otomano respetara tanto a los monjes como su fe... y sus bienes tras la toma de Constantinopla. Supongo que a cambio de cuantiosos impuestos, pero aun así no estoy seguro de que los vencedores de Lepanto hubieran actuado de manera simétrica. ¿Es acaso imaginable que nuestros Austrias hubieran permitido una comunidad islamizada en la Manga del Mar Menor, por mucho que dijeran que se dedicaban a la oración? El Tercer Felipe dio cumplida respuesta con la expulsión de los moriscos, alegando la amenaza otomana sobre nuestras costas.

Ahora hay dinero en monte Athos, mucho dinero. Después de siglos de decadencia, durante los cuales los monjes cuidaron la herencia recibida, hoy ha llegado el momento de restaurarla y devolverle su glorioso esplendor original. Los fondos de la Unión Europea se ocupan de ello junto con generosas donaciones y legados de creyentes de todo el mundo ortodoxo a uno y otro lado del Atlántico. Son también importantes las propiedades que el monte mismo posee en Rusia y en los Balcanes, que son fuente de rentas abundantes. Como consecuencia, hoy se restauran frescos, se limpian iconos, se arreglan los tejados y los muros de las iglesias, se cuidan y catalogan los códices, se rescatan las viejas casullas y se reponen sus pesados bordados con hilos de oro y plata. Todo recupera así el vigor y el colorido que tuvo hace mil años. En Vatopedi se ha hecho un bonito museo, que ha financiado un particular, donde se exhiben con las más modernas técnicas manuscritos iluminados del siglo X, objetos de culto de oro, plata y pedrerías, iconos de la renombrada escuela de Creta, marfiles y esmaltes, tallas de madera, relicarios de filigrana repletos de macabros contenidos, tejidos ricamente bordados... En una sección que mostraba edictos imperiales firmados con tinta roja (usar tinta de este color era privilegio real) me enseñaron una carta de Alfonso V de

Aragón (que era también titular de los ducados de Atenas y Neopatria tras las aventuras de los almogávares) anunciando el envío de una suma de dinero para el sostenimiento del monasterio.

Cuando uno habla en Grecia de Turquía y de los turcos tiene muchas posibilidades de oír cosas poco gratas, y a la inversa. Es la consecuencia de quinientos años de dominación, de una dura guerra de independencia nacional en la que luchó el mismo Lord Byron, y de una posterior vecindad llena de problemas. Sin embargo, la dominación turca respetó el monte Athos, no impidió el culto ni molestó a los monjes, y permitió así que los monasterios llegaran hasta nosotros como metidos en una burbuja atemporal. Aislados en un entorno islamizado, los monjes del monte Sagrado mantuvieron vivo a lo largo de todos estos siglos el ritual, el esplendor y las costumbres del imperio bizantino que destruyó Mehmed II en 1453 cuando tomó Constantinopla. Aún hoy la hora que rige en monte Athos no es ni la griega ni la turca, es la de la antigua Bizancio, que mantiene una diferencia de nada menos que seis horas con la de Atenas. Así, en el monte Athos, el día comienza al anochecer, a las 18 horas, y sus seis de la mañana son como la medianoche para nosotros. Este horario determina el complejo mundo de la oración y del trabajo de los monjes, pautado hoy por el tañido de las campanas (algo que los turcos prohibieron) y el rítmico entrecuchar de unas maderas que llaman *sematrón*, que dan claves diáfanas a los iniciados pero que resultan incomprensibles para el visitante ocasional. Además de la oración, que como es natural ocupa buena parte de su tiempo pues es la razón última de su estancia allí, los monjes trabajan los campos, se ocupan de la biblioteca, de labores de restauración, del cuidado de la iglesia, de limpieza, de la panadería, de la cocina, de la bodega... Además del vino, producen un licor anisado llamado *raki*, que me dio la impresión de que consumen con entusiasmo y que comparten generosamente también con sus invitados a la menor ocasión, aunque a lo mejor sea porque les da una excusa para beberlo también ellos. Siempre, al llegar a un monasterio, el prior nos ofrecía *raki*, agua y pasteles, supongo que en signo de respeto a mis acompañantes. Me llamó la atención que ningún monje lleva reloj y es que no lo necesitaban para nada. Tampoco hay radio, periódicos o televisión. Tan solo un reducido grupo en torno al *ergómenos* sigue un poco lo que ocurre en el mundo para evitar la desconexión total. Pero

ningún monje me hizo ninguna pregunta sobre el mundo exterior. No debe de interesarles, es como si para ellos ya no existiera, lo cual resulta ciertamente chocante para un diplomático.

Los períodos de oración son frecuentes y algunos son bastante largos, lo mismo que los servicios religiosos. Al menos una vez al mes hacen «la noche sin sueño», una celebración que, cuando la contemplé en el monasterio de San Panteleimon, comenzaba a las 8 de la tarde, o sea, poco después de su medianoche, y terminó a las 10 de la mañana (nuestras) del día siguiente. Más de doce horas seguidas. Lo extraordinario es que los monjes, algunos de ellos de avanzada edad —aunque la vida dura que llevan les hace parecer mayores de lo que en realidad son—, no habían pegado ojo en toda la noche y estaban al día siguiente tan frescos como las lechugas de sus huertos, mientras entonaban los cánticos finales de la celebración con entusiasmo casi infantil. Pero ya se sabe que «hay que hacerse como niños». Como digo, las ceremonias religiosas son muy largas. Me incorporé a las 6 de la mañana a una que había empezado diez horas antes y que todavía duró cuatro horas más, y que yo seguí desde un escaño del coro que me permitía estar de pie, que es como todos estaban, y trampear medio sentándome de vez en cuando. Cuatro largas horas. Nunca he estado tanto tiempo en una iglesia, ni siquiera cuando era embajador ante la Santa Sede y participaba en las espectaculares ceremonias vaticanas oficiadas por el Papa, acompañadas por una música extraordinaria, que podían durar hasta tres horas rodeado de capelos rojos o morados. Pero valió la pena. Los monjes no se estaban quietos ni un instante, quizás para no dormirse; tan pronto recorrían la iglesia en fila, inclinándose hasta tocar el suelo con la mano delante de iconos que besaban profusamente al tiempo que se santiguaban tres y cuatro veces seguidas al estilo ortodoxo, comenzando por el hombro derecho y con los tres dedos juntos (alguien me habló con desprecio de los latinos como «esos que se santiguan con la mano abierta»), como regresaban a sus sitios en el coro, o se situaban en dos grupos de diez o doce monjes frente a frente, en ambos extremos del iconostasio, salmodiando oraciones alternativamente y dándose recíproca respuesta en una especie de dialéctica sacra canturreada. Karen Armstrong, autora del magnífico *A History of God*, dice —hablando de los monjes griegos— que «el canto hace brotar el sentido. Limitarse a leer las escrituras no logra eso. Por

eso Händel y Bach entran *al rescate* de las ceremonias protestantes, para darles esa dimensión», y a mi juicio tiene mucha razón. También se cubrían y descubrían constantemente, subiendo y bajando las capuchas de sus hábitos, mientras que la cortinilla que ocultaba el altar se abría y cerraba alternativamente para dejar pasar a los sacerdotes oficiantes que no escatimaban en incienso, que también esparcían con generosidad sobre la escasa asistencia. No se estaban quietos un momento. Aunque no se entiendan los cánticos ni las palabras, se puede seguir bastante bien la ceremonia que siempre resulta brillante por el refulgir de los oros y las casullas bajo la luz parpadeante de las velas, sin llegar nunca a aburrir, pues la liturgia oriental es todo menos estática y mantiene el velo del misterio que el concilio Vaticano II —tan admirable en otros aspectos— ha eliminado en Occidente. A mi juicio eso es un error porque a la religión le viene muy bien un halo de misterio.

En todo caso, se trata de una liturgia más pomposa que la católica, seguramente más propia de otra época, cuando el tiempo tenía otro valor, y de una sociedad más ignorante, más espiritual, más impresionable, de un mundo que, en definitiva, ofrecía menos distracciones y que seguía a los predicadores de moda como hoy sigue a las estrellas del pop. Pero tampoco nosotros formamos parte de una comunidad que se ha retirado del mundo para buscar la perfección a través de la oración. ¿Cómo puede extrañar que se pasen el día rezando?

«Esto no aguanta otros cincuenta años, tenemos suerte de verlo», sentenciaba Felipe de la Morena. Yo no estoy tan seguro, Camus decía que «el siglo XXI será religioso o no será». A épocas materialistas han seguido otras de espiritualidad y hoy mismo la proliferación de sectas de todo tipo y algunas muy estrafalarias, como la Cienciología, revelan una cierta insatisfacción y búsqueda de trascendencia en la vida. Por eso, en la medida en que sigamos buscando una explicación a la conciencia de la muerte y que se siga respetando este espacio sagrado como se ha hecho a lo largo del último milenio, creo que siempre habrá gente que quiera huir del mundo y buscar una vida de perfección a su manera. Y seguirán encontrando su refugio en el monte Athos, ese residuo de Bizancio que ha superado impasible el paso de los siglos, ocupaciones, guerras, revoluciones... y hasta la competencia de la vecina Miconos. Sin despeinarse.

FASCINACIÓN POR EL MUNDO JUDÍO

El mundo judío siempre me ha interesado desde que en mi Mallorca natal viví el problema de los chuetas, que es como se conoce a los descendientes de judíos conversos de las islas, gentes como uno pero que durante siglos fueron consideradas diferentes y tratadas como tales, estigmatizadas por portar uno de los quince «apellidos infamantes», como se decía, los que llevaban los ajusticiados o relajados en el último auto de fe que tuvo lugar en 1691 y que ha inspirado la bonita novela *Dins el darrer blau* de Carme Riera. Curiosamente, los apellidos judíos eran muchos más hasta que un conveniente incendio en el convento palmesano de Santo Domingo destruyó los archivos de la Inquisición. Cosas del pasado, que la insularidad y el aislamiento ayudó a preservar cuando esas distinciones ya habían desaparecido en el resto de España, por fortuna. A mí me llevó a bautizar a una vieja sirvienta de casa de mis abuelos, *madó* Francisca (tengo una foto en la que ella va vestida de payesa con traje de fiesta y una larga trenza blanca y a mí no se me ve apenas porque estoy cubierto de puntillas), que se había casado con el cocinero y que tuvo con él una única hija a la que desheredaron cuando se casó con un chueta. Parece increíble, pero eran cosas que entonces aún sucedían. Afortunadamente, mis padres —y sobre todo mi madre, que era madrileña y como tal lo que en Mallorca llaman «una forastera»— nunca hicieron caso de estas cosas y tenían buenos amigos chuetas, a cuyas casas iba yo a jugar y de cuyos hijos sigo siendo amigo muchos años más tarde. Aun así, cuando a mi vez me casé con una madrileña, mi mujer no comprendía nada cuando, en nuestro primer viaje a Mallorca, un primo mío creyó oportuno explicarle «con

la mejor intención» que a la cena vendría fulano «que es chueta», añadiendo que se lo decía para que «no metiera la pata». Mi mujer no se lo podía creer y flipaba en tecnicolor, como dicen ahora los jóvenes. Yo tampoco podía.

Mi curiosidad aumentó cuando, en pleno viaje de novios a Estambul, cruzamos en barco el canal del Bósforo (entonces todavía no existía el puente) y oímos a unas personas que detrás de nosotros hablaban animadamente en un idioma que yo no alcanzaba a identificar pero cuyo significado podía comprender en términos generales. Mi mujer y yo discutimos si lo que hablaban era rumano o algún dialecto italiano hasta que, vencido por la curiosidad, me volví hacia ellos y les pregunté abiertamente en castellano y ellos me contestaron que eran sefardíes de Estambul y que hablaban ladino o judezmo. Los sefardíes son los judíos que proceden de la vieja Sefarad, gentes que se repartieron por todo el Mediterráneo tras el edicto de expulsión de 1492 de los Reyes Católicos y que han conservado la lengua de su país de origen (algunos también la llave de su casa) como seña de identidad y como recuerdo de la que fuera edad de oro de la Diáspora judía tras la destrucción del Segundo Templo de Jerusalén. Pero nunca los había visto, ni hasta entonces sabía cómo sonaba su idioma, que en aquel momento me hizo pensar en don Quijote, pues tenía giros o frases con un sabor muy arcaico. Es una lástima y a la vez comprensible que con su masiva emigración al Estado de Israel en los años cincuenta y sesenta, la política de asimilación a favor del hebreo esté haciendo desaparecer una lengua que se había mantenido durante quinientos años en un admirable acto de amor por la patria perdida.

Durante mi primer destino como diplomático en Polonia, cuando todavía había Telón de Acero, una expresión que hoy suena tan lejana y vetusta, me empapé del drama que los judíos habían vivido durante la ocupación nazi. Allí no eran sefarditas sino askenazíes. No se olvida en este país de larga memoria que cuando los nazis aplastaron la insurrección de Varsovia, que luchó bravamente contra ellos durante tres largos meses, las tropas rusas detuvieron su avance en la orilla norte del Vístula para dar tiempo a que los alemanes hicieran bien su trabajo aniquilando a las fuerzas polacas que obedecían al Gobierno en el exilio en Londres y tener así el campo libre para imponer a sus secuaces del gobierno marioneta y comunista de Lublin. Igual que tampoco se olvida la sistemática destrucción del gueto de Varsovia en cuyo Museo de la

Ciudad, en la plaza Vieja (Stare Miasto), hay una película sobrecogedora narrada por María Casares en su versión francesa, donde con gran economía de escenas se ve a un par de soldados con uniforme de la Wehrmacht que pintan con cal el número 88 en el portal de una casa. Luego la cámara nos muestra a otro soldado que acciona a distancia un detonador mientras la casa salta por los aires. La última escena de la serie muestra a un soldado sentado frente a una mesa en mitad de la calle que marca parsimoniosamente una equis en un cuaderno. Era, como se ve, una destrucción sistemática, casa por casa, hasta no dejar en todo el perímetro del gueto ningún muro de altura superior al metro y medio. Y esa destrucción no era sino la muestra externa de la matanza abierta o encubierta de todos los judíos que allí vivían. No lo olvidan, a pesar del antisemitismo que siempre tuve la impresión de notar en Polonia y que se manifestaba en el lenguaje, los tópicos y los chistes que circulaban cuando yo viví allí y que me chocaban mucho a pesar de proceder de un país donde la propaganda oficial había culpado de todo lo imaginable al «contubernio judeo-masónico», como entonces se decía. Un antisemitismo oficial, pero también popular, que me confirmaron los poquísimos judíos que quedaban en Varsovia cuando los visité en su sinagoga, donde, por cierto, no me querían dejar entrar por miedo y desconfianza comprensibles tras todo lo que habían pasado.

Me encontré con un edificio céntrico y en mal estado, con cristales rotos en las ventanas, y el viejo rabino a su cargo me explicó que tan solo quedaban en Varsovia seis familias que asistieran a los servicios religiosos del *sabbat* porque los demás judíos o habían muerto o se habían ido a Israel, los últimos hacía tan solo un par de años, en 1970, cuando el presidente Gomulka había decretado un último paquete de disposiciones antisemitas. A los que decidieron emigrar se les impidió sacar dinero o joyas y se vieron forzados a salir del país con lo puesto. Me contó también que algunos tuvieron que recurrir a sacar su dinero en forma de sellos de correos muy valiosos (y fáciles de esconder) a falta de poder hacerlo de otra manera. La única comunidad judía importante que quedaba en el país era la de Lublin. Mientras vivía en Polonia visité el campo nazi de exterminio de Auschwitz, como ya he contado anteriormente, y nunca en mi vida he llorado con tanto desconsuelo ante la maldad y la crueldad humanas.

Unos años más tarde, cuando ya vivía en Nueva York, me enteré de que el Jewish Theological Seminary (JTS) tenía una maravillosa colección de incunables españoles y me puse en contacto con su director para que me autorizara a verlos. Cuando llegué, me abrió la portezuela del coche un portero vestido con uniforme azul marino y gorra de plato que me dijo: «Bienvenido, señor». Yo le di las gracias de forma mecánica mientras me encaminaba hacia la puerta de acceso hasta que, reaccionando, me volví hacia él y le pregunté: «Pero ¿habla usted español?» y me contestó: «Claro, señor, yo soy natural de Alepo, Siria», como si la cosa más natural del mundo para sus habitantes fuera hablar en castellano. Alepo presume de ser la ciudad más antigua del mundo y los judíos llevan 36 siglos viviendo en ella. Pienso en estas cosas mientras escribo estas líneas y evoco el sufrimiento de los habitantes de esa ciudad, martirizada hasta el extremo durante la guerra de Siria.

Comenté entonces el recibimiento que acababa de tener con el director del JTS, y él me habló de los sefardíes que vivían en Nueva York y que se consideraban la aristocracia judía de la ciudad, pues habían llegado antes que los demás, cuando Nueva York era todavía Nueva Ámsterdam. Eran judíos de la península Ibérica que habían huido de España y encontrado refugio en Portugal y en Holanda antes de cruzar el océano. Poco después entré en contacto con un grupo de estos sefardíes liderado por el rabino Marc D. Angel, un tipo simpático, muy alto y desgarrado que tenía la mala costumbre de invitarme a comer únicamente en restaurantes vegetarianos. He estado en algunos que son buenos, pero los que elegía este rabino eran tan malos como el vino *kosher* que me han dado a beber en algunas ocasiones en Israel. Lo curioso es que gracias al rabino Angel entré en contacto con el último eslabón de la rama francesa de mi familia, una guapa prima lejana llamada Chantal Descatlar que se había casado con un judío neoyorquino apellidado Strauss y vivían en Park Avenue. Fue una casualidad, pues yo ya no vivía en Nueva York cuando ella fue a visitar al rabino por asuntos que tenían que ver con su marido, y al darle su nombre de soltera, un nombre que no es corriente, Angel le habló de mí. Poco tiempo después ella vino a España a conocer a sus parientes españoles y juntos almorzamos en casa de mis padres en Madrid.

Junto con Angel había un grupo de intelectuales que me admitieron en una tertulia literaria semanal de la que formaban parte, entre otros, los profesores José Faur, Víctor Laredo y Maír José Bernadete. Eran tertulias muy divertidas, aunque cuando hacía frío fallaban algunos asistentes que no podían conducir o coger un taxi durante el *sabbat*, cosa que siempre me ha parecido un poco rara en los tiempos que corren. En aquella época propuse al Ministerio de Asuntos Exteriores la creación de una cátedra de estudios sefardíes en Madrid, y me consta que la idea fue considerada con interés, aunque la respuesta fue negativa por temor a la forma en que la iniciativa sería recibida por los árabes... Me pareció entonces una estupidez y lo mismo pienso hoy.

Considero un timbre de honor haber participado en las negociaciones que condujeron al establecimiento de relaciones diplomáticas entre España e Israel, como he contado con detalle en mi libro *Valió la pena*. El acuerdo formal lo firmaron en La Haya Máximo Cajal y Yeshuyagu Anug el 17 de enero de 1986, y sentados a la misma mesa de la firma estábamos también Samuel Hadas y yo mismo. Hadas sería el primer embajador de Israel en España. Aquel día se puso fin a una anomalía histórica que no tenía ninguna razón de ser.

Luego, cuando fui embajador en Estados Unidos, tuve muy frecuentes contactos con las grandes organizaciones judías como el World Jewish Congress, Anti-Defamation League, B'nai B'rith, J Street o el poderoso *lobby* American Israel Public Affairs Committee (AIPAC), y pude comprobar en directo su influencia política y su envidiable capacidad de organización y de presión en casos que les interesan, que se traducen en manifestaciones frente a la puerta de la embajada o en ser inundado a diario por centenares de cartas o de correos electrónicos con textos idénticos enviados desde los lugares más diferentes.

Durante mi estancia en Washington se encontraron los restos de un cementerio judío al hacer la ampliación de un colegio en Toledo y hubo que parar las obras hasta que se pactó una solución sobre cómo tratarlos y protegerlos, y eso no fue fácil, pues los acuerdos hechos con los representantes de los judíos españoles no eran luego reconocidos por las organizaciones que operaban en Estados Unidos, que venían a protestarme a mí. Yo les respondía que comprendía su preocupación pero que se pusieran de

acuerdo con sus correligionarios españoles y que no podía aceptar sus intromisiones en algo que mi Gobierno había acordado previamente con ellos. Hacerlo de otra manera nos complicaría mucho pues, cuestiones de soberanía nacional aparte, entre los judíos hay mil sensibilidades diferentes sobre estos temas y siempre acabaríamos siendo rehenes del grupo más radical, lo cual tampoco era inteligente o aceptable. Y ellos me reconocían que así era, en efecto. Al final se logró una solución satisfactoria para el caso de este cementerio y, en conjunto, creo que tuve con todas estas organizaciones judías-norteamericanas una relación grata, siempre educada (incluso en las discrepancias) y que dio resultados buenos para ambas partes.

Por todo eso me ha alegrado mucho la adopción por el Congreso de la Ley de Concesión de Nacionalidad Española a los sefardíes, de 24 de junio de 2015, que se presenta como un esfuerzo de reparación histórica y que modifica el Código Civil para otorgarles la nacionalidad por Carta de Naturaleza al reconocer la circunstancia excepcional que supone su vinculación con la tierra de la que fueron expulsados en 1492 y con la que siempre guardaron un vínculo afectivo.

LOS MORISCOS

Los moriscos comparten con los judíos sefardíes el dudoso honor de haber sido expulsados de España. Los perdedores hemos sido nosotros.

Los moriscos fueron expulsados de la España que ellos llamaban al-Ándalus, el lugar donde la civilización islámica conoció su mayor esplendor, como muestran la mezquita de Córdoba o la Alhambra de Granada, monumentos de belleza sin parangón en el resto del mundo árabe. Ante la amenaza turca en nuestras costas, los reyes no mantuvieron las promesas hechas en la Capitulaciones de Santa Fe tras la conquista de Granada, y Felipe III expulsó de España en 1609 a aquellos españoles islamizados que eran los moriscos. Si la expulsión de los sefardíes arruinó nuestro comercio y nuestra banca, la de los moriscos dañó mucho la agricultura de amplias zonas de nuestra geografía, pues eran maestros en labranza y en técnicas de irrigación. También ellos guardaron las llaves de sus casas, como me contaba con mucho orgullo en Saná el entonces ministro de Asuntos Exteriores de Yemen, Allriani, cuya familia era originaria de al-Ándalus. Me decía que pertenecían a la casa familiar que habían tenido en Granada a finales del siglo XIV. *Se non è vero...*

Mientras el éxodo judío se dirigió a África del Norte, Medio Oriente, Lisboa y Ámsterdam, la mayoría de los moriscos pasaron el estrecho de Gibraltar y se instalaron en el Magreb. Gozálbos Busto ha estudiado la epopeya de Hornachos, un pueblo extremeño de donde todos los habitantes fueron expulsados, cruzaron juntos el estrecho con sus banderas y su alcalde al frente, y se instalaron en la alcazaba de Rabat, un castillo almohade que les cedió el sultán de Marruecos y que estaba entonces abandonado. Allí llevaron nuestra arquitectura de tejas, nuestra gastronomía y la música andalusí. Pero

no se encontraban a gusto. Eran extranjeros en todos sitios, pues en España se les consideraba musulmanes, y en Marruecos no entendían que bebieran vino o que tocaran la guitarra. Sus intentos por ser autorizados a regresar a España son patéticos pues, para lograrlo, llegaron a ofrecer convertirse al cristianismo y entregar a la Corona la fortaleza de Salé, que tenía valor estratégico para proteger las comunicaciones con Canarias. El Consejo de Estado estudió su caso y el duque de Medina Sidonia apoyó su causa, pero el marqués de los Vélez se opuso y se impuso alegando que los moriscos no serían de fiar en caso de un desembarco turco en nuestras costas. Lepanto aún estaba cerca y la amenaza otomana no era baladí. Despechados, los moriscos de Hornachos crearon la República corsaria de Salé, desde donde atacaban el tráfico marítimo y hacían *razzias* en nuestras costas en busca de esclavos y de botín. Una de sus expediciones llegó hasta Islandia, de donde regresó con doscientas cautivas que luego vendieron con gran éxito y provecho como esclavas en los zocos de Argel. Esta república corsaria duró ochenta años, resistió ataques y bombardeos de los españoles, franceses y holandeses, hartos de su piratería, y fue al final destruida por disensiones internas (como buenos españoles que eran) que aprovechó el sultán de Marrakech para acabar con su insolente independencia.

Los descendientes de estos corsarios, unas seiscientas familias, siguen viviendo hoy en Rabat, Tetuán, Fez o Tánger. Se llaman Bergach (Vargas), Pinto, Loubaris (Olivares), Sordo... Yo les conocí y traté cuando fui embajador en Marruecos, y creo que, tras haber facilitado nuestra nacionalidad a los sefardíes, sería deseable y de justicia tener también algún gesto con ese otro jirón de nuestra historia que son los moriscos, pues también ellos fueron españoles expulsados de su país por la sinrazón de la razón de Estado.

Hoy se impone entre nosotros la corrección política, y los embajadores de Israel protestaban con frecuencia y con mucha razón cuando me ocupaba de África y Oriente Medio en Exteriores por la pervivencia en nuestro idioma de injustas expresiones antisemitas, como «hacer judiadas», y por el mantenimiento en nuestra tradición de falsas leyendas medievales de niños pretendidamente asesinados por los judíos en ritos satánicos. O para que se cambiara el nombre del pueblo castellano de Matajudíos (Dios sabe la

horrible tragedia que allí acontecería) por el más pacífico de Mota de Judíos, cosa que por fin se ha hecho por decisión de los lugareños. De igual manera, los embajadores árabes venían también a verme —y también con razón— por ciertas prácticas relacionadas con las fiestas de moros y cristianos que ofenden al islam. Estas fiestas de origen medieval que recuerdan los ocho siglos de convivencia —a veces buena y a veces mala— que llamamos la Reconquista son muy populares en España, donde más de 400 pueblos las organizan. En ellas está extendida la costumbre de quemar o lanzar desde las almenas del castillo del pueblo una imagen rellena de paja y conocida como «la Mahoma», algo que irritaba a los embajadores árabes.

En mi opinión tienen razón unos y otros, árabes e israelíes, porque todo lo que ofende es ofensivo y en este caso no se trata tanto de abandonar la tradición como de mantenerla de forma que no moleste a nadie, llamando de otra manera al muñeco o eliminándolo pura y simplemente de la celebración. A mí eso me parece bien porque, como decía mi madre, el primer mandamiento es no molestar... siempre que no se exagere y se caiga en el ridículo porque la historia es la que es. Las tradiciones refuerzan nuestra identidad colectiva y por eso hay que procurar mantenerlas siempre que no repugnen a la sensibilidad de nuestra época como sucede con el maltrato de animales, pues con esas hay que acabar cuanto antes.

Por eso no me parece bien que se disfrace de pacífico peregrino al apóstol Santiago y se le despoje de su espada. Si Santiago se venera en España es porque en la batalla de Clavijo y a lomos de un blanco alazán condujo a la victoria a las huestes cristianas a base de mandoblazos, y aquí lo de menos es que se apareciera de verdad, porque probablemente la batalla de Clavijo tampoco existió. Santiago es uno de los más importantes éxitos propagandísticos de la Europa medieval y motivó la primera guía turística del continente, allá por el siglo XII, conocida como el Códice Calixtino. Su sepulcro se descubrió oportunamente en un lugar que ya era objeto de veneración por los druidas celtas y se convirtió en lugar de peregrinación que hizo más que nadie y que nada por dar unidad y sentido de pertenencia al concepto de Europa. Por el camino de Santiago circularon personas, ideas, modas, comercio y hasta estilos arquitectónicos. Pero una cosa son los peregrinos y otra Santiago, que es un santo guerrero, y solo así tiene sentido.

Distinto es que los sarracenos que pisotean los cascos de su caballo se disimulen detrás de tiestos con flores, cosa que comprendo que se haga para no herir sensibilidades y una vez que no se altera la esencia de la tradición. Por la misma razón, durante la Conferencia de Paz sobre Oriente Medio se quitó del Salón de Columnas del Palacio Real de Madrid una preciosa estatua del emperador Carlos, obra de Pompeo Leoni, donde aparecía pisoteando a unos prisioneros turcos aherrojados a sus pies. No cuadraba con el ambiente que se quería dar a la reunión.

Como sin historia no hay identidad, la tendencia a manipularla no es nueva. Stalin lo hacía con maestría quitando a personajes de las fotos oficiales a medida que los ejecutaba. En realidad, la historia no es nunca neutra, los vencedores la reescriben y algunos nacionalistas la falsean, pero es tozuda porque, a fin de cuentas, los hechos son los que son y no como nos gustaría que fuesen. A los alemanes les perseguirán siempre los terribles crímenes del nazismo, y a los americanos la bomba de Hiroshima. Solo no han cometido errores los pueblos que no tienen historia, y esta hay que aceptarla con sus luces y sus sombras. Por eso me conformo si no se falsea demasiado y acepto que se presente lo ocurrido de manera que no ofenda a nadie por razones tanto de educación como de convivencia. Es decir, que las fiestas de moros y cristianos sirvan para reforzar de manera festiva e integradora nuestra identidad como pueblo con una larga historia a las espaldas.

SUSTO EN LA NOCHE

El 17 de diciembre de 1991, tras una cena en casa del embajador de Libia en España, Pilita y yo regresamos tarde por culpa de los absurdos horarios españoles que hacen que el día te cunda menos que en otros lugares y que el siguiente estés hecho unos zorros. Nos debimos de acostar a eso de la una y exactamente a las tres menos diez me despertó mi mujer —porque yo estaba como un leño— diciendo que había oído un ruido fuerte en la terraza mientras *Guantes*, nuestra pequeña perra, ladraba como una condenada. Nuestra terraza estaba en un tercer piso de un bloque de vecinos en el barrio de Puerta de Hierro, en Madrid, una de esas casas con jardín y piscina comunes. Pero aunque era un tercero, había un escalonamiento con los dos pisos inferiores que hacía posible trepar por la fachada desde el jardín para alguien que estuviera en buena forma física.

Me puse la bata, y más dormido que despierto me acerqué al salón que separaba el dormitorio principal de los de mis hijos, entonces pequeños y profundamente dormidos, y allí me encontré con la sombra de un individuo de talla mediana con una chupa y un gorro calado. Recuerdo que le dije: «Pero ¿qué hace usted aquí a estas horas?». Sé que es una pregunta estúpida, pero es lo que le dije, porque lo único que en aquel momento tenía claro, medio dormido como estaba, es que aquel tipo estaba en mi casa entre mis hijos y yo, y ese era un peligro que no podía permitir. Entonces aquel individuo me saltó al cuello, que me apretó con ambas manos mientras yo trataba de quitármelo de encima, y tras forcejear un rato cayó al suelo y se agarró a mis piernas mientras me pedía que no le hiciera daño y me explicaba con gran excitación que estaba «huyendo de policías que lo querían matar, que no era un etarra y

que no había hecho nada». Claramente era un loco o alguien que estaba drogado. Tan pronto lo tenía agarrado a mi cuello, amenazando, como a mis piernas, gimiendo.

Al cabo de un rato, y siempre con la luz apagada, creí reconocerle en un exvecino de la casa, un tal Gaby, que nos llamaba a todos la atención por los coches espectaculares con los que paseaba y del que se decía en la vecindad que andaba metido, o más bien caído, en el mundo de la droga. Yo nunca había cruzado con él una palabra hasta que entró en mi domicilio aquella noche. Su aspecto era el de un quinqui sucio, sin zapatos y con la cara y las manos arañadas. No paraba de hablar atropelladamente, insistiendo en que lo querían matar. En cierto momento señaló las chimeneas de un edificio al otro lado de la calle y me dijo que eran policías armados de rifles con miras telescópicas y que me tirara al suelo. Fue entonces cuando cometí el único error de la noche, pues le contesté que se equivocaba porque lo que yo veía eran simples chimeneas. «¡Nooooo!», gritó y de nuevo se abalanzó con fuerza sobre mi cuello, lo que me hizo ver nítidamente los mismos policías que él veía y aconsejarle correr rápidamente las cortinas para que no nos vieran ellos y no pudieran dispararnos. Eso y que luego bajara la persiana y le dijera que nos habían perdido la pista estableció una cierta complicidad entre nosotros y se calmó un poco. Entonces me pidió ir al baño y yo aproveché ese momento para decirle a mi mujer, que desde la oscuridad del pasillo seguía la escena con el corazón en la boca, que fuera a pedir ayuda a los vecinos, con la mala suerte de que ni los de enfrente ni los de arriba estaban en casa, y el portero nocturno, que se suponía vigilaba el edificio, le contestó que él no estaba para eso y desapareció. Perdió su trabajo al día siguiente.

El tal Gaby salió del baño algo más calmado y yo aproveché para hablarle de coches, que pensé que era un asunto que debía de interesarle, y luego, al cabo de un buen rato y cuando ya estaba más tranquilo, le dije que yo conocía a unos «policías buenos» no mezclados en el negocio de las droga como los que lo perseguían, y que quizás podría ser una buena idea llamarles y pedirles ayuda. Al principio no se fiaba pero, tras mucho insistir, me dio permiso y yo llamé al 091 y expliqué con medias palabras —pues lo tenía delante— lo que ocurría, que un «señor» se había metido en mi casa por la terraza y decía que había policías que le perseguían. Terminé pidiendo que

vinieran a ayudarme y entonces, para mi sorpresa y enorme cabreo, la señorita del 091 me preguntó: «Esa persona, ¿usted cree que está muy excitada?». «No lo sabe usted bien», respondí yo. Y entonces me cortó con un seco: «Pues llame usted al 096», y me colgó el teléfono. No me lo podía creer, ¡con lo que me había costado conseguir hacer aquella llamada! De modo que colgué a mi vez y sin decirle nada al invasor de mi domicilio volví a marcar el 091 y empecé diciendo: «Miren ustedes, soy el director general del Ministerio de Asuntos Exteriores (como si no hubiera otros) y ocurre esto». No habían pasado diez minutos cuando tenía en casa a ocho policías, unos de uniforme, otros de paisano y una pareja que parecían también drogatas por lo mal vestidos que iban, probablemente porque trabajaban en ese ámbito. Es indignante que tengas que decir eso tan viejo de «no sabe usted con quién está hablando» para que te hagan caso, pero exactamente así me ocurrió a mí en aquella ocasión.

Los policías me dijeron que para poder detenerle y llevárselo debería acusarlo de allanamiento de morada, cosa que el tal Gaby, que ya había recuperado una cierta lucidez con la casa llena de gente, me pidió de rodillas que no hiciera y que a cambio llamara a su cuñado, que dijo que era magistrado y se llamaba Gonzalo XX. A la vista de que era un claro caso de alucinación por consumo de estupefacientes y que no me había hecho ningún daño, más allá de un susto fenomenal y un mal rato que a nadie deseo, decidí no denunciarle y telefonar al cuñado. A todo esto eran ya casi las seis de la mañana y el intruso se había quedado plácidamente dormido en un sofá del salón tras una fuerte tiritona, mientras mi mujer servía cafés a los policías, que estaban muy dicharacheros. Aquello parecía un cóctel de embajada. El cuñado contestó mi llamada con voz dormida, como es natural a la hora que era, y cuando le expliqué el caso, se puso a soltar tacos por teléfono, a cual más fuerte que el anterior poniendo a caldo al tal Gaby, para acabar finalmente apareciendo en mi casa con un abrigo sobre el pijama y con dos hijos suyos, altos como torres, que despertaron a Gaby a bofetadas y se lo llevaron a empellones mientras le llamaban de todo menos bonito. Al parecer esta escena, o parecida, no era la primera vez que sucedía y estaban más que hartos de él.

Cuando nos acostamos eran casi las siete, tenía la boca muy reseca y me pareció que el sobaco me olía terriblemente a cebolla. No es nada elegante, supongo, pero es el olor que desde entonces yo asocio con el miedo.

ESPAÑOLES EN LAS TRECE COLONIAS

En 1976 se celebraron en Nueva York los fastos del segundo centenario de la Proclamación de la Independencia de Estados Unidos, y con ese motivo se programaron una serie de actos conmemorativos, el principal de los cuales fue una gran parada naval que trajo a aguas del East River a los grandes buques-escuela del mundo entero. Allí desfilaron, entre otros, el *Dar Pomorza*, el *Juan Sebastián Elcano*, el *Sagres*, el *Tovarich*, el *Amerigo Vespucci* o el *Esmeralda*, deslizándose majestuosamente con velas desplegadas y las dotaciones subidas a las vergas en dirección al puente Verrazano. Mientras, la multitud se agolpaba en las riberas de Manhattan y de Brooklyn para seguir su paso; el presidente Ford lo hacía desde el portaviones *Forrestal*, donde tuvo la amabilidad de invitar a los cónsules extranjeros de los países participantes, entre los que me encontraba. Por eso desde allí seguí yo también la gran parada, en cuya preparación había tomado parte muy activa asistiendo a reuniones de coordinación y logística que se celebraban en la Torre Norte del World Trade Center... que sería reducida a humeantes escombros tras el ataque terrorista del 11 de septiembre de 2001. Las reuniones se celebraban en el piso 88, y desde la ventana veía pasar por debajo de mí helicópteros y avionetas cargados de turistas que querían disfrutar de una vista diferente de Manhattan. A raíz de los atentados, aquellos vuelos se prohibieron durante mucho tiempo. En una de las recepciones que se celebraron aquellos días coincidí con Grace Kelly, que me deslumbró con su belleza y sobre todo con su elegancia. No me cansaba de mirarla. Igual que a su hija Carolina, que también estaba y que también era muy atractiva. Pero menos. Otro día en el aeropuerto de Zaventem, en Bruselas, muchos años más tarde, me encontré por

azar en una tienda junto a Audrey Hepburn, ya mayor pero de una elegancia y de un atractivo imposibles de describir. Son dos imágenes que no se han borrado de mi mente y que me sigue gustando evocar aún ahora.

Los fastos del Bicentenario me animaron a estudiar la participación de España en la guerra de Independencia norteamericana y escribí un artículo que se publicó en una separata de *The New York Times*, pagada por el Gobierno español, que ponía de relieve la contradicción de la monarquía hispánica, todavía a caballo de dos continentes, entre su deseo de debilitar a Inglaterra y su imposibilidad de ayudar abiertamente a unos colonos en rebelión contra su rey. La contradicción se salvó con una ayuda encubierta canalizada a través de comerciantes privados y enviada desde La Habana, a veces hasta el mismo Detroit por el Misisipi arriba y también con la decisiva intervención de Bernardo de Gálvez, que salió de Luisiana para recuperar la Florida y que, tras derrotar al general Gates, impidió que uniera fuerzas con el general Cornwallis en la decisiva derrota inglesa de Saratoga que puso fin a la guerra. Los norteamericanos, que conocen bien las heroicidades de otros europeos como Kosciusko o Lafayette, lo ignoran o lo quieren ignorar casi todo sobre la aportación española a su lucha por la independencia. No es fortuito ni producto de la casualidad, aunque no siempre fue así, pues el propio general Washington estaba tan agradecido a nuestro embajador, Diego de Gardoqui, que le regaló uno de los únicos tres retratos que se le hicieron en vida con él posando en persona. Es un bonito cuadro de cuerpo entero que hoy se encuentra en la Real Academia de San Fernando, en Madrid. Cuando Gardoqui falleció en Filadelfia, el general Washington asistió a su funeral.

Por no hablar de la mayor derrota naval jamás sufrida por una escuadra británica, cuando un convoy inglés con pertrechos para las tropas que combatían contra las Trece Colonias fue capturado el 9 de agosto de 1780 en aguas de San Vicente por una escuadra española mandada por D. Luis de Córdova y en la que había embarcado como su mayor general, mi antepasado D. José de Mazarredo. A los ingleses no les gusta hablar de esto, igual que no les gusta que les recuerden la derrota de Vernon en Cartagena de Indias a manos de D. Blas de Lezo. Como consecuencia de la victoria de San Vicente cayeron en manos de la armada española 51 de los 56 barcos que componían el convoy inglés y se hicieron casi tres mil prisioneros, que fueron conducidos

a Cádiz. El botín se estimó entonces en un millón de duros (1,6 millones de libras esterlinas y, de ellas, un millón en lingotes y en oro acuñado) sin contar con el descalabro que su captura supuso para las tropas inglesas en Norteamérica.

Igual que también ignoran los americanos la epopeya de los corsarios (*privateer*) españoles que apoyaron su revuelta aportando preciosos subsidios a sus tropas y acosando las comunicaciones marítimas de la flota inglesa. Como consecuencia del artículo que había escrito en *The New York Times*, el historiador del *borough* (barrio) de Brooklyn, Joe Palisi, se puso en contacto conmigo y nos hicimos amigos. Joe había estudiado la peripecia de estos corsarios y había descubierto que un par de centenares de españoles habían sido apresados por los ingleses y confinados en unos pontones que tenían amarrados en Brooklyn como buques-prisión y que allí murieron en condiciones infrahumanas, pues carecían de las condiciones mínimas para la función que se les había confiado. En el museo de la Academia Naval de Annapolis se pueden ver algunas bonitas maquetas de barcos hechas con hueso y madera por otros prisioneros franceses que empleaban así su forzado ocio mientras se consumían en aquellos cementerios flotantes. Los nombres de españoles allí encarcelados se conservan en un monumento que se alza en un parque público de Brooklyn y que está dedicado a los Prison Ship Martyrs (mártires de los buques prisión) como recuerdo de su triste suerte.

Hasta allí logré llevar al rey Juan Carlos en su primer viaje oficial a Estados Unidos en junio de 1976 tras hacer una propuesta que la Zarzuela aprobó. No fue una visita fácil, pues un grupo de gente se congregó en las cercanías del monumento y le arrojaba huevos mientras le insultaban llamándole fascista. La policía impidió que se acercaran o que sus proyectiles cayeran sobre nosotros, pero sus gritos resultaban perfectamente comprensibles. Y es que el franquismo era todavía muy reciente y el rey les parecía a muchos su sucesor. En el curso de esa misma visita, estando yo «de guardia» delante de la *suite* que el rey ocupaba en las Waldorf Astoria Towers, asomó este la cabeza para pedirme que bajara a la calle y me enterara de lo que gritaba un reducido grupo de gente que se manifestaba con pancartas. Lo hice y regresé para contarle que había más policías que manifestantes (no más de una veintena) como suele acontecer en Estados Unidos, siempre muy

exagerados en cuanto a la seguridad, y que estos gritaban rítmicamente «*Down with the fascist King!*» (abajo el rey fascista). «Vaya por Dios», fue la lacónica respuesta de don Juan Carlos. Creo que esta fue mi primera y breve conversación con él. Muy pronto, el comportamiento del rey durante el 23-F y la consiguiente evolución política española, eso que se llamó la Transición, ganaron para España el respeto y la admiración de todo el mundo y ya nunca nadie volvió a llamarnos fascistas.

Los norteamericanos lo ignoran todo sobre la aportación de España a su independencia porque tienen una idea de nuestro país forjada a lo largo del siglo XIX, en un período de decadencia nuestra que han conocido a través de la obra de gentes como Prescott, Ticknor, Longfellow y Washington Irving, sobre todo, que está teñida de prejuicios y de romanticismo. En ella, España aparece como la excepción a las luces europeas y la antítesis de Estados Unidos, que se industrializaba a todo meter, un país atrasado, manipulado por el oscurantismo eclesial y con gitanos que bailaban a la sombra de la Alhambra. Más o menos. Si algo faltaba, se lo dieron la guerra hispano-norteamericana de 1898, con la imagen del enemigo deformado por la prensa sensacionalista de Randolph Hearst, y la obra posterior de Hemingway con sus tópicos de heroísmo y crueldad, de sangre y de toros. Además, en Estados Unidos apenas hay españoles hoy, unos 100.000 en total, en contraste con los millones de norteamericanos de origen italiano, irlandés, polaco, griego, ruso... En realidad, la historia norteamericana ha sido escrita por WASP (blancos, anglosajones y protestantes), ese sector de población que rápidamente va perdiendo su posición dominante, tanto demográfica como económicamente, y que ha encontrado en Donald Trump un estafalario portavoz de sus miedos y de sus declinantes valores. Si uno visita el Museum of American History en Washington, saca la impresión de que el país lo han hecho los Pilgrim Fathers, los inmigrantes ingleses, con pequeñas aportaciones posteriores a cargo de algunos judíos. Y nada más. Allí, junto a la misma entrada, hay una polvorienta carabela regalada por la embajada de Italia, con un letrero que dice: «Carabela *Santa María*, de Cristóforo Colombo. Con él llegaron a América las plagas y la esclavitud de los indios». O algo muy parecido.

Cuando era embajador en Washington me invitaron a dar una conferencia en la Universidad de William and Mary, la más antigua del país, en la histórica ciudad de Williamsburg, muy cerca de Jamestown, que fue el lugar donde desembarcaron los primeros colonos ingleses. Y allí, entre bromas y en serio, di una charla en la que les comenté a los alumnos que no sabía si me sacarían a pedradas pero que tenía que decirles que la historia de Estados Unidos, «este gran país» como allí se dice, no había empezado en Jamestown sino en Florida, con Ponce de León, cien años antes; que San Agustín es la ciudad más antigua de Estados Unidos, y que la primera fiesta de Acción de Gracias es la que celebró Juan de Oñate cuando llegó al río Colorado tras cruzar los serrales del norte de México. Y que aunque ignoran todo eso, un tejano o un californiano no es menos americano que un bostoniano, como tampoco Nuevo México, Arizona o Nevada son menos americanas que Vermont, Connecticut o Maine. A los estudiantes les divirtió tanta «irreverencia» porque no la habían oído antes, y me aplaudieron mucho; luego el rector, en una cena que me ofreció en su preciosa residencia colonial, me dijo que tenía mucha razón. Lo dicen pero luego no hacen nada para corregirlo. Y no desdeño que haya algo de racismo en esta actitud. Como cuando en los años setenta se impidió a un cuñado mío, empresario de éxito con importantes intereses en Estados Unidos, ser socio de The Riverside Club en Manhattan. El ingreso se hacía con el sistema de bola negra y un amigo le advirtió de que nadie se lo diría abiertamente ni lo reconocería, pero que no le admitirían porque no era WASP sino hispano.

Pero todo cambia con el paso del tiempo. Si en Estados Unidos no hay apenas españoles, eso se compensa hasta cierto punto con el fuerte crecimiento de la población latina o de origen hispano, que en el censo de 2010 era ya el 16,5 por ciento del total, la minoría más grande, por delante de los afroamericanos (13,5 por ciento) o de los indios (*native americans*) que solo son el 1,5 por ciento. Es curioso, porque en ese censo yo aparezco como hispano, y mi mujer, que es portuguesa, aparece como caucásica. Los hispanos tienen, además, una imparable progresión debido a una tasa de natalidad que está muy por encima de la media. Es una población con creciente cultura, con poder adquisitivo cada día mayor y con una influencia política que ya no es posible ignorar desde que le dieron a Obama cinco estados decisivos para su

victoria en 2008. Son hoy esos hispanos quienes están orgullosos de su nueva patria, Estados Unidos, y quieren que se reconozca su aportación histórica y cultural —y la de sus antepasados— a su grandeza actual, en una reivindicación que asumen también de manera institucional los estados sureños tanto tiempo postergados por la historia oficial. Son ellos los que van a cambiar la historia de Estados Unidos que se enseña a los niños en los colegios, y nosotros desde España debemos contribuir a ese cambio aprovechando que el viento sopla a favor de nuestros intereses.

Porque llegará el día en que se reconocerá la contribución de nuestro país a una colosal obra de exploración, descubrimiento y colonización en lo que hoy es Estados Unidos. A fin de cuentas, el Capitolio de Utah en Salt Lake City, en el fin del mundo, está presidido por una pintura de los padres Domínguez y Escalante, y si la frontera con Canadá está donde está y no más al sur es porque hubo un fuerte español en los confines del estrecho de Juan de Fuca, en lo que hoy se llama Neah Bay, en tierras de los indios Nakaa, junto a Seattle. Visité a esos indios cuando era embajador en Washington y me enorgulleció ver que, aunque del fuerte original de madera no queda nada, los propios Nakaa han edificado una réplica que llaman Fort Núñez Gaona y que en ella ondea aún hoy a diario la bandera de España.

Tardan, pero el futuro nos hará justicia antes de lo que muchos piensan.

SEXTA PARTE

TERNURA Y SURREALISMO

Nos exigen demasiados milagros. Yo me considero ya bastante dichoso cuando he logrado hacer oír a un ciego.

JEAN COCTEAU

UN CERDO EN LA CATEDRAL

José Guerrero es con Mark Rothko, a quien tanto se parece, uno de mis pintores preferidos. Expresionismo abstracto se llama lo que ambos hacían. Sobre Rothko y su atormentada vida (que acabó en el suicidio), vi en 2010 en el Golden Theater de Broadway una pieza de John Logan titulada *Red*, espléndidamente interpretada por Alfred Molina. Por su parte, Pepe Guerrero era otra fuerza de la naturaleza pero en versión granadina, un hombre que siendo ya famoso en España decidió que quería serlo también en América y se instaló en Nueva York, donde nos conocimos, en 1976, cuando yo era un joven diplomático y me ocupaba de temas culturales. Nos hicimos muy amigos. Era una persona muy ordenada y metódica que todos los días se colocaba frente a folios en blanco con hojitas de papel de seda de colores para hacer combinaciones. Se pasaba así muchas horas, y solo cuando «veía» algo, lo trasladaba al lienzo. Me recordaba a Rimbaud cuando afirmaba que «yo he visto algunas veces lo que los hombres han creído ver». Había días, muchos, en los que ni veía ni se le ocurría nada pero decía que la inspiración nunca le llegaría si no trabajaba y se enfrentaba diariamente a la búsqueda de formas imaginativas de combinar colores, y eso que reconocía que había períodos desesperantes de sequía imaginativa, cuando las musas «se van de vacaciones», como en la canción de Sabina, y porque también era consciente de que «nunca mucho costó poco», que decía Ruiz de Alarcón. Yo entonces era muy aficionado al cine en Super-8 y, mientras él trabajaba en su estudio, comencé a hacerle una película que desgraciadamente se quedó a medias. Me temo que los carretes que tenía se habrán perdido en alguna mudanza de mi vida diplomática.

Un día, el cónsul general Alberto López-Herce le impuso una cruz de la orden del Mérito Civil o de Isabel la Católica, no recuerdo bien, que le había concedido el Gobierno a petición mía. A Guerrero le emocionó mucho este reconocimiento oficial de su trabajo y pidió que se la impusiéramos en una ceremonia en la Gruenebaum Gallery, en el lado Este de la calle 57 de Nueva York, donde en aquel momento estaba exponiendo su obra. Cuando llegó la hora de los discursos, Pepe agradeció la distinción dirigiéndose al público asistente en un inglés macarrónico pero comprensible y con fortísimo acento andaluz. Contó entonces que desde joven había deseado ser pintor y que con ese fin salió de su pueblo camino de Granada donde, al no tener su familia medios económicos, fue a vivir con un pariente que trabajaba en la catedral como sacristán, o algo parecido, y que le permitió instalarse en un cuchitril que había en la torre del campanario, al lado mismo de las campanas. Contaba que al principio estas le daban sustos y no le dejaban dormir, pero pronto se acostumbró a sus tañidos y a sus horarios. Hasta aquí una historia algo exótica pero asumible para la audiencia norteamericana.

Pero la cosa se torció cuando contó que a su madre, preocupada como todas las madres de que su hijo tuviera para comer, no se le ocurrió cosa mejor que enviarle a Granada un cerdo —¡vivo!—, que Pepe alojó con la mayor naturalidad en su propia vivienda del campanario, que era el único lugar que tenía disponible, a la espera de encontrar el momento de convertirlo en chorizos y en jamones. Todo marchó bien hasta que un día, por descuido, dejó abierta la puerta de su cuartucho en la torre, y quiso la suerte que el cerdo se asustara con el tañido de las campanas y se escapara, echando a correr enloquecido por una galería que al parecer recorre longitudinalmente la pared lateral de la catedral a no sé cuántos metros de altura, con Pepe pisándole los talones hasta que el pobre animal, imagino que aterrorizado en aquel mundo tan extraño, pegó un resbalón, cayó al vacío y se estampó contra el suelo de la iglesia, tropecientos metros más abajo. Pepe no nos contó si en ese momento tenía lugar alguna celebración litúrgica en la iglesia y yo no se lo pregunté nunca, aunque para mis adentros estaba considerando si le hubiera gustado más que el incidente hubiera ocurrido durante una boda o en un funeral... Lo dejaremos ahí. Yo creo que me hubiera inclinado por el funeral. El caso es que Pepe se quedó sin los frutos de la matanza y sin alojamiento el mismo día.

Lo más gracioso fue ver la cara de los norteamericanos que asistían al acto y que no salían de su asombro entre el mal inglés de Pepe y lo surrealista de la historia, que supongo que les confirmaría un poco más en esa imagen estereotipada y exótica con la que nos contemplan a los españoles.

EN GUERRA CON RUSIA

Pensé que aquel embajador ruso que me visitaba había enloquecido y también él debía de ser consciente de que yo lo pensaba porque se lo veía incómodo mientras se revolvía inquieto en el sofá de mi despacho. Y no era para menos. Acababa de contarme que España y Rusia estaban en guerra. Lo miré con sorna no disimulada y le pregunté que quién iba ganando, y él me respondió que no era una broma sino algo serio a lo que debíamos poner fin, y que había venido con el propósito de explicarme lo que sucedía y ver cómo lo podíamos arreglar. Me senté perplejo frente a él y le dejé hablar.

Los hechos se remontaban a mediados del siglo XVIII, cuando un grupo de tramperos rusos descendían desde Alaska (que era entonces propiedad rusa) por la costa del océano Pacífico de América del Norte con la ambición de instalarse y fundar una factoría en la bahía de San Francisco, que entonces era española. A mitad de camino, más o menos en lo que hoy es el estado de Oregón, se toparon con una patrulla española con la que no debieron de entenderse porque hubo pelea, tiros y algunos muertos, y los rusos se retiraron vencidos hacia Alaska.

Cuando la noticia llegó a San Petersburgo, llenó de santa indignación a Pedro III, quien, para vengar la afrenta recibida, decidió declarar la guerra a España. La belicosa declaración no tuvo efectos prácticos porque casi al mismo tiempo estallaba la Guerra de los Siete Años (1756-1763) que asolaría Europa e involucraría a sus países más importantes, entre ellos al reino de España y al Imperio ruso, que por cierto combatían en el mismo bando. Por si fuera poco, que no lo era, esa guerra coincidió con el derrocamiento de Pedro III por su esposa Catalina II, que le quitó el trono en 1762 con la ayuda de su amante, el conde Orlov. Esta secuencia de acontecimientos importantes y casi

simultáneos hicieron que nadie volviera a acordarse en San Petersburgo de aquella declaración de guerra a España, y ahora el embajador venía a decirme que un probo archivero de su país acababa de darse cuenta y que convenía cerrar esa carpeta y poner fin formalmente a ese conflicto declarando la paz entre nosotros.

Me quedé asombrado y perplejo, sin que tomármelo con humor significara tratarlo a la ligera. Muy al contrario. De modo que agradecí al embajador su diligencia y le pedí tiempo para estudiar el caso, rogándole con algo de retranca que no lo aprovecharan para echar sus tropas sobre nosotros. Era un embajador que no tenía mucho sentido del humor porque el estilo soviético todavía predominaba entre sus diplomáticos, y ya se sabe que las religiones (y el comunismo lo es) abominan de las bromas. Lo primero que hice fue bajar al archivo del palacio de Santa Cruz, donde se guardaban desde tiempo inmemorial legajos y maravillosos tratados internacionales de otras épocas repletos de cintas de colores y sellos de cera. Expliqué a sus responsables lo que me había dicho el ruso, se quedaron igual de sorprendidos que yo y me prometieron estudiar el caso.

Al cabo de un par de días vino a verme el archivero mayor y me dijo que el embajador ruso tenía razón; que estábamos técnicamente en guerra con Rusia porque se había declarado y nunca se había firmado la paz. Yo seguía sin salir de mi asombro y aún con esa cara me presenté en el despacho del ministro Javier Solana, que es un hombre afable pero también con poco sentido del humor, y le dije algo así como: «Ministro, vas a pensar que estoy loco pero no lo estoy. El caso es que parece que estamos en guerra con Rusia». Levantó la vista de los papeles que estaba leyendo y me miró como a un extraterrestre que hubiera invadido su despacho, sin acertar a responderme nada. Se había quedado sin palabras, y no le culpo. De modo que aproveché su sorpresa para contarle la visita del embajador ruso y la investigación que habían hecho en nuestro propio archivo. No había duda. Ya repuesto, Solana me miró y me dijo que estaba muy ocupado con asuntos serios, que solucionara aquel como yo quisiera pero que no volviera a hablarle nunca más del asunto de la guerra con Rusia. Esas instrucciones que te dejan resolver el problema como tú quieras son las que siempre me han gustado más.

Hice entonces una consulta a la Asesoría Jurídica Internacional (AJI) del ministerio pidiendo que me dijeran cuál era la mejor manera de solucionar pacíficamente aquella guerra. Me contestaron lo obvio, que había que firmar la paz. Como les dije que volverle a hablar del tema al ministro era algo excluido me sugirieron, para salir del paso, hacer un canje de notas (lo que los diplomáticos llamamos *notas verbales*, aunque son escritas y muy formales) entre el embajador ruso y yo mismo como director general de Asuntos Políticos del ministerio. Incluso me prepararon un borrador del texto. Convoqué entonces al ruso y le sugerí la solución propuesta por la AJI. El embajador consultó con Moscú, y a los pocos días me daba su acuerdo a la propuesta de solución y al texto sugerido por nosotros.

Y así, reunidos los dos en mi despacho del palacio de Santa Cruz, pusimos fin a una guerra hispano-rusa que había durado técnicamente unos doscientos cincuenta años, aunque sin causar, afortunadamente, víctimas.

Los norteamericanos nunca le agradecerán bastante a España, a mi paisano san Junípero Serra y al gobernador Gaspar de Portolá que les dieran la costa del Pacífico. Si no fuera por ellos, los rusos se habrían establecido en San Francisco y no creo que hubieran abandonado California con la facilidad con la que vendieron Alaska. Es a fray Junípero Serra y a España a quienes Estados Unidos debe el hecho de tener hoy una costa en el océano Pacífico. Por eso el padre Serra, enterrado en Carmel-by-the-Sea (de donde fue alcalde Clint Eastwood), tiene una merecida estatua en la Rotonda del Capitolio en Washington.

MERNISSI Y LOS *YENÚN*

Fátima Mernissi era una gran intelectual y una de las más potentes feministas marroquíes, probablemente como rebelión ante una infancia en el harén que su padre, un aristócrata adinerado, mantenía en el palacio familiar de Fez, y que ella relata en un fascinante libro de memorias que se titula precisamente *Sueños en el umbral: memorias de una niña del harén*.

Ser mujer independiente, provocadora y muy inteligente no es tarea fácil en ningún sitio aún hoy, pero lo es menos en un mundo tan machista como el de Marruecos, donde incluso las mujeres de clase alta y mayor educación no hablan en las reuniones sociales si no se les pregunta, y las de clases más bajas se limitan a servir la cena sin participar en ella. He llegado a ver manos sin rostro que sacan los manjares desde detrás de una cortina que permanece corrida mientras los hombres comen y charlan.

La traté bastante durante el tiempo que yo fui embajador en Marruecos, pues su conversación siempre era interesante y solía aportar puntos de vista diferentes y originales a los temas en discusión, sin arredrarse ni poco ni mucho por la presencia de varones. Naturalmente esto resultaba incómodo cuando no claramente insufrible para muchos hombres, cosa que a ella la animaba a ser aún más provocadora. Y podía serlo mucho cuando se lo proponía. El propio régimen se limitaba a tolerarla, porque no podía hacer otra cosa, y no mostraba por ella la menor simpatía. Más de un comensal se excusó de una cena en mi casa al saber que Fátima Mernissi también estaba invitada. Ellos se lo perdieron, porque nunca más volví a invitarlos.

En cierta ocasión fue Fátima la que nos invitó a mi mujer y a mí junto con otras dos parejas a visitar las ruinas romanas de Vólubilis, que son una maravilla en el corazón de Marruecos, igual que lo son las de Gerasa en

Jordania, o las de Leptis Magna en Libia. Es impresionante el paso atrás que dio la humanidad con la caída del Imperio romano tras las acometidas bárbaras, algo que debería hacer reflexionar a tanto hegeliano de salón como anda por ahí suelto con una fe ciega en el irreversible progreso de la especie humana. Yo ya había visitado Volubilis en varias ocasiones, pero no resistí la tentación de volver a hacerlo con ella, y no me equivoqué. Las historias que contaba, las memorias que suscitaba, las analogías que sugería, la erudición de que hacía gala y la fantasía irreverente con que rodeaba cuanto decía convertían en un privilegio visitar las ruinas en su compañía... La experiencia me recordaba una visita a la Judería de Córdoba, que tuve la fortuna de hacer años antes con Antonio Gala. Un auténtico lujo.

Todo fue bien hasta que vino a buscarme el conductor de mi coche para advertirme de forma perentoria que anocheecía y que no podía seguir allí ni un minuto más. Heddi, mi conductor, era un bereber y, como tal, creía con firmeza las historias que circulan en Marruecos sobre los *yenún*, los pequeños genios o diablillos que pueblan el universo mental bereber, que anteceden a la islamización y cuyo único objetivo es hacer el mal y complicar la vida a los humanos provocándoles enfermedades, esterilidad, caídas, malas cosechas, infidelidades e incluso la muerte. Una delicia. Suelen ser invisibles, aunque no siempre, y habitan preferentemente en grutas, oquedades, ríos y fuentes, o en árboles y bosques. Les encantan también las ruinas y casas abandonadas, y su momento preferido del día es el atardecer y la noche. Sus formas, cuando se les ve, son también muy diferentes, y sus nombres (pues los principales los tienen) inspiran terror, hasta tal punto que los bereberes se abstienen de nombrarlos para no atraer la mala suerte y se limitan a referirse a ellos como «esos otros». El más temible de todos adopta la forma de una bella mujer capaz de seducir a cualquier hombre para labrar su infortunio. Afortunadamente es posible reconocerlo porque debajo del *haik* (especie de túnica que visten las campesinas) le asoman unos ¡pies de camello!

Heddi temía, con buen criterio, que nos ocurriera algo a aquel grupo de locos que tenía el poco seso de pasear dirigido por una mujer parlanchina entre ruinas después de la puesta de sol, y por eso insistió de forma apremiante en que saliéramos de allí de forma inmediata. Su obstinación llegó a ser molesta y así se lo hice notar, sin que por ello cambiara de actitud. En el

grupo nos reímos con condescendencia ante esta manifestación de lo que nos parecía una superstición más propia de gentes ignorantes, aunque teniendo buen cuidado de no ofenderlo, pues sabía que, como dice Montesquieu, «nada agravia tanto a los hombres como ir contra sus creencias y sus costumbres». De modo que mi mujer y yo acabamos accediendo a sus presiones y nos despedimos de los demás no tanto por miedo a los *yenún* como porque esa noche debíamos asistir a una boda «de campanillas» en Fez, y aunque los horarios en Marruecos tienen una elasticidad sorprendente, no queríamos tampoco llegar los últimos y aún teníamos bastantes kilómetros por delante.

Al día siguiente me telefoneó Fátima para decirme entre apenada, incrédula y divertida que, nada más irnos, un francés que formaba parte de nuestro grupo se había caído en una zanja que no vio con la oscuridad y se había roto una pierna. De esa forma, la visita a Volubilis terminó mal, con todo el resto del grupo camino del hospital más cercano para enyesar al herido. Cuando se lo comenté a Heddi, movió la cabeza y musitó algo como: «No se cayó, los *yenún* tiraron de él hacia la zanja». Y no hubo forma de apearle de esa convicción.

Quizás tenía razón y es una temeridad pasear estúpidamente al anochecer por una ciudad abandonada por la que deambulan los *yenún*.

LA BODA POLACA

Si algo tienen en común las bodas campesinas en Polonia con las bodas marroquíes es un carácter medieval que las hace durar tres días y no escatimar en gastos, al estilo de las que celebró Camacho, aquel rico que al final no se casó aunque a la fiesta asistiera el mismo don Quijote.

Pero hay una diferencia muy grande entre Polonia y Marruecos, y es que mientras en la primera se consume vodka en cantidades inimaginables, los marroquíes se atiborran de té con dátiles y a veces incluso sazonan con hachís sus pastelillos, sobre todo en la zona del Rif, mientras que el alcohol solo circula de tapadillo, cuando lo hace... que es casi siempre. No es lo mismo, pero de alguna forma hay que darle alegría al cuerpo.

Un bonito día de primavera avanzada, entre bosques frondosos de fresnos y olmos y verdes praderas tachonadas de florecillas multicolores, salí de Varsovia con mi amiga María del Carmen *Kangue* Uriarte a bordo de mi Triumph Spitfire, un coche que le había comprado a un colega británico, Colin Budd, cuando dejó Polonia. Era un automóvil de segunda mano, muy baqueteado por el clima y las malas carreteras polacas, en cuyos baches me dejaba el tubo de escape una y otra vez, pues era muy bajo de chasis. Pero era también el único coche deportivo que había en todo el país y la gente se arremolinaba para verlo allí donde me detenía. Confieso que ligué mucho aquellos años y creo que el coche tuvo bastante que ver, y aunque mi ego sufre al pensarlo, me consuelo con un ¡que me quiten lo *bailao*! Aun así, debo reconocer que era el auto menos apropiado para el clima polaco, pues la lona de su capota no protegía del frío pelón de aquellas latitudes, donde en invierno hemos llegado a estar a 23 grados bajo cero; tenía alguna gotera que otra, y entre los dos asientos creció un champiñón de regular tamaño que yo cuidaba

con esmero y que todas mis amistades conocían. Cosas de juventud. Cuando en invierno iba a cenar a casa de algún amigo, tenía que salir a la calle cada hora, más o menos, para poner el coche en marcha un par de minutos y evitar que el agua del motor se congelara, algo que hacían también los demás, con lo que a veces terminábamos haciendo absurdas tertulias entre la nieve y el frío y tapados hasta las orejas. Todos llevábamos un mechero para calentar la llave a fin de que hiciera girar la cerradura congelada, y un mango de escoba para desatascar de nieve el tubo de escape. El invierno era muy duro y conducir sobre hielo, todo un arte que se acababa dominando... hasta que un día resbalabas suavemente sobre el suelo helado y chocabas con algo —que en mi caso fue el reborde de un estanque, también congelado, en el centro de una plaza—. Menos mal que iba muy despacio. Y mientras te deslizas y ves que te la vas a pegar sin remedio, la sensación de impotencia es total y muy frustrante. Hacía tanto frío que la carne se dejaba en el alféizar de la ventana y así no ocupaba espacio en la nevera. Se quedaba como una piedra.

Pero aquel día no hacía frío sino una deliciosa temperatura que nos permitía a Kangue y a mí circular sin rumbo fijo, despacio y sin capota para disfrutar la tarde. A unos 50 o 60 kilómetros de Varsovia vimos un altozano coronado por una pequeña ermita que rodeaban media docena de carros uncidos por enormes bueyes y engalanados con guirnaldas de flores. Hace trescientos años podría haberse visto una imagen igual en aquel lugar; era como si el tiempo se hubiera detenido para nosotros. El caso es que llamó nuestra atención y nos aproximamos a la ermita.

Al entrar me quedé boquiabierto porque terminaba la ceremonia religiosa de una boda campesina, mientras un par de jóvenes fornidos jalaban de una sogá que subía hasta la bóveda, donde pasaba por una argolla y sujetaba la estatua de un ángel de escayola de tamaño descomunal que se balanceaba a escasos centímetros de la cabeza de los contrayentes, con riesgo evidente de producir un viudo o una viuda antes de consumar el matrimonio... si a aquellos mozos se les resbalaba la cuerda. Por si fuera poco, el ángel tenía en la corona y en las alas unas bombillas multicolores que se encendían y apagaban como las de un árbol de Navidad. Me quedé tan fascinado con la escena que cuando

me quise dar cuenta estaba junto a la puerta, haciendo cola para felicitar a los recién casados con una flor que alguien había puesto en mi mano para que se la diera a la novia, según la costumbre local.

Cuando salimos (y vieron el coche), los novios insistieron en que Kangué y yo les acompañáramos como invitados a la celebración posterior. Y allí nos fuimos, con mi Triumph a ritmo de carreta mientras los bajos del automóvil rozaban con los rebordes de los surcos que las ruedas de los carros iban dejando en la tierra blanda. Pensé que iba a quedarme de nuevo sin tubo de escape, pero íbamos tan despacio y el suelo estaba tan reblandecido que, tras unos pocos kilómetros, llegamos sin mayores inconvenientes a una alquería de regular tamaño formada por tres o cuatro casas y un par de grandes graneros. Todo ello engalanado con flores y tiras de papel de colores que colgaban entre los edificios. En un espacio amplio entre las construcciones habían colocado unas enormes mesas corridas en cuya presidencia nos sentaron a Kangué y a mí, en un lugar muy destacado junto a los novios. Todo esto a base de gritos y gestos, pues aquello sucedía al poco tiempo de llegar yo a Polonia, y apenas sabía decir cuatro palabras en polaco (ya había empezado a tomar clases); allí nadie hablaba ningún otro idioma, aunque admito que el poco ruso que había aprendido en la Escuela Diplomática me ayudaba por la similitud de algunas palabras en ambas lenguas. Y además Kangué, que llevaba más tiempo en el país, se manejaba con bastante soltura en la lengua de Chopin.

Sentarnos y empezar a salir de los graneros cantidades ingentes de comida y de bebida (vodka) fue todo uno, mientras una pequeña orquesta formada por un acordeón, un violín y un tambor se ponía a tocar con el mayor entusiasmo canciones populares que las gentes coreaban cogiéndose del brazo y balanceando los cuerpos, mientras los más animados se lanzaban a bailar. No faltaban gritos y risotadas, cada vez más altas y frecuentes a medida que corría la bebida. Hubo un momento en que los mismos músicos dejaron sus instrumentos y comenzaron a contar chistes con mucho lenguaje corporal y ruidosas risotadas de la audiencia. Por los gestos sobre dinero o narices grandes, me di cuenta de que muchos de esos chistes eran sobre judíos, y así me lo explicó el padre de la novia, que reía a mandíbula batiente, confirmando cuanto ya había intuido sobre la profundidad y popularidad del antisemitismo en ese país. A medida que la noche avanzaba, se encendieron tenues bombillas

que colgaban de cables oscilantes por la suave brisa, y algunas parejas se animaban a bailar mientras otros se iban a orinar o a vomitar sin demasiados reparos. También vi a algunos que se marchaban a dormir a uno de los graneros mientras que ciertas parejas desaparecían en sus profundidades, dejándome claro lo que iban a hacer. Todo aquello tenía un aire muy medieval y podría formar parte de un cuadro de Brueghel, que pintó escenas muy semejantes de regocijo popular quinientos años antes. Nada parecía haber cambiado, esa noche el tiempo se había detenido entre aquellos graneros.

En pleno jolgorio, alguien logró explicarme que la fiesta iba a durar tres días y que nadie podía irse hasta su fin, a lo que contesté como pude que nosotros no podíamos de ninguna forma quedarnos allí tanto tiempo e hice ademán de levantarme para irme. ¡Cómo osé hacerlo! El padre de la novia, como siguiendo un acuerdo previo, me aplastó contra el banco de madera descargando una manaza descomunal sobre mi hombro, mientras desde la esquina derecha de la mesa se levantaba un paisano que me llamaba a gritos invitándome a brindar con él. Es una gran descortesía en Polonia y en todos sitios rechazar un brindis, pues ya Séneca decía hace muchos años aquello de «dentro, como te plazca, y fuera, según su costumbre». De modo que yo elevé también mi vaso y lo descargué de un trago como requiere la fórmula ritual «*do dná*», hasta el fondo, que exige no dejar una gota en la copa que hay que devolver a la mesa con un fuerte golpe. Hecho esto intenté levantarme de nuevo para irme, y otro manotazo en mi hombro y otra invitación a beber a cargo de otro campesino. Supongo que al tercer o cuarto brindis me resigné, dejé de intentar levantarme, me ahorré los manotazos y me dediqué a beber con una sonrisa cada vez más estúpida con todos y cada uno de los hombres de aquella larga mesa, que me iban citando para levantar mi vaso con ellos por riguroso orden y con un claro objetivo en sus mentes, pues seguro que conocían el dicho popular de que «beber es una diversión cristiana, desconocida de turcos y persas».

No recuerdo más.

Al día siguiente amanecí en mi casa de Varsovia. Al parecer, Kangué logró convencerles de que a mi costa ya no se iban a divertir más; me recogió cuando dormía plácidamente sobre mi plato y con ayuda de aquellas gentes me

metió en el coche, que ella condujo de vuelta a Varsovia y luego me dejó sobre la cama. No sé cómo me subió hasta el dormitorio porque yo no recuerdo absolutamente nada. ¡Bendita Kangué! Y bendito vodka, que no deja resaca.

MOMENTOS MÁGICOS

Todos vivimos momentos mágicos, normalmente en circunstancias insospechadas, cuando menos lo esperamos; lo que pasa es que estamos tan ocupados con otras cosas que no sabemos verlos. Es una lástima.

Llamo momentos mágicos a esos instantes, a veces muy breves y muy sencillos, en los que el mundo y el tiempo parecen detenerse, y uno se siente en armonía con el cosmos, en comunión perfecta con el entorno. Como dice el poema de Claudio Rodríguez:

Dichoso el que un buen día sale humilde
y se va por la calle, como tantos
días más de su vida, y no lo espera
y, de pronto, ¿qué es esto?, mira a lo alto
y ve, pone el oído al mundo y oye,
anda, y siente subirle entre los pasos
el amor de la tierra.

Me refiero, para que me entiendan, a aquella madrugada en el puerto de Hendaya, en el País Vasco francés, muy cerca de la casa que habitó Pierre Loti, mientras el sol empezaba a calentar, las gaviotas volaban cerca de mi cabeza y pasé por delante de un horno del que salía un delicioso olor a *croissant* recién hecho... y que todavía recuerdo al evocar aquel momento. U otra mañana que había ido a dar una conferencia en la Universidad de Salamanca —el lugar donde fray Luis de León acuñó la famosa frase «como decíamos ayer» y Unamuno se enfrentó con Millán-Astray que gritaba aquella estupidez de «viva la muerte»— y me había levantado muy temprano para dar una vuelta, callejear y ver algunas de las maravillas que ofrece esa ciudad porque luego no iba a tener tiempo, y pasé por delante de la preciosa fachada

de las Escuelas Menores mientras un jardinero regaba la calle solitaria y silenciosa, y la piedra tomaba un color dorado. En ambos casos tuve la impresión de que el tiempo se detenía en un instante de infinito sosiego y también yo lo hice para no perturbarlo, deseando que se prolongara lo más posible.

Porque la sensación cuando se está «dentro» de uno de esos momentos es de paz perfecta, nada que ver con el arrebató místico que Bernini puso en la cara de la santa Teresa y que se exhibe en la iglesia romana de Santa Maria della Vittoria y que, más que éxtasis, sugiere la relajación posterior a una explosión casi orgásmica. En esos momentos uno desearía detener el tiempo, como me ocurrió también en Santillana del Mar durante una reunión informal de ministros de Asuntos Exteriores de la Unión Europea, de esas que se conocen informalmente como Gymnich en recuerdo del castillo alemán donde se celebró la primera. Parte del programa fue la visita de los quince ministros (entonces la Comunidad Europea solo tenía quince miembros) a la cueva de Altamira, y yo aproveché para entrar con ellos... y no salir cuando ellos lo hicieron. Me quedé dentro a solas y en secreto durante un buen rato, que aproveché para mirar sin prisas ni apreturas aquellas maravillas pintadas en la roca hace miles de años (la cueva fue ocupada desde hace 35.000 años hasta hace 13.000) y entonces, en aquel silencio oscuro, sentí con mucha fuerza que los que allí se refugiaron para hacer ritos mágicos de caza eran mis antepasados, unos ancestros que daban sus primeros pasos en el ámbito misterioso del pensamiento abstracto mientras invocaban el auxilio de fuerzas desconocidas para sobrevivir en un mundo lleno de peligros. De allí venía yo, ellos eran mis antepasados. Y al sentirlo, un escalofrío como nunca he sentido me recorrió el cuerpo, se me llenaron los ojos de lágrimas, me senté en el suelo y hubiera deseado no salir de aquella oquedad tan protectora como el vientre materno.

Otro de esos momentos lo viví en Masái Mara, en Kenia, durante un safari fotográfico. Me habían levantado a las cuatro de la mañana y, con un sueño terrible, alguien me puso en la mano una taza de metal llena de café americano caliente y humeante, antes de empujarme materialmente dentro de un todoterreno que arrancó acto seguido. Nos detuvimos a bastantes kilómetros de distancia, todavía de noche oscura, en mitad de lo que se adivinaba como

un ancho valle tachonado de manchas aún más oscuras y rodeado de montañas. Silencio total. Poco a poco las sombras se fueron deshaciendo mientras tonos azules y rosados, muy suaves, aparecían tras las colinas de mi izquierda. Entonces aquellas manchas del valle comenzaron a desperezarse y a moverse lentamente. Solo se oía el rumor apagado de una ligera brisa y el ruido pausado que hacían las trompas al arrancar manojos de hierba. Hubiera deseado parar aquel momento y convertirlo en eterno. Igual que hubiera deseado hacer más duradero aquel amanecer, años más tarde, en que vi salir el sol desde un globo que se deslizaba silencioso sobre la llanura de Serengeti mientras miles de ñus en su emigración anual proyectaban sobre el suelo alargadas sombras que se entreveraban con las de algunas cebras, menos numerosas. El amanecer, el silencio solo perturbado por el rumor de la brisa suave que nos empujaba, los rayos de sol anaranjados y todavía muy tenues a esa hora, las manadas a nuestros pies y las nubes de polvo que levantaba su peregrinación... me parecía estar presenciando una estampa que no había cambiado en millares de años, en los albores de un mundo todavía no hollado por los humanos, en una sensación de refrescante virginidad que se repetiría también en el cráter de Ngorongoro... Digo que me gustaría eternizar esos momentos, aunque también reconozco que su propia brevedad les añade el atractivo de lo efímero, de lo que es evanescente y hay que disfrutar antes de que desaparezca para siempre y regrese la vulgaridad de lo cotidiano.

No quiero dejarme en el tintero el último momento mágico que he vivido hasta la fecha y que se produjo una noche primaveral cuando residía en Estados Unidos. Se trató de una invasión de luciérnagas como no he visto otra en mi vida, con millones de ellas, algo que según la prensa local no se había producido desde hacía cien años. La residencia del embajador en Foxhall Road tiene en su parte trasera un amplio jardín con árboles de gran tamaño que por la noche se cubrían literalmente de pequeñas lucecillas que se encendían y apagaban siguiendo misteriosos códigos y creando en derredor un ambiente irreal y fantástico, como de cuento de hadas. Las luciérnagas son en realidad una especie de pequeños escarabajos alados con órganos lumínicos bajo el abdomen por medio de los cuales emiten una luz intermitente que les sirve para atraer a la pareja, espantar a posibles depredadores o advertir de peligros. Al parecer, las señales que emiten varían en función del mensaje, que

imagino sexi para las hembras y agresivo para los enemigos. Todos hemos visto alguna luciérnaga y nos hemos maravillado con sus destellos, pero cuando son literalmente millones los animales que pueblan el césped y se encaraman hasta las ramas más altas de los árboles, la noche entera se convierte en mágica. Cuando mi mujer, portuguesa, me avisó de lo que ocurría, me dijo que el jardín estaba lleno de *pirilampos*. Al principio no la entendía y cuando lo hice me pareció tan exótico que no le enseñé el nombre castellano de luciérnaga, también muy sonoro, y ella, que habla estupendamente nuestro idioma, siguió refiriéndose a ellos como *pirilampos* hasta que alguien la corrigió después de mucho tiempo. Quería matarme.

La plaga de luciérnagas duró casi un mes, y cada noche se repetía la magia en mi jardín. Actualmente estoy a la espera del próximo momento mágico, que seguro que llegará sin previo aviso. Basta tener los ojos abiertos y la sensibilidad alerta porque, como decía George Sand, «el espíritu busca, pero es el corazón el que encuentra».

LAS MIL Y UNA NOCHES

En la vida de un diplomático se entra en contacto con costumbres muy diferentes y con gentes muy variadas. Eso me ha dado oportunidad de conocer a monarcas de otras latitudes con culturas diversas y a entrar en palacios y fiestas que parecen salir del fondo de los tiempos.

Cuando era embajador en Marruecos acompañé a Madrid al ministro marroquí de Asuntos Exteriores, Mohamed Benaissa, que acababa de ser nombrado para ese cargo tras dejar la embajada de su país en Estados Unidos. Era una visita importante porque, como he contado, estábamos en plena discusión para renovar el acuerdo de pesca entre la Unión Europea y Marruecos, que vencía en noviembre de 1999, y los marroquíes no estaban por la labor. También Telefónica licitaba por el segundo canal de telefonía móvil de Marruecos, en competencia con France Télécom.

Durante esa visita, el rey don Juan Carlos recibió al ministro marroquí en la Zarzuela y también yo asistí al encuentro. Al terminar, el rey me pidió que me quedara y, tras exigirme secreto absoluto, me preguntó mi opinión sobre una idea que me dijo que se le acababa de ocurrir: ¿qué le parecía al embajador de España si él se presentaba por sorpresa en Rabat un par de meses más tarde, cuando el rey Hasán celebrara su setenta cumpleaños? Lo primero que pensé fue que el rey tenía un gran olfato. Pero eso no se lo dije y le contesté textualmente que me parecía una gran idea, que sería un pelotazo, que el marroquí se derretiría con un gesto que halagaría su vanidad y que sin duda crearía mejor ambiente para la negociación de pesca y la licitación de Telefónica, que eran los dos asuntos que me traían entonces de cabeza.

Tras regresar a Marruecos, y como don Juan Carlos me había pedido secreto absoluto, no podía comentarle a nadie en Rabat que el rey venía al cumpleaños de Hasán II, al mismo tiempo que no paraban de llegarme faxes a la embajada pidiendo permisos de sobrevuelo para su avión, así como solicitudes de autorización para que sus escoltas pudieran portar armas en territorio marroquí. La típica falta de coordinación entre la Zarzuela y Exteriores. Aquello acabó siendo un secreto a voces, conmigo en el ingrato y absurdo papel de negar la evidencia mientras pude.

Cuando llegó el momento, el gesto de don Juan Carlos produjo en Marruecos el efecto que deseaba. Incluso más. Estaban entusiasmados, y me lo hicieron saber de mil maneras. La recepción a nuestros monarcas fue digna de *Las mil y una noches*, con besos y abrazos y revista junto al Gobierno y al Cuerpo Diplomático convocados para la ocasión. No faltaron tampoco paseos de ambos reyes cogidos de la mano, a la marroquí, y a este propósito recuerdo que en otra ocasión en que llegaba de visita a Rabat el presidente Aznar, el primer ministro Yusufi me cogió de la mano —en realidad su dedo meñique derecho enganchó el mío izquierdo—, y así juntos avanzamos por la alfombra roja que se extendía sobre la pista hasta la misma portezuela del *Mystère* de nuestra Fuerza Aérea, donde el jolgorio de la delegación al verme corrido y de esa guisa era considerable. Tuve que aguantar muchas bromas, incluso alguna del normalmente adusto Aznar. Es lo que ocurre a veces con algunas diferencias culturales.

La visita de los Reyes me hizo vivir como embajador en Rabat un momento que podría haber pasado en la corte del mismo Harún al-Rashid, en la Bagdad del califato abasí. La visita comenzó con un sobresalto cuando Air France extravió la maleta de la reina, que llegaba por su cuenta desde Londres, vía París, donde había asistido a una celebración familiar. ¡Drama, porque al perder la maleta no tenía vestido para ponerse en la cena de gala de esa noche! Cuando Hasán se enteró, le hizo llegar un precioso caftán tras preguntarme a mí, como embajador, de qué color lo quería. Confieso que los embajadores sabemos muchas cosas, pero ahí me pillaron, y como no quise meter la pata, hice que mi mujer le preguntara directamente a ella, y así

supimos que a doña Sofía le gustaba el color tabaco. Poco después llegaba a su residencia el vestido junto con una señora encargada de enseñarle cómo llevarlo, ya que al parecer el caftán tiene sus trucos.

Resuelto este grave problema, llegamos al *mechuar* del palacio real de Rabat cuando acababa de anochecer. Al rey lo acompañaba su amigo Simeón de Bulgaria, ambos de esmoquin, igual que vestíamos Paco Fernández Fábregas, que era el jefe de Protocolo de la Zarzuela, y yo mismo. También venía con nosotros un ayudante militar de uniforme. Pilar, mi mujer, muy elegante con un traje largo negro, acompañaba a la reina, que vestía su precioso caftán. Tras pasado el portón de entrada del palacio con sus guardias de pintorescos uniformes hay un enorme patio rectangular, del tamaño aproximado de un campo de fútbol o mayor. La mitad de la izquierda estaba en sombras y la mitad de la derecha estaba iluminada y ocupada por infinidad de toldos, blancos como velas, bajo los que se agrupaban varios centenares de mujeres vestidas con caftanes de mil colores cuyas lentejuelas brillaban bajo los focos. Solo había mujeres, porque ese día Hasán, que no esperaba la sorpresa de la llegada de los soberanos españoles, ofrecía una cena a las esposas de los notables del reino. Pero sin maridos, que ya nos parece raro, solo a ellas, que se levantaron al llegar nuestros reyes y se pusieron todas a aplaudir y a gritar con ese típico ulular marroquí «ayayayayayay» de bienvenida que hacen moviendo la lengua. Nos quedamos paralizados. Mientras, se oía con dificultad la música que interpretaba una orquesta occidental. Había otra de músicos andalusíes que se turnaba con ella pero que en aquel momento descansaba. Entonces el rey Hasán emergió de entre aquella multitud de mujeres coloristas y bulliciosas, se acercó y tomó del brazo al rey para llevarle a él y al rey Simeón a unas dependencias de palacio, mientras su esposa principal, Madame la Mère des Princes, como era conocida en Marruecos, donde nunca se dejaba ver, se acercaba a la reina. Yo la vi por vez primera aquella noche, una bereber de tez oscura, delgada y atractiva, en la cincuentena, y era luego, cuando lo contaba, la envidia de mis colegas que ni siquiera imaginaban qué aspecto tenía. Ella tomó a la reina de la mano, se la llevó a la zona iluminada del patio y la sentó en su mesa junto con mi mujer y

las tres hijas del rey Hasán, las princesas Meriem, Hasna y Asma. Me contaba Pilita que fue una cena muy entretenida, pues al parecer las princesas no tenían pelos en la lengua y aquella noche estuvieron desatadas.

Por su parte, los dos reyes se encerraron y cenaron a solas (con la sola compañía de Simeón), algo que a los embajadores no nos gusta nada porque no nos enteramos de lo que han tratado, ya que, aunque siempre te cuentan algo al salir, es mucho lo que se guardan u olvidan. Para consolarnos, los tres del séquito comíamos caviar Malossol a cucharadas de un descomunal tazón dispuesto sobre nuestra mesa, situada en un corredor del palacio junto a la puerta del salón donde estaban reunidos los reyes, que vigilaban guardias con vistosos uniformes. Nunca he visto tal cantidad de caviar. Paco Fernández Fábregas dijo que no se iba a perder esta oportunidad única y lo tomó de primer plato, de segundo y de postre. No recuerdo que le sentara mal. Cuando regresé a casa aquella noche me parecía haber regresado directamente del siglo IX, de la época de Harún al-Rashid.

Y a pesar de ello, fue una cena que sirvió para avanzar los intereses de España en el siglo XX, pues Othman Benjelloun, poderoso empresario local, me confió días después que la visita real y el haber superado «la cifra psicológica» de los mil millones de dólares eran los dos elementos que habían jugado en último término a favor de Telefónica en la concesión del segundo canal marroquí de telefonía móvil. Y eso pese a que las presiones francesas habían sido también muy fuertes en favor de France Télécom. Yo tuve en las manos el cheque por 10.000 millones de dirhams (algo más de mil millones de dólares) que me dejó tener un rato el ministro de Finanzas, Fathallah Oualalou, cuando le dije que nunca más en mi vida volvería a ver ni de cerca ni de lejos tanta cantidad de dinero. Me pasaba como con el caviar, y no mentía.

En un viaje a Amán me invitó a cenar Abdullah Toukan, asesor del rey Husein de Jordania para asuntos de Tecnología, un hombre de mi edad, egresado del Massachusetts Institute of Technology (MIT) de Boston, casado como el propio Husein con una norteamericana muy guapa, y que vivía en una villa dentro del recinto del Palacio Real, custodiado por soldados circasianos, muchos de ellos altos y rubios, muy diferentes de los ciudadanos beduinos que uno veía por la calle en Amán. El muro del palacio separaba dos mundos muy diferentes. Su casa era un chalet de arquitectura muy moderna, con cuadros

abstractos y la última música norteamericana. Los invitados eran otros altos funcionarios de palacio y sus mujeres, también norteamericanas todas ellas. Las malas lenguas locales decían que Husein las «invitaba» y luego las casaba con sus cortesanos... pero sin duda eran habladurías. Allí coincidí con una hermana del rey Husein que me cogió por banda, no me dejaba escapar y solo me hablaba de caballos, una conversación en la que reconozco que mis recursos son limitados. Aquella cena no tenía nada que ver con Oriente Medio, pues parecía más propia de los Hamptons neoyorquinos, y al salir y cruzar el muro exterior del recinto del palacio para regresar a mi hotel en el Amán sucio y bullicioso de la gente corriente, tan diferente de lo que acababa de vivir aquella noche, pensé que aquello no podía durar y que un día esas gentes asaltarían el palacio y les cortarían a todos la cabeza como habían hecho con el rey Faysal en Irak durante la revolución de 1956. Me equivoqué, y no lo lamento.

Pero para cenas, la que ofreció el sultán Qabus de Omán a los reyes don Juan Carlos y doña Sofía cuando visitaron oficialmente Mascate en diciembre de 1985. Tuvo lugar en un precioso palacio que ocupa el centro de la bahía donde se ubica la ciudad, con las espaldas resguardadas por farallones de piedra volcánica negra que de día reflejan con tremenda crueldad el poderoso sol de aquellas latitudes. Porque Mascate está situada en la pared interior de lo que queda de un cráter volcánico que ha perdido un lado, por donde penetran las aguas azules del océano Índico. Los omaníes siempre fueron navegantes audaces, y su imperio marítimo se extendía hacia la India por oriente y hasta Zanzíbar por occidente. Cuando los portugueses de Vasco de Gama llegaron a aquellas aguas a finales del siglo XV se enfrentaron con ellos y acabaron construyendo una bonita fortaleza que hoy señorea una de las puntas de la bahía de Mascate.

Yo había conocido al sultán Qabus bin Said al Said apenas un mes antes, cuando acompañé a un príncipe de Asturias muy jovencito a las ceremonias del XV aniversario de su ascenso al trono, algo que consiguió por el expeditivo procedimiento de dar un golpe de Estado contra su padre, el sultán Said bin Taimur, y mandarle a vivir a Londres, que es lo que de verdad le gustaba, porque como sultán debía de ser un desastre. Cuando Qabus le quitó el trono en 1970, solo había una escuela en el país, y las niñas no tenían

acceso a ella. Dicen por allí que su padre era tan tacaño que para no gastar gasolina hacía que su Rolls Royce, regalo del rey de Inglaterra, lo arrastraran sus servidores por las callejas de la ciudad tirando de gruesas sogas. No me lo invento, pues he visto fotos, aunque ahora tengo dudas sobre si era un Rolls o un Bentley. De lo que no tengo duda es de que lo arrastraban. En ese viaje nos escapamos algunos, todavía de noche cerrada, para ver una carrera de camellos en el desierto, en mitad de ningún sitio, a un par de horas de coche de la ciudad. Fue un espectáculo surgido de la noche de los tiempos, pues la competición se celebraba al despuntar el sol, los animales los montaban chiquillos de doce años equipados con una larga vara, y en derredor de los corredores se apiñaba una multitud vociferante de aldeanos que apostaban agitando en la mano fajos de billetes sucios y arrugados. Salvo por la efigie de los billetes, pienso que nada debía de haber cambiado en los últimos mil años, por lo menos. En aquella ocasión el príncipe se quedó muy fastidiado porque el ayudante militar que le acompañaba, el coronel Alcina, no le permitió venir con nosotros.

Qabus era un monarca absoluto que aglutinaba en su persona los cargos de primer ministro y ministro de Exteriores, de Defensa y de Finanzas. Pero era también un hombre inteligente y un modernizador que ha cambiado las condiciones de vida de sus súbditos. Es también inmensamente rico gracias al petróleo y eso se nota en la elegancia de sus atuendos, en la riqueza del palacio en el que vive y en extravagancias como que el sexto piso del hotel Al Bustan, reservado a jefes del Estado visitantes y donde se alojó la delegación española, tuviera la grifería de oro. También los picaportes. Con estos antecedentes, cabe imaginar cómo fue la cena que ofreció a nuestros reyes, servida por un ejército de jóvenes efebos vestidos con túnicas azules y bandas y turbantes dorados.

Y para casa espectacular, la que tiene el sultán de Brunei en su capital de Bandar Seri Begawan, en la costa norte de Borneo junto a Sarawak (que recuerda a las aventuras de Sandokán). Dicen que Muda Hassanal Bolkiah, que así se llama, es el segundo jefe de Estado más rico del planeta como monarca absoluto (no hay elecciones desde 1962) de un pequeño país que es a la vez el tercer mayor productor de petróleo de Asia y el cuarto exportador de gas licuado del mundo. Chorrea dinero, y *Forbes* le calcula una fortuna

personal valorada en 13.600 millones de dólares, aunque hoy ya no encabeza su lista de millonarios como hacía en los años ochenta. Visitó la Expo de Sevilla en 1992 y se trajo la cama a España. Me contaron entonces que uno de sus servidores tenía la única misión de tener siempre preparado un huevo pasado por agua (tres minutos) para cuando el sultán lo pidiera. Al parecer es un antojo permanente. Yo no sé cuántos huevos se deben de tirar al día a la basura pero se puede hacer el cálculo. Se dice que tiene una enorme colección de coches de los cuales uno está cubierto de diamantes; a pesar o por causa de todo eso, Brunei ocupa el noveno lugar en la lista de los países más felices del mundo bajo un monarca que allí no llaman absoluto sino «tradicional, autoritario y benevolente». En octubre de 2017, el sultán Bolkiah ha celebrado el cincuentenario de su llegada al trono con unos festejos en los que parece haber «tirado la casa por la ventana», pues han durado un mes, y cuyo número fuerte fue su llegada al palacio montado en una carroza tirada por cincuenta cortesanos vestidos de gala. Esto de que le lleven a uno en volandas sus súbditos parece ser una moda entre estos sátrapas orientales.

En Bandar Seri Begawan asistí a una reunión entre la Unión Europea y los países de la Asociación de Naciones del Sudeste Asiático (ASEAN). En el aeropuerto, el policía que me selló el pasaporte se sabía de memoria la alineación del Real Madrid, aunque hubiera que poner muy buena voluntad para descifrar algunos de los nombres que me repetía con entusiasmo. La delegación europea la presidía Manolo Marín, que era vicepresidente de la Comisión, y la reunión salió bien, con excepción de la irritación generalizada por las pruebas nucleares que entonces hacía Francia en el océano Pacífico y que tenían de muy mal humor a todos los países de la zona, como es lógico. A la delegación europea le tocó entonces defender lo indefendible por solidaridad comunitaria, aunque no estuviéramos para nada de acuerdo con lo que hacían los franceses, que nos quedaron muy agradecidos. Tampoco nos tomamos en serio, y en consecuencia no supimos preparar bien la sesión de karaoke, algo a lo que en Asia le dan mucha importancia y que acabó siendo el punto fuerte de la cena que coronó el encuentro. Allí los europeos hicimos el ridículo más espantoso desafinando el *Himno de la Alegría* ante los conjuntos bien ensayados y melódicos de los funcionarios que integraban las

delegaciones de países de ASEAN, los cuales se habían tomado el asunto con mucha seriedad y no ocultaron su desagrado con el poco respeto que mostramos a sus costumbres.

El palacio del sultán Bolkiah es un monumental edificio con cúpulas doradas de unos 200.000 metros cuadrados que tiene casi 1.800 habitaciones y ocupa la mitad de la ciudad, estando la otra mitad —el barrio antiguo conocido como Kampong Ayer— construida sobre pintorescos palafitos que se adentran en la bahía. El palacio es tan grande que oí decir que lo gestionaba una cadena hotelera norteamericana. En la entrada hay un gran estanque que tiene en su centro un barco de mármol sobre el que hay lo que me parecieron unas pagodas. Todo muy *kitsch* pero que en aquel entorno da el pego. Muy aficionado a jugar al polo, el sultán tiene una cuadra extraordinaria (los establos disfrutan de aire acondicionado, al igual que los que había visto en Omán) e invita a los mejores equipos del mundo a Bandar Seri Begawan. Al parecer les paga tales cantidades que ninguno se niega. Su jefe de protocolo era un español simpático, cuyo nombre he olvidado y que había recalado en Brunei tras una vida aventurera por medio mundo. Fue él quien me contó que el equipo de polo argentino, posiblemente el mejor del mundo, acababa de pasar unas semanas en Brunei. El sultán se ha casado y separado varias veces, pero cuando yo estuve por allí, su fotografía aparecía por doquier flanqueado por las fotos de sus dos esposas, casi idénticas salvo en la edad, con largas melenas negras y rizadas, de estilo agitanado. Lo peor es que en Brunei, país musulmán estricto en medio de tanta extravagancia, no se puede tomar una copa porque está prohibida la venta de alcohol, ni hacer casi nada porque simplemente no hay donde ir... salvo acudir a Kuala Lurah, en Malasia, a una media hora de coche, que es donde van los locales sedientos. ¡Menos mal que mi compañero Javier Conde, previsor y muy viajado, había metido unas botellas de vino en su maleta!

Donde no faltaban, en cambio, las bebidas fue en una fiesta a la que me invitó el príncipe Moulay Rachid de Marruecos, a la que también asistía el rey Mohamed. Era con ocasión del final del Trofeo Hasán II de golf, que se celebra todos los años con participación de los mejores jugadores del mundo. Normalmente no invitaban a los embajadores pero —no sé por qué— un año recibí una invitación para asistir. Todo el jardín había sido convertido en un

decorado del lejano oeste digno de Hollywood. Me contaron que otro año se imitó el ambiente de Halloween con fantasmas y brujas... Nunca he visto a tantas mujeres guapas juntas, tanta «etiqueta negra», tanto caviar... y tantas otras cosas. Todo tras los altos muros que separaban esa casa del resto del país, que es un mundo completamente diferente, aunque ese otro mundo no es tonto e intuye muchas cosas. Que nadie piense que lo están engañando.

FÚTBOL Y CRÍQUET

En enero de 1988 se presentó en Madrid Yoweri Museveni, presidente de Uganda, a quien nadie tenía el menor interés en ver, ni el rey, ni Felipe González, ni el ministro Fernández Ordóñez. Me tuve que encargar yo de él, que para eso era director general de África y Oriente Medio. Era algo que me ocurría con frecuencia con mis «clientes africanos», que nadie quería recibir cuando llegaban a España y que yo había aprendido a manejar bastante bien. Y como Museveni llegó en domingo, le propuse al ministro que le pidiera a su amigo Ramón Mendoza, que era entonces presidente del Real Madrid, una invitación para el palco. Jugaban los dos primeros equipos de Liga en aquel momento, Real Madrid y Real Sociedad, y prometía ser un buen partido. Además llenaba un poco un programa del visitante que estaba muy vacío, y el palco del Real Madrid me permitiría presentarle a algunas personalidades relevantes de la vida política española, pues ya se sabe que ese palco es uno de los centros de poder del país. Sucedió como yo esperaba, y eso nos permitió paliar en cierta medida la escasez de otros encuentros en España. Aquel día refrescaba bastante, y aunque en el palco se estaba bien, Museveni no venía vestido de invierno sino con un traje ligero de algodón y se le notaba que pasaba frío. Pero no se quejó. Tampoco el fútbol le interesaba en lo más mínimo. Lo único que le impresionó fue el estadio Santiago Bernabéu y, sobre todo, no podía creer que fuera propiedad de los socios y no del Estado. Me lo preguntó tres veces y no debía de convencerle mi respuesta porque volvía sobre el tema diciendo: «Propiedad privada... en mi país esto no sería posible». Ganó el Madrid por 1-0 con gol de Butragueño, que hizo un gran partido. Pero, repito, eso a Museveni no le interesó nada.

Pero sí le interesaba el fútbol, y mucho, a Robert Ouko, ministro de Asuntos Exteriores de Kenia, que había jugado como portero en su país y al parecer lo había hecho en un buen equipo. Era un hombre muy simpático con el que me ocurrió lo mismo que con Museveni, que nadie quería recibirle, y en este caso con mayor razón, pues Ouko se había plantado en Madrid con la intención de pedirnos que perdonáramos la deuda bilateral que Kenia tenía con España, casi nada, y esto era algo a lo que no estábamos dispuestos. Esta pretensión era frecuente entre nuestros «amigos» africanos, pues recuerdo que también nos lo pidió Pascoal Mocumbi cuando era ministro de Exteriores de Mozambique, aunque en este caso era peor porque nuestro propio embajador, con una copa de más, le empujaba a hacerlo. Yo creo que lo que de verdad perseguía con tan bizarra actitud es que lo sacáramos de una vez de Maputo, y lo consiguió. Y es que los ministros en África reunían generalmente las competencias en Asuntos Exteriores y en Cooperación, de manera que te estrechaban la mano con su primer título y en cuanto te descuidabas la giraban en actitud mendicante con el segundo.

Volviendo a Ouko, una noche le había organizado una cena en un restaurante madrileño y el keniano no apareció hasta que terminó el partido Barcelona 3-Real Madrid 1, que estaba viendo por televisión en su hotel. Tan entusiasmado llegó que le organicé para el día siguiente, que era domingo, una visita al estadio Metropolitano, donde el Atlético de Madrid, ganó 2-1 al Zaragoza. Para completar la visita a España conseguí que Chencho Arias, que entonces era secretario de Estado de Cooperación Internacional, accediera a cenar con él y conmigo en otro buen restaurante madrileño con la idea de tratarle lo mejor posible y de decirle que no en lo principal, o sea, a la condonación de la deuda. Chencho es madridista acérrimo y el tema del fútbol surgió en la cena de forma espontánea, con anécdotas seguidas de uno y otro, pues ambos lo dominaban y me apabullaban con datos y fechas. Ya saben, el gol de fulanito en el año X y metido de chilena. Al día siguiente despedí a Ouko en el aeropuerto de Barajas. Se iba feliz con su deuda bilateral intacta bajo el brazo y con un vídeo con los mejores goles del Real Madrid que le regalamos. Al pobre Ouko, que era de raza lúo y muy próximo al presidente Arap Moi, lo asesinaron unos meses después en Kisumu por rivalidades políticas. Su muerte no se aclaró nunca.

Cuando tiempo después viajé a Uganda, el presidente Museveni, que aún se acordaba del estadio Santiago Bernabéu, tuvo la amabilidad de invitarme a tomar el té en su residencia oficial de Kampala, un lugar donde había vivido el gobernador británico durante la época colonial y que también había ocupado el presidente Idi Amin Dada. Este individuo era un loco sanguinario que de noche debía de tener alucinaciones porque se paseaba desnudo por el palacio disparando al tuntún. Museveni me acompañó por sus dependencias mostrándome los agujeros que habían dejado en el techo aquellas balas y que nadie se había molestado en tapar. Luego, ya en el jardín, nos sentamos bajo un árbol y tomamos un té mientras el presidente ugandés me explicaba que, en su opinión, la razón última del retraso económico del África subsahariana radicaba en la falta de animales de carga, pues eso había limitado la producción al impedir el comercio y, con él, la creación de excedentes, la especialización de la población y la creación de mercados grandes. Fue una larga perorata que yo escuché con un interés mayor que el que él había puesto en el fútbol y que no hubiera desagradado oír a Jared Diamond, autor del libro *Guns, Germs and Steel*.

Y esto me hace pensar en una cena en Mallorca con unos ingleses riquísimos, de esos que llevan en la isla muchos años sin hablar una palabra de español y que, en este caso concreto, me tienen que presentar cada año porque nunca me recuerdan... y ya llevamos varios encuentros fortuitos en casas de amigos comunes. Como buenos aristócratas del país más clasista del mundo, tienen ese toque de impertinencia que a ellos les parece tan apropiado. En una de esas cenas me tocó estar sentado junto a la anfitriona, y no se por qué le comenté que durante un tiempo envié a mis hijos a estudiar a colegios ingleses y que un día que visité a uno de ellos en Farleigh le encontré tan absorto y entusiasmado con un partido de críquet (que a mí me parece muy aburrido) que me preocupé, «porque yo quería que mis hijos aprendieran inglés, pero no que se hicieran ingleses». Entonces ella contestó condescendiente: «Claro, para un español debe de ser imposible comprender el críquet», y ese día estuve rápido porque le respondí como un rayo: «Sin duda, para entender el críquet hay que ser indio» (porque los indios son los mejores jugadores de críquet del mundo). Haciendo gala de *fair play* cerró el

tema diciendo «*well said!*» (¡bien dicho!). Y ahí quedó el asunto... hasta que nos encontremos de nuevo en casa de otro amigo común y tengan que volver a presentarnos.

MUJERES AGUERRIDAS

El tema de las armas de fuego en Estados Unidos no parece tener solución y cada poco tiempo se produce el asesinato de seres inocentes por parte de desequilibrados o de fanáticos armados con rifles como los que aparecen en las películas de Rambo y que han podido comprar sin la menor dificultad. Mientras escribo estas líneas acaba de producirse la mayor masacre hasta la fecha entre los asistentes a un concierto en Las Vegas. El asesino había reunido en su casa un auténtico arsenal de rifles que modificaba para aumentar su capacidad de tiro. En 2016 ha habido más muertos por armas de fuego en Estados Unidos (38.000) que por terrorismo en todo el mundo (25.000). En Estados Unidos mueren noventa y tres personas cada día por las balas, y se calcula que como promedio hay nueve armas por cada diez ciudadanos. Las víctimas son de todo tipo, desde niños a estudiantes, políticos, asistentes a un concierto, espectadores de una maratón u homosexuales, porque eso les da igual a los asesinos. El derecho a tener armas de fuego es algo que los americanos llevan muy a pecho y que les reconoce la Segunda Enmienda de la Constitución, sin que en esto se diferencien los demócratas de los republicanos, los del norte de los del sur y los de este de los del oeste. Ya saben que allí no pasa nada si uno mata a quien ha penetrado sin permiso en su propiedad, y por eso hay que tomarse muy en serio los carteles de «*no trespassing*» que con frecuencia adornan puertas o verjas. En algunos estados se limita el porte de armas de fuego en público, pero en otros no, y recuerdo una estación de servicio en West Virginia donde un letrero pedía a los clientes que no sacaran las armas del vehículo mientras repostaban. Eso explica lo peligrosa que puede ser en Estados Unidos una simple discusión de tráfico.

Kennedy fue asesinado con un rifle de mira telescópica y Ronald Reagan sufrió en 1981 un atentado con un revólver en la puerta del hotel Hilton de Washington. Tanto él como su jefe de prensa, Brady, resultaron heridos, y este último, confinado a una silla de ruedas como consecuencia de las heridas, inició luego una campaña para el control de la venta de armas. Sus modestos resultados se plasmaron en la ley de 1994 que lleva su nombre. Pero es una lucha imposible contra dos enemigos muy poderosos porque la convicción generalizada en Estados Unidos es que hay derecho a llevar armas, y el poderoso *lobby* que hace la Asociación Nacional del Rifle (NRA), que es uno de los grupos de poder más influyentes de Estados Unidos, respalda esta creencia.

Todo empezó cuando se autorizó el porte de armas por la desconfianza que las Trece Colonias sentían hacia un ejército federal, por la necesidad de defenderse de los indios (o por la conveniencia de matarlos), y por el mandato constitucional de tener cada estado «una milicia bien reglamentada» para hacer frente a invasiones como la inglesa de 1812. Tras la guerra de Secesión y la manumisión de los esclavos, los blancos insistieron en este derecho por el miedo que les tenían, y es entonces cuando se fundó la NRA (1871). Hoy en día, Estados Unidos tiene el ejército más poderoso del mundo, los afroamericanos y los indios (*native americans*) no representan ningún peligro, y sigue sin ponerse en duda el porte de armas por ciudadanos particulares a pesar de las frecuentes tragedias que ocasionan, como la del colegio de Sandy Hook (2012), en Connecticut, especialmente dolorosa porque en ella murieron veinte niños de seis y siete años, además de seis adultos.

Cuando era embajador en Washington, di una conferencia sobre terrorismo en un prestigioso *think tank* de la capital pocos días después de una de esas matanzas. Con mucho cuidado y afirmando respetar todas las sensibilidades, dije que en Europa nos costaba trabajo comprender que hubiera tantas armas por todo el país y que fuera tan fácil adquirirlas, no ya las de caza sino las mismas que usa Rambo en sus películas. En aquella sala había más de cien personas y podría contar con los dedos de mis manos los que me aplaudieron (sin excesivo entusiasmo) cuando lo dije.

También entonces visité por curiosidad una de esas gigantescas ferias dominicales dedicada en exclusividad a la venta de todo tipo de armas, y ya al llegar me quedé impresionado por la larguísima cola de hombres (aunque también había mujeres) frente a la puerta de entrada. Aficionado como soy a las ferias de antigüedades que se celebraban en el mismo recinto, nunca había visto nada parecido. Tenía lugar en el enorme Dulles Exhibition Centre, próximo a Washington D. C., y una vez dentro, imaginen una especie de hangar descomunal con anchos pasillos numerados en torno a los cuales se disponían centenares de mesas sobre las que se amontonaban todo tipo de rifles, escopetas, revólveres y pistolas, desde los más pequeños que compran las mujeres para llevar en el bolso hasta fusiles militares de repetición, de esos con tambores redondos capaces de disparar muchas balas de un tirón. Los precios me parecieron muy baratos, en torno a doscientos dólares un buen revólver, y por menos de mil se podía uno llevar un equipo digno de un combatiente en Irak. Me humilló un parroquiano de esos de gruesa camisa de cuadros y sombrero vaquero que me comentó por la espalda, mientras yo examinaba un revólver, que me lo recomendaba vivamente para mi mujer porque era el mismo que él había regalado a la suya, que desde entonces lo llevaba en el bolso y que estaba muy satisfecha. Pregunté al vendedor si como extranjero tenía alguna restricción que me dificultara la compra y me contestó que si tenía permiso de conducir norteamericano, como era el caso, no precisaba de ningún otro documento. En mi ingenuidad suponía que me pedirían al menos un pasaporte, un certificado de penales y otro de que estaba en mi sano juicio. Pero no, solo necesitaba el carnet de conducir para comprar una ametralladora, y así pasa luego lo que pasa. Y es que como bien ha dicho el actor Robin Williams: «la Segunda Enmienda dice que tenemos derecho a llevar armas, no a llevar artillería». Yo tiendo a estar de acuerdo.

Si uno cree que las armas las compran sobre todo gentes de sombrero y chaquetones afelpados de cuadros rojos y negros que viven en casas aisladas en el campo, se equivoca. Las armas son muy igualitarias, y tanto las compran los campesinos como los urbanitas, los ricos como los pobres, los instruidos como los ignorantes y las mujeres como los hombres. Bernie Sanders, sin ir más lejos, es partidario de que los ciudadanos puedan llevar armas. Como lo es Donald Trump y lo era también el asesinado presidente Kennedy.

En cierta ocasión, Teresa, mi mujer, fue invitada por la esposa del director de la National Gallery of Art de Washington, Rusty Powell, a un desayuno seguido de una visita privada al museo, que es una de las mejores pinacotecas del mundo. Éramos buenos amigos de los Powell pues España había hecho en su museo durante mi embajada exposiciones tan importantes como «The Art of Power», sobre armas y armaduras de la época imperial; «The sacred made real», que maridaba pintura y escultura religiosa del Barroco; una dedicada al pintor sevillano Luis Meléndez, y finalmente otra con los maravillosos tapices de Pastrana. Como se ve, fueron años de intensa presencia artística española en la capital del mundo. Al llegar al museo, mi mujer se encontró en compañía de una docena de señoras de lo más pijo de Washington, esposas de los filántropos cuyas generosas donaciones anuales mantenían la actividad del museo. Ella era la única extranjera. En su ingenuidad suponía que les enseñarían lo habitual en esos casos y que siempre resulta muy interesante: los fondos de cuadros que no se exhiben al público, el taller de restauración, quizás una visita guiada a la exposición temporal de turno... en fin, lo normal. Y por eso su sorpresa fue mayúscula cuando, después de desayunar, las llevaron al último piso de la National Gallery donde hay nada menos que una galería de tiro (!) y allí se arremangaron todas aquellas señoras y se pusieron a disparar con entusiasmo, mostrando mucha soltura y demostrando al mismo tiempo lo familiarizada que está la sociedad americana con el manejo de armas de fuego. Solo mi mujer declinó la invitación a hacerlo. A los pocos días me encontré con Rusty, que me comentó que lamentaba que mi mujer no lo hubiera apreciado, como pensando que era muy rara...

UN MINISTRO EN CENTRAL PARK

Una mañana de septiembre, al llegar muy temprano a mi despacho del Consulado General en Nueva York después de dejar a mi hija Cristina en el colegio, me encontré junto a la puerta de entrada a un hombre de color modestamente trajeado que me saludó en correcto castellano. Sin preguntarle nada y suponiendo que se trataba de alguien que iba a hacer alguna gestión, le pedí que esperara un rato, pues el Consulado no abría hasta las nueve, y él me respondió que era «el ministro». Aquello no me lo esperaba y confieso que me dejó algo descolocado. ¿Ministro? ¿Qué ministro? Las visitas de ministros eran muy frecuentes en Nueva York, a veces solo para pasear o hacer compras, pero no esperábamos a ninguno en aquellas fechas y tampoco aquel buen hombre lo parecía. Entonces me explicó que se llamaba no-sé-cómo, que era el ministro de Asuntos Exteriores de Guinea Ecuatorial y que había venido a Nueva York para asistir a la reunión anual de la Asamblea General de las Naciones Unidas.

Me dijo también que había llegado la tarde anterior en avión, que había pasado la noche sobre un banco de Central Park y que abajo, en la calle, le esperaba un colega suyo, un funcionario del ministerio, que se había quedado al cuidado de las maletas. El objeto de su visita al consulado, que estaba en la calle 58 entre Tercera Avenida y Lexington y, por tanto, bastante cerca del parque, era pedirme dinero que les permitiera desayunar a ambos, porque no habían cenado, y llegar luego a nuestra embajada ante las Naciones Unidas que estaba entonces en Primera Avenida y la calle 44, en Turtle Bay. No me lo podía creer, pero me enseñó su pasaporte y era verdad. Lo que no sé —porque tampoco se lo pregunté— es cómo había llegado desde el aeropuerto Kennedy a Central Park...

Le invité a entrar conmigo en la oficina y telefoneé al embajador, Jaime de Piniés, que era el Representante Permanente ante la ONU y que me confirmó que estaba al tanto de la llegada de la delegación ecuatoguineana. Añadió que le enviara al ministro y a su acompañante y que ya se ocuparía él de ellos. De forma que le di al ministro veinte dólares de mi bolsillo para que desayunara con su acompañante y tomara luego un taxi hasta la oficina de nuestra misión en la ONU, donde supongo que lo primero que debieron de hacer es buscarles un hotel para descansar. Los guineanos lo pasaban realmente mal en aquella época; en realidad lo pasaron muy mal hasta que en su país empezó a brotar petróleo en cantidad con el cambio de siglo, y aún entonces el dinero se lo quedaba la élite que rodeaba al presidente Obiang y no llegaba a la gente común. Igual que sigue pasando ahora.

CRITICALLY DEAD

Me enteré de que Franco se moría durante una excursión al norte del estado de Nueva York, ya en la frontera con Canadá, en septiembre de 1975. Iba con mi mujer, con mis cuñados, Chita y Juan López de Chicheri, y también formaban parte del grupo Lola Gómez-Acebo y Fernando Perpiñá-Robert. La idea era disfrutar en los extensos bosques de aquellas regiones, al norte de la cordillera de los Apalaches, y del maravilloso colorido que la naturaleza toma al principio del otoño cuando los árboles parecen enloquecer y tiñen sus hojas de los tonos más increíbles que pudiera soñar la paleta de un pintor impresionista: verdes de todos los matices, desde los más oscuros a los más claros (aunque faltan los plateados de los olivos mallorquines, pues no se puede tener todo), ocres luminosos, malvas, castaños, rojos restallantes y amarillos que compiten con el mismo fulgor del sol, dando al paisaje con su mescolanza una alegría imposible de replicar. Ante esa vivacidad multicolor, el corazón se ensancha, le invade a uno el optimismo y te entran unas ganas de reír casi infantiles. Se siente uno presa de una paz y de una armonía sensual que solo se explica por una profunda comunión con la naturaleza, como también ocurre ante una noche estrellada y sin luna. Pero si allí se impone el asombro ante una vastedad que desafía la capacidad de comprensión, los bosques de New England en septiembre te acogen y arropan con su colorido alegre y armonioso. Zola decía que la belleza es un estado de ánimo, y no cabe duda de que lo que veíamos nos lo creaba y nos hacía estar exultantes y de buen humor.

Era poco después de almorzar y acabábamos de visitar Fort Ticonderoga, un fuerte en forma de estrella construido por los franceses sobre una vía de agua que une el lago Champlain con el lago George y que vivió su momento de

gloria en las llamadas guerras indias entre británicos y franceses, en las que tomó parte un joven George Washington. Ticonderoga es una palabra de los indios iroqueses que significa lugar donde dos ríos se encuentran, o eso me explicaron. La carretera era estrecha, la tarde soleada e íbamos todos juntos en una furgoneta alquilada, que hubo que detener para repostar. Entonces yo entré en la tiendecilla de la gasolinera para comprar tabaco. Era un local muy pequeño, modesto, destartalado y sucio que tenía una vieja radio en un estante polvoriento detrás del mostrador, y quiso la fortuna que mi visita coincidiera con el noticiero, que cualquiera que haya viajado por el interior de Estados Unidos sabe que solo suelen dar noticias locales, pues la realidad es que lo que ocurre en el resto del mundo les importa bastante poco. Por eso me extrañó oír que el generalísimo Francisco Franco «*is seriously ill*» (está muy enfermo). Salí y comenté la noticia con mis compañeros de viaje, especulando sobre lo que iba o no a pasar en España, lo que nos dio para muchas discusiones, pero no interrumpimos la excursión a pesar de estar Fernando y yo destinados a la sazón en el Consulado General de Nueva York, y Juan en la misión ante las Naciones Unidas. Pensamos que ya nos llamarían si hacía falta.

Hicimos bien porque Franco agonizó durante dos largos meses, hasta el 20 de noviembre, con frecuentes alarmas de las que siempre se reponía. Recuerdo una noche, muchos años más tarde, en Harare, capital de Zimbabue, en la que el rey invitó a cenar filetes de kudú en un restaurante local al pequeño grupo de funcionarios de Exteriores que le acompañaba, y allí contó con multitud de anécdotas su difícil relación con Franco, particularmente al final, cuando le entregaba provisionalmente el poder por incapacidad para desempeñarlo y luego se lo retiraba en cuanto se sentía mejor. Era como una «ducha escocesa» que se repitió un par de veces y que irritaba mucho a don Juan Carlos, pues en alguna ocasión nadie tenía la cortesía de avisarle y él se enteraba por la radio. Me resultó curiosa la combinación de respeto y de rabia (por las «jugarretas» que «el caudillo» le gastó) con la que el rey hablaba de Franco. Y aquella noche habló mucho porque nos tuvo en el restaurante L'Entrecôt de Harare hasta las tres de la mañana para desesperación de los camareros, acostumbrados a no cerrar más allá de las doce como muy tarde. Deben acordarse todavía hoy. Y eso a pesar de que doña Sofía a cada rato le decía: «Juanito, vámonos, que ya es muy tarde».

El caso es que finalizamos un par de días más tarde nuestra excursión por Lake George y regresamos a Nueva York, donde televisiones y prensa escrita no paraban de informar sobre los pormenores de la agonía del jefe del Estado español. Yo solía almorzar con mucha frecuencia en Gino's, un pequeño restaurante italiano en la avenida Lexington muy cercano al consulado, y Giorgio, su barman, en cuanto me veía aparecer por la puerta me gritaba con un vozarrón que todos oían: «*E... come va oggi il generalissimo?*», mientras todas las cabezas se giraban hacia mí. Al principio me quería morir, pero luego, a base de repeticiones, me fui acostumbrando porque el que no acababa de morir se era el otro y las falsas alarmas se repetían una y otra vez.

Hasta que una noche, cenando en casa de Ángel Alcalá, buen amigo y profesor en Brooklyn College de la Universidad de Nueva York, gran especialista mundial en Miguel Servet, llegó la noticia de que esta vez iba en serio y Franco se moría de verdad. Mentiría si no dijera que no lo celebramos de forma discreta y contenida, como correspondía al ambiente profesoral y académico de la casa de nuestro anfitrión. Otros amigos lo celebraron más ruidosamente en Manhattan. No conviene olvidar que tan solo unas semanas antes, el 27 de septiembre, se fusiló en España a cinco personas, lo que motivó la retirada de todos los embajadores de Europa occidental (menos Irlanda), y todavía recuerdo a Pedro Cortina, ministro de Asuntos Exteriores, entrando en el edificio de las Naciones Unidas, en First Avenue, ante un grupo de manifestantes que le insultaban llamándole fascista y asesino.

Asistí con mi jefe, Alberto López-Herce, cónsul general, y con mi compañero Fernando Perpiñá-Robert al funeral que el consulado organizó en la catedral neoyorquina de Saint Patrick y que boicotearon todos mis compañeros destinados en la misión ante las Naciones Unidas menos el embajador Piniés. Pero ellos podían hacerlo y nosotros, que lo organizábamos, no (aunque confieso que lo intenté). Asistió mucha gente entre españoles y norteamericanos y en el consulado recibimos multitud de cartas, algunas insultantes y numerosas también las de sentido pésame.

Y luego, durante semanas después del fallecimiento, el programa satírico de televisión *Saturday Night Live*, que procuraba no perderme porque me divertía mucho, abrió su parodia de telediario con la misma frase: «*Generalísimo Francisco Franco of Spain has ben critically dead for the*

sixth —or seventh, or eight— consecutive week now» (el generalísimo Francisco Franco de España sigue críticamente muerto después de seis semanas —o siete, u ocho— consecutivas»). Y así, durante meses, España se ponía de moda en Nueva York, y comenzábamos esa Transición política que admiró al mundo y en la que considero un gran honor haber podido contribuir con mi granito de arena.

SONRÍA, POR FAVOR

En España, a diferencia de lo que ocurre en el mundo anglosajón, a uno no le enseñan en la escuela a hablar en público, a debatir o a polemizar. Nosotros memorizamos. Mi hijo menor, Jaime, que pasó por colegios ingleses y americanos como consecuencia de los avatares de mi profesión diplomática, recibió un día el encargo de representar a los estados confederados cuando en su clase estudiaban la guerra de Secesión norteamericana. Me pidió ayuda, y ambos pasamos una tarde divertida buscando argumentos para explicar y defender la esclavitud. Y confieso que encontramos varios. Me contó que al día siguiente hizo un papel lucido delante de sus compañeros que, en vez de memorizar, como hacíamos nosotros, absurdas fechas y complicados nombres de batallas, debían razonar y buscar sus propias conclusiones sobre lo ocurrido. Me parece mucho mejor como método de estudio.

El caso es que yo solo aprendí a hablar en público cuando era un joven diplomático destinado en Nueva York y estaba a cargo de los asuntos culturales, lo que con frecuencia me obligaba a presentar a conferenciantes, a asistir a inauguraciones de exposiciones de todo tipo o a frecuentar universidades y colegios y dirigirme a sus alumnos. Como es lógico, aprendí de lo que veía a mi alrededor, y lo que veía es que en sus parlamentos los americanos hacen siempre bromas, por lo menos tres: al principio, en medio y al final. Y esto se aplica a todo el mundo, incluido el mismo presidente, que no desdeña reírse de sí mismo si se tercia porque nada impide decir la verdad con humor y porque es, además, una forma inteligente para el que habla de hacerse perdonar por parte de quienes solo pueden escuchar (pero les encantaría estar en el podio) y, al mismo tiempo, de atraer o recuperar una atención que tiende a disiparse con el paso de los minutos. En cuanto a lo

primero, Agustín de Foxá lo entendió bien cuando en su momento de mayor éxito hizo correr la voz de que tenía úlcera, ya saben: «Sí, es rico, aristócrata y llena el teatro a diario... pero el pobre está jodido con una úlcera». En cuanto a lo segundo, hay que aspirar a hacer parlamentos inmortales pero no eternos. No es lo mismo. Igual que hay que evitar por encima de todo aburrir al respetable, y eso es algo que también consigue una broma a tiempo.

Mientras estuve en Nueva York y peroraba en sus universidades, la cosa me funcionó bastante bien, pero cuando el ministerio me trasladó al Uruguay, todo se complicó. Me di cuenta de ello al poco de llegar cuando viajé a la ciudad de Salto con objeto de presentar una exposición de los grabados de Goya. Era la época de la dictadura militar que había acabado con los tupamaros, y en el país no había jóvenes porque habían emigrado, o estaban en la cárcel, o no salían de casa. El caso es que no se los veía, y en esto el contraste con Nueva York no podía ser mayor. En Salto me encontré con un grupo de señores muy serios y vestidos de riguroso oscuro que recibieron la primera broma de mi parlamento con indisimulado asombro. Al llegar la segunda, observé un rictus de abierta consternación y, como es natural, no hubo tercera broma. De algún sitio de mi cerebro rescaté una cita, no sé si de Cervantes o de Quevedo, e inmediatamente noté cómo un respiro de alivio recorrió aquellos rostros severos, que sin duda desconocían la frase de Churchill de que la imaginación consuela al hombre de lo que no puede ser y el humor, de lo que es. En España somos muy parecidos, muy aburridos, y todos los que hablan en público, en especial los políticos, parecen hacerlo pensando que un Miguel Ángel va a recoger el momento para la posteridad grabando a golpe de cincel sus sesudos pensamientos. Aburren a las ovejas y todavía no han aprendido que las cosas serias se pueden decir con humor. Y además no saben hablar y tienen que leer cuanto dicen. La «elocuencia castelarina» solo sigue hoy viva en América Latina.

A mí no me gusta leer los textos de mis conferencias o de mis parlamentos, y en el peor de los casos prefiero apoyarme en unas breves notas, que me gusta tener incluso cuando no las uso, porque recuerdo un día en el que la mente se me quedó en blanco, y puedo garantizar que es una situación muy desagradable. Ocurrió en un teatro de Montevideo; desde el mismo escenario presentaba un ciclo de cine español con un aforo a rebosar. La censura

prohibía el pelo largo o los pantalones vaqueros, y un festival de cine organizado por una embajada era la única forma que tenían los uruguayos de aquellos años de ver películas no censuradas. De hecho, al empezar la proyección todavía había mucha gente frente a la entrada del cine, desilusionada por no haber conseguido localidad. Mi discursito iba bien hasta que desde el fondo del teatro y por el pasillo central del patio de butacas comenzó a avanzar un cojo hacia el escenario donde yo me encontraba, delante de la pantalla blanca. El cojo avanzaba haciendo un fuerte ruido cada vez que apoyaba en el suelo la muleta o la pata de palo... no sé. El caso es que yo, al cabo de un momento, no vea ni oía más que al cojo que se acercaba, tranc-pausa-tranc-pausa-tranc... Y se me quedó la mente en blanco, no sabía ni quién era yo, ni qué rayos hacía sobre aquel escenario, ni por qué había allí tanta gente. Fueron unas décimas de segundo que me parecieron eternas hasta que recuperé el hilo y pude seguir hablando. Pero confieso que lo pasé muy mal. Desde entonces llevo siempre en el bolsillo una tarjeta de visita con el enunciado de las cuatro ideas que quiero desarrollar. Por si entra otro cojo.

Como tengo un sentido lúdico de la existencia, estoy convencido de que rigor y precisión no están reñidos con una buena sonrisa. Más bien al contrario. Por eso me gustan los políticos y otros personajes que son capaces de reírse de sí mismos y de los demás, siempre que no se caiga en el desprecio ajeno porque ya Cervantes advertía que «no hay pasatiempos que valgan si son con daño de tercero». No es tanto lo que se dice sino cómo se dice, como le pasaba al octavo marido de Elizabeth Taylor en su noche de bodas, cuyo problema no era saber lo que de él se esperaba... sino cómo hacerlo interesante y diferente.

En este sentido, Silvio Berlusconi —que es un fresco y seguramente muchas otras cosas— es simpático porque comenzó ganándose la vida como animador de cruceros, y eso que en Italia la competencia no debe de ser desdeñable para un empleo de esas características. Un día, durante un almuerzo cuando yo estaba destinado en Roma, pidió la palabra y contó sobre sí mismo el siguiente chiste: «Cuando yo me morí, me presenté en la puerta del cielo, y san Pedro, al verme, me dio la bienvenida pero me dijo que no podía dejarme pasar sin hacerme algunas preguntas que demostraran si decía la verdad. Accedí, y san Pedro me preguntó si era cierto que tenía cuatro casas

en Roma, Milán, Cerdeña y Sicilia. Le dije que era cierto pero que además tenía un palacio en el lago Como a nombre de un testaferro suizo. San Pedro sonrió satisfecho al ver que había dicho la verdad, pues mi respuesta coincidía con sus notas, y me hizo la segunda pregunta: ¿Es cierto que tiene usted cinco yates? Y de nuevo confesé que en realidad tenía siete, pues tenía uno en Bermuda y otro en Mallorca, que nunca había declarado a Hacienda. San Pedro volvió a asentir satisfecho y me preguntó: ¿Y es verdad lo que se dice que se ha acostado usted con todas las trabajadoras de sus canales de televisión? Eso me irritó porque me recordó un fracaso, pero me contuve y reconocí que Antonella rechazó todos mis avances. Contesté la verdad, que me faltó una. Entonces san Pedro, visiblemente satisfecho con mi sinceridad, me abrió de par en par las puertas del cielo. Cuando ya me alejaba cielo adentro oí la voz de san Pedro que me llamaba: ¡Berlusconi, Berlusconi! Me volví y me dijo: Bueno, a esto nosotros lo llamamos cielo... ¡pero para usted puede que sea una puta mierda!». Creo que, contado por él mismo, no deja de ser revelador del carácter del personaje.

En otra ocasión cené con Daniel Barenboim en un conocido restaurante madrileño, donde dijo: «Tengo un amigo que quiere ser obispo para que todos le llamen Excelencia; otro que quiere ser cardenal para que le llamen Eminencia, y otro que solo se conformaría con ser papa para que le llamen Santidad. No son nada a mi lado porque cada vez que yo subo al podio batuta en ristre, la gente se lleva las manos a la cabeza y dice “*Oh, my God!, oh, my God!*” (¡Oh, Dios mío!)». También decía que el instrumento de cuerda más doloroso era... el látigo. Es un hombre de gran simpatía que imagino lo que ha debido de sufrir como judío cuando los israelíes le boicotearon por haber dirigido piezas de Wagner. Me quedo con la ironía de Woody Allen, también judío, cuando afirmaba que cada vez que oía tocar a Wagner le entraban ganas de invadir Polonia.

También al rey don Juan Carlos le gusta hacer bromas y contar chistes. Cuando estuve en el palacio de Miraflores de Caracas con Hugo Chávez, en una interminable reunión mano a mano que se prolongó hasta la madrugada, al salir, y delante de un grupo de colaboradores, hizo como si me diera un puñetazo en la tripa mientras me comentaba: esto mismo me hizo a mí el rey de España mientras me decía: «Para que veas que yo también sé dar golpes».

Todos sus colaboradores le rieron mucho la gracia. Es la ventaja de ser un dictador. Ocurrió antes del famoso «¿Por qué no te callas?» que le espetó don Juan Carlos en la Cumbre Iberoamericana de Santiago de Chile, en 2007. Tiempo después, ya normalizada la relación, el rey me contó que cuando Chávez lo visitó en Mallorca para reconciliarse le había dado una camiseta con esa misma leyenda que a él le había regalado el presidente Bush...

Me parece que, de alguna forma, el humor humaniza a los poderosos y también por eso es bueno.

¿HAY ALGUIEN AHÍ?

Cuando dirigía el Centro Nacional de Inteligencia recibía con bastante frecuencia cartas pidiéndome información sobre supuestos avistamientos de platillos volantes u ovnis y solicitando que el Centro abriera a la curiosidad y consulta pública nuestros archivos sobre el tema. Se quedaban muy decepcionados —y quizás no me creían— cuando les contestaba que en el CNI nos ocupamos de muchas cosas pero que, en contra de lo que algunos parecen pensar, el seguimiento de los ovnis al igual que la vida sexual de nuestros compatriotas son cosas que no nos interesan. Bastante tenemos con lo que tenemos. Lo cual no quiere decir que no puedan existir extraterrestres, ya que personalmente tiendo a pensar que hay que ser muy presuntuoso para imaginar que somos los únicos seres vivos del cosmos. Y de hecho el tema siempre me ha interesado personalmente. Desde muy pequeño he leído libros de divulgación de astronomía (mi abuelo tenía uno con el que pasaba horas) y nada me hace sentirme más poca cosa que observar un cielo estrellado en una noche oscura, «lo inaccesible junto a lo impenetrable, lo impenetrable junto a lo inexplicable, lo inexplicable a la par de lo incomprensible», que decía Victor Hugo. Polvo de estrellas en sentido literal. Por eso quiero aprovechar estas páginas para contestar a cuantos no contesté cuando dirigía el Centro Nacional de Inteligencia.

Tim Urban, un *blogger* conocido, da unos datos sobrecogedores sobre el tamaño del universo, como que tiene un diámetro conocido de 90.000 millones de años luz, y se sigue expandiendo a tremenda velocidad mientras usted me lee. Hasta donde sabemos, contiene unos 100.000 millones de galaxias, cada una de las cuales tiene entre 100.000 millones y un billón de estrellas. Se calcula que hay 10 elevado a 24 (24 ceros detrás del 10) estrellas, o sea

(según Urban) unas 10.000 estrellas por cada grano de arena que hay en todas las playas del mundo, aunque no sé cómo se llega a este tipo de conclusiones. Son cantidades que confieso con humildad que escapan a mi comprensión y por eso ayudan estos ejemplos algo infantiles. Si solo un 5 por ciento de estas estrellas son parecidas al Sol, eso nos da quinientos trillones de soles como el nuestro, y si solo un quinto de ellos tiene un planeta habitable girando en torno, un cálculo bastante conservador, habría cien trillones (millones de billones) de planetas teóricamente habitables por estar en una franja donde no hace ni mucho frío ni mucho calor y donde puede haber agua en estado líquido. Es lo que los astrónomos llaman con cierta cursilería la Zona de los Rizos de Oro (*Goldilocks Zone*). Eso nos daría cien planetas como el nuestro por cada grano de arena. Si la vida se desarrollara en un 1 por ciento de ellos, habría un planeta con vida por cada grano de arena, y si en el 1 por ciento de ellos esa vida llegara a ser inteligente, habría 10.000 millones de civilizaciones inteligentes en el universo observable, porque puede haber otros universos que desconocemos, paralelos o no. Son cifras que se multiplicarían aún más si consideráramos otras formas de vida no basadas en el carbono, algo que tratan de imaginar los exobiólogos.

Por eso no tenemos más remedio que bajarnos los humos, olvidar el universo y aplicar esos cálculos a nuestra galaxia. La Vía Láctea tiene unos 100.000 millones de estrellas, de las que una quinta parte son parecidas a nuestro Sol, y de ellas un 20 por ciento podría tener planetas habitables. Todo eso nos daría 4.000 millones de planetas parecidos al nuestro y hasta 100.000 civilizaciones inteligentes. Con tantísimas posibilidades de vida extraterrestre inteligente, muchos piensan que si hubiera alguien por ahí, deberíamos saber de ellos, y más aún si consideramos que muchos de esos planetas son varios miles de millones de años más antiguos que la Tierra, lo que les habría dado tiempo más que sobrado para alumbrar civilizaciones más desarrolladas (aunque los plazos sean algo menores porque el Sol, por su propia evolución, no va a permitir que la química asociada a la vida permanezca en el planeta durante los 10.000 millones de años de su propia existencia).

Aquí entra en juego la llamada paradoja de Enrico Fermi, pues fue este premio Nobel italiano quien la formuló. Si hay tantas posibilidades de vida en el universo, ¿dónde está? ¿Por qué no hay indicios de que nadie haya intentado

contactar con nosotros? Como Fermi, yo no creo en los ovnis y tampoco creo que nadie haya intentado contactarnos, digan los que digan el charlatán Erich von Däniken (*Chariots of the Gods?*) o Pauwels y Bergier en su libro *El retorno de los brujos*, que creo que todos los de mi generación leímos en plena adolescencia en los años sesenta del siglo pasado. Las distancias son tan enormes que tienen probablemente mucho que ver con ello. Aun así, el Departamento de Defensa norteamericano ha tenido desde el fin de la Segunda Guerra Mundial programas dedicados a la búsqueda de ovnis, el último conocido de los cuales (*Advanced Aerospace Threat Identification Program*) ha estado activo entre los años 2007 y 2012.

En 1974, un astrónomo norteamericano, Frank Drake, envió al espacio un mensaje a la velocidad de la luz desde el observatorio de Arecibo, situado en la isla de Puerto Rico, que era entonces el mayor del mundo. Consistía en una serie de pulsos rítmicos con una estructura repetitiva que los hicieran reconocibles como producto de un ser inteligente. Años más tarde se involucró en el proyecto Búsqueda de Inteligencia Extraterrestre (SETI) que más que enviar señales al espacio, lo que trata es de detectar signos de vida en otros planetas, algo que muchos científicos consideran menos arriesgado. Pero tras el SETI vio la luz el proyecto Mensajes a Inteligencias Extraterrestres (METI), que dirige Douglas Vakoch, y que en una especie de mensaje en la botella interestelar se vuelve a concentrar en hacer una señal que sea reconocida en otros mundos posibles como emanación de un ser inteligente, a base de combinaciones de números primos que luego mezcla con los números atómicos de los cinco elementos que son los ladrillos de nuestro ADN (oxígeno, hidrógeno, carbono, nitrógeno y fósforo). Vakoch espera que quien reciba estas señales será capaz de interpretarlas como procedentes de seres inteligentes. La novela *Story of Your Life* de Ted Chiang, llevada al cine por Denis Villeneuve en *Arrival* (2016), busca precisamente encontrar patrones de lenguaje que permitan esta comunicación. Pero por ahora todo esto es solo ciencia ficción pues, a diferencia de la novela *Contact* de Carl Sagan, estos programas científicos no han encontrado ningún rastro de vida extraterrestre, sea o no inteligente. En su disculpa cabe argüir que nuestras señales tienen un alcance muy reducido, unos cien años luz, equivalentes al 0,1 del diámetro de nuestra galaxia, y que si por casualidad alguien las acabara recibiendo, entre

la ida y la vuelta podrían pasar 20.000 años nuestros y cualquiera sabe dónde estaremos entonces los humanos. Si es que estamos en algún sitio. Parece como si nos moviéramos en un enorme vacío y que nunca podremos saber si hay vida fuera del planeta Tierra, porque aunque el universo fuera muy curvo y hubiera atajos (agujeros de gusano), las distancias seguirían siendo inalcanzables para nosotros incluso si lográramos viajar a velocidades próximas a las de la luz. ¿Estamos, pues, condenados a no saber?

Quizás no. Nuestros esfuerzos se han visto animados últimamente tras el descubrimiento de otros planetas. Estaban ahí pero no los veíamos, suponíamos que debían de existir aunque solo fuera por no creernos solos, hasta que ahora su existencia se ha demostrado científicamente... aunque sigamos sin verlos. Así, se ha descubierto un grupo llamado TRAPPIST-1, que se encuentra a cuarenta años luz de la Tierra, una distancia enorme —aunque minúscula en relación con el tamaño del universo, dentro de los límites de alcance de nuestras señales—. También hemos encontrado otro planeta que orbita en torno a la estrella Gliese-411, que dista de nosotros «únicamente» ocho años luz, es decir, 75 billones de kilómetros, ahí al lado como quien dice, en nuestro propio vecindario.

Aun así, dentro de la propia comunidad científica son muchos los que se oponen a estos experimentos y desaconsejan que se trate de entrar en contacto con las otras vidas que, sin duda, deben de existir. Un astrónomo británico, Martin Ryle, ya advirtió hace cuarenta años de forma muy expresiva que «cualquier criatura ahí fuera puede ser mala o estar hambrienta», y el propio Stephen Hawking ha dicho que «si nos visitan extraterrestres, el resultado se parecería mucho a cuando Colón llegó a América, algo que no salió muy bien para los nativos». Si existiera vida extraterrestre inteligente y fuera capaz de llegar hasta nosotros, su grado de desarrollo sería tal que la conversación —si la hubiera— se parecería al diálogo entre un indígena del Amazonas y un físico nuclear, siendo generoso en la comparación. No nos entenderíamos. Lo más probable es que nos esclavizaran, como hemos hecho los humanos con civilizaciones más atrasadas a lo largo de miles de años de nuestra historia. O que nos convirtieran en fuente de proteínas. Por eso, muchos mantienen que quizás sea mejor que los extraterrestres no existan y no enviar señales para que nadie sepa de nuestra existencia.

Cuando era embajador en Estados Unidos me gustaba hablar de estos asuntos con mi amigo Juan Pérez Mercader, que había dirigido en España el Instituto Nacional de Técnica Aeroespacial y que entonces buscaba (y sigue buscando) vida extraterrestre y otras formas de vida desde la Universidad de Harvard. Juan me decía que «la vida es una consecuencia de la evolución del universo» y por eso es muy presuntuoso pretender que estamos solos. ¿Por qué, entonces, no encontramos a nadie? Una posibilidad para explicar esa aparente soledad es que la vida tiene enormes dificultades para desarrollarse cuando aparece en algún lugar. Es lo que algunos científicos llaman el Gran Filtro de la Vida (hicieron falta setecientos millones de años para que la vida apareciera en la Tierra) porque no es fácil el paso de las células simples a las complejas, y porque llegar a vida inteligente es aún mucho más complicado y aleatorio para quienes no crean en la literalidad de Adán y Eva, que también los hay. Algunos especulan que quizás seamos los primeros en desarrollar inteligencia y que puede haber otros seres en el proceso pero más atrasados que nosotros. Me sigue pareciendo pretencioso. Otra posibilidad es que el Filtro esté delante de nosotros y la vida evolucione hasta un punto en el que se extingue, como si la civilización acabara agotando los recursos que la sustentan, igual que los mayas esquilmaron su nicho ecológico, y terminara autodestruyéndose al alcanzar un cierto nivel tecnológico y tras destrozar el medio ambiente. Ese es un final terrorífico pero en absoluto inimaginable, que podría augurar nuestro futuro y explicar al mismo tiempo por qué parece no haber nadie por ahí fuera.

Otras hipótesis más novelescas son que otras civilizaciones existen y que han visitado la Tierra antes de que nosotros existiéramos, que estamos en una esquina perdida de la Vía Láctea por la que nadie pasa, o que nos observan como en un zoológico sin que nos demos cuenta y solo nos tomarían en consideración si tuviéramos algo que les interesara o si les hiciéramos la competencia.

Claro que también cabe que estemos solos girando sobre una roca minúscula en la mitad de la negra nada. Yo no lo creo, pero todo es posible, y lo único cierto es que aún seguimos sabiendo muy poco. Debe de ser fascinante trabajar hoy en esta frontera del conocimiento.

SÉPTIMA PARTE
DIPLOMACIA VIVA

Solo es derrotado quien desiste de luchar.

MÁRIO SOARES

ISLAMISTAS EN ARGELIA

El problema del islamismo en Argelia era algo que se veía venir desde hacía tiempo. Recuerdo haber asistido a una apasionante discusión al respecto entre Fernando Morán, cuando era ministro de Asuntos Exteriores, y su colega argelino, Taleb Ibrahimi, durante una visita que este, islamista moderado, hizo a Madrid en 1984. En aquel debate, posterior a un grato almuerzo, Taleb se expresó también a favor de la arabización de la enseñanza frente al uso del idioma francés cuando a mí me parecía un error prescindir del bilingüismo, que era una consecuencia positiva de la colonización. Pero Ibrahimi lo rechazaba por ser precisamente eso, una herencia de una dura colonización de ciento treinta años que había roto la columna vertebral del país y que le había creado una profunda crisis de identidad y muchos complejos, algo que no ha sucedido en su vecino Marruecos.

En la raíz de la llegada de los islamistas al poder en Argelia estaba tanto ese problema identitario no resuelto como la corrupción e ineficacia económica de los Gobiernos del Frente de Liberación Nacional (FLN), tutelados siempre por unos militares a quienes la guerra de liberación nacional dio un papel desorbitado hasta el punto de que se decía que todos los países tienen un ejército menos Argelia, porque allí era el ejército el que tenía un país. Y cabría decir que sigue teniéndolo porque aún hoy su papel, como parte de lo que allí se conoce como Le Pouvoir (el círculo cerrado y opaco que rodea al presidente Buteflika), es predominante en la vida política y económica del país. El ingrediente final de este cóctel que permitió el despegue de los islamistas fue la desaparición de la URSS y de la influencia que ejercía sobre Argelia desde su misma independencia.

Este era el contexto en el que, el 27 de diciembre de 1991, los islamistas barrieron en la primera vuelta de unas elecciones en las que se decidían 206 escaños de un total de 430 que tenía el Parlamento. Ganaron 167 mientras el histórico FLN se quedaba con solo 16. Una paliza en toda regla que tenía la consecuencia paradójica de que los antidemócratas ganaban unas elecciones democráticas y, por la vía democrática, podrían acabar con la democracia. No sería la primera vez ni la última, como muestran los casos de Hitler, Maduro o Erdogan. Por coincidencia, ese mismo día la revista *Política Exterior* publicaba un artículo mío sobre el fundamentalismo en el mundo árabe donde hablaba de la «marea islámica». No era premonición, sino algo que estaba en el ambiente y que, como digo, se veía venir. Fueron unos resultados que pusieron nerviosos a muchos, y no era para menos, aunque las reacciones dentro de Argelia variaban desde los comunistas, que eran partidarios de no hacer la segunda vuelta electoral, al FLN, que se inclinaba más bien por un pucherazo de antología en la línea tradicional de su gestión, mientras los militares decían hipócritamente que el asunto no iba con ellos, que había que respetar la voluntad popular y que se mantenían neutrales. Eso decían en aquel momento.

Yo viajé a Argelia tan solo dos días después de las elecciones, el 29 de diciembre de 1991, en el curso de una gira, que ya he mencionado, a la que me había enviado el ministro Fernández Ordóñez por los países del Magreb para explicar nuestra postura durante la guerra para la liberación de Kuwait, y el embajador en Argel, Javier Conde, me sugirió que me entrevistara con el líder del vencedor Frente Islámico de Salvación (FIS), Abbassi Madani. Me pareció una buena idea, pero no me atreví yo a tomar la decisión, de modo que telefoneé a Madrid y el ministro me dio luz verde para la que iba a ser la primera reunión de un diplomático español con un líder islamista. El encuentro tuvo lugar una mañana lluviosa y fría en una casa destartalada del centro de Argel, quinto piso sin ascensor, y una escalera llena de barbudos y de mujeres cubiertas que subían o bajaban, aparentemente muy atareados. Me acompañaron Javier Conde y Manolo Gómez-Acebo, consejero de la embajada, así como Miguel Ángel Moratinos, que era mi subdirector general para África del Norte. Madani era un hombre pequeño que me pareció no tener el carisma ni la electricidad que se suponen en un líder de masas; más bien me

pareció un hombrecillo, «*d'un petit bonhomme*», que dicen los franceses. Parecía cualquier cosa menos un demagogo capaz de electrizar a una multitud con su verbo encendido. Una vez más, debía de equivocarme porque era el líder venerado por toda aquella gente que lo rodeaba y lo miraba con arrobó. Licenciado en Harvard, se negó a hablar conmigo en inglés, que hubiera sido lo más cómodo, e insistió en hacerlo en un árabe suave y melodioso, en voz baja y con mucha parsimonia, mientras unas jóvenes tapadas hasta las orejas, arrodilladas en el suelo, recogían con unción todo lo que decía, como si de un profeta se tratara. En vista de lo cual, yo le hablé en castellano, y un intérprete nos traducía, lo que alargó mucho el encuentro.

A mí me interesaba saber qué haría si ganaba la segunda vuelta con las exportaciones de gas a España, con nuestras inversiones en Argelia y qué idea tenía sobre la democracia, si es que tenía alguna. Fue una reunión fascinante en la que a cada pregunta mía respondía con metáforas interminables y símiles que parecían de otra época. Sus respuestas eran como ríos que daban vueltas y vueltas sobre sí mismos antes de desembocar en el mar. Mientras le escuchaba, pensaba que así debieron de hablar los profetas de la Biblia, en un tiempo en el que no había relojes ni prisas. Para resumir, me dijo que si ganaba las elecciones, las exportaciones de gas a España no se verían afectadas porque «el gas es la sangre que corre por las venas de Argelia y nadie se corta las venas», sobre lo cual no le faltaba razón porque dos tercios de su producto interior bruto y el 90 por ciento de las exportaciones del país dependían del gas, y nunca, ni en lo peores momentos, se había cortado ese suministro. Además, Argelia necesitaba ese dinero para comer en sentido literal pues importaba el 80 por ciento de los alimentos que consumía. El tema era importante para nosotros porque, como me dijo en aquellas fechas Óscar Fajul, presidente de Repsol, una semana o diez días sin suministro nos podrían crear una situación muy delicada. Madani también me dijo que no pondría ningún problema al proyecto de construir un gasoducto de 1.265 kilómetros desde Hassi R'Mel hasta España, pasando por Marruecos, y cuyo coste se calculaba en la entonces astronómica cifra de 130.000 millones de pesetas (1.300 millones de dólares). Un gasoducto que afortunadamente se hizo y que funciona muy bien.

Tranquilizado sobre el gas, que era lo que más nos podía quitar el sueño en aquel momento, mi segunda pregunta tuvo que ver con la seguridad de nuestra colonia en Argelia, que no era muy numerosa (unos mil españoles) pero que nos preocupaba tras los excesos cometidos por el Irán de Jomeini con los norteamericanos, por muy diferentes que fueran ambos casos. La República Islámica de Irán, aunque chiita, mientras que Argelia es sunita, era el único precedente de país liderado por islamistas, y no podíamos arriesgarnos con un tema tan importante. Esto era algo que preocupaba muchísimo a nuestros vecinos franceses, que tenían en Argelia una colonia muy grande y temían un éxodo masivo hacia Francia, similar al ya vivido en 1962. Mis colegas del Quai d'Orsay me hablaban de cifras que, según sus estimaciones, podrían llegar hasta los cinco millones de personas, algunas de las cuales —me decían— podrían recalar en España, sobre todo los procedentes del Oranesado. Ahí también me dio Abbassi Madani todo tipo de garantías, aunque matizó en lo que se refería a nuestras inversiones, que ascendían entonces a unos mil millones de dólares. En román paladino me dijo que en principio no debería haber ningún problema, pues agradecían el esfuerzo de nuestros compatriotas, lo que redundaba en puestos de trabajo y en ingresos por exportaciones para Argelia pero que, claro, una cosa era la fabricación de productos industriales y otra la de vino y cerveza, que es un campo donde habría necesariamente restricciones «por razones religiosas». Una cosa era fabricar electrodomésticos y otra regentar un bar. Estaba claro.

Mi tercera pregunta, muy directa pues llevaba allí dos horas largas con sus interminables respuestas, fue si respetaría los usos democráticos en caso de ser elegido presidente. Su respuesta, muy concisa esta vez, fue que él era muy partidario de la democracia. Confieso que eso me dejó algo descolocado, pues no me lo esperaba. Y él, viendo mi desconcierto, porque se me debía de notar en la cara, sonrió y me dijo que, en su concepción, la democracia tenía un valor meramente instrumental porque era de gran utilidad para elegir a los mejores. Y luego, sonriendo ya abiertamente, añadió que la función de esos mejores no era otra que aplicar la ley islámica (*sharia*) y la voluntad divina, pues «Dios no se somete a votación», como abiertamente proclamaba Ali Belhadj, otro de los líderes del FIS que, a diferencia de Madani, decía alto y claro lo que tenía que decir sin irse por las ramas. En esto de la democracia

—no sé si es cinismo o no—, entre elegir a los mejores, como decía Madani, o poder echarlos cada cuatro años, como afirma Popper, me quedo con esto último. Pero no se lo dije. Fue un encuentro interesante y tranquilizador para nosotros, como evidentemente pretendía Madani.

Apenas habían pasado diez días de esta reunión cuando los militares que se decían «neutrales» dieron un golpe de Estado, disimulado al principio y sin careta luego, que puso en la calle al presidente Chadli Bendjedid e impidió la segunda vuelta electoral y el consiguiente triunfo islamista que todo el mundo daba por hecho. Tengo entendido que los militares argelinos nos «avanzaron» sus intenciones por la vía de los servicios de Inteligencia, como hicieron con otros países como Estados Unidos y Francia, y que todos hicimos mohines de mitigado disgusto y miramos hacia otro lado. O eso oí yo entonces, sin que tenga certeza alguna de si es cierto o no. Lo que sí lo es fue que el Gobierno acogió con discreción el golpe de Estado, y que el PSOE en el poder se limitó a expresar «su honda preocupación por la crisis política» abierta en Argelia, mientras en Exteriores preparábamos un plan de evacuación de nuestra colonia por si era necesario ponerlo en práctica. El diario *El País* publicó entonces un sonrojante editorial justificando el golpe de Estado, y digo sonrojante porque hay cosas que, aunque se piensen, no se deben escribir. Pero no era un caso aislado porque lo cierto es que la sensación dominante era de alivio, ya que nadie deseaba tener un régimen islamista como vecino (Argel está más cerca de Madrid que Rabat) y por eso nadie dijo una sola palabra de condena. Los experimentos, mejor con gaseosa, así de claro.

El propio presidente mauritano, Maaouya Taya, me dijo, cuando lo visité un par de meses más tarde, que el golpe de Estado contra el FIS «era una necesidad porque, de haber ganado los islamistas, todo el Magreb habría estallado en llamas antes del comienzo del Ramadán», que ese año lo hacía en marzo. Y Francia se opuso a una declaración comunitaria de apoyo a la democracia en Argelia y de condena del golpe, que exigía unanimidad de los Doce para poder ver la luz y que, en consecuencia, no fue aprobada. En mi opinión fue un claro ejemplo de la hipocresía y del doble rasero del que con frecuencia se acusa a los países occidentales. Yo me preguntaba entonces cómo nos atrevíamos a ir por el mundo dando lecciones y cómo le podíamos exigir democracia por ejemplo al presidente De Klerk, de Sudáfrica, que aún

se resistía a la simple regla de «un hombre, un voto». La verdad es que dependía de dónde, en unos países sí y en otros, no. Como pasa hoy con el diferente tratamiento que algunos dan a Irán y a Arabia Saudí. Pero eso es precisamente lo que se llama realpolitik, como bien sabía por encima de mis reservas morales. Apenas un mes después del golpe militar, Argelia daba una vuelta más a la tuerca decretando el estado de emergencia y poniendo en marcha el proceso de ilegalización del FIS.

Depuesto el presidente Chadli Bendjedid, los militares llamaron a un viejo militante del FLN, Mohamed Boudiaf, combatiente en la lucha de independencia contra Francia y enfrentado luego a Ben Bella, que lo condenó a muerte, lo que le obligó a exiliarse en Marruecos, donde vivía tranquilamente en Uxda. Los militares le colocaron entonces en la presidencia de la República, al frente de un Alto Comité de Estado llamado a dirigir el país... a la sombra de los cuarteles. Curiosamente, Boudiaf hizo entonces unas declaraciones a favor de la democracia (!) y contra la corrupción que debieron de crearle bastantes enemigos, pues fue asesinado apenas seis meses más tarde, cuando pronunciaba un discurso en Annaba y un militar de baja graduación tiró una granada de mano sobre el estrado donde se encontraba. Igual que hicieron con Indira Gandhi.

Sea como fuere, el Gobierno español designó a Juan José Laborda, presidente del Senado, para representar a España en sus funerales, y yo le acompañé el caluroso 5 de julio de 1992. En el aeropuerto Houari Boumediene nos recibió con toda formalidad un apesadumbrado ministro de Trabajo que nos acompañó directamente a la Presidencia de la República, donde ambos nos recogimos con respeto ante el túmulo recubierto con la bandera nacional y situado bajo un gran retrato del asesinado. Había muchas flores, y recuerdo a la Guardia Republicana montando guardia con traje de gala y sables desenvainados. La televisión local transmitía en directo el desfile de dignatarios ante el féretro mientras, junto a la puerta, eran frecuentes las escenas de histeria, mujeres gritando y hombres sollozando en un espectáculo ruidoso. Pasé por delante de un quiosco de prensa donde vi una revista que publicaba en portada una gran foto del muerto con la leyenda «*l'espoir assassiné*» (la esperanza asesinada). Era cierto.

De allí fuimos al hotel Sofitel para descansar y hacer tiempo hasta el entierro, que sería esa misma tarde. El ministro de Exteriores, Brahimi, pasó a saludar a Laborda y me resultó muy sospechosa su insistencia en que el asesino había actuado solo y sin cómplices. No se lo habíamos preguntado, pero él lo repitió un par de veces, y su versión era exactamente la contraria de la que me contaron allí mismo los embajadores de Cuba y de México, con los que hilé la hebra en aquel tiempo de espera. Según ellos decían, era imposible que una sola persona, sin cómplices, lanzase un petardo para distraer la atención general, luego ametrallase a Boudiaf y acabase el trabajo con una granada sobre el mismo escenario. Lo que aquellos días decía la calle en Argel —y lo que al parecer su viuda mantenía— es que Mohamed Boudiaf había sido asesinado por un fanático islamista teledirigido por la mafia de la corrupción que unía a la vieja guardia del FLN con altos cargos militares y grandes empresarios, un grupo de gentes poderosas y opacas que sentía sus intereses amenazados por las intenciones del fallecido.

En el cementerio, el desorden era inenarrable, como corresponde a un buen país árabe. Viviría situaciones similares en el XX aniversario de la revolución de Gadafi en Libia, en el entierro de Hasán II en Marruecos, o en el X aniversario de la entronización del sultán Qabus en Omán, por citar solo algunos casos extremos. Los integrantes de las delegaciones oficiales —unos doscientos en total— caminábamos detrás del furgón que llevaba el sencillo ataúd de madera por un camino entre palmeras y bajo un cielo plomizo, adormecidos por un monótono redoble de tambor que casi invitaba a marcar el paso. Empujones por doquier (los gorilas de algunas personalidades meten unos codazos tremendos), nadie sabía cuál era su lugar... aunque Juan José Laborda logró abrirse paso con habilidad y colocarse en un grupo junto a Spadolini, Arafat y Dumas. Cerca de mí, un hermano de Boudiaf no lograba que la multitud le dejara pasar y algunos trataban de ayudarlo gritando «*c'est le frère, c'est le frère*» (es el hermano), aunque con poco éxito. Me pareció preciosa la oración fúnebre en árabe, no por lo que dijeron, pues no entendí una palabra, sino por la cadencia e impostación de la voz que la pronunciaba, que lograron que no se nos hiciera larga. Su sobria elegancia contrastaba con el espectáculo que daba un considerable grupo de plañideras, que no pararon de gritar mientras hacían como que se desmayaban, se arañaban la cara, se

mesaban los cabellos y otras histerias, en una demostración que me pareció tan primitiva e impúdica como artificial (a la vez que tradicional) y en marcado contraste con la indiferencia o simple curiosidad con la que la gente de la calle seguía estos acontecimientos. Es de señalar que no vi un solo barbudo en Argel durante nuestra corta visita de seis horas y confieso que estuve mirando con toda intención. Claro que, camino del cementerio, tampoco se veían ventanas abiertas. Aquel día o se habían afeitado las barbas, incumpliendo así el consejo del Profeta, o más probablemente, se habían encerrado en casa hasta que escampara y las cosas se calmaran un poco. Solo entreví a un hombre barbudo que, tras una persiana medio cerrada, miraba pasar la caravana de vehículos oficiales camino del cementerio. Me pareció una actitud prudente.

En el aeropuerto, ya para regresar a Madrid, coincidimos con otras delegaciones oficiales, todas tratando de adelantar el *slot* de su vuelo para despegar cuanto antes. Lo de siempre. Allí recuerdo a Arafat saludando a todo el mundo con grandes sonrisas; no he visto nunca a nadie que saludara tanto como él. Y al emprender el vuelo de regreso a España dejamos atrás un país que se disponía a entrar en una terrible guerra civil entre laicos e islamistas que iba a durar la friolera de diez años y que causó 200.000 muertos e incontables sufrimientos; una guerra civil que yo no creía que fuera a suceder, pues hice unas declaraciones al periódico de mi tierra, el *Diario de Mallorca* (12-2-92), en las que decía que «no es previsible que en Argelia haya una guerra civil; solo el Gobierno está armado y el FIS está dividido. Otra cuestión es que aparezca el fenómeno terrorista. Pienso que el problema argelino está controlado pero no resuelto». Tras releerlas, me veo obligado a reconocer que como profeta no soy demasiado bueno, aunque es cierto que los insurgentes recurrieron al terrorismo contra las Fuerzas Armadas en un enfrentamiento asimétrico y desigual... pero que iba a durar una década. En todo caso, ya se sabe que, como decía con encomiable sinceridad aquel jugador norteamericano de baloncesto: «Profetizar es muy difícil, sobre todo cuando es sobre el futuro». Tenía mucha razón. Claro que para compensar, en otro informe que escribí para los socios europeos y que lleva fecha de 26 de febrero, hacía una reflexión interesante al escribir que: «Si el fundamentalismo está hoy por hoy controlado, tanto en Argelia como en Túnez, el problema y

las causas que lo han originado distan mucho de estar resueltos. Mientras no hallen solución, es previsible que el fundamentalismo siga creciendo en el mundo árabe».

Es ese recuerdo de terrorismo, de sangre y sufrimiento el que en buena medida ha inmunizado a los argelinos frente a los cantos de sirena de la Primavera Árabe, que se ha convertido en mustio otoño desde Libia hasta Siria, pasando por Egipto que, con Al-Sisi, ha regresado a la dictadura militar de la que creyó haber salido con la defenestración de Mubarak. Para ese viaje... En mi opinión, a los argelinos de hoy les sigue preocupando más la seguridad y el trabajo que la democracia, cuyo fracaso les sumió en una década de pesadilla, y por eso no protestan ante las menguadas reformas que cicateramente ha ido concediendo el presidente Buteflika, octogenario y enfermo, a lo largo de sus casi veinte años de «reinado», pues llegó a la presidencia en 1999. Como le dijo el primer ministro Belaid Abdessalam a Javier Solana cuando le visitamos en Argel en octubre de 1992: «Estamos en una lucha a muerte contra los islamistas del FIS. Fue la debilidad de Chadli Bendjedid y las presiones europeas a favor de la democratización las que han conducido a la situación actual, y no lo vamos a repetir». Parece que sus palabras siguen teniendo vigencia más de veinticinco años más tarde, cuando Argelia se debate entre la necesidad de reformas que no se hacen, los recortes en el nivel de vida que imponen los bajos precios del crudo, y el miedo a que el descontento se descontrole como ha ocurrido en otros países árabes donde la desigualdad y las ansias de libertad han abierto la puerta a fuerzas islamistas. Querían libertad y han parido un emirato. ¿Está vacunada Argelia? Lo último que oigo es que parece haber contactos entre el entorno del enfermo Buteflika y Abbassi Madani, que vive asilado en Arabia Saudí...

YEMEN: DOS PAÍSES EN UNO... POR AHORA

A principios de 1988, tras pasar por El Cairo con el secretario general de Política Exterior, Fernando Perpiñá-Robert, y tener tiempo para maravillarme una vez más por la tozuda y pesada voluntad de eternidad de sus pirámides, volamos a Saná, capital de la República Árabe de Yemen (entonces era aún Yemen del Norte), que parecía a punto de reunificarse con el sur comunista tras una larga guerra civil, como finalmente haría en 1990. Nos parecía que podía ofrecer oportunidades para nuestras empresas al ser un territorio aún relativamente virgen y no dominado por los intereses angloamericanos, como el resto de la región. Queríamos ver si merecía la pena abrir una embajada, y por una vez nos adelantábamos a los acontecimientos en lugar de ir a remolque como tantas veces nos ocurre.

Saná es una ciudad muy pintoresca, con altos y estrechos edificios (a veces hay una sola habitación por planta), empinadas escaleras y ventanas enmarcadas con una cal blanca que dibuja curiosas ornamentaciones, en contraste con otros países árabes como Marruecos, donde las casas se vuelcan hacia un patio interior al estilo de la *domus* romana y suelen estar cerradas al exterior a cal y canto. También en el oasis de Oualata, en Mauritania, donde repostaban las caravanas que cruzaban el Sahara, desde Sijilmasa a Tombuctú, he visto puertas y ventanas adornadas con lacerías y dibujos de pintura blanca que podían recordar a Saná, aunque a mucha menor escala porque allí las viviendas son de una sola planta. Los yemenitas visten todos un faldón blanco que llaman *futa* y una chaqueta de corte occidental que suele ser de color marrón o azul. También llevan turbante y todos portan al cinto una gümía curva o «jambía», con mango de plata o hueso y de artístico diseño y ornamentación, pues Yemen posee una rica artesanía, sobre todo en plata, que exporta a todo

el mundo musulmán y que se trabaja y vende en pequeñas tiendas de su zoco, atiborradas hasta el techo. El deporte nacional parece ser masticar sin parar, a modo de rumiante bípedo, unas omnipresentes hojas verdes y moderadamente estimulantes que llaman *qat* (*Catha edulis*), una planta que se parece a la albahaca y que obliga a constantes escupitajos, también asquerosamente verdes. Como resultado, los yemeníes parecen tener todos sin excepción un enorme flemón que les pasa de una mejilla a la otra. Se atribuye al *qat* todo tipo de virtudes como aumentar de la potencia sexual, facilitar el sueño y quitar el hambre, todo lo cual explica su popularidad y resulta muy apropiado para un país con muy bajo nivel de vida.

Caminando por una calle de ese centro histórico, que desde 2015 bombardean con saña los saudíes como consecuencia de la última guerra civil, pasé por delante de un amplio y oscuro portal en el que con el rabillo de ojo creí observar movimiento. Me detuve, retrocedí, y cuando mis ojos se adaptaron del potente sol exterior a aquella penumbra, me topé con una escena que me dejó estupefacto y que recuerdo aún como si la estuviera viendo hoy. El arco del portón exterior se abría a una amplia estancia abovedada cuyo piso quedaba bastante por debajo del nivel de la calle y que estaba iluminada por un par de hachones fijados a la pared por argollas de hierro que apenas deshacían la penumbra ambiental. En el centro de aquel espacio había una inmensa y cónica rueda de piedra de moler que un camello hacía girar con pesada parsimonia, mientras un individuo sin camisa y con generosa barriga echaba saco tras saco de aceitunas a la molienda. El aceite chorreaba por la piedra, por el lomo y las patas del camello y por el torso brillante de aquel hombretón. Me pareció que el tiempo se había detenido para mí aquella mañana, permitiéndome contemplar una escena que el mismo Abraham hubiera podido ver exactamente igual hace varios miles de años. Esa impresión de retroceder en el tiempo que tan vívidamente se siente en otros lugares como Fez, en Marruecos, se reforzaba en visitas a lugares muy próximos a Saná como Wadi Dhar y Thula, pueblos literalmente colgados en altos peñascos que los yemeníes me llevaron a visitar como parte del programa oficial.

Fernando tomó algo en el hotel que le sentó como un tiro y le provocó una fiebre fuerte, lo que me obligó a mí a hacer las visitas, con excepción de la del presidente de la república, Ali Abdullah Saleh, para la cual se levantó aun

encontrándose mal. En la reunión se habló de perspectivas de reunificación nacional, de inversiones, de petróleo, de un hospital que quería hacer Dragados... Las impresiones que nos llevamos fueron buenas. Pero finalizada la reunión, Fernando regresó a la cama, y el resto de los honores de la visita recayeron implacablemente sobre mí, como el almuerzo que ofreció el ministro de Exteriores, Al-Iriani, a base de una sopa tradicional hecha con leche agria a la que se añaden trozos de pan y que es de las cosas más repugnantes que he comido en mi vida, que no han sido pocas. Al parecer están muy orgullosos de ella. Mientras la engullía sin remedio, pensaba que iba a acabar en la cama como mi compañero de viaje. Este Al-Iriani, bajito, nervudo y con las piernas arqueadas como muchos de sus compatriotas, me contó que todavía guardaba en su casa la llave de la mansión de Granada que sus antepasados abandonaron en 1392 cuando regresaron a Yemen, cien años antes de la rendición de Boabdil. Así me lo contó. No son, pues, únicamente los sefarditas quienes conservan las llaves de las casas que tuvieron que abandonar como consecuencia del Edicto de Expulsión de 1492.

A finales del mismo año 1988 viajé, esta vez solo, a Adén, la capital de la marxista República Popular Democrática de Yemen (Yemen del Sur), que era un país comunista que hasta ocho años antes había apoyado y entrenado a ETA. Gente encantadora, como se ve. En comparación con su vecino del norte, me pareció un país muy atrasado y dañado por la incapacidad de gestión económica propia de los regímenes comunistas. La capital, a diferencia de Saná, no tenía otro interés que el de estar situada en el cono de un viejo volcán, parte de cuya pared ha cedido para dejar entrar a un mar que bate contra sus negras rocas basálticas y la rodea por tres lados, un poco como Mascate pero sin su pintoresquismo. Su barrio antiguo se llama Cráter, y debe de ser un auténtico horno en verano. Decían que los tiburones eran frecuentes en el mismo puerto, una base que los portugueses nunca lograron conquistar cuando en el siglo XVI pretendieron cerrar el océano Índico a toda navegación extranjera en su intento de controlar el comercio de especias y de acabar de paso con el poder de Venecia, que hasta ese momento lo había monopolizado con el apoyo de Egipto. En Adén vi al presidente Ali Nasir, y luego me invitó a almorzar el embajador británico junto con los otros tres embajadores

Europeos en la ciudad, el italiano, el alemán y el francés, todos deseando hablar con alguien que llegaba de fuera y les traía un poco de aire fresco, porque yo creo que estaban hartos de verse todos los días.

Me comentaron que el desastre económico era total, que el régimen aguantaría solo mientras la URSS siguiera pagando la factura y añadían que ellos vivían en un ambiente claustrofóbico, pues no se les permitían contactos con la población local, y el italiano —que era soltero, acababa de llegar y ya estaba harto— me comentó en voz baja que la gente allí enloquecía y que sus colegas francés y británico se habían casado con sus secretarías... Exageraba como buen italiano, pero tenía razón en lo de que la URSS mantenía al régimen, porque en cuanto cayó el muro de Berlín y comenzó a tambalearse el imperio soviético, se produjo la reunificación entre los dos Yemen y comenzó el «reinado» del presidente Saleh, solo temporalmente «destronado» cuando los ecos de la Primavera Árabe llegaron a aquellas tierras.

Como resultado de ambos viajes, concluí que había interés suficiente para abrir una embajada de España en Saná, y comencé a preparar el oportuno expediente, que contaba con la aprobación del ministro, pero entonces cayó el muro de Berlín, y la prioridad fue dedicar el dinero disponible, siempre escaso, a estar presentes en los nuevos Estados europeos surgidos de la implosión soviética. Si se abrían embajadas, no sería en Yemen. Y tenía todo el sentido. Una vez más se frustraba un proyecto bien razonado pero de *timing* equivocado. La embajada en la unificada República de Yemen tuvo que esperar hasta 2006.

Ahora, mientras escribo, el país está nuevamente inmerso en una guerra civil tras el levantamiento de la poderosa tribu houthi, del norte, contra el presidente Al-Hadi, que fue expulsado de la capital y tuvo que buscar refugio en Arabia Saudí, donde el rumor es que está en una especie de arresto domiciliario. Los houthis apoyan al expresidente Saleh y controlan todo el norte y la fachada del mar Rojo, es decir, la zona útil del país que concentra al 80 por ciento de la población. Como los hutíes son chiitas zaidíes, cuentan con el apoyo de Irán (de religión chiita duodecimana), y esto, unido a que también hay chiitas del lado saudí y a que los yemeníes siguen reivindicando una franja fronteriza que perdieron con el tratado de Taif (1932), hace que Riad no pueda seguir con indiferencia lo que allí sucede. Más aún si pensamos que Al Qaeda

está aprovechando el desmadre para hacerse con el control de algunas zonas del país, y que un Yemen hostil (sobre todo si cuenta con la ayuda de Irán) podría obstaculizar la navegación por el estrecho de Bab el-Mandeb, o Puerta de las Lágrimas, por donde sale todo el petróleo saudí embarcado, diecisiete millones de barriles/día, cuyo bloqueo no sería complicado.

El conflicto se inserta así en la confrontación más amplia entre los sunitas que lidera Arabia Saudí y los chiitas, liderados por Irán; como resultado, Riad, dirigida por el joven príncipe heredero y hombre fuerte Mohamed bin Salmán, ha decidido intervenir abiertamente junto con los Emiratos Árabes Unidos en la guerra civil en contra de los hutíes, con una brutalidad que se refleja en el alto número de víctimas civiles. Los muertos se cuentan por millares y hay 3,4 millones de desplazados internos en una población de veintisiete millones. La miseria y el hambre se extienden por Yemen y, por si todo esto fuera poco, renace el separatismo en el sur, en torno a Adén, que desea recuperar la independencia que perdió en 1990. La última noticia de este drama es la pelea entre la tribu hutí y su aliado, el antiguo presidente Saleh, el mismo que gobernaba el norte cuando yo lo visité. Como resultado, los hutíes, debilitados y enfadados con esta deserción, lo han asesinado en diciembre de 2017.

Es como si el reloj de la historia diera marcha atrás en la tierra de aquella reina de Saba que enloqueció a Salomón, y donde las tribus que señorean buena parte del país siguen con mentalidades, lealtades y códigos de conducta más propios de la Edad Media que del siglo XXI. Si es que la actual guerra no los devuelve a todos directamente a la Edad de Piedra.

LIBIA. ENTRE IDEALISMO, REALPOLITIK Y CAOS

En los años en que fui director general de África y Oriente Medio en Exteriores, Libia siempre me dio mucho trabajo porque era un no-país de desmesurado tamaño situado frente a las costas italianas (Sicilia, Lampedusa), poco poblado, con mucho dinero procedente de las rentas del petróleo y dirigido por un iluminado visionario y asesino que no dudaba en utilizar el terrorismo como instrumento al servicio de su política exterior, algo que no podíamos aceptar ni nosotros ni nadie. El problema para ellos es que demasiadas veces fueron pillados con las manos en la masa. Por eso, nuestra política con Libia oscilaba entre los principios, la vecindad, la realpolitik, la severidad, la atención a las posturas de nuestros aliados y las improvisaciones que nunca faltan y que son consecuencia tanto de las exigencias como de las propias incongruencias de nuestra política interior.

En Libia, un golpe de Estado depuso en 1969 al rey Idris y sentó en el poder a un joven capitán de veintisiete años, Muamar el Gadafi, que admiraba a Nasser y que, inspirado en no se sabe qué, transformó el país hasta dejarlo irreconocible. Es uno de los problemas de los dictadores, que nadie los controla y convierten sus ocurrencias en barbaridades. Sus «ideas» están expuestas en el *Libro verde* cuyo mismo título quizás estuviera inspirado en el *Libro rojo* de la Revolución Cultural de Mao, que por entonces estaba en pleno auge. Este *Libro verde* quería superar la dicotomía marxismo-capitalismo con una original «tercera vía» (muy anterior a la de Tony Blair), que pretendía instaurar un «Estado de las masas» y que por el camino eliminó los ministerios, el Parlamento y los sindicatos. En la Gran Yamahiriya Árabe Libia Popular, todo eran asambleas populares y tribus con las que el líder

mantenía complicadas relaciones de malabarista y en las que al final él decidía. Naturalmente aquello no podía funcionar pero lo hizo mientras Gadafi estuvo con vida gracias a un ejército leal y bien pagado, a un aparato de seguridad eficaz e implacable, y a mucho dinero procedente de la explotación de petróleo que Gadafi repartía con liberalidad entre una población muy pequeña y asentada sobre todo a lo largo de la estrecha franja costera.

En abril de 1984 una policía británica, Yvonne Fletcher, fue asesinada en Londres por disparos procedentes de la Oficina Popular (embajada) de Libia durante una protesta que tenía lugar ante su sede de St. James Square. Justo un par de años más tarde, en abril de 1986, un atentado llevado a cabo por los servicios secretos libios mató a tres personas e hirió a un centenar en la discoteca berlinesa La Belle, frecuentada por marines norteamericanos, y en diciembre de 1988 una bomba en una maleta hizo estallar un avión de Pan Am (vuelo 103) sobre el pueblo de Lockerbie, en Escocia, causando 270 muertos, el mayor número de víctimas producidas hasta la fecha por un atentado terrorista sobre suelo europeo. Otros atentados se lograban evitar, como el que frustró el CESID (que a la sazón dirigía el general Emilio Alonso Manglano) cuando unos terroristas libios pretendieron asesinar en Madrid al opositor, Mohamed Yousef al-Magariaf, por el expeditivo método de volar el hotel de la Gran Vía donde se alojaba. Fue en diciembre de 1985. Ese hecho me obligó a convocar al embajador libio y, siguiendo instrucciones del Gobierno, a comunicarle la expulsión de España de tres funcionarios de su embajada «por actividades incompatibles con sus funciones», pues había pruebas de que habían colaborado con los frustrados asesinos llegados del exterior para perpetrar el crimen.

Justo un año antes tuvo lugar una rocambolesca visita de Gadafi a Mallorca, donde se vio con el presidente Felipe González en la casa que el banquero Miguel Nigorra tenía en Santa Ponça. El excanciller austriaco, Bruno Kreisky, ofició de celestino de este extraño encuentro, que la Moncloa urdió a espaldas de Exteriores y que tuvo lugar apenas seis meses después del asesinato de Fletcher en Londres. Gadafi lo aprovechó para negar cualquier tipo de relación de su país con ETA, que se había entrenado en sus desiertos, y afirmar que Ceuta y Melilla no eran españolas sino marroquíes. Ambas afirmaciones eran falsas. Como intolerable era su apoyo a Antonio Cubillo,

que quería independizar las islas Canarias como país africano. A la vista de lo acontecido luego, hasta donde llegan mis entendederas y salvo acuerdos ocultos que desconozco, lo menos que se puede decir de esta invitación a Mallorca es que fue inoportuna e inútil, y probablemente habría que achacarla a la inexperiencia de un bisoño González a quien Bruno Kreisky llevó al huerto, como ya antes había hecho al acercar a Adolfo Suárez a Arafat. Supongo que González debió de pensar que lograría hacerle cambiar porque la realidad era que hacía tiempo que Gadafi venía interfiriendo en la política española. Estábamos hartos de él y de su carácter egocéntrico e impredecible.

Pero eso era una cosa, y otra, cometer directamente atentados terroristas. Por eso el presidente Ronald Reagan impuso sanciones políticas y económicas a Libia desde enero de 1986 y pidió a los europeos que nos sumáramos a su iniciativa. Nosotros apenas llevábamos seis meses en la Comunidad Europea, y fue justamente entonces cuando se creó en su seno un grupo de trabajo de Cooperación Contra el Terrorismo Internacional, algo en lo que se escudó Felipe González para responder a Reagan que había que separar los problemas de terrorismo del conflicto político subyacente con Libia. González sin duda veía venir la política de acoso a Libia que Washington puso en pie cuando envió a la VI Flota a hacer maniobras en aguas del golfo de Sirte, que todo el mundo, España incluida, considera como internacionales. Todos menos Libia, que pretendía que eran «aguas interiores» y, por lo tanto, propias. Gadafi cayó en la trampa, calificó las maniobras norteamericanas de provocación, que es lo que eran, y atacó a los barcos americanos, que es lo que Washington quería. Estados Unidos respondió entonces abriendo fuego sobre bases y patrulleras libias. El conflicto estaba servido y los libios nos advirtieron entonces de que en una guerra contra Estados Unidos consideraría las bases de Rota y Morón (al igual que la de Sigonella en Italia) como objetivos militares, algo que nos preocupó y molestó al mismo tiempo porque no queríamos vernos arrastrados por unos y otros a un conflicto que no era el nuestro. De modo que, mientras el subsecretario Fernando Perpiñá-Robert convocaba al Encargado de Negocios libio para expresarle nuestro malestar por esas declaraciones, el secretario general de Política Exterior, Máximo Cajal, hacía lo propio con el embajador norteamericano y le decía que si en el plano jurídico España estaba con Estados Unidos en no reconocer la soberanía

libia sobre las aguas de Sirte, en el plano político consideraba que las maniobras de la VI Flota eran inoportunas por los riesgos que implicaban de escalada de la crisis y de desestabilización del Mediterráneo.

El ministro Fernández Ordóñez me pidió entonces que diera una vuelta por el Magreb para explicar bien nuestra postura en Rabat, Argel y Túnez, pues observábamos en estos países crecer una ira más o menos abierta contra Estados Unidos y las maniobras de sus barcos, y el ministro quería evitar que nos salpicara. Nada como dejar las cosas claras.

El día 15 de abril de 1986 estaba yo en el despacho del secretario general del ministerio marroquí de Exteriores, Cherkaoui, cuando nos dieron a ambos la noticia del bombardeo americano de Trípoli (Operación El Dorado Canyon) que, según los libios, produjo un centenar de muertos, entre ellos una hija adoptiva de Gadafi, de apenas cuatro años, cuyo cuerpo se encontró en los barracones de Bab al-Azizia, que era la residencia del líder en Trípoli, un complejo de seis kilómetros cuadrados amurallados y cuya entrada estaba presidida por una escultura de un puño que aplastaba un avión norteamericano. Ganas de hacer amigos. De Gadafi se decía que nunca dormía dos noches en el mismo lugar por motivos de seguridad, y sus razones debía de tener para ello. Durante este viaje, mi tarea consistía en explicar a mis interlocutores árabes que España siempre había estado contra el terrorismo y favorecía la cooperación internacional para combatirlo; que no estábamos de acuerdo con el ataque norteamericano por su falta de proporcionalidad e inadecuación (y por eso sus aviones no fueron autorizados a sobrevolar nuestro país y se vieron obligados a bordearlo desde sus bases en Alemania), y que al mismo tiempo rechazábamos con toda firmeza las amenazas de Gadafi contra nuestro territorio. España creía que en aquellos momentos era más importante que nunca el diálogo con los países árabes. Luego firmamos con Italia y con Grecia un comunicado conjunto que reflejaba estas mismas ideas y que no gustó en Washington, como era de esperar.

Cuento todo esto porque en aquella época teníamos una política exterior a mi juicio más atrevida y menos timorata que la actual, decíamos lo que pensábamos y defendíamos sin temor nuestras posiciones. De hecho, en

aquella época teníamos una política exterior, y no hay razón alguna para que no volvamos a tenerla si existe la voluntad política necesaria a los niveles adecuados en nuestro país.

De todas formas, el malestar norteamericano subió de tono, y los ministros europeos de Exteriores, en una reunión extraordinaria celebrada en Luxemburgo unos días más tarde (21 de abril) constataron la imposibilidad de oponerse a la acción militar de Washington, que por algo es el imperio, aunque mantuvieran sus reservas sobre los métodos utilizados. Para calmar a los norteamericanos se adoptó un paquete de sanciones contra Libia que reducían el número de sus diplomáticos en nuestras capitales, restringimos los movimientos de los que se quedaban e hicimos más estricto el sistema de concesión de visados a los portadores de pasaportes libios. Las cosas con Trípoli no podían estar peor. Naturalmente, esto a los libios no les gustó nada y respondieron expulsando al consejero comercial y al consejero cultural de nuestra embajada en Trípoli y a 40 empleados de Ferrovial y de Wat que trabajaban en Libia. Y aunque esta última sanción fue posteriormente anulada, ambas empresas decidieron sabiamente entonces poner fin a su actividad en el país africano.

Luego, con el paso del tiempo, no llegó la sangre al río y las cosas se fueron calmando entre nosotros de forma que, tres años más tarde, yo fui designado para acompañar a Luis Yáñez, secretario de Estado de Cooperación Internacional, a los fastos conmemorativos del XX aniversario de la Revolución libia que se celebraron en Trípoli el 1 de septiembre de 1989, solo un año después del atentado de Lockerbie y sin entender muy bien qué hacía allí una delegación española entre tantos invitados impresentables. Lo de asistir al aniversario fue una decisión de la Moncloa, cuya razón de ser aún hoy se me sigue escapando. Aquello fue inenarrable y comenzó con una especie de demostración sindical al más puro estilo franquista en un estadio al que acudí con Yáñez y nuestro embajador en Trípoli, Ricardo Peydró. Escaso público, calor insoportable por culpa de un *guiri* (tormenta de aire caliente y arena sahariana) y entusiasmo perfectamente descriptible de los asistentes, hasta que unos soldados sacaron al césped restos de un avión americano derribado en Sirte. Entonces fue el delirio, parecía que había marcado el Madrid en el último minuto en una final de Champions.

Al día siguiente, en un teatro, de nuevo me preguntaba qué rayos hacía una delegación española entre gentes como Chadli Bendjedid (Argelia), Háfes al-Ásad (Siria), Ben Ali (Túnez), Arafat (Palestina), Hasán II (Marruecos), Museveni (Uganda), Rawlings (Ghana), Chissano (Mozambique), Sassou-Nguesso (Congo), Omar Bashir (Sudán), Bongo (Gabón), Al-Attas (Indonesia) y otros que no recuerdo de lugares tan respetables como Burkina Faso, Laos, Madagascar, Corea del Norte, Ruanda, Yibuti... Me preguntaba cuánta sangre en las manos tenían los que llenaban aquel escenario, y me salían muchos, muchos litros. Y allí estaban, aplaudiendo con entusiasmo al líder, que vestía original camisa roja y capa beis. El más aplaudido fue Daniel Ortega cuando dijo que Reagan había atacado a Nicaragua y a Libia «y ahora está en el basurero de la historia mientras Gadafi está aquí, con nosotros». Lo que se dice visión histórica. Y desvergüenza también histórica.

He tenido ocasión de ver de cerca a Gadafi dos veces y en ambas me pareció «flipado». En la primera me confundieron sus esbirros con Yáñez, que era el jefe de la delegación, y me arrastraron en el estadio donde se celebraba la demostración sindical a que acabo de referirme, agarrándome con fuerza de la mano y separándome de mis compañeros para llevarme casi en volandas adonde él estaba, en uno de los vomitorios del estadio que rebosaba gente. Gadafi me dio la mano en mitad de una escalinata, rodeado de masas inmóviles y silenciosas que lo observaban, no sé si con arrobo o con terror, mientras miraba al cielo y musitaba «*Isbania, Isbania*» (España, España) y algo más en árabe que alguien me tradujo al inglés y que era algo así como «los españoles son santos». Yo no me lo podía creer, me quedé de una pieza, y como además no sabía cómo dirigirme a él (*¿mister Leader?*), no le respondí nada. Me quedé callado y sin moverme mientras él separaba muy lentamente de mí la mirada y proseguía su descenso mayestático por aquella escalera bordeada de gente como petrificada, pues tampoco le aplaudían o jaleaban, camino de la salida del estadio. Hasta que se perdió de vista. Inmediatamente me vi rodeado de masas humanas que parecían haber recobrado el movimiento tan pronto como él desapareció, y entre empujones bajé yo también aquella escalera intentando descubrir dónde estaban Yáñez y Peydró. Tardé bastante en encontrarlos entre aquella descomunal algarabía; no podían creer lo que les contaba.

La segunda y última vez que le vi fue unos años más tarde en Bengasi, ocasión de la que ya he hablado antes. También entonces me dio la impresión de que estaba flipado, e igual de extraño debió de parecerle al rey cuando lo recibió en Madrid en 2007 e instaló una jaima en los jardines del palacio de El Pardo, cuyas habitaciones destrozó su séquito haciendo hogueras para asar cabritos. Como lo cuento. Fue ese mismo año cuando Repsol descubrió importantísimos yacimientos de petróleo en Libia, país que los reyes visitaron en 2009, y Rodríguez Zapatero en 2010. Eso explica algunas cosas también.

Pero volviendo algunos años atrás, el comandante Jalloud pasó por Madrid en junio de 1991 y cené con él en el lujoso piso que unos millonarios jordanos tenían en la Castellana. Este Jallud, número dos de la Yamahiriya Popular Libia, fue el que con su colega Younis dio el golpe de Estado que puso a Gadafi, el tercer golpista, en el poder. Hombre menudo, fibroso, atlético y simpático, no ocultaba su admiración por Franco, un rasgo muy generalizado entre los líderes árabes. Jalloud decía cosas como que tras la guerra por la liberación de Kuwait y la derrota de Sadam Husein, «todos los líderes árabes debíamos haber dimitido por vergüenza y habernos ido a casa» (cosa que, empezando por él mismo, ninguno hizo), predecía una reacción «en diez años» favorable a la unidad del mundo árabe (?), y pronosticó un aumento «de un islamismo mucho más radical que el que hay ahora». Desgraciadamente acertó en esto último. Su desprecio por Marruecos quedó patente cuando me contó que en el funeral de Pompidou alguien le dijo que llevaba detrás al príncipe heredero que representaba a Marruecos y él respondió que «¡ese solo representa a su padre!».

Las relaciones con Libia siguieron siendo tormentosas y difíciles mientras Gadafi insistió en seguir siendo una carta fuera de la baraja y apoyó el terrorismo como política de Estado. De mi época cuando dirigía el CNI no debo hablar mucho, pero recuerdo haber hecho una gestión con mi colega libio Al-Bishari en favor de ocho enfermeras búlgaras condenadas a muerte bajo acusación de haber infectado intencionadamente la sangre empleada para transfusiones en un hospital infantil de Trípoli, lo que era un montaje absurdo con intención de excitar los ánimos populares y que se olvidaran de otras cosas. Era un favor que me pidió mi colega búlgaro, que estaba desesperado porque no lograba salvar a sus conciudadanas. Por eso, por humanidad y

también por otras razones que no vienen al caso, viajé discretamente a Libia, donde mi colega me prometió que serían puestas en libertad. No lo cumplió, aunque tampoco las ejecutaron. Al cabo de unos años las pobres mujeres fueron finalmente liberadas. Fue en aquella época de 2002 al 2003 cuando se descubrió el intento libio de dotarse de armas atómicas con el asesoramiento de un científico pakistaní y con tecnología de Irán y de Corea del Norte. Pillado con las manos en la masa, Gadafi renunció a sus objetivos y moderó su actitud, lo que no era difícil, y eso facilitó unos años de buena relación con Occidente, supongo que por aquello de que hay más alegría en los cielos cuando un pecador se arrepiente. Esa pausa terminó cuando las ansias de libertad despertadas por la Primavera Árabe llegaron a Tobruk y Bengasi.

En aquella época, yo era embajador en Estados Unidos, y soy testigo de la sorpresa que la Primavera Árabe supuso para Washington, igual que para el resto del mundo. Es impresionante que nadie la previera, como tampoco nadie vio llegar la implosión de la URSS en 1991. Yuval Noah Harari dice que eso sucede porque la geopolítica es un sistema caótico de nivel 2, donde la predicción influye sobre el resultado y en consecuencia puede alterarlo, pues si yo advierto, por ejemplo, de la inminencia de una revolución, los dirigentes del país pueden tomar medidas para frustrarla e invalidar al mismo tiempo mi advertencia. No sé, el caso es que nadie vio venir los dos acontecimientos más importantes de los últimos cuarenta años.

De modo que un día estaba en el Departamento de Estado asistiendo a una rueda de prensa de Hillary Clinton y vi en directo su desconcierto y titubeos cuando le pidieron su reacción ante la caída de Mubarak, que se había producido aquella misma mañana. Los norteamericanos, con toda su CIA y su NSA, no esperaban la Primavera Árabe, a pesar de que el famoso discurso del «*New beginning*» de Obama en El Cairo en 2009 puede estar detrás de este estallido popular contra las tiranías y en busca de libertad, de democracia y de dignidad. Al final, la Primavera solo ha llevado a aumentar las muchas frustraciones de la nación árabe, pues buscaban libertad, pero al levantar la tapadera de las dictaduras se han encontrado con una *tabula rasa* donde los únicos organizados eran los islamistas, que han sido los que se han llevado el gato al agua. La rebelión contra Gadafi comenzó a principios de 2011 en la Cirenaica y fue respondida con una represión de inusitada dureza.

Amparándose en el novedoso principio de la responsabilidad de proteger, el Consejo de Seguridad de la ONU aprobó el 26 de febrero la resolución 1970, que decretaba el embargo de armas y la congelación de activos financieros del régimen.

Pero la represión continuaba inmisericorde y excesiva cuando Gadafi, no acostumbrado al disenso, amenazó con «exterminar como ratas» a los insurgentes de Bengasi. El Consejo dio entonces un paso más, y con la resolución 1973 de 17 de marzo aprobó una zona de exclusión aérea y la adopción de «las medidas necesarias para proteger a la población civil». Esta segunda resolución no fue apoyada por Rusia y China, entre los miembros permanentes, ni tampoco por Alemania, Brasil e India, lo que indica que algunos no debieron de verla clara desde el principio. Apenas diez días más tarde comenzaron los bombardeos de Estados Unidos, Reino Unido y Francia sobre objetivos e instalaciones militares del régimen libio. Obama, fiel al concepto de la *Strategic Restraint* (contención estratégica) enunciada en su conferencia de West Point, no deseaba que fueran los norteamericanos los que dirigieran la operación, pensando que era responsabilidad europea cuidar de su entorno, y optó entonces por «liderar desde atrás» y exigir compartir gastos, que eran otras dos ideas lanzadas en West Point. De inmediato se percibió la incapacidad europea para llevarla a cabo por insuficiencia de medios y de inversión en Defensa durante los últimos años, por lo que hubo que recurrir a la OTAN, que a finales de marzo tomó el control de lo que llamó Operación Protector Unificado. Los bombardeos se intensificaron, se apoyó con armas a los rebeldes, el 20 de octubre Gadafi fue capturado y brutalmente asesinado por sus compatriotas, y Sarkozy y Cameron pudieron viajar a Trípoli a hacerse fotos en poses heroicas. Lo que se inició como intervención humanitaria acabó con un cambio de régimen que no estaba en las instrucciones iniciales de la ONU. Casi inmediatamente y por falta de previsión aliada sobre qué hacer al día siguiente, un país que carecía de las más mínimas estructuras institucionales, sin partidos políticos o sindicatos y con un ejército dividido, cayó en el caos más completo a pesar de los esfuerzos de un inoperante Consejo Nacional Transitorio al que nadie hacía caso, mientras los enormes arsenales de armas del país caían en manos de tribus y de todo tipo de milicias locales y de grupos incontrolados. Una consecuencia del desorden y de la falta

de autoridad fue el asesinato en 2012 del propio embajador norteamericano, Chris Stevens, cuando estaba de visita en la ciudad de Bengasi. Lo cuenta la película *13 hours: The Secret Soldiers of Benghazi*, dirigida por Michael Bay sobre un libro de Mitchell Zuckoff. Obama ha dicho años más tarde que Libia fue el peor error de su mandato.

El resto es conocido. Libia lleva siete años de guerra civil y opta con méritos propios a la calificación de Estado fallido frente a las mismas costas de Europa, desde donde nos amenaza con terrorismo (el mismo Estado Islámico logró establecer por unos meses una cabeza de puente en torno a Sirte y por allí andan aún algunos de sus comandos), y con el envío masivo de refugiados que huyen del infierno, como muchos otros huyen de Siria por idénticas razones.

Hoy hay en Libia tres gobiernos enfrentados: uno que es respaldado por las Naciones Unidas (Gobierno del Acuerdo Nacional) pero no tiene poder alguno; otro en torno a la Cámara de Representantes de Bengasi, que cuenta con el apoyo de la llamada Operación Dignidad, liderada por el general Haftar y que respaldan Rusia, Egipto y Emiratos Árabes Unidos; y finalmente un tercero en Trípoli en torno al antiguo Congreso General, sostenido por la Operación Amanecer, que está integrada por las milicias de Misurata y grupos de Hermanos Musulmanes, con el respaldo de Catar y Turquía. Allí cada uno tiene su agenda, que no tiene por qué coincidir con el interés de los propios libios. Por eso el país se desangra lentamente mientras las Naciones Unidas y algunos países europeos intentan activar un proceso de reconciliación nacional que se augura muy lento y muy complicado, tanto por el desinterés de Trump por este problema («*I do not see a role in Libya*») como por las injerencias quizás bien intencionadas pero descoordinadas de otros países con menor capacidad de influencia.

DIPLOMACIA EN CHIPRE

Independiente desde 1959 con una garantía de seguridad proporcionada por Grecia, Turquía y el Reino Unido y con problemas intercomunales desde 1963, las cosas en Chipre se complicaron cuando el arzobispo Makarios, que desempeñaba la presidencia en 1974, decidió integrar la isla en Grecia con el apoyo de «la dictadura de los coroneles» que mandaba en Atenas. Es lo que se llamó la Enosis, a la que los turcos respondieron invadiendo y ocupando la zona norte de la isla y forzando enormes trasvases de población, pues 160.000 grecochipriotas del norte corrieron a refugiarse en el sur, y 40.000 turcochipriotas del sur huyeron hacia el norte con la consiguiente mala sangre entre ambas comunidades. Todos pensaron que volverían pronto a sus casas y todos se equivocaron. Desde entonces la tercera isla más grande del Mediterráneo está dividida entre la República de Chipre, miembro hoy de la Unión Europea y de la ONU, y la llamada República Turca del Norte de Chipre (RTNC), que ocupa el 36,2 por ciento del territorio insular y que solo es reconocida por Ankara, mientras una frontera de 180 kilómetros llamada Línea Verde separa a ambas comunidades y está vigilada por cascos azules de la ONU. En el norte viven 300.000 personas, y en el sur lo hacen 800.000. La frontera estuvo cerrada a cal y canto hasta 2003 y hoy sigue siendo complicado pasar de una zona a la otra.

En mayo de 1994, veinte años después de la crisis, yo era director político en el Ministerio de Exteriores y participé en una visita a la isla formando parte de una troika de la Comunidad Europea que dirigía Claude Martin, secretario general del Quai d'Orsay para asuntos económicos y

Europeos. España formaba parte de esta misión europea porque iba a asumir la presidencia rotatoria semestral de la Comunidad Europea apenas un mes más tarde.

La intención era discutir con las partes la posibilidad de una reunificación, utilizando como incentivo la adhesión de Chipre a Europa, que se estaba negociando entonces. Fue una visita muy interesante que nos permitió encontrar al presidente de la República de Chipre, Clerides, y también a Rauf Denktash, «presidente» de la autodenominada RTNC, que no era reconocida (y sigue sin serlo) por la comunidad internacional. El primero era un encantador de serpientes, y el segundo iba de duro por la vida; a mí me recordaba físicamente mucho a Rastapopoulos, que es un personaje de *Le Lotus bleu* de *Las aventuras de Tintin*. Eran ambos lo más parecido a dos tahúres del Misisipi que puedo imaginar, pues tenían más conchas que un galápagos. También vimos a Joe Clark, representante personal del secretario general de las Naciones Unidas, que vivía en Nicosia y conocía como nadie el problema; este se mostró muy pesimista (y muy realista) sobre las posibilidades de un acuerdo de reconciliación. Tenía razón.

Nuestra idea era pasar a la parte grecochipriota el mensaje de que su entrada en la Comunidad Europea podría verse retrasada en ausencia de reconciliación interna, y dejar a la parte turcochipriota la impresión de que no podrían vetar el proceso de adhesión de la zona sur y de que si ellos no subían al tren europeo, este no los esperaba. Ambas cosas acabaron ocurriendo.

La primera sorpresa, una pedrada directa y en la frente, fue enterarnos de que norteamericanos y británicos habían organizado para la semana siguiente de nuestra visita unas conversaciones «secretas» en Londres con representantes de ambas partes. Y no nos habían dicho ni una palabra. Nos sentó mal porque los americanos son libres de hacer lo que les parezca y contarlo o no, pero los británicos eran socios nuestros en la Comunidad Europea y no deberían hacer estas cosas sin, por lo menos, avisarnos antes. Menos aún sabiendo que iba a la isla una misión diplomática comunitaria, porque la abocaban al fracaso. Juego muy sucio. Estoy seguro de que lo hicieron a propósito y de que algunos se debían de estar riendo en el Foreign Office de la mala pasada hecha al colega del Quai d'Orsay que nos dirigía. Lo que pasaba es que a la PESC, creada un año antes por el Tratado de

Maastricht, no se la tomaban en serio ninguno de los tres «grandes» de Europa salvo cuando les convenía para reforzar sus propios intereses. Pero el que más exageraba la nota era el Reino Unido, que nunca creyó en el proyecto europeo, y la prueba es que ahora ha decidido salir de la Unión Europea después de haber rechazado participar en todos los proyectos de mayor integración entre nosotros, como la moneda única o el área de Schengen. De Gaulle lo había visto con claridad y por eso impidió durante años su entrada. Ellos se lo pierden.

La solución que la ONU proponía y sigue proponiendo para solventar el problema de Chipre es una reunificación de la isla sobre la base de una nueva Constitución que cree una «federación bizonal y bicomunal» con una única soberanía. Es una fórmula imaginativa que se ha enfrentado desde siempre a enormes problemas que tienen que ver con cuestiones técnicas de gobierno, con ajustes territoriales, con compensaciones a los que fueron obligados a dejar sus hogares, y con la renuncia a la provisión de 1960 que otorgaba un derecho de intervención militar a Grecia, Turquía y Reino Unido en el caso de que la integridad de la isla estuviera amenazada, que fue precisamente el pretexto esgrimido por Ankara en 1974 cuando la invadió y estableció 30.000 soldados en la zona norte. Los británicos siguen teniendo hoy dos bases militares en Chipre; una de ellas, Acrotiri, enorme, es atravesada por una carretera que utilizamos cuando fuimos al sur de la isla.

Pero quizás lo peor que nos encontramos fue una profunda desconfianza entre las dos comunidades y, sobre todo, la total falta de capacidad de decisión de los turcochipriotas, que estaban sometidos a la política e intereses de Ankara y eran simples peones que esta utilizaba según le conviniera en su relación con la Comunidad Europea y con Grecia. En concreto, nos dijeron que en caso de reunificación tenían una «invasión» desde el sur, quedar en minoría, ser políticamente absorbidos, y que la isla se convirtiera en una «república helenística», en otra isla griega más, como afirmó el propio Denktash, que tampoco podía aceptar de ninguna forma la retirada de la guarnición turca. Probablemente porque ni le convenía ni Ankara se lo autorizaba. Para dejar clara su dependencia, nos llegó a decir que si queríamos un arreglo para Chipre, Turquía debería entrar antes en la Comunidad Europea.

A mí, la visita de 1994 me permitió visitar las dos partes de Chipre, una isla de la que solo conocía el aeropuerto cuando dirigí la evacuación del cadáver de nuestro embajador en Beirut, Perico de Arístegui, muerto durante un bombardeo que afectó a nuestra embajada en plena guerra civil libanesa. Era abril de 1989, y unos helicópteros libaneses nos llevaron hasta Lárnaca, donde se hizo el transbordo del cuerpo a un Hércules C-130 de nuestra Fuerza Aérea al que los bombardeos habían impedido aterrizar en Beirut. Fue una escala de un par de horas.

En esta segunda visita con la troika pude conocer lugares cargados de historia, como Pafos en el sur, donde la tradición afirma que Afrodita emergió de las aguas inspirando el maravilloso cuadro de Sandro Botticelli; o el pintoresco pueblo de pescadores de Kyrenia, en el norte, con su fortaleza veneciana, mezquitas y cafés entre las barcas varadas en la arena para disfrute de los escasos turistas que allí había. Me recordaba a la Mallorca de 1950, antes de que la masiva llegada de turistas destrozara buena parte de la isla, como destrozado por el ladrillo está también todo el sur de Chipre. O las ruinas de la abadía gótica de Bellapais, de la época de Aimerico de Lusignan, fundada sobre restos anteriores y que era un lugar reputado por haber sido muy licencioso en tiempos de las Cruzadas. Y ganarse esa envidiable reputación en aquel mundo no debió de ser nada fácil. Hoy está rodeada por chalets horteras de generales turcos que se jubilan allí, frente al mar. La propia Nicosia, ciudad dividida con una especie de Checkpoint Charlie para pasar de una zona a la otra, tiene mucho carácter, y en una taberna de la zona comí el que años después sigo considerando el mejor pollo asado de mi vida.

Kofi Annan, secretario general de la ONU, puso su mejor voluntad para intentar resolver el problema de Chipre, y en 2005 estuvo a punto de lograr un acuerdo de reunificación que aprobaron los turcochipriotas y que rechazaron los grecochipriotas, con lo que la partida volvió a la casilla cero. Hoy, Chipre es miembro de la Unión Europea, la isla sigue dividida, la RTNC sigue aislada, las eternas negociaciones para la reunificación continúan bajo los auspicios de las Naciones Unidas y Turquía no tiene perspectivas de adhesión a la Unión Europea, menos aún con la política crecientemente autoritaria de Erdogan. También siguen las bases militares británicas. Todo es bastante deprimente.

Y, sin embargo hoy, veintidós años después de mi visita, existe un aliciente que no existía en 1994, y que son las enormes bolsas de gas descubiertas hace poco en los fondos marinos entre Chipre, Líbano e Israel que podrían animar a un acuerdo de delimitación de aguas para su consiguiente explotación, de forma que todos se beneficiarían de esta riqueza. Quizás el interés económico logre lo que la política lleva cuarenta años sin conseguir, y a lo mejor es por ello que António Guterres, actual secretario general de las Naciones Unidas, pudo anunciar en julio de 2017 lo que llamó «un claro entendimiento» para un acuerdo comprensivo de reunificación de la isla. Lo hizo tras reunirse en una localidad alpina con el presidente de la República de Chipre, Nikos Anastasiades, y con el líder turcochipriota, Mustafa Akinci, a pesar de reconocer que aún persisten problemas tanto en torno a la demanda turcochipriota de una presidencia rotatoria, como en relación con las exigencias grecochipriotas de la retirada de los soldados turcos y de una renuncia formal por parte de Turquía a su derecho de intervención al amparo de la Constitución de 1960.

Pero a pesar del gas, el momento sigue sin ser propicio porque la capacidad de influencia de la Unión Europea con Turquía disminuye a medida que Ankara se desliza por la senda autoritaria de Erdogan y se alejan sus posibilidades de entrada en Europa; porque Grecia tiene serios problemas económicos que distraen su atención, y además su relación con Turquía se ha deteriorado mucho desde el comienzo de la crisis de los refugiados de Siria; porque el Reino Unido está ausente, ensimismado cada vez más en el lío en el que se ha metido con el *brexit*; porque Estados Unidos está desaparecido o, peor aún, no se sabe dónde está desde que gobierna Donald Trump; y porque Rusia no parece tener interés en un acuerdo que favorecería explotaciones de gas que harían la competencia a su propia producción y que podrían facilitar acercamientos entre Israel, Líbano, Chipre y Egipto en los que no participaría. También Turquía se opone a su explotación si ella no toma parte... Como consecuencia de todo ello, solo pocos días después del optimista anuncio, el propio Guterres reconocía el fracaso de esta última ronda de negociaciones.

Aun así, no hay que perder la esperanza, como no la perdió Penélope, que tejía y destejía el sudario del rey Laertes mientras esperaba el regreso de Odiseo. Un regreso que le llevó su tiempo pero que al final se produjo.

Aunque a lo mejor la triste realidad es que, a medida que pasa el tiempo, la separación se consolida, la distancia entre las dos comunidades aumenta y la reunificación interesa cada vez a menos gente al norte y al sur de esa frontera que se eterniza y que todavía patrullan novecientos cascos azules de la ONU.

UNA NEGOCIACIÓN SOBRE ARENAS MOVEDIZAS

Visité por vez primera Irán en octubre de 1988. Teherán estaba cubierta de gigantescos carteles con la efigie de Jomeini, siempre con un aspecto malhumorado que me hacían pensar entonces en Arzalluz, que me parecía el prototipo de español permanentemente cabreado, o que me recuerda ahora, años más tarde, a Aznar cuando aparece en televisión riñéndonos a todos... Sus razones tendrán. En la República Islámica no se recordaba la visita de un funcionario español, y los iraníes me recibieron por todo lo alto, con entrevistas con el ministro de Exteriores, Velayatí, y con los viceministros Larijaní y Besharatí: «Llega usted tarde, hace mucho que le esperábamos. Sea bienvenido. Estamos satisfechos de la actitud que España ha mantenido durante nuestra guerra con Irak y queremos trabajar con ustedes en el futuro». Por mi parte, yo les pedía menos palabrería y más hechos concretos, como que colaboraran para la liberación de rehenes occidentales secuestrados en Líbano, o que aumentaran su lista de compras en nuestro país para equilibrar un poco nuestra balanza comercial, estructuralmente distorsionada por las compras de petróleo. La respuesta, esperada, era que no tenían la menor idea de dónde podían estar los rehenes, que hacían lo que podían, pero que el asunto no dependía de ellos, y que sí, que estaban dispuestos a aumentar sus compras en España.

La primera noticia que se tiene en Europa de Teherán aparece en el diario de un embajador castellano, Ruy González de Clavijo, enviado por Enrique III a la corte de Tamerlán en 1403, que acertó a pasar un día por lo que entonces era un poblacho y hoy una ciudad grande, fea, destartalada y de tráfico infernal al pie de una montaña de cuatro mil metros, el monte Damavand, por cuya falda trepan los barrios más adinerados de la ciudad. Por ella circulaban

entonces coches americanos de los años setenta llenos de abolladuras, pues la falta de dinero y el aislamiento internacional impedían renovar la flota, igual que les pasaba con los aviones, y eso hacía que viajar por el país no estuviera exento de riesgos. Todavía estaba reciente la guerra con Irak, y sacos terreros protegían los edificios públicos, mientras feroces caricaturas de Sadam Husein adornaban las paredes no ocupadas por los inmensos retratos de Jomeini. Otras ciudades del país, que pude visitar en otros viajes, son maravillosas, y muy especialmente Isfahán y Shiraz, sin olvidar las ruinas de Persépolis, capital del imperio aqueménida de Darío I. Me fascina el país en la misma medida en que me horroriza su régimen. Visitar la ciudad santa de Qom, donde hombres y mujeres van vestidos de negro y ellas de arriba abajo con negros chadores, es una experiencia inolvidable, un paisaje urbano lleno de enormes cucarachas semovientes. Como lo fue la visita al cementerio de los Mártires de Isfahán, con su fuente de agua roja simbolizando la sangre derramada por niños de quince y dieciséis años, cuyas fotos están pegadas a las lápidas. Habían muerto, inocentes, mientras eran utilizados para abrir camino a los blindados en los campos de minas, pues era más barato y reemplazable un niño que un tanque. Me impresionó ver a dos soldados hechos y derechos llorando a lágrima viva en la tumba de Jomeini, de sencillo mármol beis, en el centro de una mezquita a unos 40 kilómetros de Teherán. Mientras las lágrimas resbalaban por sus rostros barbados, sus cuerpos se estremecían en convulsiones que hacían chocar rítmicamente las metralletas que llevaban colgadas del cuello contra las rejas que rodean la sepultura.

Pero si quitábamos a los barbudos descamisados que se habían apoderado del país como reacción frente a la corrupción y a la deriva occidentalizante y contraria a la tradición local del sha —que amenazaba los intereses comerciales del Bazar—, cuando uno ponía los pies en Irán se daba cuenta de que llegaba a un gran país, la cuna de una gran civilización y sede de un antiguo imperio que, con la dinastía safávida, fusionó la identidad persa con la chiita, para convertirse hoy en el líder de un 10 por ciento del total de los musulmanes. Nada que ver con esos países de camelleros/piratas/pescadores de perlas enriquecidos con el petróleo que son hoy en día las petromonarquías del Golfo. Irán puede haberse convertido hoy en una República Islámica, pero eso no es más que un nuevo episodio, coyuntural

como todos los demás, de un país con una larga historia. Y, como me decía un amigo en Teherán: «Somos como juncos. A la fuerza. Ahora nos doblamos para no rompernos porque el vendaval islamista pega fuerte. Pero pasará, como todo pasa, y recuperaremos la posición vertical que siempre hemos tenido». Lo malo es que mientras la tormenta ruge, la gente lo pasa muy mal.

Tuve que viajar mucho a Irán a finales de los ochenta y principios de los noventa por dos asuntos complicados, la *fatua* contra Salman Rushdie, de la que hablaré más adelante, y el encarcelamiento de un marino español, el capitán Rosales.

Su liberación fue muy complicada. Jesús Rosales estaba en prisión desde mayo de 1989 acusado de imprudencia temeraria cuando era segundo oficial del buque petrolero *Minab IV* de la National Iranian Oil Company (NIOC). Al parecer, durante las maniobras de carga y descarga de combustible en el puerto de Bandar Abbás, se produjo un derrame y posterior incendio que causó dieciséis muertos entre pescadores que, a bordo de frágiles embarcaciones, utilizaban infiernillos para freír el pescado de su almuerzo. Una de sus chispas provocó el desastre que también ocasionó daños considerables al propio petrolero y a algunas embarcaciones de los Guardianes de la Revolución, los temibles *pasdarán*. El buque no estaba asegurado, el capitán del barco huyó, Rosales cargó con toda la responsabilidad y fue encarcelado con una posible condena a muerte pendiente sobre su cabeza. Luego nos pidieron hasta dieciséis millones de dólares, un millón por cada víctima del accidente. Llegó un momento en que la negociación consular se bloqueó, no se podía hacer más, no había forma de avanzar hacia su liberación y entonces el ministro Fernández Ordóñez pensó que solo políticamente podríamos encontrar un arreglo y me encargó a mí el asunto. Yo era entonces director general de Política Exterior para África y Oriente Medio y conté con el asesoramiento de Rafael Lobeto, que entonces era director general de la Marina Mercante y que me ilustraba sobre temas que yo desconocía, como la existencia de una mutua de seguros en Londres a la que podríamos recurrir para el pago de una eventual responsabilidad pecuniaria. Lo que no me dijo es que esa mutua sería luego tan dura de pelar.

Viajé a Teherán a finales de mayo de 1990 acompañado por el director general de Asuntos Consulares, Herminio Morales, y con nuestros respectivos subdirectores, Juanjo Urtasun y Pedro Jiménez Nácher. Luis Ayllón se enteró y tituló en *ABC* que «Exteriores hará gestiones en Irán por el capitán Rosales» (28-5-90). Mi intención era explicar que España no podía hacerse cargo de las responsabilidades penales del capitán Rosales, porque eso es algo que el Estado no puede hacer en ningún caso, pero que él era un chivo expiatorio de un buque iraní no asegurado, que el comandante se había fugado y que, en todo caso, este asunto, junto con la condena a Salman Rushdie, hacía imposible relanzar las relaciones bilaterales como ambos países deseábamos. Así se lo expliqué al ministro Velayatí, al viceministro Vaezí y a mi colega Hossein Mousavian. Mi propuesta era que la mutua londinense P&I pagara un millón de dólares —que era lo máximo que aceptaban dar— del dinero del *blood money* que ellos exigían (dinero de la sangre, el que reciben en aquella cultura los familiares de las víctimas de un accidente o asesinato), y que nosotros aceptáramos (aunque sin vinculación formal) hacer cooperación con Irán por el valor que fijara una investigación neutral del accidente, porque no sabía tampoco cómo se había llegado a las cifras hasta entonces adelantadas que hablaban de hasta dieciséis millones de dólares aunque aún no había sentencia firme.

Y allí empezó una negociación que parecía de zoco oriental, que es lo que era. Lo primero que me dijeron es que si España echaba una mano para finalizar las obras de la central nuclear de Bushehr, ellos podrían hacer un «gesto» con Rosales, lo que era tanto como reconocer que lo convertían en rehén de otros intereses, y a eso no estábamos dispuestos a jugar, al margen del pequeño detalle de que el régimen de sanciones impuesto a Irán por la comunidad internacional impedía la cooperación en el ámbito nuclear. Lo único que conseguimos en ese primer viaje fue un principio de entendimiento con Mousavian sobre la base de nuestra propuesta inicial (un millón de dólares que debía pagar la mutua de Londres, más una cantidad por negociar en concepto de cooperación bilateral). También pudimos ver a Rosales en la cárcel del puerto de Bandar Abbás, sobre el golfo Pérsico, una ciudad que te recibe con una bofetada de aire caliente al bajar del avión, y conseguimos que

los iraníes accedieran a su petición de ser trasladado a Teherán, donde los funcionarios de la embajada podrían visitarle más a menudo y prestarle más ayuda. No estaba mal para un primer contacto, pero no era suficiente.

Volví a Irán cinco meses más tarde en un vuelo de Austrian Airlines escuchando el tema de *Maria* de *West Side Story*, de Leonard Bernstein, fallecido el día anterior, el mismo día en que le concedían a Gorbachov el premio Nobel de la Paz. Me alojé en un hotel que, como felpudo de entrada, tenía una enorme bandera norteamericana, de un tamaño tal que había que pisarla sí o sí al salir y entrar, y enfrente, ya en la calle, una gran pancarta de madera animando a destruir a Israel. Para hacer ambiente. El objetivo de este viaje era tratar de averiguar qué pasaba con Rosales, cuyo caso seguía bloqueado, y por qué no avanzábamos en el entendimiento que habíamos hilvanado en mayo Morales y yo.

Tras entrevistarme con todo el mundo, empezando por el ministro Velayatí, a quien hice entrega de una carta de Fernández Ordóñez nombrándome su representante personal para negociar una solución para el caso Rosales, saqué la clara impresión de que en el Ministerio de Asuntos Exteriores eran favorables al acuerdo con nosotros, pero no tenían suficiente fuerza frente a los Guardianes de la Revolución, que constituyen un auténtico Estado dentro del Estado iraní, y esto era una mala noticia porque si el asunto se convertía en una lucha política interna entre «moderados» y «radicales», estaba claro que los perdedores seríamos nosotros. Por eso cogí el toro por los cuernos, y con el embajador José María Sierra me fui al cuartel general de los *pasdarán* a ver al jefe de Estado Mayor de su Marina, el comandante Ahmadián, un hombre con mucho poder en la República Islámica y que se consideraba directamente perjudicado porque algunas embarcaciones suyas habían resultado dañadas en el accidente del *Minab IV*. Su cuartel estaba ubicado en un barrio bastante alejado, al este de Teherán. Desconocer el barrio y el endiablado tráfico de la ciudad no nos ayudaron, y tras una hora y cuarto en el coche llegamos a la cita con algo más de diez minutos de retraso. Me impresionó lo que vi al llegar. En un país donde casi todos van bastante mal trajeados y, por qué no decirlo, con bastante mala pinta, aquellos *pasdarán* iban como pinceles, con uniformes que parecían recién planchados, un pañuelo azul celeste en torno al cuello y guantes blancos impolutos. Daban

una imagen de orden y disciplina muy superiores a las del ejército profesional. Ahmadián, puntilloso como buen iraní, nos hizo esperar exactamente otros diez minutos antes de recibirnos, sin duda para compensar el plantón que involuntariamente le habíamos dado nosotros.

El comandante era un hombre de unos treinta y cinco o cuarenta años y llevaba un uniforme verde sin distintivos, salvo una minúscula estrella en el antebrazo izquierdo (yo no logré verla y eso que la busqué; me lo contó luego el embajador). Desde el primer momento se negó a hablar del principio de acuerdo que yo había logrado en mayo con Mousavian, y eso me dio muy mala espina. Ahmadián me dio un ultimátum diciendo que no se apearián de los ocho millones de dólares, y que si no se los podíamos dar en efectivo (opción preferida), aceptarían material militar y en concreto unas lanchas artilladas por las que ya hacía tiempo habían mostrado interés con la Empresa Nacional Bazán y que los embargos impuestos por las Naciones Unidas habían impedido venderles. Añadió que solo después de firmar una carta de intenciones con nosotros se dirigirían al ayatolá Yazdi (jefe del Poder Judicial) renunciando a ulteriores reclamaciones y permitiendo así la liberación de Rosales. Le contesté que España no podía pagar los ocho millones que nos pedían porque es política del Estado no asumir las posibles responsabilidades de sus ciudadanos en el extranjero, y que darles lanchas artilladas tampoco era posible por el embargo de armas que pesaba sobre la República Islámica y que nosotros no podíamos violar, como él debía comprender. Entonces él se cerró en banda y rechazó considerar siquiera la posibilidad remota de aceptar alguna forma de cooperación como ambulancias o tiendas de campaña, que es algo que se me ocurrió poner sobre la mesa con la esperanza de que, si mis superiores lo autorizaran, podría vestirse de ayuda humanitaria. Salí de allí con muy malas vibraciones.

Visité a Rosales en la siniestra cárcel de Evin, construida por el sha al norte de Teherán, que te recibe con un jardín de árboles y flores y también con mujeres (me dijeron que eran «drogadictas») que cumplían su detención tejiendo alfombras en una sala próxima a la puerta de entrada y en un ambiente aparentemente agradable pues las hacían cantar al trabajar, mientras en dependencias traseras torturan y ejecutan a prisioneros políticos y comunes por igual. En Irán se ejecutó en 2016 nada menos que a 567 personas, según

Amnistía Internacional, la tasa más alta del mundo per cápita. El director de la prisión, que me enseñó los jardines y la piscina como si de un hotel de lujo se tratara (aunque la piscina estaba llena de patos), tenía tan mala pinta que me cambiaría de acera si una noche me lo cruzara por la calle. Me informó de que nunca nadie había escapado de Evin y que solo una vez lo había intentado un afgano, «que son tremendos». No me dijo si lo logró y yo no pregunté. Encontré a Jesús Rosales animado y hecho un toro pues, a falta de otras ocupaciones, no paraba de hacer ejercicio físico en su celda, de la que apenas le dejaban salir, aunque lógicamente inquieto por su situación y deseoso de que encontráramos una forma de traerle a España. Un funcionario de la embajada le visitaba cada catorce días y le llevaba prensa y comida, lo que era una clara mejoría con respecto a su situación en Bandar Abbás. Pero solo conseguí del director de la prisión que se comprometiera a «estudiar con mucho interés» permitirle salir de la celda cada quince días (como hacía en Bandar Abbás) o hablar por teléfono con su familia. Me di cuenta de que esa era una decisión que él no podía tomar.

Regresé a Madrid con malas impresiones, aunque procuré ocultarlas en la visita que me hizo en diciembre su esposa, Mayte Suárez, que me dijo que había pedido clemencia al líder supremo, el ayatolá Jamenei, y que el embajador iraní en Madrid, Zifan, estaba intentando conseguirle una audiencia con él, a cuyo efecto estaba dispuesta a viajar a Teherán. Durante los meses siguientes hubo frecuentes contactos a través de los embajadores respectivos (en nuestro caso, José María Sierra fue sustituido por mi compañero de promoción Fernando Belloso, que también se desvivió con este asunto), y también hubo otras iniciativas un poco a la desesperada que no dieron los resultados apetecidos, y poco a poco se fue dibujando un escenario que me iba dejando claro que el tema se había convertido en una pugna política interna entre facciones iraníes, que es precisamente lo que yo más temía.

El 25 de agosto de 1991 se dictó por fin sentencia contra el capitán Rosales, que le condenaba al pago de un millón de dólares para las víctimas (siete millones de riales por hombre y 3,5 por mujer) y al pago de otros ocho millones más por los daños sufridos por los *pasdarán*. Todo esto me dejaba claro que Rosales no saldría si no se pagaba el millón del *blood money* (en aplicación del principio de ojo por ojo) y que ese dinero teníamos que

adelantarlo nosotros, aunque luego podríamos recuperarlo de la mutua británica P&I, que exigía garantías de que no habría ulteriores reclamaciones. También me quedó claro que los *pasdarán* no renunciaban a los otros ocho millones que reclamaban y que nosotros no podíamos pagar, que el asunto se había teñido de política interna iraní y que el viaje del ministro Fernández Ordóñez, previsto para fines de octubre de aquel mismo año en el marco de una gira por Oriente Medio, podía ofrecer una oportunidad única para obtener el impulso político que los moderados necesitaban con el fin de resolver el contencioso frente al bando de los intransigentes, dirigidos por los Guardianes de la Revolución. Si dejábamos pasar esa oportunidad, Jesús Rosales se pudriría en la cárcel de Evin.

Entonces decidí hacer otro viaje a Teherán del 7 al 11 de octubre, en esta ocasión con el nuevo director de Asuntos Consulares, José Ignacio Carbajal, y con el de Relaciones Económicas Internacionales, José Ramón Barañano, con la excusa de preparar la visita de Fernández Ordóñez, aunque el objetivo real era usar aquella visita para resolver de una vez el asunto de Rosales. Me encontré con que el ministro iraní de Exteriores, Velayatí, coincidía conmigo en que era entonces o nunca, y nos pusimos a remar juntos sin saber si tendríamos la fuerza suficiente para lograrlo frente a los *pasdarán* y los elementos más duros del país. Lo primero que constaté es que no valía la pena insistir en el acuerdo de mayo del año anterior con Mousavian, del que por una parte los iraníes no querían oír hablar mientras que por otra nos culpaban de su fracaso, lo que no dejaba de ser una incongruencia. De hecho, por esas fechas Felipe González recibió una dura carta del presidente Rafsanyaní echándome a mí la culpa del retraso por «haber incumplido un acuerdo», cuando eran ellos los culpables, como probaba que hubieran cortado la cabeza del pobre Mousavian, que quedaba como chivo expiatorio de todo este asunto. Y ahora querían cortar también la mía. Durante la recepción del 12 de octubre en el Palacio Real, Felipe González me contó que había visto al embajador de Irán, con quien había abordado el tema y que le había dicho que la carta de Rafsanyaní «tenía párrafos que no se ajustaban a la realidad». Pero ya se sabe que en Oriente Medio las negociaciones son diferentes y uno se desdice con mucha facilidad de lo que ha asegurado el día anterior. Lo que aquí había pasado es que los Guardianes de la Revolución habían rechazado nuestro

principio de acuerdo y decidieron echarnos la culpa a nosotros del incumplimiento de la palabra que nos había dado Mousavian. Así son las cosas por aquellas latitudes, donde engañar al infiel (nosotros, en este caso) no solo no estaba mal sino que era bien visto en las alturas. A eso lo llaman *taqiyya* y es todo un arte.

Durante ese viaje tuvimos reuniones que nos permitieron avanzar con el ministro Velayatí, con el abogado de las víctimas iraníes del accidente, Boukharí, y con mi nuevo colega en Exteriores, Assefí. También con Sourí, presidente de la National Iranian Transport Company y con varios otros, en una auténtica negociación de bazar con mucho té, con mucho pistacho y con mucha ambigüedad.

Cuando regresé a Madrid, comenté largamente el caso con el ministro y le recomendé adelantar excepcionalmente el dinero que luego nos devolvería la mutua londinense. No se trataba de que pagáramos nosotros, asumiendo las responsabilidades de un particular, sino de adelantar un dinero que luego íbamos a recuperar. Era la única posibilidad. En juego estaba la libertad de un compatriota prisionero de pugnas políticas internas en un país lejano y nada fácil. Fernández Ordóñez me dio luz verde y yo viajé con él el día 13 de octubre en el *Mystère* hasta Amán, donde hacía la primera parada de su gira por Oriente Medio, para dejarle allí y continuar yo luego hacia Teherán en el mismo avión con José Ignacio Carbajal y con un par de maletines con un millón de dólares en efectivo (en un maletín normal caben «solo» 600.000 dólares en billetes de cien, como pude comprobar). Como en las películas de espías o de contrabandistas. El avión aparcó en un lugar discreto del aeropuerto, y el embajador, Fernando Belloso, nos recogió con su coche en la misma pista. El *Mystère* nos esperaría como mucho hasta las cuatro de la tarde del día siguiente, pues tenía que regresar a Damasco para recoger al ministro y permitirle continuar su gira. Mientras nos sellaban los pasaportes diplomáticos para evitarnos problemas a la salida, esperábamos en una salita del aeropuerto con nuestros maletines viendo por la televisión un discurso de Jomeini, que parecía reñir al auditorio y que el policía que nos acompañaba miraba con lágrimas en los ojos. Jomeini era como un Dios para aquella gente.

Al día siguiente, el 14, uno de los más largos y emotivos de mi vida, fue una locura porque para empezar, mi interlocutor de la semana anterior, Assefi, se había ido de viaje y nadie parecía atreverse en su ausencia con un tema que era pura dinamita en la política interna iraní. ¿Se habría quitado de en medio para que no le ocurriera lo que le había pasado a Mousavian? No lo descarto en absoluto. Al cabo de un tiempo de espera se nos dijo que no era preciso pasar por el ministerio y que fuéramos directamente al banco a pagar, algo a lo que me negué porque quería tener una carta del ministro Velayatí o una nota verbal del ministerio reconociendo el pago y eximiéndonos de ulteriores reclamaciones. Tras un cierto desconcierto de idas y consultas, nos recibió Musaví, subdirector general de Europa, que nos dijo que Velayatí no podía hacer la carta que le pedíamos sin un previo informe de su Asesoría Jurídica y que tardaría tiempo, pero que podían hacernos una nota verbal —y por lo tanto formal— en los términos que necesitábamos. Aceptamos la propuesta y nos fuimos al Banco Nacional de Irán, donde nos pasamos las cinco horas siguientes, desde las diez de la mañana hasta las tres de la tarde, la mar de entretenidos contando el dinero, billete a billete, con los funcionarios del banco. Como suena.

Allí llegó el momento de repartirnos los papeles, y mientras José Ignacio hacía de «malo» (que se le daba de cine porque había vivido recientemente en Londres y sabía soltar impertinencias con la naturalidad de un inglés de clase alta), yo hacía el papel de «bueno» y de conciliador, mientras que el embajador, Fernando Beloso, se ocupaba de toda la intendencia, ya que pretendíamos finalizar antes de las cuatro de la tarde para meter a Rosales en el *Mystère* y que saliera rumbo a Amán, donde estaría Fernández Ordóñez aguardándole. El avión no podía esperar más tiempo. Pero eso no contaba con los iraníes, que miraban billete a billete (supongo que para confirmar que todos eran de cien dólares y no habíamos metido entre ellos otros de valor inferior) y que luego pasaban por tres máquinas diferentes que rechazaban los más viejos o arrugados y había que empezar de nuevo. También había que negociar el recibo del banco, que nosotros queríamos a favor del Ministerio de Asuntos Exteriores y ellos de la embajada. Fue de locos, pues cuando no se iban a comer, paraban para rezar o simplemente estaban de mal café.

Los tres tuvimos la sensación constante de negociar sobre arenas movedizas. ¡Mira que si algo se torcía y no sacábamos a Rosales de la cárcel después de haber entregado un dinero del que tampoco conseguíamos que nos dieran un recibo para presentar ante la mutua de Londres! Mentiría si dijera que no fue un día tenso y de muchos nervios, como por ejemplo cuando al finalizar el interminable recuento del dinero llegaron unos individuos que cogieron los fajos para llevárselos. Yo no estaba en la habitación en aquel momento, pero tanto José Ignacio como Fernando se opusieron a perder el dinero de vista sin que se les diera un recibo. Esto irritó a los iraníes, que nos acusaron de «falta de confianza». ¡Como si la situación estuviera para confianzas con aquella gente! Entonces regresé yo y me ofrecí a ir a buscar el recibo para ganar tiempo. El problema consistía en que ni estaba hecho ni nadie lo estaba preparando, entre otras razones porque quien debía hacerlo se había ido a comer. Decidí ir al restaurante a buscarle y mientras hacían las oportunas averiguaciones sobre cuál era el restaurante que había elegido, apareció nuestro hombre al que alguien debía de haber avisado. El recibo se hizo deprisa una vez que se resolvió el peliagudo problema de decidir quién debía aparecer como librado, si el Ministerio de Asuntos Exteriores de España —como era la realidad y como aparecía en las notas verbales intercambiadas— o la embajada, como preferían ellos, que no aceptaban un librado sin base física en el país. Al final el dinero lo recibió el Ministerio de Asuntos Exteriores por intermedio de la Embajada de España en la República Islámica de Irán. ¡El huevo de Colón!

A todas estas se había hecho tarde y el *Mystère* tuvo que levantar el vuelo hacia Amán porque en Damasco esperaban a Fernández Ordóñez a las ocho de la tarde y era imposible esperar más. No habíamos conseguido nuestro propósito de meter en él a nuestro prisionero, y entonces Fernando Belloso se fue a buscar dos pasajes para Rosales y para José Ignacio Carbajal en el primer vuelo de un avión no iraní que saliera hacia Europa aquella misma noche.

Teóricamente, una vez hecho el pago, debíamos ir al Ministerio de Asuntos Exteriores para recoger la nota verbal (hubo que renegociar aún algún párrafo) e ir a la cárcel de Evin a buscar a Rosales. Fue en ese momento cuando nos dijeron que de eso nada, que antes teníamos que entregar una copia

del recibo del dinero al ayatolá Yazdí, el jefe del Poder Judicial, y tras ello recoger la orden de excarcelación de Rosales en el Ministerio de Justicia. Era una carrera de obstáculos a contrarreloj. Solo tuvimos esa orden a las seis de la tarde y el hambre se dejaba notar porque no habíamos comido nada desde el desayuno, que había sido muy frugal. Alguien nos trajo entonces unos bocadillos de pollo con botes de zumo de grosella, que es una original combinación en la que nunca habría pensado yo solo y que no me permito recomendar a nadie. Desgraciadamente, los ayatolás no eran partidarios de la cerveza o del vino tinto, que tanto alabó en su día el mayor poeta iraní, Omar Jayam.

Y por fin llegó el momento de ir a la prisión de Evin. Allí nos metieron en una sala con pasteles hechos por los reclusos, según nos explicaron con un toque siniestro, y debía de seguir con hambre porque me parecieron muy ricos. Alguien nos anunció que el director de la cárcel vendría en cuanto terminara con sus oraciones vespertinas, pues por lo visto no se perdía rezo entre torturas y ahorcados. Cuando llegó, eran casi las ocho de la tarde, y un rato después entró Rosales en la habitación. Abrazos y emoción contenida; recuerdo que le dije que había incumplido la palabra que le había dado en mi última visita, en el sentido de que aquella sería la última vez que le vería en Evin, pues allí estábamos de nuevo. Me temo que no estaba para bromas y, por los nervios, creo que tampoco entendió lo que le decía. Luego se montó conmigo en el coche y me dijo «esto está muy bien, pero yo no me fío hasta que no me vea en la embajada». Le confirmé que hacia allí íbamos y fue en ese momento, dentro del coche, cuando dio rienda suelta a su emoción, hasta entonces bastante contenida.

Debían de ser las nueve y media de la noche cuando llegamos a la residencia del embajador Fernando Belloso, quien descorchó una botella de cava para celebrar la liberación. Entonces le puse un telegrama a Rafael Spottorno, jefe del Gabinete del ministro, que estaba con él en Damasco, y le decía textualmente: «Paquete está por fin en Residencia. Ha sido kafkiano. Si no hay más dificultades se lo llevará José Ignacio Carbajal esta noche hacia Madrid por Lufthansa vía Frankfurt. Llegada a Madrid está prevista a las 12.05 horas mañana». Y luego pedía instrucciones sobre la forma en que deseaban hacer pública la noticia de la liberación para coordinarnos con los

iraníes al respecto. Tras eso cenamos y caímos en la cuenta de que esa era la primera comida caliente que José Ignacio y yo hacíamos en cuarenta y ocho horas. Rosales, muy excitado, hablaba sin parar y no se quejaba de la cárcel, ni del aislamiento en que transcurrió su internamiento, ni de Irán, ni de sus carceleros, ni de nadie. Se quejaba, y con mucha razón, de que la naviera para la que trabajaba no solo no le hubiera ayudado sino que hubiera obstaculizado su liberación cuanto había podido.

Después de cenar, los secretarios de la embajada, Eduardo López-Busquets y José María Matres, salieron hacia el aeropuerto con los pasajes y las maletas de Carbajal y de Rosales para tramitar su salida con aduanas y pasaportes, no tener que esperar luego y evitar posibles contratiempos de última hora. Mientras, los demás seguíamos con las celebraciones y haciéndonos fotos para el recuerdo de un día que para todos sería inolvidable. Y muy largo. Tras no pocos esfuerzos, logramos comunicar por teléfono con la embajada en Damasco, y el ministro Fernández Ordóñez pudo hablar con Rosales. Decidió no dar la noticia a los medios hasta que el avión de Lufthansa estuviera en vuelo. Era pura prudencia, pues no nos fiábamos ni un pelo de aquella gente y no queríamos sorpresas de última hora.

Y sin embargo pudo haberlas porque en plena euforia, y cuando pensábamos que todo estaba ya arreglado, llegó una llamada del aeropuerto que nos dejó helados. Al parecer, la policía de fronteras no aceptaba el pasaporte de Rosales porque en él no figuraba ni visado ni tampón justificativo de su entrada en el país y, en consecuencia, no querían dejarle salir. ¡Lo que nos faltaba! Vimos resurgir viejos fantasmas. ¿Se habrían enterado del acuerdo los *pasdarán* y estarían poniendo dificultades al no ver satisfecha su exigencia de ocho millones de dólares por daños sufridos en sus embarcaciones? A Rosales no le dijimos una palabra de esto para no amargarle la noche, al menos no antes de tiempo. Afortunadamente y tras mucha palabrería y quizás algo más, mis compañeros Eduardo López-Busquets y Pepe Matres (que habla farsi) lograron convencer a los policías de fronteras mostrándoles una nueva nota verbal que negociamos a toda prisa con el ministerio iraní a eso de la una de la madrugada. El trabajo de la embajada dirigida por Fernando Belloso no pudo ser más eficaz.

Por fin, a las 2.50 de madrugada, Fernando y yo acompañamos a Rosales y Carbajal hasta el mismo avión y hasta allí nos acompañaron también las emociones de última hora, pues nuestro microbús casi chocó con otro en la misma pista de despegue donde fueron las últimas despedidas. Solo nos hubiera faltado eso. Estaba deseando que aquello terminara y que el avión levantara el vuelo de una vez con Rosales dentro. Cuando por fin lo hizo, Fernando y yo regresamos eufóricos a la embajada, desde donde telefoneé a Juan Leña, director de la Oficina de Información Diplomática, para que le diera la noticia al ministro y luego a los medios. Y nos tomamos ambos un buen *whisky*.

El asunto Rosales estaba por fin solucionado tras dos largos años de esfuerzos, y quedaba expedita la visita del ministro a Teherán, prevista para el día siguiente. Sin ella y la fuerza que dio al sector «aperturista», nunca habiéramos vencido la resistencia de los *pasdarán*, que yo creo que se vieron sorprendidos por la rapidez con la que todo se desarrolló en la última semana. Luego la mutua P&I nos devolvió el millón de dólares que habíamos adelantado, y los Guardianes de la Revolución siguieron reclamando los ocho millones que exigían y que nunca les dimos. Hasta hoy.

Nunca en mi vida profesional he vuelto a tener esa sensación incómoda que tuve durante los dos años que procuré la liberación de Jesús Rosales; la sensación de estar negociando sobre arenas movedizas. Nada era seguro, todo podía acabar sucediendo de cierta forma... si se daban otros presupuestos que dependían de no se sabía quién ni qué y que uno nunca acababa de controlar. Pero certezas, ninguna. Nos basamos en esperanzas, en convicciones y en cálculos de lo que los otros pensaban y querían... y de lo que nosotros podíamos hacer. Como en una partida de ajedrez. Y salió bien. Pero en ningún momento las tuve todas conmigo, ni mucho menos.

Y de repente me entró un cansancio horrible. La adrenalina se esfumó. Eran las cuatro de la mañana y no podía con mi alma. Esa noche dormí como un tronco.

EN ÁFRICA AUSTRAL

El continente africano no ha figurado históricamente entre nuestras prioridades en política exterior, al margen del Magreb (Marruecos y Argelia, principalmente), donde siempre nos hemos jugado mucho. Solo recientemente, con la llegada de cayucos y pateras a Canarias, comenzamos a poner en pie una política de cooperación al desarrollo que nos ha llevado a implicarnos seriamente en la fachada atlántica del continente, en países como Mauritania, Senegal, Gambia y un poco más allá en Mali, Níger, etc. Por eso, según me dijo un día Hillary Clinton cuando era secretaria de Estado, Estados Unidos nos veía como «potencia con creciente influencia en la región del África occidental». Tenía razón.

En los años en los que fui director general de Política Exterior para África y Oriente Medio, la zona austral del continente estaba que echaba chispas por las guerras civiles de Angola y de Mozambique (azuzadas desde el exterior), la lucha por la liberación de Namibia y el fin del régimen de *apartheid* en la República Sudafricana. No eran asuntos inconexos, pero mentiría si dijera que nos quitaban el sueño porque la verdad es que era una zona que nos quedaba lejos para lo que eran nuestras posibilidades en aquel momento. Aun así, teníamos allí intereses en petróleo (Angola), en cooperación (Mozambique y Angola) y en pesca (Namibia), y la joven democracia española tampoco podía ser ajena a las gravísimas violaciones de derechos humanos que se producían en Sudáfrica, uno de los grandes países del continente. Eso nos obligó a implicarnos en África austral.

Namibia había sido una colonia alemana y luego un mandato encomendado a Sudáfrica por la Sociedad de Naciones al finalizar la Primera Guerra Mundial. La independencia le llegó el 21 de marzo de 1990 después de

años de lucha por la libertad encabezada por la Organización del Pueblo de África del Sudoeste (SWAPO) que lideraba Sam Nujoma. Su llegada coincidió con la primavera en medio de un entusiasmo generalizado y de un desbarajuste como pocas veces he visto, pues los sudafricanos no ayudaban, y los namibios simplemente no eran capaces de gestionar la llegada de cien delegaciones extranjeras, ya que nadie quería perderse el acontecimiento. Para empezar, el mismo día en que se proclamaba la independencia, los sudafricanos se retiraron del aeropuerto de la capital, Windhoek, y la gente robó todos los focos que señalizaban las pistas de aterrizaje. También se habían ido los controladores cuando nosotros llegamos, y los aterrizajes eran a ojo. Y así todo.

La delegación que presidía el ministro Francisco Fernández Ordóñez fue recibida en el mismo aeropuerto donde nos acabábamos de jugar la vida por Sam Nujoma, el flamante nuevo presidente de Namibia, que estaba significativamente acompañado de su ministro de Pesca, Hanekon, para que nos enteráramos de por dónde iban a ir los tiros. Y allí mismo nos dijeron sin anestesia que se había acabado la fiesta para nuestros barcos merluceros, que llevaban años pescando en sus aguas gracias a un acuerdo con la República Sudafricana. La cuota que tenían asignada era de 150.000 toneladas anuales, pero según decía todo el mundo, la sobrepasaban con creces, pues los sudafricanos no vigilaban con excesivo interés, y el problema es que a los namibios no les llegaba ni una perra del dinero que se embolsaban en Ciudad del Cabo. Pepe Loira, secretario general de Pesca, que nos acompañaba en el viaje para dejar también claros cuáles eran nuestros intereses, puso el grito en el cielo cuando además nos dijeron que iban a extender la Zona Económica Exclusiva a doscientas millas. Yo sabía que esto iba a pasar o era muy probable que pasara cuando la SWAPO tomara las riendas del país, y mi dirección general llevaba tiempo advirtiéndolo. Incluso había organizado unos meses antes una reunión en el ministerio con los empresarios pesqueros más importantes y les sugerí que, entre todos, para festejar la independencia de Namibia, le regalasen a Sam Nujoma un aviocar de segunda mano, que además les salía muy barato porque ya estaba en Namibia, al ser uno de los que utilizaban nuestros aviadores allí destacados por la ONU. A Nujoma le entusiasmaba ese avión, que conocía bien por esa misma razón y me lo había

pedido para utilizarlo como su avión presidencial. Pero el ministerio no tenía dinero para esas cosas y, cuando se lo pedí a los empresarios, se me rieron en la cara y ninguno quiso abrir la cartera. Ahora iban a ver las consecuencias.

Fue muy emotivo ver arriar la bandera sudafricana del estadio mientras se izaba la verde, azul y roja de Namibia en medio de un entusiasmo delirante de la multitud. La fiesta terminó con un pintoresco desfile popular donde era bonito ver a negros y blancos mezclados en un alegre ambiente de fiesta, junto con representantes de todas las tribus del país con sus atuendos más vistosos que se exhibían alegremente por la arteria principal de Windhoek, Kaiserstrasse, a la que supongo que ahora ya le habrán cambiado el nombre en aplicación de la versión local de la memoria histórica.

En Windhoek visitamos la base del destacamento de aviocares españoles que habían formado parte del Grupo de Asistencia de las Naciones Unidas para el Período de Transición (GANUPT) para supervisar el proceso de independencia. Los pilotos y el personal de mantenimiento habían hecho un trabajo muy profesional, según nos decían todos, comenzando por el jefe de la misión, Martti Ahtisaari, que luego sería presidente de Finlandia y que recibiría en 2008 el premio Nobel de la Paz por su labor humanitaria en varios continentes. Realmente da gusto oír hablar bien de las misiones que llevan a cabo nuestros militares en apoyo de la paz en el mundo, pues siempre he oído elogios a su trabajo en Namibia, en Bosnia-Herzegovina, en Angola, en Líbano... y lo mismo me decían los compañeros que seguían su labor en tierras americanas.

Antes de regresar a España fuimos recibidos por Frederik de Klerk, presidente de Sudáfrica, y por su ministro de Exteriores, Pik Botha. Fue una conversación de gran altura política en la que Fernández Ordóñez los animó a seguir por la vía que habían emprendido con su valiente discurso de apenas un mes antes (2 de febrero de 1990) para abolir el régimen de *apartheid* y, llevado por el entusiasmo del momento, el ministro invitó a De Klerk a visitar oficialmente España. En el vuelo de regreso estaba preocupado y repetía: «Espero que a Felipe le parezca bien».

Porque la realidad es que la independencia de Namibia era solo la consecuencia de un terremoto regional que pasaba por el fin del régimen de *apartheid* en la República Sudafricana y por el final de la guerra civil en

Angola entre el Movimiento Popular de Liberación de Angola (MPLA), muy apoyado por Cuba, y la guerrilla de la Unión Nacional para la Independencia Total de Angola (UNITA), que sostenía Johannesburgo. Todos estos fenómenos estaban estrechamente vinculados entre sí. Desde mi puesto como director general de África pude seguir muy de cerca el proceso de desmantelamiento del régimen *apartheid*, contribuyendo cuanto modestamente pude, de la misma forma que fue muy importante nuestro apoyo al MPLA angoleño frente a la ofensiva final de UNITA.

Por una afortunada casualidad, yo había viajado a Lusaka, Zambia, para ver a los líderes del African National Congress (ANC) sudafricano al mismo tiempo que De Klerk pronunciaba el famoso discurso que había motivado su invitación a España por parte de Fernández Ordóñez. El ANC era todavía un partido ilegal en Sudáfrica, y tenía en el exilio de Lusaka su cuartel general. Uno de los principales líderes guerrilleros era Alfred Nzo, un hombre de ojos fríos y duros que me pidió dos cosas: que mantuviéramos la mayor presión posible sobre Sudáfrica y que les dejáramos abrir una oficina en Madrid, a lo que estábamos bien dispuestos, pero no nos dio tiempo por la rapidez con la que cambió la situación política en su país. De hecho, lo que me ocurrió fue peor aún porque, cuando poco tiempo después de este encuentro, unos miembros del ANC vinieron a Madrid a verme para hablar del tema, la policía detuvo a dos de ellos en plena Gran Vía mientras esperaban en la acera a que yo pasara a recogerlos en mi coche. ¡Y eran mis invitados! Como al llegar no estaban, pregunté por ellos en el hotel donde se alojaban y allí me contaron que estaban esperándome cuando pasó un coche de la policía que se los había llevado, momento en el que se había formado un pequeño revuelo. No me lo podía creer. Fui rápidamente a buscarlos a la comisaría, y al preguntar por la razón de su detención, me contestaron que simplemente «les habían parecido sospechosos». Eso es algo que nunca hubiera ocurrido con dos blancos en la misma acera. ¡Qué vergüenza! En ese viaje a Lusaka me encontré también con el reverendo Allan Boesak, que abogó por un boicot aéreo de Europa a Sudáfrica diciendo que no tuviéramos reparo en imponerlo porque «los únicos negros perjudicados seremos el arzobispo Tutu y yo mismo, porque somos los únicos a los que nos permiten viajar». Le conté a Tutu la anécdota tiempo más tarde en Ciudad del Cabo y rió con ganas.

También tuve ocasión de ver a Kenneth Kaunda, el presidente de Zambia, que era todo un personaje. Considerado uno de los últimos «sabios de África», de los grandes líderes que han luchado contra el colonialismo y han llevado a sus países a la independencia, como Senghor, Chissano, Neto, Nyerere, Lumumba... Kaunda llevaba siempre un pañuelo desplegado en la mano izquierda y enganchado a un anillo, con el que señalaba, se abanicaba o simplemente se adornaba... me recordaba al personaje Linus de la tira cómica *Charlie Brown* de Schulz. Le gustaba cantar y lo hacía bien. Una vez inauguró una reunión de la Southern Africa Development Cooperation Conference (SADCC) entonando el precioso himno a África que corearon todos los delegados de ese continente, y luego interrumpió su discurso con otra canción cuando hablaba de la independencia de Namibia. Este hombre comenzaba hablando, cantaba algo, luego volvía a hablar... Cuando decidió entonar el himno nacional de su país, cada vez que Kaunda gritaba: «¡Zambia!» y agitaba el pañuelo, los miembros de su delegación (todos vestidos con uniforme mao) se levantaban rítmica y casi militarmente de sus asientos para responder sucesivamente: «Zambia, *one country!*»; «Zambia, *one revolution!*»; «Zambia, *one leader!*». Inenarrable. Kaunda nos ofreció una recepción en su magnífica residencia, que había sido también la casa del último gobernador británico y que exhibía en el centro del zaguán de entrada un gigantesco león disecado en actitud de saltar en ataque, colmillos descubiertos y garras al aire. Impresionaba. La casa tenía un parque y un campo de golf privado de nueve hoyos donde había animales sueltos entre los que vi gacelas Thomson, pavos reales, cebras... Pero no me invitó a jugar.

El caso es que estaba en Zambia en plena reunión con Nzo y otros dirigentes del ANC cuando nos llegó la noticia del revolucionario anuncio de De Klerk, el famoso discurso que lo cambió todo y en el que anunciaba el fin del *apartheid* y la legalización del ANC, cuya cúpula, puedo dar fe, no tenía la menor idea de lo que iba a pasar. Lo juro. Fue un momento histórico. Había que ver sus caras de incredulidad, primero, y de desbordante alegría, después. Se interrumpió allí mismo la reunión que tenían conmigo, se levantaron, se abrazaban, lloraban, reían... y salieron disparados por la puerta para regresar a Sudáfrica. Y me dejaron solo. El anuncio de De Klerk los pilló a todos con

el pie cambiado, y tampoco pensaba nadie que las cosas se fueran a mover a partir de entonces a la velocidad con la que lo hicieron. De hecho, Nelson Mandela fue liberado pocos días más tarde.

Mientras tanto, la violencia política era terrible y los dos bandos enfrentados cometían todo tipo de salvajadas. Un día recibí en mi casa de Madrid un vídeo en VHS de título aparentemente inocente sobre «el proceso sudafricano hacia la libertad», o algo parecido, que por fortuna me puse a ver en un momento en que estaba solo y sin niños cerca. No pude terminarlo, tuve que quitarlo a los pocos minutos de tan terribles como eran las atrocidades filmadas en directo y en él reproducidas. Lo que me hizo desconectar el aparato fue el linchamiento por parte de otros negros de uno acusado de colaboracionista con los blancos. Tras darle una paliza que le dejó medio muerto, le colocaron un neumático al cuello y le prendieron fuego. No pude soportar ni la película ni su banda sonora. Al parecer, el responsable de aquella atrocidad era un grupo del ANC vinculado a Winnie Mandela. Y creo que fue un grupo de blancos favorables al *apartheid* el que me lo hizo llegar como prueba del «salvajismo» de la mayoría negra.

Apenas un mes después del histórico discurso de De Klerk y de la reunión interrumpida en Lusaka, viajé a Ciudad del Cabo con el secretario general de Política Exterior, Fernando PerpiñáRobert. Fue un viaje en el que nos encontramos con todos los que entonces pintaban algo en el proceso de desmantelamiento del régimen de *apartheid* y de instauración de la democracia en Sudáfrica. El momento no podía ser mejor. Nos entrevistamos con Van Heerden, número dos del Ministerio de Exteriores y verdadero artífice de la independencia de Namibia y de la salida de los cubanos de Angola, un afrikáner de tosca apariencia (enorme, manos de leñador, parecía tallado a escoplo) que escondía una mente inteligente y flexible; con Denis Worrall, del atractivo Partido Democrático («hemos asombrado al mundo... y a nosotros mismos. Ahora debemos tranquilizar el miedo de los blancos de este país»); Walter Sisulu, uno de los grandes líderes del ANC, un hombre de setenta y seis años que había pasado veintiséis en la cárcel, casi tantos como el propio Mandela, pero que a diferencia de este no conseguía perdonar con la misma generosidad. Inspiraba respeto, reconoció que el ANC había sido pillado totalmente por sorpresa con el anuncio de apertura y cambio de De

Klerk, del que todavía desconfiaba, y me sorprendió que hablara en plural mayestático: «*We have been in jail*» (hemos estado en prisión); con el arzobispo Desmond Tutu, que en cambio estaba convencido del carácter irreversible del proceso emprendido, simpático, extrovertido, masticaba chicle continuamente, se quejaba de sufrir ataques de gota y nos recibió en su despacho de Bishop's Court, frente a la trasera de la majestuosa Table Mountain que señorea sobre Ciudad del Cabo. Tenía en el cuarto una pecera grande y un cartel del ballet afroamericano Alvin Ailey en la pared. Acabaría recibiendo el premio Nobel de la Paz en 1994 por su lucha contra el *apartheid* y por su gran labor en pro de la reconciliación nacional.

Un par de años más tarde tuve por fin ocasión de conocer a Nelson Mandela, *Madiba*, como le llamaban sus próximos, y no tengo empacho alguno en reconocer que es la personalidad que más me ha impresionado de cuantas he tratado durante mis años de actividad diplomática porque combinaba genio político con valor moral. Tenía aspecto de un gran señor, con una presencia que llenaba el espacio en el que se hallaba, eso que se llama carisma y que le salía por los poros. Me llamó la atención su porte, una elegancia natural que irradiaba sin afectación alguna; me deslumbró su hablar mesurado en un inglés de suave entonación, ese señorío con el que se nace o no se adquiere nunca, y me impresionó sobre todo su epopeya. En cierta ocasión dijo que «después de escalar una montaña muy alta descubres que hay muchas otras montañas por escalar», y creo que ese es un buen resumen de su trayectoria vital que empleó en enfrentar la opresión, pues hubo muchos ochomiles en su vida, y todos los superó con esfuerzo y con generosidad. Mandela cambió el curso de la historia del siglo XX y lo hizo sin violencia, apelando más a la persuasión que a la imposición.

Nuestro encuentro se produjo cuando vino a Madrid el 22 de julio de 1991. Fernández Ordóñez ofreció un almuerzo en su honor en el palacio de Viana, al que asistió con la que entonces era su esposa, Winnie, que era muy divertida y animada. Me tocó sentarme a su lado en la mesa, acabamos hablando de toros y flamenco entre risas, y al irse le regalé en el aeropuerto un disco con música de bulerías, que me dijo que le encantaban. Pero durante todo el rato que con ella estuve no se me iban de la cabeza las imágenes de aquel hombre con una rueda ardiendo alrededor del cuello. No era posible que

se tratara de la misma persona la que ordenaba aquello y la mujer divertida, aún atractiva y muy coqueta, que se había sentado a mi lado. Y sin embargo lo era.

Por su parte, Mandela era más distante y reservado, hacía gala de una refinada educación y corrección que completaba con una dureza extraordinaria en sus posiciones de fondo. Mano de hierro en guante de terciopelo. Nacido entre trece hermanos en el seno de una distinguida familia xhosa (una de las grandes tribus sudafricanas junto con los ndebele y los zulúes), abogado inspirado en los ideales que inspiró a Gandhi durante su estancia en Sudáfrica, se convirtió en un temprano luchador por la libertad de su raza en un país que ofreciera a todos igualdad de oportunidades. Eso le llevaría inicialmente a posturas de resistencia pasiva y de desobediencia civil, aunque la matanza de Sharpeville en 1960 le condujera luego a dirigir el grupo guerrillero Lanza de la Nación, inspirado en el Irgún israelí, con el que se negó a condenar la violencia armada de su partido, el ANC. Y eso le separó de Gandhi, a quien nunca conocí aunque visité un día su tumba en Nueva Delhi en mudo homenaje. Como consecuencia, Mandela pasó veintisiete años encarcelado en una celda minúscula en Robben Island, plazo que hubiera podido acortar renunciando a sus principios y a su dignidad. Y no lo hizo. El número 446, que lucía sobre su uniforme de presidiario, se convirtió en todo un símbolo. Y cuando por fin salió, lo hizo sin odio hacia sus carceleros. Hay que tener un espíritu muy fuerte para eso, un espíritu como el que recogen los versos del poema que él mismo afirma que le ayudó a resistir aquellos largos años y que termina afirmando que «*I am the master of my fate, I am the captain of my life!*» (soy el dueño de mi destino, soy el capitán de mi vida). Lo contrario de sus lugartenientes Nzo, Mbeki y Sisulu, a los que vi en varias ocasiones, que siempre me parecieron revanchistas y que nunca lograron impresionarme. En uno de los viajes que hice a Johannesburgo, cuando Mandela aún estaba en prisión, quise ir una tarde a Soweto, el humilde barrio donde tenía su casa, modesta y de madera, aunque alguien cuidaba las flores plantadas junto a la puerta. Delante de ella y con mucho respeto, le rendí un homenaje silencioso. Se lo conté cuando lo conocí y me lo agradeció con una sonrisa. Con muchos hombres como él, con su grandeza de espíritu, el mundo funcionaría de otra manera.

La invitación de Fernández Ordóñez a De Klerk en Namibia le pareció bien a Felipe González, y el presidente vendría finalmente a España en junio de 1992, en una fecha elegida expresamente para coincidir con el día de Sudáfrica en la Exposición Universal de Sevilla, pero con la mala fortuna de que la masacre de Boipatong, causada por una pelea entre el ANC y el Inkatha Freedom Party (zulú), que causó cuarenta y cinco muertos y muchos heridos, le forzó a regresar apresuradamente a su país. Como consecuencia de ello, su mujer, Marike, quedó encargada de reemplazarle en las ceremonias de la Expo y a mí me correspondió acompañarla hasta Sevilla en el flamante AVE que se estrenaba aquellos días. Marike de Klerk hizo entonces un bonito brindis a la libertad en su país tras una horrible (por mala) comida que nos dieron en el Pabellón Real y que quiero creer que fue una excepción en lo que era un buen restaurante. Regresamos a Madrid la misma noche. Era una señora encantadora, de conversación agradable y orgullosa de lo que su marido estaba haciendo para dismantelar el régimen de *apartheid* y en favor de la igualdad entre negros y blancos en su país. Por todo eso sentí mucho la noticia de su asesinato en 2001 en Ciudad del Cabo a manos de uno de sus guardias de seguridad, que al parecer quería robar.

Un mes después de esta excursión a Sevilla volví a Pretoria y a Johannesburgo con el nuevo secretario general, Francisco Villar, y su jefe de gabinete, Carles Casajuana, para tener información de primera mano de lo que ocurría, pues el país estaba en pleno desmantelamiento del *apartheid* y sufriendo una terrible ola de violencia que tenía su origen tanto en la tradicional enemistad tribal entre xhosas y zulúes como en una estrategia política deliberada por parte del ANC y en un terrorismo ciego de la extrema derecha blanca que deseaba hacer descarrilar el proceso. Todos contribuían y la situación estaba a punto de estallar. Una vez más, Sudáfrica me pareció una tierra de holandeses asilvestrados, toscos y amables, que habían levantado un país formidable en beneficio de la tribu blanca y a costa de la mayoría negra. La diferencia era que ahora sabían que el cambio era inevitable, y una parte importante de la minoría blanca quería conseguir un sistema de pesos y contrapesos (*checks and balances*) que les garantizara compartir el poder (*power-sharing*) al menos durante un tiempo y apaciguar así los llamados «miedos blancos». Van Heerden, director político, así nos lo dijo, añadiendo

gráficamente que «estamos en mitad de un río, nadando y evitando los cocodrilos». Por su parte, el ANC no quería nada parecido a los acuerdos de Lancaster House de 1979 que resultaron en la independencia de Zimbabue y que habían reservado una cuota de poder a los blancos... por la simple razón de que no habían funcionado. Allí estuvimos con Jacob Zuma (que luego sería presidente de la República), Alfred Nzo y Anthony Mongalo, que nos explicaron que la fórmula del *powersharing* (compartir el poder) equivalía a dar un derecho de veto a la minoría blanca, y eso no lo aceptarían nunca. El ANC quería el poder para la mayoría («eso es democracia; un hombre, un voto») y una asamblea constituyente. En algo coincidían, sin embargo, blancos y negros, y era en la necesidad de que el cambio se hiciera con el mínimo posible de violencia y que no se llevara por delante la estructura económica del país, pues eso los empobrecería a todos, fueran del color que fueran. Fue un viaje muy instructivo e interesante en el que incluso tuvimos el lujo de visitar el parque Kruger durante un fin de semana. Como decía Carles Casajuana, «un safari es como un zoo invertido en el que los animales circulan libremente, y las personas andan metidas en vehículos de los que no pueden salir o en campamentos cercados por alambradas». Es muy cierto.

Luego, con el país ya libre y los negros con derecho al voto, Mandela fue elegido presidente y desempeñó este cargo cinco años (1994-1999), durante un solo mandato, esforzándose por evitar todo tipo de revanchismos contra la minoría blanca hasta entonces dominadora y por crear un país que acogiera a blancos y negros por igual. La película *Invictus*, basada en el libro de John Carlin y dirigida por Clint Eastwood, con una sensacional interpretación a cargo de Morgan Freeman, recoge muy bien esta ambición. Frederik de Klerk sería su vicepresidente, y ambos, con trayectorias muy diferentes, hicieron posible la desaparición del régimen de *apartheid* y por eso a los dos se les concedió el premio Nobel de la Paz y también el premio Príncipe de Asturias.

Mandela puede estar satisfecho de una vida de lucha al servicio de la libertad de sus compatriotas y de la igualdad entre todos los seres humanos al margen del color de su piel. Su última aparición pública fue durante la Copa del Mundo de fútbol que ganó España en Sudáfrica en 2010. Desde nuestro

punto de vista, no podría haber escogido mejor. Murió tres años más tarde dejando un mundo un poco mejor tras su paso por él. No son muchas las personas de las que se puede decir lo mismo.

Hoy el régimen de *apartheid* hace años que forma parte de la vergonzosa historia de Sudáfrica y otros son los problemas que enfrenta uno de los países más importantes del continente africano. Porque Sudáfrica ha sido muy duramente afectada por la crisis económica que comenzó en 2008 y también por los graves problemas de corrupción que manchan el gobierno de Jacob Zuma... sin olvidar que, en el fondo, el *apartheid* no se ha acabado aún de derribar en el terreno económico, donde la minoría blanca, el 10 por ciento de la población de cincuenta y cinco millones, sigue controlando el 90 por ciento de la riqueza nacional.

OCTAVA PARTE
LOS ECOS DEL FANATISMO

No hay más que un paso del fanatismo a la barbarie.

DIDEROT

¡NO SE CASE EN IRÁN!

No soy de los que acostumbran a pegar la hebra y dar la vara a mis compañeros de vuelo, antes al contrario, me suelo enfrascar en mi libro o en la tarea que tengo entre manos, o incluso ver una película, cualquier cosa antes que entablar conversación con mi vecino de asiento, porque los hay muy pesados y los viajes pueden ser muy largos. Muchos deben de pensar que soy borde, pero lo prefiero a tener que aguantar a un pelmazo durante varias horas sin posibilidad de escapar. Pero he hecho al menos dos excepciones en mi vida con dos personas que lograron captar mi atención, primero, y mi interés, después.

El primero fue un norteamericano que tenía el asiento de la ventanilla, el que a mí me gusta, en la larga noche que nos esperaba en aquel vuelo de South African Airways entre Ciudad del Cabo y Londres. Apenas nos sentamos y, aun antes de despegar, el americano me tendió un periódico inglés de Botsuana de un par de días atrás y me dijo: «Ese soy yo». Miré con desgana y efectivamente su foto aparecía en la portada bajo un llamativo titular que hablaba del ataque de un cocodrilo, un asunto que me sonaba porque también había sido noticia en Sudáfrica, donde yo había pasado los últimos días. Intrigado, le dejé hablar y me contó, con el desparpajo típico de los norteamericanos para hablar de dinero, que tenía mucho, que vivía en Los Ángeles, que su pasión era la caza y que había hecho un pacto con su mujer en virtud del cual ella iba todos los años a pasar un mes de teatro y de compras en Londres, mientras él desaparecía en el fondo de África para dedicarse a cazar, que era lo que más le gustaba. Al cabo de un mes volvían a reunirse en Londres, cenaban juntos y regresaban los dos felices a California con

suficiente fuel en el cuerpo para esperar hasta la siguiente temporada de teatro y de caza. Llevaban varios años haciéndolo y ambos estaban encantados con un arreglo que les permitía dedicarse a sus aficiones preferidas.

Ese año, él había ido al delta del Okavango, en Botsuana, que es un fenómeno extraño porque no es un delta producido por un río que desemboca en el mar, que está muy lejos de allí, sino una especie de abanico fluvial formado por un río que desciende desde el norte de Angola y que en época de crecidas inunda un trecho grande del desierto de Kalahari formando humedales, canales, lagunas e islas. Esta zona húmeda atrae a numerosos animales salvajes y lo convierte en un lugar preferido para los cazadores que se pueden permitir pagar sus altos precios.

El caso es que la noticia del ataque de un cocodrilo a un cazador había saltado a los medios y había hecho titulares en la prensa regional. Al parecer, mi compañero de viaje navegaba por aquellos humedales en una piragua, rifle en ristre, con dos africanos que la manejaban, uno de pie en la proa con un largo bastón y otro sentado en la popa y con un remo. De repente su embarcación había sido atacada por un enorme cocodrilo que había emergido por sorpresa, había colocado su enorme cabeza sobre la cubierta desequilibrando la frágil embarcación y había hecho caer al agua al negro que iba en la proa. Me contaba, con mucha gesticulación, que nada había podido hacer pues todo había sido tan repentino e inesperado y la cabeza del animal estaba tan cerca de él, que estaba sentado en medio de la piragua, que no había dispuesto del mínimo espacio necesario para mover el arma, apuntar y disparar. En realidad tampoco tuvo tiempo de nada pues todo ocurrió en muy pocos segundos o en fracciones de segundo. Visto y no visto. Tras unos instantes que le parecieron interminables, la enorme cabeza que tenía a un palmo de distancia se deslizó suavemente hacia atrás y desapareció nuevamente bajo las aguas turbias y oscuras del pantano. Del pobre nativo que iba en la proa nunca más se supo, jamás regresó a la superficie.

Todo eso había ocurrido tan solo unos días antes de nuestra conversación, y el hombre estaba aún impactado por lo ocurrido y por la muerte del guía. Habían ido a cazar y les habían cazado a ellos. No me pareció oportuno

preguntarle si mantendría el acuerdo con su mujer y si tenía intención de volver a África el año siguiente. Pero a juzgar por la pasión con la que me hablaba, estoy convencido de que lo siguió haciendo.

Mi otro interlocutor me «atacó» en un vuelo entre Frankfurt y Teherán, adonde yo me dirigía para asistir al día de España en una importante feria comercial con objeto de apoyar políticamente a nuestras empresas exportadoras, pues teníamos con Irán una balanza comercial estructuralmente muy deficitaria debido a las fuertes importaciones de petróleo y la queríamos compensar en la medida que fuera posible. Recuerdo que el pabellón más grande en la feria era el del Reino Unido, país que no tenía relaciones diplomáticas con la República Islámica, y es que los británicos siempre han sabido poner en práctica eso de que tu mano izquierda no sepa lo que hace la derecha. Cuando veía esas cosas, pensaba que aún teníamos mucho que aprender.

Mi vecino de asiento era esta vez un alemán que había intentado entablar conversación conmigo en un par de ocasiones durante el viaje sin ningún éxito, porque yo me limitaba a responderle con gruñidos en el límite de lo correcto. Cuando ya nos acercábamos a nuestro destino en Teherán, los altavoces del avión pidieron a las mujeres que se cubrieran la cabeza con un velo y no mostraran los brazos o las piernas, lo que formó largas colas ante los cuartos de baño del aparato en los que entraban mujeres vestidas a la occidental y salían vestidas a la iraní, con ese negro chador que había hecho exclamar a Guy de Maupassant que era «la muerte que sale a pasear». Al mismo tiempo, se ofrecía al pasaje la última oportunidad para tomar una copa, mientras se nos recordaba que la introducción de bebidas alcohólicas y de revistas pornográficas en el país podía crearnos problemas muy serios si éramos descubiertos. Y para evitar dudas se recomendaba que no se introdujera ninguna revista, pues cualquier anuncio con una modelo ligera de ropa podía ser considerado como pornografía por aduaneros fanáticos o simplemente pelmazos.

Entonces mi vecino no pudo aguantar más y volvió a la carga poniéndome esta vez la mano sobre el brazo para reforzar su gesto e impedir que mirara para otro lado, mientras me preguntaba abiertamente si ese era mi primer viaje a la República Islámica de Irán porque tenía «necesidad» de darme un consejo

antes de que nos separáramos. Cuando, sorprendido, le contesté que así era, él me dijo escuetamente: «No se le ocurra casarse en Irán». Confieso que me quedé desconcertado, mientras balbuceaba que ya estaba casado y que no solo la idea no se me había pasado por la cabeza sino que nada había más alejado de mis intenciones. Pero admito que consiguió atraer mi atención y se me debió de notar porque entonces él aprovechó para continuar explicándome que los ayatolás habían prohibido la prostitución y que, por lo tanto, esta ya no existía formalmente en el país. Un decreto y ya está, se acabaron las putas.

Pura hipocresía porque para compensar, y como no se pueden poner puertas al campo, habían establecido matrimonios por días, semanas, meses e incluso por horas, de manera que uno se «casaba» y pasaba la noche con una señora de la que se divorciaba a la mañana siguiente tras abonarle una cantidad de dinero previamente acordada. Blanco y en botella. Se trata de una institución perfectamente legal en el país, que recibe el nombre de *sigheh*, y que para mí solo resulta comprensible desde la óptica de que el matrimonio no es un contrato entre iguales sino otra forma de adquirir propiedad. Su origen parece estar en la forma que encontró el mismo profeta para resolver el problema que planteaban soldados y peregrinos que pasaban largas temporadas fuera del hogar en campañas militares o en visitas a santuarios milagrosos, en una época en la que los viajes eran cualquier cosa menos rápidos y seguros. Posteriormente esta fórmula ha sido rechazada por los sunitas mayoritarios (son el 90 por ciento de los musulmanes), pero mantenida por los chiitas. Con la *sigheh*, en lugar de irse uno directamente de putas, lo que hace es contraer matrimonio por un par de horas, pongamos por caso, con la meretriz de turno, tras las cuales se produce un repudio o un divorcio y, previo pago de la cantidad estipulada, cada uno regresa contento a su casa. E igual se puede hacer un contrato por toda la noche o por una semana, si así se desea, pues basta pactar que esa sea su duración. Y si de la relación sexual amparada por el *sigheh* nace una criatura, es un hijo legítimo según la ley islámica. Todo de una refinada hipocresía, como sucede con cuanto tiene relación con el sexo en las reprimidas sociedades musulmanas. Al parecer el sistema funciona relativamente bien entre iraníes (no hay que olvidar que el

Corán permite la poligamia con ciertas condiciones), pero cuando un incauto occidental entra en el juego, la fulana —e imagino que su chulo— aprovechan para desplumarle con la ayuda de clérigos y jueces corruptos.

Era precisamente de esto de lo que me quería prevenir mi amable vecino de asiento. Resulta que un compañero suyo de trabajo, también alemán, se había «casado por horas» durante un viaje de negocios que había hecho seis meses atrás a Teherán y desde entonces su vida se había convertido en una pesadilla. Con el apoyo de un juez venal, la mujer con la que en un momento de debilidad se había «casado» se negaba a concederle el divorcio y, como consecuencia de ello, le habían retirado el pasaporte, le habían prohibido salir del país y le exigían una suma de dinero muy considerable, muy superior a la que había pactado con ella en un momento de debilidad. Después de meses de gestiones infructuosas, mi interlocutor había tirado la toalla y viajaba ahora con un buen fajo de billetes para pagar a quien hiciera falta y la esperanza de poder regresar a Alemania con su amigo, ya felizmente «divorciado». Cuando nos despedimos, me agarró con fuerza la mano y con ojos suplicantes me repitió «ya sabe, amigo, no se le ocurra casarse en Irán».

En Irán hay mujeres muy guapas, son raza aria pura, e imagino que muy reprimidas. He estado en alguna fiesta en nuestra embajada en Teherán, donde las invitadas llegaban tapadas hasta las cejas por sombríos chadores de los que se despojaban con alegría en cuanto cruzaban el umbral de nuestra residencia diplomática para quedarse en llamativas minifaldas. Una noche, al salir de cenar en la embajada, una pareja iraní había accedido a acercarme en su coche a mi hotel, que estaba cerca de su casa, cuando un grupo de jóvenes, que al parecer nos esperaban apostados en la esquina, nos obligó a detener el auto a punta de fusil, con gran acompañamiento de gritos y de gestos imperiosos. Eran cinco o seis muchachos y tendrían una edad en torno a los quince o dieciséis años. No más. Llevaban pañuelos verdes con letreros anudados a la frente. Metiendo el arma por la ventanilla exigían que les confesáramos si llevábamos alcohol o música occidental. Estaban muy excitados y me dio la impresión de que se sentían muy importantes. No llevábamos ni lo uno ni lo otro sino un pasaporte diplomático, que le metí por las narices con mucha precaución al que tenía más cerca y luego, tras consultar unos con otros un tanto sorprendidos porque el coche tenía matrícula iraní, no

tuvieron más remedio que dejarnos continuar hacia el hotel. Se les chafó el plan y me alegré mucho porque aquellos niños con aquellas armas eran un verdadero peligro.

Al día siguiente le conté al embajador lo que me había ocurrido al salir de su casa la noche anterior y él me dijo que eran cosas muy frecuentes y que, sin ir más lejos, solo unas pocas semanas antes habían cogido con una botella de ginebra a un empresario acomodado que vivía en el mismo barrio de la embajada y le habían condenado a no sé cuántos azotes por ello. La sentencia se había cumplido en público, en una plazuela cercana, para escarmiento de todos los vecinos.

SALMAN RUSHDIE

El Corán castiga la blasfemia y la apostasía con la muerte, eso no hay quien lo cambie, pues se trata de la palabra de Alá revelada por el ángel Gabriel al profeta Mahoma, y para que nadie lo olvide es algo que repite periódicamente el jeque Yusuf al-Qaradawi desde su programa *Islam y vida* en la cadena televisiva Al-Jazira, en pleno 2017. Eso es una fuente permanente de serios problemas con los países occidentales laicos, que han relegado la práctica religiosa a la esfera privada. Nosotros pensamos que la Declaración Universal de los Derechos Humanos aprobada por la ONU en 1948 debe prevalecer sobre los valores particulares de cada cultura, y algunos de nosotros —afortunadamente cada vez más— también creemos que la pena de muerte debe ser proscrita del siglo en que vivimos. Pero son demasiados los que no piensan igual porque las ejecuciones son moneda corriente en muchos países, entre los que destacan China e Irán, aunque también las haya en Estados Unidos, y porque también son muchos los que piensan que la Declaración de 1948 es eurocéntrica, heredera de los valores propios de la cultura cristiana, fruto de otra época, impuesta por el colonialismo y ajena a su propia cosmovisión que no ha pasado por un Renacimiento, que ha colocado al individuo en el centro de la Creación; ni por una Ilustración, que ha puesto la duda en el eje del debate racional. De hecho, hoy no sería posible aprobarla por unanimidad en la ONU, y a mí llegó a hablarme el director de *Al-Ahram*, el periódico caiota más influyente del mundo árabe, de «derechos humanos islámicos» como alternativa.

Con estas premisas el conflicto estaba servido cuando el 14 de febrero de 1989, el ayatolá Jomeini, en la cima de su poder, emitió una *fatua* (edicto coránico) condenando a muerte por blasfemo al escritor indo-británico Salman

Rushdie por la publicación del libro *Los versos satánicos*, uno de cuyos capítulos hace una interpretación poco piadosa del profeta Mahoma que fue considerada blasfema por el líder de los chiitas y prohibida en muchos países musulmanes, desde Indonesia y Pakistán hasta Egipto. El régimen iraní llegó a ofrecer tres millones de dólares por su cabeza. Aquello era una barbaridad, atentaba contra los derechos humanos, y muy en especial contra la libertad de expresión.

Como director de Oriente Medio en el Ministerio de Asuntos Exteriores tuve que ocuparme activamente del caso Rushdie cuando España se hizo cargo de la presidencia rotatoria de la Comunidad Europea, solo unos meses más tarde de la publicación de esta *fatua*. Así me lo encomendaron mis colegas en Bruselas, después de haber decidido conjuntamente la retirada de nuestros embajadores de Teherán como señal de protesta. La intención era disuadir a los iraníes, no ya de levantar la condena, que era tarea imposible, sino de lograr que se comprometieran a no ejecutarla, y a tal efecto mantuve reuniones en Nueva York y Teherán con mi colega iraní, Mousavian, hombre inteligente que defendía con habilidad sus argumentos y tan equilibrado como impotente para conseguir lo que se le pedía, al no tener la más mínima capacidad de maniobra porque el Corán decía lo que decía sobre la blasfemia, y porque no había nadie con suficiente autoridad para abrogar la *fatua* de Jomeini en el supuesto de que a alguien se le ocurriera hacerlo, que no era el caso.

Debo decir aquí que algunos colegas, como el británico, no me ayudaban nada, pues, muy en línea con Estados Unidos, estaban encantados de tener a la República Islámica aislada y acosada por este problema irresoluble. No quiero que se me interprete mal porque nadie quería que mataran a Rushdie, faltaría más; solo señalo que mientras eso no se hiciera, a algunos les convenía la tensión con Irán. Esta política de acoso a la República Islámica mantenida con firmeza por Bush y solo ablandada con Obama, se ha reforzado con la llegada de Donald Trump a la Casa Blanca hasta el punto de poner en riesgo el acuerdo nuclear con este país.

Durante muchos años seguí ocupándome del caso de Rushdie, aunque ya en el plano bilateral y no comunitario. En esa época también hice gestiones para localizar a un rehén alemán llamado Cordes (este era un favor que me había pedido mi colega alemán), y por el piloto israelí Ron Arad (esto me lo

pedían los israelíes) que había desaparecido en 1986 durante la invasión israelí del Líbano. Se sospechaba que ambos eran prisioneros de grupos chiitas libaneses —y en concreto Amal— con los que Teherán podía tener alguna influencia que facilitara su puesta en libertad. Mi nuevo colega iraní, Assefi, me respondió que no tenían la menor idea de dónde estaban y que ni siquiera sabían si estaban con vida. Pero, imbuido sin duda de la tradición mercantilista persa, añadió que si lo supiera le gustaría canjearlos por el jeque AlObeidi, un líder chiita libanés secuestrado por los israelíes... Son gestiones que personalmente me tomaba muy en serio, pues era consciente de hallarme en un zoco en el que se negociaba con vidas humanas y sin saber entonces que también el mítico espía alemán Werner Mauss se movía por la zona para intentar su puesta en libertad. De Cordes nunca logré averiguar nada, y Arad parece que ya había sido asesinado por sus captores cuando yo aún hacía gestiones para su liberación.

Al final acabamos llegando a un entendimiento sobre Salman Rushdie cogido con alfileres sobre la única y endeble base que era posible: los iraníes no revocaban la *fatua*, pero nos garantizaban (en privado) que tampoco promoverían activamente el asesinato del escritor, que vivía sin vivir en sí cambiando constantemente de domicilio y bajo protección policial permanente. La verdad es que Rushdie tenía razones para no fiarse. Todos las teníamos. La primera es que los iraníes practican como virtudes la *taqiyya* y el *kitman*. La *taqiyya*, de la que ya he hablado, supone que engañar al no creyente para sobrevivir u obtener ventajas materiales no es reprobable, sino algo encomiable y positivo. *Kitman* es una técnica que consiste en negar con firmeza lo afirmado anteriormente con objeto de desorientar y volver loco al interlocutor. Quizás por ello Lord Curzon, allá por el siglo XIX, decía que la expresión «*splendide mendax*» describía muy bien el rasgo principal de la mentalidad iraní. Pero ya se sabe que Curzon era un impenitente colonialista. La segunda razón para no fiarnos ni un pelo era que la poderosa Fundación 15-Khordad ofrecía dos millones y medio de dólares por la cabeza de Salman Rushdie, para el que poco consuelo cabía hallar en el hecho de que le persiguiera una institución privada y no la propia República Islámica.

La cosa no quedó aquí porque en 1993 el líder supremo Jamenei, sucesor de Jomeini, afirmó que la *fatua* de este último era irreversible y que Rushdie «debería ser ejecutado y lo sería». Por mucho que esta declaración fuera para consumo interno, aquello no era precisamente tranquilizador. Solo en 1998, muchos años después de la muerte de Jomeini, se logró un compromiso público del Gobierno iraní de no promover la ejecución de Rushdie, que a pesar de todo sigue viviendo escondido y con protección policial porque la condena no ha sido abolida. Y como prueba, el año siguiente, con motivo del décimo aniversario de la dichosa *fatua*, más de la mitad de los miembros del Parlamento iraní reiteraron la condena a muerte del escritor británico, que sigue afortunadamente vivo y escribiendo mientras yo redacto estas líneas. Supongo que debe de sentirse como Damocles, con la espada sobre su cabeza. Debe de ser angustioso vivir así. Porque se trata de amenazas que no hay que tomarse en modo alguno a la ligera. Naguib Mahfuz, el Nobel egipcio de Literatura, también fue condenado a muerte en 1994 por el jeque Omar Abdel-Rahman (que estaba en prisión en Estados Unidos por el atentado del año anterior contra las Torres Gemelas de Nueva York) porque le habían parecido blasfemos ciertos comentarios sobre Moisés, Jesucristo y Mahoma de su libro *Hijos de nuestro barrio*. En ejecución de esta *fatua*, Mahfuz fue acuchillado en el cuello por un islamista radical en El Cairo, y aunque no murió, tuvo que ser hospitalizado. Hasta su fallecimiento por causas naturales en 2006 vivió bajo constante protección policial en su casa del barrio cairota de Zamalek.

Pero no todos sobreviven: el cineasta holandés Theo van Gogh pagó con su vida la osadía de criticar al islam en su película *Sumisión*, de la que era coguionista la diputada Ayaan Hirsi Ali, también condenada por los musulmanes y que ha publicado luego el libro *Yo acuso*, que ha concitado aún más odio hacia su persona, obligándola a irse a vivir a Estados Unidos en busca de mayor protección. Sin olvidar la tormenta causada por las caricaturas del profeta Mahoma en un periódico danés en 2006 y la tragedia de *Charlie Hebdo* en enero de 2015. Las religiones monoteístas en general, y el islam en particular, carecen de sentido del humor y de nula capacidad para encajar las críticas. Aun así, y por trágicos y repudiables que sean estos crímenes, existe una diferencia fundamental con el caso de Salman Rushdie, y es que en ellos

no hay todo un Estado como la República Islámica de Irán detrás de las amenazas de muerte, que provienen de simples individuos con mayor o menor autoridad teológica dentro del complejo mundo del islam.

No tengo la receta para evitar estas barbaridades. No se puede transigir con el totalitarismo. Creo que la libertad de expresión es uno de los pilares sobre los que se asienta mi forma de ver el mundo y prefiero que un energúmeno queme un teatro antes que imponer la censura previa, o que se limite mi libertad de expresión por el temor a ofender a otros. O que el miedo me lleve a autocensurarme, que es aún peor. Por eso admiro la Primera Enmienda de la Constitución de Estados Unidos, que garantiza la libertad de expresión y a cuyo amparo los jueces del Tribunal Supremo han reconocido desde 1969 el derecho a quemar la bandera de las barras y estrellas (caso *Street versus New York*) y también el derecho al discurso del odio (*hate speech*) en la sentencia *Snyder versus Phelps* de 2015, por repugnante que a veces me pueda parecer. Pero esa libertad no es absoluta pues hay límites como, por ejemplo, no poder gritar «¡Fuego!» en un teatro lleno de gente ya que podría provocar una avalancha con resultado de muertes. Por mi parte, estoy convencido de que la educación, lo que antes se llamaba urbanidad, el respeto por las opiniones (y creencias) ajenas podrían ayudar a paliar, ya que no a resolver, el problema. Esto es la convivencia. Al fin y al cabo, no decimos, como Groucho Marx al despedirse, «gracias, señora, he cenado muy bien... pero no ha sido hoy», o «si el champán hubiera estado tan frío como la sopa...». Aunque a veces sea cierto.

LA CIRUJANA Y EL VICEMINISTRO IRANÍ

Durante el anual encuentro de Sus Majestades los reyes con el Cuerpo Diplomático acreditado en Madrid, cierta prensa suele destacar el hecho de que el embajador de la República Islámica de Irán no estreche la mano de la reina, sino que en su lugar se limite a inclinarse delante de ella llevándose la mano derecha al corazón, que es una elegante forma de manifestar respeto. Los periodistas más ignorantes y beligerantes veían en ello una descortesía, cuando no es sino una manifestación de diferencias culturales que hacen que en aquel país no sea correcto rozar y menos tocar la mano de una mujer que no sea la propia.

Lo que pasa es que algunos exageran y pretenden imponer sus hábitos en casa ajena, como cuando el ministro Alí Akbar Velayatí vino a Madrid en una complicada visita oficial que tuvo lugar en la misma época en que el ayatolá Jomeini condenó a muerte al escritor Salman Rushdie. La visita empezó mal porque un grupo de manifestantes, que gritaban consignas a favor de la libertad de expresión, colgó una efigie de Jomeini de una horca en la plaza de la Provincia frente a la entrada principal del palacio de Santa Cruz, sede del Ministerio de Asuntos Exteriores. No fue un detalle que la delegación iraní apreciara. Y la visita se complicó aún más cuando un súbito viaje privado de don Juan Carlos, que su equipo no deseaba hacer público, impidió que recibiera al ministro iraní como estaba previsto. En su lugar se le ofreció que el príncipe de Asturias le hiciera los honores en el palacio de la Zarzuela «para ir entrenándose en sus altas funciones de Estado». No fue una frase afortunada, y además significaba no conocer la tremenda suspicacia y formalidad protocolaria de los iraníes, que se negaron a hacer de *sparrings* y

contestaron que si el príncipe se quería entrenar que se buscara a otro para hacerlo y que a su ministro o le recibía el mismo rey o no había audiencia. No la hubo.

Con este ambiente caldeado llegaron Velayatí y los miembros de su delegación a un almuerzo que le ofrecía su homólogo Francisco Fernández Ordóñez en su residencia oficial del palacio de Viana. El ambiente estaba tan enrarecido por el asunto de la horca y de la imposibilidad de tener la audiencia con el rey (sin explicarle la verdadera razón), que Velayatí, normalmente un hombre reposado, anunció que no se sentaría a la mesa cuando descubrió que había señoras invitadas y que además estaba previsto servir vino durante la comida. De modo que se produjo un buen problema mientras Fernández Ordóñez y yo mismo tratábamos de convencerlos de que estábamos en España y debían aceptar nuestras reglas de protocolo, de igual manera que nosotros nos sometíamos al suyo cuando íbamos a Teherán. No hubo manera. Yo llevaba un día de problemas continuos con los iraníes, no podía soportarlos ni un minuto más, estaba de bastante mal humor y era partidario de suspender el almuerzo sin más y de devolver a la delegación iraní a su hotel para que comieran donde quisieran o que se quedaran en ayunas, si es lo que preferían. Defendí acaloradamente mi postura con Fernández Ordóñez hasta que al final se impuso la opinión del ministro, siempre conciliador, de aceptar no servir vino en la mesa, pero no ceder en cuanto a la pretensión de excluir a las mujeres, que observaban con mucha incomodidad lo que ocurría y no ocultaban su comprensible irritación. De modo que acompañamos la comida con agua y con naranjada, a elegir, y se modificó el orden protocolario de la mesa para que a ningún iraní le tocara sentarse junto a una señora y no expusiera su alma a la condenación eterna. Yo estaba furioso aquel día, pero ya se sabe que donde manda capitán, no manda marinero.

Peor fue cuando un joven diplomático de la embajada iraní en España saltó a los cielos de Madrid, como en el dicho popular, pero mucho peor, como consecuencia de la explosión de una bomba adosada a la carrocería de su coche. Se trató de un atentado en plena Ciudad Lineal que fue organizado y ejecutado por los Moyahedin-e Jalq, un grupo izquierdista que era muy activo en su oposición al régimen de Jomeini y que también cometía atentados terroristas en el propio Irán con relativa frecuencia. El pobre chico resultó

herido de consideración con fracturas múltiples y, lo que era más grave, estuvo a punto de perder la vista. Si no la perdió fue gracias a una delicada operación quirúrgica realizada con toda urgencia por un equipo de cirujanos ópticos que dirigía una joven doctora del hospital de La Paz, donde había sido internado.

Al tener Teherán noticias de lo ocurrido, dispuso que el viceministro de Exteriores, Sheikholeslam, que a la sazón estaba en visita oficial en Argel, se trasladara con urgencia a España. Yo le recibí en el aeropuerto de Barajas junto con el embajador de su país y de allí nos fuimos todos juntos al hospital. Este viceministro, que llegó vestido con turbante y amplios ropajes negros, era un tipo muy joven que había ganado los galones y su fulgurante ascenso administrativo tras haber sido uno de los líderes estudiantiles que habían tomado por asalto la embajada norteamericana después de la revolución de 1979, donde hicieron prisioneros a sesenta y seis diplomáticos. El fracaso de la operación de comandos montada poco después para liberarlos fue una de las razones que condujeron a la no reelección del presidente Carter. Los rehenes estuvieron detenidos en Irán 444 días, y sobre la peripecia de seis que lograron escapar se hizo no hace mucho la película *Argo*, que dirigió y protagonizó Ben Affleck y que obtuvo el Óscar en 2012. Durante una de mis visitas a Irán tuve ocasión de visitar un pequeño museo montado con documentos americanos triturados antes de la invasión de la embajada y recompuestos luego por los iraníes en lo que debió de ser inicialmente el puzle más complicado del mundo.

El director del hospital de La Paz nos esperaba en la puerta y nos acompañó amablemente a visitar al herido que estaba, el pobre, hecho un Cristo, como en los dibujos de las tiras cómicas: acostado con los brazos y piernas colgando de poleas equilibradas con contrapesos y vendado por todos lados. Parecía una momia. Había vigilancia policial en el pasillo para que no fueran a querer rematarlo los terroristas que todavía estaban en libertad, y un par de diplomáticos de la embajada, compañeros suyos, le hacían compañía.

Estábamos en plena visita al herido, que apenas podía hablar, cuando se abrió la puerta y entró en la habitación la joven doctora que le había intervenido los ojos y salvado la vista. Llegaba con el mono azul verdoso puesto y todavía llevaba colgando del cuello la mascarilla que los médicos se

ponen cuando operan, pues al parecer llegaba directamente del quirófano. Se la veía legítimamente orgullosa de la intervención que le había hecho a nuestro pobre iraní, que había sido larga y particularmente complicada. Con paso firme se adelantó al centro de la habitación mientras el director nos la presentaba y yo traducía al inglés sus palabras, y entonces ella, volviéndose hacia el viceministro con una gran sonrisa, le extendió la mano derecha en actitud franca de saludo. Fue como si hubiera visto al diablo. O peor aún. Sheikholeslam dio un salto atrás que a punto estuvo de hacerle caer por la ventana y acabar en la cama de al lado, igual de enyesado que su compatriota. Y yo, que me di cuenta de la situación ante la extrañeza del director del hospital, me abalancé sobre la doctora, la besé en ambas mejillas con entusiasmo mientras le agradecía el extraordinario trabajo que había hecho, al tiempo que le explicaba en voz baja que ningún iraní, y menos si es un clérigo, como era el caso, podía estrechar la mano de una mujer en circunstancia alguna. A la doctora se le heló la sonrisa, me apartó con suavidad y se dio media vuelta para salir de aquella habitación, donde en unos segundos se había creado un clima agobiante, mientras decía en perfecto castellano: «Pues dile a ese gili... que el próximo ojo se lo va a salvar su p... madre». Me pareció de maravilla. No lo traduje porque sospecho que no era necesario y ahora, años después, mientras escribo, recuerdo el verso de Sabina cuando habla de una mujer con «la frente muy alta, la lengua muy larga y... la falda muy corta». Vayan para ella todo mi respeto y mi admiración.

LA JUSTICIA ISLÁMICA

Encontrándome en cierta ocasión en el moderno aeropuerto de Abu Dabi, capital de los Emiratos Árabes Unidos (EAU), a punto de tomar un avión que debía traerme de vuelta a España, se me ocurrió comentar a mis acompañantes locales, con los que tras un par de días había establecido una relación personal de cierta confianza, el penoso efecto que producen en el mundo noticias como la aparecida aquella misma mañana en un periódico emiratí en lengua inglesa sobre la ejecución por lapidación de dos mujeres condenadas por adulterio. Les expliqué que, aparte de importantes consideraciones humanitarias, esto es algo que choca profundamente con la mentalidad occidental y que proyecta una imagen medieval y bárbara de un país que en muchos aspectos es un modelo de modernización.

Su respuesta me dejó helado: «Ah, ¿pero usted cree que las matamos a pedradas, como en la época de la Biblia?, ¿que las lapidamos? Pues nada de eso, el procedimiento actual consiste en introducir en sendos sacos a las condenadas, colocarlas en una oquedad excavada a propósito en el suelo y dejar luego caer sobre ellas un camión cargado de adoquines». Añadían que las condenas solo se decidían si había pruebas irrefutables contra las mujeres, si las acusaciones estaban respaldadas por testigos y otros argumentos similares. Y esto me lo decían con la mayor seriedad dos altos funcionarios del Ministerio de Asuntos Exteriores de los EAU. Me quedé inicialmente de una pieza pero reaccioné contra aquellas barbaridades; nos enfrascamos tanto en la discusión posterior que no me di cuenta de cómo pasaba el tiempo y me quedé en tierra porque perdí el avión, aunque la culpa última fue del personal del protocolo del aeropuerto, que se debió de olvidar de mi presencia en el salón de autoridades.

Si esto es así en un país «moderno» y volcado al comercio e inversión internacionales, ¿cómo extrañarse de que campesinos ignorantes lapiden por adulterio en Nigeria a Amina Lawal en pleno siglo XXI? O a tantas y tantas otras en muchos países de fe islámica.

Uno de los argumentos que utilizan quienes defienden esta justicia islámica o *sharia* es que para condenar a alguien a ser ejecutado deben darse condiciones muy estrictas, que en el caso de adulterio exigen hasta cuatro testigos presenciales. Y yo respondo que, a juzgar por la relativa frecuencia con que esto ocurre en países como Arabia Saudí o Pakistán, no parece que sean muy difíciles de encontrar. Aunque en ocasiones muy especiales se pueden producir confesiones voluntarias de quienes buscan la muerte para escapar de una vida que ha perdido sentido e ilusión de ser vivida. Como fue el caso de la princesa saudí Misha'al bint Fahd, una de las muchas princesas que allí hay, que fue obligada por su familia a un matrimonio que no deseaba tras oponerse a que lo hiciera con el joven del que estaba enamorada y que no era de sangre real como ella. Tras ser casada por la fuerza, ella decidió mantener la relación con su amante plebeyo, del que debía de estar muy enamorada pues era consciente del riesgo que corría, y ambos planearon escapar juntos para empezar una nueva vida lejos del país. No lo consiguieron y fueron detenidos. Viendo entonces que su amor no tenía futuro, decidieron hacer pública su relación por pensar que la vida no valía la pena vivirla si no podían estar juntos. Tras la confesión, ambos fueron condenados a la última pena. A ella le pegaron un tiro en la nuca, lo que supuso un tratamiento especial por su elevada cuna, y a él le cortaron la cabeza de un tajo en un lugar público, para que sus casos sirvieran de escarmiento a todo el mundo. Anthony Thomas hizo un documental para Anglia Television con esta triste y romántica historia (*Death of a princess*) que ocasionó una crisis importante en las relaciones entre Londres y Riad, que no apreció la publicidad que se dio al caso.

Estaba yo paseando un viernes (día festivo) por el zoco de Riad con el embajador Tomás Chávarri cuando un redoble de tambor anunció la administración pública de justicia en la plaza central. Podían cortar una cabeza o una mano, o administrar una buena tunda de latigazos... cualquier cosa que dictaminara la ley coránica que la versión wahabita del islam, oficial

en Arabia Saudí, exige que se aplique de forma literal. El embajador, ya habituado a estas cosas, me preguntó si me gustaría acercarme a ver lo que ocurría ese día, pero confieso que no tuve estómago. Y me sorprendió ver cómo la gente corría hacia el lugar de donde procedía el sonido del tambor arrastrando en ocasiones a niños pequeños de la mano. Me recordó lo que también hace años acontecía en Europa y cómo dicen que a los niños se les daba un buen capón delante del patíbulo para que aprendieran en cabeza ajena (nunca mejor dicho) y no olvidaran nunca cómo podían acabar si seguían un mal camino.

Por eso, el verdugo en Riad es un personaje importante y orgulloso de su oficio que concede entrevistas a la prensa. Justo lo opuesto del protagonista de la maravillosa película de Berlanga que interpretaban Pepe Isbert y Nino Manfredi. Leí una entrevista con él en un periódico local donde se dejaba fotografiar junto con su espada, la que utilizaba para decapitar, que decía que era un regalo personal del rey Fahd. Y añadía que estaba feliz con su trabajo porque cumplía la voluntad de Alá de extirpar los elementos indeseables de la faz de la Tierra. Dejémoslo ahí.

PERSONA NON GRATA

En lenguaje diplomático, declarar a alguien *persona non grata* significa retirarle los privilegios e inmunidades propios de la función diplomática reconocidos por la Convención de Viena de 1961 y expulsarle del país donde está acreditado.

No es algo que se haga todos los días, pero que ocurre con cierta frecuencia cuando el funcionario diplomático tiene una conducta impropia o utiliza su estatuto de manera incompatible con la finalidad para la que se estableció, que no es la de darle ventajas sobre el resto de los mortales, sino permitirle cumplir con su misión sin interferencias ni cortapisas por parte del Estado receptor. No se trata, pues, de consagrar privilegios, sino de crear las condiciones que le permitan trabajar con libertad e independencia y no para hacer de su capa un sayo, como algunos, afortunadamente pocos, parecen pensar.

Algunos de estos casos afectan a situaciones muy serias y otros son bastante chuscos, como el que conocí cuando estaba destinado en Nueva York referido a un diplomático de un país africano que vivía en un edificio de apartamentos en Brooklyn y que era aficionado a tocar por las noches una especie de tambor o tantam, que al parecer era típico de su pueblo, para desesperación de quienes vivían cerca. Y cuando llegaban a su casa los policías, alertados por los vecinos insomnes, se negaba a abrirles la puerta alegando que su domicilio gozaba de inviolabilidad diplomática, lo que dejaba a los policías frustrados y a los vecinos muy cabreados y con ojeras. Como en su embajada tampoco hacían caso de los requerimientos que recibían para que impusieran un poco de sentido común en la cabeza de aquel individuo, las autoridades filtraron el caso a *The New York Times* y ahí fue

donde yo me enteré de esta historia. El escándalo y las bromas que comenzaron a correr por la ciudad fueron tales que la noticia llegó finalmente a su país y el embajador no tuvo más remedio que intervenir y devolverle al África profunda cuando ya estaba en marcha su expulsión como *persona non grata*. Supongo que allí, en las frescas noches de su aldea, habrá podido seguir practicando sus dotes musicales, pues resulta obvio que carecía de las propias de un diplomático. Lo importante en la vida es encontrar el camino propio, aunque es preferible hacerlo sin escándalo.

En Nueva York hay tantos diplomáticos extranjeros que necesariamente hay entre ellos ovejas negras que dan mala fama al conjunto. Como los que tocan el tambor o los que aparcan mal por sistema y luego se niegan a pagar las multas que les imponen, alegando que la matrícula diplomática de su coche los exime de hacerlo. Técnicamente es cierto, pero deja de serlo cuando se hace de forma reiterada y con desprecio manifiesto de las normas legales, cuando se abusa sin motivo y con chulería. Como dice el chiste: «Los diplomáticos no se diferencian en nada del resto de los demás mortales, pero ellos no lo saben», que yo modificaría levemente para subrayar que «algunos no lo saben» porque la mayoría de mis compañeros de profesión son gente muy corriente y normal y respetuosos de las leyes.

En cierta ocasión, el conductor del consulado de España en Nápoles, que respondía al sonoro nombre de Antonio Celentano, me llevó a velocidades increíbles por las estrechas callejas del centro de la ciudad para acabar pegando un chirriante frenazo en una plazuela y justo debajo de un signo que decía claramente «*Divieto di sosta*» (prohibido aparcar). Cuando logré recuperar el control de mis nervios maltratados por su temeraria conducción, le dije: «Hombre, Antonio, aunque tenga usted matrícula consular no debe estacionar en un lugar prohibido, y menos aún debajo del mismo cartel que así lo indica». Y él, mirándome como a un marciano ignorante, me respondió: «*Ambasciatore*, en Nápoles solo hay que hacer caso a estas señales cuando dicen “severamente” *vietato*». Aquello era Italia pura.

Por culpa de esos que abusan de su posición se empiezan a abrir rendijas en la interpretación de las provisiones del Convenio sobre Privilegios e Inmunidades diplomáticas concluido en Viena en 1961, con objeto de poder perseguir y castigar debidamente estos comportamientos incivilizados. De

manera similar, una práctica relativamente reciente de los tribunales españoles no reconoce la inmunidad de jurisdicción de una embajada extranjera en el caso de demandas laborales por impago de sueldos al personal local contratado, y poco a poco se extiende a otros supuestos. Siendo yo director general al comienzo de esta práctica legal, discutible desde la puridad del derecho que da primacía a la norma internacional sobre la interna, tuve que enfrentar serios problemas con la Embajada de Túnez en Madrid, que no aceptaba esta excepción a la regla general. Y también los tuve con los jueces cuando trataba de mediar en busca de una solución. Como los tuve también con la Embajada de Guinea Ecuatorial cuando se negaron a pagar una tasa por recogida de basuras y en su lugar decidieron quemarlas dentro de la piscina de la casa que ocupaba el embajador en el Parque del Conde de Orgaz, en medio de la comprensible irritación de los vecinos, que tenían que aguantar aquellos humos y aquella peste. Parece un caso evidente y sin embargo tardamos bastante tiempo y muchas discusiones más con el mismo embajador para encontrar una solución. No había duda de que lo que hacía estaba mal, pero legalmente no se le podía obligar a no hacerlo. Y son ampliamente conocidos los problemas planteados por la «justicia universal» al pretender embargar el buque escuela chileno *Esmeralda* por problemas con el dictador Pinochet, o la amenaza de hacerlo con el avión de la presidenta argentina Cristina Fernández de Kirchner, en una época en la que su país iba dejando deudas por todo el mundo.

Durante mi vida profesional, sobre todo en los doce años que fui director general en el Ministerio de Asuntos Exteriores, me he encontrado con varios casos de comportamientos de diplomáticos que cabría calificar cuando menos como «atípicos», siendo generosos, y que han motivado la expulsión de algunos de España con el calificativo de *persona non grata*. Como fue la expulsión de un diplomático ruso, agente del servicio de Inteligencia militar GRU que trataba de captar a un oficial español con acceso a información secreta de la OTAN. Cuando esto ocurre, el país afectado suele reaccionar herido en su orgullo, pues ha sido descubierto con las manos en la masa, y expulsa a su vez a algún diplomático español, por honrado que sea su comportamiento. Es la práctica habitual. Mientras escribo estas líneas, los rusos han expulsado a 655 (!) diplomáticos de la embajada norteamericana en

Moscú como represalia por la expulsión de 41 rusos de Washington, acusados de interferir en el proceso electoral norteamericano que ha llevado a Donald Trump a la Casa Blanca. Se trata, evidentemente, de hechos incompatibles con la función diplomática... por más que hayan estado ligados a ella desde sus mismos orígenes. No había espías más competentes que los embajadores de la Señoría de Venecia, y Felipe II creó el primer sistema organizado y jerarquizado de espionaje en el mundo, aunque los ingleses, que barren para dentro, atribuyan ese mérito a Walsingham, que todo lo más creó un servicio de contrainteligencia que se deshizo con su propia muerte. Lo cierto es que desde aquella lejana época, diplomacia y espionaje han ido de la mano, porque también los diplomáticos procuran ayudar a vencer a sus superiores, proporcionándoles buena información, como ya recomendaba Sun Tzu.

En otros casos, la expulsión del diplomático se basaba en la comisión de delitos más o menos graves tipificados en el Código Penal, como puede ser el tráfico de divisas o de drogas, algo que ha ocurrido hace poco con la esposa del embajador de Nigeria en España, detenida en un aeropuerto brasileño cuando se disponía a abordar un avión con destino a Madrid con un alijo de cocaína. Si hubiera llegado a España, donde estaba acreditada y poseía estatuto diplomático, no la habríamos podido detener y solo se la podría haber expulsado como *persona non grata*.

En cierta ocasión recibí de nuestros servicios policiales información de que un diplomático de Guinea Ecuatorial se ganaba un dinero extra comprando tabaco y bebidas alcohólicas con exención de impuestos, y luego lo revendía en los bares del castizo barrio madrileño de Lavapiés, donde residía. Entonces convoqué al embajador de su país en mi despacho de Santa Cruz para denunciar a su subordinado, mostrarle las fotos donde aparecía en plena comisión del delito y ofrecerle otros testimonios que no dejaban dudas de sus trapicheos, antes de darle setenta y dos horas para que abandonara «voluntariamente» España y evitar así el escándalo de detenerlo y expulsarlo. Para mi sorpresa, el embajador me contestó muy serio que estaba cometiendo un error muy grave. Al remitirme yo a las pruebas que le incriminaban y que eran clamorosas, me contestó, muy serio, que me equivocaba porque el diplomático en cuestión «tenía medicina», poderes mágicos, y podrían ocurrirme todo tipo de calamidades personales y profesionales si se enfadaba

conmigo, como sin duda iba a ocurrir cuando supiera que era yo quien lo expulsaba. A pesar de eso, confieso que no me arrugué y sacando pecho le contesté que si no abandonaba España en setenta y dos horas, sería metido por la fuerza en un avión por la policía. El embajador se limitó entonces a mirarme con cara de lástima. Yo creo que me tenía aprecio. Cuando el diplomático en cuestión llegó a Malabo tres días más tarde no solo no fue castigado, sino que fue ascendido a consejero personal del presidente Teodoro Obiang, un hombre que tenía auténtico terror a los brujos y a la gente con poderes sobrenaturales.

Pero los que más trabajo me dieron con su comportamiento irregular fueron los libios de Gadafi. Siempre siguiendo instrucciones del Gobierno, en diciembre de 1985 tuve que expulsar de España a tres diplomáticos libios que habían preparado un atentado en Madrid contra el líder opositor, Magarief, que residía a la sazón en Londres y que estaba de paso en nuestro país, como ya he contado antes. Les di veinticuatro horas para que los presuntos implicados, que tenían inmunidad diplomática, abandonaran el país bajo amenaza de expulsarlos en caso contrario. Los tres cogieron el avión sin rechistar. Un año más tarde, en abril de 1986, expulsamos a otros tres funcionarios y a ocho profesores de la escuela libia de Madrid, que era una tapadera para actividades *non sanctas* y «contrarias a la seguridad del Estado». Era una época en la que Gadafi estaba desatado y no paraba, usaba el terrorismo como herramienta política e interfería en los asuntos internos de los Estados, como prueba el hecho de que el 10 de mayo del mismo año fuera detenido el coronel De Meer, que fue internado en la prisión militar de Alcalá de Henares. A propósito de esta detención, el diario *El País* publicaba que «Libia colaboró con la extrema derecha para desestabilizar el sistema político español». Eran otros tiempos, el 23-F estaba todavía cerca y estas cosas preocupaban bastante. Al parecer, Trípoli le había dado dinero y no era, según dicen, el único que lo recibía, pues había otros políticos de otras orientaciones políticas que también se beneficiaban de esta generosidad de la Yamahiriya Libia, a la que debía de gustar meterse en nuestros asuntos internos, ya que en el pasado se habían detectado ayudas económicas y logísticas a la propia ETA. Eran impresentables. En aquella ocasión tuve que convocar también al cónsul porque al embajador lo habíamos echado ya, y le

di doce horas para abandonar España, que se estaba quedando rápidamente sin libios, sobre todo cuando unos días más tarde recibí instrucciones para tomar medidas contra otro que preparaba un atentado contra intereses norteamericanos y judíos en España, pactando su rápida salida de nuestro país para evitar mayores escándalos. Los diplomáticos libios de aquella época se portaban muy mal, pero la verdad es que los teníamos muy controlados.

Un caso pintoresco ocurrió con otro embajador de Nigeria en nuestro país que se había inventado una religión animista de la que se autotituló sumo sacerdote, dignidad ficticia que usaba con gran éxito para sacar dinero timando a ingenuos compatriotas, en su mayoría modestos inmigrantes en España. Al cabo de un tiempo empezaron a llegarnos protestas de pobres nigerianos desplumados por su embajador, denuncias que este desdeñaba alegando que gozaba de inmunidad de jurisdicción frente a los tribunales españoles. Yo dejé por aquella época la dirección general de África, pero creo que acabó siendo expulsado de España por estafador y sinvergüenza, que es lo que era.

CASUÍSTICA PARA FANÁTICOS

Durante un tiempo guardé una pequeña colección de opiniones o *fatuas* del ayatolá Jomeini sobre consultas que le hacían los fieles en relación con los más variados temas, que no tienen desperdicio. Las he trasapelado con tantas mudanzas como hacemos los diplomáticos, y bien que lo lamento.

Pero recuerdo algunas, como una pregunta que versaba sobre si una mujer podía entrevistar a un hombre en un programa de televisión, que es una cuestión que confieso que nunca me hubiera preocupado personalmente. Pero yo no soy iraní. La respuesta que daba el gran ayatolá era positiva y autorizaba a una mujer dirigirse a un hombre que no conocía antes y hacerle preguntas, siempre que ambos no aparecieran juntos en la pantalla dando la impresión de compartir un mismo espacio físico, pues no estaban casados, y para evitar esa percepción pecaminosa recomendaba que los decoradores pusieran detrás de ambos unos paneles pintados de diferente color, de forma que pareciera a los telespectadores que no estaban en la misma habitación. Jomeini aprovechaba la oportunidad para recordar que a la periodista o a la entrevistada solo la podían maquillar otras mujeres, su marido o su padre, pues en ningún caso puede hacerlo otro hombre. Sin que valgan excusas.

Otra consulta tenía que ver con la retransmisión de partidos de fútbol en los que a veces, como cuando se produce alguna caída o una lesión tras una falta en el juego, la cámara enfoca las piernas y los muslos de los futbolistas con primeros planos que podrían ser considerados indecentes... y que a veces pueden serlo de verdad como le ocurrió en cierta ocasión al madridista Butragueño. El líder supremo contestaba a esta legítima preocupación de los dirigentes de la televisión pública iraní explicando que el deporte tiene valores positivos y que debe ser fomentado y televisado pero que, en este caso

concreto, sería deseable que se evitaran primeros planos que pudieran excitar la concupiscencia de los telespectadores. En todo caso, el gran ayatolá tranquilizaba las conciencias de los directivos de la televisión pública iraní recordando que el pecado no sería del cámara que hace la retransmisión ni estaría en la propia escena, sino en la intención lasciva con la que algunos pudieran mirarla.

Años después el ayatolá Javadi-Amoli fulminaba a las luchadoras iraníes de karate que habían tenido algunos éxitos en los Juegos Asiáticos de 2014, diciendo que «la perfección de la mujer es su maternidad... No es una virtud para nuestras mujeres dar una patada, pegar a alguien y traernos una medalla». Imposible sonar más cavernícola. Sin embargo, dos años más tarde, el líder supremo, el ayatolá Alí Jamenei, le contradecía y no ocultaba su satisfacción por el hecho de que una luchadora de taekwondo, Kimia Alizadeh, fuera la primera mujer iraní que ganaba un bronce en los Juegos Olímpicos de Río de Janeiro. Y no se paraba aquí, sino que extendía su gratitud a las deportistas que «lucieron el velo islámico ante todo el mundo y, en especial, a la que con el chador brilló como abanderada de la delegación iraní». Esa era Zahra Nemati, otra luchadora a la que un accidente de coche había obligado a pasarse al tiro con arco, donde también ha destacado confirmando su valor como deportista. Se ve que las artes marciales se les dan bien a las persas. En total, las mujeres iraníes ganaron nueve medallas en Río; y cincuenta y cuatro los hombres. Eso sí, las mujeres tenían que competir con el cabello cubierto y con pantalones largos, lo que no es ciertamente una ayuda para hacer alguna pruebas, y aún hoy no se les permite la entrada como espectadoras en estadios donde los que compiten son hombres, como sucede en los partidos de fútbol. Igual ocurre en Arabia Saudí. Hay cosas que cambian, pero que lo hacen muy poco a poco.

Aunque no sea fácil creerlo, estas consultas y comentarios no tuvieron lugar en el siglo XVI, cuando los europeos se mataban en crueles guerras de religión y se quemaba a los herejes, sino a finales del siglo XX y a principios del XXI en un mundo que hay que creer que ha evolucionado y donde la gente tiene otras preocupaciones, aunque algunos alcaldes de la Costa Azul se hayan puesto a su nivel con la pretensión de prohibir el llamado *burkini* en sus playas. Menos mal que los tribunales les han llamado al orden. Recuerdan

aquellas discusiones bizantinas sobre el sexo de los ángeles, o los interminables debates conciliares sobre esencias y naturalezas que tantas pasiones despertaban. Cada uno debe poder vestir como quiera, y no entro a valorar si ciertas vestimentas son vejatorias o impuestas a la mujer de forma que esta no es libre para adoptarlas o rechazarlas, lo que también es cierto. Lo que pasa es que si les quitas el *burkini*, sus padres y maridos les prohibirán ir a la playa, y el resultado será aún peor para ellas. Lo que hay que procurar no es tanto cambiar vestimentas como cambiar mentalidades. Pero eso lleva más tiempo. Otra cosa es el burka que oculta el rostro de quien lo porta, porque aquí entran en consideración cuestiones de seguridad y, visto lo visto, no está el ambiente para bromas.

Claro que en Israel algunos tampoco se quedan atrás. Allí vivía el rabino Ovadia Yosef, al que también le llegaban consultas pintorescas de almas atormentadas. Como la de saber si es lícito entrar en un cuarto de baño con un billete de un dólar. La razón es que se trata de un lugar impuro por razones obvias y en el billete norteamericano figura la palabra Dios en la leyenda «*In God we trust*» (confiamos en Dios). El rabino sentenciaba en esta ocasión que se puede entrar en el cuarto de baño con el billete en el bolsillo, siempre que no salga de él y que en ningún caso se toque y menos aún se manosee durante su permanencia en ese lugar impuro. Supongo que esta respuesta debió de llevar la paz a algún espíritu atribulado que no quería separarse de su billetero durante un apretón inoportuno.

En otra ocasión le preguntaron si se puede contar dinero con las manos durante el *sabbat* que, como se sabe, comienza en la noche del viernes y se extiende hasta la puesta de sol del sábado. Durante ese tiempo sagrado y dedicado al descanso, los judíos ortodoxos no pueden conducir, fumar, hacer fuego para calentar la comida o, incluso, encender la luz. Antes dejaban la olla todo el día sobre un fuego muy bajo, pero hoy ya tienen dispositivos que encienden el horno o la bombilla con temporizadores sin tener que pecar tocando el interruptor. Y a eso le llaman progreso. La respuesta del rabino Ovadia Yosef fue que se puede contar el dinero recibido (¡no fuera alguien a irse sin pagar!) con la condición nuevamente de no manosear los billetes a la vista del público. Por esa razón, muchos hoteles en Jerusalén ponen unas

cortinas en el mostrador de la zona de recepción, como esas cabinas de votación que hay en algunos países, y la factura se abona detrás de ellas sin escandalizar a nadie... y sin marcharse sin pagar.

Como los judíos ortodoxos pueden subir en ascensor durante el *sabbat* pero no les está permitido apretar el botón que indica el piso al que se desea llegar, los hoteles de Jerusalén mantienen los ascensores subiendo y bajando ininterrumpidamente y deteniéndose en todos los pisos para desesperación de los gentiles alojados en un piso elevado, como me ocurrió a mí en cierta ocasión en el hotel King David. Y en el barrio ultraortodoxo de Mea Shearim apedrean a los coches que se atreven a cruzarlo durante el sábado judío. Allí todos van vestidos de negro con *kipás*, sombrero y tirabuzones, y algunos incluso se ponen los días de fiesta enormes sombreros forrados de piel, más propios de los rigores del invierno lituano que de los calores del vecino desierto de Judea.

En Israel es cada vez más perceptible la fractura que se abre entre una Tel Aviv liberal y una Jerusalén donde los barrios ortodoxos no paran de crecer por sus altísimas tasas de natalidad. Y con ellas crece también la influencia en la política israelí de los partidos nacionalistas y ultrarreligiosos. Así lo percibí durante una reciente visita, tras años de no ir por aquellas tierras. En Jerusalén oí hablar con rencor de la «República de Tel Aviv» como un lugar de costumbres licenciosas, mientras amigos judíos de esta última ciudad se referían a «esos fanáticos de Jerusalén» de forma desdeñosa y también preocupada. Mi clara impresión es que esta incompreensión mutua aumenta con el paso del tiempo. Quizás por eso nunca me he encontrado a gusto en Jerusalén. Allí se ha coexistido pero nunca se ha convivido, y su atmósfera me afecta, la somatizo de alguna forma que no llego a comprender y me produce una desagradable sensación de tensión que dura el tiempo que allí estoy. Siempre que dejo Jerusalén, y he estado allí muchas veces, no puedo evitar la sensación de pensar «qué bien que me voy y que no vivo aquí». No me ha ocurrido en ningún otro sitio, aunque supongo que tampoco soportaría vivir en Qom o dentro del Vaticano. Amos Oz dice que «es una ciudad que atrae a fanáticos cristianos, musulmanes, judíos... Pero Jerusalén no es Israel: es otro planeta». Lo mismo me decían mis amigos de Tel Aviv.

Pero no hay que reírse pues también entre nosotros hay y desde luego ha habido normas parecidas, y en algunos estados de Norteamérica sigue viva la polémica entre evolucionistas y creacionistas, que rechazan a Darwin y mantienen que descendemos literalmente de un Adán moldeado por Dios con barro y de una Eva salida de su costilla. Y que el mundo tiene 7.000 años, que es la cifra que sale de estudiar la Biblia, cuando los científicos atribuyen a la Tierra 4.500 millones. Casi lo mismo. Y exigen que, a principios del siglo XXI, esas creencias se enseñen en las universidades en pie de igualdad con lo que nos dicen Darwin, Sagan y Hawking. Así como suena.

En realidad, todos los extremismos se parecen, y por eso desde siempre he sentido rechazo hacia los dogmáticos, los que se creen en posesión de la verdad revelada y actúan con prepotencia y desprecio hacia las opiniones de los demás, algo que no es propio de ninguna cultura en exclusiva, pero que se da con mayor frecuencia desde que los monoteísmos inventaron la intolerancia.

En cambio, uno de los lugares donde me he sentido más a gusto y más en armonía con el universo que me envuelve ha sido en la maravillosa mezquita de los omeyas de Damasco, muy cerca de la tumba de Saladino. Erigida sobre un templo al odioso Baal púnico (le arrojaban bebés a una hoguera como ofrenda), que luego los romanos dedicaron a Júpiter (de ese período quedan espléndidas columnas corintias), fue posteriormente una basílica bizantina cuyos refinados mosaicos cubren las paredes exteriores, hasta llegar a ser la actual mezquita que guarda los restos de san Juan Bautista, un recinto con amplio patio y luminosas torres de una de las cuales se afirma que Jesús descenderá el día del Juicio Final. Allí unos rezan, otros duermen o leen, las mujeres conversan en corros y los niños juegan. Puedo pecar de incongruente porque también en ese sitio se ha rezado desde hace cuatro mil años, pero es uno de los lugares que más me relajan de cuantos conozco, un sitio donde me siento bien.

Otro es la diminuta mezquita de Ibn Tulun, del siglo IX, con su minarete en forma de zigurat mesopotámico en pleno centro de El Cairo, donde uno se abstrae y olvida el fragor del tráfico de una de las ciudades más

maravillosamente caóticas del mundo. Y olvida también los fanatismos. Es un lugar donde, como dice Jean Lacouture, «el silencio y la soledad son un privilegio».

MOMIAS Y MONJES

Un museo holandés de Assen, provincia de Drente, presentó en 2015 una exposición bajo el título «Momias: Vida después de la muerte», que parece bastante apropiado, pues lo que efectivamente se desea con la momificación es una especie de inmortalidad, macabra y totalmente contra natura, pero inmortalidad al fin y al cabo que, afortunadamente, no es lo mismo que eternidad.

La idea de momificar a seres humanos es algo muy antiguo cuyos orígenes se trazan hasta la cultura de Chinchorro, en las Américas, de donde al parecer proceden las momias más antiguas descubiertas hasta la fecha, nada menos que de hace unos 7.000 años. En Egipto se empezó a momificar bastante después, allá por el año 3500 antes de Cristo y no se limitaban a momificar humanos sino también animales, como gatos o cocodrilos. Egipto nos proporciona las momias de los faraones, que son las más conocidas, más lujosas y cuidadas. La momia de Ramsés fue recibida en el aeropuerto de Charles de Gaulle de París con honores de jefe de Estado cuando la enviaron para ser restaurada. Al director del Museo Egipcio de El Cairo se le saltaban las lágrimas de emoción y orgullo patriótico cuando me lo contaba frente a los restos del faraón, cuyo rostro, habitualmente cubierto, me mostró para que yo pudiera apreciar bien aquella nariz aquilina. Los franceses son listísimos y saben bien cómo halagar el orgullo ajeno cuando les conviene, pues me temo que entre nosotros las inevitables bromas estropearían el efecto. ¿Alguien imagina una momia aterrizando en Barajas entre banderas y soldados? Los chistes se harían virales en las redes sociales, y es que aún tenemos mucho que aprender.

Otra momia famosa es la de Tutankamón, descubierta con su ajuar completo —la tradición pretende que una maldición cayó sobre su descubridor, Howard Carter, y sus acompañantes—. Por no hablar de Nefertiti, cuya bellísima máscara funeraria se exhibe en el pequeño Museo Egipcio de Berlín y que nunca dejo de visitar cuando paso por aquella ciudad porque no se cansa uno de mirarla. Pero hay momias en muchos otros lugares, como las de personas sacrificadas en ceremonias religiosas en los Andes, desde Ecuador a Perú y Chile, y también las hay en la India e incluso en Europa Central. Mucho eco tuvo el descubrimiento hace unos años en los Alpes del cuerpo momificado de Ötzi (que tomó el nombre del valle donde se encontró), muerto por una flecha hace 3.300 años y conservado perfectamente, con armas y vestido, por las condiciones climatológicas del lugar donde cayó. Claro que en este caso la momificación se produjo por causas naturales y sin intervención humana.

En la exposición de Drente se exhibía la momia de un panadero centroeuropeo del siglo XVIII, y en el Museo Arqueológico de Madrid se puede ver la momia de un guanche de la época prehispanica de Canarias. Como se ve, hay momias en todos sitios y para todos los gustos.

La pasión etnográfica del siglo XIX hizo que Jules Verreaux, un comerciante francés de viaje en 1830 por lo que entonces se llamaba Bechuanalandia, en el sur del continente africano, se encontrara el cadáver de un hombre joven colocado en las ramas de un árbol según era la costumbre local de enterramiento, y ni corto ni perezoso se lo llevó sin pedir permiso a nadie. Lo disecó rellenándolo con paja y alambres como si fuera un animal cualquiera y lo exhibió en París, desde donde llegó a la Exposición Universal de Barcelona de 1888. Allí lo debió de comprar el veterinario Francisco Darder y se lo llevó al Museo de Historia Natural de Banyoles, donde lo expuso en una vitrina, de pie con una lanza en la mano y un taparrabos naranja. Así llegó a España el que luego fue conocido como el Negro de Banyoles y allí estuvo un siglo hasta que un holandés lo descubrió y escribió sobre ello con el resultado de que los botsuanos se enteraron, montaron un pollo y a mí me costó un sonoro rapapolvo por parte de la ministra de Asuntos Exteriores de Botswana, que llevaba el tema al terreno personal, pues al parecer el momificado era de su misma tribu. O de una tribu vecina. Aquella señora me

gritaba con santa indignación en su despacho de Gaborone, sin que yo al principio acertara a saber de qué me estaba hablando. Cuando lo entendí y regresé a España, intenté resolver el problema antes de que pasara a mayores, pues los botsuanos estaban dispuestos a recurrir a instancias internacionales y a ponernos a caldo en todo el mundo por expoliadores y racistas. Pero el Ministerio de Exteriores no lograba convencer al museo catalán para que devolviera el cadáver, y el asunto solo se arregló con la amenaza de intervención de la propia ONU, adonde Botsuana fue con sus quejas. Al final el Negro de Banyoles regresó a su país en el año 2000, como debía ser, y allí fue triunfalmente recibido y enterrado con honores después de toda una muerte, que no vida, en una vitrina supongo que polvorienta. Me alegro mucho. Y es que como dice el refrán popular, bien está lo que bien acaba.

En el siglo XX se momificaba a algunos líderes de izquierdas como Lenin, que reposa en su mausoleo de la plaza Roja; Mao, que lo fue en contra de su voluntad y hoy «recibe» a los visitantes en su mausoleo de la plaza de Tiananmén, y Ho Chi Minh, que lo hace en el suyo de Hanói. La propia Evita Perón, que no sé si era de izquierdas porque en el peronismo hay de todo (hoy diríamos que era «populista»), fue una momia itinerante hasta que la dejaron descansar en el cementerio de la Recoleta. Por citar solo algunos casos muy conocidos y al alcance de cualquier turista.

Por su parte hay muchos santos cristianos que no necesitan ser momificados porque su misma santidad preserva sus cuerpos incorruptos, como le ocurre a san Alonso Rodríguez, que yace en la iglesia palmesana de Montesión, y cuyo bonete se ponían antiguamente sobre la tripa las parturientas de mi familia porque se le atribuían poderes taumatúrgicos. Daño no hizo, como muestra mi propia presencia en el mundo. Los santos incorruptos son legión y de algunos se afirma que su cuerpo «huele a rosas». Sin ir más lejos, cuando era embajador ante la Santa Sede tenía un santo embalsamado y metido en una urna de cristal en la capilla de mi residencia en el Palazzo di Spagna. Se trata de san Lactancio, un niño de unos ocho años que fue martirizado durante la época romana y que daba cierta grima, pues parecía realmente que estaba dormido. Pero no puedo opinar sobre su olor pues nunca abrí su urna de cristal. Durante la Edad Media hubo un considerable tráfico de momias y reliquias, que debía de dejar bastante dinero y dar lugar a las

mayores estafas y falsificaciones. Es conocido el robo por parte de dos mercaderes del cuerpo de san Marcos en Alejandría para llevarlo de contrabando a Venecia, donde es santo patrón. Eça de Queirós ha escrito una novela satírica muy entretenida (*La reliquia*) sobre el tráfico de momias de santos.

Pero una cosa es morir y ser momificado como santo cristiano o marxista y otra muy distinta momificarse uno en vida, como hacían algunos monjes en la China del siglo XII. Estos fanáticos buscaban la perfección metiéndose en una cueva que luego tapiaban para automomificarse casi en vida. Un plan muy poco apetecible. Una vez dentro de su cripta, respiraban por un tubo de bambú conectado con el exterior. Allí pasaban unos seis años en los que seguían un plan bien estudiado según el cual los primeros mil días se alimentaban con agua, semillas y nueces, y luego pasaban otros mil a base de raíces, corteza de pino y un té tóxico hecho con la savia del árbol de la laca. De vez en cuando tocaban una campanilla para que los de fuera supieran que seguían vivos. Cuando dejaban de tocarla es que se habían muerto; su cuerpo no se descomponía porque con esa dieta se había ido momificando en vida. De ellos se decía que habían alcanzado el nirvana, y no cabe duda de que a algunos les seducía la idea.

Me parece una historia espantosa, similar a la que conocí en el Monasterio ortodoxo de Pecherska Lavra, situado en el monte Berestov que domina la ciudad de Kiev, en un recodo del río Dniéper, que estaba helado cuando yo lo vi en un día luminoso y frío de invierno. Se trata de un conjunto precioso de edificios del siglo XVI al XVIII que exhiben cúpulas doradas, iconostasios y la riqueza ornamental propia de los herederos de Bizancio, además de albergar un magnífico museo con el oro de los escitas, un pueblo guerrero surgido del fondo de Asia que dominó en épocas precristianas el actual territorio de Ucrania. El cristianismo llegó en el siglo VIII, y a partir del siglo XI, algunos monjes iluminados se enterraban literalmente en vida, como los chinos pero sin nirvana, horadando en el interior de la montaña largos túneles a modo de madrigueras donde excavaban celdas a derecha e izquierda en las que se introducían para orar, sufrir y nunca más volver a ver la luz del sol. Luego tapiaban la celda desde el interior, igual que hacían los chinos, aunque dejando una pequeña abertura por la que eran alimentados hasta que

morían. Cuando eso sucedía, desde el exterior rompían el tabique, los sacaban de la celda —que después de estos años debía de oler fatal— y colocaban su cuerpo a un lado del largo pasillo-madriguera, con objeto de hacer sitio y posibilitar que otro fanático iluminado ocupara su cueva. He recorrido con una vela en la mano esas catacumbas llenas de cadáveres, y confieso que nunca he visto nada más tétrico. Mucho peor que las catacumbas romanas. A diferencia de las películas de muertos vivientes, lo que allí había eran vivos murientes. O los había habido durante muchos años.

Cuando visité Kiev acaba de desaparecer la URSS, la producción en Ucrania había caído un 50 por ciento y la inflación alcanzaba el 2.500 por ciento. El sueldo de mi homólogo en el ministerio ucraniano de Exteriores era de unos veinte dólares al mes, según me dijo, y debió de ser por eso que aprovechó para pedirme que le regalara un par de botellas de *whisky* para revenderlas en el mercado negro. En el Monasterio de Lavra quedaban unos cien monjes, muchos de ellos jóvenes, que me parecieron muchísimos para los tiempos que corren y que afortunadamente ya no se entierran vivos. Mi impresión es que en aquellos terribles años de hambre, cuando estuve en Ucrania, los que se hacían monjes buscaban, más que espiritualidad, comer todos los días y estar calientes por las noches.

NOVENA PARTE
ENTRE DIPLOMÁTICOS

Los que corren allende el océano, mudan de cielo pero no de alma.

CICERÓN

Tres especies hay de animales que cuando parece que vienen, van, y cuando parece que van, vienen: los diplomáticos, las mujeres y los cangrejos.

JOHN DAY

GATO NEGRO, GATO BLANCO

El día 4 de septiembre de 1985, el presidente Felipe González viajó a China con un nutrido séquito que incluía a los ministros Fernández Ordóñez (Exteriores), Boyer (Economía) y Solana (Portavoz), y a una treintena de empresarios. Era su primer viaje a Asia y pretendía estimular el comercio y conseguir el apoyo de Beijing a la candidatura de Barcelona para la organización de los Juegos Olímpicos de 1992. Yo no llevaba aún un mes al frente de una macro dirección general en Exteriores que se ocupaba nada menos que de África, Medio Oriente y la mitad de Asia, pues de China se ocupaba la dirección general de Norteamérica. No me pregunten por qué, pues era una «organización» absurda y desmesurada, pero era así. Poco tiempo después logré deshacerme de Asia y aun así apenas tenía tiempo para tantos países como me correspondían, lo que me obligaba a priorizar algunos como los del Magreb —y en particular Marruecos y Argelia— porque estaba desbordado. El subsecretario Fernando Perpiñá-Robert era asimismo bisoño en su cargo, pues había sido nombrado a fines de julio, apenas unos días antes que yo.

Una de las tareas logísticas que Exteriores tenía en estos viajes presidenciales, aparte de coordinar la preparación de gruesos dossiers y hacer el trabajo diplomático previo con los países de destino, era ocuparse de gestionar los permisos de sobrevuelo del avión presidencial, un DC-8 de las Fuerzas Aéreas, según el plan de vuelo elaborado previamente por el Estado Mayor del Aire. Y el viaje a China se complicó precisamente por este problema a pesar de contar con los permisos pertinentes. Bueno, en realidad no los tenía todos, faltaba uno que se nos había escapado, y ese estuvo a punto de costarnos la cabeza a Fernando y a mí.

Fue un vuelo gafado desde el primer momento, pues el avión presidencial despegó de la base de Torrejón a las diez de la mañana y sobrevolaba el norte de Irán, a eso de las 15.30, hora española, cuando fue sorprendentemente conminado a abandonar el espacio aéreo de la República Islámica por razones de seguridad. Según dijeron, hubo una alarma aérea que tenía que ver con la guerra que entonces tenía con Irak y que estaba en su punto álgido. A Exteriores nadie nos había preguntado sobre la oportunidad o no de sobrevolar Irán, algo que yo nunca hubiera aconsejado en aquellas circunstancias y que tampoco figuraba en el itinerario preparado inicialmente por Defensa. Según supe luego, el plan de vuelo había sido modificado por la Moncloa con objeto de ganar tiempo. Les salió el tiro por la culata. Obligado a dar la vuelta, el avión tuvo que hacer una escala de varias horas en Ankara mientras los pilotos militares diseñaban otra hoja de ruta más hacia el sur, pues por el norte también Bulgaria se negó a autorizar su paso. Poco simpáticos, los búlgaros. En los medios de prensa comenzaron las bromas con el asunto y en Exteriores nos pusimos como locos a gestionar sobre la marcha los permisos pertinentes para la nueva ruta que preparaba a toda prisa Defensa y que llevaría al avión a sobrevolar Chipre, Egipto, Arabia Saudí, Emiratos Árabes Unidos y el sultanato de Omán, hasta enlazar más adelante con el resto del itinerario previsto. Una tarea que coordinaba el subsecretario, pues afectaba a mi dirección general y también a la de Europa (por Chipre). En un tiempo récord obtuvimos todos esos permisos y el problema parecía resuelto.

Fue entonces, al revisar rutinariamente el resto del itinerario, cuando me di cuenta con horror de que nos faltaba el permiso para sobrevolar Bangladesh. Una pifia y responsabilidad mía. Revisé una y mil veces la carpeta con las autorizaciones de sobrevuelo recibidas y no aparecía la de Bangladesh. Lo que había ocurrido es que desde mi dirección general habíamos encomendado gestionar los sobrevuelos de la India y Bangladesh, ambos en un mismo telegrama, a nuestro embajador en Nueva Delhi, que nos había contestado diciendo que «OK. Autorización concedida con el número X». La secretaria que recibió el telegrama en Madrid entendió que la autorización se refería a los dos países y se quedó tranquila. Al revisar yo aquella tarde la carpeta completa, me di cuenta del error cometido y de que la autorización que nos comunicaba el embajador se refería solo a la India y no

cubría Bangladesh. Le telefoneé a Nueva Delhi y me confirmó, desconsolado, que efectivamente había cometido un error y no había hecho ninguna gestión con el Gobierno de Daca. Si alguna vez me ha corrido un sudor frío por la espalda fue en ese momento, a las siete de la tarde y con las radios en España haciendo bromas a costa del viaje de Felipe González. Y, peor aún, con el avión en el aire volando a toda mecha hacia Bangladesh.

En cuanto me di cuenta, me fui al despacho del subsecretario a contarle lo que ocurría. Se quedó pálido, como me había quedado yo solo un rato antes. Nuestras cabezas estaban a punto de rodar. Otro incidente en el mismo viaje hubiera sido demasiado, la prensa se habría tomado a chirigota tanta chapuza y Fernando y yo, pero sobre todo yo, habríamos sido los altos cargos de más corta duración en la historia del ministerio.

Decidimos entonces no decir nada a nadie y yo hice jurar a los responsables de mi dirección general que mantendrían la boca cerrada para que la noticia no se filtrase a los medios. E inmediatamente me puse a trabajar desde el mismo despacho del subsecretario, situado en la planta noble del palacio de Santa Cruz y que tiene unos bonitos balcones sobre la plaza de la Provincia que dejan adivinar, muy cerca, la espectacular plaza Mayor. Pero yo no pensaba en eso mientras el tiempo pasaba, caía la tarde y entraba la noche, se iba la luz, las farolas se encendían y yo trataba desesperadamente de encontrar a alguien en Daca, capital de Bangladesh, que pudiera solucionar nuestro problema con el agravante de la diferencia horaria de cinco horas y de que nuestra noche era ya su madrugada. No lograba hablar con nadie, allí todos dormían, las oficinas estaban cerradas y nadie se ponía al teléfono, ni el ministro de Exteriores ni el subsecretario ni la mujer de la limpieza. Y los militares de aquel país, con los que al final logré comunicarme y que parecían ser los únicos que estaban despiertos, me decían que comprendían mi problema pero que no podían tomar ninguna decisión sin luz verde del Gobierno. Y el Gobierno roncaba.

Al final, al borde ya de un ataque de nervios digno del mejor Almodóvar, logré hablar con un somnoliento jefe de Protocolo al que saqué de la cama y que me dijo que a esa hora nada podía hacer pero que se comprometía a intentar resolver nuestro problema a primera hora de la mañana, *first thing in the morning*, me repetía aún adormilado. Con mucha diplomacia e insistencia

le expliqué que no era posible esperar, que el avión se aproximaba a su país a 900 kilómetros por hora y que precisaba de una autorización ¡YA! para evitar un grave incidente diplomático, pues era nuestro presidente del Gobierno quien iba a bordo. Eso debió de impresionarle porque hacia las tres de nuestra madrugada me llamó ese buen señor para decirme que había arreglado el asunto y para darme personalmente el número de la autorización de sobrevuelo de Bangladesh. ¡Justo a tiempo! Fernando y yo, que habíamos amenizado la espera con un par de *whiskys* en su despacho, nos dimos un abrazo aliviados al fin tras tantas horas de tensión y nos fuimos a dormir.

Siento no recordar ahora el nombre de aquel simpático jefe de Protocolo bangladeshí al que desperté intempestivamente y al que debo no haber sido cesado apenas un mes después de mi nombramiento. Aquella noche pudo muy bien haber terminado mi carrera diplomática.

Felipe González nunca sospechó nada de lo ocurrido, y cuando volvió a España nos contó aquello que le había enseñado Deng Xiaoping de que «no importa que el gato sea blanco o negro, lo importante es que cace ratones». Y es que no hay nada como viajar para ampliar horizontes.

EL PASAPORTE, LA OREJA Y EL PENE

En los consulados se encuentra uno de todo y, aunque a lo largo de mi vida profesional le he dedicado muy poco tiempo al trabajo consular, reconozco que proporciona satisfacciones inmediatas que no da la diplomacia, mucho más abstracta, como por ejemplo ocurre el día que logras solucionarle a alguien un problema. Ese día duermes mejor.

Era una mujer muy atractiva y se veía que en su juventud debía de haber sido una belleza. Además era una actriz muy conocida, y sin embargo aquella mañana daba muestras de una gran timidez cuando entró en mi despacho del Consulado en Nueva York, tras haber fijado la cita por teléfono. Se refugiaba tras unas enormes gafas de sol y parecía que no deseaba que nadie la viera; era una actitud muy extraña por parte de una persona que debía de estar acostumbrada a despertar admiración, a ser reconocida por la calle y a la persecución de los fotógrafos, que con certeza también debía de fomentar. Como esas exclusivas pagadas donde la revista del corazón «descubre» a la famosilla de turno veraneando «discretamente» en Bali en compañía de algún maromo. Y algunas se lo creen. El caso es que mi visitante me pidió cerrar la puerta y entonces, a solas los dos y en voz baja, me dijo que me tenía que pedir un gran favor, pues de Nueva York iba a ir México donde tenía un contrato importante para rodar una película. Yo la felicité por ello, sin entender qué podía tener que ver conmigo, y ante mi silencio expectante añadió tímidamente: «Es mi edad, ¿sabe?». Lo que quería es que le quitara «unos años» al renovar el pasaporte porque eso la «ayudaría mucho» en su profesión y, en particular, para el trabajo que le esperaba en México. Entonces comprendí el drama que tienen las actrices que necesitan permanecer jóvenes para tener un papel, algo que no ocurre con los actores, y es que también en

esto la vida es injusta con ellas que, por si fuera poco, cobran menos por el mismo trabajo, como últimamente denuncian las divas de Hollywood. Sin llegar al extremo del acoso de tipos tan repugnantes como el productor Harvey Weinstein y tantos otros que son denunciados estos días con la campaña *Me too*. Decidí ayudarla sin pensármelo dos veces, hicimos como si hubiera perdido su pasaporte y le hice uno nuevo, pues entonces se hacían a mano, y «me equivoqué» al poner la fecha de nacimiento. Al fin y al cabo, con errar un número se puede cambiar de década, y es lo que yo hice, le quité diez años de un plumazo. No olvidaré su cara de felicidad. Salió encantada de mi despacho y yo negaré siempre haberlo hecho intencionadamente. Nunca más la he vuelto a ver. Son cosas que con esto de Schengen, de la automatización y de la centralización de los visados en Luxemburgo ya no se pueden hacer aunque uno quiera.

Otra mañana se organizó una trifulca en la sala donde se atendía al público en el mismo Consulado de Nueva York. Desde mi despacho se oían gritos cada vez más fuertes hasta que Rosa, una de las secretarias, entró y me dijo que había un hombre, gallego por más señas y de unos treinta y tantos o cuarenta años, muy agitado, que exigía ser recibido de inmediato por el señor cónsul. Ese era yo. Pedí que le hicieran pasar y que Ángel, un funcionario consular, lo acompañara por si se ponía agresivo, pues me decían que estaba muy alterado. Al entrar y sin sentarse me preguntó: «¿Es usted el señor cónsul?» y entonces, casi sin mirarme, tiró sobre la mesa algo envuelto en lo que me pareció un pañuelo muy sucio. «¡Ábralo!», me espetó. «Ábralo usted, que es suyo», le respondí y entonces él desenvolvió un objeto negruzco y como acartonado que no reconocí. «Es mi oreja» dijo, aún iracundo, al tiempo que se subía el cabello sobre la sien izquierda, donde era evidente que faltaba algo. Y, efectivamente, si uno miraba bien «aquello» que estaba sobre mi mesa podía ser el pabellón de una oreja. Entonces, ya algo más tranquilo, se sentó y me contó que era un marinero enrolado en un bacaladero gallego que había pasado tres meses en aguas de Terranova y que el capitán, por un error de cálculo al abastecer el buque, se había visto obligado a racionar el tabaco, y eso había provocado continuas disputas entre la tripulación. En una de ellas, que debió de ser subida de tono, un compañero se había llevado su oreja de un mordisco. Eso de morder se lo he visto también años más tarde a un futbolista

famoso. El caso es que levanté un acta con sus declaraciones para que pudiera poner una querrela al volver a Galicia, mientras pensaba en lo dura que es la vida de estos hombres obligados a una difícil convivencia de meses en espacios muy reducidos, mientras faenan en mares gélidos y embravecidos sin un cigarrillo que echarse a los pulmones. ¡Y luego dicen que el pescado es caro!

El siguiente caso no me ocurrió a mí, sino que leí sobre él en la prensa muchos años después, pero me interesó tanto que hago la única excepción de este libro para adentrarme en un asunto que no he vivido en persona. Fue en mayo de 2016 y versaba sobre un trasplante de pene, el primero de la historia, que ciertamente no es lo mismo que una oreja y, en todo caso, la oreja del marinero gallego estaba ya tan seca y acartonada cuando llegó a mi mesa que nada se podía hacer con ella. Lee uno tantas desgracias a diario en los periódicos que creo que vale la pena celebrar este éxito de la medicina, una machada —y nunca mejor dicho— que se hizo en el Massachusetts General Hospital de Boston, en una operación que duró quince horas. El afortunado receptor fue un señor de sesenta y cuatro años llamado Thomas Manning, a quien le habían extirpado el pene por un cáncer en una operación llamada penectomía, que seguramente fue más corta, pues ya se sabe que es más fácil destruir que construir. El pene injertado o insertado ahora provenía de un donante fallecido (¡menos mal!) y sin duda generoso y del que no he conseguido averiguar nada, aunque confieso que tampoco he buscado mucho, pues creo que en estas cosas hay que respetar el derecho a la intimidad. El trasplante abre un camino que podrá beneficiar a otros hombres con problemas por enfermedad, accidente o heridas de guerra, aliviando así la suerte de muchos jóvenes entre los que se dan altas tasas de suicidio por las consecuencias psicológicas de la mutilación. Cuando estaba en Washington como embajador leí que, según el Pentágono, nada menos que 1.367 soldados estadounidenses sufrieron heridas donde usted imagina en las guerras de Irak y de Afganistán, entre los años 2001 y 2012, y no cabe duda del drama que eso debe de suponer para ellos. Ignoro el precio de un recambio de pene, pero en todo caso estoy convencido de que esta es una noticia que recibirán con alegría.

El señor Manning debe de ser hombre de carácter pues fue él quien animó a los médicos a considerar la posibilidad de hacerle un trasplante, algo que a ellos no se les había ocurrido, o no se atrevían, y es que la necesidad agudiza la imaginación. Manning ha comentado ahora con sencillez que lo hizo porque no tener pene era una lata que le impedía la obvedad de tener relaciones normales y añadía con sinceridad que «no le puedes decir a una mujer: me han amputado el pene». Y uno, que tiene la suerte de no haber pasado por tan amarga experiencia, tiende a coincidir con esta afirmación. Pero digo que debe de ser un tipo con agallas porque no ha querido ni esconder su nombre ni ocultarse tras recibir su flamante pene nuevo, como queriendo animar a otros a seguir sus pasos y, en todo caso, a hablar con más naturalidad de estos temas íntimos, que es una cosa positiva porque todavía parece que dan un poco de vergüenza. Y eso a pesar de que Manning confesaba también con espontaneidad que todavía no se ha atrevido a mirárselo de cerca. Si un pene ya de por si es feo, supongo que uno injertado debe de ser horroroso. Pero es que no necesita mirarlo, le basta con saber que está ahí, en su sitio, donde sin duda había un vacío doloroso, y que además es capaz de cumplir con su trabajo. Si lo hace, la belleza es claramente secundaria.

No sé si el pene recibido será nuevo, procedente de un donante muy joven, o si estará muy baqueteado y con muchas historias sobre sus espaldas. Yo no le preguntaría demasiado porque creo que preferiría no saberlo ya que, será una tontería, pero a mí me parece que un pene es algo más íntimo, no sé, que una oreja, por ejemplo, que asoma bajo los cabellos, sale en la foto del DNI y la ve todo el mundo. El pene no, pues aunque tiene vida propia, y en esto se distingue también de la oreja, es mucho más discreto, y si tiene cosas que contar pertenecen a una esfera muy personal. Tampoco sé si el señor Manning logrará dominarlo o si será él quién domine su cerebro, como suele ser lo habitual. En el fondo se lo deseo porque eso querrá decir que el trasplante ha sido un auténtico éxito.

QUIEN MANDA, MANDA

Y no es por casualidad.

En el segundo semestre de 1995, España desempeñaba por segunda vez en su historia, y por un período de seis meses, la presidencia rotatoria de la Unión Europea. Esto implicaba convocar y presidir reuniones y participar en otras, así como en las misiones políticas que hacía la troika comunitaria, integrada por el país que ostentaba la presidencia ese semestre, el precedente y el siguiente.

El caso es que se reunió el G-7 en Nueva York con los ministros de Asuntos Exteriores, y como entonces España presidía la Unión Europea, nos invitaron a asistir a la reunión en calidad de observadores. El G-7 es un grupo creado en 1973 que reunía a los siete países occidentales más desarrollados del mundo: Estados Unidos, Alemania, Japón, Reino Unido, Francia, Italia y Canadá. Juntos representaban en aquella época el 68 por ciento del PIB mundial. En 1998 se añadió formalmente Rusia, que quedó nuevamente excluida en 2014 como castigo tras la ilegal invasión y anexión de Crimea. Aznar me contó en una ocasión su ambición de hacer entrar a España en este selecto club con el apoyo del presidente George W. Bush, con quien estaba a partir un piñón, un deseo que se frustró con la guerra de Irak, la pérdida del poder político en España por parte del PP, y el deterioro de nuestra relación con Estados Unidos tras la llegada de Rodríguez Zapatero a la presidencia del Gobierno y la precipitada retirada de nuestras tropas de Irak. No digo que Aznar lo hubiera conseguido porque también China quería entrar y eso nos complicaba mucho las cosas, pues era muy difícil políticamente, por no decir imposible, ampliar el grupo para España y no para China; solo digo que Aznar tenía esa ambición, y que yo modestamente la compartía, consciente de su

dificultad. De todas maneras, el cambio acelerado que vive el mundo y la emergencia de nuevos poderes con ambición protagonista, como es el caso de China, entre otros, hace que este grupo haya perdido peso económico y político en favor del G-20, que hoy controla el 85 por ciento del PIB mundial y del que tampoco formamos parte formal por un inexcusable despiste de nuestros gobernantes cuando se formó. Soy testigo del trabajo que nos costó ser admitidos en sus reuniones, cosa que finalmente hemos logrado gracias a un fuerte esfuerzo diplomático en el que participé muy activamente cuando era embajador en Estados Unidos. Porque Bush no nos quería dejar participar.

La reunión del G-7 a la que nos invitaron en 1995 se celebró en el restaurante Twenty-One de Nueva York (el que tiene la escalera con los *jockeys* de hierro) y a ella fue convidado Javier Solana, como ministro de Asuntos Exteriores del país que desempeñaba la Presidencia europea. Yo le acompañé en mi calidad de director general de Política Exterior, lo que en Europa se llama para abreviar director político. Asistí, pues, como acompañante, ya que cada ministro llevaba uno para tomar notas y recordar a su señorito lo que se le olvidara. Allí estaban Warren Christopher, Kono, Ouellet, Rifkind, Kinkel... y también el ruso Kozyrev, que había sido invitado para la ocasión; vistos de cerca me parecieron que perdían bastante, y es que el poder, como la religión, gana con el misterio. Ya decía entre nosotros Joaquín Garrigues que si los españoles vieran un consejo de ministros por el agujero de la cerradura, el país se despoblaría en cuestión de minutos.

Lo impresionante de lo que Solana y yo vimos en aquella cena fue que entre plato y plato y copa y copa, esos siete ministros (más Rusia) tomaban decisiones sobre los temas más diversos, como la crisis de Yugoslavia, que entonces estaba en su peor momento, el conflicto de los Grandes Lagos con las matanzas terribles de tutsis (pastores nilóticos) por los hutus mayoritarios (agricultores bantúes), el precio del petróleo... decisiones que luego uno veía endosadas y confirmadas por otros organismos como la ONU, la Organización Mundial del Comercio (OMC), el Fondo Monetario Internacional (FMI) o la propia Comunidad Europea. Aquella noche se me cayó otro velo de ingenuidad porque me confirmé en que el mundo no va como va por casualidad, sino que hay un grupo de países que se reúnen discretamente por la

noche en el puente de mando del planeta, donde se hacen cargo del timón, y que están dispuestos a poner esfuerzo, dinero y muertos encima de la mesa, si es preciso, para que las cosas vayan en cierta dirección y no en otra.

No oculto que sentí envidia de mis colegas allí presentes, los directores políticos de esos países, varios de los cuales eran buenos amigos míos, por tener esta influencia. Pensaba que en otra época también mi país la había tenido y que sería bueno intentar recuperarla a pesar de la tradicional indiferencia de nuestros políticos y de nuestra opinión pública por la política exterior, fruto sin duda de los trescientos años que llevábamos mirándonos el ombligo, por voluntad propia al principio, por debilidad luego, y por el aislamiento que nos deparó el franquismo en la última época. Y estaba convencido de que ya era hora de que eso cambiara y por eso participé con entusiasmo en el esfuerzo de la Transición por recuperar nuestra posición en el mundo, un esfuerzo que ha decaído en los últimos años. Y es que con González y con Aznar tuvimos política exterior, por diferente que haya sido una de otra, y yo estoy orgulloso de haber podido participar modestamente en su ejecución.

PROTOCOLO

El protocolo rara vez es inocente, con frecuencia permite evitar problemas y, como dice el papa Francisco, los que de él se ocupan solo se diferencian de los terroristas en que con estos últimos se puede negociar.

Tuve una experiencia directa de esto cuando, como joven diplomático destinado en Nueva York, acompañé a Cristóbal Colón de Carvajal a Baltimore. Cristóbal es descendiente del almirante de la Mar Océana y a la sazón era un joven guardiamarina embarcado en el buque *Juan Sebastián Elcano*, que hacía escala en la Gran Manzana. Aprovechando esta circunstancia, el alcalde de Baltimore decidió hacer un homenaje floral en la estatua dedicada al descubridor de América con la presencia de su descendiente directo y le envió una invitación. El comandante del buque y el cónsul general en Nueva York decidieron que sería buena idea aceptarla y que yo lo acompañara. Hasta aquí, todo normal.

Lo malo fue cuando Cristóbal y yo llegamos a Baltimore y nos encontramos con el alcalde, una banda de música, unos soldados vestidos de época y una multitud de curiosos junto a la estatua del descubridor que engalanaban dos banderas: la norteamericana y la italiana. No había bandera española, y tras una breve conversación en la que Cristóbal me dijo que yo era quien decidía allí, ambos estuvimos de acuerdo en que aquello, de aquella forma, era impresentable y no lo podíamos aceptar. Entonces me acerqué al alcalde y le dije que no podía consentir que hubiera banderas de Italia y de Estados Unidos y que no estuviera la de España. El alcalde me decía que Colón era italiano y que sus votantes, allí congregados, también lo eran; yo le respondía que no discutía su lugar de nacimiento, pero que Colón llegó a América con barcos, dinero y un nombramiento que le dieron los Reyes

Católicos bajo la bandera de Castilla. Añadía que allí estaba su descendiente directo, también español, dispuesto a poner una corona de flores en el monumento, pero que él y yo nos íbamos por donde habíamos venido a menos que allí se pusiera una bandera de España.

Nervios, conciliábulos, idas y venidas y resulta que no se encontraba en todo Baltimore una bandera de España, y a mí no se me había ocurrido llevar una debajo del brazo. El tiempo pasaba, la gente se impacientaba y el alcalde veía que sus votantes se empezaban a marchar. Me dijo entonces que no había más remedio que continuar porque él no tenía bandera española, había hecho todo lo posible por encontrar una y que yo tampoco la había llevado, así que lo mejor era seguir adelante con el acto tal como estaba programado. Le dije que no, que lo sentía mucho y que en última instancia y con intención de hallar una solución le ofrecía la posibilidad de que se mantuviera la enseña norteamericana, pues estábamos en Estados Unidos, pero que si no había bandera de España tampoco debía haber bandera de Italia y que de ahí no nos movíamos. Que la quitara y dejara solo la de las barras y estrellas. Cristóbal Colón me decía que esta postura le parecía muy bien y que la compartía totalmente. Pero estábamos los dos solos en aquella plaza en medio de un ambiente que se iba calentando en nuestra contra, especialmente por parte del alcalde, que estaba muy enfadado y perdiendo las formas a gran velocidad, y ya se sabe que los norteamericanos pueden ser desagradables y muy maleducados cuando se lo proponen. Pero allí nos plantamos hasta que se arrió la bandera italiana y Cristóbal Colón pudo colocar las flores en la estatua de su antepasado. Finalizado el acto, el alcalde se fue sin despedirse de nosotros, y supongo que tampoco sus votantes italianos quedaron contentos. Lo lamento, pero años más tarde sigo convencido de que aquel marino bisoño y aquel joven diplomático hicieron lo que debían. Y que al alcalde de Baltimore le falló no solo el protocolo sino también el sentido común si pensaba que dos españoles le iban a poner flores a un Colón «desespañolizado».

En el Vaticano saben muy bien la importancia del protocolo y se dedican a cultivarlo y a cuidarlo con esmero desde hace dos mil años. Si todas las actividades formales tienen unas estrictas normas de organización y desarrollo, estas se llevan al extremo cuando un embajador presenta sus cartas

credenciales al Santo Padre, una ceremonia que en todo el mundo está revestida de especial solemnidad. Todo allí está cuidado al milímetro desde la misma llegada al patio de San Dámaso, donde le esperan varios gentilhombres de Su Santidad y un destacamento formado de la Guardia Suiza con sus alabardas y vistosos uniformes diseñados por el propio Miguel Ángel. Parecen figurantes de una ópera de Verdi. El embajador sube por la Escala Regia y es luego acompañado por salones, cada uno más lujoso y recargado que el anterior, con pinturas y esculturas de los grandes maestros del Barroco italiano. En algunos salones o corredores hay más destacamentos de guardias suizos que le presentan armas mientras otros lo escoltan a lo largo de todo el recorrido hasta que llega a la antesala papal, presidida por un pequeño cuadro de la Virgen pintado por el Greco, y allí se hacen cargo de él los monseñores de la Curia encargados de abrirle la puerta del despacho donde le espera el Papa bajo un inmenso cuadro de Perugino. Como digo, nada de esto es gratuito o inocente pues se trata de colocar al recién llegado en una actitud de respeto y deferencia ante el que se presenta como vicario de Dios en la Tierra. Nada menos.

Durante mi estancia en Roma como embajador ante la Santa Sede tuve varias cenas en mi residencia del Palazzo di Spagna a las que asistían los reyes, cardenales de la Curia, el presidente del Gobierno, el jefe de la oposición, ministros varios, presidentes de comunidades autónomas y muchos obispos. La mesa del comedor de gala sentaba a cuarenta personas. Después de muchos años de oficio diplomático creo manejarme bastante bien en cuestiones de protocolo, a pesar de lo poco que me gusta, pues la necesidad obliga. Pero organizar una cena con toda esa gente sentada a la mesa es un auténtico quebradero de cabeza, pues siempre hay alguien que no está contento con el lugar asignado y piensa que debería estar más cerca de la presidencia. La presencia de cardenales, algo habitual en esa embajada, añadía complicación por el alambicado protocolo que desde tiempo inmemorial los acompaña como príncipes de la Iglesia que son. Deben ser recibidos a pie de la escalinata por un criado que los acompaña hasta el gran zaguán de entrada, cuya puerta está flanqueada por dos cirios encendidos, donde los espera el embajador y luego, ya en la mesa, tienen derecho a asientos de terciopelo rojo con brazos y de mayor altura que el resto de comensales. Para complicarlo aún

más, si hay varios cardenales deben ser servidos al mismo tiempo, lo que exige en la práctica tener un camarero detrás de cada uno de ellos. Y naturalmente Su Majestad el rey no podía quedarse atrás sino ir delante. La serie británica *Downton Abbey* era un juego de niños comparada con estas cenas. Para evitar problemas, siempre que tenía una cena de estas —y no tuve ni una ni dos sino varias—, enviaba a la Zarzuela la lista de comensales y les pedía que me hicieran ellos el orden protocolario de la mesa. Así, cuando alguien venía a protestar (y casi siempre sucedía), yo les decía que nada tenía que ver con el tema y que hablaran con el Protocolo de la Casa Real, que era el que había decidido la distribución de asientos. Y la protesta terminaba allí mismo.

Cuando no podía escudarme en el Protocolo de la Zarzuela, surgían los problemas. Como durante una ceremonia en la plaza de San Pedro de Roma, que presidía el propio Papa, y a la que asistían, entre otras personalidades españolas, el ministro de Defensa y el presidente de la Generalitat de Valencia. A Bono estas cosas le gustaban y no se perdía ninguna canonización o beatificación, como una que tuvo lugar en Ancona, donde recuerdo que toda la primera fila estaba ocupada por los alcaldes de las poblaciones vecinas, todos del Partido Comunista y todos con la banda tricolor en la cintura. Parecía una escena de *Don Camilo*, la novela de Giovannino Guareschi. El caso es que en la plaza de San Pedro, José Bono y Francisco Camps querían sentarse en el lugar preferente de la primera fila, y ambos aducían sus razones. Tras una discusión incómoda pero correcta en la que los dos pedían mi decisión y sabiendo que, hiciera lo que hiciera, de allí saldría malparado —pues uno de los dos no quedaría contento—, al final di la razón a Camps porque creo recordar que el canonizado era valenciano. Hice lo que creí mejor, aunque no se me escapaba que uno era del PP y el otro del PSOE... que tenía entonces el Gobierno de la Nación. Como dice el capitán Elliot, personaje de *Lord Jim* de Joseph Conrad: «He llegado tan alto como he podido; mi pensión está asegurada. Tengo algunas libras ahorradas, y si no les gusta mi concepto del deber, me voy tranquilamente a mi casa. Soy ya mayor y siempre he dicho lo que pensaba. Lo único que me preocupa es ver a mis tres hijas casadas antes de morir». Es una estupenda tirada con la que me identifico plenamente, a excepción del último párrafo, pues yo no tengo hijas casaderas.

Muchos años atrás, durante la Conferencia de Paz sobre Oriente Medio, que se celebró Madrid, recuerdo a los comisarios europeos Matutes y Van den Broek peleando por la primera fila y aprovechando cuando el otro se levantaba para echar con el pie hacia atrás su silla. Parecían niños.

En las antípodas del Vaticano, y cuando digo antípodas sé a lo que me refiero, está la indiferencia de los norteamericanos por el protocolo, que se manifiesta en la misma ceremonia de presentación de cartas credenciales por parte del nuevo embajador. En Washington, tras una inenarrable llegada a la Casa Blanca, de donde hicieron volver a la calle a mi coche (junto con los de otros embajadores) cuando ya estábamos en sus jardines interiores para dejar paso por un camino angosto a la primera dama de Estados Unidos, que debió de decidir salir sin previo aviso, la ceremonia consistió en ofrecernos refrescos con un bocadillo de regular tamaño (que no probé), tipo estadio de fútbol, en una antesala presidida por el famoso retrato ecuestre de Teddy Roosevelt, y luego apenas cinco minutos de pie con mi mujer y con un campechano George W. Bush en un Despacho Oval atestado de fotógrafos. En realidad se trató de lo que allí llaman una *photo opportunity*. Tras esos cinco minutos nos invitaron a salir por una puerta mientras con el rabillo del ojo podía ver a otro embajador entrando en el Despacho Oval con sus cartas credenciales en la mano. Parecía la línea de montaje de una película de Chaplin.

En los aeropuertos norteamericanos no suele haber lugar para esperar al jefe del Estado o al presidente del Gobierno que llega de visita. Una excepción son las bases militares. He pasado muchas horas en el aeropuerto JFK de Nueva York con mi compañero Juan Antonio Yáñez-Barnuevo, embajador ante la ONU, esperando al Rey o al presidente en una gélida explanada y con el único recurso de meternos en los coches para calentarnos. En Nueva York puede hacer mucho frío. Y en los dos aeropuertos de Washington las cosas no son mejores. En el de Reagan, cuando insistí, me permitieron llevar a la reina a un cuartito de la policía donde apenas cabía una mesa con dos sillas. Me preguntaron si queríamos agua y al decir que sí, un policía grueso dejó sobre la mesa dos botellines chorreando, pues debía de haberlos sacado de un balde con agua y hielo. Le tratan a uno mejor en cualquier chiringuito playero de Mallorca en temporada alta de turistas. En

cambio, en el golfo Pérsico la recepción tradicional en el mismo aeropuerto incluye miel que se «pesca» con los dedos, nubes de incienso que uno debe dirigirse al pecho y a las axilas, y café amargo y muy fuerte con cardamomo que siguen sirviendo ininterrumpidamente a menos que uno mueva la taza entre los dedos. Y más vale hacerlo porque al tercero se pone uno como una pila.

El protocolo es tan variado como lo son los países y sus tradiciones culturales: en el mundo árabe, sentado sobre cojines para cenar, uno puede hurgarse impunemente entre los dedos de los pies siempre que no se muestre la planta del pie al vecino. A veces da un poco de asco cuando con la misma mano (siempre la derecha) te ponen comida en tu plato. Nunca se da la mano a una mujer. Y en el vestido, si las mujeres van tan cubiertas que solo pueden mostrar un ojo en Gardaia (Argelia), los hombres no deben llevar el pantalón por encima de la rodilla. En la India no se pueden llevar prendas de cuero, en el Reino Unido no se debía fumar en una cena oficial antes del brindis de la reina (supongo que esto habrá cambiado ahora, que ya no se fuma); el puesto de honor en una mesa sueca es el de la izquierda; en China se eructa para agradecer un buen almuerzo; en las cenas de Navidad en Polonia se deja siempre un hueco por si alguien llega de improviso, y en España no debe uno despedirse antes de que lo haga el invitado principal... Las reglas son muchas y muy variadas, pues cambian con cada país y con cada cultura, y por eso lo mejor es observar antes de actuar y ser prudente para no ofender a nadie.

Otra cuestión sensible son los símbolos. Una vez acompañé a Felipe González a una visita a Túnez, que nos llevó también a Tozeur, una ciudad fundada por moriscos expulsados de España donde se puede observar una arquitectura (por ejemplo, tejados con tejas) diferente de la propia de la zona y llegada desde la piel de toro. Allí aconteció un incidente chusco que puso de los nervios a algunos miembros particularmente militantes de la comitiva presidencial, porque los tunecinos izaron la bandera española con el escudo boca abajo por error y algunos ayatolás del séquito presidencial quisieron ver un insulto intencionado donde solo había desorganización. La época de Franco estaba todavía muy reciente y la sensibilidad era muy grande en todo cuanto afectaba a los símbolos. Peor era cuando nos ponían la bandera con el escudo franquista, algo que ocurría con relativa frecuencia durante los primeros años

de democracia y que llevaba de cabeza a los funcionarios de Protocolo, que siempre viajaban no envueltos en la bandera constitucional sino acompañados de varias... por si las moscas.

Siendo embajador en Marruecos recibí en mi residencia de Rabat al propio Felipe González (que ya no era presidente del Gobierno) acompañado por el ex primer ministro francés, Michel Rocard, y por Jorge Semprún. Estaban allí para asistir a una reunión de la Internacional Socialista, y como embajador de España me pareció que era adecuado organizar un almuerzo en su honor, pero como eran muchos comensales y no tenía cubiertos «constitucionales» para todos, les puse a los más significados los que exhibían el escudo actual, mientras que con los extranjeros utilicé una cubertería antigua grabada con el escudo franquista «de la gallina» que estaba aún en el inventario de la embajada. Nadie se dio cuenta o, si alguien lo hizo, tuvo la educación de no decirlo; mejor así porque me podía haber costado algún disgusto, por racional que fuera mi decisión. De hecho solo respiré tranquilo cuando se levantaron de la mesa para ir a tomar café en el jardín.

Por la misma razón, en el Palazzo di Spagna se había tapado con una púdica alfombra el gran escudo de los Reyes Católicos que ocupaba el centro del gran zaguán de entrada. El palacio se compró en 1643 e ignoro quién pondría allí ese escudo en el que figuran, como se sabe, el yugo y las flechas que serían utilizados como emblema por la Falange. A alguien ignorante o que simplemente no quería problemas debió de parecerle una simbología de aire demasiado franquista, y como no podía eliminarla, decidió al menos taparla. Me pareció una estupidez, pero esas cosas aún pasaban veinticinco años después de la muerte de Franco, y cuando llegué como embajador hice quitar la alfombra y descubrir el escudo. Nunca he tenido complejos con estas cosas.

Cuando era embajador en Estados Unidos celebré en mi residencia una gran fiesta con más de doscientos invitados para ver la final del Campeonato Mundial de Fútbol de 2010 en Sudáfrica, que España jugaba contra la selección de los Países Bajos. Invité al presidente Obama con una carta simpática donde le decía que no sabía cómo sería el partido, pero le garantizaba que la paella estaría buenísima. Obama no vino a mi casa, quizás para no tener que elegir, pues la embajadora de Holanda había organizado una fiesta similar en su propia casa, pero envió a dos funcionarios de la Casa

Blanca para representarle y uno de ellos se presentó vestido con una camiseta del equipo de España que llevaba sobre el pecho... el escudo franquista. No sé de dónde la habría sacado, pero él sin duda ignoraba que el escudo no era el constitucional y se la había puesto en lo que supongo que quería ser un gesto simpático con sus anfitriones. Pedí a mis colaboradores que no le dijeran nada, pero alguien al final le advirtió de su error y el hombre se quedó de lo más corrido y no paraba de excusarse, por más que yo le decía que no le diera ninguna importancia porque no la tenía. Y además ganamos el Mundial.

CULTURA, CROQUETAS Y CHAPAS

Durante los años que pasé como agregado cultural en Nueva York, tuve el que seguramente ha sido el trabajo más bonito de mi vida pues me exigía estar en permanente contacto con museos, universidades, galerías de arte, pintores, teatros, el mundo del ballet y de la ópera... en un momento en el que, muerto Franco e iniciada la Transición, España se puso de moda en el mundo. Eso me permitió conocer y tratar a gente que admiraba y que a mis treinta años aún no cumplidos nunca hubiera soñado ver de cerca, como José de Creeft, Plácido Domingo, Alicia de la Rocha, Salvador Dalí, Antoni Muntadas, Lola Flores, José Carreras, Montserrat Caballé, José Guerrero, Ivan Nagy, Ángel Alcalá, Robert Llimós, Juan Linz, Germán Bleiberg, Nicolás Sánchez-Albornoz, Antoni Tàpies... la lista sería interminable.

Allí entré por vez primera en contacto con universidades de verdad: Columbia, New York University, Fordham, Princeton, Vassar College, Harvard, New Haven, MIT, etc., y confieso que me deslumbraron sus campus, sus medios, la estrecha relación entre el profesor y el alumno, la flexibilidad curricular y el ambiente de sosegada libertad que en ellas se respiraba, tan alejado de la universidad anquilosada, politizada, «funcionarizada» y masificada que yo había conocido en España.

Recuerdo en especial a don Emilio González López, que enseñaba en Hunter College tras haberse exiliado de España cuando Franco ganó la guerra y que no había vuelto a poner los pies en ella desde entonces. Era ya un señor mayor, y el día en que lo conocí me espetó: «Qué lástima que un joven tan simpático sea fascista». Debí de pensarlo al verme trabajar en el consulado cuando Franco aún vivía. Tuve la satisfacción de demostrarle que no lo era, congeniamos bien a partir de la admiración que por él sentía como intelectual

y persona coherente con sus principios (aunque yo me metía con él diciéndole que los tiempos habían cambiado tanto que si él regresaba a España votaría a Fraga) y, cuando cuatro años más tarde dejé la ciudad, él insistió en hacer el discurso de despedida en una cena que la colonia española residente en Nueva York nos ofreció a mi mujer y a mí en la Casa de España, que entonces dirigía Alonso Contreras, un aventurero simpático y listo que había desertado de la Légion Étrangère poco antes de la caída de Dien Bien Phu, en Vietnam, y había llegado caminando hasta Bangkok monte a través. Era un tipo pintoresco y nos hicimos bastante amigos en Nueva York.

Precisamente en la Casa de España, muy cercana a la sede de las Naciones Unidas en Turtle Bay, había organizado yo en 1976 el mejor ciclo de conferencias de mi vida y mi mayor fracaso neoyorquino, una serie de charlas sobre la España democrática que acababa de nacer llena de ilusión, y para el que había hecho un programa de muy alto nivel con conferenciantes como Stanley Payne, que habló del papel de los militares en nuestra historia; José Luis Borau, que habló del cine; Emilio González López, que lo hizo sobre el exilio intelectual; Aquiles García Tuero, de música; Nicolás Sánchez-Albornoz, sobre historia; José Guerrero, que disertó sobre pintura, algo en lo que siempre hemos sido gran potencia; y Juan Linz, que tituló su conferencia «De un régimen totalitario a una democracia. La política española hoy». Como se ve, el cartel era inmejorable y en teoría debería haber habido bofetadas para poder asistir. Pues no. A las primeras charlas no venía nadie, y mi mujer y yo teníamos que retrasar el comienzo entreteniendo al conferenciante de turno mientras llamábamos por teléfono a todos los amigos y conocidos para que llenaran al menos las primeras filas. Y entonces no había móviles. Allí aprendí que la cultura es mucho mejor recibida si va acompañada de tortilla de patatas. En cuanto añadí a la convocatoria la manida frase de que «al final se servirá una copa de vino español», se acabó el problema y se llenaba la sala. Increíble pero cierto. Desde entonces he añadido croquetas a cualquier actividad cultural a lo largo de mi carrera diplomática. Y han sido muchas croquetas... y más aún cuanto menor era la calidad de lo programado.

Parte importante de la labor cultural en el extranjero es estar en contacto con los medios artísticos e intelectuales del país donde uno está destinado. Entonces aprendí también el papel fundamental que tienen las condecoraciones

en un mundo donde la vanidad es superior a la media. Muy superior. Y por eso confieso que soy partidario de dar condecoraciones a nacionales y a extranjeros para premiar comportamientos que benefician los intereses de nuestro país en el mundo de la política, de la empresa, del arte, de la cultura o del deporte. No todos los países lo hacen, aunque algunos elevan esta práctica a arte. Entre los primeros, los que no dan condecoraciones, está Estados Unidos, mientras que Francia destaca entre los segundos, lo que no es extraño pues no he visto nada más monárquico, con más damascos y más dorados que el palacio del Elíseo, sede de la presidencia de la República Francesa. A lo largo de los años he podido comprobar que es una política que sale barata y que produce beneficios muy altos. Es increíble el agradecimiento que en mucha gente produce una simple chapa de metal, aunque también es cierto que adorna bien un currículum y puede favorecer una carrera profesional en el mundo académico. Todos tenemos nuestro rincón narcisista y vanidoso, unos más que otros, y he constatado que hacemos amigos para siempre con una simple condecoración.

En cierta ocasión, un político español que creía hablar francés agradeció haber sido «condecoré», a lo que quien se la imponía comentó luego en privado que «*des cons décorés il y en a beaucoup*». Allí dicen simplemente «*decoré*» y en francés un «*con décoré*» significa ni más ni menos que «un gilipollas condecorado». Con frecuencia no les falta razón. La especie abunda entre los funcionarios de Protocolo de los diferentes ministerios, que se dedican a coleccionar medallas y con frecuencia se guardan las que en justicia corresponderían a otros. Cuentan del duque de Edimburgo, que tenía bien ganada fama de impertinente, que durante una ceremonia en el palacio de Buckingham hizo dar la vuelta sobre sí mismo a un embajador de un país africano, que se presentó literalmente cubierto de condecoraciones. «Solo quería ver si también las lleva usted por la espalda», le comentó ácidamente. Efectivamente, hay mucho «*con décoré*» por ahí suelto.

A lo largo de mi vida como funcionario público he recibido muchas condecoraciones, tanto de mi Gobierno como de Gobiernos extranjeros, y confieso que en la mayoría de los casos sin mérito alguno por mi parte, como la Orden del Leopardo del Zaire (una chapa dorada de buen tamaño con un gran leopardo verde) que me dio el dictador Mobutu tras su visita oficial a

España cuando yo era director general de Política Exterior para África, y otras parecidas e igualmente inesperadas por mi parte. Pero otras las valoro especialmente por el afecto que tengo al país que me la dio, como la Gran Cruz del Ouissam Alaouite de Marruecos, donde fui embajador, y todas las agradezco. Hoy están metidas en una caja en el trastero de mi casa y soy consciente de que quizás dentro de unos años acaben en el Rastro.

Entre todas las que he recibido, valoro especialmente dos: la Cruz del Mérito Civil, la categoría más baja de esta Orden, porque fue la primera condecoración que obtuve tras una dura pelea en los tribunales neoyorquinos defendiendo los intereses de un pesquero español que faenaba ilegalmente en aguas estadounidenses. Cuando el Servicio de Guardacostas los abordó, habían logrado tirar al mar la pesca incriminatoria. Los cogieron porque habían olvidado deshacerse de la langosta (pesca de arrastre) que habían puesto en la paella del almuerzo y de la que daban buena cuenta mientras disimulaban en el momento de ser abordados. Fue una pelea jurídica dura en la que logré, con la ayuda un buen abogado local, rebajar la multa a la mitad, que no era poco. Alberto López-Herce, que era cónsul general en Nueva York, me pidió entonces mi primera condecoración, y la agradecí pues había peleado mucho aquel caso y con mucha ilusión. Cosas de juventud. La otra condecoración que llevo con orgullo es la Gran Cruz de Isabel la Católica, que me impuso el ministro Moratinos al cesar como secretario de Estado, director del Centro Nacional de Inteligencia. En realidad, esa distinción la otorga el Gobierno de forma automática a todos los secretarios de Estado cuando cesan, pero en este caso también pienso que me la gané con creces, pues en el CNI pasé los tres años más duros e intensos de mi vida al servicio de España.

El Gran Maestre de la Orden de Malta, Su Alteza Serenísima Fra Andrew Bertie, un inglés menudo de cuidado pelo blanco y ojos azules, hoy en proceso de beatificación, me sorprendió con la concesión de la Gran Cruz al Mérito Melitense cuando yo dejaba Roma tras cesar como embajador ante la Santa Sede y la Soberana Orden de Malta. El Gran Maestre me invitó a almorzar para despedirme formalmente en el bonito palacio que la Orden tiene en la Via Condotti, y me advirtieron que debía vestir uniforme diplomático o frac para la ocasión, lo que quizás hubiera debido prevenirme, aunque actúe en mi favor

el hecho de que a la gente de la Orden les encantan los fastos y los uniformes vistosos y se los ponen a la menor ocasión. De manera que me puse mi uniforme y me encontré al llegar con toda la plana mayor de la Orden vestida también de gala, que en su caso es mucha gala. El recibimiento no pudo ser más formal. Entonces, sin previo aviso, pues me quisieron sorprender —y lo lograron—, me pasaron a un gran salón donde me esperaba el Gran Maestre, que me impuso la condecoración con gran solemnidad, tras un discurso en el que citó mi propia pertenencia a la Orden en la senda de muchos antepasados que también lo fueron y mi actividad profesional en favor del desarrollo de relaciones con España, especialmente en el terreno de la cooperación internacional en el que la Orden de Malta realiza una importante labor de ayuda en beneficio de los más desfavorecidos, algo que la gente no suele saber. En aquella época gastaba anualmente la impresionante cifra de 30.000 millones de dólares en todo el mundo.

Como no me esperaba este gesto, no había preparado el discursito de respuesta que exige la tradición y tuve que improvisar sobre la marcha unas palabras de contestación, refiriéndome al desarrollo de esta cooperación durante los últimos años y a los proyectos que llevábamos conjuntamente a cabo en lugares de África y América Latina. Luego, ya lanzado, no pude reprimirme y, a pesar de los uniformes, las arañas de cristal, los damascos y toda aquella fanfarria, les conté la anécdota del rey don Alfonso XIII con don Ramón del Valle-Inclán. Era al final de la monarquía, allá por 1930, cuando el rey hizo un último esfuerzo por atraerse a los intelectuales que se inclinaban cada vez más por la República e impuso condecoraciones a varios de ellos. Uno fue Valle, quien, al recibirla, dijo: «Gracias, señor, la merezco». El rey, sorprendido, le contestó: «Hombre, don Ramón, casi todas las personas que condecoro dicen lo contrario, que no la merecen». Y entonces Valle remachó: «Y tienen razón».

No estoy seguro de que esta anécdota, tan real como sarcástica, fuera comprendida en aquel ambiente tan solemne y dieciochesco, que deja poco espacio para el sentido de humor. Me temo que no hubo sonrisas; el Gran Maestre me siguió mirando imperturbable, mientras sus acompañantes intercambiaban fugaces miradas de inquietud entre ellos. Y luego pasamos a almorzar.

ATARDECERES ROMANOS

Cuando el PSOE ganó las elecciones de 1982, yo trabajaba en el Departamento Internacional del gabinete del presidente Calvo Sotelo, y Felipe González «me heredó» durante algún tiempo. Eran momentos de ilusión, hacía siete años de la desaparición de Franco, su último coletazo con la cara bigotuda y anacrónica de Tejero había terminado en el ridículo, y los socialistas llegaban con ganas de darle la vuelta a España como si fuera un calcetín. Julio Feo, director del gabinete de González, nos convocó un día a los cuatro gatos que trabajábamos en aquella Moncloa de juguete y nos pidió que le diéramos ideas «para modernizar el país». Yo era el último mono de aquel pequeño organigrama, pero me atreví con el reto e hice dos propuestas: alinear nuestros horarios laborales con los de Bruselas y suprimir el doblaje de las películas. El primero lo justificaba en mi experiencia de que apenas teníamos tres horas al día para hablar por teléfono con nuestros colegas en el resto de Europa porque llegábamos a la oficina más tarde que ellos, luego ellos se iban a comer muy pronto y, cuando ellos regresaban, éramos nosotros los que nos íbamos a almorzar. A la vuelta, a eso de las 16.30 o las 17, ellos estaban a punto de irse a casa mientras nosotros seguíamos en el despacho hasta las 20 o las 21, sin apenas vida familiar. Cuando yo volvía por la noche, mis hijos estaban en la cama o ya bañados y a punto de acostarse. Aquello era absurdo.

La supresión del doblaje lo justificaba el hecho de que la dicción me parece un elemento esencial de la interpretación de un actor y es un crimen artístico quitarle su voz y sus entonaciones. Además, escuchar películas en su idioma original podía ayudar a los duros oídos carpetovetónicos a tener una mejor disposición ante otros sonidos y facilitar así el aprendizaje de lenguas

extranjeras, que buena falta nos hace en España. Y el que dude de esto, que mire a Portugal y compare. Debo decir que ambas propuestas fueron acogidas con agrado por Julio Feo y que ambas fueron desechadas, como es obvio. La primera tras una somera encuesta entre funcionarios públicos (al parecer los más opuestos fueron los escalones más bajos de la Administración) y la segunda... sobre la segunda me dijo Julio que, cuando se la presentó al presidente, González le preguntó medio en broma medio en serio si quería hacerle perder las próximas elecciones.

Viene todo esto a cuento porque disfruté de un horario normal cuando tuve ocasión de vivir en otros países y, de modo particular, cuando era embajador ante la Santa Sede. Allí terminaba mi jornada laboral a las seis de la tarde y casi invariablemente tenía una cena a las ocho, de forma que a las once de las once estaba de regreso a casa y podía volver al trabajo descansado a la mañana siguiente. En Roma, entre oficina y cena, tenía algo más de una hora para ir a estirar las piernas en un paseo diario por las callejas de la ciudad histórica, que se extendía en todas las direcciones alrededor de la Piazza di Spagna, y que me llevaba sin rumbo fijo por aquellos «escombros de grandeza imponente... restos solares del ayer y de la nada» que había escrito mi paisano Costa y Llobera. A diferencia de otras ciudades, en Roma el barrio antiguo no se ha despoblado, se han hecho apartamentos en los viejos palacios que siguen habitados y sus bajos han sido arrendados por artesanos como peluqueros, tapiceros, carpinteros... que ejercen sus oficios a la vista de los transeúntes. También se ha impedido la instalación de grandes superficies comerciales en el casco histórico, donde los puestos de verdura o de pescado se siguen colocando en mitad de las calles en ciertos días de la semana. Todo ello le da a Roma un encanto muy provinciano, y al mismo tiempo, el centro de la ciudad no se muere y despuebla al caer la tarde como ocurre en tantos otros lugares, sino todo lo contrario.

Eso ha permitido también conservar viejos inmuebles levantados con los restos de otros anteriores y a veces tiene uno la impresión de que, como decía Chateaubriand, «Roma dormita en un mar de ruinas», lo cual es totalmente cierto en la zona de los Foros Imperiales o en la vieja Judería. Pero no solo allí, y puede uno pasar cien veces por delante de algún sitio antes de darse cuenta de algo hasta entonces inadvertido, una columna empotrada en una

esquina, un friso, un portal... La cantidad de restos arqueológicos es tal que es una de las razones por las que la red del metro es tan limitada en Roma. La diferencia con la época de Chateaubriand es que ahora la ciudad no dormita, sino que está llena de vitalidad, por más que sus servicios públicos sean un auténtico desastre, de la banca al transporte urbano.

Roma es a mi juicio una de las ciudades más bellas del mundo porque, a su carácter monumental, añade la cordialidad de sus habitantes, a pesar del agobio que para los que en ella viven suponen los millones de turistas que la visitan y que abarrotan sus callejuelas en falanges que siguen a una guía con un paraguas levantado. Cuando me asomaba a la ventana de mi despacho sobre la misma Piazza di Spagna y veía las hordas de turistas, tenía que armarme de valor mientras me preguntaba si sería capaz de hendirlas para alcanzar la acera de enfrente. Porque hoy el turismo se ha convertido en una auténtica plaga para algunas ciudades, donde rebaja la calidad de vida de sus habitantes; pienso en Venecia, Barcelona, Lisboa o Palma de Mallorca. En todo caso y a pesar de los turistas, nunca olvidaré aquellos paseos vespertinos por la vía de la Torre della Scimmia, el Governo Vecchio, la estatua del Pasquino, la Via delle Botteghe Oscure, o, por el otro lado, hacia la Piazza del Popolo y el Vaticano o la iglesia de Santa Maria in Trastevere, al otro lado del Tíber, sin olvidar la propia Villa Borghese con sus maravillosas esculturas de Bernini y la sensual de Paulina Borghese (nacida Bonaparte), de Cánova, que los guardianes dejaban ver por la noche a los vecinos a cambio de unas monedas. Es impresionante la maestría de Bernini, que parece no haber tenido dificultad alguna en retirar «lo innecesario del bloque de mármol», como decía Miguel Ángel, que añadía: «Vi el ángel en el mármol y labré hasta ponerlo en libertad» como si fuera lo más fácil del mundo.

Cabe recordar los mercadillos dominicales del tipo de nuestro Rastro, como el de Porta Portese o el del Ponte Milvio, o los más pequeños de las Piazzas Verdi, Mancini o Augusto Imperatore. Y si hablamos de antigüedades y brocantes, nada como la Via dei Coronari, dedicada a las vejeces, muy cerca de la Piazza Navona, que era de mis paseos preferidos aunque pocas veces comprara algo. Por no hablar de iglesias más y menos conocidas, son más de cuatrocientas en Roma, entre las que destaco Santa Prisca y Santa Sabina en el Aventino; Santi Quattro Coronati, san Clemente, Santa Práxedes... El olvidado

Museo Etrusco, con túmulos funerarios alegres, pues los representados brindan al amor y sonríen a la vida; o la galería Doria-Pamphili, en plena Via del Corso, con el retrato de León X por Velázquez, que tanto impresionó a Francis Bacon. Al parecer, el Papa dijo al verlo: «*Troppo vero*». A mí también me impresiona hoy, y confieso que no me cansaba de ir a verlo. Y los museos del Vaticano, de apabullante riqueza, o los Capitolinos y el Barberini, pasando por el Foro o el Palazzo Spada con la increíble perspectiva de Borromini... Las librerías de viejo de la plaza Mattei y de San Agostino, o la situada enfrente de la iglesia de San Antonio dei Portoghesi... Roma es interminable y convertía cada paseo vespertino en algo diferente aunque lo hiciera por las mismas calles.

Mi secretaria, Letizia Rodríguez, era una mujer con gran sensibilidad y conocimientos artísticos que me preparaba visitas a lugares alejados de los circuitos turísticos habituales. Gracias a ella visité la Accademia dei Lincei, fundada en el siglo XVI por hombres del Renacimiento que querían desentrañar los misterios de la ciencia tomando como modelo los ojos inquisitivos de ese felino. Allí tuve en mi mano el primer cómic de la historia, una vida de los papas en forma de bandas dibujadas para educación de la reina Cristina de Suecia tras su conversión al catolicismo, allá por 1660. Claro que eso no fue nada al lado de la emoción que experimenté cuando la directora puso en mis manos el pequeño *Libro de horas* de Cristóbal Colón, con preciosas iluminaciones y algunas anotaciones manuscritas hechas del puño y letra del propio navegante. Me dijo que nadie mejor que un embajador de España para apreciarlo. Y en lo que a mí respecta era cierto, porque era emocionante pensar que Colón lo había tenido en sus manos, igual que yo hacía entonces cinco siglos más tarde, y que quizás rezaría con él sus plegarias para encontrar tierra mientras contemplaba con zozobra un mar sin fin entre los murmullos y protestas crecientes de los tripulantes de la *Santa María*, que temían por sus vidas. Y luego, confortado por la plegaria y con más esperanza en el corazón, lo habría vuelto a guardar en el bolsillo de su casaca. ¡Unos libros así los tendrían en otros países encerrados en una caja fuerte bajo siete llaves y no permitirían que nadie los tocara... al menos sin tres pares de guantes encima! Puede parecer una tontería, pero cuando tuve en mis manos aquel libro sentí una emoción extraña, se me pusieron los pelos de punta igual que se me habían

puesto años antes en la cueva de Altamira, como ya he contado. Es la emoción del pasado, de saberse heredero de una larga historia que sería imposible sin las personas que pintaron aquellas paredes rocosas dando vía libre al pensamiento abstracto, o que oraban en medio de un mar negro y embravecido en la más total ignorancia de que sus hallazgos iban a dar un vuelco a la historia.

La embajada ante la Santa Sede —a diferencia de las demás— es bastante previsible en su organización del trabajo, y si hay alguna misa solemne en San Pedro, de esas que duran tres horas y van acompañadas de sorprendentes coreografías y músicas maravillosas, se celebran por la mañana, y eso me dejaba libres las tardes de los fines de semana para jugar al golf en el club Acqua Sancta, que es cruzado por un maravilloso acueducto romano y desde cuyo hoyo siete se ve la tumba de Cecilia Metela en la Vía Appia Antica. Únicamente en Roma puede pasar algo así. Solo recuerdo algo parecido en el golf de Mequinez, en Marruecos, que solo tiene nueve hoyos pero que están metidos dentro de las murallas del palacio real de Mulay Ismail, en la zona que ocupaba el harén... que debía de ser descomunal. Uno juega entre altos muros en ruinas sobre los que anidan decenas de cigüeñas y de otras aves.

Italia reúne en su suelo el 60 por ciento del patrimonio cultural de la humanidad. Puede uno salir hacia el este (Abruzos, Frascati, Villa Adriana), el norte (Viterbo, Bomarzo, Siena, San Gimignano, Perugia) o el sur (Nápoles y la costa amalfitana). Y al oeste está la maravillosa ciudad romana del viejo puerto de Ostia, con casas del siglo II de cuatro y cinco pisos de altura y a las que te dejan subir por tu cuenta y riesgo por angostas escaleras que utilizaban gentes humildes hace dos mil años. Y algo más lejos Florencia, Verona, Venecia, Rávena con sus mosaicos bizantinos, el Barroco alucinante de Lecce o los esplendores de Palermo en Sicilia, donde tan fuerte sigue siendo la huella española. Hay que visitarla leyendo al mismo tiempo *I Viceré* de Federico de Roberto, y no hay que perderse los maravillosos mosaicos de Villa Armerina, en el centro de una isla que rebosa arte e historia. *L'embaras du choix* (elegir no resulta fácil), que dicen nuestros vecinos. El único problema son las autopistas hechas por Mussolini y claramente insuficientes

setenta y cinco años más tarde, pues más de una vez tuve que dar la vuelta al coche cuando iba camino de los Abruzos a la casa del emperador Adriano y llevaba una hora sin moverme por un atasco tan descomunal como frecuente.

Así como es una ciudad de fantasmas, pues cada palacio que se precie tiene el suyo, Roma mantiene una antigua aristocracia que ha sabido reconvertirse como el príncipe de Salina, protagonista de *El Gatopardo*, que cambiaba lo que hiciera falta para que en el fondo todo siguiera igual. El abogado Lococo me decía en Palermo que Lampedusa se inspiró para escribirlo en la familia Valguarner, de origen catalán. En Roma pervive la vieja nobleza negra (así llamada porque se pusieron de luto tras la entrada en la ciudad de las tropas de Víctor Manuel en 1870), la única que hoy existe en una Italia que ha abolido los títulos nobiliarios (a cambio de llamar a todo el mundo *dottore, ingegnere, cavaliere*, etc.) y que mantiene aún hoy una influencia social gracias a que ha sabido conservar su poder económico. Son los propietarios de palacios maravillosos que mantienen en perfecto estado, al contrario de lo que ocurre en mi Mallorca natal, donde la mayoría de las viejas familias están arruinadas y eso se nota en el mantenimiento de sus caserones. Abundan en Roma los príncipes y las *principessas* que dan fastuosas cenas en palacios viscontianos a los que acuden intelectuales, políticos, empresarios, cardenales, periodistas, artistas, escritores... Se añadía un embajador y se servía calentito. Solo echaba en falta a algún torero, que allí no son fáciles de encontrar, y por eso me imagino el éxito que debieron de tener en su día Lucia Bosè y Luis Miguel Dominguín. Esos ágapes eran Roma en estado puro pues solo allí podían tener lugar y desmentían de alguna forma el famoso soneto de Quevedo que empieza «Buscas en Roma a Roma, ¡oh, peregrino!, y en Roma misma a Roma no la hallas» porque la verdad es que solo allí podían tener lugar. Eran cenas con un reducido número de comensales e interesantes por la calidad de los invitados, por los temas que se trataban y por el marco en el que se hacían. No he visto nada igual en otro lugar y quiero suponer que debían de parecerse a los salones que en el siglo XVIII mantenían en París las damas licenciosas que describe Ninon de Lenclos y en los que tan pronto se hablaba de política como de arte y filosofía. Solo que en Roma el ambiente era más serio. Al menos en apariencia.

El príncipe Marco Antonio Colonna, perteneciente a una vieja familia muy vinculada históricamente con España, tiene un maravilloso palacio en el centro de Roma que le deja a uno boquiabierto. Su salón principal me parece más grande que el salón del Trono del Palacio Real de Madrid, y sus jardines se extienden por la parte trasera de la casa y ascienden escalonadamente la colina del Quirinal hasta llegar junto a lo que eran las caballerizas del palacio presidencial, que en realidad fue residencia papal hasta que Garibaldi se lo arrebató a la Iglesia. Nunca he visto nada igual. En aquella casa, Francis Fukuyama me despellejó en un par de frases despectivas la Alianza de Civilizaciones tan cara a Rodríguez Zapatero, y en otra visita el príncipe me enseñó su preciosa colección de una veintena de cuadros de Luigi Vanvitelli sobre la bahía de Nápoles. Vanvitelli (en realidad Lodewijk van Wittel) era un holandés que pintaba *vedute*, los cuadros que se llevaban como recuerdo los europeos que visitaban la ciudad dentro del Grand Tour, una especie de circuito turístico que hacían por Italia los ingleses ricos del siglo XVIII, y que se puso de moda cuando se descubrieron las ruinas de Pompeya. Lo mismo que Vanvitelli hacían Bellotto y, con más fuerza, Guardi y Canaletto.

Mi preferida era la *principessa* Elettra Marconi, hija del inventor de la radio que la bautizó con mucho sentido del humor, entusiasta del flamenco y que no se perdía ninguna feria de Sevilla... Debía de andar cerca de los ochenta años cuando yo la conocí; era una señora muy divertida que hacía lo que le venía en gana, un poco al estilo de nuestra duquesa de Alba. En cierta ocasión fui con ella a una cena en Il Circolo della Caccia, que es el club privado más pijo de Roma, situado en el Palacio Borghese, donde los criados aún van con casaca y calzón corto. Allí nos pasamos la noche bailando y muy divertidos porque ambos sabíamos que estábamos dando trabajo por unos días a los cotilleos romanos. Capítulo especial merece Maria Pia Fanfani, que no era princesa ni falta que le hacía, filántropa, viuda del que fue primer ministro italiano, Amintore Fanfani; era una señora de mucho carácter que presidía la rama femenina de la Cruz Roja Italiana y había fundado una ONG, la asociación Insieme per la Pace, que tan pronto la llevaba a Sarajevo como al África profunda. Nos hicimos muy amigos. Me llevó a conocer las maravillosas tumbas etruscas de Tarquinia, donde tenía una casa con una

colección de nacimientos navideños (belenes) de todo el mundo, y a sus muchos años seguía siendo una mujer muy interesante, cuya apasionante vida se recoge en su biografía *Una vita, due vite*.

Con Lucia Bosè e Irene Papas compartí una cena muy divertida en Florencia en los jardines de Bóboli, adyacentes al palacio Pitti que diseñó Brunelleschi en el siglo XV y que durante cuatrocientos años fue la residencia de los grandes duques de Toscana. El lugar es de una gran belleza y a él llegamos aquella noche de verano caminando por el pasadizo elevado que todavía hoy los une con la pinacoteca de los Uffizi. Este pasadizo elevado es parecido al que une el palacio Vaticano con el Castel Sant'Angelo, por donde escapó Clemente VII cuando los soldados del Condestable de Borbón, al servicio del emperador Carlos V, tomaron por asalto la ciudad en el tristemente famoso «saqueo de Roma». Sirva como atenuante de aquella barbaridad que llevaban meses sin cobrar y que el Papa no paraba de flirtear con los franceses, con los que los españoles de la época se disputaban el dominio de la península italiana. Habrá más, pero yo solo conozco otro pasadizo aéreo similar que en Pedrola (Zaragoza) va por los tejados de las casas del pueblo y que une el palacio de los duques de Medinaceli con un balcón que da sobre el altar mayor de la iglesia. Así los duques podían asistir a la misa sin pisar el barro de las calles o sufrir el viento frío del Moncayo. En la galería Uffizi, los invitados habíamos sido recibidos por actores y actrices vestidos con trajes de época que recitaban fragmentos de literatura y poesía del Renacimiento, o que cantaban canciones medievales acompañándose de guitarras, cítaras y mandolinas junto al mismo *Nacimiento de Venus* de Botticelli. Solo los italianos saben hacer estas puestas en escena tan refinadas. El caso es que aquella noche hice trampa para escaparme de la mesa aburrida que me había tocado como embajador de España e ir a sentarme con Lucia e Irene, que son muy divertidas y que enseguida me hicieron sentir como si las conociera de toda la vida a pesar de que acababa de presentarme. Claramente estaban de vuelta de todo, se ponían el mundo por montera, y hacían muy bien porque podían permitírselo. Lucía llevaba el pelo teñido de azul e Irene se quitó los zapatos a mitad de la cena porque debían de molestarle y salió sin ellos a entregar un premio a la cooperación

internacional o algo parecido. Entre muchas risas y una conversación animada, la luna sobre nuestras cabezas iluminaba a lo lejos la cúpula del Duomo de Brunelleschi. Aquella noche era Italia en su mejor versión.

Otra cena espectacular por su refinamiento era la que anualmente ofrecía el cardenal-secretario de Estado, número dos del Vaticano, a los jefes de misión extranjeros con motivo de la fiesta de san Pedro y san Pablo, el 30 de junio de cada año. Se celebraba en el Niccione, una terraza en forma de nicho —de ahí su nombre— en lo alto de una torre sobre los propios Museos Vaticanos, que se había construido sobre un diseño de Miguel Ángel. Nada menos. Se llega por un arco que hay en los jardines, junto a la maravillosa fuente del Galeón, y en su entrada nos recibía un grupo de monseñores de la Curia que ofrecían un aperitivo a los recién llegados. Luego había que subir una empinada escalera de caracol (que los más mayores o impedidos pueden evitar pues la torre es medieval pero le han puesto un ascensor) que desemboca en una terraza abierta por tres de sus lados y cerrada por la parte trasera, dando lugar a una forma similar a la de una concha o un nicho. En la terraza se coloca una docena de mesas con muy cuidada presentación de manteles, cubertería, vajilla, flores, etc., aunque lo mejor es la extraordinaria vista que desde allí se disfruta sobre el Vaticano y la ciudad eterna en su conjunto, y que mejora a medida que va cayendo la tarde, el sol se pone en lo que los italianos denominan *il tramonto* y, al hacerlo, destaca las sombras proyectadas por las masivas cúpulas de sus cuatrocientas iglesias, mientras avanza la noche veraniega y Roma se va iluminando poco a poco. Es un espectáculo inolvidable. Stendhal ya había dicho que «la admirable vista que se domina desde San Pietro es la más bella de Roma» y recomendaba «elegir un día de nubes dispersadas por el viento; entonces todas las cúpulas de Roma se muestran alternativamente en sombra y luz». El cardenal Sodano, el bombástico secretario de Estado y número dos del Vaticano, nos hacía entonces los honores. En ningún sitio he visto tanto refinamiento y un protocolo tan medido como en la Santa Sede. Llevan cientos de años cultivándolos y los siguen cuidando mucho mientras la chabacanería se impone en muchos otros lugares donde algunos confunden el culo con las tóporas y creen que ser moderno o progresista es ser maleducado, faltar a las formas y

no respetar tradiciones respetables. Como los que van a ver al rey en mangas de camisa porque no saben que el respeto por uno mismo comienza respetando las instituciones que libremente nos hemos dado y que nos representan a todos.

Afortunadamente siempre nos quedará el Vaticano.

DÉCIMA PARTE
ANCHO MUNDO

El que no sale nunca de su tierra vive lleno de prejuicios.

CARLO GOLDONI

CONTRASTES NEOYORQUINOS

Cuando llegué a Nueva York, todo me pareció allí desmesurado, los ricos muy ricos y los pobres muy pobres, los coches muy grandes, las carreteras muy anchas, las distancias enormes y los edificios muy altos. En Estados Unidos conviven, puerta con puerta, lo mejor y lo peor. La ciudad atravesaba entonces una de sus periódicas quiebras económicas y había más baches que nunca, hasta el punto de que Bob Hope recomendó dejar la isla de Manhattan flotando a la deriva en el Atlántico y tratar de obtener para ella parte de la ayuda exterior que Estados Unidos gastaba con generosidad en países terceros, pero que no parecía dispuesto a emplear dentro de casa.

Allí conocí a un señor encantador llamado Mr. Pharr que vivía en Midtown, en una casa construida en torno a la biblioteca de una abadía gótica que había comprado en Inglaterra, y que se admiraba de que yo tuviera coche —un Volkswagen escarabajo de segunda mano— porque, según él, tener automóvil en Manhattan era un lujo que salía carísimo y que él no se podía permitir. Un tipo extravagante que me contaba que siempre utilizaba taxis salvo los fines de semana, cuando alquilaba un coche con chófer para ir a una residencia que tenía en los Hamptons, en la vecina Long Island. Su dinero, que era muchísimo, le venía de haber inventado el cristal no reflectante, algo que se le había ocurrido durante la Segunda Guerra Mundial mientras participaba en misiones de bombardeo sobre la Alemania nazi y no veía bien los relojes e instrumentos de a bordo, porque los aviones iban a oscuras para evitar ser detectados y los cristales de los indicadores de altura, velocidad, orientación o combustible reflejaban la luz de la linterna con la que los iluminaban. De ahí le surgió la idea cambiar la composición de esos cristales para que no brillaran y se pudieran leer sin dificultades todos aquellos indicadores. Se

hizo millonario, y es que algunos son más listos que otros. En su casa había cuadros espectaculares, entre los que recuerdo un bonito Picasso y un Francis Bacon de gran fuerza pero tan duro que yo nunca lo pondría en el salón de mi casa, porque seguro que me provocaba una depresión profunda.

Una noche me invitó a una cena tipo *buffet* y nos sirvió en una vajilla que había pertenecido al zar Nicolás II, blanca con reborde de oro y el monograma imperial. La había adquirido en una subasta. Otro de sus invitados aquella noche era James Johnson Sweeney, crítico de arte de *The New York Times* y muy amigo mío a pesar de la gran diferencia de edad. Tenía un párkinson avanzado y cogía el plato con manos tan temblorosas que pensé que la vajilla imperial podría verse reducida a añicos durante aquella velada, y lo mismo debía de pensar el anfitrión, que no le quitaba el ojo (preocupado) de encima. Es un mundo de una apabullante riqueza que solo existe en Nueva York y quizás, más dispersa, en Texas. Podría contar muchas historias al respecto, como que en una cena años más tarde, cuando ya era embajador en Estados Unidos, a mi mujer se le ocurrió comentar que su pintor preferido era Modigliani, y una señora sentada a su mesa la invitó a tomar un té en su casa al día siguiente para que pudiera ver los dos que tenía... En el Museo Kimbell de Fort Worth, junto a Dallas, vi una espectacular exposición sobre pintura impresionista, donde los cuadros se mostraban de la misma forma en que los propietarios los tenían en sus fincas, y para ello el museo había reproducido al milímetro los salones de aquellas mansiones con todo el resto de mobiliario.

Junto a este mundo de lujo desenfrenado vivían los mendigos de la zona del Bowery neoyorquino, que no eran pobres sino miserables porque el alcohol les había arrebatado la dignidad. He visto pobreza en muchos lugares del mundo, incluso la pobreza desesperanzada de los campamentos de refugiados por guerras y hambrunas, pero siempre había en ella dignidad. En ningún sitio la pobreza me ha parecido tan triste y desamparada como en el Bowery, donde el contraste con la apabullante riqueza del vecindario aún la hacía más dolorosa.

A finales de los años setenta había una zona del Bronx, que la policía conocía como Fort Apache, donde no entraba la recogida de basuras ni el servicio de correos, y las propias fuerzas de seguridad solo se atrevían a hacerlo después de reunir fuerza suficiente y pensárselo bien. Una noche mi

mujer y yo vivimos, aunque afortunadamente con menores consecuencias, una historia muy parecida a la que Tom Wolfe cuenta en *The Bonfire of the Vanities* (*La hoguera de las vanidades*) cuando, volviendo del aeropuerto JFK, seguimos distraídamente de frente tras cruzar el puente Triborough, en lugar de girar hacia la derecha en dirección a Manhattan. La consecuencia fue que nos metimos de lleno en el Bronx y tardamos una eternidad en salir, pues estábamos perdidos, no existían los teléfonos móviles ni el GPS y no nos atrevíamos a parar a preguntarle a nadie por el camino, tales eran las pintas de quienes circulaban por aquellas calles y que no dejaban dudas en sus miradas de que nos consideraban intrusos en su mundo, aunque solo fuera por ser blancos. Finalmente, una angustiada hora más tarde y tras dar muchas vueltas sin ningún rumbo, encontramos un coche de policía que después de abroncarme —tras haberlo hecho antes mi mujer— por meternos donde no debíamos, aceptó indicarnos el camino para salir de allí. Nos acompañó para mayor seguridad hasta embocar la Tercera Avenida de Manhattan.

Es realmente impresionante esa coexistencia de riqueza y miseria en círculos que nunca se cruzan, a los que con frecuencia solo separa la frontera invisible de una calle. Parecen estar en universos paralelos. Es algo que se aprende cuando se vive en cualquier gran ciudad de Estados Unidos. En Washington D. C., el Northwest no tiene nada que ver con los otros tres cuadrantes del corazón de la capital. Ninguna barrera los separa, pero basta atravesar una calle o avenida y cambia radicalmente el paisaje urbano y el paisaje humano. Es como pasar de Jerusalén oeste, judía y rica, al lado oriental de la ciudad, palestino y pobre. No hay barreras físicas, pero todo el mundo sabe que basta cruzar una calle para cambiar de universo, y los que allí viven saben con precisión cuál es esa calle.

Eso explica que en Estados Unidos haya mucha tensión soterrada e invisible que sale a la luz cuando un desastre natural como el huracán Katrina en Nueva Orleans, en 2005, o una avería de envergadura como el gran apagón de Nueva York del 14 de julio de 1977, alteran el orden de las cosas y permiten que esas desigualdades afloren, cargadas de odio y de revanchismo, en escenas de enorme brutalidad y en saqueos que parecen sacados de películas de ciencia ficción. Yo no estaba en Nueva York durante el gran apagón, pero regresé a la ciudad dos días después, y en el camino desde el

aeropuerto Kennedy crucé el barrio de Queens, donde vi muchas tiendas reventadas, saqueadas y quemadas. Me dio entonces la impresión de vivir en un orden artificial, cogido con alfileres y mantenido por el miedo; pensé en Caracas, flanqueada por millares de humildes ranchitos que se escalonan en la falda del monte Ávila, desde donde contemplan una riqueza que a lo mejor no acaba estando tan fuera de su alcance como algunos parecen pensar. Y da miedo.

Esa desigualdad sangrante y ese miedo económico, identitario y cultural de sectores enteros de la población —sobre todo blanca, producto de la brutal crisis que se desencadenó en 2007—, son el origen de la elección de un hombre como Donald Trump a la presidencia de Estados Unidos, un país donde con cada año que pasa se acentúan las diferencias y desigualdades entre la minoría más rica y la mayoría desposeída o con miedo a serlo un día. Trump no es la causa sino la consecuencia de unas injusticias y de unos temores que en otras latitudes dan lugar a populismos de derechas (Alemania, Francia), de izquierdas (España, Italia), o de ambos (Grecia). E igual origen tienen esos nacionalismos que pretenden levantar muros en busca de la seguridad de la aldea y que predicán soluciones locales a problemas que son globales y que exigen unir fuerzas para enfrentarlos mejor.

GASTRONOMÍAS EXÓTICAS

Nací en la posguerra, en una época de escasez y de cartillas de racionamiento, cuando mis padres me enseñaban que no se debía dejar comida en el plato y cuando por la calle veía besar el pan recogido tras caer al suelo. Nada que ver con aquel americano, ya mayor, que me decía en Nueva York que durante la Prohibición tuvo que sobrevivir «solo con comida y agua». Quiero decir que en casa me enseñaron a comer de todo, y que lo que dejaba a mediodía se quedaba para la cena. Sobre todo, no se podía decir «esto no me gusta». Cursiladas, las mínimas. Mi abuelo repetía siempre una frase de Cervantes según la cual «la salud de todo el cuerpo se fragua en la oficina del estómago», y no le fue nada mal pues vivió noventa y dos años, y mi madre, consecuentemente, nos daba en casa comidas tan equilibradas y naturales como podía, pues debía de conocer la frase de Orwell de que la comida enlatada mata más que una ametralladora. La mía era una familia que tuvo la suerte de no pasar hambre en aquellos años terribles, aunque tampoco se podía permitir gollerías, y alguna vez oí decir en casa que eso de comer mariscos era una hortería, algo de lo que disentí tan pronto como me los pude permitir y los probé, aunque admito que el primero que probó una ostra debió de ser alguien con mucho valor. Pero si no había marisco, los domingos por la tarde, en invierno, a mi madre le gustaba asar sobrasada en la chimenea encendida a la que añadía *petorrets*, ramas de unos arbustos que cogíamos en el monte y que chisporroteaban al arder (para delicia de los más pequeños) dando un aroma delicioso que se mezclaba con el de la propia sobrasada. Mientras, mi padre liaba sus cigarrillos en una máquina que tenía sobre la mesa y escuchaba

el *Carrusel Deportivo* por la radio. Es un aroma, un sabor y un sonido de tarde familiar que figura entre los recuerdos más entrañables de mi infancia palmesana.

Supongo que esa infancia me hizo crecer con una mente abierta en lo que a comida se refiere y dispuesto a no seguir el triste destino de aquel amigo del cantante del programa de Johnny Carson que dejó la comida rica, el tabaco, la bebida y el sexo y tuvo una vida sana hasta que se suicidó. O como Sabina, que se quedó sin mujeres y sin tabaco y canta sobre lo dura que es «la salud y el celibato». Esa curiosidad y la vida viajera que me ha dado mi profesión diplomática me han permitido disfrutar de las experiencias culinarias más dispares, comenzando por un menú de degustación en el Minibar de José Andrés en Washington D. C., que me hace saltar las lágrimas al recordarlo, como también recuerdo con melancolía las muchas noches en la Varsovia de mi juventud donde lo único que se encontraba para cenar en los restaurantes de lujo de aquel mundo comunista era caviar y más caviar y solo caviar, a un precio prohibitivo para los polacos pero muy al alcance de los residentes extranjeros. Solo una vez lo he podido volver a comer en tales cantidades, y fue en el palacio real de Hasán II en Rabat, como ya he contado. Para compensar, también he comido con los dedos sobre hojas grandes de higuera que hacían el oficio de platos en Sky City, la capital de los indios acoma en Nuevo México, sin preguntar demasiado sobre lo que me daban y cómo lo habían condimentado porque a veces es mejor no saber. Entre esos extremos ha habido de todo. Dicen que las grandes cocinas del mundo son la china y la francesa —yo confieso que me gusta la variedad e imaginación de la primera mientras que me parece pesada y llena de salsas indigestas la segunda—, hoy superadas por la magnífica eclosión de chefs españoles que se han puesto a la vanguardia culinaria del mundo. Solo me explico el éxito de la cocina italiana porque los restaurantes que la difunden operan con márgenes inigualables entre el coste de la materia prima (pasta) y el precio que cobran.

Cuando uno va por el mundo y encima lo invitan con frecuencia, corre riesgos con la comida. Confieso que soy consciente de que imponemos límites a nuestros gustos, que no tienen otra explicación que la puramente cultural, y por eso en Francia comen con entusiasmo ancas de rana que en otras latitudes parecen menos apetecibles. Cuando vivía en Manhattan me hice amigo del

dueño de Habanita, un restaurante cubano donde a veces recibían angulas de España. Cuando eso ocurría, me avisaba. Yo iba entonces a cenar y observaba con regocijo las caras y muecas de horror que hacían los norteamericanos que ocupaban las mesas vecinas. Por sus gestos debían de pensar que comía lombrices o algo parecido. Y yo encantado, pensando que no saben lo que se pierden y que cuanto menos coman, más nos quedará a los que las disfrutamos. Lo mismo me ha ocurrido en Marruecos con los percebes, que allí no se aprecian, y donde con cierta regularidad aparecía en la puerta de la embajada un individuo que debía de ir a buscarlos solo para nosotros, de forma que te podías llevar a casa tres o cuatro kilos en un balde de plástico por un precio irrisorio. Benditas diferencias culturales, pensaba yo entonces.

En el fondo no hay razón para que comamos gambas, pongo por caso, y no saltamontes. Una vez estaba en Mauritania cuando se acercó desde el Sudán una plaga de langosta como las que relata la Biblia y que, junto con otras calamidades, forzó al faraón a dejar marchar a los judíos sometidos a esclavitud en Egipto. Ya saben, Moisés abriendo las aguas del mar Rojo y todo aquello. En Nuakchot no se hablaba de otra cosa, y no era para menos pues las langostas son tan numerosas que forman una enorme nube negra que tapa el sol y oscurece el cielo, y a medida que avanzan devoran toda la vegetación que encuentran a su paso dejando el suelo sin una brizna de hierba y desnudas las ramas de los árboles. Es un desastre ecológico y para los agricultores. Cuando le pregunté a un amigo mauritano cómo eran las langostas del desierto, en un deseo de que me hablara de su morfología y hábitos, me sorprendió con una respuesta lacónica: «*croustillants*» (crocantes). Porque se las comían, y sus proteínas compensaban algo la pérdida de las cosechas. No debían de saber mal, a juzgar por su expresión. Luego empezaron a tratar las plagas con DDT y ya no había ni cosechas ni langostas. Pero a mí me ilustró sobre mi falta de imaginación, que no había contemplado la posibilidad de convertir una plaga en una cena de lujo, y es que la necesidad agudiza el ingenio.

Y eso que como de todo y me gusta probarlo casi todo. Hay un restaurante en Nairobi (Le Carnivore) donde le sirven a uno por un precio fijo cuanta carne sea capaz de comer de todos los animales del continente, desde gigantescos kudús a gráciles gacelas de Thomson, que fornidos camareros

pasan en enormes bandejas entre las mesas. En Libreville hay otro parecido, pero más pequeño y mucho menos conocido, al que yo quería ir a comer cocodrilo y serpiente y adonde no me quiso llevar nuestro embajador diciéndome que aquel día estaba cerrado, cuando la realidad, según me confesó tiempo más tarde un colaborador suyo, es que lo encontraba «poco elegante». ¡Qué le vamos a hacer! Me quedé con las ganas, pero me desquité tiempo después comiendo cocodrilo en el entonces Zaire y lo encontré muy parecido al pollo. Otro animal de sabor y textura parecidos al pollo es la iguana, un bicho de buen tamaño que probé en la República de El Salvador donde la vendían en jaulas en los mercados. Mono y serpiente comí en otros viajes al Congo-Brazzaville y a Camerún. En una calle de Gaborone compré por instigación de un amigo local unas orugas verdes parecidas a nuestra procesionaria de los pinos que estaban asadas y habían quedado curruscantes. Estaban buenísimas, aunque reconozco que me costó meterme en la boca la primera y solo lo hice por no desairar a mi acompañante. Te las envolvían en un cucurucho de papel de estraza, como los altramuces que vendían las piperas de mi infancia. Y también me gustaron las larvas de hormiga en México. Y es que siempre pienso que si la gente lo come con gusto es porque debe de ser bueno y hay que dejar de lado ascos y cursilerías, sin que estar abierto a probarlo todo quiera decir que todo vaya a gustarle a uno. Hay, por ejemplo, un restaurante junto a la Vía Appia Antica donde sirven recetas de la Roma imperial con salsa *garum* (que importaban desde nuestro Baelo Claudia, en Zahara de los Atunes) que pretendían ser muy sofisticadas y exquisitas pero que no me gustaron nada. El *garum* se hacía dejando descomponerse a los atunes, tiene un gusto fortísimo y a mi juicio desagradable; sin embargo, era una exquisitez apreciadísima por los antiguos romanos.

Y es que no todo vale. Aunque afortunadamente nadie ha decapitado delante de mí un mono para ofrecerme sus sesos como en las películas, cosa que me hubiera resultado profundamente desagradable, en Bangkok he visto pequeños ratones tipo hámster, cocinados en puestos callejeros, y colocados ordenadamente sobre un tablero a la espera de compradores, pero que yo no probaría por nada del mundo. Quizás porque estaban enteros y no en ragú. Y lo que sería para mí totalmente imposible probar, tocar y ni siquiera mirar son aquellas cucarachas fritas, negras y relucientes, que ofrecía otro puesto

callejero en un pueblo de Tailandia. Ahí sí que noté una fuerte barrera que nunca sería capaz de superar, pero que no estoy seguro de que sea cultural y no producto de una fobia personal incurable, porque he visto comer cucarachas en África. Por lo menos una vez, cuando una noche en Marruecos vi una grande en casa y pedí que la mataran. El criado salió de la habitación con el bicho en la boca... ¡se la estaba comiendo! Todavía siento revulsión al recordarlo. En cierta ocasión, yo era el invitado de honor en Nicosia, Chipre, y mi anfitrión me ofreció a mí el primero, para que eligiera, una bandeja llena de ojos de cordero y yo, que no me apetecían nada pero que no podía negarme sin desairarle, elegí uno que no me miraba. Al masticarlo (porque por su tamaño no lo podía tragar entero, que hubiera sido mi opción preferida), noté que se rompía una membrana; luego la verdad es que me recordó a nuestros sesos. Pasé otro día por una experiencia similar en Mauritania y nuevamente escogí otro ojo que no me miraba. Para hacerlo menos personal, supongo.

Es frecuente encontrarse en una situación en la que no hay más remedio que tomarse lo que a uno le ponen delante. Como cuando viajaba de Nema, una ciudad en el este mauritano, hacia Oualata, una pintoresca población que fue durante siglos un centro de tránsito caravanero entre el sur de Marruecos y el reino de Gao. Allí las caravanas de camellos comerciaban con sal, esclavos, oro y tejidos, y es curioso pensar que la sal del norte y el oro del sur se intercambiaban allí a peso y al mismo precio. En el camino hacia Oualata por una pista en pleno desierto que se hizo muy largo porque las ruedas de los coches se metían en la arena una y otra vez, paramos a descansar junto a una jaima de pastores tuareg. El señor del lugar se me acercó entonces y, con mucha reverencia y en señal de bienvenida a su hogar, me ofreció un cuenco con leche (agria) de camella rebajada con agua (sucía) de un pozo próximo. No tuve más remedio que beber aquella mezcla horrible para no hacerle un desaire, pues me estaba ofreciendo lo mejor que tenía, pero sin dejar de pensar al mismo tiempo que al hacerlo me podía llenar de malvadas bacterias pues, como se dice en África, los animales que no se ven son los más temibles. Aquello sabía a rayos, pero tuve suerte y no me pasó nada.

Si tengo que elegir entre la peor comida y la mejor, recuerdo una cena en Saná, Yemen, que me ofreció con la mejor intención el ministro de Exteriores Al-Iriani y en la que el plato principal era otra vez un cuenco enorme de leche

agria que apestaba y que estaba aderezada con mendrugos de pan. Al parecer es algo típico y tradicional que me tuve que tomar procurando que no se notara la repulsión que sentía mientras rechazaba con amabilidad y firmeza la pretensión de mi anfitrión de servirme de nuevo. La mejor comida, en cambio, fue una que me ofreció el Gaimusho (Ministerio de Asuntos Exteriores de Japón) en la residencia del ministro, Ikura House, que tiene un precioso jardín en mitad de Tokio con un estanque con pecas de colores. Nos servían jóvenes ataviadas como geishas y cada plato tenía una forma diferente (cuadrado, redondo, octogonal, triangular, etc.), donde los alimentos estaban presentados de forma artística y en porciones pequeñas. No recuerdo una comida más sofisticada y elegante en mi vida, y eso que los japoneses son muy suyos, pues en otra cena en la Embajada de Japón en Madrid, en la que yo estaba sentado junto al embajador, nos dieron para beber un estupendo Vega Sicilia de 1970 que hacía que a uno se le cayeran las lágrimas. Cuando al salir comenté lo extraordinario del vino que nos habían dado, alguien dijo: «Eso fue solo para los que ocupabais el centro de la mesa, porque a los demás nos dieron Viña Pomal», que no está mal pero que juega en otra liga. Y es que los japoneses son muy respetuosos con las jerarquías. Debe de ser el legado de Confucio.

SUSTOS EN EL MAR

Durante los ocho años en que me ocupé del continente africano desde Exteriores viajé a Angola con relativa frecuencia para atender a los muchos intereses políticos, económicos y de cooperación que allí teníamos, y siempre me llamó la atención lo bonita que debía de haber sido su capital, Luanda, en la época colonial a juzgar por los restos que aún quedaban entre casas destruidas, tiendas quemadas y avenidas sin coches con nombres como Marx y Lenin. Un cura español me contaba entonces que solo comía una vez al día para vivir igual que sus feligreses, y por la calle se veían multitud de cojos y de mancos, que eran consecuencia de la cantidad de minas que la guerra civil había dejado diseminadas por todo el país. Claro que eso era antes, y ahora, con el petróleo de Cabinda, la han reconstruido y es una de las ciudades más caras del mundo, aunque los cojos sigan en ella y los pobres no hayan salido de una pobreza que hoy se ve insultada por la arrogante riqueza de unos pocos.

En uno de aquellos viajes me alojé en la residencia del embajador Antonio Sánchez-Jara, cuya mujer, Paloma, tenía como principal tarea salir a diario a la calle con un capacho y la esperanza de encontrar algo para comer, igual que hacía Teresa, mi mujer, en Mozambique durante su primer matrimonio con un diplomático portugués. No siempre lo lograban, pero su esfuerzo dice mucho de la vida de los diplomáticos, y no como piensan los ignorantes, que creen que es todo lujo y recepciones —la misma gente que ofrece bombones de Ferrero Rocher antes de cenar—. El caso es que aprovechamos un domingo para ir con amigos suyos de otras embajadas a pasar el día a la Barra do Kwanza, que es una playa enorme no muy lejos del Mirador da Lúa, con sus espectaculares estructuras calcáreas. Angola es un país de deslumbrante belleza.

Al llegar a la playa, muy abierta y de fuerte pendiente, estacionamos los vehículos sobre una duna a escasos metros del agua mientras algunos desplegaban mesas y sacaban sillas para almorzar. No había un alma en kilómetros a la redonda, y la playa se extendía por ambos lados hasta perderse de vista, con la única interrupción de algunos cadáveres de lobos marinos arrojados por las olas sobre la arena y que algunas gaviotas picoteaban. Frente a los millones de turistas que anualmente abarrotan nuestras playas en verano, donde la gente pelea por una sombrilla o una tumbona, aquello era un auténtico paraíso.

Hicimos alto, y mientras los demás conversaban, repartían cervezas, se preparaban *gin-tonics* y calentaban el carbón para la barbacoa decidí darme un chapuzón, porque siempre he sido incapaz de ir a una playa y no meterme en el agua. De modo que me interné solo en el mar por la fuerte pendiente que hacía una arena mezclada con infinidad de piedrecillas de bordes limados por la erosión. Perdí pie tras dar tan solo dos pasos dentro del agua, pues ya digo que la pendiente era muy empinada, y comencé a nadar, mientras desde la playa los amigos que allí habían quedado me hacían signos de aprobación con los pulgares hacia arriba y me gritaban cosas que el rumor de las olas me impedía oír a pesar de la cercanía, pues tuve buen cuidado en no alejarme por si había corrientes o resaca. Lo malo fue cuando intenté salir, pues no hacía pie y cada vez que lo intentaba aprovechando el impulso de una ola, su propio retroceso me devolvía al mar no lograba llegar a afirmar los pies en el suelo. Tras varios intentos me comencé a preocupar y pedí ayuda con los brazos y con gritos a los del *gintonic* para que me echaran un cabo si tenían, mientras ellos me respondían con saludos a unos gestos que no comprendían, pues tampoco me oían. Empecé a asustarme de verdad a medida que me cansaba en intentos infructuosos de salir del agua, hasta que tuve la suerte de que una ola mayor que las demás me revolcase con fuerza y me golpease contra el fondo, dándome la desagradable sensación de estar girando sobre mí mismo sin saber bien dónde era arriba y dónde abajo, y me empujase con fuerza hacia la playa donde me agarré cuanto pude al lecho arenoso con brazos y piernas extendidos para resistir la resaca que pugnaba por devolverme al agua. Salí con la espalda, los brazos y los muslos no en carne viva, pero sí llenos de arañazos y magulladuras que la salinidad del agua hacía escocer bastante. Pero eso era lo

de menos, lo peor era el susto monumental que llevaba en el cuerpo porque realmente pensé que me iba a ahogar de la forma más estúpida y delante de gente que no se hubiera dado cuenta de nada, pues en ningún momento pensaron que podía estar pasándolo mal. Nadie más se metió en el mar aquel día.

Paraísos marinos todavía quedan algunos, como bien sabe mi amigo Enric Sala, conservacionista marino y *explorer in residence* en la Sociedad National Geographic, que me ha contado sus fabulosas inmersiones en el islote Pitcairn, donde encontraron refugio los sublevados del *Bounty* acompañados por varias mujeres polinesias reclutadas en aquellos mares. Ese islote estaba entonces desierto y no aparecía en las cartas náuticas del siglo XVIII, y por ello la Marina británica, que los buscó con ahínco, no dio nunca con ellos. No importa mucho porque la convivencia en un lugar tan pequeño los llevó a matarse a puñaladas entre ellos por cuestiones de faldas a poco de llegar allí. Al parecer solo quedó vivo uno, que vivió a partir de entonces con la mujer que había elegido para sí... y con las dieciséis «viudas» de sus compañeros. Sus descendientes viven todavía en Pitcairn de la pesca en medio de un aislamiento casi total pues solo los visita un barco neozelandés cada tres meses. Enric intenta ayudarles a crear un parque natural submarino que atraiga submarinistas a aquellas aguas y les dé un modo de vida más acorde con los tiempos que corren, sin destruir los fondos de coral y sus extraordinarias reservas biológicas.

Mi experiencia es mucho más modesta y sitúo mis paraísos marinos en los fondos de coral de Yucatán en el Caribe, de Hurgada o de Áqaba en el mar Rojo, y especialmente a unos kilómetros al sur de Nuadibú, en Mauritania, donde hay un parque natural de vastos arenales junto al mar al que en cierta ocasión me llevó Manolo Gómez de Valenzuela, que entonces era embajador en Nuakchot. A diferencia de los demás lugares citados, atestados habitualmente de turistas, allí no había nadie en kilómetros a la redonda y solo unas pocas acacias, esparcidas por aquellos arenales, daban algo de sombra. Cada día pienso más que el verdadero lujo es poder escapar de las multitudes y de los lugares masificados. Al menos no había tampoco mosquitos como los que nos echaron a Javier Conde y a mí de una playa de Brunei. Y tampoco los enjambres que atacaron a mi grupo un anochecer en el río Paraná, formando

una enorme mancha negra sobre la camisa amarilla de una señora que nos acompañaba y que tuvo que ser hospitalizada aquella misma noche en Asunción por la reacción alérgica que le provocaron las picaduras. Allí, en Mauritania, no había mosquitos porque en realidad no había nada de nada, solo arena y más arena junto a un mar azul-verdoso, y yo me preguntaba por qué me llevaba el embajador a aquel lugar perdido en el fin del mundo.

Manolo detuvo el coche en mitad de ningún sitio. Entre el coche y una acacia extendimos un toldo que nos diera algo de sombra y yo me metí una vez más en el agua donde recibí la sorpresa de ver que todo lo que en tierra era desnuda aridez, era vida en la mar. En ninguna playa he visto tal abundancia de animales ni mayor concentración por metro cúbico. Caminaba en aguas mansas y poco profundas mientras apartaba bancos de peces que se cruzaban en mi camino y perezosas tortugas nadaban con lentitud a mi lado, como haciéndome compañía. Ninguno de aquellos animales parecía temerme ni huían de mi presencia. Aquel trozo de mar literalmente bullía de vida, en contraste con la desolación de la tierra. Parecía un cuadro de un pintor renacentista imaginando las aguas del Paraíso Terrenal. Y mientras avanzaba lentamente con el agua por la cintura y rodeado de tanta vida, fascinado por un mundo que ya no creía posible, lo que me pareció un pez guitarra de buen tamaño me dio un buen susto al deslizarse entre mis piernas.

Cuando Teresa y Carlos *Charlie* Vinuesa eran embajadores en los Emiratos Árabes Unidos, tenían una envidiable relación con las autoridades y con la sociedad local. Teresa me contaba un día que fue invitada a una reunión de señoras en el palacio de la *sheija* (esposa del emir) en la que todas iban lujosamente vestidas —pues en el sexualmente opresivo mundo musulmán las mujeres se visten para las otras mujeres—, y se sentaban sobre cojines y alfombras en el suelo a la manera árabe. La *sheija*, mientras hablaba, abrió un saquito que estaba lleno de brillantes y lo volcó sobre la alfombra. Entonces las invitadas, como quién no quiere la cosa, los separaban con los dedos de los pies mientras conversaban animadamente y decían «este para mí». Como en *Las mil y una noches*.

Un día que yo estaba en Abu Dabi, Charlie me invitó a salir a navegar con un *dhow*, propiedad de Adnan Pachachi, un rico iraquí exiliado de su país al que regresó «por patriotismo» para ser durante corto tiempo primer

ministro, cuando los norteamericanos derrocaron a Sadam Husein y dejaron Irak hecho unos zorros por mucho tiempo. El *dhow* es un típico barco local para comercio y pesca que puede alcanzar un tamaño respetable, hasta el punto de estar precisamente en uno de ellos uno de los mejores restaurantes de Kuwait City. Con este tipo de barcos, los omaníes señorearon el océano Índico durante varios siglos, desde Calicut a Mombasa. Nos hicimos a la mar en el de Pachachi y fondeamos junto a una isla que no era otra cosa que un pequeño promontorio de arena blanca que apenas sobresalía en mitad del golfo Pérsico, sin un árbol ni otra seña de identidad. Parecía el lomo de una ballena blanca. El agua era de un maravilloso color azul turquesa, y el calor, soportable por la brisa mientras navegábamos, cayó sobre nosotros con toda la fuerza con que lo hace en aquellas latitudes en cuanto el barco se detuvo. Mientras algunos tripulantes bajaban a tierra para hacer una fogata y preparar el almuerzo, otros sirvieron aperitivos a bordo. El calor apretaba a pesar de los *gintonic*s, y además reconozco que no aprendo y que soy incapaz de no meterme en el agua y darme un baño si tengo oportunidad. De modo que me zambullí en aquel mar de cuento de hadas mientras los demás seguían con las copas, y di unas brazadas en torno al *dhow* que desde el agua ofrecía aún una imagen más pintoresca.

De repente, mientras nadaba, tuve no la sensación sino la desagradable seguridad de haber visto algo negro y grande cerca de mí, algo que no vi cuando me detuve y me volví para mirar. Deduje que era una aleta y pensé en un tiburón, pues abundan en aquellas aguas. Creo que nunca en mi vida he nadado más deprisa para volver al barco y debía de estar aún demudado cuando subí a bordo entre las carcajadas de mis compañeros de excursión, que se habían percatado de mi susto y habían visto con regocijo cómo un delfín hembra y su cría me habían acompañado hasta el barco nadando a mi lado. Yo me reí también, pero luego y con una copa en la mano, pero ¡a ver quién es el guapo que se para dentro del agua a comparar aletas! Debo decir que había estado unos días antes en Doha (Catar) donde había visitado un pequeño museo que exhibía ejemplares de todas las variedades de tiburón que se dan en las aguas del golfo Pérsico, y son muchas. Me temo que las recordé a todas en esos breves instantes que tardé en volver a aquel *dhow* en mitad del golfo Pérsico. Todavía hoy me corre un escalofrío cuando lo recuerdo.

Isla de Lobos está en Uruguay muy cerca de Punta del Este, de la que le separa un estrecho brazo de agua por donde huyó el acorazado alemán *Graf Spee* cuando escapaba de tres cruceros británicos (*Ajax*, *Exeter* y *Achilles*) para refugiarse, muy maltrecho, en el puerto de Montevideo antes de que las leyes de la neutralidad lo forzaran a salir de nuevo para ser volado por su dotación.

A Isla de Lobos me llevó un día Gonzalo Canessa en su barco. Gonzalo era el padre de uno de los chicos perdidos en los Andes en 1972 un tras el accidente de un avión de la Fuerza Aérea uruguaya. Este acontecimiento inspiró una novela de Piers Paul Read sobre la que luego Frank Marshall haría en 1993 la película *¡Viven!* Gonzalo y su amigo Páez Vilaró, propietario de la surrealista casa de Punta Ballena, también junto a Punta del Este, encabezaron el esfuerzo privado de búsqueda una vez que se había abandonado la oficial. Ellos me contaron que una vidente famosa de Uruguay les había asegurado que los chicos vivían, y los padres decidieron creerla y no tirar la toalla cuando cesaron las labores de búsqueda oficial del avión. Su esfuerzo se vio recompensado y ambos recuperaron a sus hijos entre los supervivientes del accidente.

Al llegar a Isla de Lobos, uno tiene la sensación de que se mueve, tal es la cantidad de lobos marinos de color leonado que se amontonan sobre sus rocas y que parecen transmitir su propio movimiento a la isla entera. Es un espectáculo que le deja a uno con la boca abierta. Pero si la tierra está cubierta de millares de lobos, otros centenares de ellos nadan en sus aguas hasta el punto de que da la impresión de que el agua hierve por la cantidad de animales que allí hay en medio de un fuerte griterío, pues son muy ruidosos. Y la peste es inenarrable. Nada más fondear, Gonzalo dijo algo así como «maricón el que no se tire, y no miro a nadie» (esas cosas se decían en aquella época sin que sonaran especialmente mal). No tenía escapatoria porque allí estábamos solos él y yo con nuestras mujeres. No tuve más remedio que sentirme aludido y decidí que no le iba a permitir regresar a Punta del Este para contar a todo el mundo que «el español» se había arrugado. Además pensé que si él, que era de allí, se metía en el agua era porque se podía hacer. De forma que me tiré detrás de él, en una zambullida que quise elegante por si era la última, mientras mi mujer grababa la escena con una cámara de súper-8 que me recoge en un cara a cara con un enorme animal de grandes bigotes que

surge sorpresivamente del agua a escasos centímetros de mi propia nariz, un lobo que luego se sumerge y reaparece a mi espalda mientras yo le busco desconcertado sin acertar a volver a verlo. Bañarnos allí fue una porquería porque había tantas cacas como lobos, seguramente muchas más, y ya he dicho que eran millares, y también fue una estupidez porque luego me contaron en Punta del Este que los lobos son muy territoriales y atacan a los que entran en sus aguas, sobre todo si los consideran rivales sexuales, honor que me alegro muchísimo de no haber alcanzado a sus ojos. Otro riesgo son los numerosos tiburones que pueblan esas aguas en busca de las crías, que nacen sin saber nadar y a las que con relativa frecuencia las olas arrancan de las rocas donde se encuentran. Claro que todo esto yo entonces no lo sabía. No hay como ser joven e ignorante para hacer tonterías. O creerse más o menos «macho» por hacerlas.

CUCARACHAS EN ADÉN

Yemen es el país de la bella reina de Saba, que tuvo un romance con el propio rey Salomón. Es una región muy antigua que prosperó con el comercio de incienso, el tráfico por el estrecho de Bab el-Mandeb o Puerta de las Lágrimas, y las rutas hacia la India hasta que Bartolomé Díaz y Vasco de Gama encontraron otros caminos por el cabo de Buena Esperanza, y Yemen comenzó a languidecer. Y cuando yo visité la República Popular y Democrática de Yemen con capital en Adén, la decadencia era mucha. No sé si sería o no popular, pero garantizo que de democrática no tenía nada, y también le faltaba el pintoresquismo de su vecina, la República de Yemen. Luego ambas se fusionaron y hoy las tendencias centrífugas crecen de nuevo en torno a Adén.

Yo era entonces director general de Política Exterior para África y Oriente Medio y mi anfitrión era mi homólogo, que respondía al curioso nombre de señor Mukheres. Él fue quien me alojó como huésped ilustre en el que me vendió como el mejor hotel de la ciudad, el Gold Mohur, construido unos años antes por la cooperación búlgara sobre la que desde entonces albergo las mayores sospechas. Me engañó porque si aquel era el mejor hotel, no puedo imaginar cómo debían de ser los demás. Allí todo era repugnante, pues usaban la piscina como basurero, estaba llena de porquería, no la habían vaciado en mucho tiempo y olía a rayos; la moqueta de los pasillos estaba hecha jirones cuando era discernible; en el pasado remoto debía de haber pintura en las paredes, pero estaba tan descascarillada que su color solo era reconocible con mucha dificultad, y no había comida ni bebida. Ha sido el peor hotel en el que me he alojado en mi vida. A cambio, estaba situado frente a una playita agradable de agua limpia donde se pescaban unas langostas pequeñas y sabrosas que, servidas a la plancha, eran lo único que se podía

tomar para desayunar, para comer y para cenar. Eso sí, podías repetir porque eran abundantes. Era dieta única, aunque reconozco que podría haber sido peor. La situación no era mejor con las bebidas, pues solo se podía beber té. Ni agua embotellada había. Y el té había que beberlo solo, sin azúcar, leche o limón. Y desde luego sin pastas. Lo podías tomar o dejar, pero no había otra cosa. Hay quien quizás diga que ha hecho guardia en peores garitas, y yo mismo recuerdo una noche en el oasis de Atar, en el noroeste de Mauritania, que también se las traía, pero en aquel caso me quedé por sorpresa debido a la avería de un avión cuando nadie me esperaba, y los mauritanos me alojaron como buenamente pudieron, mientras que en Yemen era huésped del Gobierno de una República Democrática y Popular, que no es exactamente lo mismo.

Lo peor de aquel hotel cochambroso era que estaba habitado por miles de cucarachas, que estaban por todas partes. Corrían por los pasillos como las manadas de ñus en las llanuras del Serengeti, y cuando encendía la luz al entrar en mi habitación las veía escapar en todas direcciones. Había tantas y me daba tanto asco pensar que podían subir a mi cama mientras dormía que fui a la piscina-vertedero en busca de cuatro latas que llené con agua del grifo y metí en ellas las cuatro patas de la cama, con la esperanza de que así no pudieran subir. También separé la cama de la pared. Me desnudaba encima y colocaba mi ropa sobre el cabecero o la colgaba de un gran ventilador que pendía del techo y que por supuesto no funcionaba, como tampoco lo hacían los ascensores. Por la mañana me levantaba muy temprano y me daba un baño con jabón en el mar, que estaba más limpio que el cuarto de baño... Afortunadamente «solo» pasé allí dos noches.

Nunca he tenido ganas de regresar a Adén. Me temo que ahora las cosas no serán mucho mejores con la guerra civil, que tantas víctimas civiles están causando y que agravan los bombardeos de Arabia Saudí, famosos por su imprecisión y por generar eso que ahora se llaman «víctimas colaterales». La toma del poder en la capital, Saná, por los rebeldes hutíes, una tribu chiita del norte que tiene apoyo iraní, ha hecho revivir las tendencias separatistas del sur en torno a Adén, y lo que menos falta hace en un lugar tan sensible es otro Estado fallido.

TROTAMUNDOS

Se cuenta que George Washington nombró a John Jay como su embajador en España en 1779 con la misión de obtener ayuda española para la guerra de independencia de las Trece Colonias. Jay, uno de los «padres fundadores» de Estados Unidos, debía de ser perezoso escribiendo porque Washington comentó que «hace dos años que no sabemos nada de Jay. Si pasa otro sin que nos informe, habrá que escribirle para pedirle que lo haga». Y eso que conseguir el apoyo de la corte de Carlos III, aunque fuera encubierto, era esencial para la causa de los rebeldes, que solo ahora comienzan a reconocerlo aunque nuestro Bernardo de Gálvez no figure aún a la altura de Lafayette o Kosciuszko en el santuario de los héroes extranjeros de la independencia norteamericana. Juega en su contra que la ayuda que estos prestaron fue abierta, a bombo y platillo, y no encubierta como la nuestra. Pero todo llegará, porque estamos en ello y porque la verdad siempre acaba abriéndose paso, sobre todo en Estados Unidos, a pesar de que Donald Trump prefiera las «verdades alternativas» que convienen a sus intereses, aunque se den de bofetadas con la realidad. Claro que los de Jay y Washington eran otros tiempos y los embajadores funcionaban con una extraordinaria libertad de movimientos, pues recibían instrucciones de Pascuas a Ramos y no tenían más remedio que aplicar su sentido común y su buen criterio. Cuando eran buenos, como Talleyrand en el Congreso de Viena, mejoraban las instrucciones recibidas de sus capitales. Lo mismo se ha dicho más recientemente de Abba Eban, que llegó a ser ministro de Exteriores de Israel y que era un hombre encantado de haberse conocido. No es el único.

Es impresionante constatar que hace pocos años, cuando estalló la Segunda Guerra Mundial, el presidente de Estados Unidos y el primer ministro del Reino Unido no se habían visto nunca las caras a pesar de lo importante que es la comunicación en el quehacer diplomático. Por contra, hoy coger un avión se ha trivializado, e ir a Bruselas se ha convertido en una rutina similar a tomar el metro para ir al trabajo. Yo me pasé metido en un avión los doce años que fui director general en Exteriores, en especial durante mi etapa como director político. En mi última visita a Bruselas recuerdo caminar hacia el avión en Zaventem mientras me sacudía simbólicamente el polvo de los zapatos, pues llegué a odiar aquellos viajes semanales cargado de papeles, haciéndome mis propias instrucciones y «amenizados» siempre por el mismo salmón, que parecía de plástico y que puede que lo fuera.

Calculé que algún año había dormido fuera de casa una de cada tres noches. Claro que no siempre eran viajes aburridos, pues también los hice a lugares tan exóticos como Bata, Gaborone, Kampala o Bandar Seri Begawan, en Borneo. Y aunque eran casi siempre viajes apresurados, confieso que procuraba encontrar algo de tiempo para ver un poco de la ciudad que visitaba siempre que era posible, incluso si eso implicaba pegarme un madrugón y ver la plaza Navona al amanecer, antes de ir a la reunión de turno y aunque la hubiera visto otras mil veces antes. Esa es una curiosidad que nunca me ha abandonado.

Parecería que con la revolución en las comunicaciones habría que viajar menos, pero eso no es así, acaba uno viajando más y a veces absurdamente, y yo tengo mi cupo de este tipo de viajes. Una vez con Fernández Ordóñez vimos a tres jefes de Estado en dos días. Habíamos regresado al mediodía de un viaje a Guinea Ecuatorial y con el tiempo justo de pasar por casa para cambiar de maleta salimos hacia Damasco, donde llegamos a las dos de la madrugada local y todos rotos, como es normal. Tras ver al día siguiente al presidente Háfes al-Ásad, continuamos hacia El Cairo donde nos recibió Mubarak, y de allí volamos a Amán, para ver al rey Husein. Trío de ases en dos días. Claro que hacer eso requería mucho trabajo de preparación previa tanto en cuestiones de fondo (temas por tratar), como de logística (planes de vuelo, hoteles, citas..) y de protocolo. En eso me ayudaban muchísimo mis compañeros de la dirección general, el Ala 401 de la Fuerza Aérea y los

propios embajadores de los países visitados, sin cuyo apoyo estos viajes hubieran sido imposibles. Se me dirá que algunos grandes empresarios que tienen avión propio hacen giras similares hoy, y yo no lo dudo, aunque sigo pensando que muy pocos serán recibidos por tres jefes de Estado en dos días.

En otra gira similar viajé con Javier Solana a Berlín, Copenhague y Luxemburgo en dos días, que tiene menos mérito. No recuerdo nada especial de ese viaje en que nos encontramos con los ministros Kinkel, Petersen y Poos, salvo que en Berlín le pedí al chófer que se desviara un poco de la ruta elegida para pasar por delante del Reichstag, que aquellos días había sido «empaquetado» por Christo con un gigantesco lienzo plateado. Era impresionante. Siempre me ha gustado mucho lo que hace Christo, y cuando iba a Bruselas me daba una vuelta por un anticuario de la Place du Sablon que tenía un cuadro suyo con las Torres Gemelas de Nueva York también «empaquetadas», por el que me pedían 800.000 pesetas... que no tenía. Al menos lo miraba mientras intentaba regatear su precio. Allí se quedó. Años más tarde me tocó sentarme al lado de Christo en una cena en Nueva York en honor del chef José Andrés, cuando yo era embajador en Estados Unidos, con la mala suerte de que su mujer y compañera, JeanneClaude, había fallecido una semana antes y él estaba literalmente destrozado y apenas era capaz de hablar.

El viaje más absurdo que recuerdo fue a Tokio. Fui un día y volví al día siguiente. Las reuniones de trabajo tuvieron lugar en el Gaimusho, Ministerio japonés de Exteriores, y las presidía el viceministro Hiroshi Fukuda, que se refirió con amargura a las conmemoraciones que en Europa se hacían del fin de la Segunda Guerra Mundial diciendo que eso en Japón no era aún posible porque las heridas eran todavía muy profundas y persistentes. Y debe de ser cierto porque el recuerdo de las atrocidades niponas sigue muy vivo en China aún hoy. De ese viaje recuerdo que entre el *jet lag* y una noche sin dormir, mi problema era mantenerme despierto; nunca me he pellizcado tanto para no caer dormido en una reunión. Y también recuerdo el refinamiento del almuerzo que ya he contado en otro lugar y la sofisticación con la que hacen los paquetes en Tokio. Me compré el libro *El samurái* de Shusaku Endo y me lo envolvieron con tanto arte que me dio luego pena deshacerlo y lo guardé un tiempo sin abrir. En cambio abrí nada más regresar a España un disco de música *noh*, del

siglo VIII, que hubiera debido dejar metido para siempre en el precioso envoltorio que me hicieron cuando lo compré. Por la noche, mis compañeros Santi Salas e Íñigo Ramírez de Haro me llevaron a cenar al barrio popular de Kabukicho, que me aseguraron que era muy tranquilo porque no lo vigilaba la policía sino la mafia local, la yakuza, que convive con ella. Los mafiosos se cortan o les cortan falanges de los dedos, no me enteré muy bien si por castigos o por ascensos, pero confieso que me fijé en ello y me impresionó la cantidad de hombres que se veían por las esquinas con aspecto poco tranquilizador y con pocos dedos o con dedos incompletos.

A los tres días de regresar de Tokio viajé con Javier Solana a Estocolmo, Helsinki y Atenas también en apenas dos días. En Estocolmo, la ministra Lena Hjelm-Wallén nos llevó a almorzar a Ulriksdals Wårdshus, un viejo albergue del siglo XVIII en un parque real situado al norte de la ciudad. Salmón, como siempre. Estos suecos tratan de ser simpáticos, pero me dan la impresión de que se creen el papá de Tarzán. En cambio, los fineses son más toscos pero más desinhibidos y simpáticos. Visitamos al presidente Ahtisaari en un moderno edificio de bonita arquitectura y muebles feos y fríos. La ministra, Tarja Halonen, pelirroja y muy natural y simpática, parece estar tallada a golpes de cincel... sin lijar luego el resultado, algo que se aplicaba también al resto de los miembros de su delegación. Llovía y hacía frío cuando nos llevaron en barco a cenar en una fortaleza situada en una pequeña isla de la bahía donde hay una placa que dice: «Patria, confía en tus solas fuerzas y no te fíes de la ayuda extranjera». Supongo que quien la puso debía de pensar en su terrible guerra de independencia frente a Rusia, cuando el mundo dejó sola a su suerte a la pequeña y brava Finlandia.

Y de allí a Atenas, tras unas horas de sueño. El cambio fue brutal, pues llegamos en mitad de una ola de calor que había llenado los hospitales el día antes y había obligado a cerrar al tráfico el centro de la ciudad. Estaban a 41 grados, que la habitual contaminación ateniense hacía aún más opresivos. Al llegar nos enteramos de que Arafat había llegado una hora antes, y Solana, fiel a sí mismo, me pidió que le buscara y que le consiguiera una entrevista cuanto antes. El problema es que nadie nos decía dónde estaba el *Chairman*, y Solana se ponía cada vez más impaciente; por fin, mi colega griego me dio un número de teléfono «donde quizás podría estar». Llamé y hablé con el propio Abu

Amar, que envió enseguida un coche para recogernos a la residencia del embajador, Pepe Cuenca, en la calle de Basilio Sofias. Como siempre ocurre en estos casos —y sobre todo con Arafat, al que más de uno querría pegarle un tiro—, tuvimos que ponernos en manos de su gente y no sabíamos adónde nos llevaban. Acabamos en una calle arbolada de casas bajas con pinta de caras y con más policías y agentes de seguridad que hojas había en las ramas. Al cruzarla, por el calor que había derretido el asfalto, las suelas de los zapatos se pegaban al pavimento. Café turco, té caliente, besos húmedos y un poco asquerosos marca de la casa, cordialidad, mucho calor. La casa donde nos encontramos pertenecía «al palestino más rico de Atenas», a quien Arafat quería convencer para que se fuera a vivir a Jericó. No me pareció que lo fuera a conseguir y no le culpo. Aquella tarde, mientras Solana llamaba a Madrid, todavía me dio tiempo para escaparme y hacer una corta visita al Filopapos con la suerte de llegar en plena puesta de sol. Además entonces no había las masas de turistas que hay ahora y estábamos prácticamente solos. Solo eso valió por todo el viaje.

Son algunos ejemplos porque hubo más viajes, muchos más, con los reyes, los distintos presidentes con los que he trabajado, con casi todos los ministros de Exteriores de la democracia y muchos, muchísimos otros, solo o con mi compañero de trabajo de aquellos años, José Eugenio Salarich. Pero el cansancio desaparecía como por arte de magia cuando surgían oportunidades como entrar por los cañones montañosos de la maravillosa ciudad nabatea de Petra a bordo de un helicóptero del ejército jordano, o cuando el presidente de Honduras me cedió el helicóptero presidencial (mucho más cómodo) para visitar las ruinas mayas de Copán. Aunque esto de los helicópteros sea poco seguro, pues me perdí una visita a la bahía de Ha Long con los militares vietnamitas cuando la niebla nos impidió despegar y entonces me llevaron a ver el mausoleo de Ho Chi Minh. Salí perdiendo.

En esto de los viajes nunca he comprendido esta manía de todos los policías del mundo por montar numeritos con las caravanas de coches oficiales. Una vez, en Angola, acompañaba a Felipe González a ver al presidente Dos Santos, y regresamos a la capital, Luanda, desde el palacio presidencial de Futungo como si nos persiguiera el mismísimo diablo. Nuestra caravana, de automóviles grandes y negros, recorría despendolada

paupérrimos poblados de chozas cuyos habitantes nos miraban pasar como si hubieran visto a auténticos marcianos, que era lo que debíamos de parecerles. El coche que precedía al que me llevaba a mí atropelló a unas gallinas, que allí quedaron despachurradas, sin que nadie levantara el pie del acelerador. Decían que iban a esa velocidad por seguridad, pero juro que sentí vergüenza e indignación ante ese despliegue de prepotencia orquestado por los angoleños. Sospecho que si se hubieran llevado por delante a un viejo, en lugar de unas gallinas, tampoco se habrían detenido.

Una vez acompañé a Francisco Fernández Ordóñez a una reunión del Grupo 5+5 que se celebraba en Ravello, uno de los lugares más bellos del mundo, en plena costa amalfitana. El Grupo 5+5 tiene por objeto tratar de temas de cooperación en el Mediterráneo y reúne a cinco países del norte (España, Portugal, Italia, Malta y Francia) con cinco de la ribera sur (Marruecos, Túnez, Mauritania, Libia y Argelia). El avión nos dejó en Nápoles, y desde allí los italianos nos llevaron a Ravello en automóvil. Yo compartía coche con el ministro, y el conductor nos llevaba a todo meter por una estrecha carretera de montaña llena de curvas que obligaba a continuos frenazos y acelerones, hasta el punto de haber logrado que por vez primera en mi vida me mareara en coche, y lo mismo le ocurrió a Fernández Ordóñez, que intentó repetidamente y sin éxito que el conductor redujera la velocidad. No le hicieron ningún caso y cuando llegamos a nuestro destino, a ambos nos daba vueltas la cabeza.

A los italianos les encanta llevarte así, porque otro día acompañé a Javier Solana a una cena de un reducido grupo de ministros de Exteriores europeos en Villa Madama, Roma, para hablar informalmente y a calzón quitado sobre la guerra de Yugoslavia, que entonces hacía estragos. La reunión se organizó muy a última hora, no había ningún avión gubernamental disponible y Solana no tuvo más remedio que alquilar un pequeño *jet* privado que nos llevara a Roma y nos devolviera a Madrid después de cenar. Es la única vez en mi vida en que esto me ha ocurrido. En cuanto bajamos del avión en Ciampino, nos metieron en un coche que salió a todo meter hacia Villa Madama, escoltado por varios policías en moto. Uno de ellos se colocó delante de nosotros, soltó el manillar y se puso en pie sobre su moto y así, a toda castaña, en equilibrio y gesticulando con ambos brazos para que se

apartaran los demás coches, nos llevó hasta nuestro destino, adonde llegamos con el temor de que se estampara contra el suelo en cualquier momento, lo cual no sería la primera vez que ocurriera. Era un espectáculo circense absolutamente innecesario, pero se veía que aquel individuo lo disfrutaba. Hay muchas formas de morir, pero esta me parece particularmente estúpida y peligrosa para los demás.

En Libia eso estuvo a punto de ocurrir. Estábamos almorzando un estupendo *mechui* en Trípoli en compañía del ministro libio de Exteriores Triki cuando recibimos la noticia de que el coronel Gadafi recibiría a Fernández Ordóñez en Bengasi y que fuéramos allí ya, sin perder un minuto. Con Gadafi, estas cosas eran habituales porque se ocultaba, nunca se sabía dónde estaba y las citas con él se concertaban sobre la marcha alegando comprensibles razones de seguridad, porque entonces los americanos le tenían muchas ganas. Nos quedamos sin comer y la verdad es que daba pena porque aquel cordero era excepcionalmente bueno, pero así son a veces las cosas en este mundo. Íbamos al aeropuerto de Trípoli en una caravana de coches con escolta policial que nos llevó por las calles de la ciudad sin respetar semáforos, a velocidades inverosímiles y mucho ulular de sirenas. Al pasar por un cruce entreví un coche estampado contra un vehículo de la policía. El choque debió de ser fuerte porque ambos automóviles parecían muy dañados. Al llegar al aeropuerto me enteré de que el coche accidentado era el que llevaba a mis compañeros Rafael Spottorno, jefe de Gabinete del ministro, y Juan Leña, director general de la Oficina de Información Diplomática. A ambos les dolía todo el cuerpo como consecuencia del golpe, pero Juan se llevó la peor parte, con una rodilla muy fastidiada. La cuestión es que no hacía ninguna falta correr, ni mucho ni poco, ni tampoco habernos quedado sin comer pues al llegar a Bengasi nos metieron en un hotel de muy mal gusto donde nos hicieron esperar ¡seis horas!, hasta que, ya anochecido, el Líder nos recibió en un cuartel de las afueras de la ciudad.

Y es que los policías son iguales en todos sitios. O muy parecidos. Cuando era director del CNI, mis colegas del Servicio para la Información y la Seguridad Militares (SISMI) italiano me llevaron de Roma a Siena en un coche con sirena y luces rojas que debió de batir un récord terrestre para esa distancia. Durante todo el camino, un policía iba sentado junto al conductor de

mi coche con medio cuerpo fuera y con un bastón con un disco rojo que blandía con ferocidad, obligando a todos a apartarse a nuestro paso. Cuando al llegar le dije con ironía al «motorista VIP», que es como se leía en la tarjeta que me entregó, que podía volar más alto pero no más rápido, lo aceptó con una gran sonrisa. Creo que lo interpretó como un cumplido.

DIPLOMA DE *TAIL HOOKER*

En enero de 2011 fui a la base naval de Norfolk para visitar oficialmente, como embajador de España, la fragata *Almirante Juan de Borbón*, que hacía escala en aquel puerto. El barco estaba entonces al mando del capitán de navío González Aller y se iba a incorporar a unas maniobras con un grupo de combate norteamericano que se encaminaría acto seguido hacia aguas del golfo Pérsico, donde la situación se estaba poniendo muy complicada. Aunque en enero aún no lo sabíamos, acababa de estallar hacía unas semanas en Túnez la Primavera Árabe con el suicidio de Bouazizi; en febrero comenzaría la revuelta libia contra Gadafi, y en marzo la guerra civil siria.

Con motivo de mi visita se organizaron en Norfolk una serie de actos que culminaron en un almuerzo a bordo de nuestra fragata al que asistieron el general de cuatro estrellas Raymond T. Odierno, que acababa de cesar como comandante de la Fuerza Multinacional en Irak para ser nombrado al frente del US Joint Forces Command en Norfolk, y la vicealmirante Nora Tyson, que mandaba desde el portaviones *George H. W. Bush* la fuerza naval de combate en cuyos entrenamientos participaba la fragata española.

Fue un almuerzo muy grato en el que Odierno contó cosas muy interesantes sobre su experiencia en Irak, y durante el mismo la vicealmirante Tyson me preguntó si no me gustaría visitar el *George H. W. Bush*. Le contesté que como mallorquín e hijo de marino estaba familiarizado con los portaviones norteamericanos y había visitado varios de ellos cuando hacían escala en Palma durante mi infancia. Entonces ella me dijo que su invitación era diferente porque me proponía visitarlo en alta mar, en plena navegación y mientras sus pilotos se entrenaban en maniobras de despegue y aterrizaje. Me pareció una oportunidad única para ver algo diferente y me apresuré a aceptar.

Tras combinar sobre la marcha las agendas, algo siempre complicado, acordamos unas fechas y que me acompañarían el almirante Javier Moreno, agregado de Defensa de la embajada, y también el capitán de navío Juan Nieto, que era mi agregado naval. Y así, unas semanas más tarde, bien de mañana, despegamos los tres desde Norfolk en un pequeño bimotor de los marines que pronto se adentró en el océano perdiendo de vista la costa. Tras algo más de una hora de vuelo, el piloto me señaló lo que me pareció una colilla pequeña, muy pequeña, en medio de un mar sin fin. También se divisaban otros buques menores que daban escolta al portaviones. Allí no había más que agua, mucha agua por todos lados. Realmente daba vértigo pensar que íbamos a posarnos sobre aquello que parecía tan diminuto a pesar de ser el navío más grande del mundo.

Porque el *USS George H. W. Bush* es el décimo, último y más moderno portaviones de la clase Nimitz. Dotado de propulsión nuclear, había sido botado solo un año antes con un desplazamiento de 100.000 toneladas, que se dice pronto; llevaba un centenar de aviones y helicópteros a bordo y cuenta con una dotación de 5.000 militares entre marinos, aviadores e infantes de marina. Aquello no era un barco, era una ciudad en mitad del océano, y yo le daba vueltas a estos datos en mi cabeza para tranquilizarme y pensar que, aunque me parecía inconvenientemente pequeño como lugar para aterrizar, en realidad era un gigante.

Pero si verlo desde muy arriba asombraba por su pequeñez en medio del océano, aún era más impresionante la maniobra de aproximación, pues nuestro avión lo sobrevoló un par de veces a cotas cada vez más bajas, lo que permitía ver su balanceo entre olas bastante grandes. Desde cerca aún parecía más difícil posarse sobre aquella mole en movimiento, cuya popa subía y bajaba varios metros con el oleaje, ya que la mar estaba bastante movida aquel día, como me confirmaron tras posarnos sobre su cubierta. El piloto no hablaba mucho, concentrado como estaba en la maniobra, pero el copiloto me explicó a través del casco con auriculares que todos llevábamos que el «ángulo de ataque» o de aproximación era muy importante para no fallar la maniobra. De la dirección, altura y velocidad no hablo porque no sé nada del asunto, aunque me tranquilizaba ver al piloto concentrado en su trabajo. El caso es que tras un par de pasadas enfilamos de nuevo la estela del monstruo y

sobre ella, desde la popa, nos deslizamos sobre su cubierta donde un garfio que colgaba de la panza del avión se enganchó a un cable de acero tendido transversalmente que nos frenó con brusquedad, con mucha brusquedad para mi gusto, a pesar de ir a hélice y no a la velocidad con la que luego vi aterrizar y despegar ininterrumpidamente durante las siguientes veinticuatro horas, día y noche sin parar, a los poderosos F/A18F Super Hornet. Fue esa maniobra de aterrizaje en alta mar la que nos dio derecho al diploma de *tail hooker* (enganchador por la cola), que la vicealmirante Tyson nos ofreció luego a los tres visitantes con gran formalidad. Los americanos hacen muy bien estas cosas.

El resto del tiempo a bordo es imaginable, visita a las instalaciones de mando y control, de tiro, a los gigantescos hangares, a las zonas de habitación, refección, esparcimiento y hospitalización de la dotación, conversaciones con los mandos y con la tropa, observación de las maniobras de los aviones (que no «aterrizaban» sino que, para salvar tiempo, se limitaban a rozar con las ruedas la cubierta y despegar acto seguido sin detenerse), el armamento, las poderosas catapultas... No quiero ni pensar el presupuesto que debían de tener para estar haciendo esas maniobras de despegue y aterrizaje ininterrumpidamente durante horas y horas. Por mi parte, aquellos aviones me recordaban a los enormes murciélagos que en Mauritania caían como bombas sobre la piscina de la casa del embajador para escapar del calor ambiente, se remojaban la panza sin detener el vuelo y regresaban a las ramas de los árboles de los que pendían como frutas maduras. Cuando te estabas bañando, te podían dar un buen susto.

Fueron veinticuatro horas muy gratas e instructivas gracias a la generosa hospitalidad de la vicealmirante Tyson y de la Armada de Estados Unidos. Nos prepararon una cena formal con paella, seguramente por pensar que es lo que más nos gusta a los españoles (aunque sin vino, que no hay a bordo de los buques de guerra norteamericanos) y luego dormí en la habitación de huéspedes, en una cama inmensa (*king-size*, dicen por allí) en la que al parecer lo había hecho también el presidente Bush padre, cuyo nombre lleva el portaviones. Aquel cuarto parecía el de un hotel de lujo y no el de un barco, y además debía de estar situado muy en el centro porque no se notaba apenas el balanceo y eso que el barco se movía bastante a pesar de su tamaño. Lo que no

habían conseguido era insonorizarlo porque durante toda la noche estuve oyendo el rugir de los motores de los aviones que se deslizaban sobre la cubierta y regresaban acto seguido a la negra noche.

Antes de despegar para regresar a Norfolk, la mañana siguiente, noté un silencio extraño, y es que habían cesado las maniobras de despegue y aterrizaje porque se acercaba un buque nodriza que nos conectó sus mangueras para suministrar combustible. Era impresionante ver a dos barcos de tan gran tamaño armonizar su rumbo y velocidad, a muy corta distancia uno de otro en alta mar y en medio de olas más que regulares. Supongo que hace falta mucha práctica y pericia para hacerlo y por eso me resultan más extraños los frecuentes accidentes (hasta cinco) que buques de la marina norteamericana han tenido en el Pacífico a lo largo de 2017.

El regreso a Norfolk fue tranquilo en un helicóptero Seahawk MH-60S, según pude leer en un parche que llevaba su piloto en el brazo. Detrás quedaba, otra vez minúsculo en medio de la nada azul, aquel mastodonte con cinco mil seres humanos a bordo que se encaminaba hacia la zona caliente del golfo Pérsico.

EN SALSA AGRIDULCE

Así es como temí acabar aquella noche en Xi'an, en el corazón de China. Había aprovechado unas vacaciones para acercarme a Beijing y visitar monumentos como la Ciudad Prohibida, la plaza de Tiananmén, de trágico recuerdo y donde un enorme panel que cambiaba vertiginosamente anunciaba los días, minutos y segundos que faltaban para el regreso de Hong Kong a la madre patria; los innumerables templos y, naturalmente, la Gran Muralla, que es al parecer la única obra humana que logran distinguir los astronautas desde el espacio y que será de lo muy poco que todavía quedará en pie tres mil años después de nuestra propia desaparición de la faz de la Tierra, pues el resto de nuestras construcciones serán rápidamente reclamadas por la Madre Naturaleza. Recordarlo no viene mal para bajarnos los humos.

En Beijing coincidí por azar con la muerte de Deng Xiaoping o al menos con el anuncio de su fallecimiento, pues en aquel régimen tan opaco nadie puede garantizar que no llevara muerto días o incluso semanas. El embajador estaba entonces de vacaciones y yo me había quedado en casa de mi compañero Pepe Matres, que me despertó a las cuatro de la mañana para decirme que le había llamado un periodista amigo porque se acababa de dar la noticia del fallecimiento de Deng. Nos vestimos rápidamente y salimos juntos de madrugada para ver el ambiente que se respiraba en la ciudad. Fuimos a un mercado muy grande donde la gente hacía grupos en los que se comentaba la noticia entre cuchicheos, todo muy contenido. Por las calles vi algunos soldados que marchaban en formación ante la indiferencia general, lo cual tiene todo el sentido del mundo pues en una dictadura lo que pase o deje de pasar se decide en otros ámbitos y poco importa lo que uno piense o deje de pensar. Y sin embargo era un momento histórico, pues Deng con su política de

«un país, dos sistemas» había cambiado el futuro de China. Al parecer, lo que la gente comentaba aquella madrugada en el mercado era que ojalá quien le sucediera mantuviera la política de apertura económica de Deng. No sabían lo que era la democracia ni daba la impresión de que les importara en lo más mínimo.

Estando en Beijing decidí sobre la marcha dar un salto a Xi'an, la antigua capital de lo que luego sería el Imperio del Centro, para ver la espectacular sepultura del primer emperador Qin Shi Huang, que data del año 209 antes de Cristo y que alberga en la parte excavada hasta ahora a unos 8.000 guerreros de terracota de tamaño natural con armas, grados militares y hasta carros de combate de bronce. La idea era dar al emperador fallecido un ejército que le protegiera también en el más allá, y confieso que la forma de hacerlo me parece más civilizada que la costumbre extendida en muchas otras «culturas» de enterrar vivos a algunos servidores para atender en la otra vida al gerifalte fallecido. Así lo hacían casi todos los pueblos antiguos, desde egipcios a mayas. El viaje vale la pena. Es impresionante la vista de conjunto de la enorme nave donde se hallan dispuestos en ordenadas filas estos muñecos, hechos en moldes y por piezas en una especie de cadena de montaje todo lo automatizada que permitía la época y que no descuidaba añadirles luego facciones individualizadas en lo que constituye un testimonio histórico vivo, pues nos hallamos ante auténticos retratos personalizados de guerreros de hace dos mil años que han pasado a la inmortalidad. Me gustaba imaginar a esos mismos soldados comentando el trabajo de los artesanos y sonriendo orgullosos ante el parecido conseguido; o las críticas y burlas del que no se veía favorecido. Llama la atención la parsimonia con la que avanzan las excavaciones, pues faltan aún varios túmulos por descubrir y, entre ellos el principal, el que alberga al Estado Mayor de ese ejército, donde se supone que debe aparecer el propio emperador Qin al frente de sus tropas. Y es que la paciencia es virtud oriental. Aquí no habríamos sabido esperar, algún político habría querido ponerse la medalla de ver el primero la cara imperial ¡y poner luego una placa que lo recordara donde apareciera su nombre con letras grandes!... como esas autopistas que se inauguran en vísperas electorales y

antes de estar terminadas. O esas ridículas inscripciones que dicen «esto lo inauguró el presidente X, siendo ministro Y y alcalde Z». Solo falta el nombre de la mujer de la limpieza. Y de esas lápidas hay muchas.

Viajé solo a Xi'an y contraté en una agencia un coche con guía para aprovechar bien el tiempo. El guía resultó ser una guía, una señora vestida de negro de arriba abajo que había memorizado bien la lección pues me contaba con voz monótona lo que exigía cada monumento de aquella bonita ciudad, pero que exhibía un carácter desabrido, poco simpático y muy poco apropiado para la profesión que ejercía porque no empatizaba nada con el cliente, que era yo y que a fin de cuentas era quien pagaba su sueldo. El caso es que la buena señora me recogió en el aeropuerto, me llevó al hotel donde iba a vivir durante los tres días siguientes y acto seguido me explicó lo que se proponía enseñarme durante mi estancia en la ciudad, en un horario intensivo que comenzaba a las nueve de la mañana y finalizaba a las cinco de la tarde. Le dije que todo me parecía bien, pero que a la lista de monumentos que me ofrecía deseaba añadir la mezquita, porque había oído decir tiempo atrás en Marruecos que la mezquita de Xi'an era una auténtica joya del islam del siglo VIII, muy primitiva y que había logrado una amalgama muy interesante del arte chino con las exigencias de la religión musulmana. Para mi sorpresa, la guía me dijo que no, que esa visita no estaba prevista en su programa y que no me podía llevar. Le contesté entonces que suprimiera algún otro monumento para hacer un hueco que nos permitiera incluirla. Me dijo que tampoco era posible y que ella no podía llevarme allí, sin explicarme las razones de tan irrazonable negativa, y yo pensé entonces que debía de ser porque esa lección no se la sabía. Se cerró en banda. Sin ocultarle mi desagrado por su actitud tan rígida e incomprensible, decidí no insistir, y al volver al hotel en la tarde del segundo día me dirigí a la recepción, les dije que me escribieran en una tarjeta del establecimiento la dirección de la mezquita, salí a la calle, tomé un taxi, le mostré la tarjeta al conductor y arrancamos. No me decepcionó.

El edificio, arquitectura china entre bonitos jardines, es una auténtica preciosidad de un refinamiento extremo y de un sincretismo conmovedor. No había ningún otro visitante, la mezquita debía de estar fuera de los circuitos turísticos, yo estaba completamente solo y allí permanecí mucho tiempo disfrutando, y tan absorto en cuanto veía que cuando me di cuenta ya había

anochecido. Salí al exterior y me encontré en medio de un barrio de calles estrechas y serpenteantes, de casas bajas y modestas donde no se veía un coche por ningún lado y menos un taxi. Solo bicicletas y alguna motocicleta estacionada junto a la pared de alguna casucha. La gente se reunía a comer en la misma calle junto a la puerta de sus casas, en cuclillas sobre el pavimento de tierra y haciendo corros en torno a pequeños braseros. Me miraban con curiosidad, pues era el único forastero, algo que se me notaba bastante por razones obvias, y algunos me sonreían. Pregunté por un «taxi» y nadie parecía comprender aquella palabra, como tampoco tuve éxito con «hotel». Más sonrisas corteses, pero luego seguían conversando entre ellos o comiendo lo que hubieran cocinado, sin dejar de mirarme con indisimulada curiosidad. Parecían preguntarse qué hacía un tipo tan raro como yo en mitad de su mundo. Cada vez estaba más oscuro y yo no veía cómo salir de allí. Caminaba por aquel vericuetto de callejuelas, ninguna recta y muchas de ellas sin salida, lo que me obligaba a dar la vuelta y a volver a pasar delante de la mirada curiosa y pasiva de las mismas gentes que me habían visto antes internarme sin advertirme de que por donde iba no llegaría a ningún lado. Claro que tampoco sabían que lo que yo quería era salir de allí porque, como he dicho, la comunicación era imposible.

Era una noche clara con una bonita luna, y ante la ausencia de otras opciones decidí caminar tratando de dejarla siempre a mi izquierda, aprovechando que me rodeaban casas de un solo piso o dos a lo sumo, aunque igual podría haber optado por ir hacia ella o dejarla a mi derecha porque no tenía la menor idea de adónde debía encaminar mis pasos; solo pensaba que si seguía siempre una misma dirección tendría más posibilidades de salir de aquel barrio y encontrar alguna calle más ancha por donde pasaran coches, como efectivamente ocurrió al cabo de un rato que me pareció bastante largo. Llegué a una gran avenida con tráfico, paré un taxi, le di la tarjeta del hotel y acabé así mi aventura.

Yo creo que la guía se negaba a llevarme a ver la mezquita no porque no se supiera la lección, sino porque está emplazada en un barrio muy pobre que no querría que yo viera. No se me ocurre otra explicación. Pero aquella noche me sentí como un auténtico marciano entre gente que me sonreía y me veía como un extraterrestre que no paraba de decir palabras tan absurdas,

incomprensibles y carentes de sentido para ellos como «taxi» y «hotel». En ningún momento sentí miedo ni me topé con ninguna actitud hostil, todo lo contrario, aunque a toro pasado pienso que aquella noche podía haber acabado sin dejar rastro y adobado en salsa agridulce.

UNDÉCIMA PARTE

ALGUNOS PROTAGONISTAS

Nadie es un gran hombre para su ayuda de cámara.

PRÍNCIPE DE CONDÉ

En realidad son pinceladas, pequeños esbozos de algunas de las muchas personas interesantes con las que me he topado a lo largo de mi vida. Trazos muy incompletos, simples *flashes*, porque reflejan mi visión de encuentros que a veces han sido fugaces y que casi siempre vienen teñidos por un enfoque que prioriza la perspectiva internacional del personaje, que es la que yo he tenido ocasión de contemplar. En unos casos están más estructuradas y en otros podrían ser acuarelas simplemente abocetadas con formas imprecisas y algo diluidas, pero espero que siempre reveladoras de alguna faceta interesante del personaje que aspiro a retratar.

TESTAS CORONADAS

En Marruecos, donde fui embajador, he tenido ocasión de conocer a dos reyes muy diferentes entre sí, Hasán II y su hijo Mohamed VI. Ambos son la clave de bóveda del sistema político marroquí en su doble capacidad de *Emir al Muminim* (heredero del Profeta y príncipe de los creyentes) y de jefe del Estado. Si las decisiones que toman como jefe político pueden ser discutidas (aunque poco porque la Constitución les reserva todos los poderes), no ocurre lo mismo con las que toman como jefe religioso, y la separación entre ambas funciones no está nunca clara. Es una monarquía que conserva muchos trazos medievales en un país que sigue siendo muy tribal en muchas cosas y donde las relaciones personales entre el monarca y sus súbditos se renuevan periódicamente y siguen siendo muy fuertes. Esos rasgos son al mismo tiempo la fortaleza y la debilidad de la monarquía marroquí.

Hasán II. No he visto un personaje que pusiera más nerviosos e inquietos a nuestros gobernantes, desde el rey a todos los presidentes del Gobierno con los que he trabajado. Un hombre muy inteligente que unía el cartesianismo de su formación francesa con la sensibilidad de la poesía oriental, un líder con poder y con capacidad de análisis al mismo tiempo (no siempre coinciden), consciente de ser el elemento cohesionador de un país con necesidad de vertebración. Nunca se sabía ni a qué hora te iba a recibir ni por dónde iba a salir y, especialmente, si iba a sacar (solía hacerlo) el contencioso sobre Ceuta y Melilla y en qué términos lo haría, pues no eran nunca iguales.

Era hombre de mediana estatura, de tez oscura amarillenta, con ojos rasgados y algo caídos que le daban un aire triste, y cuando vestía a la europea, sus trajes eran de un corte impecable. Usaba zapatos con alza como Sarkozy, Medvedev o el propio Federico Trillo. Su corte era itinerante, como en la época de los Reyes Católicos, y en cierta ocasión, al preguntarle yo al general Achahbar, inspector general de las Fuerzas Armadas, si no encontraban dura esa vida trashumante siempre con la casa auestas detrás del rey, me dejó perplejo al contestarme que «somos como los perros, que solo son felices junto a su amo» (!). No me lo invento, lo juro. Hasán tenía en cada ciudad un palacio; estos eran tan bonitos por fuera (adobe, patios con naranjos y fuentes, preciosas perspectivas) como horrorosos por dentro, donde dominaba un gusto *kitsch* y hortera inenarrable. Recuerdo el de Ifrane, en tonos verdes y rosa; hasta las columnas estaban rodeadas de cristal verde, con un olor a pachulí que te atacaba al cruzar la puerta y una escalera principal adornada con flores de plástico cuando en el país sobran jardines y jardineros. En cambio el de Sjirat, junto al mar, es alegre y luminoso aunque la decoración interior también sea lamentable, con mesas que ofrecen al visitante cajas de *kleenex* hechas de nácar con rosas en relieve o una enorme mariposa de plata, cuyas alas eran de concha y de pésimo gusto. Para qué seguir. Cuando el rey se desplaza dentro de palacio, siempre va precedido por unos servidores elegantemente vestidos con capas blancas, fez rojo y babuchas amarillas, que gritan sus alabanzas y previenen así de su llegada. Todo con un sabor muy medieval. Hay fuentes con frutas y castañas confitadas, que debían de gustarle mucho, en todas las habitaciones, y también en los recodos de algunos corredores.

Fue en el palacio de Sjirat donde el general Madbuh y el coronel Ababou intentaron un golpe de Estado en 1971 cuando se celebraba la fiesta del cumpleaños de Hasán, un atentado que produjo decenas de muertos entre sus invitados y del que se salvó el propio rey por haberse escondido en el cuarto de baño. He conocido bien a la familia de su médico personal, asesinado aquel día, que ha sido protegida desde entonces por Hasán hasta el punto de haber educado a sus hijos en el colegio real de Rabat junto con los príncipes. Esta generosidad la mostraba también el rey con el viejo español que cuidaba su palacio de Tánger, y que aunque vivía jubilado en Córdoba recibía cada

año una invitación (pasajes de avión, hotel, etc.) para asistir a la fiesta del cumpleaños del monarca. O con las niñeras españolas de sus hijos, ya bastante mayores, que vivían en Rabat con una generosa pensión real.

Pero si Hasán era generoso, también era implacable con sus enemigos. Se dice de él que presenció la ejecución en el palacio de Sjirat del general Mohamed Ufqir, su hasta entonces omnipotente valido, que intentó otro golpe de Estado ametrallando el avión real cuando regresaba de Francia en 1972. O que incluso fue él mismo quien le pegó un tiro en la cabeza. La leyenda en Marruecos cuenta que Hasán se salvó cuando por la radio del avión ametrallado dijeron que el tirano había muerto y que los dejaran aterrizar, lo que exige indudable presencia de ánimo. Entonces no solo acabó con la vida de Ufqir, sino que se ensañó con toda su familia, esposa y seis hijos incluido el más pequeño de dos años, a los que recluyó durante veinte largos años de condiciones inhumanas en terribles prisiones del oasis de Assa, en pleno desierto del Sahara, y luego en Tamataghrt, en la región de Marrakech. De este trato brutal y cruel hay varios testimonios porque lo cuenta Stephen Smith en *Oufkir. Un destin marocain*, y lo refrendan en libros estremecedores su esposa Fatéma en *Les jardins de roi. Oufkir, Hassan II et nous*, y su hija Malika Ufqir en *La prisonnière*, todos ellos publicados en Francia.

Hasán envolvía este carácter duro en una estudiada cortesía. En una ocasión, semanas después de haber comparado al Polisario con ETA y haber criticado a Fernández Ordóñez por unas declaraciones que este había hecho sobre el Sahara, le recibió en Marrakech en mi presencia con estas palabras: «Mi padre me educó como caballero antes que como príncipe y quiero que sepa que no he querido ofenderle». En otra ocasión, en septiembre de 1984, se produjo un grave incidente cuando el pesquero español *Santa Teresa* fue capturado por una patrullera marroquí, acusado de faenar en aguas de aquel país. Cuando estaba siendo remolcado hacia el puerto de Agadir, su patrón emborrachó a un par de soldados que habían subido a bordo para custodiarlo, cortó la soga y, dando media vuelta, huyó a toda máquina hacia Las Palmas, donde llegó al amanecer con los dos soldados completamente borrachos. Yo era subdirector general para el norte de África cuando me telefonaron, aún de madrugada, e inmediatamente me di cuenta de la gravedad de la situación. Avisé a Manolo Sassot, que era mi jefe, e inmediatamente pedimos que dieran

varios cafés a los soldados para quitarles la curda y que los embarcaran rumbo a Agadir en un avión lo antes posible, para tratar de evitar que saltara el escándalo. Fue inútil. El rey Hasán convocó a nuestro embajador a su palacio de Fez, y Raimundo Bassols me contaba después que, cuando entró, lo encontró con el ceño fruncido y muy serio. Le dijo: «Embajador, lo ocurrido es muy grave porque ha puesto en entredicho el honor de las Fuerzas Armadas de Marruecos y por lo tanto mi propio honor». Bassols, que es muy listo, se dio cuenta de la situación y le contestó con el mayor aplomo que la información que había recibido no era precisa. «Lo ocurrido aquella noche — le dijo— es que cuando el pesquero era remolcado hacia Agadir, estalló una pavorosa tormenta con olas descomunales que pusieron en peligro la estabilidad de ambas embarcaciones, y la vida de la dotación de la patrullera y de los tripulantes del pesquero. La situación se tornó aún más precaria por la soga que unía la suerte de ambos barcos y que amenazaba con hacerlos chocar el uno con el otro, lo que obligó al patrón español a cortarla como último remedio y a poner acto seguido rumbo a Las Palmas ante la falta de autonomía de su embarcación para arribar a Agadir.» Naturalmente, el rey Hasán no se creyó una sola palabra de esta larga perorata, pero como también era muy inteligente comprendió la intención de Bassols, y le contestó: «Gracias, embajador, ha salvado usted el honor de mi país y el mío». Lo que no sé es lo que les pasaría a aquellos dos soldados borrachines; mejor no preguntar. Raimundo es un profesional que hizo una gran labor en Marruecos. Cuando yo fui nombrado embajador en Rabat, fui a verle para aprovechar su amplia experiencia y pedirle consejo. Muy serio me dijo: «Míenteles cuando haga falta, Jorge, lo importante es que salven la cara».

Hasán II vino a España en septiembre de 1988 en una visita que fue un éxito en el fondo pues se lograron los objetivos políticos fijados, y un desastre en la forma por culpa de la revista *Tiempo*, que publicó una estúpida historia sobre un supuesto encaprichamiento del monarca con el bailarín Quino Ruiz Postigo. Falso y de muy mal gusto.

Las entrevistas con Hasán nunca eran fáciles, pero la peor que recuerdo tuvo lugar en Rabat cuando el soberano marroquí recibió al presidente Aznar, como ya he contado antes, y ambos mantuvieron una tensa reunión en la que Hasán quería hablar de Ceuta y Melilla y Aznar no entraba al trapo y le

respondía hablando de cooperación en el Mediterráneo. Exasperado, Hasán llegó a levantar la voz mientras a Aznar no se le movía un pelo del bigote, hasta que el rey, muy malhumorado, puso fin abruptamente a la entrevista y canceló el almuerzo que tenía previsto ofrecerle. Salí de palacio en el coche del presidente y ambos íbamos silenciosos, que es lo habitual con Aznar, hasta que no pude más y dije escuetamente: «Joder, ¡vaya entrevista!», a lo que Aznar me respondió sin dejar de mirar por la ventanilla: «Las he tenido peores».

Estuve con el rey Hasán apenas diez días antes de su muerte, con motivo de su setenta cumpleaños y de la visita sorpresa que por tal razón le hicieron nuestros reyes el 9 de julio de 1999. Nada hacía presagiar su inmediato fallecimiento. De modo que me marché con mi mujer a Toló, un precioso pueblecito griego donde teníamos amigos para pasar unos días de descanso después de tanto ajetreo. Y allí nos pilló la noticia de su muerte, el día 23, cuyo *scoop* mundial dio Fernando Casares, que era el corresponsal de EFE en Rabat. Yo me enteré por Teresa Valente, esposa de mi colega, el embajador de Portugal en Marruecos, que nos llamó con la noticia, y confieso que al principio creí que era una broma porque ellos no habían podido acompañarnos a Toló a pesar de desearlo. Pero era cierto porque, en cuanto ella colgó, empezaron a sonar todos los teléfonos al mismo tiempo para confirmar la noticia y pedirme que volviera corriendo a Rabat porque media España iba a asistir a los funerales que tendrían lugar dos días más tarde. El regreso precipitado desde el pueblito del Peloponeso a Rabat no se lo deseo a nadie. No había pasajes, pues estábamos a finales de julio y no había siquiera aviones. Yo regresé el día 24 haciendo escala en Milán y llegué a Rabat a las dos de la madrugada del día 25; mi mujer no pudo llegar hasta las siete, evidentemente en otro avión... ¡y don Juan Carlos aterrizaba a las diez de aquella misma mañana!

El funeral de Hasán fue espectacular. El general Benslimane, jefe de la Gendarmería, cerró los accesos a Rabat para evitar aglomeraciones incontrolables, pero no lo consiguió porque la gente llegaba caminando a través de los campos, y en Rabat no cabía un alfiler. Asistieron los reyes, el príncipe de Asturias, el presidente del Gobierno y el de la Junta de Andalucía, cada uno en su propio avión (también vinieron Joaquín Almunia por el PSOE,

GarcíaEscudero por el PP y otros que ya no recuerdo, pero esos no sé cómo llegaron) y mi primera tarea era lograr que aterrizaran todos en Rabat, cosa que conseguí y que no fue fácil pues tiene un aeropuerto muy pequeño y entraba un avión tras otro; el de Clinton bloqueó la pista durante mucho tiempo, y recuerdo cuando a mi colega británico, que estaba conmigo en el aeropuerto, le dieron la noticia de que se desviaba a Casablanca el que traía al príncipe de Gales. Se quedó blanco como la cera y salió despavorido para meterse una hora de carretera y poder recibirle. Llegó tarde.

En el palacio real, el desorden era apoteósico, con delegaciones apretujándose en espacios reducidos y produciendo auténticos atascos en aquellos corredores estrechos. Al llegar, la delegación española se saltó a otras que estaban esperando para dar el pésame al nuevo rey Mohamed VI.

Recuerdo la protesta del rey Enrique de Dinamarca: «*Ça fait vingt minutes que j'attends*» (hace veinte minutos que espero) al vernos pasarle por delante, mientras la presidenta de la Confederación suiza le respondía: «Pues yo ya llevo media hora». Al encontrarse en un cuartito minúsculo donde yo también logré entrar, Mohamed VI lloró y también lloró nuestro rey, que se presentó como su «hermano mayor». Fue cuando se tomó la foto de don Juan Carlos secándose las lágrimas con un pañuelo que le prestó José María Aznar. A la reina no le gustó esa foto, que en su opinión mostraba debilidad, pero a todos los marroquíes que yo conocía los emocionó y les gustó mucho el gesto.

Luego, el camino desde el Mechouar del Palacio Real hasta el mausoleo, donde ya reposaban los restos de su padre, Mohamed V, unos tres kilómetros, fue épico. Las tres de la tarde, un sol de justicia, el armón con los restos reales, la caravana de dignatarios (Clinton, Chirac, Bush, Arafat, Abdalá II de Jordania, entre otros) y las multitudes que nos flanqueaban y que, en su entusiasmo, literalmente nos apretaban los unos contra los otros y apenas podíamos caminar, mientras los escoltas no paraban de darnos codazos a diestro y siniestro para proteger a sus señoritos. Los policías, que se suponía que vigilaban, lo hacían poco porque tenían los ojos llenos de lágrimas que no les dejaban ver, y como consecuencia, los responsables de seguridad de los dignatarios extranjeros estaban todos histéricos. La multitud que nos rodeaba estaba también fuera de sí, los desmayos eran frecuentes y vi varios ataques que me parecieron de epilepsia. Un tipo se cayó delante de mí desde la rama

del árbol al que se había encaramado y se pegó una buena costalada. Ignoro si se lastimó porque era imposible pararse en medio de aquel río humano que no se detenía. En varios momentos hubo situaciones de peligro cuando la masa empujaba y se echaba encima del cortejo. Vi a un gordo con chilaba que se lanzó como un loco sobre el armón fúnebre, ignoro con qué intenciones, y que fue derribado sin miramientos y a golpes por los de seguridad. Desde el mausoleo se veía a otra multitud agolpada al otro lado del río Bu Regreg, gentes que no habían podido entrar en Rabat porque los puentes estaban cortados. El ministro Driss Benhima me dijo entonces: «*Malgré la pagaille, il aurait aimé voir cet spectacle*» (a pesar del desorden, a él le hubiera gustado ver este espectáculo). En cuanto llegamos al mausoleo de Mohamed V y se depositó el cuerpo de Hasán II, el rey me pidió agua, y como no encontraba, le compré un botellín ya mediado a un soldado que guardaba el mausoleo. Estábamos todos sudando como pollos y deshidratados porque el calor era tremendo.

Mientras la reina, que había ido al mausoleo por su cuenta (las mujeres no podían participar en el cortejo fúnebre) con Farah Diba y con mi mujer, se topó frente a frente, al salir, con los miembros de la delegación iraní que, al ver a la exemperatriz, dieron un paso atrás como si hubieran visto al mismo diablo. También Farah se quedó cortada al momento. Entonces la reina no se inmutó, y tomándola por el brazo y con muchas tablas, cruzó entre ellos mientras les decía: «*I am sure you know this lady, don't you?*» (seguro que conocen a esta señora, ¿verdad?). De allí volvieron a palacio donde, según me contó luego Pilita, las princesas y demás mujeres de la corte (todas ellas habían pasado por la cirugía estética), vestidas de riguroso blanco por el luto y sin una brizna de maquillaje, estaban totalmente irreconocibles.

Hasán era un hombre muy inteligente que «las veía venir». No renunciaba al Sahara, aunque ello le enfrentara con buena parte de la comunidad internacional, y tampoco a la perenne reivindicación sobre Ceuta y Melilla, que Marruecos utiliza cuando le conviene por motivos de política interna pero siempre sin romper la cuerda, y cuando se pasa se encuentra con una crisis como la de Perejil. Hasán no hubiera cometido nunca esa equivocación. Él decía que, por encima de los problemas, España y Marruecos son dos países condenados a entenderse por razones de vecindad.

Mohamed VI. A su hijo Mohamed VI o M-6, como se le llama informalmente, lo conocí cuando acompañé a un joven príncipe don Felipe en un viaje a Marruecos en el que el entonces también príncipe Mohamed actuó como anfitrión. Me parecieron ambos muy tímidos, pero es que eran muy jóvenes; además, su profesión no permite errores y más vale pasarse de prudente. Mi primer encuentro con él, ya como embajador en Marruecos, me salió bien porque nos hizo el honor de asistir a la inauguración de una exposición de pintura española en la galería rabatí de Bab Ruaj (la Puerta de los Vientos) donde me atreví a pronunciar un pequeño discurso en árabe dialectal (*dariya*), que a la sazón estudiaba y que me había aprendido de memoria con la paciente ayuda de mi profesor, El Harbi El Harti. La gente no sabía si reír o llorar (el príncipe hacía visibles esfuerzos por no soltar la carcajada) porque supongo que mi pronunciación debía de ser espantosa, pero mi parlamento tuvo mucho éxito porque halagó el nacionalismo de la audiencia, pues ningún embajador europeo que se recuerde había hecho nunca un discurso en esa lengua, y eso me abrió paso a una buena relación con el príncipe Mohamed, que continuó cuando ascendió al trono.

Mohamed VI me recibió muy poco tiempo después de ser proclamado rey. Fue una entrevista muy cordial, a diferencia de las que tendría con Aznar, con quien nunca se entendió. Me dijo que su padre había dejado bien «posicionado» a su país en el ámbito internacional y que por eso su trabajo iba a ser más bien de puertas para dentro: alfabetización en un país donde el 50 por ciento de la población no sabía leer ni escribir, mejorar la sanidad pública, construir infraestructuras básicas como carreteras, y redes eléctricas, llevar el agua potable a los pueblos más distantes, etc. Salí muy impresionado; era un joven preparado desde niño para reinar tras haber pasado junto a su padre horas interminables de audiencias que debían de resultarle insoportables. Un hombre que parecía tener muy claras sus prioridades. Luego la realidad se impuso y se dio cuenta de que para repartir la tarta más equitativamente tenía que tocar los intereses de los principales soportes del trono: el *makhzén* (la Administración), el ejército y la clase empresarial de Casablanca... y ya se sabe que el objetivo principal de todo rey es mantenerse él en el trono y asegurar su dinastía. De todas formas, hay que reconocer que ha estado hábil al adelantarse a la Primavera Árabe adoptando *motu proprio*

las reformas imprescindibles, incluida la de la Constitución y la de la Mudawana (estatuto de la mujer), para evitar que se las arrancaran a la fuerza. También ha continuado con habilidad el trabajo de su padre, rompiendo el espinazo del movimiento islamista marroquí e integrando a una buena parte de ellos en el juego político. Su primer ministro ha sido mucho tiempo el islamista Abdelilah Benkirán, del Partido Justicia y Desarrollo. Gracias a ello, Marruecos es por ahora un mar de estabilidad al lado de lo que ocurre en otros países árabes desde Libia y Egipto al Yemen, Siria o Irak. Al menos hasta ahora.

Mi época en Marruecos coincidió en el tiempo con la primera presidencia de José María Aznar en el Gobierno. Aznar valoraba la relación con Marruecos, fue a ese país en su primer viaje al exterior como presidente y también quiso ir a ver al nuevo rey Mohamed VI tan pronto como ascendió al trono para ofrecerle su apoyo, no de forma totalmente desinteresada, pues estaba entonces en el aire la complicada negociación para renovar el Acuerdo de Pesca. En ese viaje le ofreció un fondo financiero para cooperación bilateral y la creación de un observatorio que analizara el estado del caladero en cada momento. Pero a pesar de sus esfuerzos bienintencionados, la relación nunca logró despegar. Yo no sé si los franceses (Chirac) meterían la cuchara en nuestra contra, cosa que no me hubiera extrañado en lo más mínimo por los celos con los que París veía nuestra creciente presencia económica, comercial, empresarial o política en Marruecos; o si sería consecuencia de la inseguridad del nuevo monarca y de las presiones y desconfianza hacia nosotros del poderoso *lobby* pesquero marroquí, que nunca respondió a nuestras ofertas; o si el propio carácter adusto y poco flexible de nuestro presidente lo hizo imposible. El caso es que la relación entre ambos se enfrió antes de haber tenido tiempo para calentarse. No era eso lo que quería Aznar, que se sentía desilusionado porque yo creo que fue muy sincero en su deseo de buscar un buen entendimiento con M-6. La consecuencia fue que las relaciones bilaterales se enfriaron, no hubo acuerdo de Pesca, y Aznar se alejó de las tesis marroquíes sobre el Sahara para acercarse a las del Frente Polisario como nunca había hecho antes el PSOE. El mundo al revés.

En este clima de desconfianza recíproca tuvo lugar el incidente de Perejil. Estoy convencido de que Mohamed VI estuvo muy mal aconsejado por unos, muy pocos, consejeros suyos (ni el Gobierno ni el ejército ni el Servicio de Inteligencia estaban al corriente, por increíble que pueda parecer) y quedó muy corrido tras aquella aventura, que yo viví ya desde el Centro Nacional de Inteligencia y que he contado con detalle en mi libro *Valió la pena*. Las relaciones bilaterales, siempre pasionales y en dientes de sierra, volvieron a mejorar con la llegada al gobierno de José Luis Rodríguez Zapatero y el nombramiento de Miguel Ángel Moratinos, buen conocedor de Marruecos, al frente de Exteriores. Hasta que llegue la próxima crisis.

Rey Fahd de Arabia Saudí. Me había hablado mucho de él Manolo Sassot, que había sido embajador en Riad antes de ser mi predecesor como director general de Política Exterior para África y Oriente Medio. Me contó que en cierta ocasión le invitaron a un cumpleaños regio con orden de presentarse en el aeropuerto de Riad a las tres de la tarde, sin mayores explicaciones. Allí coincidió con otros embajadores y todos fueron embarcados en un enorme 747 que los llevó a Niza, donde una caravana de coches los condujo al puerto para abordar un enorme yate en el que se celebraba una fiesta «en la que había de todo» y en la que «de lejos vi al rey». Cuando terminó, a las tantas de la madrugada, otra fila de limusinas los devolvió al aeropuerto y un vuelo los depositó en Riad a las nueve de la mañana a tiempo de volver a la oficina.

Yo nunca estuve en nada parecido, aunque confieso que me hubiera gustado. Conocí al rey Fahd más modestamente y desde luego de forma menos divertida cuando acompañé a Fernández Ordóñez a Arabia Saudí. Estando en Riad en conversaciones con el ministro de Exteriores Saud al-Faisal, recibimos aviso de que el rey deseaba ver al ministro español y que le esperaba aquella misma tarde en la ciudad de Medina. De modo que hacia allí salimos de inmediato porque teníamos no menos de una hora de avión. Medina está en medio de un desierto de piedra, entre las montañas marrones de la región de Hiyaz, y es el lugar donde emigró el profeta Mahoma cuando tuvo que huir de La Meca perseguido por sus habitantes, que acertadamente veían en peligro su lucrativo negocio como santuario politeísta. Hoy ambas

ciudades, La Meca y Medina, son los dos lugares más santos del islam (el tercero es Jerusalén), y por esa razón la entrada está prohibida a los no musulmanes, como éramos nosotros. De hecho, al aterrizar nos metieron en una autopista que cada pocos kilómetros ofrecía salidas para los no musulmanes y les conminaba a utilizarlas. «*Moslems*» por aquí, decían los carteles en inglés y en árabe. «*Non Moslems*» por allí. Me recordaba al aventurero español Domingo Badía, que fue enviado como espía por Godoy y que se disfrazó de musulmán adoptando el nombre de Ali Bey para circular por aquellos parajes. Se jugó la vida. Los saudíes nos llevaron hasta un hotel Sheraton en las afueras de Medina, cuyos únicos huéspedes éramos los miembros de la delegación española, y ahí nos dejaron esperando seis largas horas. Allí no había nada que hacer y además no podíamos poner el pie en la calle. Probablemente, el rey Fahd dormía una siesta o veía una película y nadie se atrevía a molestarle para decirle que había un ministro español esperando que debía volver a Riad, donde aquella noche ofrecía una cena en su embajada. Fernández Ordóñez, enfadado con el plantón, me decía que había aprendido más sobre Arabia Saudí en esa espera que leyendo todos los sesudos informes que yo le había preparado para la visita. Por fin, al anochecer nos vinieron a buscar y yo acompañé al ministro a la entrevista junto con el embajador en Riad, José Luis Xifra.

El palacio, blanco, está sobre una montaña, rodeado de altos muros, y para entrar había que cruzar enormes portales de hierro tipo película de James Bond. Por el camino eché un vistazo de refilón a la ciudad y sus mezquitas, aunque fue muy poco lo que pude ver. El rey me pareció muy cansado, estuvo amable con nosotros pero me sorprendieron sus ojos tristes y sin vida, algo bizcos, como hartos de todo. Era una mirada fatigada. Nos recibió en una gran habitación pintada de un color claro, con horribles cromos de paisajes a guisa de cuadros y con varios ramos de flores distribuidos por el cuarto, que estaba amueblado a la manera saudí, con sofás y butacones a lo largo de las paredes. Él estaba sentado junto a la bandera verde de su país y tenía detrás una enorme foto de sí mismo, más grande que el natural, donde iba vestido exactamente igual que cuando nos recibió, con la túnica color arena, la *dishdasha*, y *rufiyya*, que es el tocado que cubre la cabeza en aquella zona del mundo árabe. Nos habló con afecto de don Juan Carlos y luego la

conversación derivó hacia la situación regional y las relaciones bilaterales. Lo habitual. El intérprete estaba de pie delante de él con las manos juntas sobre el estómago y la cabeza gacha, y no la levantó ni una sola vez durante la hora que duró la entrevista. Solo miraba el suelo y las puntas de sus sandalias. No era un ciudadano sino un súbdito. Nos sirvieron té. Sobre las mesas había unas horribles cajas de *kleenex* que parecían de plata y tenían relieves de flores enormes, que me recordaron por su mal gusto a las del rey Hasán. Después de la entrevista regresamos corriendo al aeropuerto y llegamos por los pelos a la cena de Riad.

Husein de Jordania. Le vi de lejos cuando acompañé a los reyes a Omán en diciembre de 1985 e hicimos una escala en el aeropuerto de Amán. Mentiría si dijera que me fijé mucho en él, pues estaba a su lado la reina Noor, guapa y elegante, una auténtica belleza a la que vería con frecuencia años más tarde en actos sociales cuando yo era embajador en Washington, y seguía siendo muy atractiva. Luego hice otros viajes por mi cuenta a Jordania, donde mi límite de contactos era el entonces príncipe heredero Hasán, hermano del rey Husein y hombre muy inteligente que se quejaba a principios de los años noventa —sin que nadie le hiciera caso— de que los israelíes estaban financiando a los islamistas de Hamás para cortar la hierba bajo los pies de la OLP. «Es una locura, están jugando con fuego», me decía con mucha razón y mucha clarividencia. Luego el príncipe Hasán sería apartado sorpresivamente por su hermano de la línea sucesoria en favor del actual rey Abdalá. Supongo que se debió de llevar un buen chasco.

Pude ver más de cerca a Husein fue cuando acompañé a Javier Solana a una gira por Oriente Medio en la que pasamos por Jordania y nos desplazamos hasta Áqaba, el lugar donde tuvo lugar la famosa victoria militar de Lawrence de Arabia durante la Revuelta Árabe de 1915. En Áqaba, al fondo del mar Rojo, tenía Husein un bonito palacio desde cuyo comedor se veía Eilat a la derecha, ya en Israel, a un tiro de piedra, y más allá el Sinaí egipcio, mientras hacia el este, la costa jordana cedía el paso en apenas diez kilómetros a Arabia Saudí. Cuatro países separados por muy poca distancia en el fondo del mar Rojo. Por allí pasó Moisés de regreso de Egipto, aunque el ministro

jordano de Exteriores, Abu Jaber, decía que nos lo calláramos para que Israel no reclamara también media Jordania, pues era preferible «visitar Israel antes de que Israel te visite a ti». El palacio era bonito, sobrio y decorado con sencillez en tonos pálidos azules, blancos y cremas, con muebles de bambú.

Husein nos recibió y despidió con gran amabilidad en la puerta de su casa como un anfitrión normal, pues era un hombre muy educado. También era de pequeña estatura, todo cabeza y torso poderoso sobre unas piernas cortas que le hacían apoyar en el suelo solo la punta de los pies cuando se sentaba. Con fama de valiente (su padre fue asesinado en la mezquita de Al-Aqsa en Jerusalén, donde todavía se ven las huellas de las balas en las columnas de mármol que regaló Mussolini tras el último terremoto), gobernó con mucha habilidad un país de tribus beduinas por cuya estabilidad nadie daba dos duros. Tenía fama de mujeriego y se casó cuatro veces con mujeres muy guapas, de preferencia extranjeras. Por Jordania corría entonces un chiste según el cual unos aduaneros detenían en la frontera a una bella mujer montada en un burro con un recipiente lleno de monedas de oro en el regazo. ¿Qué hacer? Muy sencillo: enviar la mujer al rey, el burro al parlamento y quedarse ellos con el oro. Con Solana criticó los bombardeos norteamericanos sobre el Irak de Sadam Husein una vez terminada la guerra para la liberación de Kuwait, lamentando que «no nos han dado tiempo para una solución árabe»; condenó a Arabia Saudí por exportar su versión wahabita y rigorista del islam y por financiar a extremistas religiosos (en lo que se adelantó a lo que años más tarde es un clamor popular), habló con mucho cariño de nuestros reyes y nos confesó con mucha amargura que había llegado a la conclusión de pensar que «el islam es incompatible con la modernidad». Toda una bomba pero es lo que dijo, aunque quizás le pillamos en un momento de pesimismo pues era ya un hombre cansado y enfermo, y se le notaba. Su hijo Abdalá, el actual rey, se casó con otra mujer cuya belleza me impresionó cuando la conocí durante el entierro de Hasán II de Marruecos. La reina Rania. Años después, cuando yo era embajador en Estados Unidos, la vi varias veces en Nueva York ya metida en cirugías estéticas y me desilusionó porque maldita la falta que le hacían. No es la única.

LA CASA BLANCA

He conocido en grados diferentes a seis presidentes norteamericanos y a cuatro candidatos a la presidencia de Estados Unidos. También a un vicepresidente. Así los recuerdo.

Gerald Ford. En realidad a Ford no lo conocí, solo lo vi una vez y fue de lejos, cuando en 1976 se celebraban los fastos del Segundo Centenario de la independencia de Estados Unidos y yo era un joven cónsul adjunto en Nueva York. Uno de los actos que se organizaron fue una enorme parada naval en aguas del East River de la que ya he hablado, en la que tomaron parte muchos buques escuela del mundo que navegan a vela, lo que allí llaman *tall ships*. Los norteamericanos fondearon un portaviones en el río, pusieron gradas sobre la cubierta e invitaron a mucha gente a ver el desfile. Yo fui uno de los agraciados y entre coca-colas (no repartían bebidas alcohólicas a bordo) y perritos calientes pude ver a Ford, nuestro anfitrión aquel día. Tenía fama de torpón, y de él se decía que no podía andar y mascar chicle al mismo tiempo. Muchos años después, sobrevolando Abiyán, de inconfundible perspectiva, mi compañero Antonio de Oyarzábal, hombre inteligente y simpático que fue embajador en Washington años antes que yo y que es una permanente fuente de anécdotas, me contó la ocasión en la que hizo de intérprete entre Franco y Ford allá por 1975 y la pesadilla que para él supuso el trayecto en coche desde Barajas a Madrid, sentado frente a ambos en un traspontín del Rolls blindado del «caudillo». Por una parte porque la dentadura postiza de Franco hacía aún más difícil entender el tenue hilo en que la edad había convertido su

voz y, por otra, por la tensión que se instaló en el vehículo entre un Ford que quería hablar y un Franco silencioso que solo se animó al final, ya entrando en Madrid, y para criticar a la prensa «que envenena a la juventud».

Jimmy Carter. A los tres días de llegar a Washington como flamante embajador de España en Estados Unidos y con el tiempo justo para entregar en el Departamento de Estado una copia de mis cartas credenciales (las llamadas copias de estilo) que es una formalidad que debe cumplir todo embajador para poder estar operativo en el país, viajé a la convención del Partido Demócrata que se celebraba con la fanfarria acostumbrada en Denver, capital del estado de Colorado que los locales conocen como High Mile City. Había visto por televisión convenciones anteriores, pero la realidad supera la imaginación. Allí, en un ambiente festivo y alegre con banderitas, gorros y hasta matasuegras, se reunían cientos de delegados llegados de las cuatro esquinas del país para confirmar a Barack Obama como su candidato a la presidencia de Estados Unidos. Y en torno a las sesiones plenarias se celebraban todo tipo de conferencias, debates, recepciones, coloquios, cenas... donde un diplomático extranjero un poco despierto podía conocer a la mitad de la clase política del país, y eso es precisamente lo que yo traté de hacer con senadores, congresistas y otros asistentes, entre los que recuerdo especialmente al hermano de Martin Luther King, con el que compartí una tarde de interesante conversación.

Fue entonces cuando Juan Verde, de origen canario y que trabajaba a favor de la candidatura de Obama, me comentó que el expresidente Jimmy Carter se encontraba en Denver para asistir a la convención, y ante mi interés me ayudó a conseguir una cita. Fui a verle al hotel Hyatt y me acompañaron Juan Moscoso de Prado y Juan Fernando López Aguilar, del PSOE, y Jorge Moragas, del PP, que asistían a la convención en representación de sus respectivos partidos. Llegué antes que los demás, y mientras hacía tiempo para subir a la habitación, me tomé un café y entablé conversación con una señora que me comentó que le apenaba que Obama no fuera a conseguir la nominación «porque es negro». Me impresionó tanto que cuando estuve frente a frente con Carter, al que acompañaba su mujer Rosalyn, se lo comenté y él me respondió

que era efectivamente un problema porque no creía que la población de más de cincuenta años estuviera aún preparada para tener un presidente de color. Y añadió que aunque nadie lo confesaba en las encuestas que se hacían, él tenía la convicción de que cuando muchos compatriotas suyos estuvieran solos con la papeleta de votación en la mano, se preguntarían si de verdad iban a votar a favor de un «*bloody nigger*» (jodido negro). Así me lo dijo y así lo cuento. Añadió que él deseaba fervientemente el triunfo de Obama porque sería un gran presidente y porque ayudaría a dejar atrás la trágica historia de discriminación racial en Estados Unidos. Me temo que aunque Obama acabó siendo elegido a la Casa Blanca, los problemas raciales no han desaparecido, y estos mismos días, mientras escribo, los supremacistas blancos, crecidos tras la victoria de Donald Trump, han provocado disturbios muy serios en Charlottesville en torno a una estatua del general Lee, héroe de la Confederación en la guerra de Secesión norteamericana. Charlottesville es sede de la Universidad de Virginia, que fundó Thomas Jefferson, uno de los padres de la Constitución que afirma que «todos los hombres nacen libres e iguales» y que a pesar de ello no tuvo inconveniente en mantener hasta su muerte a trescientos esclavos en su cercana y bonita casa de Monticello. Mi recuerdo de Rosalyn y Jimmy Carter es el de una pareja extraordinariamente amable y sin ninguna pretensión.

Bill Clinton. Coincidí con él varias veces cuando era embajador en Estados Unidos y es el hombre más simpático y el mayor encantador de serpientes que he conocido, del estilo de Adolfo Suárez en cuanto a carisma personal se refiere. Tres ejemplos: en una cena neoyorquina en la que éramos doce personas, al ir a sentarse se dio cuenta de que no me había saludado, se levantó, dio la vuelta a la mesa y vino hasta mí para estrecharme la mano cuando era yo quien debía haberlo hecho primero, yendo hacia donde él estaba. ¡Buena lección! Luego, gran conversador, no paró de contar historias divertidas durante toda la cena, que prácticamente monopolizó sin dar opción a meter baza a ningún otro comensal. En otra ocasión, él daba una conferencia a la que yo asistía mezclado entre el numeroso público, pero me vio desde el podio y, dirigiéndose a mí, me saludó en público diciendo: «*Ambassador*

Dezcallar, thank you for your service» (embajador Dezcallar, gracias por su trabajo). Cuando uno es un mindundi y quien dice eso en público es un expresidente de Estados Unidos, créanme que se agradece. No me imagino a un político español, ni siquiera de tercera fila, haciendo algo así con un simple embajador. Un último ejemplo: en una cena ofrecida por la reina doña Sofía en el Spanish Institute de Nueva York se iban a hacer una foto los invitados de aquella noche: Mario Testino, Ferran Adrià, Óscar de la Renta, Anna Wintour, Javier Bardem y Clinton, que estaba colocado a la derecha de la reina cuando se dio cuenta de que mi mujer y yo nos habíamos quedado (intencionadamente) fuera de la foto. Entonces pidió al fotógrafo que esperase y vino a buscarnos a Teresa y a mí, y nos colocó en el centro, entre la reina y él. «Es donde les corresponde estar a los embajadores», dijo. Y como él lo dijo, nadie rechistó. La foto me recuerda ese momento. ¿Cómo no va uno a agradecerlo? Lo dicho, no he conocido a ningún otro político que hubiera tenido ninguno de estos gestos. Es un hombre al que le sobra simpatía personal, y yo no sé si lo de Monica Lewinsky será cierto o no y tampoco me importa. Lo que yo vi es que se le iban los ojos detrás de las faldas de todas, y me quedo ahí.

George W. Bush. Coincidí con él muy poco tiempo porque llegué a Estados Unidos pocos meses antes de que Obama se instalara en la Casa Blanca. Aun así le vi en un par de reuniones del G-20, un grupo en el que no nos ayudó nada a entrar por lo enfadado que estaba con España y, muy en particular, con el presidente Rodríguez Zapatero. Yo tuve que pelear junto con muchos otros, como parte de un equipo más amplio que se coordinaba desde la Moncloa, para vencer esa resistencia. Al final lo logramos, pero Bush no movió un dedo para ayudarnos. En la Cumbre del G-20 que tuvo lugar en Detroit, Rodríguez Zapatero dijo algo que le gustó a Bush, y este elevó hacia él el pulgar en señal de acuerdo. Al salir se hicieron juntos una foto que el equipo de la Moncloa escondía porque yo creo que preferían la imagen de persecución «contra Bush se vive mejor» (sobre todo cuando a Bush ya le quedaban solo dos telediaros) y poder llegar así vírgenes a la «constelación planetaria» que anunciaba Leire Pajín entre ZP y Obama. A mí me divertía tener esa foto de Bush y Rodríguez Zapatero juntos y sonrientes en un lugar muy visible de mi

despacho de la embajada en Washington, y me divirtió más aún durante los pocos meses que seguí en él, años más tarde, con el Gobierno del PP. Había que ver las caras de ministros y ministrillos cuando entraban y se encontraban con Zapatero y Bush dándose la mano como amigos, cuando ellos pretendían que la relación bilateral con Estados Unidos solo podría restablecerse tras su llegada a la Moncloa. Algunos políticos son como niños.

En realidad tan solo estuve con Bush una vez y durante cinco minutos, cuando le presenté en el Despacho Oval de la Casa Blanca mis cartas credenciales como embajador en Estados Unidos, ocasión de la que ya he hablado. Me resultó muy simpático, bromista, cordial y algo tosco. En el fondo me pareció lo que en realidad era: un ranchero tejano. Su equivocada intervención en Irak tras los atentados del 11 de septiembre de 2001 ha producido consecuencias negativas que todos estamos pagando aún hoy en forma de un Oriente Medio en llamas y de oleadas de refugiados.

Con su padre, George H. W. Bush, que también había sido presidente, solo tuve «un roce» en sentido literal, pues me choqué con él durante el funeral de Hasán II en Marruecos, cuando ambos participábamos en el cortejo fúnebre y la multitud nos empujó físicamente a uno contra el otro, sin que nada pudiéramos hacer para evitar el involuntario abrazo. Fue entonces cuando me preguntó con una gran sonrisa si yo estaba tan empapado en sudor (*wet through*) como él. No lo estaba tanto porque él transpiraba a borbotones y tenía mojada hasta la chaqueta. Luego los empujones nos volvieron a separar. No le he vuelto a ver.

Barack Obama. Jamás en mi vida he tenido más frío que en la ceremonia de su toma de posesión, tras pasar tres horas en lo alto del Capitolio con una sensación térmica de siete grados bajo cero, que contrastaba con una temperatura ambiental muy cálida. Recuerdo el desasosiego de muchos políticos en Madrid que querían ser invitados sin conseguirlo y que no acertaban a comprender cómo Obama podía iniciar su presidencia sin su compañía. El Mall de Washington estaba aquel día abarrotado de público, diga lo que luego ha dicho Donald Trump, como muestran las fotografías. Y no solo era cuestión de número sino de ambiente. La elección de Obama despertó

en el país una ola de entusiasmo y de expectativas absolutamente desproporcionadas que han tenido mucho que ver con la desilusión que algunos han sentido luego. Obama no es un superhombre, y el hecho de que fuera negro no solucionaba por sí solo ninguno de los graves problemas que el país tenía planteados, desde la crisis económica desatada tras el descalabro de Lehman Brothers hasta las guerras exteriores. Confieso que su personalidad y su trayectoria me atraían mucho, y por eso me sorprendió la forma en la que McCain, su rival republicano, le dominaba en los varios debates que ambos mantuvieron antes de la elección. McCain, veinte años mayor, era mejor dialéctico, más rápido y con más sentido del humor, que es algo muy importante en Estados Unidos. Obama era más reflexivo, más profesoral y eso le daba un aire altanero (*aloof*) que no le favorecía. Al final ganó la elección por un margen de solo cinco millones de votos, aunque con una enorme diferencia de votos electorales. Su toma de posesión, jurando sobre la Biblia de Lincoln que sostenía su mujer, Michelle, fue apoteósica, aunque a mi juicio a su discurso le faltó ese toque de trascendencia, ese toque de genialidad, esa frase que luego se recuerda aunque pasen los años: el «no preguntes tanto lo que tu país puede hacer por ti, sino lo que tú puedes hacer por él», de Kennedy; o «tengo un sueño» de Martin Luther King. Y eso que Obama siempre tuvo excelentes escritores de discursos, como Jon Favreau o Cody Keenan.

Obama es un mulato que decidió ser negro, como cuenta en su libro autobiográfico *Dreams from My Father*. Pero no es descendiente de esclavos (muchos aún dudan en Estados Unidos de que hubiera conseguido la presidencia si lo fuera) sino de una mujer blanca y de un estudiante keniano. Tímido a pesar de su inmenso poder, se encuentra más a gusto con grupos pequeños que ante grandes multitudes, y con una infancia pasada en Hawái e Indonesia, hubiera querido que su país prestara más atención al Pacífico (*pivot to Asia*) aunque ni las guerras de Oriente Medio ni las acciones rusas en Crimea y Ucrania se lo hayan permitido. Pacifista, se resignaba a la guerra y conocía las teorías de san Agustín sobre su justificación en ciertos casos, pero lo que hubiera de verdad deseado es poner fin a las intervenciones americanas en Oriente Medio porque sabía que son guerras que Estados Unidos no puede ganar. Sus dudas y su concepto de *strategic restraint* (contención estratégica),

que no es aislacionismo porque eso los Estados Unidos del siglo XXI ya no se lo pueden permitir, sino deseo de una más justa distribución del esfuerzo en las operaciones militares (lo que llama *burden sharing*), ha conducido a un cierto vacío de poder que han aprovechado desde los rusos de Putin hasta los fanáticos del Estado Islámico y que se ha traducido en mayor inseguridad en el mundo. Su «multilateralismo eficaz», basado en la democracia liberal, economía de mercado e instituciones internacionales fuertes para la gestión de crisis, se está viendo rápidamente modificado por Donald Trump en favor de un multipolarismo proteccionista y nacionalista (*America First*) caracterizado por la tensión constante entre países y grupos de países en un juego de suma cero y con organizaciones internacionales debilitadas para cuando vienen mal dadas.

Lo vi varias veces cuando era presidente e incluso almorcé con él en muy *petit comité* cuando Rodríguez Zapatero visitó la Casa Blanca. De ese día recuerdo su interés por nuestra tecnología en trenes de alta velocidad y en energía fotovoltaica. También nos pidió ayuda para recibir a algunos detenidos en Guantánamo como parte de su esfuerzo para cerrar esa prisión ignominiosa (una noche que cenaba con Henry Kissinger, su mujer, Nancy, sentada a mi lado, me dijo que la prisión de Guantánamo le parecía estupenda «porque tras unos años allí luego te envían a veranear a Bermudas el resto de tu vida»). Me dejó sin palabras). Obama también nos pidió ayuda para cambiar la absurda política norteamericana sobre Cuba, que no había logrado aislar a los Castro y que en cambio aislaba a Estados Unidos en el resto de las Américas. En cierta ocasión, durante una recepción en la Casa Blanca, yo le animaba a venir a España, pues ningún presidente norteamericano lo había hecho en los últimos diez años y «estaban en deuda» con nosotros. Entonces Obama me respondió que le gustaría «volver a Barcelona». Le dije entonces que Mallorca, mi tierra, es más bonita. Tardó en darse cuenta de la broma y cuando lo hizo soltó una fuerte carcajada que sobresaltó a un *marine* que estaba cerca. Él no vino a Palma, pero sí lo hizo su esposa Michelle, y yo la recibí en el aeropuerto junto a mi colega el embajador Alan Solomont y las autoridades locales, para acompañarla luego al palacio de Marivent, donde almorzó con los reyes. Obama pudo por fin viajar a España en julio de 2016 en lo que se convirtió en

una visita extremadamente breve por un tiroteo en Dallas que dejó a varios policías muertos y heridos y que le obligó a regresar de prisa a Estados Unidos.

Hoy recuerdo de Barack Obama, «*the guy with a funny name*» (el tipo de nombre extraño), su elegancia natural, su sonrisa contagiosa y su andar felino. Creo que fue un buen presidente y lo hubiera sido mejor si la creciente polarización política del país no hubiera llevado al Partido Republicano a negarle el pan y la sal con una oposición sin cuartel, liderada por el Tea Party, que le impidió hacer muchas cosas que hubiera deseado y que ahora, capitaneado por Donald Trump, trata de desmontar su legado.

Joe Biden. La vicepresidencia de Estados Unidos es un puesto muy ingrato aunque se esté a un latido (*heartbeat*), como allí se dice, de la propia presidencia. Pero es como jugar de reserva y estar sentado en el banquillo por si el entrenador te llama cuando alguien se lesiona o es expulsado. También tiene otras misiones, como presidir el Senado, donde su voto de calidad decide en caso de empate... y poco más. No es un puesto lucido y tampoco es fácil. Creo que fue el presidente Coleridge, en el siglo pasado, quien decía que un amigo suyo tenía dos hijos: uno embarcó para un país lejano y al otro le hicieron vicepresidente... y nunca más volvió a saber nada de ninguno de ellos. A mi juicio, Joe Biden ha sido un buen vicepresidente, leal, discreto y maniobrando a favor de su jefe en un Congreso cuyo control perdieron los demócratas a partir de 2010. Le acompañé en un viaje que hizo a España ese mismo año, en el que fue recibido por el rey y por el presidente Rodríguez Zapatero. De él queríamos tres cosas: una visita a España de Obama, el compromiso norteamericano de limpiar los terrenos de Palomares, todavía contaminados por las bombas atómicas que allí cayeron con el accidente de 1967 (¿recuerdan la foto de Fraga y el embajador Biddle Duke bañándose en la playa?). «Es la caca de su perro —le decía yo a Tony Blinken, su jefe de gabinete—, tienen que recogerla de una vez, que ya es hora, y dejarnos la acera limpia.» En tercer lugar queríamos que Estados Unidos apreciara el esfuerzo que hacíamos al tener 1.500 soldados destacados en Afganistán. Lo agradecía, y Biden lo demostró en el discurso que pronunció en su visita a la

Brigada Paracaidista de Paracuellos del Jarama donde habló de valor, de heroísmo, de sacrificio, de honor y de orgullo en términos que ningún político español parece hoy capaz de utilizar.

Recuerdo de forma especial su audiencia con el rey don Juan Carlos; esta tuvo lugar a unas horas escasas de su internamiento en un hospital para ser operado al día siguiente de una mancha en el pulmón que le tenía asustado, y con razón. En aquel momento nada sabíamos de su inminente hospitalización y a todos nos extrañó ver al rey con la cabeza ausente y en otro lado durante un encuentro importante con el vicepresidente de Estados Unidos. En cuanto me enteré de lo que pasaba, se lo fui a contar a su jefe de gabinete para que no pensaran que don Juan Carlos perdía facultades.

Al Gore. Vicepresidente con Bill Clinton, ganó el voto popular en las elecciones presidenciales de 2000 contra George W. Bush, pero perdió en el recuento de votos electorales por un escaso margen. El Supremo falló por 5-4 a favor de Bush, y Gore, que aceptó con elegancia el fallo, se concentró a partir de ese momento en temas de medio ambiente que le valieron el premio Nobel en 2007. Creo que salió ganando con esta nueva ocupación, pues de entrada se evitó tener que lidiar con los atentados terroristas del 11 de septiembre, que no es poco, aunque cabe especular sobre si su reacción no hubiera sido muy distinta de la que tuvo Bush, y en consecuencia quizá no estaríamos hoy pagando las nefastas consecuencias de la invasión de Irak. Es una discusión que no lleva a ninguna parte.

Lo conocí cuando era vicepresidente de Clinton y vino a Madrid poco después de ganar el Partido Popular en las elecciones de 1996; recuerdo que su enorme corpachón le daba un aire de armario que contrastaba con un trato amable y refinado. De ese viaje nació el Consejo España-Estados Unidos que reúne a empresarios de ambos países y que es un foro de gran utilidad en cuyas reuniones he participado varias veces. Volví a verle cuando yo ya era embajador en Washington y él daba conferencias por el ancho mundo sobre la necesidad de salvar el planeta en el que vivimos. Supongo que ahora debe de estar pasándolo mal con la decisión de Donald Trump de retirar a su país del Tratado de París sobre Cambio Climático y con el nombramiento de Scott

Pruitt al frente de la Environmental Protection Agency (EPA), un escéptico que niega la intervención humana en el calentamiento global y que está actuando en consecuencia.

John McCain. Héroe de Vietnam y senador de campanillas, en su envite presidencial contra Obama jugaron en su contra la edad, la crisis económica que se acababa de desencadenar, la desastrosa herencia republicana de Bush y el hecho de competir contra el atractivo primer candidato negro de la historia norteamericana. Pero fue un rival muy digno, y a mí me impresionó mucho la elegancia del discurso en el que aceptó la derrota y felicitó a Barack Obama aquel 20 de noviembre de 2007. Lo visité muy pocos días más tarde en su despacho, y como llegamos al edificio casi al mismo tiempo, iba caminando detrás de él —que cojeaba ligeramente por heridas y torturas sufridas durante la guerra de Vietnam— por los larguísimos corredores del Senado de baldosas blancas y negras. El que tan solo una semana antes habría podido convertirse en el hombre más poderoso del planeta, iba solo y se veía incómoda a la gente que se cruzaba con él, que no sabían si saludarle o no, y eso me impresionó mucho. La victoria tiene muchos amigos que te desconocen en la derrota, como dice el refrán popular. Cuando me recibió en su despacho, quiso disculparse por un desafortunado comentario suyo sobre España durante la campaña electoral al que yo no había dado ninguna importancia porque no la tenía, aunque alguna prensa lo destacara. Luego hablamos de la elección de unos días antes y se refirió con amargura a que los hispanos lo habían abandonado pese a los esfuerzos legislativos que había hecho en su favor como senador. También lo habían abandonado los afroamericanos, pero eso lo entendía por ser Obama su rival. Pensaba que o el Partido Republicano cambiaba, o tendría un incierto futuro por delante. Alguien debió de escucharle porque el partido cambió y eligió a Donald Trump. El día en que me recibió estaba triste después de la derrota, como es natural, pero eso no le quitó un ápice de amabilidad y señorío. Desde entonces ha seguido trabajando como uno de los senadores (*fat cats*) más distinguidos y con mayor prestigio.

John Kerry. Su nombre me sonaba como senador por Massachusetts y opositor activo a la guerra de Vietnam, además de como candidato demócrata a las elecciones de 2004 que perdió frente a George W. Bush. Asistí a una recepción que ofreció durante la Convención Demócrata de Denver cuando solo hacía tres días que yo había llegado a Estados Unidos como embajador, aunque en realidad me coló en ella Ed Romero, que había sido embajador de Clinton en España, cuando se enteró de que andaba por allí bastante despistado aún. En realidad no conocí a Kerry hasta que fue elegido presidente del poderoso Comité de Relaciones Exteriores del Senado, cargo que desempeñó durante el tiempo en que fui embajador en Washington y como tal lo traté con cierta frecuencia. Alto, de cara larga y estrecha y andares desgarrados, Kerry era un hombre de trato agradable al que le encantaban navegar y los barcos y tenía su despacho lleno de fotografías de su balandro, *Isabel*, de un solo palo y casco azul oscuro, que era una preciosidad. De hecho coincidimos por casualidad durante un par de días en el mismo pantalán en Bitter End, un simpático puertito de las Islas Vírgenes Británicas por donde yo navegaba en el barco de mi amigo portorriqueño José Santiago. Otra afición suya era la guitarra, y en cierta ocasión me comentó que estaba trabajándola duro para tocar en la boda de su hijo. Admirador de Paco de Lucía, le regalé el disco de su maravilloso concierto del Lincoln Center con John McLaughlin y Al Di Meola, al que yo había tenido la suerte de asistir cuando vivía en Nueva York como joven diplomático. Esta fluida relación con él me fue muy útil en mi trabajo como embajador en Estados Unidos. Yo ya había sido cesado por el Gobierno cuando Obama le nombró secretario de Estado para dar tiempo a Hillary de preparar su envite frente a Bush.

John Kerry está casado con Teresa Heinz, viuda del fundador del imperio que lleva su nombre, un apellido que ella quiso mantener cuando se casó otra vez en lugar de adoptar el de su nuevo marido, como es habitual en Estados Unidos. Cuando España hizo una exposición en la National Gallery de Washington sobre el pintor sevillano Luis Meléndez, Teresa Heinz Kerry nos prestó dos bonitas naturalezas muertas de su colección privada. Le contó a mi mujer que vio ambos cuadros en un anticuario suizo en el curso de un viaje que hizo con su primer marido. Les gustaron, y él quiso comprar los dos, pero ella

se opuso por parecerle mucho dinero y solo adquirieron uno. Apenas unas semanas más tarde, el señor Heinz fallecía en un accidente, y lo primero que Teresa hizo fue regresar al anticuario para comprar el otro cuadro.

Hillary Clinton. Era secretaria de Estado con Obama cuando yo era embajador en Estados Unidos, cargo que en mi opinión aceptó de su anterior rival en la nominación del Partido Demócrata porque le daba mucha visibilidad y la acercaba a su ambición de ser la primera mujer en llegar a la presidencia de Estados Unidos. La vi con frecuencia, y siempre me sorprendía lo a fondo que se había estudiado los temas de la agenda, cuya letra pequeña se sabía al dedillo, lo que no es frecuente en los ministros. En mi opinión era una mujer que se había fijado un objetivo en la vida y lo perseguía sin desfallecer. Lo tenía muy claro. Durante su mandato en el Departamento de Estado se mostró más agresiva que Obama, pero le fue siempre leal, no metió nunca la pata y mostró también gran habilidad en evitar todos los asuntos más problemáticos como Irán, o el conflicto palestino-israelí al frente de los cuales nombró a embajadores especiales para quedar ella en un segundo plano y protegida. A mi juicio no erró en la gestión de los hechos anteriores o posteriores a la muerte del embajador Stevens en Bengasi, aunque probablemente fue negligente en el uso de un servidor privado para sus comunicaciones oficiales.

Un día me preguntó cuáles eran las áreas primordiales de acción exterior para España y le contesté sin dudar que las tres tradicionales: Europa, el Mediterráneo e Iberoamérica. Entonces ella, sonriendo, me dijo: «Pues nosotros los vemos también como una potencia de creciente influencia en África occidental». Tenía razón porque daba fruto el gran esfuerzo que hemos hecho durante los últimos años en personal, medios, inversión y cooperación para frenar la emigración descontrolada desde esta zona. Y ella lo había percibido. En el Departamento de Estado la respetaban y querían y la despidieron con una gran ovación, que yo presencié en directo en Foggy Bottom cuando abandonó el cargo.

En el lado negativo siempre me pareció muy poco natural, me daba la impresión de que me saludaba efusivamente pero que me olvidaba en cuanto daba media vuelta y se topaba con otra persona a la que sentía que debía sonreír también. Hillary es una persona artificial, que parecía estar con uno y ser amable por obligación, porque el cargo lo exigía, lo cual era cierto y yo no me hacía ninguna ilusión al respecto, pero a ella se le notaba demasiado. Como a esa gente que a veces te saluda y otras no y nunca sabes por qué. Sin la simpatía desbordante de su marido, es una mujer muy inteligente y fría, que estaba enfocada en su ambición hacia la presidencia de Estados Unidos y apartaba de su camino sin reparos cuanto la pudiera distraer de su objetivo... hasta que primero chocó con un excepcional Obama y luego no pudo con un Donald Trump vulgar, que logró retratarla durante la campaña como corrupta y pegada a los intereses de Wall Street. Es una pena porque no creo que haya habido nunca un candidato, hombre o mujer, mejor preparado que ella para el puesto de presidente de Estados Unidos. Ahora acaba de publicar sus memorias en el libro *What happened* («¿Qué sucedió?») dónde busca explicaciones y también culpables para su fracaso en el envite de ser la primera mujer en llegar a la Casa Blanca y en donde se critica a sí misma y también a todos los demás, desde Trump a Obama y desde Sanders a Comey. Me temo que tardará todavía bastante tiempo en encontrar la deseable paz de espíritu.

ALGUNOS PROTAGONISTAS DEL CONFLICTO DE ORIENTE MEDIO

El conflicto de Oriente Medio ocupó mucho de mi tiempo durante los ocho años en que fui director general para África y el Medio Oriente en el Ministerio de Exteriores. Si mis problemas verdaderos procedían del Magreb y muy particularmente de Marruecos y Argelia, el Medio Oriente es el que más trabajo daba en los foros multilaterales de la Unión Europea y de las Naciones Unidas. Viajé mucho por esa complicada y conflictiva zona y procuré no hacerlo con ideas simples, como decía De Gaulle que hacía. En el curso de esos años conocí y traté a muchos de sus protagonistas, sobre alguno de los cuales guardo recuerdos que recojo a continuación y que no pueden evitar verse a veces teñidos por mis propias posturas sobre los problemas en presencia.

Abba Eban. Cuando yo lo conocí ya no era ministro de Exteriores de Israel ni su embajador ante la ONU, sino presidente de la Comisión de Exteriores y de Defensa de la Knéset, el Parlamento de Tel Aviv. A él le espetó el embajador Baroody, representante de Arabia Saudí en las Naciones Unidas: «¿Desde cuándo trabaja Dios en el sector inmobiliario?», cuando Éban insistía en que Judea y Samaria eran territorios que «Dios había dado a los judíos». Compartí con él una cena que organizó en su residencia de Madrid Shlomo Ben Ami cuando era embajador de Israel y me dio la impresión de estar acostumbrado a ser el centro de las reuniones, pues no hacía ningún esfuerzo por participar en la conversación general, salvo cuando le concernía directamente. Displícite, cuando alguien le comentó que había leído su autobiografía en francés,

respondió como quien no quiere la cosa que no recordaba que estuviera traducida a ese idioma (!). Ben Ami contó que durante la invasión israelí de Líbano, Eban tuvo que comparecer ante el Consejo de Seguridad y pidió instrucciones a su Gobierno. Como no le llegaban, tuvo que hacérselas él mismo, y cuando informó a Tel Aviv, recibió un telegrama que decía «esas eran las instrucciones». Eban lo escuchaba y sonreía satisfecho. Me pareció un tipo muy engreído y me quedé con las ganas de comprobar lo inteligente que todo el mundo dice que era. Supongo que si tanta gente lo decía seguramente era cierto, pero él lo estropeaba creyéndoselo.

En otro almuerzo en Madrid, algún tiempo más tarde, en septiembre de 1988, cuando vino a pedir que España no reconociera a un gobierno en el exilio que quería formar la OLP, puso verde a Dan Quayle, vicepresidente de Estados Unidos, afirmando que «contradice el principio de que la naturaleza no acepta el vacío». En cambio emitió una opinión mejor sobre Háfes al-Ásad, presidente de Siria, de quien Kissinger al parecer le dijo «que no está tan loco como parece», lo que puede ser un cumplido si te lo dice un israelí. Al pasar Eban por Roma un par de días después de este almuerzo, con objeto de convencer a los italianos, les dijo que «España nunca reconocerá al Estado palestino». No era verdad, nunca le dijimos eso. Eban es de los personajes con mayor ego que he conocido.

Shimon Peres. Ha sido en mi opinión la cara amable del sionismo con acento laborista. Lo ha sido todo en la política israelí, desde ministro de Asuntos Exteriores a primer ministro y presidente del Estado de Israel. Su verdadero nombre era Szymon Persky y era de origen asquenazí y nacido en lo que entonces era Polonia y hoy es parte de Bielorrusia. Me encontré con él en muchas ocasiones. Era hombre de gran simpatía personal, un gran conversador con fuerte acento gutural cuando hablaba en inglés, y hablar con él era siempre interesante y divertido. Me contó que comenzó su carrera política haciendo autostop y que le recogió David Ben-Gurión, el padre del Estado de Israel, en cuyo gabinete trabajó con el encargo de revisar la correspondencia, pasar al jefe las cartas que merecían respuesta positiva y ocuparse él de las que tenían que dar malas noticias, unas instrucciones que no hubiera mejorado el propio

Paco Fernández Ordóñez. Ben-Gurión le dio el consejo de que se arriesgara en política, y le puso el ejemplo de Stalin, que al asumir riesgos se impuso a Trotski, hombre más preparado pero más pusilánime cuando se planteó la sucesión de Lenin. Y lo pagó con la vida. Una noche en que estábamos solos me comparó a Arafat con Moisés, aunque inmediatamente añadió entre carcajadas que siempre negaría que lo había dicho. Lo cuento más adelante. También me contó el chiste de la mujer que regresa tarde a casa y encuentra al marido esperándola con cara de pocos amigos y un rifle en la mano y le dice: «Avi, Avi, no estropees tu carrera política». Tenía razón, para Peres la carrera política era lo primero en la vida y la supervivencia del Estado de Israel, su misión más importante. Por eso se comprometió a fondo con el Proceso de Oslo mientras era ministro con Rabin, con lo que ganó, junto con Arafat, el premio Nobel de la Paz.

Isaac Rabin. Él era primer ministro de Israel cuando yo acompañé a Javier Solana en una visita relámpago a Jerusalén aprovechando una gira por otros países de la región. Fue en enero de 1993, en plena crisis motivada por la expulsión al Líbano de cuatrocientos palestinos acusados de pertenecer a Hamás. Líbano se negó a recibirlos, y se quedaron un tiempo en tierra de nadie y sin ayuda de ningún tipo, en una desesperada situación humanitaria. La ONU (resolución 799 del Consejo de Seguridad) había condenado la decisión israelí sin lograr que Tel Aviv le hiciera el menor caso, como suele suceder con las decisiones que no le gustan. Y en el mundo crecía la indignación. Solana iba con la intención de pedirle a Rabin que «flexibilizara» su postura y permitiera que los expulsados regresaran. Debimos de cogerle en un día malo, aunque también es posible que estuviera harto de gestiones repetidas en el mismo sentido. Rabin estuvo en plan general del ejército, que es lo que era en realidad, durísimo y muy teatral. En esencia nos dijo que no pensaba reconsiderar la orden de deportación, y que por mucho que deseara la continuación del proceso de paz con los palestinos, no estaba dispuesto a pagar un precio en vidas israelíes. Añadió que entre esa postura y la nuestra, basada en la legalidad internacional que representaba la resolución de la ONU, no había posibilidad alguna de entendimiento y que no sabía «a qué

vienen a Israel tantos ministros europeos», en referencia a las visitas que le habían hecho pocos días antes Dumas y Colombo. Una impertinencia en toda regla que Solana respondió bien cuando le dijo que aceptara él sus responsabilidades «como también nosotros asumimos las nuestras». Fue una reunión muy tensa y desagradable, que no ayudó a cambiar nuestra decisión de aplazar una visita real a Israel, que estaba prevista para aquellas mismas fechas.

Al salir, Solana me comentó: «Este tío es infumable», y la verdad es que con nosotros lo estuvo aunque, como digo, quizás le pilláramos en un día malo, y como no volví a verle nunca más, ese es el recuerdo que de él me ha quedado. Todo esto ocurrió unos meses antes de los Acuerdos de Oslo y de que por ellos le dieran a Rabin el Nobel de la Paz (junto con Arafat y Peres) y también el premio Príncipe de Asturias. Así cambian de rápido las cosas en aquella conflictiva región. Sus esfuerzos por la paz le llevaron a morir asesinado un par de años más tarde a manos de un terrorista judío radical, tres semanas antes de que se inaugurara en Barcelona la Conferencia Euromediterránea. Yigal Amir, el terrorista de extrema derecha que acabó con su vida, sabía lo que hacía porque con su desaparición y la posterior de Arafat, que con todos sus defectos controlaba a los palestinos, se dio un golpe mortal al proceso de paz y al objetivo de dos Estados, israelí y palestino, viviendo en paz el uno junto al otro. Hoy Israel mantiene su ocupación y la paz sigue siendo un objetivo lejano.

Isaac Shamir. Me encontré con él a menudo, tanto cuando era ministro de Exteriores como cuando fue primer ministro de Israel. De pequeña estatura, cuando se sentaba en una butaca, los pies le colgaban porque no le llegaban al suelo. Con un pasado terrorista (miembro de Irgún), era un hombre de extrema derecha y dedicado al engrandecimiento territorial de Israel incorporando Judea y Samaria, que es como los nacionalistas y religiosos denominan a la Cisjordania ocupada. En un desayuno que tuve mano a mano con él en el hotel Ritz de Madrid me reconoció sin rodeos y sin testigos que su papel histórico era ganar tiempo y crear al respecto una realidad sobre el terreno que fuera irreversible. Era un frontón sobre el que rebotaba cualquier argumento que le

dabas y yo aquel día, con mi ingenuidad, le di muchos sin el menor resultado. Lo demostró cuando quiso cargarse la Conferencia de Paz de Madrid y provocó con sus comentarios a los sirios, que cayeron en la trampa de sus insultos y descalificaciones. Faltó un pelo para que se saliera con la suya y la Conferencia saltara allí mismo por los aires, que es lo que con seguridad deseaba porque confesaba haber llegado a Madrid «obligado» por los norteamericanos. Solo los denodados esfuerzos del secretario de Estado, Jim Baker, lograron salvar la situación *in extremis*. Los norteamericanos habían invertido demasiado en aquella operación diplomática como para dejar que se la dinamitaran.

En noviembre de 1989 hubo una reunión con él y la troika comunitaria que presidía el ministro francés Roland Dumas y que se celebró en el hotel Crillon. Desde mi asiento tenía una vista maravillosa sobre la plaza de La Concorde y Les Invalides, y es que no hay perspectivas urbanas como las que ofrece París. En esa reunión tuvo la desfachatez de decirnos, sin que le temblara un músculo de la cara, que «la mejor supervisión internacional que puede haber de la situación (se refería a los Territorios Ocupados de Cisjordania y Gaza) es la del propio ejército de Israel». Y se quedaba tan fresco, quizás porque sabía que sus anfitriones no querían perjudicar un contrato de venta de aviones que Francia firmó aquellos mismos días. Yo flipaba en technicolor. Otro día en Tel Aviv le dijo a Fernández Ordóñez, al mejor estilo de Golda Meir, que no sabía lo que era un palestino, pues no había visto ninguno en su vida, añadiendo que «hay jordanos, sirios... pero ¿palestinos?». Su mujer era sefardita y nos hablaba en ladino con palabras como *bonico* y *agora*, igual que el que hablaba Yitzjak Navón, al que conocí cuando ya había dejado la presidencia de Israel (fue presidente entre 1978 y 1983) y vino a Madrid. Fernández Ordóñez le ofreció un desayuno en su residencia oficial del palacio de Viana, que me estropeó con una explicación detallada y colorista de las torturas de la Inquisición. No hubo forma de que nos hablara de otra cosa, parecía deleitarse en aquel masoquismo. Lo juro, no pude con mis huevos revueltos, que se sirvieron sin beicon para no molestarle.

Ariel Sharón. No tenía ninguna simpatía previa por el personaje tras haber leído sobre las masacres de Sabra y Chatila a cargo de las falanges libanesas, mientras las fuerzas militares israelíes bajo su mando miraban impudicamente hacia otro lado. Como los holandeses de la ONU en Srebrenica. Mi encuentro con él no cambió esta apreciación inicial. Le conocí cuando era primer ministro de Israel, yo dirigía el CNI y Aznar me envió a Jerusalén con un mensaje para él. Mi amigo Efraim Halevy, que era entonces director del Mossad, arregló la entrevista.

Sharón me recibió con cara impasible y con los ojos semicerrados mientras escuchaba el duro mensaje que le transmití de parte del presidente Aznar. La habitación estaba en penumbra para dejar fuera la luz implacable del vecino desierto de Judea. Me esperaba una respuesta airada y me sorprendió la suavidad de su tono sin ceder nada en cuanto al fondo del problema planteado. Me dio la impresión de que era un buen táctico, pues tenía que serlo el héroe militar que era, pero un mal estratega, pues no vi en él una visión de lo que podría o debería ser su país en el futuro, salvo que ese futuro fuera no devolver las tierras ocupadas a los palestinos y seguir construyendo asentamientos en Cisjordania. El problema es que esa política lleva a poner en cuestión el pretendido carácter judío y democrático a la vez del Estado de Israel, ante la imposibilidad de ser ambas cosas y mantener a los palestinos sojuzgados y como ciudadanos de segunda clase, que es lo que ahora son. El resultado es que el Estado de Israel no ha logrado ser aceptado por su entorno árabe casi setenta años después de su creación por las Naciones Unidas, y los israelíes siguen de alguna forma siendo una tribu en pie de guerra. Para mí eso es muestra de un descomunal fracaso diplomático y político.

Yasir Arafat. Conocí a Arafat cuando fui con Fernández Ordóñez a Túnez para agradecerle su ayuda en evitar un boicot comercial de la Liga Árabe contra España tras el establecimiento de relaciones diplomáticas con Israel, y debo decir que desde el primer momento fue una persona que me impresionó porque hacía que se sintiera hacia él cualquier cosa menos indiferencia. Nunca los

términos medios: o calor o frío, jamás templado. Nos recibió en una villa de un barrio residencial en medio de enormes medidas de seguridad, y de esa primera reunión recuerdo lo feo que era, los besos pringosos que daba, su simpatía personal, su uniforme verde impecable y como recién salido del tinte, igual que recién planchado parecía el pañuelo de cuadros blancos y rojos que le cubría la cabeza, un regalo que me hizo de un cuadrito con un portal de Belén de nácar, y unos guardaespaldas que hacían entrechocar ruidosamente las metralletas Kaláshnikov que les pendían del cuello con la bandeja en la que nos servían el té de menta azucarado, amenazando con volcárnoslo encima a cada paso. Fue el primero de muchos otros encuentros posteriores en Madrid, Túnez, Mallorca, Atenas...

Abu Amar había fundado Al-Fatah en 1959 con el objetivo declarado de echar a los judíos al mar y recuperar toda la tierra de Palestina. Este maximalismo era reciprocado por los israelíes, cuya primera ministra, Golda Meir, había dicho que «los palestinos no existen, son árabes». Poco a poco las cosas fueron cambiando y mucho tuvo que ver Arafat en esta evolución de los suyos a partir del histórico congreso de la OLP, celebrado en Argel en 1988, que marca la aceptación de la existencia del Estado de Israel.

Shimon Peres me dijo en cierta ocasión que Arafat pasaba la mayor parte de su tiempo tratando de mantener unidos a los palestinos, y no le faltaba razón a la vista de lo sucedido tras su muerte. Pero si los palestinos luchan por presentar un frente unido, el pretendido frente unido israelí está cogido con alfileres y se deshace en cuanto hay posibilidad real de hacer la paz, porque esta exige necesariamente concesiones de ambas partes y muchos israelíes no quieren renunciar a los territorios que ocupan desde 1967. Así de claro. Su sistema electoral parece diseñado para vivir con mayorías frágiles y exiguas que se deshacen al menor atisbo de progreso en el proceso de paz, como bien ha señalado Avi Shlaim en su libro *El muro de hierro*. Arafat no ha ayudado a crear un clima de confianza que animara a los israelíes a ceder algo, y este ha sido un grave error estratégico por su parte ya que, en definitiva, los fuertes son los israelíes, que mal pueden sentirse inclinados a negociar sin claras garantías de futuro.

La propaganda israelí le acusaba de no dejar pasar ninguna ocasión de equivocarse, y lo cierto es que Arafat pareció empeñado en darles otra vez la razón cuando se puso de parte de Sadam Husein en 1990, tras la invasión de Kuwait. Acompañé nuevamente entonces a Fernández Ordóñez a Túnez para tratar de convencerle de que aquello era un error gravísimo que le iba a costar muy caro, como antes he contado. Hubo un momento en el que los dos gritaban al mismo tiempo sin ceder un ápice en las respectivas argumentaciones. Creo que nunca he visto tan enfadado a Fernández Ordóñez que, con su olfato habitual, veía el alto coste que esta decisión iba a tener para el futuro palestino.

A pesar de todo, la derrota iraquí abrió una ventana de oportunidad que se plasmó en la Conferencia de Paz celebrada en Madrid a partir del 30 de octubre de 1991 (a la que no se permitió asistir a Arafat), donde se inició un proceso que continuó en Oslo (agosto de 1993), entró en coma con el asesinato de Rabin y feneció en julio de 2000 pese a los esfuerzos de Clinton, dando lugar a la segunda intifada. ¿Qué falló entonces? A mi juicio fue sobre todo un problema de desconfianza recíproca, pero tuve ocasión de hacerle esta pregunta al propio Arafat algunos años más tarde, en una sesión del Foro Formentor que organizaba Repsol, cuando tuve una reunión privada con él y me contestó con cierta vaguedad y pocas ganas que todo fracasó «por culpa de Jerusalén y del texto propuesto por los norteamericanos sobre el Muro de las Lamentaciones». Otra versión, que me dio Miguel Ángel Moratinos, buen conocedor del *raïs*, insiste en que los palestinos se sintieron engañados al creer descubrir que Estados Unidos no era intermediario honesto sino que arbitraba a favor del equipo de Israel. Cuando encontré a Dennis Ross, principal mediador norteamericano en Camp David, se lo comenté y aproveché para preguntarle también su opinión. Su respuesta fue muy dura: en su versión, lo que de verdad falló en aquella crucial ocasión fue el liderazgo de Arafat y su capacidad de hacer las concesiones que son consustanciales en todo proceso negociador, y más aún si se trata de *la paz de los valientes*. Probablemente las tres versiones tienen una parte de verdad.

Cierta noche, ya tarde, viajaba con Shimon Peres en un pequeño avión desde Bruselas a Madrid, y tras un par de copas y con Javier Solana dormitando en el asiento de al lado, me animé a preguntarle su opinión sobre

Arafat. Con su característica voz cavernosa y profunda me preguntó a su vez si yo conocía la historia del pueblo israelita, a lo que le contesté que en mi época de colegial los niños todavía estudiábamos en España la Historia Sagrada. Peres me habló entonces de la esclavitud del pueblo judío en Egipto, de Moisés, de las siete plagas, de la huida de las doce tribus, del cruce del mar Rojo con el ejército del Faraón pisándoles los talones y de los cuarenta años que vagaron por el desierto del Sinaí alimentándose del maná y del agua que hacía brotar de las rocas con su cayado. Pues bien, cuando ya llegaban a la tierra prometida, Yahvé permitió a un Moisés ya muy viejo y enfermo ver las feraces llanuras de Israel desde lejos, desde la cima del monte Moriá, «y entonces —sentenció Peres—, Dios, con Su suprema sabiduría, puso a otro al frente de la expedición». Le respondí, provocador, que si estaba comparando a Arafat con Moisés y él contestó, riendo, que eso lo decía yo y no él. Y es que, como me decía en cierta ocasión Saeb Erekat, uno de los más próximos colaboradores del *raïs* durante todos estos años, «era mucho más romántico y heroico hacer la revolución que lograr que funcione un Estado moderno, con sus alcantarillas y sus funcionarios». En mi opinión, Arafat estuvo infinitamente mejor dotado para lo primero que para lo segundo. Con su desaparición acabó la unidad palestina, que con tanto esfuerzo se trata de restablecer con apoyo egipcio mientras escribo.

Farouk Kaddoumi. Era el número dos de la OLP, representante de su línea más dura e intransigente. En el famoso Congreso de Argel de 1988 se opuso al giro que dio Arafat cuando aceptó las resoluciones 224 y 338 del Consejo de Seguridad de la ONU y el derecho de Israel a existir. Yo discutía mucho con él sobre eso animándole a flexibilizar su posición e insistiendo en la necesidad de que la OLP se adaptara a los nuevos tiempos, pero era inamovible. Vieja guardia pura y dura. Se equivocaba. Me decía que él añoraba los viejos tiempos de la bipolaridad y la Guerra Fría «cuando uno sabía dónde estaba y dónde estaban los demás, y quiénes eran tus amigos y tus enemigos. No como ahora». Una noche que estaba en Madrid le llevé al Café de Chinitas, donde bailaba la Chunga, que le encantó. Estábamos mano a mano, y junto a nuestra mesa había otra grande llena de norteamericanos bulliciosos. Entonces le dije:

«¿Imagina usted el susto que se darían todos estos si supieran que tienen al lado a un peligroso terrorista?», pues así le consideraban en Estados Unidos. No entendió mi broma y me tomó la mano con determinación diciendo: «¡No se lo diga, no se lo diga!». Salió de la escena cuando Arafat se trasladó desde Túnez a Jericó y, ya jubilado, siguió pensando que aquel paso era otra equivocación. Para él era o todo o nada, y ese camino no podía llevarle a ninguna parte. Pero no lo quería ver. Cuando Sadam Husein invadió y anexionó Kuwait nos vino a ver con una delirante propuesta para pedirle que se retirara a cambio de poner Cisjordania y Gaza bajo las Naciones Unidas y convocar luego una Conferencia Internacional para tratar de «todos» los problemas de la región. Había perdido contacto con la realidad.

Jim Baker. Lo traté mucho durante los tres días que duró la Conferencia de Paz sobre Oriente Medio (CPOM) que se celebró en Madrid en octubre de 1991, pero le había visto otras veces antes, como en la noche en el hotel Carlton de Londres (junio de 1990), de la que ya he hablado, en la que nos mostró a Fernández Ordóñez y a mí montones de fotos con las instalaciones militares de Sadam Husein que los americanos iban a bombardear si no se retiraba de Kuwait. De esa reunión londinense surgió un viaje mío a Mauritania para pedirle al presidente Maaouya Taya, que tenía buena relación con el dictador iraquí, que fuera a Bagdad a avisarle de que los americanos iban en serio, «*we're meaning business*», como dijo Baker aquella noche. Husein no le hizo caso y pasó lo que sabemos. Taya me comentó que Husein era otro que estaba fuera de la realidad, y que sus colaboradores más próximos no se atrevían a hablar en su presencia y decirle lo que piensan, sino que «se miran con atención las puntas de los zapatos». Y es que los peores errores de los dictadores son no querer escuchar opiniones discrepantes y estar rodeados de miedo.

Yo era el coordinador diplomático de la CPOM y tenía un despacho en el hotel Palace de Madrid junto al que tenía Baker, y le vi retorcer por teléfono el brazo de la mitad de los jefes de Estado de Oriente Medio para salvar la reunión que amenazaba con fracasar en el último momento. A gritos. Eso sí, sin despeinarse un pelo. Baker me parecía que salía siempre de la ducha; un

día su jefe de gabinete me enseñó su *schedule* (programa), que estaba elaborado al minuto a partir de las siete de la mañana y donde tenía fijado hasta el momento de ir al baño. Increíble, no se cómo alguien puede vivir así, me pareció claustrofóbico. Guardo de él una afectuosa carta de felicitación y agradecimiento por mi trabajo tras el éxito de la Conferencia de Paz de Madrid. Por cierto, durante la Conferencia, Baker expresó el deseo de jugar una tarde al golf en Puerta de Hierro, que es mi club, y como fue de repente y no tenía pareja, me llamaron para insinuarme que hiciera partido con él. Afortunadamente en este caso se impuso la sensatez sobre la vanidad y les dije que buscaran otro que jugara mejor que yo, que no era difícil de encontrar.

Háfez al-Ásad. Líder de la minoría alauita (10 por ciento de la población siria), que es una secta escindida del chiismo y considerada por muchos como herética, tiranizaba Siria con mano de hierro a cambio de desarrollo y de seguridad, pues había acabado a sangre y fuego en Hama con una revuelta de los Hermanos Musulmanes. Por eso le apoyaban las diversas minorías cristianas, la drusa, la judía, etc., temerosas de la mayoría sunita del país y conscientes del dicho popular de que cuando Dios creó Siria situó allí la inteligencia e inmediatamente le juntó la discordia. Le hice una visita inolvidable en Damasco acompañando a Fernández Ordóñez. Antes de ir a verle, nos recibieron varios de sus ministros, y como el camino entre algunas de sus oficinas era muy corto, decidimos estirar un poco las piernas y hacerlo a pie. Pero tuvimos que regresar apresuradamente a los coches cuando unos *muhabarats* (los temidos agentes de la policía política del régimen) se nos pusieron delante en la acera abriéndonos paso entre la gente con unas fustas con las que golpeaban a derecha e izquierda a quienes no se apartaban con suficiente diligencia (!).

Háfez al-Ásad nos recibió atrincherado en un palacio con aspecto de enorme ambulatorio de la Seguridad Social por su desmesura asiática y su mal gusto. Está situado en la ladera del monte Qasiun, donde la tradición sitúa el asesinato de Abel. Casi nada. Lo mejor que tenía era la vista porque desde allí se dominaba la ciudad de Damasco. Al-Ásad no dejó hablar a nadie durante las cinco horas (¡cinco!) que duró la entrevista, algo parecido a las peroratas

por las que era famoso Fidel Castro, aunque en este caso el tema era el conflicto entre israelíes y palestinos. Nosotros nos revolvíamos inquietos en nuestros asientos ansiando un cuarto de baño, mientras él, impertérrito, nos hablaba de que el esplendor de al-Ándalus se debía «a un exiliado sirio» (Abderramán) y lamentaba que España no hubiera colonizado también América del Norte, «lo que nos habría ahorrado muchos problemas». Le miraba y me recordaba a Frankenstein, con una cabeza de enorme frente a la que solo parecían faltar los tornillos en las sienas. En Siria le llamaban «el Cabezón». Fernández Ordóñez, tratando de ser amable, le dijo que tenía pinta de inglés (si es que eso es positivo) y Al-Ásad le respondió «pues usted parece sirio», aludiendo al color cetrino del ministro. ¡Ni que decir tiene que a la siguiente visita que le hicimos, estábamos escarmentados y todos visitamos el cuarto de baño antes de entrar!

Esa visita fue también imborrable, pero esta vez por desagradable. Fue en Damasco de nuevo y esta vez yo acompañaba a Javier Solana. Háfes al-Ásad estaba aquel día de un humor de perros o nos quiso montar un numerito por el que en aquellos mismos días estaba montando Israel al expulsar a cuatrocientos palestinos de Hamás a tierra de nadie, en su frontera con Líbano, algo que el mundo entero había condenado y nosotros también, pues habíamos aplazado por esa razón una visita de los reyes a Israel. Fue una gira complicada porque en la escala en Jerusalén también Rabin nos abroncó, como ya he contado. Eran días de muchos nervios en la región. Sea como fuere, Al-Ásad le metió a Solana un chorro descomunal que le puso tan nervioso que en un momento oí con asombro que le llamaba «*your Highness*» (alteza). Lo juro. No es la primera vez que una cosa así ocurre. Antonio de Oyarzábal cuenta en su libro *Recuerdos políticos* que cuando Gerald Ford visitó España en 1975, Franco le ofreció una cena de gala en el Palacio de Oriente, y cuando la esposa del presidente norteamericano fue a estrechar la mano de doña Carmen Polo de Franco la llamó «*your Majesty*», al tiempo que ponía su mejor sonrisa. Añade Oyarzábal que «afortunadamente esta, ya bastante sorda, no pareció darse por enterada de tan clamoroso desliz». Volviendo a la desagradable entrevista con Háfes al-Ásad, Solana solo saltó cuando este tuvo la impertinencia de decirle que «a Franco no le hubieran

gustado las relaciones que España tiene hoy con Israel», y le respondió que con Franco vivo esa reunión no habría tenido lugar porque para empezar él estaría en la cárcel.

Aquella Siria en nada se parece al país destrozado por la guerra civil que empezó en 2011. Solo continúa el dominio familiar alauita y dinástico en la persona de Bashar, hijo de Háfez, que logra mantenerse precariamente en el poder con apoyo ruso e iraní. Y los que sufren son los sirios, como siempre.

Hosni Mubarak. Tuve ocasión de verle varias veces cuando era presidente de Egipto tanto en su palacio de Heliópolis, junto a El Cairo, como en Alejandría, Madrid y Formentor, que es uno de los lugares más bellos del mundo. Siempre me pareció un militar algo tosco y con la arrogancia que le daba ser muy consciente del papel predominante que su país tenía entonces en la geopolítica de Oriente Medio. Hoy parece haberlo perdido en parte y son otros los que se disputan el liderazgo, como Arabia Saudí, Irán o Turquía, mientras Egipto pasa del fascismo islamista de Morsi al fascismo militar de Al-Sisi. Y esa es su herencia. Mubarak era un hombre de blancos y negros; el gris no entraba en su paleta.

En un encuentro que tuvo lugar en un palacio que dominaba la bahía de Alejandría, nos habló pestes de Háfez al-Ásad diciendo que los sirios «son el problema» que complicaban la resolución de los otros que tenía la región. No se tomaba en serio a Husein de Jordania, a quien llamó en mi presencia «*the little king*» (el reyecito), afirmando que siempre hablaba de desvincularse del conflicto árabe-israelí, pero que en realidad seguía teniendo ambiciones sobre Cisjordania. El palacio de Mubarak estaba en el extremo occidental de bahía y señalando con la mano hizo un expresivo gesto de desprecio cuando afirmó que toda Jordania cabía en un barrio de Alejandría. Para redondear, concluyó afirmando que Husein compraba muchas armas «por las comisiones que se llevaba». También decía que Arafat no dominaba la intifada palestina, entonces en pleno apogeo, sino que la revuelta lo había pillado desprevenido y que le dominaba a él. Aun así, se refería a Abu Amar con un respeto que no extendía a los demás líderes palestinos, a los que se refirió con evidente desprecio diciendo que «fuman habanos y beben buen *whisky* mientras su

pueblo pasa hambre en el exilio». «*All these abus are terrible!*» (estos abusos son terribles), sentenció. Y tampoco tenía buena opinión de Sadam Husein, de quien decía que había querido sobornar a periodistas egipcios regalándoles coches Mercedes (con los que él confesó haberse quedado) y también a él mismo con la cantidad de cincuenta millones de dólares para que Egipto apoyara su ilegal anexión de Kuwait. Aquel día estaba sembrado, y todo eso se lo oía decir en una mañana soleada, mientras a lo lejos una suave calima invadía la bahía de la maravillosa ciudad que entusiasmó a Lawrence Durrell, esa ciudad de la que Naguib Mahfuz dice que ha perdido cosmopolitismo para «volver a ser egipcia». ¡Qué lástima!

Walid Jumblatt. Príncipe feudal, señor de la guerra, jefe del Partido Progresista libanés y gran cacique de la minoría drusa, que es una secta iniciática escindida del chiismo que cree en la reencarnación, no ayuna en Ramadán, no hace la peregrinación a La Meca y espera el regreso del califa Al-Hakim desaparecido en el siglo XII. Walid Bey, como se le conoce en Líbano, era un tipo extraño que había pasado de aparecer en la revista *Playboy* como un joven pijo de la buena sociedad libanesa, a ser elegido vicepresidente de la Internacional Socialista y a asumir la pesada herencia de su padre en un Líbano convulso por la invasión de Israel en 1982 y la posterior guerra civil que costaría la vida de nuestro embajador en Beirut, Perico de Arístegui, en 1989. En estos conflictos, Jumblatt se opuso desde su palacio fortificado de Muktara tanto a los israelíes y sus aliados falangistas cristianos como a los sirios, que nunca han aceptado que los franceses les quitaran un trozo de país para crear en Líbano un hogar para los maronitas. No era una postura fácil. También se ha enfrentado años más tarde a Hezbolá, y hay que tener valor para plantar cara a enemigos tan poderosos y mucha habilidad para sobrevivir después de haberlo hecho. En todo caso, a mí me pareció un poco flipado cuando lo vi, pero supongo que vivir en Líbano no debe de ser nada fácil. Lo fui a recibir un domingo por la mañana en el aeropuerto de Barajas, en una breve escala que hacía en Madrid, y me ofrecí para lo que necesitara. Entonces él me dijo que lo que de verdad me agradecería es que le pusiera un coche que le llevara a pasar el día en el Valle

de los Caídos. Yo le sugerí El Escorial o Toledo como alternativas que me parecían más apetecibles, pero él me dijo que no, que lo que quería era ir al Valle de los Caídos y ver la tumba de Franco. Siempre me ha producido sorpresa la admiración que he encontrado por Franco en muchos —no uno ni dos— líderes árabes. Supongo que a todos les gustaría mandar sin control durante cuarenta años y morir luego en la cama. Le puse el coche y allí se fue, tan feliz.

Javier Pérez de Cuéllar. Le había visto en Ginebra durante los esfuerzos que todos hacíamos para evitar la guerra por la liberación de Kuwait, pero cuando de verdad tuve ocasión de tratarle fue en un almuerzo que le ofreció en noviembre de 1991 el secretario general de Política Exterior, Francisco Villar, en el palacio de Viana de Madrid con muy pocos comensales. Me pareció un hombre con mucho sentido del humor y que, al estar próximo a cesar en su puesto, decía lo que le pasaba por la cabeza con gran libertad. Estaba ya de vuelta de todo. Se refirió al contencioso del Sahara Occidental como «un problema que no arregla nadie», pero que él deseaba «dejar encarrilado de forma irreversible», en lo que me pareció un cierto contrasentido. De su representante personal para ese conflicto, Manz, dijo que era «manso» y que le inducía a tener «grandes dudas sobre la diplomacia suiza». Tras pasar revista a todos los grandes temas de la agenda internacional del momento, desde Yugoslavia a Chipre, pasando por Oriente Medio, Afganistán y El Salvador, lo que más recuerdo es la preocupación que mostraba por el futuro de las Naciones Unidas, como antes he contado. Se le notaba una gran amargura que procuraba disfrazar con humor y un enfado notable con Washington, que lo maltrató sin piedad en las semanas previas a la operación militar para la liberación de Kuwait. No es fácil mantener la independencia sin pagar un precio frente a un país que paga el 22 por ciento de tu presupuesto y que no se fía de las Naciones Unidas.

EL VATICANO

En mi vida profesional he tratado de cerca a dos papas muy diferentes: Juan Pablo II y Benedicto XVI.

Juan Pablo II. Lo conocí ya muy anciano y con una salud muy deteriorada cuando le presenté mis credenciales como embajador ante la Santa Sede en 2004 en una ceremonia de un lujo y esplendor sin parangón. Encontré al Papa en su despacho —que preside un gran cuadro de la *Resurrección* de Cristo debido al pincel de Perugino—, sentado junto a una mesa, pues su estado de salud ya no le permitía levantarse, y me hizo un gesto con la mano para que me sentara a su lado. Tenía la cabeza torcida y caída sobre el pecho, apenas podía hablar y se le entendía con mucha dificultad, lo que quería decir que debería ser yo quien rellenara los quince eternos minutos, ni uno más ni uno menos, que el protocolo vaticano, siempre muy preciso, había previsto para nuestro encuentro a solas. Yo me dirigía a él en un italiano un tanto macarrónico que había empezado a estudiar antes de viajar a Roma, y él me contestaba con monosílabos, más bien con ruidos guturales que costaba interpretar. Sugerí varios asuntos y solo me pareció que le interesaba lo que le decía cuando le hablé de su encuentro con los jóvenes en Cuatro Vientos, durante su última visita a España, y cuando echándole mucha cara dura me animé a decirle un par de frases del polaco que había aprendido en Varsovia como joven diplomático y que es un idioma que tengo casi totalmente olvidado por falta de práctica, pues el cerebro relega al fondo del desván lo que no necesita. O así me lo parece a mí. Al transcurrir aquellos interminables quince minutos de audiencia, y cuando por fin se abrió la puerta para que entraran mi mujer, mis

hijos y mis colaboradores en la embajada y yo comenzaba a respirar de nuevo, el Papa me dio un sobre cerrado y me dijo con mucha dificultad: «*Mi risposta*». Solo lo abrí tras regresar a la embajada en la Piazza di Spagna. Era una bronca en toda regla a la política de Rodríguez Zapatero con la Iglesia y así lo interpretaron los medios de prensa como *ABC*, que dedicó una portada con ese titular a mi audiencia con el pontífice.

Nunca más volví a estar con él a solas, aunque aún lo encontré en varias ocasiones en reuniones formales junto con otros embajadores, o en ceremonias vaticanas cuya longitud debía de ser un auténtico calvario para el cuerpo llagado del pobre enfermo. El deterioro de su salud fue rápido, y los embajadores no teníamos fácil hallar información fiable en un mundo tan opaco como el de la Santa Sede. Yo intenté que el portavoz vaticano, Joaquín Navarro-Valls, que era español, me contara algo más que a los demás, pero confieso que no tuve éxito. El que más sabía entre nosotros era el embajador de Colombia, a quien llamábamos «Pavarotti» por su increíble parecido físico con el tenor, debido a que las monjas que cuidaban al Papa eran de esa nacionalidad y le daban con regularidad un parte que aderezaban con alguna anécdota. Supongo que la situación que enfrentaron mis colegas en la corte del último zar, Nicolás II, debió de ser bastante parecida cuando trataban de averiguar la influencia real que Rasputín ejercía sobre la pareja imperial. Juan Pablo II, actor hasta el fin, cuando caía el telón de su vida quiso exhibirse en público en un alarde de reivindicar el dolor, la vejez y la enfermedad en un mundo que los oculta e idolatra la belleza, la salud y la juventud. Y merece respeto por ello. Sus funerales atrajeron a Roma a doscientas delegaciones oficiales de todo el mundo y a tres millones de personas, muchas de ellas muy jóvenes, que invadieron la ciudad durante semanas formando largas colas para despedirse del papa más mediático de la historia. Apenas diez años más tarde ascendía a la santidad en tiempo récord.

Benedicto XVI. Tenía un carácter que estaba en las antípodas de su predecesor. Jefe de filas del sector más conservador del colegio cardenalicio, fue elegido en el cónclave cuando su rival, el cardenal Martini, retiró su candidatura alegando motivos de salud. Su llegada al trono de Pedro fue

recibida con disgusto en Italia, poco acostumbrada a los papas extranjeros, que podrán ser la norma a partir de ahora cuando el colegio cardenalicio está más equilibrado y los italianos ya no son mayoría, algo que disgusta a los romanos. De hecho hoy un papa podría resultar elegido en el cónclave ¡sin recibir ningún voto italiano! A diferencia de Juan Pablo II, que adoraba los escenarios y las multitudes, a Benedicto lo que le gustaba era la tranquilidad de una conversación sosegada y la compañía de los libros, mientras que se cohibía en presencia de mucha gente. A un polaco extrovertido sucedía un alemán tímido. Solo coincidían ambos en su concepción tradicional y conservadora de la Iglesia, esa concepción contra la que ahora lucha el papa Francisco, que viene del Tercer Mundo y que da prioridad a las cuestiones sociales que sintetiza con sus tres T: tierra, techo y trabajo.

Conocí a Benedicto cuando todavía era el cardenal Ratzinger. Tuve con él una larga conversación mano a mano, como a él le gustaba, y me impresionó su inteligencia y la cordialidad de su mirada. Es un hombre que se encuentra en su elemento discutiendo de teología en *petit comité*. Me dijo entonces que su gran preocupación era el «relativismo moral» que apreciaba en Europa, pues se presentaba como fruto de la tolerancia cuando «si todo vale, nada vale». El Papa temía el desarme del Viejo Continente ante otras religiones más agresivas como el islam, y defendía la necesidad de un rearme moral. También pensaba que la religión de masas pertenecía al pasado en Europa, donde pequeños grupos de cristianos deberán a partir de ahora recristianizarla con su ejemplo como «grano de levadura». Ni era viajero ni le gustaban las innovaciones en las formas que su predecesor traía de sus viajes por el mundo, pues prefería conservar las tradiciones de la Iglesia depuradas por la historia. Su pontificado coincidió con una etapa política española caracterizada por el progresismo social de Rodríguez Zapatero, que nos condujo a repetidos encononazos con el Vaticano, tanto por inevitables cuestiones de fondo como por perfectamente evitables cuestiones de forma.

Cuando por razones personales tuve que presentar mi dimisión como embajador ante la Santa Sede, Benedicto XVI quiso recibirme para darme personalmente el pésame por el reciente fallecimiento de mi mujer y para agradecerme el trabajo realizado en favor de las relaciones entre España y la Santa Sede durante un período especialmente complicado. Con ironía y afecto

me preguntó si me iba a jubilar y le respondí que todavía me quedaban casi diez años de carrera, que es lo que yo creía en aquel momento. Entonces me dijo: «Mucho mejor, así podrá hacer aún muchas cosas porque el tiempo le faltará a partir del día en que se jubile». Tenía mucha razón. Luego quiso saludar también a mis hijos, interesándose por sus vidas personales y profesionales.

Al final, el hombre pausado, tímido, cordial y de gabinete que era Benedicto XVI no fue capaz de enfrentarse a las intrigas de la complicada Curia del Vaticano, y eso le llevó a una inédita dimisión. Confieso que en el fondo no me extrañó nada su decisión.

MIS PRESIDENTES DEL GOBIERNO

Nací cuando mandaba Franco y crecí viéndole inaugurar pantanos en el NO-DO que precedía a las sesiones dominicales en mis cines de barrio. Pero no lo conocí y tampoco lo vi en toda mi vida, ni siquiera de lejos. Cuando gané las oposiciones para ingresar en la carrera diplomática, a él le quedaban aún cuatro años de vida. Tampoco lo vi muerto porque no me apetecía, huyo como norma de las multitudes y además vivía entonces en Nueva York, donde era cónsul adjunto y donde mi jefe, Alberto López-Herce, tuvo que ponerse muy serio conmigo para que asistiera al funeral que el propio Consulado había organizado en la catedral de San Patricio siguiendo instrucciones del Gobierno. Pretendí escaquearme, no pude y asistí. Tampoco conocí al almirante Carrero Blanco, aunque estaba de vacaciones en España cuando fue asesinado en diciembre de 1973. Precisamente esa noche, mi mujer y yo habíamos organizado una cena para nuestros amigos en la casa que mis suegros tenían en la misma calle de Claudio Coello en la que murió. Aquella noche nos acostamos bastante tarde y por la mañana dormía tan profundamente que no oí el bombazo; me enteré cuando me llamó mi padre con las primeras y aún confusas noticias sobre lo ocurrido. Más tarde, una de las parejas que asistió a la cena nos contó que a eso de las tres de la madrugada, cuando salieron de casa y fueron a buscar su coche, vieron a unos hombres «trabajando» en el lugar donde en la mañana siguiente se produjo el atentado. Les extrañó a aquellas horas de la noche, pero no le dieron al hecho mayor importancia y pensaron que debía de tratarse de alguna avería grave y urgente de fontanería o de luz. A Carlos Arias Navarro, ese reaccionario gris que el rey Juan Carlos describió en *Newsweek* como un «*unmitigated disaster*»

(desastre sin paliativos) tampoco lo vi en mi vida, entre otras razones porque en aquellos años yo vivía en el extranjero. Afortunadamente duró muy poco en el cargo.

A Adolfo Suárez solo lo vi una vez. Fue cuando pasó por Nueva York a poco de asumir su cargo como presidente, creo que procedente de México. Llegó al aeropuerto JFK a eso de medianoche y tuve que ir a recibirle junto con Alberto López-Herce, Jaime de Piniés y otros compañeros destinados entonces en Nueva York. Yo era el último de la fila de los funcionarios que aquella noche le esperaban para saludarle, y confieso que sentía una mezcla de curiosidad y de rechazo por aquel antiguo secretario general del Movimiento Nacional que el rey había elegido entre la terna de nombres que le habían presentado, pues tendía a coincidir con la famosa apreciación de «¡qué error, qué inmenso error!». Pues bien, confieso que salí de aquel aeropuerto transformado y con la clara impresión de que Suárez había venido a Nueva York con la exclusiva finalidad de saludarme a mí, a mí personalmente, que como digo era el último de la fila. No he visto a persona con mayor atractivo personal que Adolfo Suárez, que coloco en una categoría aparte con otros grandes carismáticos que luego he tenido ocasión de conocer, como Bill Clinton o Juan Pablo II, hombres que conforman una categoría aparte de gente dotada de un magnetismo que resulta difícil de explicar si no se siente. El rey Juan Carlos tenía en su despacho una bonita foto con él, ya enfermo, caminando ambos de espaldas por un jardín...

Antonio Fournier era consejero diplomático de Leopoldo Calvo Sotelo cuando me invitó a formar parte de su reducido equipo en la Moncloa. Digo reducido porque éramos tres y porque todo el equipo del presidente que dirigía Luis Sánchez-Merlo lo componíamos poco más de treinta personas. Nada que ver con la gigantesca organización que luego montaría Alfonso Guerra y que no ha hecho más que crecer desde entonces. Trabajar en la Moncloa fue una extraordinaria experiencia para mí, pues tras nueve años en el extranjero me permitió retomar contacto con la realidad de una España que estaba cambiando para bien a velocidad de vértigo. Allí aprendí mucho. Don Leopoldo nos metió en la OTAN, y bien que hizo, aunque confieso que yo entonces tenía muchas dudas... y una vez más me equivocaba. Era también la época de la guerra de las Malvinas que el presidente calificó como algo

«distinto y distante», y desde su punto de vista no le faltaba razón, porque la política exterior debía de ser la última de sus preocupaciones mientras la UCD se le deshacía entre las manos. Calvo Sotelo era un hombre cáustico y con mucho sentido del humor; sin duda, el presidente más culto que hemos tenido (lo cual tampoco es mucho decir) y también el más tímido, lo que le creaba verdaderas dificultades para la relación personal. Yo no despachaba nunca con él, pues para eso estaba mi jefe, y solo lo veía cuando me llamaban de relleno para asistir a algún acto, como cuando condecoró a unos militares en una ceremonia íntima en que la timidez presidencial creó un extraño ambiente de indecisión y nadie sabía qué hacer. Lo vi muy excitado, fuera de sí, años más tarde cuando fue a Roma a los funerales de Juan Pablo II; yo era embajador ante la Santa Sede, y un error de protocolo (no se avisó a la seguridad de su llegada) hizo que los guardias civiles de la entrada no le dejaran pasar. Hay que reconocer que eran días de seguridad máxima pues en mi residencia dormían los reyes y el presidente Rodríguez Zapatero, pero eso no es excusa. Cuando me enteré y le hice subir, estaba indignado, con razón, y también muy excitado, y allí mismo le exigió al rey y al presidente que me cesaran en el acto, aunque yo le pedí todo tipo de excusas porque tenía derecho a ellas, y cuando uno se equivoca es mejor reconocerlo. A los pocos días se le debió de pasar el enfado y me envió una afectuosa carta disculpándose por su nerviosismo en aquella mañana romana.

A Felipe González lo traté más. Aunque estuve tres meses en su gabinete de la Moncloa cuando el PSOE ganó las elecciones de 1982, creo que no lo vi ni una sola vez entonces, y la razón es clara ya que yo era, una vez más, el último mono de su equipo, aunque no llegara a ir a buscar los cafés. Pero casi. Luego tuve algo más de relación durante los once años que trabajé con Gobiernos suyos como subdirector general (tres años) y como director general (doce años). Aunque tampoco demasiado, porque en principio tampoco los directores generales se codean con los presidentes del Gobierno. Pero aun así, lo vi con cierta frecuencia cuando acompañaba al ministro Fernández Ordóñez a reuniones en la Moncloa (a veces pienso que él trataba de «promocionarme»), cuando venían a España dirigentes políticos de países del área de mi responsabilidad en África y Oriente Medio, o en el curso de los varios viajes que hice con él a cumbres europeas y otras reuniones

internacionales, o a países como Marruecos, Guinea Ecuatorial, Egipto, Túnez, etc. En realidad, lo traté más cuando organizamos en Madrid la Conferencia de Paz de Oriente Medio, cuando hicimos la Conferencia Euromediterránea en Barcelona y cuando la OSCE le encomendó una gestión con Milosevic en Belgrado y el ministerio me designó para acompañarle, como cuento con más detalle en otro lugar. González nunca me consideró un hombre «suyo», y hacía bien porque yo no lo era, ya que siempre me he preciado de mi independencia, pero reconozco haber estado cómodo trabajado con él porque compartía su nacionalismo sano e integrador y también su deseo de volver a colocar a España en el lugar que le correspondía en Europa y en el mundo. Aquellos años peleábamos por encima de nuestro peso, había política exterior, y eso se vio facilitado por la buena relación que González estableció con Kohl y con Mitterrand. Era la época en la que en Bruselas decían que los españoles éramos «los prusianos del sur» por nuestra seriedad y nuestro trabajo, y no estoy seguro de que fuera un piropo. Fueron años de ilusión en el ámbito internacional y fue un lujo poder participar modestamente en ellos.

Conocí a José María Aznar en una cena en el palacio de Viana en honor de Camilo José Cela y me impresionó porque estaba en mi mesa y no abrió la boca, aunque tampoco Cela le dejó muchas opciones para hacerlo. Aznar era entonces el jefe del principal partido de la oposición. Eso sí, en cuanto acabamos de comer se levantó, me arrinconó contra la pared y me sometió a un tercer grado de preguntas sobre Marruecos aprovechando que yo era entonces director general para asuntos de ese continente. Todas inteligentes y derechas al grano; Aznar no perdía el tiempo. Durante un Consejo Europeo en Florencia vi con él y con otros funcionarios de nuestra delegación un partido España-Inglaterra que perdimos —creo recordar que 1-0— y en el que no le vi mover un músculo de la cara. No se sabía si iba con España o con Inglaterra. Me pareció que era una máscara hasta cuando estaba relajado.

Fue él quien, a petición del ministro Matutes, me nombró embajador en Marruecos y allí, en Rabat y Marrakech, lo vi varias veces, incluyendo un almuerzo con los doce empresarios marroquíes de mayor peso que le organicé en la Moncloa y que salió muy bien. Recuerdo especialmente una cena con el matrimonio Aznar y Ramón Gil Casares, que era su consejero diplomático, en el precioso restaurante Dar Yakut de Marrakech. Y la recuerdo por dos

razones, la primera porque llegamos con el atardecer, y mientras tomábamos una copa en la terraza y caía el sol, comenzaron su salmodia vespertina de alabanzas a Alá los almuédanos de los alminares de todas las mezquitas de la ciudad, mientras nos envolvía otra algarabía de trinos de cientos de pájaros que revoloteaban en derredor. Los muecines me hicieron recordar a Martin Baumgarten, un viajero alemán que visitó El Cairo en 1507 y escribió que «día y noche, a ciertas horas (desde los minaretes) hacían un ruido extraño, fuerte y bárbaro». Con la diferencia de que, mientras al alemán parecía disgustarle aquel coro, conmigo ocurría exactamente lo contrario. La otra razón por la que recuerdo ese día fue porque Aznar no me dejó probar bocado, pues no paró en toda la cena de hacerme una pregunta tras otra sobre el contencioso de la renovación del acuerdo pesquero con Marruecos, que entonces estaba en su momento culminante. Y para colmo, al salir, mi mujer me dijo que yo había estado «hecho un plomo».

Cuando Aznar me nombró al frente del CESID para transformarlo en el CNI hablaba con él casi a diario y despachaba con él con mucha frecuencia. Su intención inicial era que yo coordinara la lucha antiterrorista pero no pudo con la resistencia del Ministerio del Interior, que entonces dirigía Mariano Rajoy. Aznar no es un hombre fácil, no tiene sentido del humor y no es simpático, pero es serio, y si promete algo, lo hace, lo cual no es poco para un político de los que ahora se estilan. Él mismo me comentó un día que no le habían elegido para ser simpático sino para gobernar el país, y yo pensaba que no son cosas incompatibles. También tenía una idea de España, sabía dónde quería verla y qué hacer para lograrlo; eran años de optimismo y también de ambición nacional en la política exterior. Su mala relación con Chirac la aprovechó Blair para llevarle a los brazos de Bush, y el precio de tratarse con los importantes de este mundo lo pagó con la foto de las Azores. Para entonces Aznar levitaba, y cada vez se aislaba más, escuchaba menos y se rodeaba de un grupito de incondicionales en la Moncloa que le decía lo que él quería oír. O a lo mejor es que pensaban igual que él.

Fueron años muy difíciles para el CNI por la operación de Perejil, el atentado de Casablanca, los agentes asesinados en Irak y los atentados del 11-M, y mi relación con él se fue enfriando cuando empecé a decir que no veía armas químicas en Irak (ojo, no que no las había, sino que nosotros no las

veíamos), o cuando le expresaba mi opinión de que no debía meterse en aquella aventura sin un previo endoso de las Naciones Unidas. Él pensaba que ya existía, y me respondía que yo tenía «deformación profesional». Y esa relación sufrió hasta el límite cuando se produjeron los atentados del 11-M y la Moncloa me dejó fuera de juego, como ya he contado en mi libro *Valió la pena*. Siempre le dije con honradez lo que en cada momento pensaba y quizás eso no era precisamente lo que él esperaba de mí, sobre todo cuando los que le rodeaban le decían otra cosa y le llevaron a cometer el peor error de su vida. Es el precio de la independencia. Pero no estoy seguro, porque él nunca me lo dijo, ya que a partir de entonces apenas nos vimos, hasta el punto de que no encontró tiempo para que pudiera despedirme de él cuando abandonó la Moncloa. Pero yo admiro la firmeza de su política contra ETA y siempre le agradeceré la oportunidad que me dio de servir a España desde un puesto de la máxima responsabilidad. Tuve que ir a la sede de FAES a decírselo cuando ya no era presidente.

A José Luis Rodríguez Zapatero lo conocí cuando fue elegido secretario general del PSOE. Como director del CNI le dije al presidente Aznar que consideraba mi deber informar también al jefe de la oposición. A Aznar no le gustaba porque, en mi opinión, sentía por Rodríguez Zapatero un profundo desprecio que yo comparaba para mi coleteo con el que me daba la impresión que también González sentía por Aznar. Pero no me prohibió hacerlo, y yo le enviaba a Rodríguez Zapatero algunos informes que me parecía que el jefe de la oposición debía conocer, e incluso fui algunas veces a la sede socialista de la calle de Ferraz a despachar con él. Allí tuvimos un incidente porque le afeé que se filtrara a la prensa alguno de esos informes. En Ferraz naturalmente lo negaron, pero yo les pude demostrar que el ejemplar filtrado era el que yo le había dado a su secretario general. A partir de entonces reconozco que le envié menos información. En España, los políticos no tienen conciencia alguna de que las cosas secretas lo son por alguna razón. ¡Qué diferencia con lo que viví en Estados Unidos!

Lo primero que hizo José Luis Rodríguez Zapatero al llegar a la Moncloa fue cesarme. No estoy seguro de que fuera idea suya y ni siquiera estoy seguro de que él deseara hacerlo. Ese cese se lo debo a José Bono, que había sido nombrado ministro de Defensa y quería controlar el CNI; sabía que conmigo

no lo conseguiría. Lo sabía porque ambos lo habíamos hablado antes y teníamos ideas casi opuestas sobre cómo debía funcionar el Centro. Tras cesarme, Rodríguez Zapatero me nombró embajador ante la Santa Sede, de donde dimití al cabo de un par de años por razones estrictamente personales. Después de pasar un par de años en la empresa privada, me nombró también embajador en Estados Unidos, aunque esta última idea no fuera suya. Rodríguez Zapatero es una persona simpática, abierta, de carácter muy agradable, y trabajar con él era fácil. Hizo una política progresista, pero a mi juicio con mucho de adanista y de voluntarismo y que le llevó a algunos enfrentamientos con la Santa Sede que quizás podrían haberse evitado con más mano izquierda, pero que tuvieron la virtud de hacer mucho más interesantes mis años en el Vaticano. Un embajador no hace la política, esa es tarea del Gobierno y el Parlamento, sino que debe limitarse a ejecutarla con lealtad aunque también puede y debe aconsejar, y yo lo intentaba, pero su Gobierno no se dejaba. De haberlo hecho, podría haber logrado lo mismo con menor coste y desgaste. Su vicepresidenta, María Teresa Fernández de la Vega, se dio cuenta, cogió en sus manos las relaciones con la Santa Sede y a partir de ese momento las cosas mejoraron notablemente.

Cuando fui a Estados Unidos, mi misión inicial fue tratar de superar la mala relación que tenía Rodríguez Zapatero con el presidente George W. Bush en particular y con Washington en general (peor con los republicanos pero también mala con los demócratas) tras la retirada de nuestras tropas de Irak, su sugerencia de que otros países siguieran nuestro ejemplo y el hecho de no levantarse al paso de la bandera de las barras y estrellas durante un desfile del Doce de Octubre en Madrid. Tres cosas que podrían haberse evitado completamente o, al menos, haberse hecho de otra manera porque los americanos no discutían la retirada de nuestras tropas, ¡faltaría más!, sino la precipitada forma de ponerla en práctica. El ambiente mejoró algo con Obama pero entonces llegó la crisis económica y financiera que Rodríguez Zapatero tardó mucho en ver venir, lo que ponía nerviosa a la Casa Blanca, e hizo que la imagen de España sufriera un fuerte deterioro porque en Washington se nos veía como el país que por su tamaño (no éramos Grecia o Irlanda) podía despeñar por el abismo a la Unión Europea en su conjunto y empeorar la situación mundial. La crisis económica y sus duras consecuencias absorbieron

completamente a nuestro presidente, que aún tuvo tiempo y ganas de dar la batalla para meternos en el G-20, algo en lo que no tuvimos ningún apoyo de Estados Unidos, antes al contrario, y hubo que pelearlo muy duro. A pesar de sus indudables buenas intenciones, Rodríguez Zapatero no tuvo suerte con el momento histórico que le tocó vivir y en el que España, inmersa en una profunda crisis, perdió peso internacional. En mi opinión, España tuvo un Gobierno muy débil en el peor momento, pues era cuando más arreciaba la crisis económica.

Mariano Rajoy también es un hombre de trato muy agradable. Lo conocí como ministro de Interior, primero, y como vicepresidente del Gobierno, más tarde; nada puedo decir de mi relación con él como presidente porque me cesó al frente de la embajada en Estados Unidos cuando ganó las elecciones a finales de 2011. Lo comprendo muy bien, pues yo había pasado allí cuatro años y es normal que quisiera poner en ese puesto tan relevante a alguien de su entera confianza. Pero luego no contó conmigo para nada, cosa que comprendo menos. Pero así es la vida en los trópicos, como dicen los anglosajones.

EPÍLOGO

Tenía razón Benedicto XVI cuando me dijo que hiciera todo lo que tuviera que hacer antes de jubilarme «porque cuando se jubile, le faltará tiempo». Entonces no le creí y me pareció una broma, pero tenía mucha razón porque en los años que llevo de jubilado activo me da la impresión de que al día le faltan horas para poder hacer todo lo que quiero. No es que haga más cosas que antes, lo que pasa es que lo hago más desordenadamente y sin una secretaria al lado que me lleve la agenda, que imponga algo de disciplina en el quehacer diario y que me saque los pasajes de avión. Y como consecuencia de ello, me falta tiempo. Pero a todo se acostumbra uno, todo tiene sus ventajas y confieso estar disfrutando también de esta última etapa de mi vida en la que por vez primera tengo la agradable sensación de ser el dueño de mi agenda.

Y aun así, reconozco que a veces siento cierta nostalgia... que se me pasa pronto. Como el 11 de diciembre de 2015, cuando estaba en la sede del Centro Nacional de Inteligencia, el CNI, con su actual director, el general Félix Sanz Roldán, que tiene la buena costumbre de invitar a almorzar todos los años antes de Navidad a los directores que le hemos precedido en el cargo. Lo que se dice una reunión de jefes de espías... todos jubilados menos él. Se trata de un encuentro muy grato que también nos da ocasión de reunirnos antes con el resto del personal de la casa, tanto en activo como jubilado, para tomar juntos una copa, hacer bromas, recordar épocas pasadas con cierta melancolía y ver como el tiempo pasa de forma inexorable... para todos.

El almuerzo de 2015 fue especial porque a los postres llegó la noticia, en tiempo real como ocurre en estos menesteres, del ataque terrorista contra nuestra embajada en Kabul, que costó la vida de dos policías nacionales allí destacados para su custodia, Jorge García Tudela e Isidro Gabino. Como siempre, las primeras noticias eran confusas, pero poco a poco se fueron conociendo más detalles, que el director del Centro contrastaba y comunicaba

luego al presidente del Gobierno. Supongo que también se lo contaría al rey, pero eso no lo vi. Llegó un momento en el que Sanz Roldán tuvo que ausentarse antes de los postres para atender a sus responsabilidades en la grave crisis que se abría unos días antes de las elecciones del 20 de diciembre.

Fueron unos breves minutos en los que por mi cabeza se agolparon y pasaron de forma vertiginosa muchos momentos difíciles vividos en aquella misma casa cuando era yo quien tenía la responsabilidad de dirigir el CNI, desde los asesinatos de varios agentes en Irak hasta la terrible madrugada del 11-M, pasando por los atentados terroristas de Casablanca en 2003... y muchas otras situaciones de crisis, porque la verdad es que «me tocaron» los años más conflictivos de la historia del Centro, donde no tuve aquella «suerte» que Napoleón exigía a sus generales. Y confieso que por un momento sentí subir la adrenalina de la tensión que da estar «en la pomada», como dicen los argentinos, aunque inmediatamente me alegré mucho de no tener ya esas enormes responsabilidades y de poder seguir con mi café y la charla tranquila con los demás jubilados. Fue un momento agrídulce.

Porque a aquellos cuya vida ha sido muy activa y muy variada, como por suerte fue la mía, les cuesta retirarse, aunque hagan otras muchas cosas. Tolstói decía algo así como que el secreto de la felicidad no es hacer siempre lo que se quiere, sino querer lo que se hace. Y yo me lo aplico. Una forma de autoengañarme ha sido escribir este libro porque, haciéndolo, he tenido ocasión de revivir, en el sentido literal de *volver a vivir*, algunos momentos que me han parecido que pueden ser interesantes también para los demás. Espero no haber defraudado.

Valldemosa-Lisboa, 2016-2017



Saliendo del campo nazi de exterminio de Auschwitz, en 1973, poco antes de echarme a llorar como nunca en mi vida lo he vuelto a hacer.



Siendo consejero cultural en el Consulado General en Nueva York, en 1978, le concedimos la Orden de Isabel la Católica al crítico de arte del *New York Times* James Johnson Sweeney. En la foto, aparecen, de izquierda a derecha, Antoni Tàpies, José Guerrero, Lorrie Goulet, el cónsul general Rafael de los Casares, el propio Sweeney, José de Creeft, Enrique Senís, Senén Ubiña y Xavier MedinaCampeny. Arrodillados estamos el cónsul adjunto Paco Viqueira y yo mismo.



Media vida subiendo y bajando de un avión. Aquí en el aeropuerto de Damasco, en 1986, antes de ser recibidos por el presidente Háfes al-Ásad.



Con Raphaël, el anticuario de Teherán, en su tienda de la calle Manucheri, en 1988.



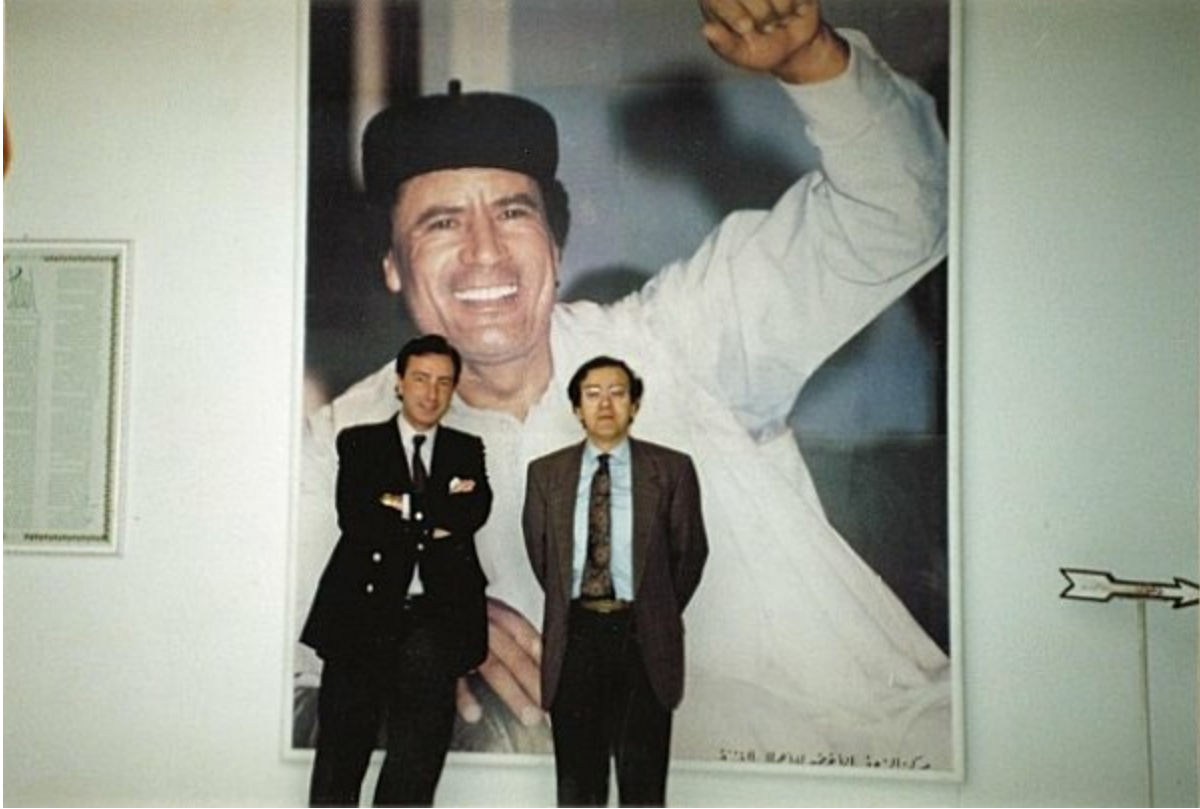
En el golfo Pérsico, en 1989, tratando de recuperar la maltrecha dignidad junto a un *dhow* tras llevarme un buen susto por culpa de un delfín hembra y su cría.



Con mi cuñado Juan López de Chicheri, embajador en Irak, en Kuwait City.



En la sala de espera de algún ministerio iraní, mirando un retrato de Jomeini, que en las fotos siempre parece de muy mal humor.



En Trípoli, en febrero de 1991, con mi compañero Juan Leña, entonces director general de la Oficina de Información Diplomática, poco antes de salir disparados a encontrarnos con Gadafi.



Celebrando, en la embajada de España en Teherán, la liberación del capitán Jesús Rosales en octubre de 1991, junto al propio Rosales, en el centro, y José Ignacio Carbajal, director general de Asuntos Consulares.



Con Miguel Ángel Moratinos y los niños de un campo de refugiados de Mauritania.



Con Frederik de Klerk, presidente de la República Sudafricana y hombre decisivo para el fin del *apartheid*, en Madrid, en 1992. © Miguel Povedano



En la Asamblea General de las Naciones Unidas con el ministro Javier Solana y mi compañero Miguel Ángel Carriedo, que era su jefe de gabinete.



En Mostar con el general Luis Feliu, segundo jefe de los cascos azules en Bosnia-Herzegovina, en 1994. Dentro del helicóptero nos sentábamos sobre los chalecos blindados por si nos disparaban desde abajo.



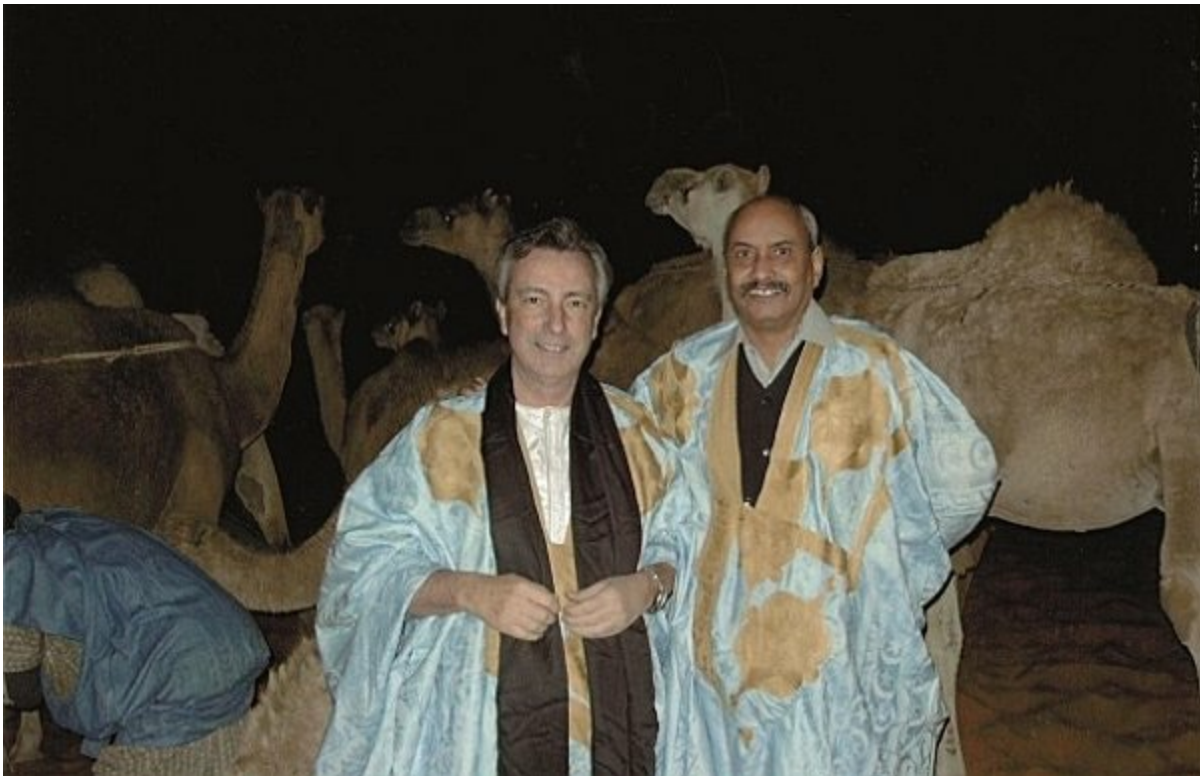
En el Checkpoint Charlie de Berlín, en 1996, con José Eugenio Salarich y Senén Florensa, cónsul general de España en la capital alemana.



En uno de los pocos momentos apacibles de mi relación con el ministro marroquí de asuntos pesqueros, El Khyari, en 1999.



Con el embajador griego Nassas Kodellas ante el monasterio de Iverón, en el monte Athos.



En Nuakchot, Mauritania, adaptándome a las costumbres locales en compañía del jefe del servicio de Inteligencia del país.



Con Pilar en la ceremonia de presentación de mis cartas credenciales como embajador de España al papa Juan Pablo II, en junio de 2004. © L'Osservatore Romano/EPA



Saludando a Benedicto XVI en el Vaticano, en abril de 2006. El Papa me aconsejó que, antes de jubilarme, hiciera todo lo que tuviera que hacer, «porque luego no tendrá tiempo». Tenía razón. © L'Osservatore Romano



En Washington, como embajador en Estados Unidos en 2008, en un momento dominado por la ilusión y por la esperanza del «*Yes, we can*».



En Washington, en 2010, haciendo de diplomático y explicando a los norteamericanos que había que confiar en España y que superaríamos la crisis económica. No se lo acababan de creer.



En casa, con Teresa, mi mujer, y Michael Douglas. Desgraciadamente vino sin Catherine Zeta-Jones.



Bill Clinton dejó pequeño el panel trasero del Queen Sofía Spanish Institute al meternos en el centro de esta foto a mi mujer y a mí. Aparecen también Inmaculada de Habsburgo, Javier Bardem, Kenneth Chenault, el propio Clinton, la reina Sofía, Óscar de la Renta, Mario Testino y Ferran Adrià.



En 2016, pensando en lo mucho que se reza y lo mucho que se sufre en Jerusalén.

NOTAS

* El tiempo presente y el tiempo pasado / están quizás presentes los dos en el tiempo futuro / y el tiempo futuro contenido en el tiempo pasado.

El anticuario de Teherán

Jorge Dezcallar

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© del diseño de la portada, Planeta Arte & Diseño

© de la imagen de la portada, Sr. García

© Jorge Dezcallar de Mazarredo, 2018

Iconografía: Grupo Planeta

Las imágenes del pliego, excepto aquellas en las que figura el crédito correspondiente, pertenecen al archivo personal del autor.

Se han hecho todos los esfuerzos posibles por contactar con los titulares de los derechos de autor de las imágenes, si los hubiere. En caso de omisión, sea por el motivo que fuere, se deberá contactar directamente con los editores.

© de esta edición: Grup Editorial, 62, S.L.U., 2018

Ediciones Península

Diagonal, 662-664

08034 Barcelona

edicionespeninsula@planeta.es

www.edicionespeninsula.com

Primera edición en libro electrónico (epub): abril de 2018

ISBN: 978-84-9942-696-9 (epub)

Conversión a libro electrónico: Newcomlab, S.L.L.

www.newcomlab.com

JORGE DEZCALLAR

EL ANTICUARIO DE TEHERÁN

Historias
de una vida
diplomática



PENÍNSULA HUELLAS